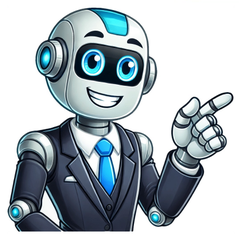
Click to verify



XXJinnxx 25 April 2020Señalar este contenidoVer la página de la crítica 3.5 estrellas. La historia de Ryan y Jamie me ha gustado pero también me ha decepcionado, supongo que en parte por mi propia culpa ya que tras leer reseñas tenía las expectativas bastante altas y el libro esta bien pero no tanto. Ryan esta enamorado del que fue su compañero de campamento de verano y mejor amigo, Jamie. Pero tras un suceso que se escapó de las manos de ambos llevan dos años sin hablarse, ya que Ryan se encargó de desaparecer de la vida de Jamie por completo. Ahora el destino vuelve a cruzar sus caminos en la final de la liga de hockey en la que los equipos de ambos participan y será a raíz de esto que Ryan se planteé retomar la amistad con Jamie aunque ello signifique tener que ocultar por siempre sus sentimiento más profundos. Jamie es una maravilla de personaje, es maduro, abierto de mente y cariñoso. Ryan por otro lado es muy agudo, algo maltratado por la vida a causa de su orientación sexual pero no por ello rencoroso ni amargado, el preciosa la forma que tiene de "gestionar" sus sentimientos por Jamie. Los dos juntos son divertidos y tienen mucha química. Así de primeras el mayor escollo y en lo que se centra la historia es el descubrimiento de la bisexualidad de Jamie, la aceptación de la misma por ambas partes y el comienzo de la relación entre los dos amigos. Toda la primera parte del libro es bastante ágil y emocionante, el rondarse mutuamente y los inicios de la relación me han gustado mucho, pero la última mitad de la novela se me ha hecho un poquito cuesta arriba, algo aburrida y sosa. Los nudos de la trama no es que sean muy intensos, Ryan y Jamie los superan con una facilidad que a veces roza lo surrealista, pero bueno, digamos que todo es muy dulce y bonito, con un final muy cerrado y satisfactorio ¿Entonces qué? Resulta que este es el primer libro de una bilogía y...No creo que lea el segundo. Como digo la historia queda cerradísima, preciosa, super edulcorada, sin cliffhangers ni previsión de dificultades futuras, todo redondísimo ¿Por qué hay una segunda parte? Escapa a mi conocimiento, igual es uno de esos casos en los que los lectores han presionado a las autoras para tener más de la pareja, no lo sé, pero por la sinopsis de Us (el segundo libro), veo del todo innecesario una segunda parte, la historia de Jamie y Ryan ya ha terminado genial para mi, tendré un buen recuerdo de ellos y no siento ansias por saber más de los dos, ya está todo contado y bien contado. Siento curiosidad por leer en solitario a Sarina Bowen, porque me da la impresión de que es a causa del toque de Elle el que este libro no me haya acabado de enamorar. Volviendo a centrarme en este libro, os lo recomiendo si os gustan autoras como Anyta Sunday o Vi Keeland, la historia de amor de dos chicos dedicados en cuerpo y alma al hockey que tendrán que superar los taboos y los esteriotipos marcados por el resto para encontrar el amor. P.D.: Os aviso para los que no estéis muy habituados a leer en inglés de que el libro está plagado de jerga, dialecto y algunas frases hechas que pueden volver a uno un poco loco, pero nada que no te permita disfrutar el libro. 0 reviews ‘Him’ by Sarina Bowen is a romance novel about Jamie Canning and Ryan Wesley, childhood friends who reunite in college. After a bet led to a sexual act during their last summer at hockey camp, Wes cut off contact, regretting that he pushed the boundaries of their friendship. Now, as their college hockey teams face off, Wes sees a chance to apologize and perhaps explore their relationship further. They don’t play for the same team. Or do they?Jamie Canning has never been able to figure out how he lost his closest friend. Four years ago, his tattooed, wise-cracking, rule-breaking roommate cut him off without an explanation. So what if things got a little weird on the last night of hockey camp the summer they were eighteen? It was just a little drunken foolishness. Nobody died.Ryan Wesley’s biggest regret is coaxing his very straight friend into a bet that pushed the boundaries of their relationship. Now, with their college teams set to face off at the national championship, he’ll finally get a chance to apologize. But all it takes is one look at his longtime crush, and the ache is stronger than ever.Jamie has waited a long time for answers, but walks away with only more questions—can one night of sex ruin a friendship? If not, how about six more weeks of it? When Wesley turns up to coach alongside Jamie for one more hot summer at camp, Jamie has a few things to discover about his old friend...and a big one to learn about himself.Warning: contains sexual situations, hotties on hockey skates, skinnydipping, shenanigans in an SUV and proof that coming out to your family on social media is a dicey proposition."I read HIM in one sitting--it's so, so good! If I had to pick two authors who I'd have team up, it would be Bowen and Kennedy" -- #1 New York Times bestselling author Colleen Hoover "HIM is my favorite read of 2015! Hot, sexy, romantic, funny, and full of heart. I LOVED Jamie and Wes!" -- NYT Bestselling Author Lauren Blakely "The way that Sarina Bowen and Elle Kennedy spun the tale of these two men falling and staying in love was absolutely timeless and beautifully real." --Audrey Carlan, #1 New York Times Best Selling AuthorKeywords: MM, male/male, hockey romance, hockey mm, sports romance, contemporary romance.For fans of: Alexis Hall, Roan Parrish, Avon Gayle, Riley Hart, Ella Frank, Lucy Lennox, Devon McCormack, Kindle Alexander, NR Walker, Damon Suede 1 2 Moderadora Traducción 3 Corrección Recopilación & Diseño 4 No jugaban en el mismo equipo. ¿O lo hacían? Jamie Canning nunca había sido capaz de entender cómo perdió a su mejor amigo. Hace cuatro años, su tatuado, increíblemente sabio, rompe reglas compañero de habitación le retiró la palabra sin ninguna explicación. ¿Qué si las cosas fueron un poco raras la última noche en el campamento de hockey en el verano que tenían dieciocho? Solo fue una pequeña tontería de borrachos. Nadie murió. El mayor remordimiento de Ryan Wesley es haber coaccionado a su amigo cercano con una apuesta que empujaba los límites de su relación. Ahora, con sus equipos de instituto preparados para enfrentarse en el campeonato nacional, finalmente tendrá una oportunidad para disculparse. Pero todo lo que hace falta es una mirada a su flechazo de hace tiempo y la llama es más fuerte que nunca. Jamie ha esperado mucho tiempo por respuestas, pero se marcha solo con más preguntas... ¿Puede una noche de sexo arruinar una amistad? Si no, ¿podrían hacerlo otras seis semanas de ello? Cuando Wesley vuelve para entrenar junto a Jamie otro caliente verano en el campamento, Jamie tiene unas cuantas cosas que descubrir sobre su viejo amigo... y aprender algo importante sobre sí mismo. 5 Advertencia: contiene situaciones sexuales, bañarse en bolas, travesuras en un Suv y demostrar que salir del armario ante tu familia en una red social es una proposición arriesgada. Abril La fila en la cafetería es un poco larga, pero sé que llegaré a la pista a tiempo. Algunas semanas sólo hacen clic. El fin de semana, mi equipo de hockey aseguró las dos primeras rondas de los playoffs de la NCAA, y ahora nos dirigimos al Frozen Four. De alguna manera conseguí una B-menos en un trabajo de historia que escribí en un coma inducido por el agotamiento. Y mi sentido arácnido me dice que el chico delante de mí no ordenará una bebida complicada. Puedo notar por su ropa que es un hombre sencillo. Las cosas van a mi manera ahora. Estoy en la zona. Mis patines están afilados, y el hielo es suave. La fila avanza por lo que Chico Sencillo puede ordenar. —La mezcla de desayuno pequeño. Con café negro. ¿Ves eso? 6 Es mi turno un minuto más tarde, pero cuando abro la boca para pedir, la joven barista deja escapar un chillido fanático. —¡Oh mi Dios, Ryan Wesley! ¡Felicidades! No la conozco. Pero la chaqueta que llevo puesta me hace una estrella de rock, al menos por esta semana. —Gracias, muñeca. ¿Podría tener un expreso doble, por favor? —¡Ahora mismo! —Le grita mi orden de bebida a su colega, añadiendo—: ¡Hazlo rápido! ¡Tenemos un campeonato que ganar aquí! —Y no creerás esto. Ella se niega a recibir mi billete de cinco dólares. pista. Lo meto en el tarro de propinas, luego arrastro mi culo hacia afuera y me dirijo a la Estoy de un malditamente estupendo humor mientras me paseo en la sala de proyección en las instalaciones de primera categoría del equipo en el campus de Northern Mass. Me encanta el hockey. Jodidamente lo amo. Me dirijo a los profesionales en unos pocos meses y estoy enloqueciendo. —Damas —saludo a mis compañeros de equipo mientras me dejo caer en mi asiento habitual. Las filas se establecen en un semicírculo frente a la pantalla gigante al frente de la sala. Las sillas están acolchadas en cuero. Síp, la División es un lujo en su máxima expresión. Muevo mi mirada hacia Landon, uno de nuestros chicos Defensas de primer año. —Te ves un poco verde, hombre. —Sonrío—. ¿Todavía te duele tu pancita? Landon levanta el dedo medio, pero es un gesto poco entusiasta. Se ve enfermo como el infierno, y no estoy sorprendido. La última vez que lo vi, chupaba una botella de whisky como si estuviera tratando de hacer que se corriera. —Amigo, debiste verlo cuando caminábamos a casa —dice un chico de tercer año llamado Donovan—. Se desnudó hasta sus bóxers y trató de follar en seco a esa estatua en frente de la librería sur. Todos los que nos rodean estallan en carcajadas, incluyéndome —porque si no me equivoco, la estatua en cuestión resulta ser un caballo de bronce. Yo lo llamo Seabiscuit, pero creo que es sólo un memorial por algunos alumnos asquerosamente ricos del equipo ecuestre que ganaron las Olimpiadas hace cien años. —¿Intentaste montar a Seabiscuit? —Le sonrío al de primer año. Manchas rojas aparecen en sus mejillas. —No —dice malhumorado. —Sí —corrige Donovan. Las carcajadas continúan, pero ahora estoy distraído por la sonrisa dirigida en mi dirección, cortesía de Shawn Cassel. Supongo que podrías llamar a Cassel mi mejor amigo. De todos mis compañeros de equipo, soy más cercano a él, y sí, pasamos el rato fuera del hockey, pero “mejor amigo” no es exactamente un término que lance muy a menudo. Tengo amigos. En realidad, tengo un montón de malditos amigos. ¿Puedo decir honestamente que alguno de ellos realmente me conozca? Probablemente no. Pero Cassel malditamente se acerca. Ruedo los ojos hacia él. 7 —¿Qué? Se encoge de hombros. —Landon no es el único que tuvo un buen rato anoche. —Baja la voz, pero en realidad no importa. Nuestros compañeros están demasiado ocupados molestando a Landon sobre la montada al caballo de anoche. —¿A qué te refieres? Su boca se curva. —Me refiero a que te vi desaparecer con ese cabeza hueca. Ustedes seguían desaparecidos cuando Em finalmente me arrastró a casa a las dos de la madrugada. Levanto una ceja. —No veo el problema. —No hay uno. Simplemente no me di cuenta que estabas corrompiendo a los heterosexuales ahora. Cassel es el único chico en el equipo con el que discuto sobre mi vida sexual. Como el único jugador de hockey gay que conozco, camino en una cuerda floja. Quiero decir, si alguien saca el tema, no voy a negarlo y escabullirme en el armario, pero tampoco ofrezco la información. Honestamente, mi orientación sexual es probablemente el secreto peor guardado en este equipo. Los chicos lo saben. Los entrenadores lo saben. Simplemente no les importa. A Cassel le importa, pero de una manera diferente. No le importa una mierda que me guste follar con hombres. Nop, lo que le preocupa soy yo. Me ha dicho en más de una ocasión que cree que estoy desperdiciando mi vida moviéndome de un encuentro anónimo a otro. —¿Quién dice que él era heterosexual? —digo en tono burlón. Mi amigo se ve intrigado. —¿En serio? Arqueo una ceja de nuevo, lo cual lo hace reír. La verdad es que dudo que el hermano de fraternidad con el que me enganché anoche sea gay. Bi-curioso, más bien, y no mentiré, ese era el atractivo. Es más fácil perder el tiempo con aquellos que van a fingir que no existes en la mañana. Una noche de diversión sin compromiso, una mamada, una follada, cualquier cosa que su coraje líquido les permita intentar, y luego desaparecen. Actúan como si no hubieran pasado las horas previas mirando mis tatuajes e imaginando mi boca alrededor de sus pollas. Como si no hubieran pasado sus manos codiciosas por todo mi cuerpo y rogando que los tocara. Engancharse con chicos gays es potencialmente más complicado. Podrían querer más. Como compromiso. Promesas que soy incapaz de cumplir. —Espera —exijo cuando entiendo lo que dijo antes—. ¿Qué quieres decir con que Em te arrastró a casa? Cassel aprieta la mandíbula. —Exactamente como suena. Apareció en la casa de fraternidad y me arrastró hacia fuera. —Sus rasgos se relajan, pero sólo ligeramente—. Pero estaba preocupada por mí. Mi celular murió, así que no respondí ninguno de sus mensajes. chica. 8 No digo nada. He renunciado a tratar de conseguir que Cassel vea la luz sobre esa —Habría quedado destrozado si ella no hubiera aparecido. Así que… eh, sí, supongo que fue genial de su parte que fuera a buscarme antes de que eso ocurriera. Me muerdo la lengua. No, no me voy a involucrar en la relación del hombre. Sólo por el hecho de que Emily resulta ser la chica más cínica, más perra, y más loca que he conocido jamás no me da el derecho a interferir. —Además, sé cómo se siente acerca de que vaya a fiestas. No debería haber ido en primer lugar… —No estás jodidamente casado —suelto. Mierda. Tanto esfuerzo por mantener la boca cerrada. La expresión de Cassel se ve afligida. Me apresuro a retractarme. —Lo siento. Eh… olvida que dije eso. Hunde las mejillas, su mandíbula moviéndose como si estuviera apretando sus dientes con fuerza. —No. Quiero decir, mierda. Tienes razón. No estamos casados —murmura algo que no puedo entender. —¿Qué? —Dije… todavía no, de todos modos. —¿Todavía no? —repito con horror—. Por el amor de Dios, hombre, por favor, por favor, dime que no te vas a comprometer con esa chica. —No —dice rápidamente. Luego baja la voz de nuevo—. Pero ella sigue diciendo que quiere que se lo proponga. ¿Proponérselo? El pensamiento hace que mi piel se apriete. Maldita sea, yo voy a ser el padrino en su boda, simplemente lo sé. ¿Es posible hacer un brindis de boda sin mencionar a la novia? Por suerte, el entrenador O’Connor entra en la habitación antes de que ésta loca conversación con Cassel pueda hacer que mi mente gire con más fuerza. La sala se queda en silencio ante su entrada. El entrenador es… estricto. Nah. Prueba con aterrador. Un metro con noventa de altura, ceño fruncido perpetuo, y una cabeza que afeita no porque se esté quedando calvo, sino porque le gusta lucir como un hijo de puta aterrador. Él comienza la reunión al recordarnos —uno por uno— lo que hicimos mal en la práctica de ayer. Lo cual es completamente innecesario, porque la crítica de ayer aún arde en mis entrañas. Cometí un error en uno de los ejercicios de posicionamiento, fallé en tomar algunos pases, me perdí un gol cuando tuve un tiro fácil. Fue una de esas prácticas de mierda donde nada sale bien, y ya me comprometí a mejorar mi mierda cuando entráramos al hielo mañana. La post-temporada se ha reducido a sólo dos partidos fatídicos, lo que significa que necesito mantenerme en forma. Necesito estar enfocado. Northern Mass no ha ganado un campeonato de Frozen Four en quince años, y como el anotador líder, estoy decidido a tener esta victoria antes de graduarme. —Muy bien, manos a la obra —anuncia el entrenador después de decirnos lo mucho que apestamos—. Vamos a comenzar con ese juego en Rainier-Seattle la semana pasada. 9 Cuando una imagen congelada de un campo de la universidad llena la pantalla gigante, uno de nuestros alas izquierda arruga la frente. —¿Por qué empezamos con Rainier? La primera ronda la vamos a jugar en Dakota del Norte. —Nos enfocaremos en Dakota del Norte la próxima vez. Rainier es el que me preocupa. El entrenador toca el portátil sobre el escritorio y la imagen en la pantalla grande se descongela, el sonido de la multitud haciendo eco en la sala de proyección. —Si nos encontramos con estos chicos en la final, estaremos en un mundo de sufrimiento —dice el entrenador sombríamente—. Quiero que observen a este portero. El chico es ágil como un halcón. Tenemos que encontrar su debilidad y explotarla. Mi mirada se centra en el juego en marcha, deteniéndose en el portero con uniforme negro y naranja manejando la jugada. Él es ágil, es cierto. Sus ojos constantes evaluando el terreno de juego, su guante cerrándose mientras detiene el primer gol lanzado en su dirección. Es rápido. Alerta. —Observen la forma en que controla este rebote —exige el entrenador cuando el equipo contrario lanza otro tiro hacia la portería—. Fluido. Controlado. Cuanto más veo, más inquieto me pongo. No puedo explicarlo. No tengo idea de por qué los pelos en mi nuca cosquillean. Pero algo en ese portero hace que mis instintos zumben. —Él pone su cuerpo en un ángulo perfecto. —El entrenador suena reflexivo, casi impresionado. También estoy impresionado. No he seguido a ninguno de los equipos de la costa oeste esta temporada. Estaba demasiado ocupado concentrándome en los que están en nuestra conferencia, estudiando las cintas de juego para encontrar una manera de ganarles. Pero ahora que la post-temporada está en marcha, es el momento de evaluar a los equipos que podríamos enfrentar en el campeonato si llegamos a la ronda final. Sigo mirando. Sigo estudiando. Maldita sea, me gusta la forma en que él juega. No, conozco la forma en que juega. El reconocimiento me atraviesa en el mismo momento que el entrenador dice: —El nombre del chico es… Jamie Canning. —… Jamie Canning. Él es un estudiante de último año. Santa mierda. Santa maldita mierda. Mi cuerpo ya no está zumbando, sino temblando. He sabido por un tiempo que Canning va a Rainier, pero cuando lo comprobé la temporada pasada descubrí que fue relegado a portero de respaldo, reemplazado por algún estudiante de segundo año que se rumoreaba era imparable. ¿Cuándo consiguió el puesto titular de nuevo? No voy a mentir, solía saber todo sobre el chico. Pero me detuve una vez que comencé a sentirme al borde del acecho. Quiero decir, no hay ninguna manera de que él se interesara en mí, no después de que arruiné nuestra amistad como un idiota. El recuerdo de mis actos egoístas es como un puñetazo en el estómago. Mierda. Fui un amigo terrible para él. Una persona horrible. Era mucho más fácil lidiar con la vergüenza cuando Canning estaba a miles de kilómetros de distancia, pero ahora… 10 El espanto se arrastra por mi garganta. Voy a verlo en Boston durante el torneo. Es probable que incluso me vaya a enfrentar contra él. Han pasado casi cuatro años desde que he visto o hablado con el chico. ¿Qué demonios le diría? ¿Cómo te disculpas con alguien por sacarlo de tu vida sin siquiera una explicación? —Su juego es impecable —está diciendo el entrenador No, no es impecable. Se retira demasiado rápido… siempre fue un problema para él, luchando por regresar a la red cuando un tirador se acercaba a la línea azul, dándoles un mejor ángulo para disparar. Y siempre dependía mucho de la almohadilla, creando oportunidades de rebote fáciles para la ofensiva. Tengo que morderme el labio para no divulgar la información. Se siente… incorrecto, supongo. Decirle a mis compañeros de equipo sobre las debilidades de Canning. Sin embargo, debería hacerlo. Realmente debería, porque está en juego el maldito Frozen Four. Por otra parte, han pasado años desde que estuve en el hielo con Canning. Él podría haber reforzado su juego desde entonces. Es posible que ya ni siquiera tenga esas debilidades particulares. Yo, por otro lado, sí. Tengo la misma maldita debilidad que siempre he tenido. Sigue allí mientras miro hacia la gran pantalla. Mientras veo a Jamie Canning detener otro tiro vertiginoso. Mientras admiro la gracia y precisión mortal con la que se mueve. Mi debilidad es él. Jamie —Estás muy tranquilo esta mañana, incluso para ti. —Los dedos de Holly derivan por mi espalda, terminando su viaje en mi desnudo culo—. ¿Pensamientos profundos sobre el Frozen Four? —Sí. —Y no es exactamente una mentira. Puedo garantizar que el viaje del viernes a Boston, se encuentra en la vanguardia de las mentes de dos docenas de otros jugadores esta mañana. Y alrededor de un trillón de aficionados. Tengo más que el ganar en mi mente, sin embargo. Ahora que en realidad estábamos dirigiéndonos por el campeonato, ya era hora de ponerse de acuerdo con la idea de que podríamos enfrentarnos a Northern Mass. ¿Y quién es el jugador estrella de su equipo? Nada menos que Ryan Wesley, mi ex-mejor amigo. —¿Qué pasa, cariño? —Holly se apuntala sobre un codo para estudiarme. No suele quedarse, pero el maratón de sexo de la noche anterior había durado hasta las cuatro de la mañana, y me hubiera sentido como un cabrón empujándola en un taxi tan tarde. 11 No estoy seguro de cómo me siento, sin embargo, viéndola hecha un ovillo en la cama junto a mí. Dejando a un lado el espectacular sexo de la mañana, su presencia me incomoda. Nunca he mentido a Holly acerca de lo que esto es y lo que no lo es. Pero he tenido bastante experiencia con las chicas para saber que cuando están de acuerdo en un arreglo de amigos con beneficios, una parte de ellas espera que uno de esos beneficios, de alguna manera, desembarque en la oferta de un novio. —¿Jamie? —solicita. Empujo a un lado un conjunto de pensamientos inquietantes y los sustituyo por otros. —¿Alguna vez has sido despedida por un amigo? —Me oigo preguntar. —¿Qué? ¿Cómo... alguien para el que trabajaste? —Ella tiene sus ojos azules amplios, los cuales siempre me toman en serio. Niego. —No. El máximo goleador en el Northern Mass era mi mejor amigo en la escuela secundaria. Y en la primaria, también. ¿Sabes el campo de hockey donde trabaje en el verano? —¿Los élites? —Ella asiente. —Sí, buena memoria. Antes de ser un entrenador allí, era un campista. Igual que Wes. Estaba loco. —Me río de mí mismo simplemente imaginando su cara desaliñada—. El tipo haría cualquier cosa. Hay una rampa tobogán en el centro de la ciudad en el invierno puedes patinar hacia abajo sobre el lago congelado. Pero en el verano está cerrado, con una cerca de doce pies alrededor. Dijo como, “Amigo, después de apagar las luces subimos esa cosa”. Holly masajea mi pecho con una de sus manos suaves. —¿Lo hiciste? —Naturalmente. Estaba seguro de que íbamos a ser arrestados y expulsados del campamento. Pero nadie nos llamó. Wes era el único lo suficientemente inteligente como para llevar una toalla sobre la que deslizarse, sin embargo. Así que tenía quemaduras en el dorso de mis muslos de deslizarme sobre esa mierda. Holly sonríe. —Y todavía me pregunto cuántos turistas tuvieron que eliminar las fotos que tomaron de Lago Mirror. Cuando Wes veía un turista que se alineaba para una foto, él siempre se bajaba los pantalones. Su sonrisa se convierte en una risita. —Suena divertido. —Lo era. Y entonces no lo era. —¿Qué pasó? Doblo mis manos detrás de mi cabeza, tratando de parecer informal a pesar de la ola de malestar deslizándose por mi espina dorsal. —No lo sé. Siempre fuimos competitivos. En nuestro último verano me retó a una contienda... —Me detengo, porque nunca digo a Holly cosas realmente personales—. No sé lo que pasó exactamente. Él solo corto el contacto conmigo después de ese verano. Él dejó de responder a mis textos. Él sólo... me despidió. Ella besa mi cuello. —Suena como si todavía estuvieras furioso. 12 —Lo estoy. —Me sorprendo a mí mismo diciendo. Si me hubieras preguntado ayer, si había algo en mi pasado que me molestaba, habría dicho que no. Pero ahora que Ryan Wesley ha puesto su culo de vuelta en mi conciencia, estoy todo revuelto de nuevo. Maldición. Realmente no necesito esto al entrar en los dos partidos más difíciles de mi vida. —Y ahora tienes que jugar con él —Holly, reflexiona—. Es mucha presión. —Está frotando mi cadera ahora. Estoy bastante seguro de que ella tiene algunos planes para los dos que implican un tipo diferente de “presión”. Está buscando la segunda ronda, pero no tengo tiempo. Cogiendo su mano en la mía, le doy un beso rápido. —Tengo que levantarme. Lo siento cariño. Estamos viendo la cinta en veinte minutos. —Balanceo mis piernas a un lado de la cama y me giro en busca de una imagen de las curvas de Holly. Mi amiga con beneficios es sexy como el infierno, y mi polla da un pequeño espasmo de gratitud por la diversión que ya tuvimos. —Es una pena —dice Holly, rodando sobre su espalda tentadoramente—. No tengo clase hasta esta tarde. —Pasa sus manos por su vientre plano y en sus tetas. Con los ojos fijos en mí, tocó sus pezones y luego se lamio sus labios. Mi polla no lo deja de notar. —Eres mala y te odio. —Agarro mi bóxer del suelo y miro hacia otro lado antes de conseguir una erección de nuevo. Se ríe. —No te gusto nada, tampoco. —UH Huh. Sigue diciéndote eso. —Pero luego fijo mis labios juntos. Seis semanas antes de la graduación, es imprudente empezar siquiera una conversación juguetona sobre lo mucho que Holly y yo nos gustamos. Somos estrictamente casuales, pero últimamente ha estado haciendo ruidos de lo mucho que me echará de menos el año que viene. Según Holly, es sólo cuarenta y tres millas de Detroit, donde estaré el año que viene, a Ann Arbor, donde ella va a estar en la escuela de medicina. Si empieza a preguntarse en voz alta si hay apartamentos en alquiler a medio camino entre las ciudades, no sé lo que voy a decir. Sí. No deseo esa conversación. Sesenta segundos más tarde estoy vestido y me dirijo a la puerta. —¿Has conseguido calmarte? —Sí, está bien. —Su risa me detiene antes de que pueda girar el pomo—. No tan rápido, semental. Holly se levanta para darme un beso de despedida, y me mantengo quieto por un segundo y lo devuelvo. —Más tarde —le susurro. Es mi adiós estándar. Hoy, sin embargo, me pregunto si hay otras palabras que está a la espera de oír. Pero cuando la puerta se cierra sobre ella, mi cabeza ya está en otro lugar. Me cuelgo la mochila sobre un hombro y me deslizo hacia fuera en una mañana brumosa de abril. Cinco días a partir de ahora voy a estar en la costa este, tratando de ayudar a mi equipo de hacerse con el campeonato nacional. Hombre, el Frozen Four es tan emocionante. He estado una vez antes. Fue hace dos años, y era el portero de reserva en lugar del principal. 13 No jugué, y no gané. Me gusta pensar que esas dos cosas están relacionadas. Esta vez va a ser diferente. Voy a estar esperando entre las tuberías, la última línea de defensa entre la ofensa del otro equipo y el trofeo. Eso es suficiente presión para flipar incluso para el mejor portero en los deportes universitarios. ¿Pero el hecho de que la estrella central del otro equipo sea mi ex-mejor amigo quien de repente dejó de hablarme? Eso es un golpe fuerte. Me encuentro con un puñado de mis compañeros de equipo en la acera cuando todos nos acercamos a la pista. Se están riendo sobre las payasadas de alguien, de ayer por la noche en el autobús, bromeando y empujándose entre sí a través de las puertas de cristal y en el brillante pasillo. Rainier hizo una renovación masiva de la pista hace unos años. Es como un templo para el hockey, con banderines de conferencias y fotografías del equipo cubriendo las paredes. Y eso es sólo el área pública. Nos detenemos frente a una puerta cerrada con llave para que Terry, un delantero joven, pueda deslizar su identificación más allá del ojo del láser. La luz destella verde y nos empujamos a través de la opulenta zona de entrenamiento. No he dicho ni una palabra a nadie todavía, pero nunca he sido de mucho hablar, como el resto de ellos, así que nadie lo nota. En la cocina del equipo, me sirvo una taza de café y agarro un muffin de arándanos de la bandeja. Este lugar me hace sentir como un niño mimado, pero es útil cuando estoy por quedarme dormido. Diez minutos más tarde estamos mirando la cinta en la sala de video del equipo, escuchando el análisis del entrenador Wallace. Está en el podio llevando un pequeño micrófono que amplifica su voz todo el camino hasta la última fila. Pero no lo puedo escuchar de todos modos. Estoy demasiado ocupado viendo a Ryan Wesley moverse rápido a través del hielo. Veo clip tras clip de Wes pasando por la línea de defensa como el humo, creando oportunidades de gol de la nada, excepto virutas de hielo y rápido ingenio. —El goleador ofensivo número dos en la nación, el chico tiene bolas de acero — admite nuestro entrenador a regañadientes—. Y la suficiente velocidad de pies para hacer a sus oponentes parecerse a mi abuela de noventa y siete años de edad. Disparo tras disparo poco probable vuela en la red. La mitad del tiempo en la pantalla, Wes, ni siquiera tiene los buenos modales de parecer sorprendido. Él simplemente se desliza hacia adelante con la gracia y la facilidad de alguien que prácticamente había nacido con cuchillas de acero debajo de sus pies. —Al igual que nosotros, Northern Mass llegó a la final del año pasado, pero fueron obstaculizados por lesiones en la postemporada —dice el entrenador—. Ellos son el equipo a vencer... El metraje es fascinante. Había visto por primera vez patinar a Wes, el verano después de séptimo grado. A los trece años todos pensábamos que éramos mierda caliente sólo por asistir a las élites en el campo de entrenamiento de hockey de clase mundial de Lake Placid, Nueva York. Fuimos los mejores jugadores de nuestro diverso equipo de vuelta a casa. Fuimos los niños a vencer durante los partidos improvisados de hockey en el estanque. Éramos en su mayoría ridículos. Pero incluso mi mocoso culo juvenil podía ver que Wes era diferente. Estaba un poco temeroso de él, desde el primer día, de mi primer verano en Elites. Bueno, al menos hasta que descubrí lo bastardo arrogante que era. Después de eso, le odiaba un poco, pero al ser asignados compañeros hizo que fuese difícil mantener mi odio. 14 Seis veranos consecutivos, el mejor hockey que jugué fue contra la vista aguda, acerada de Ryan Wesley. Pasé mis días tratando de mantenerme al día con sus rápidos reflejos y sus slapshots de platillo volador. Cuando la práctica había terminado, era aún más un desafío. ¿Quieres correr a la parte superior de la pared de escalada? Pregúntale a Wes. ¿Necesitas un socio en el crimen para ayudarte a entrar al campo congelado después de las horas? Wes es tu hombre. La ciudad de Lake Placid, probablemente, dejó escapar un suspiro de alivio cada mes de agosto, cuando el campamento fue completado. Todo el mundo pudo finalmente volver a una vida normal que no incluía ver el culo desnudo de Wes en el lago cada mañana, para su inmersión diaria. —Señoras y señores: Ryan Wesley. El entrenador zumbaba en frente de la sala, mientras que Wes y sus compañeros de equipo hacen su magia en la pantalla. Lo más divertido que he tenido en una pista, fue con él. No es que él nunca me cabrease. Lo hizo cada hora. Pero honestamente puedo mirar hacia atrás en sus desafíos y provocaciones y ver que me había hecho un mejor jugador. Excepto por el último desafío que emitió. Nunca debí haber aceptado ese. —Último día —se burló de mí, patinando hacia atrás más rápido de lo que la mayoría de nosotros podría patinar hacia adelante—. Todavía tienes miedo a embarcarte conmigo en otro tiroteo, ¿eh? Aun lloriqueando sobre el último. —Pura mierda. —Yo no tenía miedo de perder con Wes. La gente por lo general lo tenía. Pero era difícil evitarle la entrada en un tiroteo, y ya debía a Wes seis latas de cerveza. El problema era, que mi cuenta bancaria estaba drenada. Como el último de seis niños, el enviarme a este campamento de lujo era todo lo que mis padres podían hacer por mí. Ya había gastado mi dinero de cortar-el césped en helado y contrabando. Si perdía una apuesta, no la podría pagar. Wes patinó un círculo hacia atrás alrededor de mí, tan rápido que me recordó al demonio de Tasmania. —No es por cerveza —dijo, leyendo mis pensamientos—. Mi frasco está lleno de Jack, gracias a la paliza que le di a Cooper ayer. Así que el premio puede ser algo diferente. —Dejó escapar una risa malvada. —¿Como qué? —Conociendo a Wes, se trataría de una especie de exposición pública de la ridiculez. El perdedor canta el himno nacional mientras pendía del cerebro en el muelle de la ciudad. O algo. Cree una hilera de discos y me prepare para disparar. Golpee, salí el primero, sólo faltaba Wes mientras él iba en un borrón. Configure mi siguiente tiro. —El perdedor da al ganador una mamada —dijo justo cuando balancee. Perdí el puto disco. Realmente lo perdí. Wes carcajeo, patinando hasta detenerse. Jesucristo, el tipo era bueno follando con mi cabeza. —Estás histérico. Se quedó allí respirando con dificultad de todo el patinaje rápido. —¿Crees que no puedes ganar? No debería importarte el premio si estás seguro. 15 Mi espalda se sentía sudorosa, de repente. Él me tenía en una posición imposible, y lo sabía. Si me negaba el reto, ganaba. Sin embargo, si aceptaba él me confundiría antes de que el primer disco volase mi camino. Me quedé allí como un idiota, sin saber qué hacer. —Tú y tus juegos de mente —murmuré. —Oh, Canning. —Wes había reído—. El hockey es noventa por ciento de juegos de la mente. He estado tratando de enseñarte durante seis años. —Bien —había dicho entre dientes apretados—. Estás en ello. Él había abucheado a través de su máscara. —Te ves ya aterrorizado. Esto va a ser bueno. Sólo está follando contigo, me dije a mí mismo. Podía ganar un tiroteo. Entonces volvería los juegos de mente sobre él desechando el premio, por supuesto. Pero luego pude sostener el hecho de que él me debía un BJ sobre su cabeza. Por años. Era como si una bombilla de dibujos animados se disparase por encima de mi cabeza. Dos podían hacer juegos mentales. ¿Por qué nunca me había dado cuenta de esto antes? Wes. Alinee otro disco y disparé con gran fuerza justo más allá de la sonrisa arrogante de —Este va a ser un pedazo de pastel —le dije—. ¿Tenemos este tiroteo, donde pateare tu culo, justo después de comer? ¿Antes de que finalice la refriega del campamento? Por un breve momento su confianza resbaló. Estoy seguro de que lo vi, el repentino destello de mierda santa. —Perfecto —dijo finalmente. —Bien. —Cogí el último disco del hielo y lo volqué en mi guante. Entonces patiné a distancia silbando, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Ese había sido el último día de nuestra amistad. Y nunca lo vi venir. En la parte delantera de la sala, una nueva película estaba reproduciéndose, ésta destacando la estrategia ofensiva de Dakota del Norte. El entrenador ya no está pensando en Ryan Wesley. Pero yo aún lo estoy. 16 Wes El horizonte de Boston está a la vista desde mi ventana del autobús antes de que esté listo. Faltan tan sólo noventa minutos de la misa de Norte a TD Garden. The Frozen Four siempre se juega en una pista neutral, pero si alguien tiene una ventaja local en el hielo de este año, ese soy yo. Soy de Boston, así que jugar en la arena de los Bruins es mi fantasía de la infancia en la vida. Al parecer mi extraña fantasía es la de mi padre, también. No sólo es que llamó para invitar a todos sus colegas idiotas a mi juego, sino que puede verse como un héroe barato. Sólo tiene una limusina, no un vuelo chárter. —¿Sabes lo que más me gusta de este plan? —pregunta Cassel desde el asiento a mi lado mientras mira el itinerario con el que nuestro director de equipo se desmayó. —¿Qué este evento es como la sede mundial del conejito? 17 Él resopla. —Bien, seguro. Pero sólo iba a decir que nos estarán poniendo en un buen hotel, no en uno de paso en la interestatal. —Cierto. —Aunque el hotel, lo que sea, no será tan grande como la mansión Beacon Hill de mi familia a unas pocas millas de distancia. Nunca diría eso, sin embargo. No soy un snob, porque sé que la opulencia no acaba con la ignorancia y la infelicidad. Sólo hay que preguntarle a mi familia. Pasamos la siguiente media hora gruñendo en el tráfico, porque así es como es, en Boston. Así que son casi las cinco para el momento en que finalmente estamos bajando del autobús. —¡El equipo se queda! —grita nuestro dirigente de estudiantes—. ¡Tomen sólo su equipaje! —¿No tenemos que arrastrar a nuestro equipo? —gruñe Cassel—. Cariño, ya llegué. Tienes que acostumbrarte a este trato, Wes. —Me codea—. El próximo año en Toronto es probable que tengas un asistente personal para llevar tu palo alrededor por ti. Se siente supersticioso hablando de mi contrato con la NHL1 antes del Frozen Four. Así que puedo cambiar el tema. —Eso es impresionante, amigo. Me encanta cuando otro chico tiene mi palo. —Conseguí eso para ti, ¿no? —pregunta mientras tomamos nuestras bolsas de deporte de la acera donde el conductor con la cara roja las arrojó. —Seguro lo hizo. —Dejé a Cassel entrar en la puerta giratoria primero para poder tomar la puerta por el asa y atraparla dentro. 1 Siglas en inglés para la Liga Nacional de Hockey. Atascado ahora, Cassel se retuerce alrededor para levantarme el dedo. Cuando no lo suelto, se aleja y llega a la hebilla de su cinturón, tratando de asustarme y al resto de Boston que pasa a estar caminando por el hotel en un ventoso viernes de Abril. Dejo la puerta y le doy un empujón, pegándole en el trasero que aún no está descubierto. Ah, los jugadores de hockey. Realmente no nos pueden llevar a ninguna parte. Entonces estamos en el brillante vestíbulo. —¿Cómo se ve el bar? —pregunto. —Abierto —contesta Cassel—. Eso es realmente todo lo que importa. —Cierto. Encontramos un lugar fuera del camino para quedarnos parados mientras esperamos que el director del equipo resuelva lo de las habitaciones. Pero pasará un tiempo. El vestíbulo está ocupado y más que ocupado. Nuestro extremo de la habitación tiene un esquema de color claramente verde y blanco, con nuestras enormes chaquetas del Northern en todas partes. Pero en el otro extremo de la habitación otro color me llama la atención. Es el color naranja. En concreto, el naranja y el negro de las chaquetas de otro equipo. Están cruzando las mismas puertas por las que acabamos de entrar, empujándose unos a otros y generalmente actuando como perros llenos de testosterona. Todo es muy familiar. 18 Y entonces la habitación se inclina un poco mientras mi mirada se queda sobre una cabeza rubia como la arena. Sólo necesito la vista oblicua para reconocer la forma de su sonrisa. No me jodas. Jamie Canning se aloja en este hotel. Todo mi cuerpo se tensa mientras espero que vuelva la cabeza. Que mire hacia mí. Pero no lo hace. Está demasiado absorto en la conversación con uno de sus compañeros de equipo, riéndose de algo que el chico acaba de decir. Él se reía conmigo de esa manera. No he olvidado el sonido de la risa de Jamie. Profunda y ronca, melódica de una manera despreocupada. Nada mantiene a Jamie Canning abajo. Era el epítome de ir-con-el-flujo, probablemente debido a su relajada crianza en California. No me había dado cuenta de lo mucho que lo he echado de menos hasta este momento. Ve a hablar con él. La voz en mi cabeza es persistente, pero la silencio con mi mirada desgarrada dejando a Canning. Con la cantidad colosal de culpabilidad presente en mi pecho, ahora se vuelve aún más evidente que tengo que pedirle disculpas a mi viejo amigo. Pero en este mismo segundo no estoy listo. No aquí, con todas estas personas alrededor. —Es una maldita estación Grand Central aquí —murmura Cassel. —Amigo. Hay un mandado que necesito hacer. ¿Vienes conmigo? —Me formo esa idea sobre la marcha, pero es una buena. —¿Seguro? —Puerta de atrás —le digo, empujándolo hacia una salida cercana. En el exterior, me doy cuenta de lo cerca que estamos de Faneuil Hall y de toda la mierda turística que venden allí. Perfecto. —Vamos. —Le doy a Cassel un tirón hacia la primera fila de tiendas. —¿Olvidaste tu cepillo de dientes? —No. Tengo que comprar un regalo. —¿Para quién? —Cassel pasa su bolsa de lona sobre su hombro. Dudo. Siempre he mantenido mis recuerdos para mí mismo. Porque son míos. Durante seis semanas cada verano, él fue mío. —Un amigo —admito finalmente—. Uno de los jugadores de los Rainier. —Un amigo. —La risa de Cassel es baja y sucia—. ¿Tratarás de encontrar la manera de tener sexo después del partido de mañana? ¿A qué tipo de tienda me estás llevando? Maldito Cassel. Debería haberlo dejado en el vestíbulo lleno de gente. —Amigo. No es así. —Aunque me gustaría que lo fuera—. Este tipo, Canning su porterosolíamos ser cercanos —agrego de mala gana—. Hasta que me destrozó siendo un idiota. —¿A ti? Quién lo adivinaría. —Lo sé, ¿no? 19 Exploro la hilera de tiendas. Están llenas de la mierda turística de Boston que es generalmente invisible para mí: langostas de juguete, banderines de los Bruins, camisetas Freedom Trail. Algo aquí sin duda llenará la nota de lo que tengo en mente. —Vamos. —Llevo a Cassel a la tienda más cursi y comienzo a buscar en los estantes. Todo es chillón como el infierno. Recojo un muñeco de Paul Revere y luego lo dejo. —Estos son divertidos —dice Cassel. Está sosteniendo una caja de condones de los Medias Rojas. Me río antes de pensar en una mejor idea. —Cierto. Pero eso no es lo que estoy buscando. —Lo que elija, no puede tener nada que ver con el sexo. Solíamos enviarnos uno al otro todo tipo regalos de broma, entre más sucios, mejor. Pero no esta vez. —¿Puedo ayudarte? —La chica de ventas está vestida con un atuendo colonial, con el vestido de volantes aplastador-de-senos. —Claro que puedes, muñeca. —Me apoyo contra el mostrador de la manera más sexy posible, y sus ojos se abren un poco más—. ¿Tienes algo con gatitos? —¿Con gatitos? —Cassel ahoga una risa—. ¿Qué diablos? —Su equipo es los tigers. —Tonto. —¡Claro! —La señorita Betsy Ross se anima con mi petición, probablemente porque este trabajo es aburrido como la mierda—. Un segundo. —¿Cuál es el problema? —Cassel lanza los condones sobre una mesa—. Nunca me compras regalitos. —Canning y yo fuimos amigos en el campamento de verano. Cercanos, aunque sólo nos veíamos uno al otro durante seis semanas al año. —Unas muy intensas seis semanas—. ¿Tienes amigos así? Cassel niega. —Yo tampoco. No antes, y no después. Pero no hablábamos durante el año. Nos comunicábamos vía SMS, y nos enviábamos la caja. —¿La caja? —Sí… —Me rasco la barbilla—. Creo que empezó en su cumpleaños. Debe de haber tenido alrededor… ¿de catorce años? —Cristo. ¿Éramos tan jóvenes?—. Le envié este desagradable suspensorio púrpura. Lo puse en una de las cajas de puros cubanos de mi padre. Todavía podía recordar haber envuelto la caja en papel marrón y pegarla toda como el infierno para que pudiera llegar en una pieza. Esperaba que la hubiera abierto en frente de sus amigos y haberlo avergonzado. —¡Aquí estamos! —Betsy Ross vuelve extendiendo varias cosas sobre el mostrador en frente de mí. Encontró una caja de lápices de Hello Kitty, un gato grande de felpa que lleva una camiseta de los Bruins y bóxers blancos cubiertos de gatitos. —Esos. —Empujo los bóxers hacia ella. Ropa interior no había sido mi meta, pero los gatitos son del tono adecuado de color naranja—. Ahora, para subir tus puntos, necesito una caja. En forma de caja de puros, si es posible. Ella duda. —Las cajas de regalo tienen un costo extra. —Está bien. —Le hago un guiño y ella se sonroja un poco. Comprueba mis tatuajes que se asoman desde mi camiseta con cuello V. No se le puede culpar. Ni a la mayoría de las mujeres. Mejor aún, a los hombres como ellas, también. 20 —Déjame ver qué puedo encontrar. —Se escabulle. Me vuelvo a Cassel, que está masticando chicle, mirándome como si estuviera haciendo algo sin sentido. —Todavía no lo entiendo. Bien. —Entonces, un par de meses más tarde llevaré la caja al correo. Sin nota. Sólo la caja que le envié, pero estará llena hasta el tope con Skittles color púrpura. —Asqueroso. —No, hombre. Me encantan los malditos Skittles púrpura. Me tomó un mes comerlos, sin embargo. Esos eran un montón de Skittles. Y finalmente enviaré la caja posteriormente. —¿Con qué? —Ni idea. No recuerdo. —¿Qué? —grita Cassel—. Pensé que esta historia tenía un remate. —No tanto. —Eh. No me di cuenta hasta este mismo segundo que el regalo en el interior no era tan importante. Era el acto de enviarlo. Había sido igual que todos los chicos adolescentes pasando por la rutina de la escuela y la práctica y la tarea, sólo comunicándome por correo electrónico y con textos y gruñidos. Cuando esa caja se presentó sin avisar fue como Navidad, pero mejor. Mi amigo había pensado en mí y se había tomado la molestia. A medida que fui creciendo, las bromas se pusieron aún más ridículas. Caca falsa. Cojines Whoopie. Una señal que prohibía pedos. Bolas de estrés con forma de pechos. El regalo no era tan importante como el hecho de que se daba algo. Ahora Betsy Ross está de vuelta con una caja de regalo que es aproximadamente del tamaño correcto, incluso si no se mueve de un tirón para abrirse en la parte superior como nuestra caja acostumbrada. —Esa está bien —le digo, a pesar de que estoy decepcionado. —Entonces... —Cassel ve alrededor de la tienda, aburrido ahora—. ¿Le enviarás ésa? —Sí. Nuestra antigua caja está probablemente en mi casa en alguna parte. —Si no fuera un idiota, sabría dónde—. Rompí la cadena hace unos años. Así que esta tendrá que ser suficiente. —Le enviaré un texto al gerente y veré si tiene las llaves del hotel para nosotros —dice Cassel. —Hazlo. —Estoy viendo a Betsy Ross envolver los bóxers de gatito en un poco de papel, y luego meterlos en la caja. —¿Necesitas una tarjeta? —pregunta, yo sonrío y tengo una mejor vista de su escote. Esas no funcionan en mí, cariño. —Por favor. Ella me pasa un cuadro de cartulina y un bolígrafo. Escribo exactamente una palabra en ella y la coloco en la caja. Ya está. Enviaré este regalo a la habitación de Jamie en el hotel tan pronto como volvamos. 21 Entonces, cuando lo pueda tirar a un lado en un lugar tranquilo, me disculparé. No hay manera de deshacer los restos de lo que entretejí hace cuatro años. No puedo recuperar esa ridícula apuesta a la que lo había obligado o el resultado muy incómodo. Si pudiera volver atrás en el tiempo y restringir a mi estúpido yo a los dieciocho años, tirar esa mierda, lo haría en un santiamén. Pero no puedo. Sólo puedo ser un hombre y darle la mano y decirle que es bueno verlo. Puedo mirar esos ojos marrones que siempre me mataron y pedirle disculpas por ser tan idiota. Y entonces podré comprarle una bebida y tratar de volver a los deportes y a la plática fácil. A temas seguros. El hecho de que fuera el primer hombre que amé y el que me hizo enfrentarme a algunas cosas terribles sobre mí... bueno, todo eso se quedará sin decir. Y entonces mi equipo matará al suyo al final. Pero esa es sólo la forma en que es. Jamie Estamos pensando en una noche tranquila en el hotel —un hecho con el que estoy seguro la mitad de mis compañeros están muy descontentos. Particularmente los estudiantes de primer y segundo año, los jugadores que están en el Four congelados por primera vez y estaban esperando irse de fiesta como locos este fin de semana. El entrenador aplastó esa noción bastante rápido, sin embargo. Impuso la ley antes de que alguien pudiera incluso recoger sus menús en la cena —el toque de queda del equipo era a las diez en punto— sin alcohol, ni drogas, ni engaños. Los alumnos de segundo grado conocían el taladro, por lo que ninguno de nosotros se fastidió especialmente mientras subíamos al ascensor hasta nuestro bloque de habitaciones en el tercer piso. Mañana era el día del partido. Eso significaba que esta noche era acerca de tomarlo con calma y conseguir un poco de sueño. A Terry y a mí nos asignaron la habitación 343 cerca de la escalera, por lo que fuimos los últimos en el pasillo mientras nos dirigíamos a nuestra puerta. 22 En el momento en que lleguemos a ella, nos congelaríamos. Hay una caja en la alfombra. Azul pálido. Sin envoltura a excepción de una nota blanca pegada a la parte superior que dice Jamie Canning en florida cursiva. ¿Qué mierda? Lo primero que pensé es que mi mamá me había enviado algo de California, pero si lo hubiera hecho, habría una dirección, un franqueo, su letra. —Um… —Baraja Terry antes de plantar las manos en sus caderas—. ¿Crees que sea una bomba? Yo suelto una risita. —No lo sé. Pon tu oído en ella y dime si escuchas algo marcando. Él retrocede. —Eh-ajá, no veo cómo. Eres tal gran amigo, Canning, poniéndome en la línea de fuego. Bueno, olvídalo. Ese es tu nombre en la maldita cosa. Los dos miramos fijamente el paquete de nuevo. Es del tamaño de una caja de zapatos. A mi lado, Terry arruga la cara con terror, se burla y se lamenta: —¿Qué hay en la caja? —Hombre, bonita referencia de Seven —le digo, realmente impresionado. Él sonríe. —No sabes cuánto tiempo he estado esperando una oportunidad para hacer eso. Años. Nos tomamos un momento para chocar los cinco con los demás, y me pongo en cuclillas y recojo la caja porque tan entretenido como es, los dos sabemos que lo que tiene es inofensivo. La meto debajo mi brazo y espero mientras Terry desliza su tarjeta-llave para abrir la puerta, y luego damos dos zancadas en la habitación. Él enciende la luz y se dirige a su cama, mientras yo me echo en el borde de la mía y levanto la tapa de la caja. Arrugando la frente, desenvuelvo el papel de seda blanco y saco el suave paquete de tela del interior. Desde el otro lado de la habitación, Terry mira. —Amigo… ¿qué diablos? No tengo idea. Estoy mirando un par de bóxers blancos con gatitos de color naranja brillante sobre todos ellos, incluyendo un parche mal colocado en la entrepierna. Cuando los levanto por la cintura, otra tarjeta revolotea. Esta tiene una sola palabra sobre ella. MIAU. Y Mierda, reconozco la escritura a mano en esta ocasión. Ryan Wesley. No puedo evitarlo. Resoplo tan fuerte que mando las cejas de Terry a alzarse hasta su frente. Ignoro la reacción de mi amigo, muy divertido y desconcertado por el significado de este regalo. La caja. Wes resucitó nuestra vieja caja de broma. Excepto que por la vida en mí, no tengo ni idea de por qué. Había sido el último en enviarla. Y recuerdo que me sentí muy petulante sobre mi elección de regalos —un paquete de Blow Pops. Porque, bueno, ¿cómo podría resistirme? 23 Wes no había enviado nada a cambio. Tampoco había llamado, ni enviado mensajes de texto, ni enviado correo o mensajería. Ni una sola palabra de él por tres años y medio. Hasta ahora. —¿De quién es? —Terry está sonriendo hacia mí, visiblemente entretenido por el ridículo regalo en mis manos. —Diablos. —Su nombre sale de mi boca tan bien que me sorprende. No sé por qué mentí. Es bastante fácil decir que los bóxers son de un viejo amigo, un rival, o lo que sea. Pero por alguna razón, no me atrevo a decirle a Terry la verdad. —¿Es una broma o algo así? ¿Por qué ella te enviaría bóxers de gatitos? Eh, sabes, porque me llama gatito a veces. —Oh, por el amor de Dios. Terry se abalanza en un santiamén. —¿Gatito? ¿Tu novia te llama gatito? —No es mi novia. Pero el punto es discutible porque se dobla de risa, y quiero patearme a mí mismo por darle vergonzosa munición que va a utilizar, sin duda, contra mí hasta el final de los tiempos. Debería haberle dicho solamente que era de Wes. ¿Por qué diablos no lo hice? —Eh, perdón —dice, sin dejar de reír mientras marcha hacia la puerta. Entrecierro mis ojos. —¿A dónde vas? —No te preocupes por eso, gatito. Un suspiro se queda atascado en mi garganta. —Vas a llamar a todas las puertas y a decírselo a los chicos, ¿verdad? —Sí. —Se va antes de que pueda protestar, pero sinceramente no me importa tanto. Así que los chicos me van a molestar sobre la cosa del gatito por unos días. Finalmente, uno de mis compañeros de equipo hará algo ridículo y será su turno recibir el calor. Tras la puerta cerrada detrás de Terry, me quedo mirando los bóxers de nuevo, una sonrisa involuntaria alcanza mis labios. Maldito Wes. No estoy seguro de lo que esto significa, pero debe saber que estoy en la ciudad por el campeonato. ¿Tal vez esta es su manera de disculparse? ¿De extender una rama de olivo? De cualquier manera, tengo demasiada curiosidad para ignorar el gesto. Alcanzo el teléfono y marco al mostrador de recepción, y luego espero en la línea con una interpretación impresionante de Katy Perry de “Roar”. Lo que sólo me hace reír, porque, ya saben, rugido. Miau. Cuando la recepcionista contesta, pregunto si hay un número de habitación para Ryan Wesley. Estoy bastante seguro de que el mar de chaquetas verdes y blancas en el vestíbulo significa que está en este hotel. —No puedo proporcionarle el número de la habitación de otro huésped, señor. Eso me detiene por un segundo, porque es evidente que Wes pudo averiguar mi número de habitación. Pero es Wes del que estamos hablando. Probablemente le ofreció a alguna mujer en la recepción un vistazo de sus abdominales. 24 —¿Señor? Podría tratar de conectarlo por teléfono. —Gracias. Suena, pero nadie contesta. Mierda. Pero hay una cosa más para probar. Me muevo a través de mi teléfono para ver si su número todavía está en mis contactos. Y lo está. Supongo que nunca me enojé lo suficiente para borrarlo. Le envío un texto, con sólo tres palabras: Sigues siendo un listillo. Cuando mi teléfono repica un segundo más tarde, espero que sea mi mensaje rebotado. Ese Wes cambió su número hace mucho tiempo, a la mierda. Algunas cosas no cambian, dice en su lugar. No puedo evitar responderle en mi cabeza. Pero algunos lo hacen. Eh. Escúchenme diciendo eso toda perra. ¿Cuál es el punto de eso? Así que pongo algo más: Entonces ¿este es un saludo actual o una mierda perdedora, o vamos a patear tu trasero hoy? Su respuesta: ¿Ambos? Sentado allí en la cama del hotel, estoy sonriendo a mi teléfono. En serio, mi cara está a punto de romperse en dos. Es sólo la nostalgia de una época más simple en mi vida donde las decisiones más importantes eran los ingredientes de una pizza y la pequeña ridiculez de que debía enviar por correo una caja a mi amigo. Pero me gusta de todos modos, que es probablemente la razón de que mi siguiente texto diga: Probablemente iré al bar en un rato. Su respuesta: Ya estoy aquí. Por supuesto que lo está. Meto mi teléfono y abro la lona. De cara a la ducha, me tomo unos minutos para lavarme el largo día de encima. Necesito recuperarme. Y me vendría bien un afeitado. O tal vez estoy estancado. No sé qué esperar de Wes. Con él, nunca se sabe qué esperar, que es una de las razones por las que siempre me ha gustado tanto. Ser su amigo era una maldita aventura. Me arrastraba a una situación loca después de la otra, y estaba feliz de ir adelante para el paseo. Lo hice tan lealmente. Justo hasta la parte loca al final. En la ducha del hotel, tomo una profunda bocanada de aire estimulante. Maldita sea estaba bien. Todavía estoy enojado. Porque si Wes y yo habíamos tenido una pelea o algo así, entonces darme la espalda a mí al menos tendría sentido. Pero no habíamos peleado. Él sólo me había retado a un tiroteo. Y ese día, en ese segundo —la última tarde del campamento— habíamos alineado los discos con justicia perfecta. Les disparó cinco veces, yo los tiré en cinco ocasiones también. Los tiroteos nunca son fáciles. Pero ¿cuándo te estás defendiendo en la red contra Ryan Wesley, el patinador más rápido contra el que he jugado? Es intenso. Aun así, habíamos hecho eso suficientemente a menudo para que pudiera anticipar sus llamativos movimientos. Recuerdo haber cacareado después de que hice los tres primeros disparos. Pero entonces él tuvo suerte, me derrotó una vez y luego ganó uno en un rebote poco probable de la tubería. 25 Tal vez otro hombre se habría asustado un poco cuando se diera cuenta de que había atinado dos. Pero yo era un cliente fresco. En última instancia, era Wes quien se había ahogado. No estaba acostumbrado a la marcha del portero, pero tampoco solía disparar a su puerta. Hice mis dos primeros disparos. Luego defendí los dos siguientes. Todo se redujo a un solo disparo, y vi el miedo en sus ojos. En mi interior, sabía que podía hacerlo. Que había ganado, en buena ley. El tercer disparo se fue a su lado y cayó con un chasquido en el fondo de la red. Durante las siguientes tres horas lo dejé torcerse —durante toda la cena y la entrega de premios de mierda que tenían al final del campamento. Wes estuvo inusualmente mudo a través de eso. Esperé hasta que volvimos a nuestra habitación para dejarlo descolgado. —Creo que voy a recoger mi premio el año que viene —le había dicho con tanta indiferencia como pude reunir a los dieciocho años—. En junio, tal vez. O en julio. Te avisaré, ¿está bien? Hubiera querido dar un suspiro aliviado. Hacer a Wes sudar por una vez había sido divertido. Pero su rostro no dio nada. Había sacado un frasco de acero inoxidable y lentamente desenroscó la parte superior. —Ayer por la noche de campamento, amigo —le había dicho—. Será mejor que celebres. —Tomó un buen trago y luego me lo pasó. Cuando tomé el frasco, sus ojos brillaron con algo que no pude leer. El whisky fue áspero bajando. El primer trago, de todos modos. Hasta ahora, no habíamos bebido más de una o dos cervezas, a recaudo en nuestros contenedores. Ser atrapado con alcohol o drogas habría significado un verdadero problema. Así que no tenía ningún tipo de tolerancia en ese entonces. Sentí el calor del licor a través de mi pecho, justo mientras Wes decía: —Vamos a ver un poco de porno. Casi cuatro años después, estoy ahí temblando en un baño de hotel. Cerré el agua y agarré una toalla de la pila. Supongo que es hora de ir abajo y ver si nuestra amistad se puede arreglar. Lo que había sucedido esa noche era un poco loco, pero no exactamente digno de los libros de récords. Me encogí de hombros con bastante facilidad. Pero Wes no lo había hecho. Sin realmente ninguna otra explicación de por qué me había cortado. Dios, espero que no saque eso. A veces es mejor dejar la mentira de mierda. A mi modo de ver, una noche de estupidez y de ebriedad no debe ser el momento decisivo en una amistad de seis años. Aun así, estoy extrañamente nervioso cinco minutos después, cuando me paseo al ascensor a la planta baja, y no me gusta la sensación de picor en mi columna, porque no me pongo nervioso a menudo. Soy probablemente la persona más fría que jamás hayan conocido, que estoy seguro tiene que ver con el hecho de que mi familia es la definición de pie de los californianos duros. 26 El bar está lleno cuando entro. No es sorpresa. Es viernes por la noche y el hotel está completamente lleno debido al torneo. Cada mesa y cabina está ocupada. Tengo que mover mi cuerpo hacia los lados para moverme por el lugar, y no puedo ver a Wes en ningún lugar. Tal vez fue una idea estúpida. —Disculpen —digo. Hay un coágulo de hombres de negocios que bloquean la vía entre la barra y las mesas. Pero se ríen de la broma de alguien, haciendo caso omiso de la forma en que están haciendo el cuarto entero intransitable. Probablemente estoy a un segundo de ir al piso de arriba cuando lo escucho. —Tonto. Es sólo una palabra, pero reconozco la voz de Wes al instante. Profunda, un poco ronca. De repente me transporto a la secundaria, a todos esos veranos que escuché esa voz burlándose de mí, desafiándome, retándome. Un resoplido comunal de risa sigue su comentario, y muevo mi cabeza para buscar en el grupo de jugadores de hockey contra la pared del fondo. Él gira la cabeza al mismo tiempo, casi como si sintiera mi presencia. Y mierda, viajo atrás en el tiempo otra vez. Tiene el mismo aspecto. Y diferente. Se ve diferente e igual. Todavía tiene el cabello oscuro, desordenado y crecimiento en su barba desaliñada, pero es más grande ahora. Músculo sólido y hombros anchos, más magro que voluminoso, pero definitivamente más grande que a los dieciocho años. Todavía tiene el tatuaje tribal en su bíceps derecho, pero ahora hay mucha más tinta en su piel dorada-entonada. Otra pieza en su brazo izquierdo. Algo negro y de aspecto celta asomándose desde el cuello de su camiseta. Todavía está hablando con sus amigos mientras me mira concentrado. Por supuesto que está rodeado de gente. Había olvidado lo magnético que es. Como si se quemara con combustible más alto que el resto de nosotros. Una barra perforando su ceja atrapa la luz mientras gira su cabeza, un guiño de plata sólo un tono más claro que sus ojos gris pizarra. Que se estrecha cuando finalmente nado a través del mar de gente para llegar a su lado. —Mierda, hombre, ¿te pusiste luces en el cabello? Hace más de tres años desde que estuvimos en la misma habitación juntos, ¿y eso es lo primero que me dice? —No. —Pongo los ojos en blanco mientras me deslizo en el taburete junto al suyo— . Es por el sol. —¿Todavía surfeas cada fin de semana? —pregunta Wes. —Cuando tengo tiempo. —Levanto una ceja—. ¿Todavía tirando hacia abajo de los pantalones y mirando por ninguna razón concebible? Sus compañeros de equipo entran en erupción alrededor de nosotros, sus risas truenan en mi pecho. —Mierda, ¿siempre fue así? —dice alguien. Una sonrisa tira de la esquina de la boca de Wes. —Nunca privé al mundo de mi belleza masculina dada por Dios. —Se estira para poner una gran mano en mi hombro. Le da un apretón. Se va de nuevo una fracción de segundo, pero todavía puedo sentir el punto caliente en mi hombro. 27 Chicos, este es Jamie Canning, mi amigo de hace tiempo y portero de esos punks en Rainier. —Oye —le digo estúpidamente. Entonces echo un vistazo alrededor, en busca de una camarera. Necesito una copa en la mano, incluso si es sólo un refresco. Pero el lugar está atestado, y la única camarera a la vista no está en ninguna parte cerca. Echo un vistazo a la copa en la mano de Wes. Está bebiendo algo efervescente, CocaCola, por el aspecto de la misma. No, cerveza de raíz. Siempre había preferido la cerveza de raíz. Y, obviamente, su entrenador le dio la misma perorata de no-beber. Wes levanta la mano en el aire, y la camarera gira bruscamente en nuestra dirección. Señala su vaso y ella asiente, como si fuera mandada por Dios para hacer su voluntad. Wes le parpadea una sonrisa, su divisa favorita de favores. Y me doy cuenta de otro destello de metal. Se perforó la lengua. Eso es nuevo, también. Yyyy ahora estoy pensando en su lengua. Maldito Jesús. Y los últimos cuatro años de silencio entre nosotros de repente hacen un poco más de sentido. Tal vez hay numeritos borrachos capaces de arruinar una amistad. O tal vez es una mierda, y si nos hubiéramos quedado como amigos podríamos haber logrado superar el valor de una hora de estupidez hace mucho tiempo. Mientras tanto, realmente hace mucho calor en este bar. Si esa camarera no me trae una cerveza de raíz, voy a tener la tentación de verter todo sobre mí mismo. Y el silencio entre mi ex-amigo y yo está creciendo ya a cada segundo. —Lleno de gente —me las arreglo para decir. Apenas. —Sí. ¿Necesitas un trago? —Me ofrece su copa. Tomo un codicioso sorbo y nuestros ojos se encuentran por encima del borde. Su confianza se ha deslizado un milímetro o dos. Su mirada hace una pregunta. ¿Vamos a atravesar la siguiente media hora? Tragando, tomo una decisión. —Es una vergüenza que los Bruins fueran castigados por los Ducks el mes pasado. Veo el destello de retorno de arrogancia a la velocidad del rayo. —Eso fue un golpe de suerte. Y una terrible llamada en la tercera. Su ala tropezó con sus propios pies de pato. —Con un poco de ayuda de su hombre-D. —Oh, mierda eso. Veinte dólares a que los Ducks no llegan más allá de la primera ronda de este año. —¿Veinte es todo lo que estás dispuesto a apostar? —Suspiro—. Suena como si tuvieras miedo. Veinte y un vídeo de YouTube proclamando mi grandeza. —Listo, pero cuando pierdas, harás ese video con una camiseta de los Bruins. —Claro. —Me encojo de hombros. Y así, la noche se hace más fácil. La camarera aparece con dos vasos de cerveza de raíz y una sonrisa hambrienta de Wes. Él le desliza uno de veinte. —Gracias, muñeca. 28 —Avísame si necesitas algo —dice, moviéndose a una cortina. Cristo. Los jugadores de hockey no tienen un montón de problemas para echar un polvo, pero mi viejo amigo, obviamente, disfruta de su selección de basura. Ella es atractiva, también. Gran envergadura y una dulce sonrisa. Ni siquiera perdonó una mirada a su trasero perfecto mientras se aleja. Después de que desaparece, Wes abre sus brazos y le sonríe al grupo de jugadores de hockey de pie a su alrededor. —Mierda, somos sólo un montón de cobardes, ¿no es así? Cerveza de raíz y ginger ale en una noche de viernes. Que alguien llame a la policía. Necesitamos una partida de dardos o algo así. —¡Hockey de mesa! —grita alguien—. Lo vi en la sala de juego. —¡Cassel! —Wes golpea al tipo de pie junto a él—. ¿Quién ganó el último partido, de todas formas? —Tú no, pinchazo. Debido a que hiciste trampa durante el tiroteo. —¿Quién, yo? Todo el mundo se ríe. Pero mi mente se engancha en el “tiroteo”. Por supuesto que sí. Wes La universidad pagó por un palco ejecutivo en el TD Garden, un elegante palco privado con una reluciente ventana que iba del suelo al techo con vista a la pista de abajo. De todos modos, las botellas de celebración de Dom que habían sido repartidas eran cortesía del imbécil de mi padre. El idiota está celebrando el éxito de nuestra victoria como si hubiese sido él en el hielo esta tarde... Incluso le oí fanfarroneando con uno de sus amigos que había sido él quien me enseñó el movimiento de tres pases que usé para marcar el gol de la victoria en el tercer tiempo. Mentira. El viejo no me había enseñado una maldita cosa. Para el momento en que fui capaz de sostener un palo de hockey, le dio dinero a profesores, entrenadores y a cualquiera que pudiese convertir al único hijo en una estrella. El único crédito que estoy dispuesto a darle es que es realmente bueno firmando un cheque con su nombre. 29 El equipo de Cannig está ahora en el hielo, enfrentando la misma presión que nosotros tuvimos antes. El Entrenador nos había permitido a cada uno un vaso de champán. Íbamos a jugar la final mañana por la noche y nos quiere preparados. Aunque no tiene que preocuparse por mí. Estoy bebiendo una cerveza de raíz. No es un jódete hacia mi padre, es porque tengo el estómago revuelto mientras miro el partido y el alcohol sólo lo empeoraría. Quiero que Rainier gane. Quiero enfrentarme a Canning en la final. Quiero fingir que ya no tengo sentimientos por el chico. Supongo que tendré que estar satisfecho con dos de tres, porque no puedo fingir que aún no me gusta. Verlo otra vez la pasada noche lo hizo imposible. Joder, se había visto bien. Realmente bien. Muy sensual chico dorado de California, increíblemente grande, rubio y sexy. Con esos conmovedores ojos marrones, sorprendentes en un chico rubio. Aunque es un atractivo sencillo. Durante todo el tiempo que he conocido a Jamie Canning nunca hizo alarde de su apariencia. A veces pienso que ni siquiera es consciente de lo condenadamente atractivo que es. —Ohhhhh mierda —grita uno de los mayores mientras un jugador de los Rainier lanza el que debe de ser uno de los tiros de la semana. Es un control claro pero hace que un jugador contrario rebote contra las paredes como una pelota de goma y caiga de bruces en el hielo. Rainier está concentrado para ganar. Están jugando agresivamente, ofensivamente, todo el tiempo. No creo que Yale haya lanzado más de una docena de tiros a la portería y ya está casi acabando el tercer tiempo. Canning los paró todos menos uno y el único que le metieron fue totalmente de suerte, golpeando el poste para darle a Yale un rebote en el centro volviendo a golpearlo dentro. Prácticamente pude escuchar el silbido del disco mientras pasaba zumbando el guante de Canning, sólo un nanosegundo más rápido para que lo atrapase. Ahora el marcador está igualado, 1-1, a cinco minutos del final. Me encuentro reteniendo la respiración, deseando que Rainier se adelante para que algo pase. —Tu hombre, Canning, es muy estable —me comenta Cassel, tomando un delicado sorbo de su champán, como si fuese la Reina de Inglaterra. —Frio bajo presión —concuerdo, mi mirada fija en la pista. El extremo izquierdo de Yale simplemente lanzó un torpe tiro al pecho que Canning paró con facilidad, con lenguaje corporal casi aburrido mientras tomaba posesión del disco antes de pasárselo a uno de sus extremos. Los jugadores de Rainier pasaron como un rayo la línea azul, yendo al ataque. Pero mi mente aún está en el último intento de gol, la forma en que Canning se enfrentó al jugador de Yale. Ni siquiera puedo contar las veces que estuve en esa misma posición, volando hacia mi amigo, lanzándole tiros. Excepto la última vez que nos enfrentamos, fui el que estuvo en la red. La última barrera erigiéndose entre Jamie Canning y una mamada. Me gusta pensar que no lo dejé ganar adrede. Soy un competidor, siempre lo he sido. No importaba lo mucho que quisiese la polla de Canning en mi boca. No importaba que si yo ganaba, sabía que tenía que dejarle retirarse de la apuesta. Había defendido esa portería con todo lo que tenía. ¿Tal vez? Porque cuando ese disco me pasó volando, no puedo negar que una

parte de mí había estado contentísimo. 30 —Con eso dicho, no lloraría a moco tendido si pierden —afirma Cassel. Se gira para sonreírme—. Sé que es tu mejor amigo para siempre y todo, pero me sentiría mejor enfrentarme contra el portero de Yale que a ese tan tranquilo de ahí abajo. Cassel tiene razón. Canning es la gran amenaza. ¿Esas debilidades de hace tiempo? Acabadas. Ahora es una estrella de rock. No importa que recuperase el puesto titular. Incluso así, no quiero que pierda. Quiero verlo en la final. Quiero verlo, punto. Y había experimentado una aplastante derrota antes... si su equipo perdía, sé que no se estará para salir, ponerse al día, volver a conectar... ¿Chupársela el uno al otro? Aparto el pensamiento. No acabo de aprender, ¿no? La última vez que chupar entró en la ecuación, perdí a mi mejor amigo. Es divertido, estoy seguro que todo el mundo tiene algo de lo que se arrepiente de haber dicho. Un insulto que le lanzaron a alguien. Una confesión que desean poder retirar. Tal vez, no sé, una broma insensible que desean no haber dicho. ¿La frase de la que me arrepiento? Veamos algo de porno. No hubo marcha atrás desde que pronuncié esas palabras y ni siquiera puedo culpar completamente al alcohol, porque unos cuantos sorbos de una petaca no hacen un idiota borracho. Sabía lo que estaba haciendo. A qué estaba persuadiendo a Canning. Estaba cobrando la maldita apuesta, lo que es jodidamente irónico, porque él había ganado. El premio era suyo, excepto que no lo fue. Fue mío. Porque quería tocarlo más de lo que quería mi próximo aliento. Aún recuerdo la sorpresa en su rostro cuando cargué la página porno en mi portátil. Elegí una escena sosa, sosa para mí de todos modos. Puse el ordenador en el colchón, luego tumbándome en la litera de abajo como si no me importase nada en el mundo. Durante un largo tiempo Canning no se movió. Esperé, tenso, mientras decidía si iba o no a sentarse junto a mí en la cama o subir a la litera de arriba. Sin mirarlo le pasé la petaca. Lo escuché tragar. Tragó en un suspiro, luego puso su culo a mi lado. No me arriesgué a mirarlo durante varios minutos, nos tumbamos de espaldas, pasándonos la petaca mientras mirábamos en la pantalla a dos tipos follando a una rubia tetona. —¿Cómo compararías tu técnica a la suya? —Canning se tronchó de risa con su ocurrencia, su estómago temblado incluso mientras miraba el portátil. Para él, era sólo el último divertido resultado de nuestras travesuras competitivas. Iba a echármelo en cara, del modo que siempre nos lo hacíamos el no al otro. Pero para mí no era una broma. Simplemente he pasado el último año tratado de aceptar mi, cada vez más obvia, atracción hacia los hombres. Mi torpe pérdida de virginidad con una chica durante mi primer año había sido una bandera roja bastante grande. No me había sentido atraído por ella, pero había necesitado intentarlo. Para estar seguro. Apenas había sido capaz de tener una erección, incluso entonces, lo manejé sólo porque estaba pensando en... Canning. Pensé en Jamie Canning. He estado enamorado de mi mejor amigo heterosexual durante un largo tiempo. Pero no podía decirle eso. Mi único movimiento aquí era seguir la corriente. —Bueno, siempre he sido bueno manejando el palo 31 Jamie resopló. —Sólo tú podías ser presumido incluso sobre esto. —Siempre te lo digo, Canning. Sin miedo. No importa qué. Dios, fui tan idiota. Porque el miedo no era siquiera parte de la ecuación. Todo lo que tenía era puro y doloroso deseo mientras estaba tumbado allí, al lado de Jamie. El pasado año he disfrutado de un par de sesiones de besuqueo borracho y un intercambio de masturbación con un tipo de la escuela. Pero incluso entonces no había estado cien por ciento seguro. ¿Tumbado en la cama al lado de Canning? Ardía con certeza. En la pantalla, la rubia estaba gimiendo como loca. A cuatro patas y amándolo. Canning se calló por un rato. Yo descansé allí, tratando de controlar mi respiración. Pero no pude evitar echar un vistazo a su entrepierna un minuto después. Entonces, mi respiración se atascó porque, maldita sea, tenía una erección larga, dura y gruesa presionando contra su pantalón deportivo. Estaba teniendo la misma erección y sé que la vio. Probablemente pensó que era por el porno. Demonios, esa era la única razón por la que él estaba encendido. Pero yo no. Mi erección latía por él. A mi lado, tragó saliva de forma brusca. —Imagen interesante, Wesley. Considerando lo que está en juego. No voy a forzarte a que me la chupes. —Sonrió—. He decidido disfrutar la gloria de saber que finalmente has firmado un cheque que no puedes pagar. —Luego me puso los ojos en blanco y eso sólo hizo que mi piel ardiese más. —¿Qué? —dije, esperando que no pudiese escuchar el tono áspero de lujuria en mi voz—. ¿Crees que soy demasiado cobarde para chupártela? Giró la cabeza para mirarme a los ojos... —¡Sí joder! Los gritos de nuestro capitán de equipo me sacaron de mi viaje por el carril de la memoria. Todo el estadio es un alboroto, fans gritando y el marcador iluminándose y todas las pantallas colocadas por todo el lugar iluminadas con la palabra ¡GOL! en enormes letras amarillas. Mi estómago se hundió como un saco de ladrillos cuando me di cuenta de quién marcó. Yale. Maldita sea. Había marcado Yale y había estado demasiado distraído para verlo. Ahora van 2-1, con un minuto y medio para el final. —Me despisté —le cuento a Cassel—. ¿Qué pasó? —Uno de los Rainier, el imbécil hizo uno de los penaltis más estúpidos que he visto jamás. —Sacude la cabeza con asombro—. Idiota, le entregó la victoria a Yale. No, aún no han ganado. Aún queda tiempo para que los Rainier se reagrupen. Aún queda tiempo, maldita sea. —Tu chico no tuvo la oportunidad con esa poderosa jugada —añade Cassel. Mis entrañas se retuercen con fuerza. Di lo que quieras sobre Yale, pero lideran la NCAA acumulando jugadas poderosas. Cada vez que jugamos contra ellos esta temporada, el entrenador pronunció una dura frase antes de que dejásemos el vestuario: Acaban en el banquillo de penalización contra Yale, pierden. 32 Rezo para que esas palabras no sean proféticas, que Rainier pueda recuperarse de esto, pero mis plegarias no son escuchadas. El pitido final zumba en el TD Garden. Y Rainier pierde. Jamie Perdimos. Jodidamente perdimos. Aún estoy aturdido mientras camino por el túnel hacia los vestuarios. El humor a mi alrededor es sombrío. Agobiante. Aunque nadie está jugando a la culpa. No hay rabia dirigida a Barkov, quien tropezó con el jugador de Yale sin ninguna razón comprensible, el tipo ni siquiera tenía el disco. No hay recriminación hacia nuestra defensa, quien inexplicablemente se cayó durante esa jugada. Y no hay acusación dirigida en mi dirección, por no ser capaz de parar ese último tiro en el pitido final. Pero, en el fondo... me culpo a mí mismo. 33 Tenía que haberlo detenido. Tenía que haber salido antes, estirar más el brazo. Debí haber lanzado mi cuerpo sobre ese maldito disco, no dejar que se acercara al área. Estaba distraído. Había estado triste de que mi familia no hiciese el viaje desde Cali para verme jugar. Ahora estoy agradecido de que no me vieron perder. Excepto en televisión. Junto con otros cuantos millones de personas... Maldición. De vuelta en nuestra habitación de hotel encuentro a Terry sentado en la cama, con el control remoto de la televisión en la mano. Pero la televisión está apagada y él está mirando la pantalla en negro. —Um, ¿Terry? ¿Estás bien? Alza la cabeza inmediatamente. —Sí. Sólo... —Deja de hablar rápidamente. Los siguientes días simplemente van a ser como éste. Puedo verlo ahora. Ansiábamos ser los que llevásemos este título a casa para Rainier. Eso podría haberle probado a nuestras familias y universidad que todos estos años de sacrificio lo valían. No probamos nada. —Aún sigue siendo la mejorísima temporada en treinta años —murmura Terry. Me dejo caer en mi cama. —¿Mejorísima es una palabra? —No si eres nosotros. —Ambos reímos. Pero su risa acaba en un suspiro—. Ese fue mi último partido, Canning. Mi último partido de todos. No fui reclutado por la NHL como tú. En tres meses estaré vistiendo un traje y sentado en un escritorio. Mierda. Eso es realmente duro. —Durante quince años he sido jugador de hockey. Desde hace media hora soy un asociado junior en la división de inversiones bancarias de Pine Trust Capital. Jesús. Y ahora espero que las ventanas de nuestra habitación de hotel no se puedan abrir, porque estoy medio preocupado de que vaya a saltar por la ventana. O puede que yo lo haga. —Amigo, necesitas alcohol y una chica. Como ayer. Su risa es oscura. —Mis primos están viniendo a recogerme. Habrá bebida y club de striptease. —Gracias Dios. —Me giro para estudiar el techo empedrado de la habitación de hotel—. ¿Sabes?, hay muchas posibilidades de que nunca juegue un solo partido de la NHL. ¿El tercer portero del equipo? Más vale que Detroit haga un banquillo con las medidas exactas de mi culo. Si soy afortunado puede que me dejen jugar como portero suplente. —Aún tendrás el jersey y a las conejitas2. —Su teléfono suena y lo toma para contestar—. Nací preparado —le dice a quien llama—. Estaré ahí abajo. —Luego me pregunta—: ¿Vienes con nosotros? ¿Voy? Realmente necesito una copa. Pero en este momento mi espalda está aplastada contra la colcha. —No estoy preparado —admito—. ¿Puedo enviarte un mensaje dentro de una hora para ver dónde están? —Hazlo —responde. 34 —Hasta después —grito mientras la puerta se cierra de golpe. Durante un tiempo me revuelco en mi miseria. Mis padres me llaman a mi teléfono pero no lo atiendo. Estarán impresionados, como siempre, pero ahora mismo no quiero escuchar palabras agradables y alentadoras. Necesito sentirme mal. Emborracharme. Tal vez tener un orgasmo. Hay un golpe fuerte en la puerta y arrastro mi triste culo para contestar. Probablemente un compañero de equipo preparado para ayudarme con la parte de emborracharme en la lista de actividades de esta noche. Abro la puerta de un tirón para encontrar a Holly allí de pie, con el rostro manchado de pintura naranja y negra, una botella de tequila en una mano y limones en la otra. —Sorpresa —exclama. —Jesús, Holls. —Río—. Dijiste que no ibas a venir. —Mentí. —Me da una gran sonrisa. Abro la puerta de par en par. —Nunca en tu vida has sido tan oportuna. —¿De verdad? —Me reta, empujándome para pasar—. ¿Ni siquiera cuando hice que te corrieses en el baño del tren justo antes de nuestra parada? —De acuerdo, tal vez entonces. Estoy tan feliz de verla que no es ni gracioso. Lo que necesito es distracción y eso es lo que es Holly y siempre ha sido así el uno para el otro. 2 En inglés puck bunnies. Mujer que va al hockey con el único propósito de follar con los jugadores. Ella va al grano, cortando los limones en la mesa del hotel con un cuchillo que saca del bolso. ¿Sé elegir a mis amigos o no? —Vasos —ordena Holly sobre su hombro. Creo que esta noche puedo beber directamente de la botella, pero busco por ella, encontrando un par en el mueble de la televisión. Los saco y sirve la bebida antes de que lo note. —Aquí. —Me ofrece un vaso y levanta el otro en el aire—. Para patear traseros y atravesar nuestra decepción. —Me estudia con sus ojos azules bien abiertos, buscando algo. —Ese es un buen brindis, amiga —murmuro—. Gracias. —Cuando choco mi vaso con el suyo me sonríe como si esta noche hubiese ganado algo. Al menos lo hace uno de nosotros. —Hasta el fondo, hombre. Después te voy a desnudar. Me gusta eso. El tequila baja y luego la dejo que meta un trozo de limón en mi boca. Ambos estamos riendo y chupando el ácido sabor del limón. Entonces la llevo hasta la cama. Me gustaría liberar toda mi maldita tensión en esta sonriente chica, pero tomo un profundo respiro. Holly es linda y la mitad del tiempo estoy preocupado de enamorarme de ella. Ahora mis rodillas están sobre la cama y ella se está echando hacia atrás, sacándose la camiseta. Mi propia camiseta golpea el suelo antes de descender sobre su cuerpo, teniendo cuidado en no apoyar todo mi peso sobre ella. Excepto por mis caderas. Estas están decadentemente hundidas entre las suyas y mi polla se despierta y dice mira lo que tenemos aquí. 35 feliz. Holly toma mi cabeza y la hala para un beso. Saboreo el limón, tequila y el deseo, chica —Mmm —gime—. He estado esperando todo el día por esto. También yo, solo que no lo sabía. Cierro los ojos y me hundo en su boca y en su precioso lugar de olvido. No hay juego ni anotación justo antes del pitido. Ni decepción. Sólo una chica sexy debajo de mí y varios chupitos más para beber. Y un golpe en la puerta. —Joder —farfullamos Holly y yo al unísono. —¡Canning! —grita una voz desde el pasillo. —¿Tienes que atender? —jadea Holly. —Lo siento —susurro—. Pero solo por un minuto. Lo juro. —Bien —resopla, empujando mi pecho—. Pero voy a servir más tequila. —Eres increíble —insisto, alcanzando su camiseta del suelo. Ignoro la mía por el interés del tiempo. En cuanto está cubierta, cruzo la habitación y abro la puerta. —Hola —saludo a Wes. Espero que empiece con el cuento de “mala suerte”. Wes es muy competitivo, pero nunca me pateó cuando estaba en el suelo. Sin embargo, permanece extrañamente en silencio, pestañeando desde el pasillo. —Hola —repite después de una larga pausa—. Solo... No dice más palabras. Asimila mi apariencia medio desnuda y la vista de mi follamiga sirviendo tequila. —Esa es Holly —murmuro—. Holly, este es un viejo amigo, Ryan Wesley. —¿Chupito? —ofrece ella desde el otro lado de la habitación. Está sonrojada y tiene el cabello despeinado. Probablemente tengo el mismo aspecto. Pero Holly no parece avergonzada así que tampoco me preocupo. —¿Quieres entrar Wes? —No —contesta rápidamente y las palabras suenan como una lasca de piedra golpeando una superficie dura—. Solo quería decirte que siento que no vayamos a enfrentarnos mañana. —Se mete las manos en los bolsillos, en un extraño gesto de humildad—. Ahora no será lo mismo. —Alza las esquinas de su boca, pero la sonrisa no llega a sus ojos. —Lo sé. —Mi voz está llena de la decepción que he estado esperando eludir esta noche—. No como en el campamento. —Me encantaba ese sitio —comenta Wes, frotándose la nuca. —Aún sigo entrenando allí, ¿sabes? —Quiero acabar ya esta conversación, así que no sé por qué añado—: No es lo mismo sin ti. —Es verdad, pero este ya es el día más cargado de emoción de mi vida y, realmente, no necesito más en qué pensar. —Voy a salir —indica Wes, señalando los ascensores con el pulgar—. Tú, ah, cuídate por si no te veo mañana. —Da un paso atrás. 36 Ese es el momento en que realmente no sé qué hacer. Mi equipo volverá a la costa oeste mañana por la mañana. No nos quedaremos para la final. No estoy seguro de que Wes y yo tengamos más que decirnos en este momento. ¿Pero es realmente así? Siento la fuerte urgencia de añadir algo, para retrasar su marcha. Excepto que estoy derrotado, confundido y jodidamente agotado. Y él ya se está alejando de mí. —Hasta luego —contesto de forma brusca. Mira sobre el hombro y alza una mano a modo de saludo. Momentos después permanezco allí de pie como un idiota y él gira la esquina hacia los ascensores. —Jamie —dice Holly suavemente—. Aquí tienes tu trago. De mala gana, cierro la puerta. Cruzo la habitación, tomo el vaso de su mano y lo tomo de golpe. Me quita el vaso vacío de la mano. —Ahora, ¿dónde estábamos? Si sólo lo supiera. Wes —¿Sabes que acabamos de ganar el título nacional, verdad? —comenta Cassel por centésima vez la última hora. Tenía esa sonrisa tonta de rey del mundo que había estado llevando toda la noche. Incluso después de los cuatro chupitos de vodka que había tomado. —Sí, lo sé. —Mi tono es distraído mientras paso la mirada por la multitud, el acalorado bar que habíamos elegido como sede para la celebración. La bebida del bar del hotel era ridículamente cara, así que decidimos aventurarnos a otro sitio esta noche. Y de acuerdo con la búsqueda de Donovan Yelp, este pequeño bar tenía las bebidas a mitad de precio los sábados por la noche y aparentemente no saben a pis. Aunque no me importaba una mierda cómo supiese el alcohol. Sólo estoy interesado en sus efectos. Quiero emborracharme. Quiero emborracharme así no tengo que pensar en lo muy jodidamente idiota que soy. La voz de Cassel me saca de mis pensamientos tristes. 37 —Entonces deja de enfurruñarte como una perra —ordena—. Somos campeones nacionales, hombre. Aplastamos a Yale esta moche. Jodidamente los eliminamos. Lo hicimos. El marcador final fue 2-0, a favor de Northem Mass. Barrimos el suelo con nuestros oponentes y debería estar feliz por eso. No, debería estar increíblemente extasiado. Es para lo que nos entrenamos todo el año, y en vez de saborear la victoria estoy demasiado ocupado estropeándolo con el hecho de que Canning tiene novia. Sí amigos, Jamie Canning es hetero. Sorprendente. Pensarías que para ahora ya habría aprendido mi lección. Pasé seis años esperando que tal vez la atracción no fuese en un único sentido. Tal vez un día, de repente, el interruptor pudiese apagarse y pensase como Umm, Wes me atrae muchísimo. O quizás entendiese que juega en ambos lados y decidiese tomar un paseo en el lado de los chicos. Aunque ninguno de estos planes ha salido bien. Y nunca lo harían. A mi alrededor, los chicos ríen, bromean y resumen sus momentos favoritos del partido de esta noche, nadie nota que no estoy diciendo nada. Mi mente sigue volviendo a Jamie y su novia y la follada que había interrumpido ayer. —Necesitamos otra ronda —anuncia Cassel, buscando en toda la habitación a nuestra camarera. Cuando la noto detrás de la barra, abruptamente echo mi silla hacia atrás. —Iré a pedirla —digo a los chicos y entonces me alejo de la mesa antes de que nadie pueda preguntar por qué de repente me vuelvo tan caritativo. En el bar, ordeno otra ronda de chupitos para el grupo, luego apoyo los antebrazos en la manchada barra de madera y estudio las botellas de los estantes. He estado bebiendo cerveza toda la noche, pero no está haciendo su trabajo. Necesito emborracharme. Necesito algo más fuerte. Mi estómago se aprieta cuando mi mirada aterriza en una brillante botella de bourbon. La bebida elegida por mi padre. Pero el bourbon que él compra es mil veces más caro que la botella en este estante. Paso la mirada al grupo de botellas de tequila. Canning había estado bebiendo tequila la otra noche. Muevo la mirada otra vez, Jack Daniel’s. Ah joder. Es como si todas las botellas de este bar estuviesen llenas de recuerdos. Antes de que pueda pararlo, mi memoria recuerda el último día en el campamento, a la petaca de plata que le había pasado a Canning y la pregunta burlona que le arrojé. —¿Crees que soy demasiado gallina para chupártela? Había parecido considerarlo durante un minuto. —Creo que es una mala idea decir siquiera que Ryan Wesley es demasiado gallina para hacer algo. —Cierto. Se rió, pero volvió a mirar la pantalla. Otra vez me dejó librarme. Pero no quería librarme. Quería liberarme. Cuanto más estábamos allí sentados discutiendo de sexo, más seguro estaba. Tocar a mi mejor amigo era todo en lo que podía pensar. Tampoco era un reto para mí. Era puro deseo. 38 En la pantalla, la rubia estaba de rodillas, chupándosela a un tipo mientras masturbaba al otro. Jamie tomó otro sorbo de la petaca antes de pasármela. A mi lado, movió las caderas y tuve que reprimir un escalofrío. El deseo de mi corazón estaba sentado a mi lado. Y ahora él estaba cachondo. Había movido la mano, poniéndola justo sobre la cintura de su pantalón corto. Se acarició mínimamente el punto bajo sus abdominales, como si le picase, pero era obvio que había estado esperando hacer un poco de reorganización estratégica. Di un gran trago de whiskey. Por coraje. Luego puse una mano entre mis piernas, descansando justo allí. —Esto me está matando —comenté. Era la declaración más verdadera que había hecho en todo el día. Pasé suavemente la mano arriba y abajo por mi polla. Pude sentir sus ojos en mí, en mi mano. Y eso me hizo enloquecer más. Olvidando la pantalla. Había preferido empezar mi actuación allí, con mi par de ojos marrones favorito como única audiencia. Mi corazón empezó a tronar, porque sabía qué estaba a punto de hacer. Hay un acantilado en la laguna que nos gustaba, a seis metros de altura en el lago; esa noche fue como estar de pie en la cima. Como precipitarse al vacío y llevarlo conmigo. Recuerdo un año en que a Canning le estaba tomando tanto tiempo saltar que perdí la paciencia y lo empujé, riéndome mientras lo veía hundirse en el agua de abajo. Pero esta vez no podía hacer eso. No podía empujarlo, tenía que saltar. Me lamí mis resecos labios. —Realmente necesito sacudírmela. ¿Te importa? Su momento de vacilación casi me mata. —Hazlo. Nos bañamos en la misma habitación, ¿no? Demonios. —Se rió—. Cagamos en la misma habitación. Aunque hay paredes. Aquí no había ninguna. Metí la mano bajo la cintura del pantalón y agarré mi dolorida erección. Aunque no la saqué. Solo le di un tirón bajo mi pantalón. Sus ojos estaban llenos de sorpresa, luego brillaron con algo que me sacó el aire de los pulmones. No era enfado. Ni molestia. Excitación. Santo infierno, estaba disfrutando viéndome masturbarme. Y ahora ninguno de los dos estaba mirando el ordenador. La mirada de Canning estaba fija en el movimiento de mi mano bajo mi pantalón. —Tú también puedes. —Odié el sonido grave de mi voz justo entonces, porque sabía que tenía una agenda—. Vamos. Será menos raro para mí. Demonios. Era como la serpiente que le enseñó la manzana a Eva. O más bien el plátano... Todas las estúpidas analogías dejaron mi estúpido cerebro un momento después, cuando Jamie alcanzó su pantalón y se sacó la polla. Mi corazón saltó en mi pecho ante la vista. Era rosa, gruesa y perfecta. Con los dedos de una mano acarició la parte inferior, arriba y abajo. Con un toque muy ligero. Envidié esos dedos. 39 Tomé mis doloridas bolas y traté de tomar un hondo respiro. Mi pecho estaba apretado por el deseo. Estaba justo allí, su cadera tocando la mía. Quería inclinarme y tomarlo en mi boca. Lo quería tan desesperadamente que podía saborearlo. Volvió a poner los ojos en la pantalla. Lo sentí hundirse un poco más en la cama. Ahora acariciándonos de forma más entusiasta. Su respiración se volvió más superficial y el sonido envió otro tirón de lujuria por mi columna. Quería ser el que lo hiciese jadear de ese modo. Entonces su ritmo cayó y alcé la mirada para saber por qué. El vídeo había acabado. Había elegido uno de varios minutos de duración. Y ahora la pantalla se había congelado en un menú de vídeos, pero la imagen en miniatura expuesta más prominentemente era este terrible fotograma del enorme culo de una mujer. —Umm... —Jamie se rió de verdad—. Eso no es conseguir el trabajo hecho. Sentí un tipo de conciencia asentándose sobre mí. En el hockey cuando un lanzamiento se desarrolla, un buen jugador tiene que reaccionar inmediatamente. Eso es exactamente lo que pasaba aquí. Una ventana a la oportunidad se había abierto un poco e iba a atravesarla. —Puedes reclamar tu apuesta —musito. Acariciándose a sí mismo, deja salir un suspiro. —¿Me estás desafiando? —Sí. Su garganta se movió mientras tragaba saliva. Sus ojos brillaron con un desfile de emociones que no pude seguir. Resistencia. Calor. Confusión. Calor. Irritación. Calor. —Yo... —Se rió, con voz ronca. Se detuvo, aclarándose la garganta—. Te reto. Su mirada se centró en la mía y casi me corro en ese mismo momento. Mi polla estaba hinchada en mi mano, latiendo. Doliendo. Pero de algún modo me las arreglé para poner un tono indiferente, mi marca personal de dispuesto a todo alargando las palabras la mayoría del tiempo es completamente falsa. —Bueno. Eso sería interesante. El ligero indicio de pánico en su rostro fue inconfundible, pero no le di tiempo de retirarse. Lo deseaba demasiado. Siempre había jodidamente deseado a este tipo. Soltándome a mí mismo, me estiré para cubrir su mano con la mía. Se tensó, y por una décima de segundo pensé que iba a alejarme. No lo habría culpado. Pero entonces se soltó, dejando mi mano allí sola. Estaba sujetando su polla. Por fin. Estaba caliente y duro, y las puntas de su vello púbico rubio me hicieron cosquillas en las puntas de mis dedos. Lo apreté y todo el aire pareció dejar su cuerpo, su torso prácticamente derretido contra el colchón. Mi boca estaba seca, y mi corazón retumbaba fuertemente en mis oídos. Pasé mi palma por toda su erección, actuando como si lo que estaba haciendo no fuese gran cosa. Entonces dije: —Joder, creo que estoy borracho. —Porque eso parecía lo correcto para comentar. Como si el alcohol fuese la razón por la que estaba haciendo esto. El alcohol era nuestro pase libre. Funcionó, porque musitó: —Yo también. —Pero su voz fue borrosa y distraída. 40 Y, tal vez, él estaba borracho. Quizás el sonrojo de sus mejillas era gracias al whiskey y no por sentir mi otra mano bajándole rápidamente el pantalón. Quizás su respiración rápida era porque el alcohol atravesando su torrente sanguíneo y no por mis dedos curvados alrededor de su dureza. Me moví en el colchón, arrodillándome frente a él mientras lo bombeaba con suaves movimientos. Todo mi cuerpo latió con incontrolable necesidad, mi erección pesada entre mis piernas. Aunque la ignoré. Jamie pestañeó dos veces cuando me incliné sobre él y miré su rostro, calibrando su reacción. No parecía horrorizado. Parecía excitado. Había estado fantaseando sobre este momento durante años. No podía creer que estaba pasando realmente. —¿Qué estás esperando, Ryan? Chúpalo ya. La sorpresa me atravesó. Sólo me llamaba Ryan cuando me retaba. Y ahora mismo me estaba retando a chuparle la polla. Jesús. Mi envalentonamiento vaciló, sólo por un segundo. Hasta que vi su pulso martillear en el hueco de su garganta y me di cuenta que estaba tan nervioso y excitado como yo. Inhalé y bajé la cabeza. Luego cerré la boca sobre su punta hinchada y chupé. Las caderas de Jamie se alzaron inmediatamente, su aliento dejando su garganta con un estremecimiento desigual. —Oh, Jesús. Recuerdo preguntarme si había recibido una mamada antes. La conmoción y asombro en su voz habían sido muy crudas. Muy sexy. Me lo pregunté, pero no por mucho. No cuando empezó a susurrarme las órdenes más calientes y pervertidas. —Más —murmuró—. Toma más. Tómalo todo. Lo chupé más hondo en mi boca, casi hasta la base, justo entonces gimió, lo liberé, pasando mi lengua por toda su larga y dura longitud, hasta que su polla estuvo reluciente. Lamí la humedad goteando de su punta y su sabor llenó mi boca, haciendo que mi cabeza diese vueltas. Le estaba haciendo una mamada a mi mejor amigo. Era tan irreal. Era lo que había soñado durante mucho tiempo y la fantasía no era nada comparada con la realidad. —Joder, sí. —Las caderas de Canning empezaron a moverse mientras lo volvía a tomar en la boca. Lamí la punta de su polla, probando, saboreando, luego volviéndolo a tomar profundo. No me atreví a mirar hacia él. Estaba demasiado asustado de mirarlo a los ojos, asustado de que fuese capaz de ver en mi rostro lo mucho que lo quería. —Jesús Wes, eres muy bueno en esto. El elogio me alegró. Santo infierno. Estaba empujando en mi boca porque yo lo excité. De repente enredó sus dedos en mi cabello, apretadamente cuando lo tragué tan rápido como podía tomarlo. —Oh Cristo. Sigue haciendo eso hombre. Déjame follarte la boca. Cada cosa ruda que dijo prácticamente me hizo arder en llamas. Sabía que yo disfrutaría esto. ¿Pero que él también? Alucinante. Aumenté el ritmo, apretando su erección en cada movimiento, más apretado de lo que pensé que le gustaría, pero siguió murmurando más duro, más fuerte. 41 Cerré los ojos mientras trabajaba en él, determinado a hacerle perder el control, hacerle sentir la misma urgente necesidad haciendo estragos en mi cuerpo. —Wes... —Un sonido ahogado dejó sus labios—. Joder Wes, vas a hacer que me corra. Sus dedos tiraron de mi cabello hasta el punto del dolor, sus abdominales tirantes, sus caderas golpeando más rápido. Un par de segundos después, gimió. El sonido ronco vibró contra mis labios mientras se quedaba inmóvil, empujado hondo y se corría en mi boca mientras tragaba cada go... —¿Estás esperando que una de esas botellas te haga un pequeño gesto y diga “pídeme”? La voz del hombre me trajo al presente. Parpadeo, desorientado. Aún estoy en el bar, aún apoyado en la barra y mirando las botellas de licor. Mierda. Me aturdí. Y ahora estaba semi duro, gracias el recuerdo de mi última noche con Jamie Canning. Tragando saliva, me giro para encontrar a un extraño sonriendo detrás de mí. —En serio —añade, su sonrisa creciendo—. Has estado observando esas botellas durante casi cinco minutos. El camarero se rindió intentando preguntarte qué querías. rarito. ¿El camarero había hablado conmigo? Probablemente piensa que soy un completo Aunque el tipo junto a mí no parece un rarito. Tiene muy buena apariencia en realidad. Veintitantos, pantalón vaquero desgastado y una camiseta de Ramones, un tatuaje de mangacompleta cubriendo su brazo derecho. Mierda tribal mezclado con calaveras, dragones y otras imágenes agresivas. Es más delgado de lo que me gusta normalmente, pero no del tipo anoréxico. No es enteramente mi tipo, pero tampoco no es mi tipo. Es definitivamente material de follada y por la forma en que me está examinando, sé que podría estar interesado. —¿Estás con esos tipos? —Señala hacia la mesa de chaquetas de hockey. Asiento. —¿Qué celebran? —Ganamos el Frozen Four esta noche. —Me detengo—. El Campeonato de hockey Universitario. —No jodas. Felicidades hombre. Así que juegas hockey, ¿eh? —Pasa su mirada por mi pecho y brazos, antes de volver a mi rostro—. Se nota. Sí, está interesado. Miro a la mesa, donde Cassel me mira. Sonríe cuando nota a mi acompañante, se vuelve hacia los chicos, riendo de algo que Landon acaba de decir. —Así qué, ¿cómo te llamas? —pregunta mi desconocido. —Ryan. —Soy Dane. Vuelvo a asentir. Parece que no puedo reunir ningún encanto. Ningún comentario engreído, ni insinuación descarada. Gané el campeonato esta noche, debería estar celebrando. Debería invitar a este muy atractivo tipo al hotel, colgar la señal de no molestar en la puerta, así Cassel cogería la indirecta y follarme a Dane. Pero no quiero. Solo estaría tratando de sacar a Canning de mi sistema y sé que después me sentiré como una mierda. 42 —Lo siento, tengo que volver con los chicos —comenté abruptamente—. Encantado de charlar contigo, hombre. Cruzo el bar antes de que pueda decir otra palabra. No me giro para ver si luce decepcionado o para asegurarme de que no me sigue. Sólo golpeo a Cassel en el hombro y le digo que me voy. Pasan cinco minutos hasta que soy capaz de convencerlo que no he sido abducido por alienígenas. Me excuso con un dolor de cabeza, echándole la culpa a la adrenalina, las cervezas, la temperatura y todo lo demás que puedo pensar, hasta que finalmente se rinde de convencerme para que me quede y soy capaz de abandonar el bar. El bar está a veinte calles del hotel, pero decido caminar en vez de tomar un taxi. Puedo usar el aire fresco y el tiempo para aclarar mi cabeza. Excepto que ahora estoy a diez calles y mi cabeza aún no se ha aclaró. Está brumosa con imágenes de Canning. No puedo dejar de recordar la forma en que lucía anoche. Su sensual cabello, el sonrojo de sus mejillas. Había estado acostado o a punto de hacerlo. Y la chica había sido caliente, una pequeño duendecillo de ojos azules. Siempre había ido por las pequeñas. Apretando los dientes, saco a la chica de mi cabeza y pienso en el adiós que Canning y yo compartimos. El lugar no es lo mismo sin ti. Había sonado como si lo dijese de verdad. Demonios, probablemente así era. Pasamos los mejores veranos de nuestras vidas en Elite. Obviamente una mamada no le había jodido todos los buenos recuerdos. Meto las manos en mis bolsillos, me detengo en el paso de cebra y espero a que la luz cambie a verde. Me pregunto si volveré a verlo de nuevo. Probablemente no. Ambos vamos a graduarnos, a empezar nuestras vidas post-universitarias. Él está en la costa oeste, yo voy a dirigirme al norte hacia Toronto. No es verosímil que nuestros caminos se crucen. Tal vez eso es lo mejor. Dos miserables encuentros esta semana, solo dos, aun así de algún modo fueron capaces de borrar los cuatro años que he pasado recuperándome de él. Es obvio que no puedo estar alrededor de Canning sin desearlo. Sin querer más. Pero este fin de semana no fue suficiente para mí, maldita sea. Tomo mi teléfono antes de poder detenerme, parando junto a un dispensador de periódicos e inclinándome contra la caja de metal mientras enciendo una página de búsqueda. A la página le lleva un tiempo cargarse, pero una vez que lo hace no tardo en llegar a la página de contacto. Paso el personal de dirección hasta que encuentro el número de teléfono del director del campamento. Me conoce. Le agrado. Demonios, los pasados cuatro años han estado persiguiéndome para que vuelva. Podría hacerme este favor si se lo pido. Marco el número. Luego vacilo, mi dedo suspendido sobre el botón de llamada. Soy un bastardo egoísta. O tal vez soy un maldito masoquista. Canning no puede darme lo que quiero, pero aún no puedo evitar quererlo. Quiero lo que sea que pueda conseguir, una conversación, una broma, una sonrisa, cualquier cosa. Puede que no sea capaz de llevarme el bistec, pero joder, estoy bien con algunos restos. Sólo... sólo no puedo dejarlo ir aún. 43 Junio Jamie —¡Hola, Canning? —¿Sí? Pat, el director del campamento, ha llegado a la caja de penalti para hablar conmigo. No alejo mi mirada del juego en el que soy entrenador, pero él no piensa que soy grosero. —Conseguiste un compañero de cuarto —dice. —¿En serio? —Eso es una buena noticia, porque cada verano Pat se pelea por los entrenadores. Y este año no es diferente. Chicos como yo se mantienen graduándose y avanzando. Él quiere los mejores entrenadores para su campamento, pero lo mejores tipos están en alta demanda. 44 Este año yo soy uno esos. Justo por lo que estaré en Detroit para el campamento de entrenamiento seis semanas a partir de ahora, lo cual quiere decir que Pat tendrá que encontrar alguien para cubrirme cuando me valla. Lo miro una fracción de seguro antes de mirar de vuelta al juego de los chicos en proceso. Él está examinándome, y no sé por qué. —Se agradable con él, ¿de acuerdo? Me toma un momento responder, porque no me gusta la dirección que el juego está tomando. El temperamento está a punto de explotar. Puedo sentir la tensión subiendo. —¿Cuándo no soy agradable? —pregunto, distraído. Una mano firme aterriza en mi hombro. —Eres el mejor que hay, chico. Aunque el portero está a punto de perder su mierda. —Puedo ver eso. Es como ver un accidente. Sé qué va a ocurrir, pero las fuerzas ya están en marcha y no puedo detenerlas. Mi mejor portero, Mark Killfeather, ya ha detenido veinte tiros en este juego. Con rápidos reflejos y un gran y ágil cuerpo, Killfeather tiene todas las características físicas que un portero requiere. También tiene, desafortunadamente, un temperamento rápido como un relámpago. Y el talentoso delantero canadiense francés del otro equipo ha estado tocándolo como a un violín todo el día. Burlándose y fastidiándolo en cada empuje ofensivo. Veo la jugada que el canadiense está a punto de hacer. Él pasa a su compañero en la línea azul luego toma el disco de nuevo al otro lado del hombre logrando colgarlo en la esquina. Finge ir a la izquierda, luego a la derecha… y envía un platillo volando pasando a mi hombre Killfeather. Es una jugada hermosa, hasta que el chico canadiense rocía al portero con virutas de hielo y lo llama “un estúpido”. Como si fuera un boomerang, Killfeather lanza su bastón con fuerza suficiente para romperlo como un fosforo contra las tablas. Cae sobre el hielo, astillado. Revísalo, por favor. Soplo el silbato. —Ese es el juego, estamos fuera de tiempo. —¿Pourquoi?3 —protestó el delantero agresor—. ¡Hais tiempo en jese reloj!4 —Interroga a tu entrenador ofensivo —digo, despidiéndolo con un gesto de la mano. Entonces patino hacia Killfeather, quien está de pie jadeando en la red, lanza su casco lejos para revelar su sudada cabeza. Él tiene sólo dieciséis años y la aparenta. Mientras los otros chicos de su edad están pateando de vuelta bajo el sol o jugando videojuegos, él está pasando sus horas batallando en la pista hoy. Yo había sido ese chico, también. Era una buena vida y no la cambiaría por nada, pero ayuda recordar que estos son todavía niños. Así que no inicio con: “Hey, imbécil, acabas de tirar a la basura un bastón de cien dólares”. —¿Quién es tu portero favorito, chico? —pregunto en su lugar. —Tuukka Rask —dice inmediatamente. —Buena elección. —No soy un fan de los Bruins, pero el hombre tiene un excelente record—. ¿Qué aspecto tiene su rostro cuando deja entrar una anotación? Killfeather arque una ceja. —¿Por qué? Toma un trago y se pone su máscara de vuelta. 45 —Él no pierde su mierda y lanza su bastón —digo con una sonrisa. El chico rueda sus ojos. —Lo tengo, pero ese tipo es todo un culo. Inclinándome hacia abajo, arrastro la red fuera de su punto así el hielo pude ser revestido. —Hiciste un gran bloqueo hoy. Realmente excepcional. Killfearther comienza a sonreír. —Pero tienes que aprender a mantener la calma, y voy a decirte por qué. —Su sonrisa se desvanece—. Rask está calmado después de que lo hecha a perder. Pero no es porque sea una mejor persona que tú o yo, o porque él medite o nunca logre enojarse. Es porque sabe que dejar todo detrás de él es la única forma de ganar. En serio, cuando está teniendo ese trago de agua, ya está avanzando. En lugar de decir, “Hombre, ojala no hubiera hecho eso”, dice, “Bien, ahora tengo una flamante oportunidad de detenerlo”. El chico está sonriéndole a sus patines ahora. —¿Sabes qué cosas dicen sobre los peces dorados? Su memoria es tan corta que cada vez que nadan alrededor de la pecera, todo es nuevo otra vez. Las esquinas de su boca se levantan. —Eso es profundo, entrenador Canning. Agh. Me mata ser el entrenador Canning por un par de semanas al año. Estoy locamente enamorado de este trabajo. En francés, significa ¿por qué? NT: No es que esté mal escrito, lo que ocurre es que el personaje no habla muy bien inglés, y tiene acento francés por lo que algo así sonaría la traducción. 3 4 —Sé mi pez dorado, Killfeather. —Le doy un pequeño golpe a la almohadilla en su pecho—. Olvida cada estúpida cosa que ese tipo te diga. Porque el mundo está lleno de pendejos que te molestarán por diversión. Tienes los movimientos. Puedes hacer el trabajo. Pero sólo si no le permites destruirlo por ti. Él finalmente levanta la mirada hacia mí. —Está bien. Gracias. —Ve a las duchas —digo, patinado de espaldas por el camino detrás de él—. Luego saca tu tarjeta de crédito y compra otro bastón. Lo dejo, desamarrando mis patines y deslizándome en mis Chuck Ts. Cuando eres un entrenador, no tienes que prepararte. Sólo patines y un casco. Estoy llevando pantalones cortos de senderismo y una sudadera de la universidad Rainier. Y ellos me alimentan tres veces al día en el comedor del campamento. ¿Mencioné que este es un trabajo encantador? Dejar la pista me lleva más allá de todo tipo de recuerdos de deportes Olímpicos. La pista donde estaba de pie hace un minuto tratando de meter algo de sentido común en un portero de dieciséis años es la misma donde el equipo de E.E.U.U. ganó el oro en las olimpiadas de 1980. Así que hay fotos de “Milagro en el Hielo” en todas partes. Durante los meses de invierno, hay más atletas per cápita5 en este pequeño pueblo que en la mayoría de cualquier lugar. La gente se muda aquí para entrenar para el hockey, patinaje, salto en ski y eventos de alpinismo. 46 Pero cuando abro la puerta de cristal, es un cálido día de Junio. El Lago Mirror brilla en la distancia y tengo que proteger mis ojos. El pueblo de Lake Placid está a cinco horas de la ciudad de Nueva York o Boston. La verdadera cuidad más cercana es Montreal, y esa se encuentra todavía a dos horas de distancia. Justo en el medio de la nada se encuentra este lindo pueblito turístico rodeado por lagos vírgenes y la cordillera Adirondack. Cielos. A menos que necesites acceso al aeropuerto. Pero hoy no. Estoy caminando más allá de una tienda de ski y una heladería, contando las horas hasta el momento de la cena. Tengo un montón de nostalgia por este pueblo, probablemente porque es mío. Cuando eres el más joven de seis hijos, nada nunca es sólo tuyo. Creo que ese es el por qué me fui por el hockey en primer lugar, mi familia es toda sobre el fútbol. Ningún Canning había puesto un pie en las Adirondacks hasta que fui invitado a este campamento. De hecho, dejar el nido de la familia para venir aquí como un adolecente se sintió como aventurarse a la luna. Son las cuatro en punto, y hay tiempo para una carrera o un chapuzón, pero necesitaré cambiarme de ropa. Todos los campistas y entrenadores están alojados en un viejo dormitorio que fue construido para acomodar atletas europeos para las Olimpiadas de invierno de 1980. El edificio está a cinco minutos de la pista caminando. Mientras troto subiendo los escalones, paso por una placa que describe a los ocupantes originales y las medallas que ganaron, pero no me detengo. Pasa un par de años en este pueblo y olvidarás estar impresionado. Mi habitación está en el segundo piso, y siempre tomo las escaleras en lugar del chirriante y antiguo elevador. El oscuro pasillo huele a cera para piso y a las lilas floreciendo de afuera. Además de un olor a calcetines viejos. No puedes tener un edificio lleno de jugadores de hockey sin eso. Per cápita es una locución latina de uso actual que significa literalmente “por cada cabeza”, esto es, “por persona” o “por individuo”. 5 Estoy a tres metros de mi puerta, llaves en mano, cuando me doy cuenta que alguien está de pie inmóvil a mi lado. Eso sólo es suficiente para asustarme, y luego me doy cuenta de quién es. —¡Jesucristo! —Todavía prefiero Wes —dice empujándose de la pared—. O Ryan. O imbécil. —¿Eres... —estoy casi asustado de decir las palabras, porque él me ha excluido por tanto tiempo—... mi compañero de cuarto? Abro la puerta de mi habitación para darle a mis manos algo que hacer. Una oleada de alegría se construye abajo en mi estómago. Sólo con la idea de otro loco verano con Wesley… no puede ser verdad. —Bueno… —Su voz es inusualmente cautelosa. Y desde la luz de mi puerta abierta derramándose dentro del pasillo, puedo ver su rostro apropiadamente por primera vez. Él está preocupado. Esa alegre mandíbula está inclinada hacia abajo, y sus ojos se hunden cuando lo estudio. Raro. Entro a la habitación y arrojo mis llaves sobre mi cama. —Estoy a punto de ir a correr. ¿Te sientes como para un trote? Puedes acompañarme. Asumo que estás entrenando para Pat, o no estarías aquí. 47 Asiente. Pero cuando saco mi camiseta, el atasca sus manos en sus bolsillos y se da la vuelta. —Tenemos que hablar, sin embargo. —Está bien. —¿Sobre qué?—. Podemos hacer eso mientras estamos corriendo. A menos que consiguieras engordar desde tu gran victoria. Él rio disimuladamente. —Bien. —Desde afuera del pasillo agarra un gran bolso de lona. —Pat sólo me dijo algo en práctica sobre encontrarme un compañero de cuarto. Quería decirlo, ¿cierto? ¿Estaba sólo tirando de mi cadena? Con su espalda hacia mí, Wes asiente. Luego tira de su descolorida camiseta sobre su cabeza. Y Jesucristo, es enorme. Tatuajes y músculos ondulando tan lejos como los ojos pueden ver. Había olvidado que éramos realmente sólo chicos la última vez que estuvimos aquí juntos. Adolecentes. Se siente como ayer. —Lindo cuarto conseguiste aquí —comenta mientras se cambia a una franelilla y pantalones cortos de gimnasio. Es cierto. En lugar de literas, tenemos camas dobles integradas a las paredes. Y hay un cómodo espacio de piso entre nosotros. —Los entrenadores consiguen un poco más de espacio para respirar. He estado viviéndolo aquí los últimos tres años. Él se gira. —¿Con quién compartes la habitación? —Quien sea. —Dejo caer una camiseta deportiva sobre mi cabeza y luego meto los pies en mis zapatos para correr. Atarlos toma sólo una par de segundos más, y estoy ansioso por salir de aquí y correr. Tal vez Wes deje de actuar como un bicho raro y sólo me diga qué está en su mente. —¿Vamos? Él le da a su bolso una patada. —Voy a dejar esto aquí. —¿Dónde más lo podrías dejar? El hace una mueca, y no sé por qué. 48 Wes Afuera, Jamie se dirige hacia el Lago Mirror y lo sigo. ¿Cuántas veces he recorrido este circuito con él? Un centenar, al menos. —¿Recuerdas ese verano cuando dijimos que haríamos ocho kilómetros al día, no importa qué? —pregunto. Vamos a paso tranquilo mientras nos dirigimos fuera de la residencia. —Claro que sí. —Luego tuvimos ese caluroso día con dos prácticas y levantamiento de pesas. Pero dijiste: “Todavía tenemos que correr, o el verano no va a contar”. —Resoplo sólo de pensar en ello. —Nadie te dijo que comieras ese cono de helado primero. —Estaba muerto de hambre. Por supuesto, no he sido capaz de pedir pistacho desde eso. 49 Jamie ríe a medida que giramos hacia el lago. —Vómito verde ligero por todo el césped. —Buenos tiempos. —Lo fueron, sin embargo. Vomitaría violentamente a gritos todos los días si eso significaba que podía volver a los momentos fáciles. Perseguir el gran cuerpo rubio de Jamie alrededor del lago era todo lo que quería de la vida. Bueno, eso es mentira. Prefiero taclearlo al suelo y quitarle la ropa. Verlo de nuevo me está matando en este momento. Tengo algo que decir, sin embargo, y tiene que ser pronto. Corremos el siguiente kilómetro en silencio mientras la practico en silencio de nuevo. Mi gran disculpa. Si Jamie se horroriza, va a escocer. Hay kayakistas en el lago, sus venas marcándose con cada golpe de remo. Me siento tan estable como se ven. —Entonces, ¿de qué querías hablar? —pregunta Jamie finalmente. Ya no puedo evadirlo. —Estoy aquí sólo hasta julio. —Es mejor conseguir los preliminares fuera del camino. —Yo también. Se supone que tengo que estar en Detroit antes del primero de agosto. Te diriges a Toronto, ¿eh? ¿Animado? —Por supuesto. Pero escucha... sólo tengo que decir que si no quieres compartir habitación conmigo este verano, voy a pedirle a Pat que me mueva. Ni siquiera voy a estar ofendido. Jamie deja de correr y me detengo en seco para evitar chocarme contra su espalda. —¿Por qué? —pregunta. Aquí vamos. Todo sale rápidamente. —Canning, soy gay. Y sí, tal vez eso no es tan importante en el gran esquema de las cosas. Excepto que la última vez que estuvimos aquí como que... que te empujé a tontear conmigo. No estuvo bien, y he pasado los últimos cuatro años sintiéndome como la mierda sobre eso. Durante un largo momento sólo me mira boquiabierto. Y cuando por fin habla, no es lo que espero que diga. —¿Y? ¿Y? —Y... lo siento. Su rostro se enrojece. —Sabes que soy del norte de California, ¿verdad? ¿Entiendes que conozco un tipo gay o diez? —Uh, ¿de acuerdo? La boca de Jamie se abre y se cierra. Y se abre de nuevo. —¿Esto es el por qué no me llamaste durante cuatro años? ¿La razón por la que has ignorado mis mensajes de texto? —Bueno... sí. —Estoy tan confundido ahora. Acabo de declararme culpable de imbecilidad en primer grado y prácticamente de abuso sexual. Y está preocupado por algunos mensajes. 50 Su rostro se vuelve de otro tono más rojizo. Entonces sale disparado corriendo de nuevo y estoy tan sorprendido que me toma un segundo perseguirlo. Está corriendo más rápido ahora. Aumenta sus largas zancadas y mueve los brazos con fuerza. La camiseta deportiva que lleva puesta abraza cada músculo mientras se mueve y estoy celoso de ese pedazo de tela de poliéster. El circuito alrededor del Lago Mirror es un poco menos de cinco kilómetros. No sé lo que hay en su cabeza mientras corre el resto. Estoy unos pasos más atrás, confundido y desanimado. En el camino de vuelta por la ciudad, pasamos todos nuestros viejos refugios, la tienda de caramelos y la juguetería que vende armas de bandas de goma. Una panadería llamada Miracle on Icing. No veo el rostro de Jamie hasta que desacelera y se detiene frente a un tobogán, cerrado de nuevo durante el verano. Me gustaría que pudiéramos volver a un tiempo más sencillo cuando escalar alguna cosa encadenada era mi mayor ofensa. Cuando vuelve el rostro sudoroso hacia mí, todavía hay ira en su expresión. —No me dirigiste la palabra durante cuatro años porque pensaste que me asusté sobre ti haciéndome una mamada. —Eh... sí. —Pero dado el resentimiento en su voz, está claro que la jodí de alguna otra manera que no había calculado. Sus manos se aprietan en puños. —¿Es así como me ves? ¿Un imbécil estirado? En un banco cercano veo a una joven madre recoger a su niño y alejarse de nosotros con el ceño fruncido. Pero Jamie está en racha. —Fue sólo un poco de sexo, por el amor de Dios. Nadie murió. Y probablemente me voy a tragar mi lengua ahora. —Yo... Fui deshonesto. —Ah. Gracias por castigarme por tu deshonestidad. Una sentencia de cuatro años. Me fui a una universidad extraña donde no conocía a nadie, preguntándome cómo había sido un amigo de mierda. Bueno, joder. —Lo siento —murmuro. Suena inadecuado. Para ambos, estoy seguro. Jamie patea un cubo de basura. —Necesito una ducha. Mi polla traidora es voluntaria para unirse a él, pero mantengo mi gran boca cerrada mientras caminamos el último bloque y subimos las escaleras. Esto definitivamente no salió como había anticipado. Mi peor escenario había involucrado a Jamie retrocediendo con horror ante mi homosexualidad y acusándome de manipularlo para manosearnos. He pasado cuatro años lleno de vergüenza por lo que había hecho, y ahora resulta que debería haberme sentido avergonzado por algo totalmente diferente. A Jamie no le preocupaba que le hubiese hecho una mamada. Le importaba que lo hubiese abandonado. Y saber que había lastimado a mi mejor amigo mucho más profundamente de lo que me di cuenta, me hace retorcerme. Vacilo en la parte superior de las escaleras, diciendo a su espalda rígida: 51 —Um, ¿Canning? —¿Qué? —murmura sin darse la vuelta. —¿Tengo que encontrar otro lugar para dormir esta noche? Suspira. —No, idiota. Jamie Veintidós parece demasiado viejo para estar dándole a alguien el tratamiento del silencio. No es que jugara ese tipo de juegos cuando era más joven. Siempre he sido un tipo de vamos-a-discutirlo. Encara tus problemas de frente, no congeles a la otra persona. Esa es la especialidad de Wes, congelar a alguien. ¿Puede alguien decir “todavía resentido”? Los dos en realidad no hemos hablado desde que regresamos de correr. En la cena, se había sentado con Pat, poniéndose al día de los últimos años. Luego, Pat golpeó la cuchara contra un vaso de agua y presentó a Wes a los campistas. “El campeón del Frozen Four...” y “segundo lugar nacional por puntos anotados”, y “garantizado para ver un poco de tiempo de hielo en Toronto el próximo año”. Los ojos de los chicos a mi alrededor se ampliaron más y más. Se engancharon de cada palabra. Mientras tanto, Wes se había sentado allí esbozando una sonrisa de “Uy, mierda”, viéndose arrogante y despreocupado. 52 Tal vez no es tan despreocupado como se ve, sugiere mi conciencia. ¡Vete a la mierda, conciencia! Estoy ocupado estando enojado aquí. Ahora estamos en nuestras respectivas camas, pero ninguno de los dos está durmiendo. Todavía uso mi rabia a mi alrededor como la sábana que me cubre. Pero es una capa delgada. Lo escucho suspirar desde la otra cama y me quedo mirando hacia el techo, preguntándome si ya debería superarlo. Su voz ronca rompe el silencio. —Tenía miedo. Hay un crujido y por el rabillo del ojo veo que él se dio la vuelta en su lado, mirándome en la oscuridad. —¿Tu? —pregunto—. No sabía que era posible. —No muy a menudo —reconoce, y resoplo. Hay más silencio, pero finalmente cedo. —¿Miedo de qué? —De que te había usado. Y de que me odiaras por ello. Un suspiro se eleva en mi pecho. Me muevo sobre mi lado también, pero es difícil distinguir su expresión en las sombras. —Yo nunca podría odiarte, idiota. —Lo considero—. Bueno, a menos que hicieras algo digno de odio, como pasar sobre mi madre con un auto a propósito o algo parecido. ¿Pero odiarte por ser gay? ¿O por darme una mamada sin decirme que eras gay? —Joder, todavía estoy resentido como el infierno de que pensara que yo era capaz de ser tan estrecho de mente. —Pero no estaba listo para decirte la verdad —admite—. No estoy seguro de que estuviera listo para decírmela a mí mismo. Pero en el fondo lo sabía, y me sentí como una mierda después. Me sentí como, no sé, que me aproveché de ti. No puedo evitar reír. —Amigo, no es como que me ataste a la cama y te forzaste en mí. No sé si recuerdas, pero me vine como un hijo de puta esa noche. —Oh mierda. No sé por qué dije eso. Y el destello de calor que viaja hacia mi pene es igualmente desconcertante. Pensar en esa noche es algo que raramente me permito hacer. Era fácilmente la experiencia sexual más caliente que el Jamie Canning de dieciocho años de edad había tenido. Pero recordarlo siempre me confunde, porque lo asocio con ser expulsado de la amistad que más valoraba. —Ah, recuerdo todo acerca de esa noche. —Su voz se espesa, y la agitación abajo se hace más fuerte. Inicio rápidamente un cambio de tema de emergencia, porque hablar de mamadas parece estar confundiendo a mi cuerpo. —¿Así que estás fuera del closet? ¿Oficialmente? ¿Tus padres lo saben? Su respiración es pesada al responder. —Sí, ellos lo saben. 53 Espero a que él continúe. No lo hace. Lo que no es una gran sorpresa, ya que a Wes no le gustaba hablar de su familia. Sé que su padre es algún pez gordo banquero de inversiones y su madre encabeza un montón de comités de caridad. Y la única vez que el padre de Wes lo había traído al campamento, recuerdo estrechar la mano del hombre y pensar que era la persona más fría que jamás había conocido. Estoy tan curioso por escuchar lo que piensan acerca de tener un hijo gay, pero sé que no va a responder si pregunto. La cosa con Wes es, que todo es siempre en sus términos. —¿Qué pasa con tus compañeros de equipo? —Lo intento—. ¿Toronto? —Con los chicos de Northern Mass, tenía una cosa de no preguntar-no-decir. No lo escondo, pero tampoco no hablo de ello. Ellos lo dejaron pasar. Pero en Toronto… — gime—. No estoy seguro de cómo va a funcionar. Mi plan es sólo eludir la pregunta todo el tiempo que pueda. Creo que voy a volver a entrar al closet durante un tiempo hasta que sienta que conozco a esos tipos. Hasta que sea tan valioso para ellos que no les importe a quién follo en mi tiempo libre. Lo que sólo debe tomar tres o cuatro años máximo. Eso suena increíblemente rudo. —Lo siento. —No, yo lo siento. Lo siento, arruiné nuestra amistad Jamie. Mierda, me llamó Jamie. Sólo hace eso, cuando en realidad está siendo serio, sincero. El pesar irradia de su cuerpo y se extiende hacia mí en oleadas palpables, y siento que mi ira se desmorona como un castillo de arena ante la marea subiendo. No puedo estar enojado con este individuo. Incluso cuando pensé que había tirado nuestra amistad como un pedazo de basura, todavía no había sido capaz de odiarlo. Trago. —Es agua bajo el puente, hombre. —¿Sí? —Sí. —Dejando escapar una respiración lenta, doblo mi brazo debajo de mi cabeza y miro hacia él—. Entonces, ¿qué ha pasado contigo? Ponme al día con los últimos cuatro años. Se ríe disimuladamente. —¿Cuatro años dignos de las travesuras de Ryan Wesley? Eso llevará toda la noche, amigo. —Luego hace una pausa, su tono volviéndose incómodo—. Prefiero escuchar sobre ti de todos modos. ¿Cómo está el clan Canning? ¿Aún es la central del caos? Sonrío en la oscuridad. —Siempre. Mamá vendió su galería de arte y abrió uno de esos lugares de cerámica donde entras y pasas el día haciendo floreros, ceniceros y esas cosas. —¿Cuántas veces piensas que ella atrapa a personas recreando esa escena de Ghost? — chasquea. —Por lo menos una vez al día —contesto con solemnidad—. No es broma. —Pienso en qué otra cosa ha sucedido, pero es difícil filtrar cuatro años de eventos—. Oh, mi hermana Tammy tuvo un bebé, así que soy un tío ahora... Um, ¿qué otra cosa?... Joe, mi hermano mayor, se divorció. —Mierda. —Wes suena realmente molesto—. ¿No fuiste el padrino en su boda? — De repente se ríe—. Oye, ¿recuerdas esa corbata de moño que te envié para que la usaras en la ceremonia? Contengo un gemido. 54 —¿Te refieres a esa rojo brillante con pollas de color rosa por todas partes? Sí, me acuerdo. Y vete a la mierda, muchas gracias, por cierto. Joe estaba en la habitación cuando abrí la caja, y casi tuvo un ataque al corazón cuando pensó que eso era lo que iba a usar. —¿Así que dejaste que mi regalo se desperdiciara? Imbécil. —Nop, me lo puse en la despedida de soltero. Los dos reímos, y algo caliente y familiar se aferra en mi pecho. He echado de menos esto. Hablar con Wes. Reír con Wes. —La boda fue divertida —agrego—. Scott, Brady y yo fuimos padrinos, Tammy fue una de las damas de honor de Samantha, y mi hermana Jess logró oficiar y llevar a cabo la ceremonia. Ella era hilarante allá arriba. Wes se ríe. —¿Cómo no te has vuelto loco todavía, amigo? No creo que pudiera sobrevivir a tener cinco hermanos. —Naah, me encanta. Además, soy el más joven, para el momento en que llegué, mis padres sólo me dejaban hacer lo que quisiera. Estaban agotados por toda esa disciplina que llevaron a cabo con mis hermanos y hermanas. Él se queda en silencio, y puedo sentir la tensión en el aire otra vez, como si quisiera decir algo, pero está demasiado asustado de decirlo. —Sólo dilo —ordeno cuando su silencio continúa. Él suspira. —¿Estamos bien? —Sí, Wes, estamos bien. —Y lo digo en serio. Nos tomó cuatro años para volver a este punto, pero estamos aquí ahora y estoy feliz. Tengo a mi mejor amigo de vuelta, al menos durante las próximas seis semanas. 55 Wes ¿Así que esta cosa del entrenamiento? Es más difícil de lo que parece. Al inicio de la sesión de la mañana, se siente fácil. He creado algunos ejercicios para los jugadores de ataque más jóvenes y dirigirlos como locos. Hay un silbato alrededor de mi cuello, y ellos tienen que hacer lo que les digo. Dinero fácil, ¿verdad? No tan rápido. Cuando los llevo a un partido de práctica a los adolescentes mayores, todo el timón se desmorona. No es que los chicos no son buenos. Sus niveles de habilidad varían de impresionante a virtuoso. Pero ellos no funcionan en sincronía como un equipo de la universidad. Son testarudos e irracionales. Escuchan lo que les digo, y luego hacen lo contrario. Son adolescentes. Y después de diez minutos de juego, estoy básicamente golpeando mi cabeza contra los plexos, orando por mi propia muerte. 56 —Pat —suplico—. Por favor, dime que no era así. —No lo eras —dice con un movimiento de cabeza—. Eras tres veces peor. — Entonces ese traidor, tiene las pelotas de salir del edificio, y me dejó a cargo de treinta sudorosos adolescentes con las hormonas enloquecidas. Toqué mi silbato por millonésima vez. —¡Fuera de juego! De nuevo. —¿En serio? —pregunto a Shen, un demoledor arrogante que ha estado torturando al portero durante toda mi sesión. Los dos tienen algún tipo de venganza el uno contra el otro, y no está ayudando el caos general—. Cara a cara. El juego se inicia de nuevo cuando dejo caer el disco. Miro hacia arriba para ver a Canning caminando por la rampa para ayudarme con el partido de práctica. Gracias a Dios. Su rostro sereno es como un trago de agua fresca. Patino y salto la pared para darle la bienvenida. —¿Por qué no me lo dijiste que este trabajo era duro? Sonríe, y mi corazón se derrite un poco de la forma habitual. —¿Qué es duro? Ni siquiera estás sudando. Lo estoy, sin embargo. Porque cuando vuelvo la cabeza para ver a mis jugadores, Shen va cayendo hacia atrás en el portero que ha estado molestando, derribándolo. Parece intencional, y Canning debió pensar lo mismo, porque los dos estamos saltando sobre la pared para llegar allí. —Pero que... —comienza Killfeather, el portero. Shen sonríe. —Lo lamento. —Maldito polluelo —Killfeather jura. —Maricón —Shen devuelve. Mi silbato es tan fuerte que Canning pone sus manos sobre sus oídos. —¡Dos minutos sancionados! —rujo—. Ambos. —¿Qué? —Killfeather grita—. Yo no toqué su culo. —Por tu boca —gruño—. En mi hielo no se utiliza una difamación de ningún tipo. —Señalo hacia el compartimento—. Lárgate. Pero Killfeather no se mueve. —No vas a hacer nuevas reglas. —Su desprecio es tan grande como los anuncios de banner que recubren las tablas. Todos los jugadores están escuchando, así que no puedo hacer esto mal. —Señoras, es una regla. Dos minutos de banco menor por conducta antideportiva. Si hubieras mantenido tu boca cerrada después de que él te golpeo, tu equipo tendría un juego de ventaja en este momento. Estoy haciendo esto por tu propio bien. —Seguro que lo haces. A pesar de la despedida, mis dos alborotadores finalmente apuntan sus cuerpos hacia las cajas de penalización. Así que emito mi tiro de despedida, y me aseguro de que todo el mundo puede oír. 57 —Por cierto, la ciencia ha demostrado la correlación entre llamar a alguien maricón y el tener un pene muy pequeño. No quieras hacer publicidad de eso. Piensa en ello. Canning no dice nada. Pero patina fuera, también. Lo veo en un segundo plano a un lado y luego agacharse como si estuviera reatando sus patines. Lo que sea, ¿no? Pero luego veo su espalda temblando. Por lo menos alguien agarra mis chistes. El resto del partido de práctica dura alrededor de una década. Cuando por fin descanso para el almuerzo, Jamie me alcanza en el camino a los vestuarios. —¿La ciencia ha demostrado? —Él se ríe. —Yo hago la ciencia en el equipo. —Uh-uh. Estoy pensando en saltarme hoy el comedor y agarrar una hamburguesa en el pub de la ciudad. ¿Te apuntas? —Jodidamente sí —respondo. Entonces me estremezco y miro a su alrededor para asegurarme de que ninguno de los niños está al acecho entre nosotros. No sé si estoy hecho para ser una figura de autoridad. He pasado cuatro años rodeado de jugadores de hockey quienes dejaban caer jodidas bombas en cada frase, y se me sigue olvidando, que necesito censurarme a mí mismo, mientras estoy en los Elites. Los adolescentes aquí juran como marineros, al menos cuando Pat y los otros entrenadores no están alrededor, pero me niego a corromper a los más jóvenes con la boca sucia. —Dulce de azúcar, sí —corrijo. Canning hace gestos al vacío que nos rodea. —Somos los únicos aquí. Puedes decir joder, idiota. Puede decir cualquier cosa, realmente. —Con una sonrisa, desencadena una serie de improperios—. Joder, mierda, polla, coño. —¡Por el amor de Cristo! —Una fuerte voz brama desde detrás de nosotros—. ¿Es necesario lavarte la boca con jabón, Canning? Me ahogo por mi risa cuando aparece Pat. Sacude la cabeza con incredulidad mientras mira fijamente a Jamie, luego estrecha sus ojos y se vuelve hacia mí. —En realidad, ¿Que estoy diciendo? Canning ni siquiera sabría esas palabras si no fuera por ti, Wesley. Qué vergüenza. Destello a Pat una sonrisa inocente. —Soy puro como la nieve, entrenador. Canning era el que me corrompía. Ambos inhalan. Pat me palmea en el hombro y anda más allá de nosotros. —Sí, sigue diciéndote eso, chico —dice sobre su hombro—. Y ustedes dos, vigilen sus boca alrededor de los campistas o voy a patear sus culo de mierda. Jamie y yo todavía estamos riendo mientras nos sumergimos en el vestuario para deshacernos de nuestros patines y cambiarnos en nuestras zapatillas de deporte. Cuando salimos del edificio unos minutos más tarde, me siento como si hubiese dejado una piscina helada y entré en una sauna. La humedad en el aire es sofocante, provocando que el sudor ruede por mi espalda. Mi camiseta se pega a mi pecho como una envoltura de plástico. Encogiéndome de hombros, tiro de ella sobre mi cabeza y meto la tela en la cintura de mis pantalones cortos de gimnasia. El ambiente en Lake Placid es casual, nadie se va a preocupar si camino por la ciudad balanceándome con el pecho desnudo. 58 Canning mantiene su camisa. Creo que lo podría preferir de esa manera, porque su camisa es fina como el papel y adhiriéndose igual que la mía había hecho, lo que me da una visión decadente de cada dura ondulación en su amplio pecho. Joder, incluso estoy celoso de su camisa. Quiero ser el que este pegado a su pecho, y el dolor que siento por él trae una chispa de culpa. Estamos bien ahora. Nosotros somos amigos de nuevo. ¿Por qué no puede mi cuerpo traidor estar simplemente bien con eso? ¿Por qué no puedo mirarlo sin imaginar todas las cosas sucias, que quiero hacer con él? —Entonces, ¿cuál es el trato contigo y esa chica? —Me oigo preguntar. Particularmente no quiero oír la respuesta, pero necesito la llamada de atención que va a traer, el recordatorio de que la lujuria sobre este tipo, es un desastre esperando a suceder. —¿Holly? —Se encoge de hombros—. Nada en realidad. Nosotros simplemente conectamos. O más bien, nos utilizamos para conectar. No creo que nos veamos mucho después de graduarnos. Arqueo una ceja. —¿Sólo un enganche? ¿Desde cuándo estás con un acuerdo de amigos-con-beneficios? Otro encogimiento de hombros. —Era conveniente. Diversión. No lo sé. Yo no estoy buscando establecerme con nadie en este momento. Holly entiende eso. —Su voz adquiere una nota de desafío—. ¿Lo desapruebas? —No, soy todo sobre amigos con beneficios. Pasamos la tienda de juguetes y nos apartamos fuera del camino de dos madres que empujan cochecitos. Ambas mujeres giran la cabeza en mi dirección y miran mis tatuajes. No con desprecio, sino intriga. Sucede de nuevo en la siguiente manzana cuando un grupo de chicas adolescentes se detienen en su trayectoria para mirarme. Las palabras “bombón tatuado” dicen a nuestras espaldas mientras caminamos pasando. Jamie se ríe. —¿Seguro que no quieres ir a la ruta bisexual? Porque estoy bastante seguro de que no tendrías ningún problema en el departamento de polluelas. —Esa es buena. No sería justo para los hombres heterosexuales si me tirara mi sombrero en el anillo coño. Ellos no tendrían una oportunidad. Su expresión se vuelve reflexiva. —Te he visto perder el tiempo con las chicas antes. Parecías interesado. Sé que está pensando en todas esas noches que me cole en la ciudad y coquetee con las lugareñas. Pero teníamos quince, tal vez dieciséis años entonces, y todavía estaba experimentando, entendiendo las cosas. —¿Estabas fingiendo disfrutar de ello? —pregunta con curiosidad. —No tanto pretender, como tratar de disfrutar de ello —admito—. Y no era horrible. No iba a casa después y fregaba en mi piel en la ducha. Hacerlo con esas chicas era... no sé... simplemente era. Lo hice, estaba bien, pero no era como si me estuviera muriendo por rasgar su ropa y entrar en ellas. De la forma en que me muero por rasgar tu ropa y entrar dentro de ti. Aprieto mis dientes, molesto conmigo mismo. Cristo, suficiente. No va a pasar con Canning. Tengo que detener esto. —Lo tengo. —Él asiente, y luego inclina su cabeza—. ¿Quién lo hace por ti, entonces? Al igual que, ¿cuál es tu tipo, de manera acertada? 59 Tú. —Ah, no soy exigente. Llegamos al bar de la esquina, pero no hace un movimiento para abrir la puerta. Él sólo se detiene en la acera y se ríe. —De Verdad. ¿Así que vas a meter la polla en alguien? —No —le concedo. Se siente tan jodidamente raro hablar de esto con él—. Yo no estoy loco por jovencitos, supongo. No me gusta el conjunto escuálido, de muchachos jóvenes. —Así que te gustan grandes. —Una amplia sonrisa llena su rostro mientras me guiña el ojo—. Por así decirlo. Ruedo los ojos. —Sí, grande es una buena ventaja. Alto, atlético, no demasiado velludo. —Eso lo hace reír—. Y, no sé... —Empiezo a reír—. ¿En serio quieres escuchar todo esto? Sus ojos parpadean con dolor. —¿Por qué, porque estás hablando de chicos en lugar de chicas? Ya te lo dije, no soy ningún remilgado nervioso quien… —Eso no es lo que quise decir —corté a toda prisa, y se relaja un poco—. Sería raro aunque estuviese describiendo a un polluelo. ¿Igual, que dos chicos cerca de pie describiendo su pareja sexual perfecta? —Amplío mis ojos y miro alrededor—. ¿Divagamos sobre el plató de Sexo en Nueva York? Si es así, soy Samantha. Lo pido. La tensión se difunde al instante, cuando los labios de Canning se contraen incontrolables. —¿Sabes los nombres de personajes reales de Sexo en Nueva York? Mierda, si no me hubieras dicho que eras gay, me hubiera dado cuenta hace un momento. —Ese fue un caso extremadamente insensible de los estereotipos, Jamie —digo, remilgado—. ¿Solo por eso? Estás pagando por el almuerzo. Maldito. —Pero estoy sonriendo para mis adentros mientras le aviento un abucheo y paso hacia la barra. 60 Jamie Los domingos son los días que el entrenador no está. La esposa de Pat normalmente toma los niños y los saca a pasear. Van a pescar al lago del este, mañana en la mañana. Lo que significa que normalmente el entrenador tiene un borracho sábado en la noche para dormir el domingo. Solo hemos comido la cena a las seis con todos nuestros cargos adolescentes, así que estamos oficialmente libres. Wes ha acampado ahora por cuatro días, pero normalmente estamos bastante noqueados en la noche como para hacer cualquier otra cosa sino relajarnos en nuestra habitación. Así que me estoy volviendo un poco loco. —¿Qué deberíamos hacer esta noche? —le pregunto a Wes, quien esta acostado en su cama—. Tienes un auto, ¿cierto? Pongámoslo en uso. —Mi auto es un amigo —dice, barriendo a través de alguna aplicación. 61 —Claro que lo es. ¿Qué estás haciendo, de todas maneras? —La aplicación continúa haciendo un extraño sonido de notificación que no me es familiar. —Chequeando Brandr. Es bastante entretenido en una pequeña ciudad. Eso me calla por un momento. Brandr es una aplicación para encuentros gays. Estoy repentinamente malhumorado porque asumí que íbamos a salir esta noche. Juntos. Quizás fue una estúpida conjetura, pero así es como siempre fue antes. —Así que —carraspee mi garganta—. ¿Cómo funciona? Él se ríe entre dientes. —Ven y mira. Es hilarante. Todas las peores características de la humanidad puestas en un lugar. Intrigado ahora, me siento en la cama y se levanta a sí mismo en un codo para mostrarme. Estamos inclinados sobre su teléfono ahora, de la misma forma en que lo hacíamos cuando éramos adolescentes. Excepto que no hemos estado en la misma cama desde… bueno. Esa noche. Y soy consciente del hecho en que no encajamos muy bien. Estábamos hablando en su mayoría en la superficie, pero sigo estando prácticamente sentado encima de él. Puedo sentir los rizos de los pelos de su pierna cepillando los míos cuando se inclina para enseñarme la pantalla. —Es como un menú. Cada foto es de un chico. Algunas de las fotos son acercamientos pero son imposibles de ver. Ahí está el número de seguimiento de cada uno, también. 0.7mi y 1.3mi. —¿Eso te dice cuan cerca está todo el mundo? Eso es un poco espeluznante. —Eso es parte de la diversión. Si alguien actúa espeluznante, solo puedes bloquearlo para siempre. Un cliqueo y son historia. La bios es la parte más divertida. Chequéate este. — Toca uno de los azulejos y la foto de algún chico llena la pantalla. Dice: En línea, 0.9 en mi camino. —Es muy mayor para ti —digo inmediatamente—. ¿Y qué con las medias? —El chico tiene el pelo gris y se inclina contra un convertible rojo. Tiene una figura decente, pero nadie debería vestir medias tan largas con pantalones cortos. Eso está mal. No voy a mentir. Esto me hace sentir extraño —la idea de que este hombre está mirando hacia la pantalla en algún lugar en el final del pueblo, pinchando la foto de Wes... Wes solo se ríe. —Mirar Brandr en una ciudad pequeña siempre es divertido. Los extraños son buenos y los buenos son extraños. Él desliza la foto hasta el principio donde el chico añadió sus 140 caracteres o lo que sea. El encabezado es “Buscando estar desnudo con músculos”. Y debajo dice: “Si estoy en línea entonces estoy buscando estar desnudo. Besar, contacto físico y más, solo pide. No chicas. Lo siento solo atraído hacia los blancos”. —¿Qué diablos? —tartamudeo. —Suena encantador, ¿no? Así es el internet para ti. —Wes se retira del perfil del idiota, pero entonces su teléfono hace un ruido y una ventana emerge. —Hola —dice, y ahí está la foto de algún otro chico detrás de eso. —Alguien te está hablando —murmuro. Y ahora odio esa aplicación más de lo que pensé posible. Competir por la atención de mi amigo no es gracioso. Así que me paro y me quito la camisa de los Elites. Estoy largándome de aquí hoy sin importar si Wes viene conmigo o no. Me pongo una polo que es llamativo de los chicos a ir a Lado Placido. 62 —¿Quieres salir? —dice desde la cama. —Sí. —Cuando me volteo, también se está cambiando de ropa. Gracias, Cristo. —Pienso que podemos salir después de que oscurezca sin tener que trepar por las ventanas. —Wes chasquea—. Solo es raro. —Está vestido con pantalones de senderismo y botas, y poniéndose una camiseta negra, dejando sus hombros desnudos. —Puedes brincar por la salida de fuego si quieres —le digo—. Pero yo estoy tomando las escaleras. —¿Hacia dónde vamos? Tomo las llaves y mi celular. —Si tu auto masculino está disponible, vamos hacia Owl’s Head. Para en medio de atarse los zapatos. —¿Sí? Pensé que íbamos al bar. —Vamos a los dos —digo—, pero solo si puedes mover tu culo fuera de la puerta. Wes conduce su más nuevo Honda Pilot con un dulce estéreo y asientos de cuero. Pero es un desastre. Tuve que mover montones de copias de los USA Hockey del asiento del pasajero y tirarlos en una bolsa de McDonald vieja. —Está… cool —bromeo mientras cazo un vaso vacío en el

suelo. —No voy a alegrar mi aventón para ti, conservador. Vamos. Estamos corriendo a la luz del día. Owl's Head es una corta caminata que hacemos con el grupo de campistas. Son unas cuantas millas a la ciudad, y ahí no hay ningún auto en la salida cuando llegamos. Wes pone los seguros, después estamos precipitándonos sobre rocas y raíces de árboles. Lo amo. El Hockey es genial, pero te mantiene encerrado. Mi deporte de verano es surfear, pero siempre he amado una buena caminata. ¿He mencionado que vengo de California? —Ve más lento —Wes jadea en un punto. Paro, manteniéndome en un retoño para esperarlo. —¿Mucho para que el recluta de Toronto lo pueda manejar? Mejor llamo a mi corredora de apuesta ¿Qué estabas jugando primero? Me abofetea en el culo. —Paré para tomar una foto, pendejo. Vamos. La vista es intensa. Hemos escalado hasta la plataforma, básicamente, y la cumbre de Adirondack se eleva alrededor de nosotros, oscuro contra el cielo de la temprana tarde. —Son solo dos giros más, lo prometo. Nos toma treinta minutos alcanzar el llano, afloramientos rocosos en la parte superior al igual que el sol se prepara detrás de un pico distante. Jadeando un poco por la subida, me tiro en la roca calentada por el sol y lo tomo. —¿Qué basurero? —Wes bromea, sentado detrás de mí. —¿Verdad? 63 Probablemente he subido esta colina todos los veranos por los últimos nueve años. Cuando teníamos catorce, fue gracioso asustarse entre ellos sentándose en el borde. Cuando teníamos diecisiete, probablemente venimos todo el camino sin verlo realmente. Wes y yo podríamos estar argumentando sobre hockey. O fútbol. O alguna estúpida película. Subíamos porque era la actividad en el itinerario del día. Estaba sorprendido el año anterior cuando me di cuenta todo lo que hice aquí fuera por mí mismo. La graduación de la universidad es lo último del camino de mi mapa. Es todo un inexplorado territorio desde este punto, soy el único en el asiento del conductor. Las nubes distantes se volvieron anaranjado-rosado mientras miraba. Mi amigo sentando a mi lado, perdido en sus propios pensamientos. —Vamos a perder la luz —dice eventualmente. —Seguimos teniendo tiempo. —Otro latido de silencio viene antes de preguntar—: ¿Qué estás pensando de todos modos? Ríe entre dientes. —Año de prepa en la universidad. Que cretino fui con todo el mundo. —¿Sí? —Estoy sorprendido Wes está en retrospectiva como yo. Podría haber pensado que estaba sentado ahí tratando de imaginarse la mejor forma de hacerle una broma a Pat y hacerlo maldecir delante de los niños. —Sí. Año duro. Muchas novedades. Lo miro a hurtadillas por primera vez desde que nos sentamos. —Lo mismo aquí. Esos de último años estaban locos, en serio. Nunca vi algo como eso. —Limpie mi garganta—. Ese otoño me quede pensando, Wes no va creer esta mierda cuando le diga… —deje que la oración muriera. Eso era probablemente muy duro. Si éramos amigos de nuevo, no debería dejar mi ira burbujear otra vez a la superficie. Hace un sonido irritable detrás de su garganta. —Lo siento. —Lo sé —digo, rápidamente. —Pero estuve el primer semestre rezando porque esos imbéciles no se dieran cuenta que me gustaban las pollas. Y desde que no estaba cómodo con la idea de mí mismo… — Suspiro—. No estaba muy acompañado ese año, de todas maneras. Algo está mal en mi estómago con la idea de Wes estando asustado. Toda mi vida pensé en él como alguien valiente. Nadie lo es. Intelectualmente lo sé. Pero incluso la otra noche cuando me dijo sobre que estuvo peleando con ser gay. No pensé que lo tuviera. —Eso apesta —dije suavemente. Se encogió de hombros. —No me mató. Solo me hizo trabajar el doble de duro. Quizás podría no haber acabado la primera línea si esos malditos no me hubieran puesto el miedo de Dios en mi cada jodido día. —Esos es visto por el lado bueno. —Conservador, vamos a perder la luz del día —me recuerda. Tiene razón. El cielo se está desvaneciendo en un purpura claro en algunos lugares. Me levanté apresuradamente. —Vámonos, entonces. 64 Es contradictorio, pero en una empinada caminata camino abajo es mucho más difícil que el camino hacia arriba. Cada paso trata de barrer tus pies debajo de ti. No hablamos en nuestro descenso. Estamos demasiado ocupados concentrados en dónde colocamos cada pie y qué ramas pueden servir como soporte. La oscuridad viene rápido. Estamos casi ahí cuando el camino se vuelve realmente difícil de ver. Puedo escuchar los pasos de Wes detrás de mí y el escurridizo sonido de las piedritas que desplaza con cada paso. Puedo apostar mi dinero a que Wes está en la zona como estoy yo ahora mismo, pensando solo en la tarea a mano. Cuando el cuerpo está ocupado, la mente se calla por unos momentos. Está casi totalmente oscuro pero sé que estamos a solo yardas de la salida. Ahí es cuando escucho a Wes tropezar. Un gruñido y el sonido de pies deslizándose en el bache. Mi corazón se contrae mientras lo oigo caerse varios pasos detrás de mí. —Joder —se queja. Giro y lo encuentro extendido en el piso. Mierda. Traje el nuevo delantero de Toronto hacia una jodida montaña en la oscuridad. —¿Estás bien? —digo sintiéndome enfermo, hago mi camino sobre la cima otra vez hasta donde él está. Si se hace un esguince o algo, es todo por mí. —Sí —dice, pero no es ninguna prueba. Un jugador de hockey siempre dice eso, incluso cuando no es verdad. Pero entonces Wes está sentado en las sombras. Le tendí mi mano y cierra sus dedos alrededor y aprieta. La presión de su agarre me calma. Con un tirón mío, está en sus pies otra vez, y la calidad de su mano deja la mía. Pero no giro y sigo todavía ahí. —¿En serio no te torciste o algo? La sombra de Wes cambia su peso de un pie al otro y otra vez. —Nop. Me golpee la rodilla con una roca. No es nada. —Sacude sus manos juntas para sacarse el polvo. Dejando una respiración que no sabía que estaba aguantando, me giro y escojo mi camino más suave bajando la colina. El auto de Wes nos espera en la oscuridad. Salté en el asiento del pasajero, aliviado que la colina no hiriera a nadie. La luz del domo me muestra a un sonriente Wes, pero su camisa está sucia. La tomo y se la quito sin hacer daño. Me da un guiño. —¿Enjaulando un sentimiento? —Riéndose por su propia broma, prende el motor— . ¿Hacia dónde vamos? —A cualquier lado. Decide. Wes gira el auto y avanza hacia la carretera principal. —Pasamos un bar antes de esta desconexión. Lou's o algo. ¿Has estado allí? Muevo mi cabeza. —Nunca tuve ruedas, así que bebo en la ciudad. —Podemos darle una oportunidad —dice. 65 Jamie Hay un millón de autos afuera de Lou´s porque el lugar comparte el estacionamiento con un Dairy Queen. Estacionamos en la carretera y caminamos a través de la oscuridad llena de grillos hasta el bar de carretera de un tamaño decente. Lou´s tiene un tema tipo Adirondack, y lo están aprovechando bien. Las viejas paletas de madera cuelgan de las paredes revestidas de madera. Una canoa invertida está suspendida de ganchos del techo. Las bebidas especiales llevan el nombre de picos cercanos. Por supuesto. —Muy bien, tú pedirás el Nippletop, y yo el Dix Mountain. —Wes ya está disfrutando. —Amigo, si el Nippletop tiene licor de melocotón, voy a hacerte daño. Él sonríe, y es malvado. —¿Cómo te sientes acerca del vodka y saúco? 66 —No es gracioso. —Le hago señas al camarero—. Voy a pedir un Saranac IPA. Gracias. Wes voltea la carta de bebidas en el bar. —Que sean dos, por favor. —Pone un billete de veinte, y cuando voy a buscar la billetera, niega—. Yo me encargo. Llevamos nuestras cervezas a una mesa alta, los dos mirando de reojo a la gente. No veo ninguna chica con quien quiera charlar, pero está bien, porque eso no es a lo que vine aquí de todos modos. Wes saca el teléfono de su bolsillo. —Debería haber apagado esta cosa —dice. Luego mira de reojo la pantalla. —¿Qué? —Es una notificación de Brandr. Alguien está tratando de chatear conmigo. Y dice "a menos de 30 metros de distancia" Casi me ahogo con un trago de mi cerveza. —¿Un tipo aquí? —Entonces giro la cabeza en todas direcciones, preguntándome quién es. Wes me patea debajo de la mesa. —Deja de hacer eso. Pero es muy tarde. En el otro extremo de la sala, hay un tipo usando una camiseta de los Fugees mirando hacia aquí. Me está mirando a mí. Y luego sonríe. —Oh, mierda —siseo. Wes se está riendo. —Amigo, acabas de levantar a un chico. —¿Qué? —Estoy sudando ahora. Y no puedo matar a golpes a mi mejor amigo porque el chico casi ha llegado a nuestra mesa. —Hola —dice, y me sonríe. Luego mira a Wes—. Espera. —Ríe—. ¿Cuál de ustedes…? Oh por Dios, ¡Joder! —Es mi perfil —dice Wes, y me doy cuenta de que está haciendo un gran esfuerzo para no morirse de risa—. ¿Te gusta? —¿Estás buscando un elogio? —El tipo guiña el ojo. Es un par de años mayor que nosotros, tiene el pelo brillante y oscuro—. Necesito otra cerveza. ¿Puedo comprar una ronda? —Yo estoy bien —digo rápidamente. —Uno para ti, entonces —dice, señalando a Wes. Luego se escabulle a la barra. Cuando se ha ido, Wes pone su cara entre las manos y se ríe. —¡Dios! ¡La expresión en tu rostro! Ugh. —¿Por qué pensó que era yo, de todos modos? —No tengo mi rostro en la foto de perfil. —Wes apenas puede hablar de la risa. Me doy cuenta de algo. —No me mostraste tu perfil. 67 —No me digas —dice, tranquilizándose por fin—. No te voy a mostrar eso. —¿Por qué? —Cuando se encoge de hombros, de repente me pregunto si...—. ¿Es una imagen de una polla? Otra carcajada sale de su boca. —Abdominales. —Ríe—. Mis abdominales. Obvio. El nuevo "amigo" de Wes vuelve a nuestra mesa, deslizando una botella delante de Wes, quien apenas tomó la que tenía. Pasamos los próximos minutos charlando. Bueno, ellos. Yo sólo escucho, sintiéndome incómodo. Hay algo un poco… sórdido en todo el asunto, en este tipo, pero tal vez sólo estoy de mal humor. Quería pasar el rato con mi mejor amigo esta noche, no verlo follarse con la mirada a otro tipo. —Enseño en el segundo año en la escuela pública —le cuenta el tipo a Wes. Su nombre es Sam, y es un poco difícil odiarlo ahora que sé que trabaja con niños. Parece decente. Y es muy guapo. No tanto como Wes ni nada, pero… Dios. ¿De verdad estoy sentado aquí comparando el nivel de atractivo de los dos chicos a mi lado? Doy un buen trago a mi cerveza. A la mierda. Si voy a ser la tercera rueda esta noche, mejor me emborracho. jugar? —La mesa de billar está libre —dice Sam mirando al otro lado de la sale—. ¿Quieren —Claro —responde Wes por los dos y trago mi irritación con más cerveza. jugar. —Yo sólo miraré —murmuro mientras llegamos a la mesa—. No estoy de humor para Wes me mira un momento. —Muy bien. Sam prepara las bolillas y le sonríe a Wes. —Parece que seremos sólo tú y yo. Para ser completamente sincero, te voy a patear el trasero. Sin embargo, este tipo no conoce a Wes. Yo solía ver a mi amigo ganarle a cada inocente que alguna vez lo había desafiado a jugar. Wes sonríe tímidamente. —Sí, puede que tengas razón en eso. No soy muy bueno. Reprimo un bufido. —¿Quieres que empiece? —se ofrece Sam. Wes asiente. Su mirada se encuentra con la mía brevemente, y veo el brillo en sus ojos antes de que la aleje. Me apoyo contra la pared de paneles de madera mientras Sam se inclina en el otro extremo de la mesa, el taco de billar colocado hábilmente en sus manos. Su disparo dispersa todas las bolillas en un remolino vertiginoso, pero sólo mete una, una roja lisa. Se queda con las lisas, metiendo una más antes de perder el próximo tiro. Le toca a Wes. Estudia la mesa con el ceño fruncido, como si no pudiera decidir a donde golpear. Mentiras. Como si su sagaz cerebro no hubiera planeado cada tiro todo el camino hasta meter la bola ocho. 68 Sam se pone a su lado, descansando suavemente la mano en el hombro de Wes. Entrecierro los ojos. Resultó ser un toquetón hijo de puta, ¿no? —Ve por la once —le aconseja Sam—. El de la esquina. Wes se muerde el labio. —Estaba pensando tirar la 13. —Lo que requeriría un tiro combo que haría sudar incluso a los jugadores de billar más avanzados. Sam se ríe. —Eso sería un poco difícil, considerando que no… Wes tira antes de que Sam pueda terminar la frase. Mete la trece. Y la nueve. Y la doce. En un combo impresionante que hace que la mandíbula de Sam caiga hasta el suelo. No puedo evitarlo. Empiezo a reír. —¿No eres muy bueno, ja? —Sam suspira pesadamente. Wes tuerce los labios. —Puede que haya subestimado mi nivel de profesionalidad. Una parte de mí espera que Sam sea uno de esos ególatras sensibles que no pueden soportar perder, pero el Sr. "enseño en segundo grado" parece encantado con la genialidad de Wes. Se queda ahí parado silbando mientras mi amigo da vueltas por la mesa como el tiburón que es, incluso empieza a aplaudir una vez que Wes despeja la mesa sin dejar jugar a Sam ni una vez más. Sam acepta su derrota resoplando el resto de su cerveza, y luego poniendo la botella vacía en la repisa detrás de la mesa de billar. —¿Otra? —pregunta Wes. Wes me mira como si quisiera comprobar si estoy bien con eso. Simplemente me encojo de hombros. Sé que no hay manera de alejar a Sam de Wes ahora. Está jodidamente enamorado de mi amigo. Juegan otra vez. Pido otra cerveza. Juegan un tercer partido. Pido una tercera cerveza. Cuanto más borracho me pongo, más se toquetean ellos. La palma de Sam roza la parte baja de la espalda de Wes cuando se inclina para alinear su siguiente tiro. Wes mira por encima del hombro le guiña el ojo a Sam, sus ojos grises brillan. Con el tiempo pienso en volver a la mesa, el alcohol zumba en mi torrente sanguíneo a medida que una molestia se asienta en mis entrañas. Joder con este tipo Sam. Me retracto, no es decente. No parece tener ningún problema en monopolizar el tiempo de mi mejor amigo. Ni siquiera le importa una mierda que ambos estén ignorándome. Y no deja de tocar Wes. Mis dedos se enroscan alrededor de la botella de cerveza. Cuando Sam se acerca a Wes y le susurra algo al oído, mis nudillos se vuelven blancos cuando mi puño se aprieta. ¿Está preguntándole si quiere salir de aquí? ¿Diciéndole lo mucho que se lo quiere follar en este momento? ¿Ofreciéndole chupársela en el baño? 69 Termino el resto de mi cerveza. Sí, estoy bastante ebrio ahora. Y el alcohol le ha hecho algo a mi cerebro. Un cortocircuito de alguna manera, lo inundó con recuerdos que no suelo permitirme tener. La música de ese último día en el campamento de hace cuatro años suena en mi mente. —¿Qué estás esperando, Ryan? Chúpala de una vez. —Joder, Wes, vas a hacer que me corra. Me molesta recordar cada una de las palabras que le dije. He estado en el extremo receptor de algunas mamadas bastante fenomenales estos últimos cuatro años, pero ¿puedo recordar lo que se dijo durante las mismas? ¿Puedo repetir, palabra por palabra, cada cosa que les dije a esas chicas? ¿A Holly? ¿Cada orden sucia que salió de mi boca? No, no puedo. Mi mirada se desplaza de nuevo a la mesa de billar, fija en la boca de Wes. Mi polla se agita, recordando esa boca envuelta alrededor de ella. Mierda, tal vez estoy más borracho de lo que pensaba. Sam y Wes se ríen hacia mí. Parece que Sam finalmente ganó un juego, y conociendo a Wes, está burlándose del hombre diciéndole que ganó de casualidad. O joder, tal vez Wes lo dejó ganar. Tal vez decidió lanzarle un hueso al chico antes de que... lanzarle un hueso al chico. Mi pecho se pone rígido. Pensar en Wes conectando con alguien esta noche me molesta. ¿Celoso? Se burla una vocecita. A la mierda. ¡Joder! No estoy celoso. No me importa lo que haga Wes… o con quien lo haga, pero se suponía que esta noche íbamos a pasarla juntos. Él y yo. No él y un tipo cualquiera que conoció a través de una aplicación para citas. Bruscamente me bajo de mi taburete y camino de regreso a la mesa de billar. Ya ni siquiera están jugando, sólo están parados, muy juntos, riéndose de algo. La mano de Sam se apoya en la cadera de Wes. Un gesto casual. Ligero, inofensivo. Pero me causa resentimiento. ¿Por qué diablos lo está tocando? Ni siquiera lo conoce. Imbécil presuntuoso. —¿Estás listo para ir de regreso? —Levanto la voz, porque ninguno de los dos me ve de pie allí. Wes parpadea. —¿Ahora? Respondo con los dientes apretados. —Sí. Me quiero ir. —No puedo evitar parecer relajado—. Tú me llevas, ¿recuerdas? Veo en su expresión que lo recuerda. Luego asiente rápido y se vuelve a Sam. —Gracias por los juegos, hombre. Parece que nos vamos ahora. La decepción del otro tipo es imposible de perderse. Me mira y luego a Wes. —Eh, sí… seguro. ¿Me dejas anotar tu número antes de irte? Estúpido. 70 Rechino las muelas cuando los veo intercambiarse los números de teléfono. Muy bien entonces. Supongo que van a reunirse de nuevo. Menos mal que iba a pasar el verano volviendo a conectar con mi mejor amigo. Wes no dice nada mientras nos dirigimos hacia la salida. La música en el bar había estado demasiado alta para escuchar lo que sucedía afuera, pero cuando damos un paso fuera de la puerta, nos encontramos en medio de una lluvia torrencial. Una ráfaga fría de lluvia me da una bofetada en el rostro, empapando mi ropa en cuestión de segundos. —Mierda. ¿Una corrida hasta el auto? —grito sobre el latido ensordecedor de la lluvia golpeando el pavimento. Wes se queda quieto. Su expresión es tan atronadora como el clima. —¿Qué diablos fue eso? Apenas lo puedo oír sobre el viento y la lluvia. —¿Qué? —Actuaste como un idiota total allí. —Entonces se aleja, sus botas salpican en los charcos que se forman en el asfalto. El pequeño toldo que abarca el lado del edificio no hace nada para protegernos de la lluvia. Nuestras prendas están pegadas a nuestros cuerpos. El agua se aferra a mi pelo y gotea por mi rostro mientras corro detrás de él. —¿Yo era el idiota? —le grito. Se detiene, se da la vuelta para mirarme. —Sí. Dios, hombre, por la forma en que trataste a ese tipo se podría pensar que portaba el virus del Ébola —¡Tal vez sólo no me gustó la forma en que te estaba toqueteando justo enfrente de mí! —le contesto. Wes queda boquiabierto. —¿Qué? Cierro la boca. ¡Joder! ¿Por qué dije eso? —Quiero decir… —trago saliva—… fue grosero. Wes me mira fijamente. Las gotas corren por su rostro cincelado, quedándose en la barba crecida. Sus labios se separaron ligeramente. No puedo dejar de mirarlos. —¿Qué está pasando ahora? —pregunta suavemente. Siento un nudo en la garganta de malestar. No lo sé. Sinceramente, no sé lo que está pasando. La lluvia cae con más fuerza. Un relámpago atraviesa el cielo negro. Debería tener frío, pero no. Mi cuerpo se siente como un horno. Tres cervezas no deberían estar teniendo este efecto sobre mí. ¿Tal vez es él? ¿Tal vez él me pone caliente? La lengua de Wes sale para lamer las gotas de lluvia de su labio inferior, y logro ver el arito de su lengua. No estaba allí cuando teníamos dieciocho años. No estaba allí cuando su lengua había rodeado la cabeza de mi polla la noche en que me dio la mejor mamada de mi vida. Y eso era. Ryan Wesley me había dado la mejor mamada de mi vida. 71 —Canning… —dice, mirándome de nuevo. Parecía incómodo, pero… hay algo más en su mirada. Un destello de confusión. Un atisbo de interés. Doy un paso más cerca, pero no estoy seguro de por qué. Mi corazón late más fuerte que la lluvia. Mis ojos están pegados a su boca. —Jamie. —Hay una nota de advertencia en esta ocasión. Inhalo profundamente. E ignoro la advertencia. Sus ojos se abren cuando meto mis dedos en su pelo y acerco su cabeza. —¿Qué…? No llega a terminar la frase, porque estrecho mi boca contra la suya. Wes Jamie está besándome. Jamie está besándome. Jamie está besándome a mí. Nop, sin importar de qué forma lo diga en mi cabeza, todavía no tiene sentido. ¿La presión de su boca? No tiene sentido. ¿La pasada de su lengua por mi labio inferior? No tiene sentido. Pero jodida mierda, lo quiero. La lluvia cae de la marquesina y se desliza sobre nuestras cabezas mientras los labios de mi mejor amigo se clavan en los míos. Saboreo la lluvia, la cerveza, algo adictivamente masculino. Su boca roza la mía, una y otra vez, y cuando abro mis labios para respirar temblorosamente, toma ventaja y desliza su lengua dentro. 72 Es como sentir una picana en la espina dorsal. El deseo surge dentro de mí y baja hacia mis bolas, tensándolas. Cuando su lengua toca la mía casi me desmayo. Tengo que tomar su camiseta y apretarla entre mis dedos para evitar ser arrastrado por la tormenta. No la que está iluminando el cielo, sino la que ruge dentro de mí. Sé el momento exacto en el que toca mi anillo en la lengua, porque la suya se envuelve alrededor del trozo de metal y gime contra mis labios. Profunda y roncamente. Es ese sonido lleno de lujuria el que me regresa a la realidad. Esto puede sentirse bien, pero está mal. Se encuentra borracho de nuevo. No piensa con claridad. Por alguna razón, decidió que meter su lengua en mi garganta era una buena idea, pero, joder, no lo es. Al final del día, sigo siendo gay… y sigue siendo heterosexual. Peor aún, sigo enamorado de él. Con un gemido torturado, alejo mi boca. No puedo hacer esto de nuevo, joder. No puedo desearlo o emocionarme con la idea de nosotros dos. Es mi amigo. Siempre será mi amigo y nada más. Sus ojos, nublados con pasión, me destruyen por completo. Pestañea como si estuviera desorientado, como si no entendiera por qué rompí el beso. polla. —Tu aro en la lengua. —Su voz es ronca por la excitación—. Quiero sentirlo en mi Oh, dulce Jesús. Bien, está más borracho de lo que pensaba. No lo había visto tomarse más que un par de cervezas, pero debe haberse bebido más cuando no estaba mirando. —Sí… —digo con una rápida risa—. Eso no va a pasar, hombre. Jamie entrecierra sus ojos. voz. La lluvia se detiene un poco, haciendo que sea más fácil hablar sin tener que alzar mi —No vamos a ir por este camino de nuevo, Canning. —Trago fuertemente—. La última vez que lo hicimos, arruinó nuestra maldita amistad. Inclina su cabeza, esos grandes ojos marrones brillando con un desafío. —¿Estás diciendo que no me deseas? Oh, demonios. —No, estoy diciendo que esto es una mala idea. Jamie se acerca, empujándome hacia la pared hasta que mi espalda choca contra los ladrillos mojados. Ahora me tiene fijo en el lugar. Hay una dura pared detrás de mí y una igualmente dura frente a mí. Haciendo énfasis en dura, porque demonios, tiene una enorme erección. Presiona mis muslos cuando se acerca aún más, hasta que sus labios están a centímetros de los míos. —Eres el rey de las malas ideas —me recuerda—. Al menos, ésta termina con los dos sintiéndonos bien. Va a matarme. El cambio de papeles derrite mi cerebro, porque usualmente soy yo el que está al mando, quien tiene el poder, pone los límites. Jamie mueve sus caderas, un suspiro sale cuando su erección roza mi pierna. Si estuviera sobrio, probablemente estaría horrorizado. Cuando se encuentre sobrio, estará horrorizado. Se disculpará por ligar conmigo y terminaremos teniendo esa incómoda conversación que deberíamos haber tenido después de que le hice una mamada hace cuatro años. Me dirá que es heterosexual, que estaba tonteando, que no le gusto. 73 Y me quedaré destrozado. Sé todo esto, pero no me detiene de obtener una probada más. Mencioné que soy masoquista, ¿verdad? Es la única explicación que tengo para poner mi mano en la parte posterior de su cuello y atraerlo hacia mí. Nuestras bocas se encuentran en otro beso. Suave esta vez. Agonizantemente lento, no es suficiente. Lo detendré pronto, en cualquier momento, pero no ahora. No hasta que me dé más. Gimiendo, empujo mi pecho contra el suyo y nos doy la vuelta para que él sea el que esté contra la pared y yo el que se frote. Hace un sonido de sorpresa, pero se vuelve un rugido ronco cuando profundizo el beso y meto mi lengua en su boca. Ahora estoy ávido. Desesperado. Follo su boca con mi lengua como quiero follarlo con mi polla. Caricias profundas y hambrientas que nos dejan jadeando, y ahora él es el que está agarrando mi camiseta. A mi derecha, la puerta del bar se abre. Suena el chillido de una mujer. Probablemente está gritando por el clima, no por los dos chicos contra la pared tratando de devorarse. De cualquier manera, su grito me devuelve mis sentidos. Me tambaleo hacia atrás, estoy jadeando como si hubiera corrido tres maratones. Ahora me encuentro bajo el aguacero, pero Jamie no. Así que puedo ver su expresión perfectamente… el pánico en sus ojos amplios. La incredulidad. Mierda. Mi amigo completamente heterosexual está a punto de enloquecer. En una hora, probablemente tendrá una crisis de identidad terrible, ¿y para qué? El mejor beso de mi vida no va a arruinar su vida. He pasado por esa confusión. No es agradable. Ahora, tengo que alejar la mirada. Si no lo hago, verá mis ojos y sabrá que estoy muriendo por dentro. Lo deseo más que nada en este maldito mundo. Consume todo mi poder, pero me giro y camino bajo la lluvia hacia mi auto. La lluvia cae con fuerza, así que comienzo a correr. Ni siquiera sé si me sigue hasta que se desliza en el asiento del pasajero a mi lado y cierra la puerta. En menos de treinta segundos, tengo el motor encendido. Vamos por la 73, yendo hacia Lake Placid, antes de que haya pasado un minuto. Hay un silencio terrible en el auto. Si no estuviera lloviendo, probablemente doblaría el límite de velocidad para llevar a Jamie de vuelta a la ciudad. Todavía no ha dicho una palabra. —Lo siento —grazno—. No quise que pasara. Hace un sonido irritado. Estoy muriendo por saber qué significa, pero tengo mucho miedo de preguntar. Nunca vamos a hablar de esta noche otra vez. Jamás. Incluso si estamos borrachos la noche antes del matrimonio de Jamie. Incluso si estamos atrapados en una mina con treinta minutos de oxígeno. Ni siquiera en ese momento. Antes, le dije que había actuado como un idiota. Pero es mentira. Soy yo el que está enamorado de mi mejor amigo y finjo que no. La lluvia aumenta. Unos cuantos minutos después —aunque parecen horas—, me detengo frente al edificio de dormitorios y piso el freno. Jamie no se mueve. 74 —Voy a encontrar un lugar donde estacionar y luego caminaré —digo. No hay manera de que pueda regresar a nuestro dormitorio en este momento. Espero que lo entienda. Luego, cuando esté dormido, puede que sea posible respirar el mismo aire que Jamie Canning de nuevo. No se mueve. Por favor, le ruego internamente. Por favor, vete a la cama. Es lo suficientemente difícil mirarlo todos los días y no sentirme con el corazón roto. No puedo estar tan cerca de él ahora mismo. Estoy asustado de que termine cediendo y lo bese de nuevo. La forma en cómo su duro cuerpo se alineó tan perfectamente con el mío, está grabado en mi conciencia. Intentaré no recordarlo durante semanas. Espero y anhelo. Finalmente, la puerta se abre. Lo escucho salir del auto. Cuando la puerta se cierra, siento un mazo caer sobre mi corazón. No mires, me digo. Pero mi autocontrol no es infinito. Su cabello claro brilla bajo las luces mientras sus largas piernas recorren el camino en unos cuantos pasos. Verlo alejarse de mí destruye algo en mi interior. Jamie Subo rápidamente los escalones del edificio, mi corazón latiendo aceleradamente, mi piel mojada por la lluvia, el sudor y los nervios. —Jamie. Mierda, casi llego adentro. Pero Pat está sentado en la oscuridad sigilosamente en una de las mecedoras del porche delantero. Probablemente está en el puesto de vigilancia, revisando que no haya adolescentes escabulléndose. En cambio me encontró a mí escabulléndome dentro. Y con el sonido de su voz siento tanto terror como un niño escapado. Tambaleándome, me detengo antes de llegar a la puerta. —Hey —digo, tratando de sonar normal. Al menos está oscuro. No confío en mi rostro ahora mismo. —¿Tienes un minuto? 75 ¿Lo tengo? Lo que necesito es estar solo unas cuantas horas para golpear mi cabeza contra la pared. Para tratar de entender qué acaba de pasar en la tierra verde del señor. Pero Pat es como un segundo padre para mí, y ser grosero con él es algo que no puedo hacer. No respondo pero me siento en la mecedora junto a él. Mis manos están temblando tanto que las pongo en los brazos de la silla. Doy un par de respiraciones lentas para ayudarme a calmar. Al otro lado de la vía, el lago es un oscuro vacío. Las luces de los restaurantes de Lake Placid brillan en el neblinoso aire nocturno. Todo se ve tan calmado y ordinario. El mundo tendría más sentido para mí si los edificios comenzaran a caer en el lago o las tiendas estuvieran en llamas. Pero lo único estremeciéndose soy yo. —¿Estás bien, hijo? —Sí —digo entre dientes, mi voz como una motosierra—. Quedé atrapado en la lluvia. —Puedo verlo. —Se queda en silencio por un momento—. Sólo quería preguntarte cómo está Wesley. ¿Crees que la primera semana estuvo bien para él? La sola mención de su nombre hace que mis tripas se tensen. Bueno, Pat, acabo de lanzármele. Nos besamos como estrellas porno contra un lado de un bar. Luego me alejó. Y no tengo idea de qué significa eso. —Él está, uh, bien —tartamudeo. Ni siquiera recuerdo lo que preguntó. —Si tiene problemas en el mundo real, espero que me lo digas. No lo despediré, simplemente le conseguiré ayuda. Me compongo y trato de concentrarme en la conversación. —Ser entrenador requiere práctica. Pat sonríe. —Eso es muy diplomático de tu parte. Ser entrenador requiere práctica, sí, pero no todo el mundo es uno natural como lo eres tú. —Gracias. —El cumplido es inesperado. —Y creo que los chicos sacarán mucho de su tiempo con Wes, no lo habría contratado si no estuviera seguro de eso. —La silla de Pat rechina mientras la mece suavemente—. Me sorprendió, sin embargo, recibir esa llamada suya. Fue un par de horas después de la victoria de Frozen Four. Había visto el juego, hace mi año cada vez que tengo la oportunidad de verlos en televisión. Pero es gracioso, cuando vi quien llamaba. —Él se ríe para sí mismo— . Ese no es el estilo de Wes, así que no sé por qué esperaba escuchar eso. Pero sí, cuando dijo, "estoy llamando por el trabajo que me ofreces cada año", estuve bastante sorprendido. Yo también. De hecho, muchas cosas sobre esta información me sorprenden. —¿Lo has estado reclutando todos estos años? —Claro. Todos mis chicos que se convierten en exitosos jugadores reciben una llamada mía. Wes nunca dijo que sí, sin embargo. Luego recibí esta llamada… —Hace una pausa—. Tomó mucho coraje, de verdad. Él dijo, "quiero entrenar para usted este verano. Pero necesita saber que soy gay. Nadie lo sabe, pero si le molesta, por manejar un campamento y todo eso, lo entiendo. Una gota de sudor cae por mi espalda. —¿Qué le dijo usted? —Aunque sé que Pat lo contrató, mi respiración aún se atasca por el Wes al otro lado del teléfono, esperando que alguien lo juzgue. 76 Tal vez eso requiere más coraje de lo que me doy cuenta. —Dije que era su problema y me importaba una mierda siempre y cuando fuera todas las mañanas para entrenar. Después le pregunté si quería dormir contigo después de todos esos años. Él dijo, "claro, pero tengo que decirle a Jamie también. Si él tiene problemas, tal vez tengas que mover todo". Problemas. Tengo uno. Mi problema es la enorme erección que me dio esta noche. Dios, es una lucha no enterrar mi cabeza en mis manos y gritar por la confusión. La noche más rara de mi vida. Justo aquí. ¡Ganadora! Y el Entrenador Pat todavía está esperando que yo diga algo. —Um, le dije que soy de Carolina del Norte. Pat se ríe. años. —Ya veo. No creí que tuvieras un problema. Ustedes fueron inseparables todos esos Inseparables. Hace unos momentos mi lengua era inseparable de la suya. Y fue todo gracias a mí. Arremetí contra mi mejor amigo. Su sabor sigue en mis labios. Necesito retirarme de esta conversación antes de que pierda mi cabeza. —No hay problema en absoluto —digo gruñonamente—. Creo que tengo que irme a dormir, sin embargo. Buenas noches, entrenador. —Buenas noches. Subo las escaleras y camino por el pasillo hacia nuestra habitación. Ninguna de las habitaciones tiene luz filtrándose por debajo, pero puedo escuchar voces y risas masculinas mientras paso. Wes y yo habíamos sido iguales a la misma edad, hablando hasta altas horas. ¿Ahora? No creo que hablemos en absoluto. Me detengo en el baño para cepillar mis dientes. Cuando veo mi rostro en el espejo, parece igual que siempre. La misma mandíbula cuadrada. Los mismos ojos cafés. Mi piel está un poco pálida debajo de las luces fluorescentes del baño. No hay nada que ver aquí, pero como un idiota me quedo mirando un poco más, buscando por Dios saber qué. Un cambio. Una señal. ¿Cómo se ve un chico que no es tan heterosexual cómo creía, de todos modos? —Como tú, aparentemente. —Mis labios se mueven con estas palabras, no estoy más cerca de entender lo que sucedió. Pero ahora hablo conmigo mismo. Genial. No puedo evadirlo más, así que me dirijo a nuestra habitación. Encender las luces me hace entrecerrar los ojos así que las apago de nuevo. Me desnudo hasta quedar en pantaloncillos y trepo a la cama. Ahora estoy sobrio, lo cual es una lástima. No va a ayudarme a dormir. Pero al menos ya no estoy temblando como una hoja. Wes no está aquí, pero siento su presencia. Y estoy tendido despierto, esperando escuchar su voz ruda y engreída en el pasillo. No es una exageración decir que me he sentido más vivo cuando él está alrededor. La vida es un poco más brillante, un poco más ruidosa cuando Wes está presente. 77 Pero ahora es tentador reexaminar mis impresiones de él. Estoy casi seguro de que lo he querido como un amigo y el impulso de esta noche fue sólo un nuevo deseo originado por la combinación de cerveza, celos ordinarios, calentura y una especia de sobrecarga emocional amistosa. La tormenta perfecta. Mi deseo es una extraña criatura de la noche, que cobró vida por un rayo en el lugar preciso. ¿Cierto? Suspiro. No soy un pensador. No me siento a inventar teorías complejas para explicar mi comportamiento. Pero esta noche es imposible no estar acostado y preguntarme… Todas esas veces lo vi volar por la pista con el disco bajo su mando, ¿era simple admiración? Todas esas veces que miré su engreída forma de patinar con una sensación cálida en mi pecho. O cuando me sonreía desde el otro lado de la mesa. ¿Estaba escondiéndome algo a mí mismo? ¿O no había nada que suprimir? Mierda, ¿eso si quiera importaba? El deseo es química. Y en una clase de bioquímica que tomé una vez, nos enseñaron que toda esa química es sólo electricidad. Todos somos bolsas de átomos cargados caminando y chocándonos los unos con los otros. Mis electrones seriamente tuvieron sobrecarga esta noche, sin embargo. Partículas colisionaron. Presionando mis caderas contra el colchón, deseo sentirlo de nuevo, la presión de su cuerpo. El roce de manos duras en mis antebrazos. No sé por qué lo quiero, no sé si el deseo desaparecerá con la lluvia de esta noche. Pero en este momento está aquí. Y es real. Ahora la noche se siente infinita. Y mañana será una eternidad incómoda. Yupi. Ni siquiera puedo imaginarme lo que Wes está pensando en este momento. Me quería, lo sentí. Pero se detuvo porque esto arruinaría nuestra amistad. Este hombre que folla extraños en una aplicación. Sigo tendido boca abajo en mi almohada cuando su llave finalmente da vuelta en nuestro cerrojo. Me congelo, por supuesto. Él entra de puntitas. Escucho el sonido de sus botas de senderismo golpeando el suelo, y el suave siseo de la ropa saliendo. Mi pene se endurece contra el colchón. En verdad estoy duro, y todo lo que él ha hecho es entrar y desnudarse. Interesante. Sus sábanas se mueven cuando entra a la cama. Y luego hay silencio. Un minuto pasa, luego dos. No estoy durmiendo y él puede notarlo. Lo cual significa que somos como dos chicas después de una pelea en una pijamada, ignorándose. Me volteo para mirarlo. —Si estás tratando de evitarme, tal vez tendrías que dar otras diecisiete vueltas alrededor de la ciudad. Sigo despierto. Wes suspira. —¿Cómo te sientes? —Caliente. Él resopla. —Esa es la cerveza hablando. ¿Sabes que te vuelves gay cuando tomas? Cuando escucho la palabra "gay", casi discuto. Pero ese no es el punto. —No estoy borracho, Wes. 78 Lo que estoy es curioso, muy curioso. Wes cree que me hizo un favor esta noche al no seguir por ahora tengo esta inmensa duda dentro de mí, y no creo que se desvanezca en la mañana. Pero hará las cosas incómodas. Lo miraré en el espejo cuando ambos nos estemos afeitando, preguntándome cómo habría sido. Preguntándome si es algo que podría gustarme o simplemente un extraño momento de casualidad. —No quiero joder tu cabeza —susurra—. Desearía no haberlo hecho. Pero no es mi cabeza lo que necesita joder. —Ven aquí —digo—. Por favor. —De ninguna jodida manera. —Puedo obligarte. Él se ríe. —¿Fumaste hierba cuando yo no estaba, Canning? Yo me río también y es un alivio. Porque significa que no he dañado todo. Pero luego levanto mis caderas, me quito mis pantaloncillos y los tiro a su cabeza. Los aleja, sonriendo en la oscuridad. Quitando la sábana, pongo mi mano en mi pene. Y él deja de reírse. Wes Maldita sea. Soy un tipo fuerte. Soy un tipo duro. Pero no fui hecho para soportar la visión de Jamie Canning acariciándose así mismo. El fragmento de la luz de la luna brillando a través de la brecha en las cortinas lo muestra reclinado sobre su espalda, su rodilla doblada ampliamente. Su cuerpo es perfecto, fuerte y esbelto recostado en la cama. Su palma esta acunada sobre su pene, las puntas de sus dedos sólo rozando la cabeza. Toma aire profundamente y luego lo deja salir lentamente, su espalda arqueándose un poco, sus caderas rotando un par de grados. Y estoy sufriendo una muerte tranquila. Mi boca de hecho se vuelve agua, y tengo que tragar con fuerza. Está justo ahí. A dos pasos podría tenerlo en mi boca. Es como si Jamie Canning mirara en mi mente sucia y extrajera mis fantasías. Bueno, al menos la parte de la apertura, de todos modos. 79 No gira su cabeza para mirarme, porque no tiene que hacerlo. Ambos sabemos dónde está mi atención. Aprieta su eje una vez. Dos veces. Luego abre su mano, dejando que sus dedos caigan. Acuna sus testículos, su piel rozando la delicada piel Escucho un caliente jadeo, y me doy cuenta de que viene de mí. ¿Luego? El maldito sonríe. Eso me despierta, al menos un poco. —¿Qué demonios estás haciendo? —De verdad necesito masturbarme. ¿Te importa? ¡Santa…! Maldigo el estúpido día que le dije esas mismas palabras a él. Tenía dieciocho, y pensé que era tan tranquilo. Pero sólo estaba poniendo en movimiento un verdadero dolor para todos. Y todavía está sucediendo. Hay sangre latiendo en mis oídos ahora. Y otros lugares. Mi mano se arrastra dentro de mis bóxers sin mi aprobación. Jamie está bombeándose a sí mismo ahora. Lentamente, de arriba abajo. Se detiene para frotar su pulgar sobre su cabeza, y mi garganta se cierra. —Wes —dice, su voz es como grava—. Necesito tu ayuda. Es un milagro que pueda responder en una voz casi normal. —Parece que lo estás haciendo bien por tu cuenta. Es ahí cuando finalmente gira su cabeza para mirarme. Mientras se frota a sí mismo, traga, y veo su manzana de Adán subir y bajar con fuerza. —Necesito saber. ¿Saber qué? Casi pregunto. Pero está estudiándome ahora. Sus ojos están vagando a lo largo de mi pecho y bajando por mi brazo. Está viendo la mano en mis pantalones cortos. Y lo entiendo. Quiere saber porque se siente de esta forma, si es atracción, o la cerveza o una locura temporal. Más temprano esta noche estaba diciéndole la verdad cuando dije que no quería ayudarlo a hacer este descubrimiento. No estoy seguro de que lo sobreviviría. Esto es, por supuesto, toda mi culpa. Fijamos la mirada. La suya tiene los parpados pesados. Siempre he querido otra oportunidad para ver su rostro lleno de lujuria. Ahora sus labios se abren en la carrera ascendente, y es casi suficiente para tenerme cruzando el cuarto. Pero aun así dudó, y no porque tenga miedo de que se arrepienta de esto mañana. Porque sé que yo lo haré. —Por favor —dice. Esa sola palabra es suficiente para hacerme bajar de mi cama. Estoy de pie en el centro de nuestro cuarto ahora, las manos en la cinturilla de mis bóxers. Los tiro y los dejo caer al suelo. Y ahora él está mirando mi polla, acariciando la suya. —¿Qué quieres? —pregunto. Y necesito que sea específico. Este es un juego muy peligroso el que jugamos. Probablemente terminará en desastre. Pero si hay una forma en que pueda prevenirlo, lo haré. Se mueve en la cama, haciendo espacio para mí. Luego me hace señas. Y no hay suficiente dinero, fama o fortuna en el mundo que vayan a evitar que obedezca. Estoy sobre esa cama un segundo después. Su brazo se estira por mí, acercándome. 80 Estamos lado a lado, pecho a pecho. Y Jamie Canning está besándome de nuevo. No sabe más a cerveza, sino a pasta de dientes. No hay forma de que ninguno de nosotros pueda culpar de esto al alcohol mañana. Su lengua está en mi boca y recibo ávidos empujes de esta, amando cada segundo de ello. Nuestras partes inferiores se chocan juntas, y deja salir un suave gemido, moviéndose con más fuerza contra mí. Su polla se desliza sobre mi vientre, alineándose con mi propio eje adolorido. Esa poca cantidad de fricción lleva estrellas a mis ojos. —Mierda —me ahogo. Sus ojos se abren, buscando mi cara mientras su lengua sale y lame su labio inferior. —Si te detienes ahora, voy a patear tu trasero. ¿Detenerse? ¿Esa es una palabra? ¿Qué quiere decir? Probablemente lo opuesto de lo que estoy haciendo cuando deslizo mi mano entre nuestros cuerpo y agarro ambas pollas en mi mano. La espalda de Jamie se arquea con otro jadeo ronco. –Oh mierda. Eso es bueno. Nos muevo lentamente, apretando en cada caricia. Su boca encuentra la mía de nuevo. Su barba de un día raspa mi mejilla cuando inclina su cabeza para profundizar el beso. Esa mágica lengua se desliza entre mis labios de nuevo, hambrienta y ansiosa. No puedo creer que estemos haciendo esto. No puedo creer que me esté dejando hacer esto. Ambos estamos goteando, haciendo malditamente fácil para mi puño deslizarse sobre nuestras resbalosas pollas. Mis testículos están pesados, hormigueando por la necesidad de liberarse. Un par de caricias más y probablemente me correré, pero Jamie no deja que suceda. Se sale de mi agarre y planta ambas manos en mi pecho para empujarme sobre mi espalda. Mi pene se dispara hacia arriba y golpea mi ombligo, y gruñe ante la visión antes de envolver sus dedos alrededor de mi eje. —¿Puedo…? —Su voz sale apresuradamente—. ¿Puedo succionarte? Santa madre de Dios. Estoy atrapado en alguna clase de sueño febril. Tengo que estarlo, porque no hay otra explicación por la cual mi mejor amigo este ofreciendo poner su boca en mi pene. Pensé que toda esta sesión exploratoria de necesito-saber-si-me-gustan-los-hombres me involucraría haciendo todo el trabajo, asolándolo de la forma en que siempre he fantaseado hacerlo. ¿Pero algo sobre Jamie Canning? Está lleno de sorpresas. Cada vez que solía aceptar alguno de mis locos desafíos, mis cejas se alzaban, mi mente no podía comprender cómo este chico relajado de Cali quien siempre seguía las reglas podría estar tan dispuesto a seguirme a cualquier madriguera que lo estuviera guiando. No estoy guiando a nada esta noche, sin embargo. Esto es todo de Jamie. Son los dedos de Jamie los que viajan a lo largo de mi longitud. El cálido aliento de Jamie en la punta de mi pene mientras se desliza hacia abajo y lleva a su boca a pulgadas de mí. —Alguna vez… —Trago la grava en mi garganta—. ¿Has hecho esto antes? —No. —Sus labios vacilan mientras mira la cabeza de mi polla—. Podría chupar. Una risa se me ahoga. —Chupar es más o menos el punto. 81 Levanta su cabeza, sus cejas se fruncen. —Podría ser malo en esto —corrige. —No lo serás. —Porque no hay forma de que pueda hacerlo. Estoy muy cerca de venirme ahora, sólo por estar en la misma cama que él. No necesita habilidad, sólo necesita estar aquí. Él. Aquí. Conmigo. Casi pierdo la cabeza cuando su lengua me toca. Cada centímetro de mí está caliente, tenso, cosquilleando de necesidad. Lame un lento círculo alrededor de mi punta, luego besa su camino bajando por mi eje. Está besando mi pene, ligeras caricias con la boca abierta que explotan mi maldita cabeza. Santa mierda. Jamie Canning es un tienta pollas. ¿Quién lo habría pensado? —¿Intentas volverme loco? —gruño después de que besa otro camino subiendo por mi polla. Su risa vibra a través de mí. —¿Está funcionando? —Sí. —Deslizo ambas manos a través de su cabello, acunando su cabeza—. ¿Qué hay de ti? ¿Disfrutando tu primera probada de un tipo? Se ríe con más fuerza ahora, los amplios hombros sacudiéndose mientras se agacha entre mis muslos. —Es… —Su lengua me encuentra de nuevo, haciéndole cosquillas al lado inferior de mi eje—. Diferente. Envuelve su mano alrededor de mi base y cierra su boca alrededor de la cabeza de mi polla, dándole una lenta y decadente succión. —Es… Succiona de nuevo, llevándome más profundo esta vez, y mi polla late incontrolablemente. Debe sentirlo en su lengua porque gruñe, con fuerza, desesperadamente. Levanta su cabeza, su expresión es nublada de lujuria, cargada de confusión. La alegría surge a través de mí. Y la aprehensión, porque no sé qué hacer con su desconcierto. ¿Le aseguro que no es la gran cosa? ¿Que está perfectamente bien para un tipo heterosexual gustar de hacer una mamada a otro hombre? Pero él no me da oportunidad de decir nada. Sólo hunde su cabeza y su caliente y húmeda boca me rodea. Mis caderas se mueven en el colchón, pura lujuria candente en mi polla y mis testículos mientras mi mejor amigo trabaja sobre mí. Mantengo una mano enredada en su cabello. La otra agarra la sábana, apretándola entre mis dedos. Mi corazón está golpeando. Es lo único que puedo escuchar, un frenético thump-thump sacudiendo mi caja torácica. Eso y los sonidos que Jamie está haciendo. Ásperos quejidos, húmedos pops, un profundo aullido cuando me toma casi todo el camino por su garganta. Jesucristo. Este hombre está destrozándome. Estoy destrozado. Voy a… —Voy a venirme —dejo salir un gruñido. El clímax se apodera de mis testículos y se dispara subiendo por mi eje, disparos calientes chorrean por mi polla justo cuando la boca de Jamie me suelta. Me acaricia a través de la liberación, su respiración es pesada y sus ojos brillan mientras observa mi semen caer en mis abdominales, en mi pecho. 82 No puedo respirar. Estoy jadeando, soy un desastre tembloroso, y él sólo sigue observando. Y luego el maldito lo hace de nuevo –sonríe. Maldita sea sonríe mientras baja su cabeza y lame una gota perlada de mi estómago. —Eso fue muy caliente —me dice. ¿Caliente? Trata con ardiente. Abrasador. Un maldito infierno. Soy incapaz de hacer nada más que yacer ahí como un saco de patatas. Luchando por respirar. Parpadeando como un búho mientras miro al hombre más hermoso agarrar mi camiseta descartada del piso y limpiarme. Una vez que termina, arroja la camiseta y se inclina para besar mi cuello. Luego mi hombro. Mi otro hombro. Sigue besando mi piel afiebrada, lamiendo, mordiendo, y sólo lo dejo explorar, ofreciéndome a mí mismo como su conejillo de indias sexual. Está probando cada centímetro de mí, su boca moviéndose tentadoramente sobre los bordes de mis abdominales, mis caderas, mis pectorales. Gimo cuando lame uno de mis pezones, y me mira, sus labios curvándose. —Te gusta eso. Logro hacer un asentimiento. Lo hace de nuevo, esta vez cerrando sus labios alrededor de la pequeña protuberancia y succionándola. Puedo sentir su erección contra mi muslo, dejando líneas de humedad contra mi piel. Tomando aire, estiro la mano y lo agarro, y ahora yo estoy sonriendo, porque su lengua se congela en mi pezón y todo su cuerpo se tensa. Empuja contra mi mano, y es toda la invitación que necesito. —Sobre tu espalda —murmuro. Jamie se da vuelta tan rápido que me hace reír. Se pone las manos detrás de su cabeza, una ceja se arquea mientras mueve sus caderas hacia arriba, casi burlándose de mí con su perfecta polla. —Veamos si todavía lo tienes —bromea. Mi risa es ahogada contra su estómago. —Sabes, eres un bastardo engreído cuando eres gay. —Supongo que lo soy. Lentamente me subo sobre su cuerpo, apoyando mis codos a cada lado de su cabeza. Nuestras miradas se enfocan. Abre sus labios, mirándome con los ojos nublados. Tragando, bajo mi boca a la suya para un suave beso. Mierda, me saboreo a mí mismo en su lengua, y eso es suficiente para poner mi mente a girar. Este chico… maldición, este chico. Nunca he querido a nadie de la forma en que quiero a Canning. De la forma en que ansío a Canning. Cuatro años de encuentros sexuales sin sentido destellan a través de mi cabeza mientras rompo el beso me deslizo por su cuerpo de nuevo. Todos esos tipos con los que me enredé en el pasado… son un borrón. No tienen rostro. Algunas veces no tenían rostro incluso cuando estaba con ellos. Me vine, ellos se vinieron, pero no estaba completamente presente. Siempre contuve algo con ellos. Ahora con Jamie. No puedo contenerme con él, y nunca podría. —Confía en mí, todavía lo tengo —susurro mientras mi boca desciende sobre su polla. Y voy a probárselo a él. Mostrarle lo mucho que lo amo, porque seguro como la mierda no puedo decírselo. 83 Tomo aire. Su erección está a milímetros de distancia y es mía. Esta noche, él es mío. Agarro su eje y le doy un ligero apretón. Se estremece en respuesta, observándome. Esperando. Lamiendo los labios, me inclino y paso mi lengua sobre la pequeña abertura en su punta. Él me tentó antes y ahora es tiempo de algo de venganza. Voy a adorar cada pulgada del pene de Jamie Canning. Voy a atormentarlo con mi lengua hasta que no pueda recordar un tiempo cuando polla estuvo sobre su pene dándole placer. Voy a… Jamie se viene al segundo en que envuelvo mis labios alrededor de él. Síp, él maldita sea se viene, y no sé si reírme o gruñir cuando comienza a sacudirse con su clímax. Al final no hago ninguna de las dos —lo succiono todo el camino hasta la base— , arrancándole un grito estrangulado de sus labios mientras me trago las gotas saladas que se disparan a mi garganta. Cuando finalmente se queda quieto, levanto mi cabeza con un suspiro. —¿En serio, amigo? Eso fue como dos segundos. Tienes la energía de un pre adolescente. Sus hombros tiemblan mientras rueda sobre su costado en un ataque de histeria. —Supongo que todavía lo tienes. —Se ahoga entre risas. Subiendo al colchón, me acomodo detrás de él, tirando de su gran cuerpo hacia mí. Se tensa por un segundo, luego se relaja, su culo tenso acunado contra mi ingle, su espalda rozando mi pecho. Envuelvo una mano alrededor de su cintura. Si soy honesto, quería tanto esto como la mamada —el derecho de sólo tocarlo. De inclinarme contra él, piel a piel. Pero está en silencio. Demasiado callado, probablemente. —Jamie —murmuro en su oído, antes de dejar un beso en su hombro—. ¿Vas a enloquecer ahora? La pausa antes de que hable me corta a la mitad. —¿Quieres que lo haga? —Hay humor en su voz. —No. —Es mi turno de detenerme—. ¿Quieres que vuelva a mi cama? Se acurruca aún más cerca, aplastándose a sí mismo a mi cuerpo como manta tibia. —No. —Suspira con satisfacción—. Buenas noches, Wes. Un nudo sube en mi garganta. —Buenas noches, Canning. 84 Jamie Wes no estaba a mi lado la mañana siguiente. Me giré y estudié la habitación. Su cama estaba vacía. No parecía como si hubiese dormido en ella y no lo recuerdo saliendo de la mía durante la noche. Lo que recuerdo es despertar a las seis de la mañana para encontrar el brazo de Wes rodeándome apretadamente. Después me volví a quedar dormido, así que debió marcharse en algún momento después de eso. Probablemente me convierte en un imbécil, pero estoy aliviado. No estoy seguro de qué habría dicho si me despertaba encontrándonos acurrucados. Según el despertador en la mesa, son casi las once y media. El comedor deja de servir el desayuno a las once. Me quedé dormido, pero está bien. Es nuestro día libre así que no me necesitan en la pista de hielo. Por otro lado, es nuestro día libre. Eso significa horas y horas de tiempo libre. Tiempo que, probablemente, pasaré con Wes. Con el que tuve sexo anoche. 85 Aunque no sentía nada diferente. Tonteé con un chico anoche… ¿no debería sentirme diferente? ¿Sentirte gay, quieres decir? Una risa burbujeó en mi garganta. ¿Uno se siente gay? Y, maldita sea, estoy desconcertado al descubrir que visto una erección y es más que solo un caso de erección mañanera. Es una erección Wes, resultado de pensar en nosotros jugando. Yo… creo que tal vez quiero hacerlo otra vez. ¿Y cuan jodido es eso? Había estado completamente preparado para ver la pasada noche como un experimento de química. Una prueba. No había esperado la cosa más malditamente alucinante. De repente, la puerta se abre y Wes entra penosamente, con el rostro rojo y respirando con dificultad. Está con su ropa de correr, el frente de su camiseta sin mangas empapado en sudor. Se la quita de su musculoso pecho y la tira a un lado. —Hace muchísimo calor ahí fuera —murmura sin mirar hacia mí. ¡Oh, mierda! Va a hacerlo extraño. Ni siquiera puede mirarme a los ojos. —¿Por qué no me despertaste? —pregunto—. Habría ido a correr contigo. Se encoge de hombros. —Pensé en dejarte dormir. Se quita las zapatillas y los calcetines, después se saca el pantalón corto. Ahora está desnudo. Y yo estoy aún más duro. Aún sigue apartando la mirada, así que no tiene ni idea de que estoy admirando sus fibrosos músculos esculpidos y la tinta negra serpenteando alrededor de su fuerte bíceps. Me doy cuenta de que esta es la primera vez que lo he visto desnudo a la luz del día y su piel brilla a la luz del sol que traspasa las cortinas. Es todo músculo. Todo un hombre. Y todas esas preguntas que me hice la pasada noche, ¿Estoy realmente atraído por él? ¿Me gustaría si follamos? ¿Estoy completamente loco?, ahora sé sus respuestas. Sí, sí y, tal vez. Pero no había esperado despertar con más preguntas. Salgo de la cama y noto que ahora está haciendo un esfuerzo aún mayor para no mirarme. Porque… sí, también estoy desnudo. Nos quedamos dormidos desnudos. En brazos del otro. Me da la espalda mientras busca en el taquillón. —Wes —susurro. No reacciona. Toma un pantalón de deporte azul del cajón de arriba y se lo pone. —Wes. Sus hombros se tensan. Muy lentamente, se gira y centra sus ojos grises en mi rostro. Hay una pregunta implícita ondeando allí… ¿Ahora qué? Joder si lo sé. ¿Qué hago ahora? No estoy equipado para tener esta pregunta ahora mismo. No hasta que lo haya pensado un poco y averigüe qué quiero de esto. De él. Así que pongo un tono despreocupado y pregunto: —¿Qué vamos a hacer hoy? 86 Se queda en silencio por un rato. Puedo decir que esperaba que me comportase como una chica y exigiese que hablásemos sobre anoche. Además puedo decir que está aliviado de que haya elegido la ruta de los chicos y lo ignorase. Hace su pequeño gesto característico con los labios. —Bueno, necesitamos darte un poco de comida y luego ir al campo de fútbol. Los chicos ya vuelven de pescar porque nadie estaba picando excepto los mosquitos. Así que Pat está organizando un partido. Y simplemente así, volvemos a estar bien. Seguro, estamos fingiendo que anoche no nos la chupamos el uno al otro, pero por ahora, estoy feliz con fingir. Aún no estoy preparado para tratar con esto. Frunzo el ceño. —¿Para los niños? —No, los entrenadores. Pero un grupo de niños ya están apostando qué equipo ganará. —¿Ya hay equipos? ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo? Wes vuele a sonreír. —Pat lo está llamando chicos contra hombres. Él y los entrenadores mayores contra los jóvenes. —Dulce. —No soy un entusiasta del fútbol, pero la mínima competición hace que mi adrenalina circule. —Además… los perdedores tienen que cantar para los campeones en el comedor esta noche —añade Wes. Entrecierro los ojos. —¿Qué canción? —Los "ganadores" eligen —se burla. —Solo por curiosidad, ¿quién sugirió esa apuesta? Mi mejor amigo pestañea con suma inocencia. Eso es lo que pensaba. —Sabes que si perdemos Pat va a obligarnos a cantar a Mariah Carey o alguna mierda así —me quejo mientras busco mi pantalón. —Que es por lo que no vamos a perder —comenta alegremente. Paramos en una pastelería en la ciudad, así puedo tomar un café y algo para comer, engullo dos muffins de plátano mientras nos encaminamos al campo de fútbol. Es otro precioso día y los turistas salen en manada, animando la acera y llenando los patios que pasamos en nuestro camino. Dos chicas se detienen en seco cuando Wes y yo pasamos. Tienen veintipocos, ambas rubias, ambas increíblemente atractivas. Una de ellas viste una camiseta con tanto escote que sus tetas prácticamente están asomando y una chispa de calor se inicia en mi ingle. Jo-der. Ese escote es espectacular. Wes les da un guiño y continúa caminando. Igualo sus zancadas, tratando de no mirar sobre mi hombro para ver si las chicas nos están mirando. 87 De acuerdo, solo un vistazo. Giro la barbilla para una rápida mirada, lo que hace que una de las chicas le dé un codazo a su amiga. Ups. —¿Ves algo que te guste? —pregunta Wes. Siento un golpe de incomodidad que no había estado ahí hace veinticuatro horas. —Solo meditando las cosas —murmuro. —Lo apostaría. —Su voz es débil. Ya no hablamos más de ello, porque no necesito involucrar a Wes en mi confusión. Pero estoy bastante seguro que a mi polla le gusta jugar en ambos lados. Porque me gustan las mujeres. Me gusta lo suaves que son, cómo huelen y cómo se sienten en mis brazos. Me gusta follarlas y darles sexo oral. Y nunca lo fingí. Anoche, tampoco lo estaba fingiendo. Y ahora, no tengo ni idea de qué significa todo eso. Wes me da un codazo, luego apunta a la señal que estamos pasando. Caminos de llegada. —Como que no se ha hecho antes esa broma. ¿Quién es el preadolescente ahora? Se tensa por un momento, como si no esperase a que yo hiciese referencia a lo de anoche. Luego resopla. —Juguemos al fútbol, Canning. Claro. Primero, Pat reúne a todo el mundo. No puedes pedirle a un grupo de atletas increíblemente competitivos que jueguen un amistoso partido de fútbol sin repasar unas cuantas reglas primero. Habrá dos tiempos de veinte minutos. ¿Y contará la regla del fuera de juego? Sí, lo hará. ¿Y vale hacer entradas? No. —Porque mataré a cualquiera que se haga daño —añade Pat. Es bueno saberlo. Estamos jugando cinco contra cinco y, por supuesto, estoy en la portería. Puedo ver a Killfeather en la banda, mirándome con una sonrisa. No es un mal chico cuando se olvida de estar estresado. Tampoco estoy estresado. Estoy aburrido hasta las lágrimas, porque Wes y los otros chicos los están machacando en la otra área. Estamos ganando 1-0 para el momento en que tengo que hacer mi primera parada. Una portería de fútbol es mucho más grande que una de hockey, así que guardar la portería parece un poco más al azar. Pero paro el tiro de Pat con las manos y mi equipo aplaude. Pongo el balón en la línea, retrocedo y lo pateo campo abajo. Antes de que Wes la alcance, me da una pequeña sonrisa, luego para la pelota con el pecho. Esta cae al suelo entre sus piernas musculadas y luego sale corriendo, controlando la pelota, belleza masculina en acción. De repente, vuelvo a estar pensando en sexo otra vez. En medio de un partido. Eso nunca había pasado antes. La siguiente vez que la pelota se acerca a nuestra portería las cosas no van tan bien. Nuestro defensa fracasa cuando Pat es capaz de engañar a mi compañero de equipo Georgie, dejando a nuestro entrenador más mayor indefenso. El viejo inmediatamente lanza un platillo volante hacia mí. 88 Salto, pero pasa mi mano y llega a la esquina de la red. Wes hace un sonido irritado y puedo ver que está a punto de arremeter contra Georgie por dejarnos totalmente sin defensa. Mientras tanto, Killfeather y el resto están observando. Camino hacia Wes y pongo una mano en su hombro. —Oye —digo alzando la mano para que la choque—. Marcaremos el siguiente. Wes es de aprendizaje rápido, así que no me sorprende que lo entienda. Golpea mi mano. —Sí, hombre. ¿Luego? Alcanza mi espalda y le da a mi culo un rápido apretón. ¡Mier…! No puedo evitar mirar alrededor, buscando en los rostros de todo el mundo una reacción. Pero no hay ninguna, porque nadie lo vio. E incluso si lo hubiesen hecho, eso es algo tan típico de Wes que nadie pensaría en ello dos veces. Pero yo lo hago. Porque, incluso si no estoy alucinando por lo que hicimos anoche, no quiero que nadie más lo sepa. Aunque si Wes fuese una chica no me importaría. ¿Y eso por qué? pregunta mi conciencia. Es una buena pregunta y que no estoy preparado para responder. Y, de todos modos, hay diez minutos más de fútbol por jugar. Nos mantenemos 1-1 hasta que quedan solo dos minutos. Entonces Wes tiene suerte con un saque de córner de Georgie, rematándolo con la cabeza en la portería. Y hemos ganado. Me desplomo en la hierba y le grito a Killfeather que me traiga una botella de agua. Lo hace, pero me echa un poco en el rostro antes de darme el resto. —Eres un chiquillo —me quejo y él se ríe. La vuelta a casa lleva más tiempo del que debería, porque los entrenadores están sudados y cansados. —Entonces, ¿con quién compartes habitación? —le pregunto a Killfeather. —Oh, con Davies. —¿En serio? ¿Y cómo está saliendo? —Está bien —responde—. No es malo cuando no está en el hielo. Archivo eso para analizarlo después. Y vago la mirada en Wes. Su paso me es tan familiar. El modo en que lleva los hombros no ha cambiado en los nueve años que lo he conocido. La forma en que sus muslos se aprietan me es tan familiar como mi propia mano. Hay un sentimiento cálido en mi barriga cuando lo miro. Y no es solo sexual. Es… agradable. Como si estuviésemos cerca incluso cuando está a veinte metros. Llevo una consciencia de él como una segunda piel. Bien, eso suena un poco espeluznante. Un poco como El silencio de los corderos. El sol y la confusión sexual se me han subido a la cabeza. Justo antes de que él alcance el dormitorio, veo a Wes responder su teléfono. Y cuando llego a nuestra habitación un minuto o así después de él, está frunciendo el ceño hacia la ventana mientras habla: 89 —¿Y si no quiero una entrevista? —pregunta. Su tono es temerariamente beligerante si está hablando con un relaciones públicas. Cuidado me gustaría decir. —No es una buena idea. ¿Por qué haces que mienta? —Hay una pausa cuando Wes acaba. Patea los zapatos con más fuerza de la necesaria y vuelan con un golpe enfadado hasta el escritorio que nunca usamos—. Papá, si les digo que hay una novia, van a preguntarme su nombre. Y luego, ¿Qué quieres que diga? Ah. La conversación tiene más sentido ahora. Wes nunca se ha llevado bien con su padre. Cada llamada de teléfono a casa siempre acababa con Wes avergonzado e irritado. La única vez que conocí al señor Wesley, lo encontré terriblemente arrogante y exigente para alguien que está sentado todo el día. El hecho de que el señor Wesley no esté feliz con la sexualidad de su hijo no me resulta una sorpresa. Frente a mí, hunde los hombros. Sin pensarlo demasiado, me acerco y pongo las manos ahí, apretando los músculos entre su cuello y hombros. Hundo mis pulgares en sus trapecios y empujo. Al principio se tensa. Luego hace un esfuerzo por relajarse. Y cuando me lanza una pequeña mirada sobre su hombro, es de gratitud. —Tengo que irme —está diciendo Wes, su voz aún gruñona—. Pensaré en ello. Pero no te atrevas a organizar nada sin mi permiso. Acaba la llamada y deja el teléfono en la mesa. Luego baja la cabeza y se inclina hacia mi toque. —Gracias, hombre —comenta bruscamente. —¿Qué quiere de ti? —Trabajo mis manos en la parte de atrás de su cuello. ¿Le habría tocado de este modo ayer? ¿Tal vez? Probablemente no. Pero no es sexual. Aunque se siente bien bajo mis manos. Cálido y vivo. Wes gime. —Tiene un amigo en Sports Illustrated. Lo conoces, tiene un amigo en todos lados. Mi padre salió del útero con tarjetas de negocio en las manos. Está convenciendo al tipo para que me entreviste por mi temporada de novato. Como… siguiendo los altibajos. Estoy horrorizado. —Esa es una idea terrible. —En primer lugar, las temporadas de novato son salvajemente impredecibles. Wes podía acabarla como suplente durante veinticuatro partidos antes de, de repente, ver montones de juegos. ¿Y quién quiere la presión de hablar con un periodista todo el maldito tiempo?—. No quieres ser ese novato en el equipo, al que un reportero sigue todo el maldito día. Suspira, noto como su espalda sube y baja en mis manos. —¿Tú crees? Me invade una sensación de… algo por él. Solidaridad. Afecto. Tal vez no necesite un nombre. Pero deseo que su padre no se hubiese entrometido. —¿Qué vas a hacer? 90 —Mentir —responde, con tono plano—. Le diré que hablé con el equipo de Relaciones Públicas de los Panther y que vetaron la idea. —¿Te creerá? —¿Importa? —Sí —murmuro—. Porque no quieres enojar a Sports Illustrated cuando ni siquiera has afilado tus patines en Toronto. Wes hace un sonido frustrado mientras bajo las manos por su columna. —Mi maldito padre, volviendo a meter las narices donde no le llaman. También piensa que está ayudando. Quiere que su amigo escriba un tipo de historia del chico americano. Tarta de manzana y toda esa mierda. Como si el que estuviese impreso en una revista pudiese hacerlo real. Wes se gira de repente, interrumpiendo el increíble masaje que le había estado dando. Estoy extrañamente decepcionado. Disfruté teniendo las manos en él. Sé que él también lo disfrutó, pero su expresión cae de nuevo, justo como esta mañana. Abro la boca. Luego la cierro. No, aún no estoy preparado para tener esta conversación. Aparentemente él tampoco. —Vayamos por algo de comer —sugiere. Dudo, luego niego. —Ve tú. Creo que dormiré un poco. Estoy… cansado después del partido. Es una excusa patética y sé que se da cuenta. Pero solo asiente. —De acuerdo, seguro. Te alcanzaré después. Un momento después, se va. Wes Al final no voy a comer. En cambio, camino sin rumbo durante al menos una hora, luego me siento en un banco del parque y observo a la gente. Canning está alucinando. No necesito leer la mente para saberlo. Pero joder, desearía poder leer su mente. Quiero saber cuánto volví a joder nuestra amistad de nuevo. ¿O no lo he hecho? Ni siquiera lo sé. Una parte de mí asume que sí, lo he perdido de nuevo. Pero otra parte sigue diciendo hombre, solo te dio un MASAJE. Eso significa que seguimos siendo amigos, ¿cierto? Excepto… ¿los amigos realmente se frotan las espaldas? Una vez que tuve un tirón en el cuello y le pedí a Cassel que me lo deshiciese, casi se ahoga de la risa. Y, hablando de Cassel, tengo dos mensajes de texto suyos en el móvil, ambos de principios de semana. He estado demasiado ocupado readaptándome a la rutina de Lake Placid para responderle. Rápidamente tecleo una respuesta: 91 El campamento está bien. Aquí hay alguno con talento de verdad. ¿Cómo está tu hermana? ¿Te has hecho amigo de alguna langosta? Me reí para mí mismo. Cassel está pasando el verano con su hermana mayor en Maine, sirviendo mesas en su marisquería. Responde más rápido de lo que esperaba: Todo bien por aquí. Mi hermana te dice hola. Hay un gran retraso. Luego llega un segundo mensaje. Rompí con Em. Sentado allí en el banco, dejo salir un grito de alegría. Ya era hora. Esto es demasiado importante para mandarse mensajes, así que busco su número y lo llamo. Responde al segundo tono, su voz familiar deslizándose en mi oreja. —Hola. —¿Cómo se lo tomó? —suelto de golpe. —Como esperaba. —Volviéndose loca y pegándote, ¿quieres decir? Un profundo suspiro hace eco en la línea. —Bastante parecido. Me acusó de engañarla durante cuatro años. Le recordé que solo llevábamos saliendo uno y, en ese momento, me llamó maldito insensible y se marchó. —Mierda. Lo siento hombre. ¿Estás bien? —Oh sí. Nunca me di cuenta de lo mandona que era hasta que la dejé libre. Ahora solo estoy disfrutando de mi libertad, copiando el manual de Ryan Wesley y follando todo lo que se mueve. —El año que viene ese no será mi manual. Se queda en silencio por un segundo. —¿Vas a tratar de mantener tus actividades extracurriculares escondidas? —Creo que tengo que mantener la cremallera del pantalón arriba, en su lugar. Un novato no puede permitirse rumores. En la escuela… Eso era diferente. Las expectativas eran menores. —Sí. Supongo. Lo siento hombre. Suena solitario. Trato de tomármelo a risa. —Suena cachondo. —Será mejor que tengas algo de diversión este verano, antes de que te hagas famoso y esa mierda. —Cassel se ríe de su propia broma. —Me pondré a ello. —¿Cómo es la zona de ligueteo en Lake Placid? No puedo imaginarme que allí haya un bar gay. Tendrás que asustar un atleta o dos. Se me tensa el estómago. Si no hubiese intentado eso ya. —Será mejor que me vaya —comento. Porque hoy realmente no estoy para una conversación. —Es bueno hablar contigo, hombre. 92 —Mantente fuerte si Em llama —advierto. —No te preocupes —suspira—. Lo haré. Jamie Miro a la puerta por centésima vez en una hora. Sólo, ya sabes, para asegurarme de que pequeños duendes no salieron a gatas de algún conducto de ventilación y la abrieron. Pero no, aún sigue cerrada. Se siente como que estoy haciendo algo malo. Como cuando metía la mano en el tarro de galletas cuando mi madre no miraba. Pero, tal vez, estoy siendo demasiado duro conmigo mismo. No hay nada malo con mirar porno. Soy un hombre de veintidós años con sangre en las venas. No soy virgen. No soy un mojigato. Sólo un tipo tratando de averiguar cuáles son sus fetiches. Suspirando, me reclino contra las almohadas, con el portátil apoyado en los muslos mientras paso a través de las imágenes en la pantalla. Me quedo sobre una de las imágenes, que muestra un adelanto de lo que puedo esperar. De acuerdo. Parece bien. Clico sobre el título: Atletas calientes chupar y diversión. ¿He mencionado que estoy hojeando porno gay? 93 Sí, soy un sucio mentiroso. Le dije a Wes iba a tomar una siesta y mírame ahora. Dejo salir un suspiro tembloroso mientras el vídeo se carga. Es un vídeo corto y empieza de golpe, en el medio de una escena de cualquier película de la que la página web sacase el trozo. Tengo el sonido bajo, pero puedo escuchar cada palabra baja y clara. Bueno, sólo uno de los tipos está hablando. El otro sólo es capaz de sorber ruidosamente y gemir profundamente mientras disfruta de la polla del primer tipo. —Joder sí… oh joder sí… chupa esa gran polla… Está bien, eso es simplemente cursi. Me rio mientras me imagino ordenándole a Wes "chupa esa gran polla". Siguiente vídeo. Este no está hecho para mí. Pulso en algo llamado Follada al lado de la piscina. Suena prometedor. Me gustan las piscinas y follar. Nada puede ir mal con ese, ¿cierto? —¿Te gusta esa gran polla en tu agujero chico? Eso es chico, tómala… Yyyyyyy pulso detener. Nop. Simplemente nop. Gano el premio gordo con mi siguiente selección. Dos tipos muy atractivos están estirados en una cama, acariciando sus duras pollas juntos. Mi polla sale a saludar. Interesante. Hay algo en el agarre que tienen en el otro que me excita. No es amable. Hay un hambre lleno de energía en sus besos que aprecio. Que mi polla aprecia. Mierda, que realmente aprecia. Ahora estoy endurecido, con la mirada fija en la pantalla mientras veo a un tipo besar al otro mientras baja por su estómago. Cuando su boca engulle la erección de su amigo, un golpe de calor se dispara por mi columna. Tomando aliento, estiro la mano y tomo mi dolorida polla. Oh, joder, eso se siente bien. Sigo mirando. Sigo masturbándome. Y lo extraño es que no le estoy cambiando el rostro al tipo por el de Wes. Esa había sido una de las razones para este pequeño experimento, para averiguar si es sólo Wes el que me excita o los hombres en general. El tipo recibiendo una mamada deja salir un gemido ronco. El sonido masculino me hace algo. Su amigo le chupa más fuerte. Estoy, literalmente, a cinco segundos de correrme. Cálmate, le ordeno a mi polla. Sólo estamos empezando. Pero el pequeño portero tiene mente propia. No deja de latir, así que pulso la tecla de avance rápido para llegar a la verdadera prueba. El anal. Y, maldita sea, es una mierda seria. Hago una mueca cuando el sonido de carne golpeando carne estalla por los altavoces del ordenador. Jesús. ¿Cómo es que ese tío no está gritando de dolor? 94 Aunque está gritando. Bueno, gimiendo. Y hay gruñidos. No son cuidadosos el uno con el otro, pero todo ese entusiasmo torpe parece divertido. Sigo mirando al tipo que está recibiendo. Su bíceps se hincha mientras se masturba, cerrando los ojos de golpe, su cuello tenso de placer. Y entonces se está corriendo. Y yo no estoy lejos. El ordenador cae de mi regazo mientras me acaricio más rápido, tomando mis pelotas con la otra mano. Jadeo en busca de aire, con los ojos pegados a la pantalla, a la vista de dos hombres follando. Mi espalda se arquea mientras mi polla tiembla en mi mano, derramándose por todo mi estómago. Jo… der. A mi corazón le lleva casi todo un minuto tranquilizarse. Una vez que mis extremidades ya no se sienten débiles, alcanzo la caja de pañuelos a mi lado y me limpio. Luego miro el techo por un tiempo. Aunque no he acabado. Esa era sólo la primera parte del experimento. Vuelvo a tomar el portátil y entro en una nueva categoría. El clásico buen porno de lesbianas. Estoy demasiado agotado como para endurecerme de nuevo, pero aun así pincho en la imagen, una que muestra a dos increíblemente atractivas morenas enredadas en un sofá blanco. Me subo el pantalón de nuevo y apoyo la mano en la entrepierna mientras me pongo cómodo para disfrutar la vista. Y la disfruto. Estoy endurecido de nuevo. La lujuria no es tan fuerte

como antes, pero eso es por el orgasmo que acabo de tener, no porque las chicas no me estén excitando. Lo están. A lo grande. Sus suaves curvas, hermosos coños y dulces gemidos. Me atraen las mujeres, no tengo duda. También me atraen los hombres, aparentemente. Maravilloso. Compañero complicado, mi polla. Cuando suenan pasos en el pasillo, cierro el portátil de golpe, casi golpeándome los dedos. Luego, dejo el ordenador a un lado y me levanto, tirando rápidamente los pañuelos usados a la papelera al lado de la cómoda. Un segundo después, una llave tintinea en la cerradura y Wes cruza la puerta. Me ve de pie en medio de la habitación, alza una ceja y pregunta: —¿Cómo estuvo la siesta? Tengo el presentimiento de que sabe exactamente qué he estado haciendo, pero simplemente me encojo de hombros. —Justo lo que necesitaba. ¿Cómo estuvo la comida? —No tuve ninguna. Acabé dando un paseo. —¿Tienes hambre? —Recojo mi camiseta del suelo y me la pongo—. Porque yo sí. Cuando paso la cabeza por el cuello de la camiseta, me encuentro a Wes mirándome con cautela. —¿Estás bien, Canning? —Sí. Camino hasta la puerta, mirándole sobre el hombro. —Así que... ¿comida? Frunce el ceño, llevando mi atención a la barra en su ceja izquierda. Le da todo ese aspecto de chico malo que me pone un poco... cachondo —¿Wes? Deshecha cuales fueran los pensamientos que le tenían preocupado. 95 —Uh, sí. Comida suena bien. Dejo la habitación sin comprobar si me está siguiendo. Sé que lo hace. Puedo sentir su mirada perpleja fija a mi espalda. yo. Después del modo en que pasé la tarde, no creo que esté ni de cerca tan perplejo como Wes Compramos burritos y los comemos en el lago. Después de eso, vamos por un helado en uno de los muchos lugares en la calle principal. Jamie quiere hablar sobre el entrenamiento, al parecer. Así que lo hacemos. —Muchos de estos niños todavía no entienden lo que es el "primer toque". — Teorizó—. Si hubiera una cosa que pudiesen llevarse a casa, sería eso. En un juego de alto nivel, sólo tienes una oportunidad con el disco. Si pierden el tiempo reposicionándose, se acabó. —A-ja. —Pero cada vez que dice "primer toque" mi mente está en un tipo de toque completamente diferente. Él está hablando mucho con sus manos, y estoy hipnotizado con sus bíceps, y el pelo rubio en sus brazos, que ahora sé que es muy suave al tacto. Pienso en sacarle esa camiseta y besar su pecho, y mi pene comienza a crecer pesado. ¿Usar pantalones cortos deportivos de nylon? No fue inteligente. Y la calentura ni siquiera es mi único problema. 96 Ayer por la noche le pregunté a Jamie si se estaba volviendo loco. Divertido, ahora he pasado un día entero haciendo precisamente eso. El chico está jodiendo con mi mente. En primer lugar actúa como si nada pasó. Luego me hecha para que él pueda tomar una "siesta". Pero de ninguna manera estuvo haciendo eso. Es decir, no nací ayer. Cuando llegué a la habitación y lo vi de pie allí con aire de culpabilidad, era obvio lo que había estado haciendo. El hijo de puta se había estado masturbando. Hubiera estado feliz ayudándolo con eso, pero claramente prefirió hacerlo solo antes de dejar que lo tocara de nuevo. Excepto... que él me había estado observando. Una vez más, no había nacido ayer. Noté la forma en que me estaba mirando antes de salir. Jesús. Qué bueno que él no sea un policía de tráfico, porque está enviando suficientes señales mezcladas para causar un choque de diez autos. He jugado al buen amigo, pero por dentro soy un desastre. Porque una vez no fue suficiente, y sin embargo no tengo ni idea de qué está pensando Jamie. Ninguna pista. Empujando lo último de mi cono de helado en mi boca, lo único que quiero es arrastrarlo de nuevo a nuestra guarida y hacer cosas muy sucias con él. ¿Pero eso incluso está en las cartas? Sé dos cosas hasta ahora. En primer lugar, Jamie Canning se excitó por mí. Lo vi anoche. Y en segundo lugar, no está horrorizado por lo que hicimos. Eso es increíble, y siento como que debería pellizcarme porque incluso tuve una noche impresionante con el amor de mi vida. Pero eso no me garantiza una puta cosa. Él no me debe nada. Él podría cansarse de este pequeño experimento. Probable que ya lo ha hecho. Es aterrador. Porque quiero probarlo de nuevo. Infiernos, quiero atragantarme con él. Soy un glotón por Jamie Canning. —Wes? —¿Qué? —Oh, mierda. He estado mirándolo, y no tengo idea sobre qué estamos hablando. —Te pregunté si querías nadar. Todavía hace calor. —Uh. —Realmente sólo quiero ir a casa y estar muy, muy desnudo—. No estoy usando un traje de baño. Sus ojos se estrechan. —¿Quién eres tú? Claro. Cuando te pasas la vida dando cero mierda sobre la vestimenta apropiada, la gente lo nota. —Está bien —concedo—. Vamos a nadar. El teléfono de Jamie suena. —Oh. ¿Aguantas dos minutos? Si no contesto, van a seguir llamando. —Él desliza la pantalla, pero mantiene el teléfono lejos de su cuerpo—. ¡Hola chicos! Un coro de voces sale desde su teléfono, el cual está en Skype o algo así. —¡Jamie! —¡Jamester! —¡Hola bebé! 97 Había olvidado de esto. Toda la familia de Jamie tiene una gran comida juntos el domingo cada semana, y al parecer es un sacrilegio faltar a una. Así que cuando su pequeño estaba lejos en el campamento, tenía estas llamadas cada semana. Es probable que también las tuviera cuando estaba en la universidad. —Necesitas un corte de pelo. —Suelta una voz femenina. —Sí. —Reconoce, pasándose una mano por su pelo de oro. Estoy celoso de esa mano—. ¿Qué hay de nuevo en Cali? Escucho mientras toda su familia trata de hablar a la vez. —¿Adivina quién está jodidamente embarazada de nuevo? —pregunta una voz masculina. —¡El lenguaje! Al parecer, la hermana de Jamie está embarazada otra vez. Y uno de sus hermanos consiguió una promoción. Su otro hermano rompió con su novia de mucho tiempo. —Lo siento por eso —dice Jamie. —¡Nosotros no lo sentimos! —grita una hermana —¡Vete a la mierda! —¡El lenguaje! Basta decir que la llamada de Jamie desde casa no es nada como la mía. —Así que, hijo —una voz de más edad retumba. El padre de Jamie siempre se las arregla para sonar al mando sin salirse del emplazamiento como un idiota. Mi padre podría tomar algunos consejos—, ¿qué has estado haciendo esta semana? Resoplo con tanta fuerza que los ojos de Jamie se fijan en mí antes de pasar rápidamente de nuevo a la pantalla. —Lo de siempre —dice, y me da una patada por debajo de la mesa—. Un montón de tiempo de hielo. Fuimos de excursión. Mi amigo gay Wes me hizo una mamada. Él mantiene sus ojos firmemente en la pantalla, así que realmente no puedo decir si está sudando esta parte de la conversación o no. —Suena bien —su padre retumba—. Tu madre está ocupada en la cocina, pero ella dijo que te dijera que te asegures de volver a casa antes de dirigirte a Detroit. —Voy a tratar —promete—. Depende de si Pat me puede reemplazar por esa semana. —Tu madre también te recuerda que debes tratar de obtener suficiente fibra y comer cosas orgánicas. Hay un auge de risa en el teléfono ante eso. Jamie sonríe. —Lo haré. —¡Sé bueno, Jamie! —¡Te quiero! —¡Usa tu suspensorio! —Más risas. Más afecto. Y luego Jamie termina la llamada, metiendo su teléfono en el bolsillo de la camisa, moviendo la cabeza. —Lo siento. 98 —No hay problema. ¿Todavía quieres nadar? —Por favor, di que no. —Sí. Vamos a hacerlo. La playa de la ciudad está en el extremo sur del Lago Mirror, muy cerca de la residencia. Todo en Lake Placid está cerca de todo lo demás. Esta ciudad era un lugar de veraneo para los ricos antes de que fuera un destino de deportes de invierno. Así que pasamos toda clase de atractivos edificios antiguos en la corta caminata hasta la pequeña playa. Jamie tira a un lado sus sandalias y se despoja de su camisa. Entra en el agua, donde sus pantalones cortos empiezan a aferrarse a su cuerpo, incluso antes de que él se haya sumergido. Lo sigo, por supuesto. Me podría llevar a cualquier lugar en este momento, y no discutiría. El agua fría se siente muy bien, sin embargo. Cuando estoy hasta mis muslos me sumerjo, persiguiendo a Jamie más allá de la zona arenosa. Hay una balsa flotando a unos cien metros, y nado hasta la misma. Jamie está sonriéndome cuando emerjo en la superficie. Con una palma le salpico, luego me sumerjo de nuevo para escapar de su retribución. Me le adelanto, pasando hacia el otro lado de la balsa. Cuando se me ocurre tomar una respiración, una gran mano me empuja hacia abajo de nuevo. Así que por supuesto estoy tosiendo cuando me balanceo un segundo después. —Idiota —suelto, aunque pasamos la mayor parte de nuestros veranos tratando de ahogarnos entre sí todas las tardes después de la práctica. Él tiene un codo en la balsa ahora, también, impidiéndome mojarlo. Lo pienso. Así que hago lo mismo, colocándome junto a él. Nuestros hombros se están tocando. Todo lo que tiene que hacer es girar la cabeza y su boca estaría a pulgadas de la mía. Y entonces todo lo que tendría que hacer sería inclinarme hacia adelante y su boca estaría en la mía. Pero él no se gira hacia mí. Él sólo mira al frente. Jodido infierno. No puedo soportar más esto. Necesito saber dónde estamos. Debido a que la idea de pasar un minuto más, incluso adivinar lo que este hombre quiere de mí es una tortura absoluta. Bajo el agua, me estiro y toco su vientre con las yemas de mis dedos. Los ojos de Jamie se ensanchan. Pero no dice nada. Me muevo para estar un poco más cerca. Luego aplano la palma de mi mano sobre su fría y húmeda piel, mi dedo meñique tirando del elástico de sus calzoncillos. No creo que nadie pueda ver lo que estoy haciendo. Pero los ojos de Jamie hacen un circuito alrededor del lago. Está preocupado. Joder, no quiero asustarlo. —¿Quieres ir a casa ahora? —pregunto. Es un código para, ¿vamos a enrollarnos juntos otra vez? Si no es así, me gustaría que me lo dijera. Que me sacara de mi miseria. Se lame los labios. —Sí —dice. Luego empuja mi mano lejos—. Pero corta eso, o no seré capaz de salir del agua. Obedezco inmediatamente. 99 Cinco minutos más tarde estamos entrando en el dormitorio, la ropa goteando en los pisos antiguos. Pero así es como la gente anda por aquí en el verano. El lugar es en su mayoría tranquilo, lo que significa que todos los niños están en la cena. Sin una palabra entramos en nuestra habitación y cierro la puerta. La primera cosa que hago es dejar caer mis pantalones cortos y mi bóxer al piso donde hacen una bofetada húmeda. Jamie sigue mi ejemplo. A continuación, los dos estamos de pie allí, en cueros, mirándonos el uno al otro. Sus ojos están sorprendidos, y mi corazón tiembla con el temor de lo que él está a punto de decir: "No puedo hacer esto de nuevo." —Tenemos que estar en silencio —dice en su lugar. Mi sonrisa es del tamaño del Lago Mirror. —Puedes morder la almohada cuando te haga gritar. Toma una respiración entrecortada cuando me muevo más cerca de él, al instante me congelo. —¿Estás seguro que quieres hacer esto? —Me muerdo la parte interna de la mejilla— . Has estado corriendo de caliente a frío conmigo todo el día. Él asiente. —Necesito enderezar algunas cosas en mi cabeza. —Resoplo ante su elección de palabras. —Enderezar, ¿eh? —Le ofrezco una mirada significativa ante su muy notable erección. Su boca se contrae. —Mi pene y yo llegamos a un acuerdo. —¿Sí? ¿Y cuál es ese? —pregunto con curiosidad. Se encoge de hombros. —A ambos nos gustas. Joder. Desvanezco el resto de la distancia entre nosotros. Ya estoy duro, lo cual no es sorprendente, porque he estado pensando en esto durante todo el día. Mis manos se posan sobre su piel fresca por el agua. Rozo sus pezones con mis dedos, y ellos se ponen rígidos inmediatamente. Su oído está justo al lado de mi boca, así que meto mi lengua en él, haciéndole jadear. —Recuéstate en mi jodida cama —susurro. Dos segundos más tarde, él está allí. Y estoy extendiéndome sobre él como una manta, y explorando con mi lengua su boca. Jamie gime, pero estoy demasiado envuelto en su sabor como para preocuparme por ello. Tengo mis dedos en su pelo y su caliente y duro cuerpo bajo el mío y es todo lo que siempre he querido. Él no está odiando la vida, tampoco. Sus caderas se mecen debajo de mí, su pene golpeando y rozándose contra el mío. Duele. Mis bolas ya están tensas. Frotarme contra él se siente increíble, y me encanta que su dulce boca sea prisionera de la mía. Pero no quiero venirme todavía. Así que me obligo a retroceder. Cuando miro hacia abajo hacia Jamie, sus ojos están nublados con la lujuria, y sus labios están hinchados y rojos. Hago la seña de "tiempo fuera". Él inclina su cabeza en la almohada y suspira, y no puedo evitar dejarme caer y besar su garganta expuesta. Te quiero. Las palabras están siempre allí en la punta de mi lengua traviesa. Las trago de vuelta como debo y digo algo mucho más práctico en su lugar. 100 —¿Alguna vez te has familiarizado con tu próstata? Él sacude la cabeza. —¿Confías en mí? Jamie asiente inmediatamente, y mi corazón se contrae. Debo estar loco para empujarlo así, pero las cosas que anhelo están en guerra con mi mejor juicio. Así que ahora estoy saliendo de la cama para escarbar en mi bolsa de lona por una botella de lubricante que mantengo allí. Sus ojos siguen la botella cuando me siento en la cama. Él probablemente está a segundos de decir: "Espera, eso es demasiado gay para mí". Así que me inclino y tomo la punta de su erección en mi boca. —Mierda —jadea, arqueando la espalda. Una vez más, estoy conmocionado y con la certeza de que soy el bastardo manipulador más grande del mundo. Pero estoy tratando de hacer volar su mente, y estoy esperando que eso sea suficiente justificación. Lo torturo con mi lengua hasta que prácticamente está levitando de la cama. —Levanta esta pierna —susurro. Borracho por mi boca, eleva la rodilla sin quejarse, y lo posiciono para poder alcanzar su abertura fácilmente. Aplico un poco de lubricante en los dedos de una mano. Entonces dejo caer mi cabeza y tomo su pene en mi boca. Cuando comienzo a succionar, se queda sin aliento. Pero cuando deslizo mis dedos entre sus nalgas, se queda en silencio. Por un momento no sé lo que está pensando. Libero su pene y coloco un beso en la punta. —¿Estás bien? Él toma una respiración lenta. —Sí —dice mientras pruebo su agujero—. Es extraño. —¿Puedes tomar más? —Si dice que no, lo dejaré ir. —Está bien. Aplico un poco más de lubricante y luego lo penetro con la punta de mi dedo. —Relájate para mí, bebé. Él trata. Así que lo recompenso con algunos besos justo donde los quiere. —Mmm —dice—. Eso me gusta. Le doy un poco más. Desde que lo incité a este juego con su culo, él ya no está dudando en el borde. Me inclino, chupando, lamiendo y en general sacando mis mejores movimientos. Y, al mismo tiempo, estoy introduciendo un dedo lentamente hacia su próstata. Cuando por fin llego, todo cambia. —Ohjoder ohjoder ohjoder —susurra Jamie, los músculos de sus muslos temblando. Froto su próstata de nuevo y chupo una vez más. Él gime, y con mi mano libre cubro su boca. —Shh —le recuerdo—. No hagas que pare. Él aleja mi mano de su boca. —Es... Eres... Mis pies están hormigueando. 101 Eso es una buena señal. Sonriendo, reanudo mis servicios malvados, mi dedo se desliza dentro de él a la vez que hago movimientos largos y perezosos con mi boca. Jamie empieza a mover sus caderas, empujando en mi boca. Y no es sólo su pene lo que está empujando. Es su culo, también. Está saltando sobre mí, buscándome. Jesús. Está tratando de follar mi dedo. —¿Estás bien? —murmuro. —Más que bien. —Su voz es un susurro ahogado. Él cierra los ojos. Un rubor se levanta en sus mejillas, sus cejas se juntan como si sintiera dolor. Pero sé que dolor es lo último que siente en este momento. Su pene se vuelve increíblemente duro en mi boca, y gimo cuando su culo baja sobre mi dedo. —Wes... —suspira mi nombre, sus muslos temblando mientras levanta sus caderas de nuevo—. Me estás volviendo loco. Eso es lo que me gusta escuchar. Su excitación nos rodea como una niebla espesa, latiendo en el aire, en mi pene. Deslizo la yema de mi dedo sobre su próstata de nuevo, y él suelta una maldición, y me encanta. —¿Alguien alguna vez te dijo antes que eres sexualmente aventurero? Él abre un ojo. —Todo el tiempo —murmura, y experimento una sacudida de celos, preguntándome qué chica suertuda le ayudó a descubrirlo. Jamie gime de nuevo. —Sigue haciendo eso. Por favor... no pares... Este hombre está bajo la impresión de que parar es siquiera una opción. Lo haría, por supuesto, si él me lo pidiera, pero ¿mientras que él estuviera rogando por mi boca? ¿Por mi dedo? Nada menos que la muerte me impediría dárselo. Le voy a dar todas mis jodidas partes, se las serviré como en un banquete. Jamie Canning no tiene ni idea de la clase de poder que tiene sobre mí. 102 Jamie Creí que tenía el sexo dominado. Lo digo enserio, no es difícil. Besar, el juego previo, la relación sexual. He intentado casi todas las posiciones conocidas por el hombre, incluso las alocadas que ves en la pornografía, donde la chica hace alguna maniobra exorcistacontorsionista mientras golpeo en ella. Pero mi culo nunca fue parte del asunto. Justo ahora, es el asunto. Porque incluso a pesar de que la boca de Wes engulle mi polla como si intentara tragarme entero, la excitación rondando en mi sangre está concentrada solamente en la presión entre las mejillas de mi culo. Es una buena presión. Un ligero ardor que se convierte en un torrente de placer cada vez que golpea este punto dentro de mí. Me está destruyendo. Está trayendo a la vida terminaciones nerviosas que no sabía que existían. Es desconocido. Es nuevo. Una experiencia que es un millón de veces más excitante que ver a un tipo pasarle en un video porno. 103 —Tan bueno —me ahogo—. Jesús, no pares... bebé. —Me llamó así antes y lo estoy probando ahora. Se siente raro dejando mi boca. Tan raro como las nuevas sensaciones atravesándome y hormigueando en mi culo. No estaba seguro de que esto me fuera a gustar, pero lo hace. Dios, lo hace. Cuando el aro de su lengua raspa la parte inferior de mi pene, tiemblo, mi respiración deteniéndose. Su dedo se mete dentro de mí, y me pregunto cómo se sentiría si deslizara otro allí. O si usara otra cosa en lugar de un dedo... De pronto, pienso en la porno que miré más temprano, los gemidos roncos del tipo que estaba siendo follado, y el recuerdo sucio me hace apretarme más duro alrededor de Wes. Él levanta su cabeza de golpe, su dedo deteniéndose pero no retirándose. Inquietud ronda mi estómago cuando encuentro sus ojos. La lujuria los ha oscurecido a un plateado tormentoso, y su garganta trabaja mientras traga. —¿Por qué te detuviste? —trago, también—. ¿Vas a... follarme ahora? La pregunta trae una sacudida de pánico. Tan caliente como era mirarlo en una pantalla, no creo estar listo para experimentar eso por mí mismo aún. No estoy seguro de que alguna vez vaya a estar listo. —No. —Se apresura a asegurarme, su rostro se suaviza cuando ve mi rostro—. No a menos que tú quieras. —Yo... —muerdo mi labio—. Yo... no lo sé. Quizás en otro momento. —¿Quizás en otro momento? Dios, cuando me pongo gay, en verdad me pongo gay. Los labios de Wes tiemblan. —Le pondremos un alfiler a eso. Me estremezco con una risa. —¿Entonces por qué te detuviste? —Solo quería hacer esto —dice con voz ronca, y luego su dedo desaparece cuando se desliza hacia arriba y roza su boca sobre la mía. El beso va de dulce a caliente en cuestión de segundos. Su lengua llena mi boca con golpes profundos que me hacen jadear. Estoy ansioso por más, desesperado por ello, pero él se ha ido otra vez antes que pueda parpadear, arrastrándose entre mis piernas. Esta vez su dedo se desliza pasando el anillo de músculos fruncidos, doy la bienvenida al ardor. Lo anhelo. Wes lame una línea desde la punta de mi pene hasta mis pelotas adoloridas, burlándose del delicado saco mientras su dedo juega conmigo. Cuando intento empujar mi culo contra él, se retira, una oscura risa cae sobre mi pene. Jesús. No puedo soportarlo más. Necesito venirme antes de explotar. —Deja de búrlate de mí —gruño—. Dame lo que quiero. El aro de su lengua se burla de mi raja. —Sí, ¿y qué es lo que quieres, bebé? —Que me chupes hasta dejarme seco. Wes empuja su dedo más profundo, frotando ese punto que me hace ver las estrellas. Mi próstata. ¿Por qué nunca nadie me dijo que la próstata era alguna especie de zona mágica del placer? ¿Hay unicornios y hadas del orgasmo danzando allí? —Pregúntame de buena manera y lo consideraré. —Sonríe. Entrecierro mis ojos. 104 —Hazme venir, idiota. Su risa envía a mi corazón a volar. Lo cual es la cosa más confusa de todas, porque le añade al sexo un elemento que no esperaba. Estoy cómodo con él. Me divierto con él. No estoy intentando impresionar a nadie. Es... fácil. Al igual que chapotear en el lago. Pero con orgasmos. —Eres un bastardo mandón, Canning. —Sus labios hacen cosquillas en la cabeza de mi pene—. Malditamente lo amo. Y yo amo lo que está haciéndome. Esa succión, la yema de su dedo frotándose dentro de mí. No pasa mucho antes de que la tensión se reúna otra vez. Un nudo de placer se enrolla más y más fuerte hasta que finalmente ahueco la nuca de Wes y me impulso hacia atrás en su dedo cuando el orgasmo se dispara a través de mí. Fuera de mí. Wes bebe de mí como si no pudiera tener suficiente, tarareando alrededor de mi polla, y yo tengo que tirar de su cabello para hacer que pare una vez que mi polla ha tenido suficiente. Me quedo allí, jadeando. Cuando mi respiración finalmente se detiene hasta un ritmo normal, Wes está a ahorcajadas en mis muslos, su polla dura en sus manos. Se masturba lentamente. Mi mirada descansa en su erección, larga y orgullosa, la cabeza llena de sangre haciendo mi boca agua. Es la misma respuesta que tengo cuando una chica separa sus piernas para mí, ofreciéndome ese dulce paraíso para mi boca o polla. Nunca pensé que el paquete de otro tipo pudiera lucir atractivo también, y en verdad deseo saber lo que significa. Sin embargo, ahora no era el momento de pensar en ello. —Dámela —digo con voz ronca, señalando su erección. Sus cejas se alzaron, las pestañas atrapando la luz. —¿Quieres devolver el favor? Cuando asiento, se acerca y se coloca a ahorcajadas en mis hombros, luego toma la segunda almohada de la cama y la mete bajo mi cabeza. La altura añadida lleva mi cabeza al nivel de su polla. Trago, luego paso mi lengua alrededor de la cabeza. —Casi estoy allí —admite. —¿Sí? —Inclino mi cabeza, pero mantengo mi boca en él, raspando mis dientes ligeramente sobre su polla. Deja escapar un suave gemido. Lo suelto con una risa. —¿No tuvimos toda una charla sobre la resistencia anoche? —Eso fue antes de que pasara veinte minutos follando tu culo con mis dedos. Tiemblo ante la memoria. Jesús, estoy poniéndome duro otra vez. Es como si no pudiera tener suficiente de este hombre. —¿Te excito, huh? —digo, arrastrando las palabras. —Oh sí. —Empuja su polla hacia adelante, y abro mi boca, dejándolo deslizarse dentro. 105 Mis manos viajan por su cuerpo para ahuecar su culo. Aprieto mientras el gime otra vez, empujando un poco más profundo. Con mis manos ocupadas, es difícil controlar cuanto tomo de él, pero él no es un idiota con ello. No empuja profundo y no fuerza ninguna acción de garganta profunda conmigo. Parece sentir mis límites, de la misma forma que siente la mierda en el hielo —cuándo pasar el disco, cuándo tomarse su tiempo hasta esa perfecta apertura se revela así puede golpear uno dentro. Folla mi boca con embestidas rápidas y superficiales que igualan su respiración rápida y poco profunda. Pruebo su líquido pre seminal en mi lengua. Es un sabor fuerte que me hace preguntarme cómo sería sentirlo inundando mi boca, deslizándose por mi garganta. Nunca en un millón de años creí que estaría contemplando eso. O que estaría amasando las nalgas de otro hombre, urgiéndolo a venirse mientras aprieto mis labios alrededor de su polla. —Ve vengo —advierte. Esta vez me pego a él hasta el final. El primer choro caliente golpea mi lengua, el segundo va a la parte de atrás de mi garganta, provocando mi reflejo nauseoso. Respiro por la nariz y trago, mi corazón latiendo mientras mi mejor amigo jadea a través del orgasmo. Eso no estuvo... mal. Su sabor es extrañamente atractivo. Le doy una última chupada antes de permitirle alejarse. Cae a mi lado, descansando su cabeza en mi hombro. Ambos dejamos salir un suspiro satisfecho, luego reímos. El silencio se extiende entre nosotros, pero no es uno incómodo. Estamos relajados. Mi mente va a la deriva en la neblina post sexo, donde pensar esta sobreestimado. —Probablemente deberíamos ir al comedor antes que termine la cena —dice Wes—. No quiero perderme el gran show. Cierto. La canción. Alguien —Wes— había decidido que los entrenadores debían cantar a los niños una buena canción de Britney Spears. Pat se había quejado y protestado, diciendo que no conocía la letra de ninguna de sus canciones. Wes, por supuesto, había tomado rápidamente su teléfono y envió un mail a los entrenadores más viejos con las letras de todo el álbum de Britney. Muy ingenioso, mi mejor amigo. Estoy demasiado relejado para moverme, sin embargo. —Cinco minutos más —le digo, envolviendo mi brazo alrededor de su hombro para evitar que se levante. Su mejilla acaricia mi pectoral izquierdo. —Eres una puta que se acurruca, ¿huh? Lo soy. Absolutamente. Solo que nunca soñé que estaría acurrucándome con otro chico. —Miré porno antes —dejo escapar. El ríe. —Sí, lo imaginé. Tenías esa mirada culpable de acabo-de-mastúrbame cuando entré. Hago una pausa. —Porno gay. Levanta su cabeza y me mira, sus ojos grises brillando juguetonamente. —Uh-huh. Ya veo. ¿Lo disfrutaste? Otra pausa. Luego lo dejo escapar. —Sí. Wes vuelve a bajar su cabeza, frotando su mano en mi estómago para tranquilizarme. —¿Te asustó, cierto? 106 —Bueno… —No es fácil de explicar—. Estoy un poco asustado sobre no estar asustado. Si eso tiene sentido. Nos quedamos en silencio otra vez. Puedo decir que está procesando lo que acabo de decirle. —¿Puedo preguntarte algo? —murmuro. —Dilo. —Su aliento le hace cosquillas a mi pezón, y se endurece. Instantáneamente. —¿Alguna vez te han… —no estoy seguro de cómo decirlo—… penetrado? ¿Esa es la palabra correcta? Sus hombros tiemblan, como si intentara no reírse. —Tan correcta como cualquiera. "Follado" también sirve. "Tomado por el culo", también es buena. —Está bien. ¿Bueno? Se mueve un poco. —Sí. Lo he hecho. Una vez. —¿Solo una vez? —Supongo que no estoy sorprendido. Wes tiene "en la parte de arriba" escrito sobre todo él—. ¿Te gustó? Lo piensa. —No al principio. Y definitivamente no al final. Pero fue bastante bueno en el medio. Típica respuesta de Wes. Estallo en risas, mi palma deslizándose sobre su brazo desnudo antes de darle un pellizco a su bíceps. —Um… ¿Qué sucedió al comienzo y al final? —Al comienzo, dolió. —Su tono es triste—. Pero probablemente fue porque ambos éramos idiotas de dieciocho años y ninguno pensó en traer lubricante. Dieciocho. Por alguna razón eso me enoja. Me pregunto si fue antes o después de nuestra última noche en el campamento. Antes, estaría bien con eso. Pero después… No estoy seguro de por qué, pero el pensamiento de Wes sacándome de su vida y luego yendo a perder su virginidad con algún chico me molesta. —Escupir solo te ayuda un poco —dice, ajeno a mis turbulentos pensamientos—. Así que llevó un rato que él… sí. Fuerzo un tono casual. —¿Pero entonces se puso bueno? Se detiene otra vez. Luego asiente, su barbilla golpeando mi hombro. —Sí, se puso bueno. Una ráfaga caliente sube por mi espina. Estoy sorprendido al darme cuenta que son celos. —¿Y al final? —incito, con la esperanza de que escuchar cómo el sexo se arruinó otra vez libere la presión en mi pecho. Wes suspira. —Él no era nadie que quisiera ver otra vez. Se esforzó en hacerlo degradante para mí. Como que me agrió toda la experiencia. 107 Acaricio la cima de su cabeza. Puedo decir que se siente incómodo hablado de ello, pero aprecio que me lo haya dicho. Es raro para Wes baje su actitud de a la mierda con el mundo y se deje vulnerable. —¿Entonces eso es todo? ¿No dejaste que otro… uh… pusiera su bandera allí después de eso? Ahoga una risa. —No. Después de eso decidí que dejaría lo de clavar la bandera para mí. Rio, acariciando otra vez su cabello. Es suave como la seda bajo mi palma, en comparación con la barba raspando mi hombro. —Yo… —aclara su garganta—. Te dejaría hacerlo, sin embargo. Mi mano se congela en su cabello. —¿Lo harías? Asiente. —Te dejaría hacerme cualquier cosa, Canning. Cuando su voz se rompe, algo dentro de mí también lo hace. No tengo idea de qué está pasando aquí o que somos para el otro. Amigos. Somos amigos. Excepto que eso no se siente como el nombre apropiado. ¿Amigos con beneficios? No se siente bien, tampoco. Debo haberme quedado en silencio por mucho tiempo, porque Wes se sienta de pronto, el calor de su cuerpo abandonándome. —Vamos —dice con voz ronca—. Deberíamos irnos. Wes Nuestro horario de entrenadores nos levantó otra vez a la mañana siguiente, y llego al hielo preparado para darles un gran entrenamiento a estos niños. Tuve un inicio duro la semana pasada, dejando que su impulsividad e inutilidad para seguir mis instrucciones me afectara, pero estoy determinado a tomar nota de Jamie y ejercer un poco de paciencia. No me entiendas mal, sé ser paciente, cuando estoy jugando. ¿Pero mirar a otros tipos jugar? ¿Viendo los errores que están cometiendo y verlos cometerlos otra vez en lugar de corregirlos basándose en mi consejo? Es una locura. Aunque hoy los chicos están escuchándome mejor. Estoy practicando algunas jugadas de pases básicas con mis delanteros, cambiando las trayectorias cada poco tiempo para que obtengan la sensación del estilo y técnica de sus compañeros de equipo. Para la mayoría está yendo bien, pero un niño, Davies, acapara el disco sin importar en qué trayectoria esté jugando. 108 Me trago mi silbido, tentado a arrancarme el pelo de raíz. Davies simplemente ha ignorado mis instrucciones otra vez, lanzándole un débil tiro de muñeca a Killfeather en vez de dar un pase atrás a Shen, como se suponía que debía hacer. Lo llamé y patinó hacia mí sonrojado y hosco. Desde la esquina del ojo, veo a Jamie observándonos con atención, como si estuviese valorando mi capacidad como entrenador. Pat también está mirando, desde el banco, y estoy contento de que por fin ha dejado de fruncirme el ceño. Anoche Canning y yo habíamos aparecido demasiado tarde al comedor para ver la actuación en directo, pero afortunadamente, Georgie lo grabó con su iPhone. Y créeme, nunca voy a olvidar la visión de Pat y sus cuatro entrenadores moviéndose de un lado a otro y cantando la interpretación más desafinada de Oops, I did it again. No creo que Pat tampoco la olvide. O deje de odiarme por elegir la apuesta de ese partido de fútbol. Centrándome en Davies, cruzo los brazos sobre mi sudadera de Northern Mass y pregunto: —¿Qué tipo que ejercicios estamos practicando? —¿Uh...? —Pases —aclaro. Asiente. —Cierto. —Lo que significa que necesitas pasar el disco, niño. —Pero en la última práctica nos diste todo un discurso sobre no vacilar. Nos dijiste que si teníamos un tiro, fuésemos por ello. —Inclina la barbilla defensivamente—. Tenía un tiro. Finjo un jadeo. —Espera, ¿el disco pasó a Killfeather? Debí perderme ese gol. Ahora su expresión es avergonzada. —Bueno, no, fallé, pero... —Pero querías marcar gol. Lo entiendo. —Le ofrezco una sonrisa amable—. Mira, estoy contigo, niño. No hay mejor sensación en el mundo que ver iluminarse el marcador. Pero permíteme preguntarte algo, ¿cuántos delanteros hay normalmente en el hielo? —Tres... —Tres —confirmo—. No estás jugando solo ahí. Tienes tus compañeros de equipo contigo y no están ahí para patinar y verse hermosos. Sonríe. —Shen tenía un tiro. Si se la hubieses pasado, hubiese metido ese bebé justo dentro, por la esquina superior izquierda. Y tú habrías obtenido la asistencia. En cambio, no tienes nada. Davies asiente despacio, y una ráfaga de orgullo me atraviesa. Santo Dios, estoy llegando hasta él. Puedo verle absorber las palabras, mis palabras. Y, de repente, entiendo por qué Canning trabaja tan duro en esto de entrenar. Es... valioso. —Necesitas confiar en tus compañeros de equipo —le advierto a Davies. Pero por alguna razón eso borra la sonrisa de su rostro, que cambia por fruncir el ceño de forma oscura. 109 —¿Qué pasa? —pregunto. Murmura algo que no logro entender. —No puedo escucharte, niño. Me mira a los ojos. —Es un poco difícil confiar en ellos cuando sé que quieren que falle. —Eso no es cierto. —Excepto que incluso cuando expreso una protesta, sé que en cierto modo tiene razón. Algunos jugadores tienen la tendencia de ser feroces, preocupándose únicamente de ellos mismos. De repente, tiene sentido el por qué Davies siempre está buscando ser la estrella, porque cree que es lo que el resto está haciendo. —Es verdad. —Dirige la mirada hacia la portería, donde Jamie está hablando con Killfeather—. Especialmente con Mark. Jodidam... malditamente —se corrige—. Malditamente disfruta viéndome estropearlo. Y luego cita todo lo que hice mal al día siguiente en el desayuno, o en la cena, o cuando estoy intentando dormirme. Siempre está con juegos mentales. Sofoco un suspiro. —Tu compañero de cuarto, ¿cierto? —Desafortunadamente —murmura. —¿Han quedado fuera de las prácticas? ¿Hablaron sobre otra cosa que hockey? —No realmente —responde con un encogimiento de hombros—. Quiero decir, habla sobre su padre a veces. No creo que se lleven bien. Pero eso es todo. —¿Quieres mi consejo? Su expresión es sincera cuando asiente. —Trata de llegar a conocerlo. Desarrolla alguna confianza fuera del hielo. —Señalo a Jamie con la cabeza—.El primer día que me enfrenté a Jamie, uh, el entrenador Canning, quiero decir, fui un completo idiota. Engreído, fanfarrón. Lo molesté cada vez que lanzaba un tiro a la portería, haciendo un pequeño baile de la victoria cada vez que marcaba. Lo juro, cuando la práctica acabó quería asesinarme. Le dijo al entrenador Pat que odiaba mi carácter y le sugirió que me enviasen de vuelta al planeta de imbéciles de donde había salido. Davies se rio. —Pero ahora son como hermanos. —Sí. Y también fuimos compañeros de cuarto por aquel entonces. Cuando volvimos a nuestro cuarto después de ese primer entrenamiento, simplemente se sentó allí y me miró fijamente durante una hora. —¿Así que qué hiciste? —preguntó Davies con curiosidad. —Le sugerí que jugásemos al "Nunca-nunca". Llevó un tiempo convencerlo, aún estaba bastante molesto conmigo, pero con el tiempo lo desgasté. Sonreí con el recuerdo. Nos pasamos algunas latas de Red Bull que le había robado a uno de los entrenadores y nos llegamos a conocer el uno al otro diciendo las cosas más locas. Nunca me oriné en el pantalón en un partido de los Bruins. Nunca le enseñé el culo a un autobús lleno de monjas durante un viaje escolar a una fábrica de chicle. Esas fueron mías, por supuesto. 110 Las de Jamie habían sido más serias. No soy hijo único. Algún día no quiero jugar en los profesionales. Sí, no había practicado mucho la parte de "nunca del juego, pero no me había importado. Mi yo de trece años se había estado divirtiendo colocándose con azúcar y cafeína. Nos quedamos despiertos hasta las cuatro de la mañana y a duras penas pudimos levantarnos a la mañana siguiente. —Después de eso, fuimos inseparables —afirmo con una sonrisa. Davies se muerde el labio. —Pero el entrenador Canning es genial. Mark es... un poco imbécil. Sofoco una risa. —Nunca se sabe, puede acabar siendo el tipo más genial que conocerás jamás. —No sé... Le doy un golpecito natural en el hombro. —Simplemente dale una oportunidad. O no. Haz con ese consejo lo que quieras. — Luego vuelvo al modo entrenador Wesley, soplando el silbato lo suficientemente fuerte para sorprenderlo—. Ahora vuelve allí y comparte la abundancia, niño. Acapara una vez más el disco y te mando al banquillo el resto de la práctica. Tres semanas pasan rápido. Cuando Jamie y yo éramos adolescentes, todo duraba para siempre. Un verano era una vida entera. Pero estoy en la segunda semana de mi estancia de seis semanas en Lake Placid y no puedo comprender cómo pasó el tiempo. Después de la cena con los niños el viernes por la noche, Jamie y yo tenemos obligaciones de dormitorio. Eso significa contar cabezas y gritar "apagar las luces" cuando son las diez en punto. Luego, volver a gritarlo de nuevo cando fallan en seguirlo. A las once todo está totalmente en silencio. Jamie está tumbado en su cama mandándose mensajes con alguien. Y no me gusta. No del todo. Así que me subo sobre su cuerpo, poniéndome a horcajadas sobre su culo y mi pecho tocándole los hombros. —Hola. —Hola —responde sin levantar la vista. Hundo la nariz en su cabello y tomo un hondo respiro. Huele a verano y no puedo tener suficiente. —Hombre, ¿estás olisqueándome la cabeza? —Simplemente comprobando si estabas prestando atención. —Ajá —dice, sin dejar de teclear en el teléfono. Me muevo n poco más cerca, mi polla despertándose por el hecho de que estoy así de cerca al culo de Jamie. Es divertido que piense que olerle el cabello es raro, pero esté totalmente de acuerdo con que esté a dos segundos de manosearle el trasero. Los tiempos están cambiando. 111 Hemos estado haciéndolo cada noche como los conejos en celo esta semana. Pellízcame. Esto es como una verdadera carrera de mamadas. Y nos estamos haciendo realmente buenos en pasarnos el bastón. Pero mi cosa favorita es simplemente hacerlo mientras nos frotamos. Besar a Jamie Canning es espectacular. Soy codicioso con ello, porque en mi instinto sé que no durará. El verano acaba para mí en cuatro semanas y el interés de Jamie en mí puede durar menos. Así que tomaré todo lo que pueda. Es cien por cien honesto decir que nunca he sido más feliz. Pero, por supuesto, no puedo decirlo en alto. El problema es, que es más difícil cada día expresar nada de mi actitud de "que te den" por la que soy famoso. Y no voy a mirar sobre su hombro y leer el menaje. Eso sería una imbecilidad para hacer, ¿cierto? Miro. La pantalla pone HOLLY. Al siguiente instante me siento insanamente celoso. —¿Quieres ir a ver una película? —Excepto que no quiero ir a ver una película y probablemente ya habrán empezado—. Se todos modos, ¿qué hay en el teatro esta semana? —pregunto. Como si me importase. En cambio, quiero desnudarme y hacerlo. —Una película para chicas y otra para niños —responde—. Lo miré. —Que fastidio. ¿Mamadas, entonces? Sonríe. Pero sigue sujetando ese maldito teléfono. Aunque no voy a decir una palabra. Correcto. —¿Qué estás haciendo? —Mandando mensajes a Holly. No puedo evitarlo, hasta el sonido de su nombre en sus labios me tensa. La primera y única vez que conocí a la chica, tenía el cabello con aspecto despeinado por el sexo y una sonrisa soñadora en el rostro. Me molesta que Jamie fuese el responsable de ambas cosas. —¿Qué está tramando? —Trato de sonar casual. Fallo, porque gira la cabeza poniéndome los ojos en blanco. —¿Esa es tu forma de preguntarme si nos estamos mandando mensajes sexuales? Me encojo de hombros. Jamie empieza a teclear en el teléfono de nuevo. —No nos estamos mandando mensajes sexuales. Ya no hacemos eso, de todos modos. Y esta noche está atascada como niñera de su prima pequeña en Cape Cod. Siguen viendo la misma película una y otra vez y está a punto de dejar la familia y unirse al circo. —Se gira para sonreírme—. Sugerí tragafuegos, pero piensa que trapecista será divertido. —Deja de hablar, sus ojos manteniendo una pizca de regocijo. Creo que está a punto de echarme en cara mi comportamiento estúpido. Luego no lo hace. Maldito Jamie. Siempre tan tolerante. Algunos días daría un miembro por ser así. Pero no una pierna, porque la necesito para patinar, tampoco un brazo... Dios, tengo la cabeza aturdida esta noche. ¿Necesito una mamada o qué? 112 Jamie vuelve a leer la pantalla y se ríe, quiero tomar el teléfono y tirarlo contra la pared. Lo único que me detiene es que Cape Cod está a unas cinco horas de aquí. Tal vez seis. Así que en cambio, empiezo a besarle el cuello. Después de un tiempo, funciona. Aparta el teléfono y pone a cabeza en la almohada. —Te sientes bien ahí arriba. —¿Sí? —Empujo mis caderas hacia abajo y él me devuelve el movimiento. Deslizo una mano bajo su camiseta, acariciándole el costado. Luego subo su camiseta y le beso la espalda y se tensa bajo mi toque, su cuerpo moviéndose perezosamente en la cama. —Te quiero —susurro. Más tarde, esas dos palabras me definen. —Me tienes —contesta. El corazón se me altera, y mi polla se endurece hasta tener la textura parecida a una barra de hierro. ¿Si quiera entiende en la forma que suena? No hemos hablado de follar desde esa única vez. Lo quiero desesperadamente, pero solo si él lo quiere. Solo hay un modo de averiguarlo. Me aparto de él y le bajo el pantalón. Y los calzoncillos. Su culo es perfecto, duro y redondo, con una línea morena dividiendo su cintura. Beso la línea morena, porque tengo que hacerlo. —Mmmm —concuerda, tiene los ojos cerrados. Observo mientras empuja las caderas contra el colchón. Al igual que yo, Jamie tiene dos velocidades: cachondo y dormido. Me quito la camiseta y después el pantalón. Cuanta más de mi piel toque, más feliz soy. ¿Entonces? Suena su teléfono. Lo juro por Dios, si es Holly... Desde que estoy acostado sobre su cuerpo, me trago mi molestia y le pregunto si quiere que se lo consiga. —Solo comprueba el número —pide perezosamente—. Probablemente no sea nada. Pero el teléfono de Jamie normalmente no suena a esta hora, así que lo miro. No es Holly. El identificador pone KILLFEATHER. —Esto... Es un campista. Alza la cabeza con rapidez. —¿En serio? Le entrego el teléfono y responde: —¿Hola? —Frunce el ceño—. ¿Dónde estás? ¿Dónde? —Otra pausa—. Estaré allí enseguida. —Corta la llamada. —¿Cuál es el problema con tu portero? Jamie frunce el ceño y no puedo evitar notar que hasta su gesto enfadado es caliente. —Ese fue Shen usando el teléfono de Killfeather. Aparentemente mi portero está borracho con dos de tus delanteros. No están lejos, pero Killfeather no quiere volver y no saben qué hacer. Alcancé mi camiseta. —Vamos. ¿Dónde están? 113 —Detrás del instituto. —Qué original. Cuando yo te emborraché, fue en el tejado de Hampton Inn. Jamie ríe, volviéndose a colocar la ropa. —No todos pueden ser Ryan Wesley. La ciudad tendría el doble de tamaño por su policía. Con silencio mutuo acordado, dejamos el dormitorio como ladrones en la noche. Si es necesario llamar por refuerzos, estoy seguro de que Jamie lo hará. Pero, a veces, es simplemente mejor manejar las cosas silenciosamente. Una vez fuera, nos encaminamos hacia el instituto. Hay una vaya rodeando el lugar, pero Jamie señala un hueco de unos sesenta centímetros. Cuando me deslizo delante de él, pone una calurosa mano en mi espalda y me estremezco ligeramente. Estoy tan desesperado por él. Espero que no pueda notarlo. Encontramos a nuestras cargas sentados en sus traseros en la grava bajo una señal que pone "Basura azul". Concuerda, porque estos niños están hechos un asco. Especialmente Killfeather. Jamie se agacha para hablar con ellos. —¿Cuál es el problema aquí? —Estamos, como, borrachos —explica Davies—. Yyyyyyy Killfeather no quiere volver a casa. Pero no podemos dejarlo aquí. —Ya veo. —De algún modo Jamie mantiene un gesto serio—. ¿Por qué no quieres ir a casa? —le pregunta a su portero. —Solo... cansado de todo —pronuncia mal Killfeather, golpeándose la cabeza con la pared de atrás—. Mañana simplemente volveremos a hacerlo de nuevo. —Ya veo —repite Jamie—. ¿Cuánto bebisteis? Shen hace una mueca. —Un paquete de seis. Espera, ¿qué? —¿Cada uno? —pregunto bruscamente. Killfeather niega. —No. —Enseña una malla de seis. Las botellas están vacías, por supuesto. —¿Qué más? —demando. local. Pareciendo tímido, Davis saca de las sombras una pequeña botella vacía de una cerveza Jamie la toma y lee la etiqueta. —De acuerdo. ¿Algo más? Los tres niegan. —¿De dónde lo conseguiste? —interroga Jamie. —Pagamos a un tipo. Jamie alza el mentón para mirarme y puedo ver que está luchando por no reírse. Así también es como conseguimos nuestra cerveza a su edad. 114 —Hablemos —dice, levantándose y acercándose a mí. Giro la esquina del edificio con él. Solo nos alejamos un metro, así que pone los labios justo en mi oreja. —¿En serio? ¿Consiguen emborracharse con menos de tres cervezas cada uno? Girándome para susurrar mi respuesta, le acaricio el hombro con el pecho. Dejo que mis labios toquen su mandíbula antes de hablar: —Tienen cero tolerancia y un metabolismo realmente rápido. ¿No éramos igual? Jamie se ríe y su aliento me hace cosquillas en la oreja. —Entonces, nada de hospital. —Nah —respondo rápidamente—. Nunca ha muerto nadie por dos cervezas y media. Hagámosles andar alrededor, que se pongan sobrios y metámoslos en la cama. —Suena como un plan. —Jamie camina airadamente hacia ellos—. De acuerdo, señoritas. Vamos. Vamos a hacer un trato. Los tres van a hacer una pequeña caminata con nosotros y los llevaremos a casa sin advertir a las autoridades. —Como, ¿la policía? —pronuncia mal Shen. —Nah, se refiere a Pat —aclaro. Shen lucha por ponerse en pie. —De acuerdo, vamos. —Se levanta también Davies. Eso deja a Killfeather aún sentado allí. Sin moverse. Jamie se inclina ofreciéndole una mano. —Vamos ya. Tienes práctica por la mañana. —No seré lo suficientemente bueno —balbucea Killfeather. —Tendrás un poco de resaca —asegura Jamie—. Pero eso nunca mató a nadie. Killfeather niega inflexiblemente. —No seré lo suficientemente bueno para mi padre. Nunca lo seré. Nada lo es. Ah. Podría haber escrito ese discurso yo mismo. —No juegues al hockey por tu padre, amigo. Tienes que jugar por ti. —También lo intento extendiendo una mano. Esta vez la toma. Tengo que tirar de él, lo que funciona en su mayoría. Tiene que apoyarse contra el muro por un segundo, pero luego se pone vertical por sí mismo. —En serio. Que le jodan. Es tu vida. La cabeza de Killfeather cuelga un poco, en la clásica postura de borracho. —Necesita relajarse. —Pero nunca lo hace —le comento. La verdad duele, pero debería entenderlo lo más pronto posible—. Y tú tienes que vivir tu vida. Si no lo haces, entonces él gana. Qué desperdicio, ¿cierto? El joven portero asiente con todo el cuerpo, como un caballo. Pero me está escuchando. —Vámonos entonces. —¿Dónde nos van a llevar? —pregunta Davies. 115 —Vamos a tener una pequeña lección de historia —contesta Jamie—. Eligieron emborracharos a cuarenta y cinco metros de un lugar legendario. Dirige a los chicos a través de la Carretera de Llegada y me controlo para no hacer una broma. Caminan arrastrando los pies detrás de él hasta que estamos en un estacionamiento vacío detrás del Estadio Olímpico. —De acuerdo, ¿qué tiene de famoso este lugar? —Um —dice Shen—. El estadio. Fue donde Estados Unidos machacó a Rusia, ganando el oro en 1980. —Ah —interviene Jamie, alzando un dedo—. Estados Unidos machacó al impresionante equipo Ruso cuatro a tres, con un equipo de veinte universitarios. Pero el partido por la medalla de oro fue dos días después, contra Suecia. Cuatro a dos. Pero ese no es el por qué estamos aquí. —¿No? Jamie niega. —¿Ven esa colina? —Apunta sobre su hombro y todos miramos arriba. —Veo otro estacionamiento —murmura Killfeather. Con el puño, Jamie le golpea débilmente bajo el mentón. —Eso no es simplemente un estacionamiento y no es solo cualquier colina. Herb Brooks fue el entrenador del equipo de Estados Unidos. Ese el por qué ahora el edificio lleva su nombre. Les puso a esos hombres todo su equipamiento y los hizo subir y bajar esa colina. —Suena divertidísimo —farfulla Davies. —Vamos a averiguarlo. —Jamie se frota las manos—. A la cuenta de tres, todo el mundo va a correr hacia allí arriba. Iremos juntos. Tú también, Wesley. —No voy a correr —se queja Shen—. Demasiado borracho. —Noo —aseguro, sujetándole el hombro—. Deberías haberlo pensado antes. Vamos. —Choco las manos. —Uno. Dos. ¡Tres! —Jamie sale disparado por la grava. Hay un poco de hierba cuando comienza la colina y la alcanza con rapidez. Me mantengo al final para asegurarme que los chicos le siguen. Y lo hacen, con un paso lento. Lo que está bien, porque realmente no necesitamos que se hagan daño. Aunque hay luna. No está totalmente oscuro y hay farolas en la cima de la colina. Con los minutos todos estamos respirando con dificultad. La colina es realmente dura y estoy agradecido de no estar vistiendo mi equipamiento. Eventualmente los niños llegan a la cumbre, quejándose todo el camino. Entonces los cinco estamos jadeando en el estacionamiento, con las manos en las caderas, deseando tener agua. —No me siento muy bien —murmura Shen. —Si vas a vomitar hazlo en los arbustos —indico rápidamente. Este estacionamiento pertenece a un club de golf. En realidad, estamos entrando ilegalmente. Se tambalea, simplemente haciéndolo hasta un arbusto, después hay sonidos de arcadas. —Bajaremos despacio —menciona Jamie, golpeándose el mentón—. Y compraré un poco de agua. 116 —Y Advil. Tengo en nuestro cuarto. —Por supuesto que tienes. Tengo que evitar sonreír. Otra ridícula y estúpida noche en Lake Placid con Jamie. Espero que las siguientes cuatro semanas sean más tranquilas. En nuestro camino de vuelta, tengo una pequeña charla con Davies. —Entonces... ¿Por qué tuvisteis que salir y emborracharte? Podían ser expulsados del campamento. Alza la barbilla. —Me lo dijiste. —¿Qué dije? —Dijiste que pasara algo de tiempo con él fuera del hielo. Lo hice. Pienso en ello. —De acuerdo. Es mi trabajo decirte que rompiste las normas. Pero sé de quién viene. Y me gusta que llamases al entrenador Canning cuando Killfeather no podía irse a casa. —No podía simplemente dejarlo allí. Consigue un golpecito amistoso en la espalda por eso. —Buen chico. Mantente alejado de problemas y podemos mantener esta travesura en privado, ¿de acuerdo? —De acuerdo. Volvemos al dormitorio a través del fresco aire del verano mientras vemos la luna alzándose sobre el lago. No puedo esperar llegar a casa. Wes Cuarenta minutos después tengo la polla de Jamie en mi boca y estoy acariciándole la próstata como un campeón. Está retorciéndose y suplicando: —Dame más —gimotea—. Dame la P. Sabes que lo quieres. Lo suelto con un pop y prácticamente me trago la lengua. El modo casual con el que me pide que lo folle simplemente me aturde. —No sé —tartamudeo. Abre un ojo apasionado y me mira. —Cristo. A veces se siente como si tuvieses todo el brazo ahí, de todos modos. ¿Cuál es la diferencia? Porque simplemente la hay. 117 No se me entienda mal, quiero entrar en ese excelente trasero más de lo que quiero mi siguiente respiro. Pero también estoy asustado. No es una sensación familiar. Nunca me solía preocupar las consecuencias de mis actos. Pero si hacemos esto, no quiero simplemente follar a Jamie. Significará algo para mí. Y la cuestión es, que para él no lo hará. Para él, solo será otra pequeño experiencia que se puede llevar consigo antes de marcharse y casarse con alguna chica. Ahora me está mirando, esperando a que me decida. Y mientras espera se está masturbando y mirándome a los ojos. Santo Dios, voy a hacerlo. Voy a follar con el hombre que siempre he amado. Apenas puedo respirar mientras busco el lubricante. Entonces me doy cuenta que necesito un condón, así que salgo de la cama en busca de mi bolsa de lona. Metí en ella una caja entera de condones, aunque no sé por qué. Cuando tomé el trabajo en el campamento, fue con el único propósito de pasar tiempo con Jamie, no ir a algún tipo de juerga sexual con los gays locales. Nunca pensé que abriría esta caja. Con Jamie. Para Jamie. —¿Estás seguro? —pregunto densamente. Asiente. Sus ojos marrones están ardiendo con hambre. Brillan con confianza. Memorizo esa expresión, el modo que luce tumbado ahí a mi merced, grande, duro y meciéndose con poder masculino. Me tomo mi tiempo con él, más generoso que de costumbre con el lubricante. Joder, no quiero hacerle daño y, absolutamente, no quiero que odie esto. No puedo evitar recordar mi primera vez, lo barato que me hizo sentir, siendo usado por un tipo que le importó una mierda si yo lo disfrutaba o no. Quiero que esto sea muy bueno para Jamie. —Un dedo no será suficiente esta vez. —Mi voz es tan ronca que me pica la garganta— . Necesitará estar más usado antes de que yo... uh... Él suena tan ronco como yo. —¿Te detendrás si no me gusta? Mi corazón se aprieta. —Por supuesto. —Me inclino sobre él y le doy un beso tranquilizador en los labios, luego le guiño un ojo—. Simplemente di escroto si quieres que pare. Una ola de risa lo atraviesa. —Oh mierda. Olvidé eso completamente. También me rio mientras pienso en la palabra clave tan ridícula que nos inventamos cuando teníamos catorce años. No estoy seguro de quién la inventó, ¿a quién estoy engañando? Obviamente fui yo, pero la usamos durante nuestra fase de lucha libre. Decidimos que el MMA era la mierda más asombrosa de todas y pasamos horas en el gimnasio practicando nuestros "movimientos". Excepto que la mitad del tiempo cuando uno estaba agotado el otro no lo notaba, así que inventamos una palabra segura. Creo que jamás olvidaré cuando Pat entró en el gimnasio y nos encontró, a mi tumbado bocabajo en el suelo con la rodilla de Jamie hundida en la nuca mientras gritaba ¡Escroto! Una y otra vez. 118 —¿Preparado para correrte con más fuerza de lo que has hecho en tu vida? —pregunto seriamente, alzando una de sus rodillas. Sonríe. —¿Estás seguro de que quieres ponerte tanta presión a ti mismo, amigo? —Sin presión. Un simple hecho. La ciencia lo ha probado. Ahora se ríe, pero el sonido muere cuando hago círculos con la punta del dedo alrededor de su ano. Sus nalgas se tensan, pero no con miedo, sino con anticipación. Lo veo en sus ojos, un fuerte rayo de calor, antes de que levante su otra rodilla y poniéndose totalmente a mi disposición. Jesús. No, no voy a sobrevivir a esto. Lo probé y me ocupé por largos momentos antes de deslizar dentro el dedo. Con la otra mano tomo su polla. Soy egoísta, pero no quiero que se corra antes de que esté enterrado en él, así que no lo tomo en la boca o lo acaricio tan fuerte como quiere. Lento, golpes ligeros es todo lo que consigue mientras trabajo mi dedo en su agujero apretado. Cuando un segundo dedo se une a la fiesta, frunce el ceño. Gotas de sudor cayéndole de la frente. A mí también. Prepararlo es una de las cosas más calientes que he hecho jamás. Me toma toda la concentración. Acariciarlo, probarlo, girarlo, teniéndolo preparado para mí. Con tres dedos, gime lo suficientemente alto para despertar a un muerto y suelto su erección para ponerle la palma en la boca. —Silencio, nene. —Wes... —Ahora se está retorciendo, moviendo el culo hacia mis dedos penetrantes. Cada vez que le toco la próstata deja salir un jadeo—: Necesito más. Es hermoso. Malditamente hermoso. Y estoy tan duro que duele. Mi latido se dispara como si despegase mientras rompo el paquete del condón con los dientes. Me cubro con una mano, luego coloco lubricante en el condón para hacer que el látex se deslice más fácilmente. Con los dedos sigo atormentando el culo de Jamie. —¿Estás preparado para esto? —digo con voz áspera. Separa los labios con un tembloroso respiro. Asiente. Tomando mi erección, me coloco entre sus grandes muslos. Mi respiración es igual de inestable. Demonios, mi mano está temblando alrededor de mi polla, como si nuca antes hubiese hecho esto. Pero no he hecho esto. No con alguien que amo. La punta de mi polla toca su agujero. Se tensa de nuevo, cerrándose para negarme la entrada. Alcanzo su erección y la acaricio con el puño. —Respira —susurro—. Relájate para mí. Traga saliva. Luego deja salir otro respiro. Vuelvo a empujar y, esta vez, soy capaz de entrar fácilmente. Solo la punta, pero joder, la presión es increíble. Está caliente y tirante, apretándome hasta el olvido. —Ohjoderohjoderohjoder. —Es todo lo que parecer ser capaz de decir mientras mi polla se hunde más. Tiene las mejillas sonrojadas y sus ojos están brillantes. Si duro más de cinco golpes será un milagro. Además, estamos en Lake Placid, que simplemente pasa a ser Miracle Central. 119 Su erección pulsa en mi puño, pero no la acaricio. Aún no. No hasta que me lo suplique. —Jamie... ¿estás bien? Gime como respuesta. Ahora estoy totalmente dentro y mi polla está en el cielo. Estoy en el cielo. Me inclino y cubro su torso con el mío, con los codos a los lados de su cabeza y me inclino para besarlo. Luego empiezo a moverme. —Oh... Dios... —susurra las palabras en mis labios y me las trago con otro beso de tornillo. Lo follo lentamente, permitiéndole acostumbrarse a la sensación, pero Jamie Canning es un maestro en adaptarse. Es él quien me rodea con los brazos, el que pone sus piernas en torno a mi culo. Es él quien empieza a mecerse para encontrarse con cada una de mis embestidas y quien dice "Más rápido, Wes" mientras trato desesperadamente de ir despacio. —No quiero hacerte daño —murmuro. —Quiero correrme —farfulla. Sonrío cuando serpentea una mano entre el apretado sello de nuestros cuerpos, tratando de alcanzar su polla. Está ardiendo, tiene el rostro y pecho sonrojados con deseo. Se acerca a mi culo y gime con frustración, me compadezco de mi hombre y me vuelvo a poner de rodillas, tirando de sus caderas para acercarlo. El nuevo ángulo le hace maldecir. Sus dedos buscan su erección, pero los aparto suavemente. —Mi trabajo, bebé. Yo hago que te corras. Me retiro antes de que la cabeza de mi polla le siguiese en su interior. Nos miramos fijamente. Su respiración se acelera. Entonces le acaricio la polla con un largo y duro movimiento al mismo tiempo que vuelvo a entrar en él. Tengo que darle crédito, de que al mismo tiempo se las apañe para mantenerse callado. Se muerde los labios para evitar gemir, sus preciosos rasgos endurecidos. Está cerca. Puedo verlo en sus ojos, sentirlo en la urgencia con la que machaca su culo contra mi ingle. Estoy recubierto de sudor. Mi propia liberación es inminente y quiero alargarlo desesperadamente, pero es como pasarle el disco a Gretzky y pedirle que no haga un lanzamiento. No hay forma de detener el orgasmo. Chisporrotea en mis pelotas y ondula a través de mi erección y me corro mientras masturbo a Jamie. Mi mundo es reducido al hombre debajo de mí. Casi hago una escena como en una película de chicas y grito "¡Te amo!" y me estremezco con la liberación. Pero lucho contra la tentación y me centro en llevar a Jamie donde necesita llegar. Mi polla sigue dura a pesar del alucinante clímax. Sigo follándolo, sigo empujando mientras mi mano trabaja en su erección. —Oh... sííííí... Pura felicidad me atraviesa cuando su liberación humedece la punta de mis dedos. Se corre con un quejido estrangulado. Y se sigue corriendo. Y luego se corre un poco más. Supongo que nadie puede decir que él no lo disfrutó. Cuando finalmente acaba, colapso sobre su pegajoso pecho y le farfullo en el oído: —Esa fue la cosa más caliente que he visto jamás. 120 Se aferra a mí, su gran mano presionada en mi húmeda espalda. Permanecemos ahí tumbados un largo tiempo. Simplemente estoy a la deriva de mi propia felicidad. Llevo una gran vida y es un viaje impresionante. Pero no hay muchos momentos como este. Quiero embotellarlo y llevármelo a donde quiera que vaya. Finalmente Jamie habla: —¿Crees que alguno seguirá enfermo? —¿Qué? —Solo hay dos personas que existan para mí ahora mismo, así que no tengo ni idea de qué está preguntando. —Solo estaba esperando que lo hubiesen sacado todo de camino a casa. Está hablando sobre los adolescentes borrachos a los que les llevó una maldita hora volver a casa. Habíamos seguido deteniéndonos mientras ellos vomitaban. —Están bien —murmuro. Beso el cuello sudado de Jamie y sabe a cielo. —¿Deberíamos limpiarnos? —pregunta. Ya no puedo mantener más este momento. No se alargará y quedará conmigo, no importa lo desesperadamente que lo quiera. —Sí. ¿Quieres ir primero? —Ve tú delante. Llevo a mi pegajoso yo a una ducha de un minuto. Cuando vuelvo a la habitación, Jamie se marcha para darse su propia ducha. Miro mi cama, maldiciendo su tamaño. Las camas gemelas están construidas en la pared, así que la única vez que las uní ha sido en mi imaginación. A veces nos quedamos dormidos juntos, pero es realmente difícil encajar. Aunque tengo una idea. En realidad he pensado en esto antes, pero soy demasiado gallina para llevarlo a cabo. Aunque, que le den. El verano está a medio acabar. De perdidos, al río. Mi colchón se desliza del marco de madera cuando le doy un tirón. Lo dejo en el suelo al lado de mi cama. Hay justo la habitación suficiente para que Jamie haga lo mismo. Allí de pie mirando mi colchón, me siento expuesto de un modo que no he sentido antes. Jamie y yo tonteamos, pero no hablamos de ello. No le pido nada más que orgasmos. Tiene que ser así. Me dirijo a Toronto en un mes, donde prometí mantener mi cabeza abajo y jugar el mejor hockey que esos imbéciles han visto jamás. Mi temporada de novato va a ser limpia, sin escándalos, ni travesuras. Es chocante, pero mi padre y yo por fin estamos de acuerdo en algo en nuestra triste relación: exponer mi sexualidad no es una buena idea ahora mismo. Lo que es el por qué me aterroriza estarme sintiendo tan atraído por Canning. Dice el tipo que ya está estúpida y asquerosamente enamorado de él... Lo estoy y siempre lo he estado. Amo todo de él. Su fuerza silenciosa, su humor seco, su acercamiento despreocupado a la vida que contrasta con su manera controlada en el hielo. Ese cuerpo sexy como el pecado... Aunque tengo que asegurarme de mantener mis sentimientos bajo control. Él cree que simplemente estamos tonteando. Un buen rato Wes, simplemente teniendo algo de diversión. Pero he cambiado el juego yo mismo esta noche. Y si le dejo saber lo mucho que le quiero junto a mí en la cama, eso también cambiará para él... 121 Que es el por qué estoy aquí de pie en ropa interior, peleando conmigo mismo sobre si debería o no haber tirado el colchón al suelo. La puerta se abre a mi espalda y soy totalmente agarrado. Jamie se quita la toalla del cabello. Mira hacia el colchón en el suelo. —Nunca pensé en eso —comenta. La toalla aterriza en nuestra no usada silla del escritorio y luego, también tira su colchón al suelo. Me arde el rostro mientras apago la luz. Es difícil moverse por la habitación con el espacio del suelo reducido por los colchones. Jamie se mete en la cama por su lado y yo también me tumbo. Le rodeo la cintura con el brazo y acaricio su bajo vientre con la mano. —¿Estás bien? —murmuro. Como si tengo que cambiar nuestro acuerdo para dormir para consolarlo. Como sí. —Voy a estar dolorido, ¿no? —pregunta. Dudo. —Tal vez un poco. Lo siento. Alza mi mano y la besa. —Lo merece completamente. Ahora estoy sonriendo en la oscuridad. Lo mantengo tan cerca cómo puedo. Como si toda mi vida se fuera a la mierda después del desayuno de mañana, siempre tendré esta noche. Jamie Los niños no están ni de cerca tan cansados como deberían. Me había olvidado de cómo el cuerpo adolescente puede recuperarse de cualquier cosa. Todos los ejercicios del día han terminado ya y nadie ni siquiera se ve verde. Ahora los adolescentes están en la línea de ataque en la pista de hielo de entrenamiento y Killfeather está pateando algunos culos seriamente. Cada vez que se realiza una parada siento que hice algo bueno. Este chico va a ser grande algún día. Es material de beca, y espero que el padre que se queja de Killfeather pueda apreciarlo. Los jóvenes delanteros entrenados por Wes finalmente están jugando como equipo. Ya han tirado un buen número de disparos de gol. Y Wes arbitra el juego. Incluso los círculos perezosos que hace hacía atrás con los patines son fluidos y poderosos. Hay tanto talento en esta habitación ahora mismo que me cuesta creerlo. Es por esto que hago el viaje de cuatro mil kilómetros cada año. Para esto. 122 Hay otro ataque en la red. Shen realiza un pase de palo a palo a Davies, que no duda. Dispara a la meta antes de que Killfeather pueda detenerlo. Un pequeño grito de victoria se eleva desde el equipo de puntuación. —¡Toma esa, Killfeather! —grita Davies—. ¡Eres un colador, debilucho! Oh, mierda. Aquí vamos. Miro a Killfeather subir su máscara. Luego toma la botella de agua de la parte superior de la red y vierte un poco en su boca. Estoy medio esperando que le escupa en el rostro a Davies, porque mi chico está colorado. Me preparo para el desastre. Killfeather lanza la botella en la red. Luego me mira fijamente. Por favor, no explotes como una mina terrestre, le pido silenciosamente. Mi portero en realidad me da una pequeña sonrisa antes de hablar. —Sí, Davies. Me la jugaste. Sólo te tomó dos docenas de intentos, una gran cosa mala. —Se pone de un tirón la máscara sobre su rostro y recoge su palo. Wes está sonriendo cuando patina para recuperar el disco. —Buena actitud la de hoy, chico —le dice a Killfeather. El adolescente se ve un poco presumido cuando lanza el disco a la mano de Wes. Estoy tan absorto en este pequeño drama que no noto las cabezas girándose hacia alguien que ha aparecido detrás del banquillo. —¡Jamie! ¡Aquí! Me doy la vuelta para encontrar a Holly allí de pie, agitando los brazos. —Holly —digo estúpidamente—. ¿Qué estás haciendo aquí? Pone los ojos en blanco, las manos en las caderas de un pequeño par de pantalones vaqueros cortos. —Qué mierda de saludo es ese, Canning. Puedes hacerlo un poco mejor. —Joder —suelta Killfeather—. La novia del entrenador Canning tiene un buen par de tetas. —Cállate —murmuro, fulminándolo con la mirada. Más de una docena de adolescentes ahora están follando con la mirada a Holly en sus pantalones cortos y reveladora camiseta sin mangas. Mi cuello arde de repente. Y eso es antes de echarle un vistazo a Wes. Patina erguido, una pequeña sonrisa torcida en sus labios. —¿Tienes visita, Canning? —Um. —He perdido la capacidad de hablar, porque estoy ocupado tratando de armar una estrategia para pasar por todas las conversaciones incómodas que vienen—. Holly, este es mi amigo Wes. —Me acuerdo de ti del hotel —dice con un guiño. Wes mantiene su propia sonrisa fija, y tendrías que conocerlo tan bien como yo para ver la mueca debajo de ella. Uff. —Parece que debes irte temprano, entrenador. Lleva a tu chica a tomar algo. Ponerse un poco al día. —Eso sería increíble —dice Holly—. Me detuve en el dormitorio primero, y el entrenador Pat dijo que probablemente podría liberar a Jamie. —Sí, está bien —digo lentamente—. Vamos. 123 —Niños, diviértanse —dice Wes. Luego me da la espalda y hace sonar su silbato—. ¡Vamos, damas! Suficiente descanso. Así es como me encuentro quitándome los patines y saliendo de la pista una hora más temprano con Holly. —¡Dios, te ves bien! —Se detiene en las escaleras del edificio para darme otra sonrisa cegadora y luego se pone de pie de puntillas y... me besa. Su boca es más pequeña y más suave de lo que esperaba. Debo tener una expresión confusa, porque dice—: Siento que te sorprenda, pero pensé que sería divertido. —Es... vaya —tartamudeo—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? —Bueno, cuando amenacé con subir al trapecio, mi tío me prestó su auto. Pensó que me escaparía por la noche. Hago los cálculos. Tiene que ser un viaje de cinco horas desde Cape Cod. —Vaya —repito. Al parecer, "vaya" se ha convertido en tres cuartas partes de mi vocabulario. —Jamie —dice, mirando hacia mí—. Deja de enloquecer. —¿Qué? Ladea la cabeza y me estudia con sus familiares ojos azules. —Estás entrando en pánico. ¿Por qué? —Um... —No puedo decirle. Pero no puedo no decirle. Debido a que Holly tiene la intención de quedarse conmigo esta noche. De hecho, el verano pasado le dije que podía visitarme y lo haría funcionar, pero no había podido venir entonces. Mierda. —Cariño. —Toca un lado de mi cuello—. ¿Hay alguien más? Mi corazón tiene un espasmo, porque hay otra persona. Más o menos. Wes y yo no somos una pareja exactamente. Nunca hemos tenido una conversación al respecto. Pero no hay manera de que duerma con otra persona en este momento... no sería correcto. —La hay —admito. Sus ojos se amplían. Ha hecho la pregunta, pero todavía parece bastante impresionada por mi respuesta. —¿Quién es ella? Niego. —No la conoces. Lo siento —digo rápidamente. Aparta su mano de mí y retrocede. —Está bien. —Se muerde el labio—. Debería haber llamado. —Lo siento —repito. Y de verdad lo siento. Holly sólo ha sido buena conmigo. Pero después de la graduación, habíamos tenido una pequeña charla. Había dicho, "Quiero verte cuando estés en Detroit", y yo dije: "Eso probablemente no va a funcionar". Y luego dijo: "Veremos". Y ahora aquí está ella, su rostro enrojeciéndose. —Mira —digo—. Vamos a ir a tomar un helado. O tequila, si lo prefieres. Quiero pasar el día contigo. 124 —Seguimos siendo amigos —habla en voz baja. —Siempre. Sus ojos se alejan de mí y hacia el lago. Inhala lentamente y exhala. —Está bien, Jamie Canning. Muéstrame Lake Placid. Siempre hablas de lo mucho que amas este lugar. —Su mirada vuelve a la mía—. Enséñame por qué. Por un momento, mi mente piensa en cosas sucias, debido a que Lake Placid significa algo un poco diferente para mí este verano de lo que nunca ha hecho antes. Pero aparto ese pensamiento y extiendo una mano hacia ella. —¿Qué tal unos conos de waffle? Enlaza sus dedos con los míos. —Me gusta la idea de conos de waffle. Pasamos la tarde juntos caminando por toda la ciudad. A Holly le gusta curiosear en las pequeñas tiendas turísticas, lo cual se pone aburrido muy rápido. Pero desde que ya he arruinado su día una vez, sólo la sigo. Le muestro la tienda de juguetes con los impresionantes fusiles de gomas de caucho, y compra uno para su hermano. Tienen objetivos fijados en el interior de la tienda, así que pasamos mucho tiempo tratando de disparar el uno al otro. Un poco más abajo hay otra tienda cursi, y contengo un suspiro cuando me lleva dentro. Se detiene para mirar un montón de tazas de café de "Miracle on Ice", mientras me acerco a la parte trasera donde tienen un montón de dulces para la venta al por mayor. Y cuando tomo una mirada más de cerca, dejo escapar un sonido de incredulidad. —¿Qué es? —pregunta Holly. —¡Skittles púrpuras! —Tomo una bolsa y la coloco bajo la rampa—. Tira de la palanca —digo a Holly. Lo hace, y no le digo "detente" hasta que la bolsa está llena. Entonces me rio todo el camino a la caja. —¿Qué es tan gracioso? Lanzo mi billetera sobre el mostrador. —Tengo un amigo —comienzo. Me siento como un canalla describiendo a Wes de esa manera, pero es lo mejor que puedo hacer en este momento—. Solíamos enviar esta caja de ida y vuelta con regalos de broma en su interior. —Eso es gracioso. ¿Y le gustan los Skittles púrpuras? —Sí. Excepto la última vez que le envié Skittles púrpuras en la caja, hubo que comprar de todos los colores a la vez. Compré cuatro bolsas gigantes en BJ... —Santo Dios, el nombre de la tienda provoca que una inapropiada burbuja de risa suba por mi pecho—. Los clasifiqué y le envié sólo los morados. Luego compartí como dos kilos de los demás con mis compañeros de secundaria en una fiesta. Fue una fiesta con barriles de cerveza, y cuando hicieron el bostezo tecnicolor6, fue realmente tecnicolor. Choca su cadera con la mía. —Gracias por esa imagen. —El gusto es mío. Cuando salimos, se aclara la garganta. —Jamie, tengo que encontrar un sitio para pasar la noche. ¿Podemos sentarnos en algún lugar así puedo utilizar mi teléfono? 125 No contesto de inmediato, porque estoy buscando en mi cerebro una solución. Lo cual no es fácil, porque el dormitorio está siempre completo. —Déjame buscarte una habitación de hotel —sugiero. —Ya lo tengo —dice rápidamente—. En serio. No es gran cosa. De todas formas. —Vamos a sentarnos en el porche de la residencia. Puedes utilizar el Wi-Fi. Y si todo está reservado, voy a pedir a Pat ayuda. —Gracias. —Su voz es baja. Otra disculpa está en la punta de mi lengua. Pero no lo digo, porque no creo que quiera escucharlo. No hay nadie en las mecedoras, así que dejo a Holly con la contraseña Wi-Fi y le digo que voy a por un par de bebidas. —Regreso en un minuto —prometo. A continuación, salgo disparado a subir las escaleras y hacia la habitación, con la esperanza de que Wes esté allí. La habitación está vacía. Antes de irme de nuevo, saco la caja de regalo que Wes me había enviado en Boston. La había traído todo el camino a Lake Placid, porque estaba tratando de decidir si debería reiniciar nuestra broma. Pero entonces se presentó aquí y lo olvidé por completo. Ahora vuelco una gran cantidad de caramelos de color púrpura en la caja y cierro la cubierta. La pongo en su almohada, me pregunto si debería dejar algún tipo de nota. ¿Pero qué demonios diría? Antes de que Holly se presentara, no parecía importar que Wes y yo estuviéramos follando sin ningún tipo de discusión sobre el tema. No necesitábamos una etiqueta. Esta 6 Bostezo tecnicolor: Technicolor yawn en inglés. Se refiere a que el vómito tiene un color fuera de lo común. habitación era como nuestra burbuja privada... todo lo que pasó aquí fue sólo entre nosotros. El resto del mundo no importaba. Y estaba bien. Excepto que el resto del mundo todavía existe, si lo recuerdo o no. De repente, todo esto se ha hecho toda clase de difícil... y no a causa de Holly, eso fue sólo un momento incómodo con una amiga. En unas pocas semanas, sin embargo, él y yo estaríamos en dos equipos de la NHL diferentes en dos ciudades diferentes. Nos acercamos a una situación molesta en cualquier caso, y simplemente no me había dado

cuenta. Bajando las escaleras deprisa, sujeto dos refrescos y los llevo al porche donde espera mi ex follamiga. —He encontrado un lugar a las afueras de la ciudad —explica—. Ni siquiera es caro. —¿Estás segura? No quiero que… Levanta una mano, silenciándome. —Está bien, cariño. Y por la mañana voy a conducir de vuelta a Massachusetts, ¿de acuerdo? —Podríamos… Holly niega. —Tienes un trabajo que hacer. Y no es tu culpa, Jamie. Yo no... no estaba siendo inteligente. —Las palabras son firmes, pero sus ojos se aguan un poco, y me mata verlo. —Lo siento —susurro—. Me preocupo por ti, pero... 126 Una vez más, alza la mano. —Nunca has sido deshonesto, Jamie. No comiences ahora. Pues bien, entonces. Vamos a cenar juntos. Escojo un buen restaurante de mariscos, pero a medida que comemos nuestros pasteles de cangrejo, el humor decae. —¿Quieres contarme de ella? —pregunta en un momento dado. Niego. —No vamos a hacer eso. Holly me da una sonrisa triste. —Sólo estaba tratando de ser una adulta sobre eso. La miro por un rato. —¿Puedo decirte algo sobre lo que estoy tratando de ser una niña grande? Holly ríe, y estoy feliz por eso. —¿Qué? —La idea de trasladarme a Detroit me deprime mucho. —No se lo he dicho a nadie todavía, y se siente bien sacarlo de mi pecho. Agita su bebida con la pajita. —Sé que no es la ciudad más bonita del mundo, pero se puede encontrar un lugar agradable allí, lo apuesto. Niego. —La decadencia urbana no es el problema. —Aunque eso no me está ayudando a imaginar una vida allí—. No conozco a nadie. Y no voy a jugar ni una vez el próximo año. Seamos honestos. haces. —Oh, cariño. —Suspira—. El primer año podría apestar. Pero eres bueno en lo que —Mira, sé eso. No me falta confianza. Pero las probabilidades de en realidad llegar a lucirme como portero son terribles. No es sólo el primer año el que podría apestar. Podrían ser cinco años donde sólo juegue dos veces por temporada y simplemente esté esperando por mi gran oportunidad. O me envían con los menores y juego siete partidos en vez de dos. —O alguien podría salir lastimado y tu número podría subir. —Pone su mano sobre la mía—. Pero sé lo que estás diciendo. Es una posibilidad muy remota. Y no será tu culpa si no funciona. Un camarero viene a quitar nuestros platos y Holly pide un trozo de tarta de chocolate. —Y dos cucharas. Nunca he sido un fan de la tarta chocolate, pero ahora no es el momento para señalar eso. —No me gusta sentirme desagradecido —digo—. Todo el mundo está contento conmigo, escuchan “NHL” y les brillan los ojos. No estoy seguro de qué hacer. —Creo que debes presentarte y probar. ¿Dale un año? 127 —Tal vez. —Esa es la opción más fácil. Pero puedo ver cómo podría terminar probando para siempre. Podrías seguir diciéndote: ¡sólo un poco más!—. Tal vez hay algo más que podría hacer con ese año, sin embargo. —¿Qué piensa tu amigo Wes? —pregunta de repente. —¿Qué? —La mención de su nombre me sobresalta. —¿Qué piensa sobre Detroit? —Espera mi respuesta. —Yo, eh, no le he pedido su opinión —confieso—. Él quiere estar con los profesionales tanto como yo. No estoy seguro de que lo entendería. Pero es diferente para él. Hay más demanda de centros. Y tiene ese triunfo en el Frozen Four… —Debería haber sido tuyo —dice Holly con firmeza. Es leal hasta la médula. Miro a través de la mesa a los ojos muy separados y deseo que las cosas fueran diferentes. Si estuviera enamorado de Holly, la vida sería menos confusa. Pero no lo estoy. Y no lo es. Cuando llega el pastel de chocolate negro, le digo que estoy demasiado lleno para tener algún bocado. Entonces, tomo la cuenta en mi camino al baño de hombres, así ella no puede conseguirla primero. Wes Es más de medianoche cuando tropiezo de vuelta a la habitación. Por suerte, Pat no está montando guardia en una de las mecedoras, porque no hay forma de que pueda seguir una conversación normal ahora mismo. Caminar en línea recta también es un desafío. Síp, puede que esté un poquito borracho. Me acerco a la puerta de Canning y mía, y la miro por un buen minuto. Joder, ¿y si la chica está allí? Me mantuve lejos tanto como pude, pero un hombre tiene que dormir a veces. Y no voy a jodidamente hacerlo en el porche. Él debería haberme escrito si ella iba a pasar la noche aquí y dicho que me mantuviera alejado. ¿Cierto? 128 El pensamiento es como un cuchillo caliente en el estómago. No puedo creer que su jodida novia apareciera en el campamento. Pasó todo el día con ella. Toda la noche también, probablemente. Mis manos se curvan en puños mientras una serie de imágenes desagradables pasan por mi cabeza. Las grandes manos de Jamie vagando por las curvas femeninas de Holly. Su polla deslizándose dentro de ella. Sus labios elevándose en esa sucia sonrisa que siempre me da justo antes de poner su boca en mi polla. Soy un maldito imbécil. No debería haber comenzado nada con él. Iba a terminar una vez que me fuera a Toronto, de todos modos. Así que, demonios, tal vez es mejor si sólo termina ahora. Finalmente aguanto y giro el pomo de la puerta. Está abierto. Y cuando entro en la habitación, veo el colchón de Jamie en el suelo de nuevo, justo donde había estado anoche. Pero el mío está en la estructura de la cama, donde lo había puesto esta mañana. Jamie es el único en la habitación, también. Mi presión sanguínea se alivia, pero sólo un poco. Él está dormido. Bien, porque no estoy de ánimos para hablar con él ahora mismo. Puedo sentir mi temperamento palpitando a través de mis venas junto con todo el alcohol que bebí. La habitación está irritantemente oscura. Tropiezo hacia adelante, chocando mi brazo con el costado del armario mientras me inclinaba para desabotonar mis vaqueros. Los saqué de una patada, luego mi camisa. Ahí. Estoy en mis bóxers ahora. Sólo necesito llegar a la cama sin despertar a Canning, y luego ambos estaremos profundamente dormidos, podemos lidiar con la Gran Charla en la mañana. Descanso mi cuerpo en el colchón tan silenciosamente como puedo. Demonios, sí. Lo hice. Mi trasero borracho ahora está en la cama y Jamie todavía está durmien... Mi cabeza choca con algo duro, y luego una explosión de sonido estalla a través de la habitación. Una cacofonía de pings y dings y clangs asalta mis oídos. Es como si alguien le diera con un mazo a una máquina de chicles y desatara una ola de dulce. Me pongo de pie tambaleante, maldiciendo en voz alta cuando piso algo duro y redondo. —¡Hijo de jodida puta! —Salto en un pie alrededor mientras uso mi mano para frotar el dolor disparándose a través del otro pie. Jamie se sienta de golpe, su voz aterrada cortando a través de la oscuridad. —¿Qué demonios? —¿En serio? ¿Me estás preguntando a mí? —chillo—. ¿Qué pusiste en mi almohada? —Skittles. Dice esto como si se supusiera que tuviera sentido. —¿Por qué? Me arrodillo, hurgando la caja con la que acabo de golpear mi cabeza. Escucho los pasos de Jamie dirigiéndose a la puerta, y entonces mueve un interruptor y la luz inunda la habitación. Jesús. Un mar de Skittles púrpura cubre el suelo y el colchón de Jamie. Y un bulto crece en mi garganta mientras me doy cuenta del significado de lo que estoy viendo. Canning guardó la caja que le había dado en Boston, la llenó de mis dulces favoritos y la dejó en mi almohada. ¿Como disculpa por pasar el día con su ex? 129 ¿O es una disculpa por algo más? Algo peor… como follarse a su ex. Jamie se acuclilla a mi lado. —Ayúdame a limpiar esto. Él suena enojado. Lo parece, también. Lo cual sólo me enoja a mí, ¿por qué demonios tiene que estar enojado él? Soy el único que fue abandonado hoy. No hablamos cuando comenzamos a recoger los Skittles. Su mandíbula fija en una línea tensa, y está tirando los dulces de vuelta a la caja con más fuerza de la necesaria. —¿Qué? —murmuro cuando lo atrapo frunciéndome el ceño. —Regresas tarde. —Su voz es tensa. —Es nuestra noche libre. Tomé un trago en Lou’s. —Meto una mano bajo mi cama y reúno más Skittles. —Diría que tuviste más de uno. Tu aliento huele como una fábrica de cervezas. —Su tono repentinamente agudo—. No condujiste, ¿o sí? —Nah. Conseguí un aventón. —¿Con quién? —¿Qué pasa con las Veinte Preguntas? Jamie tira un Skittle en la caja, pero rebota de vuelta hacia afuera, patinando bajo el escritorio. —Ninguno de los demás chicos tiene auto, Wes. Por favor, no me digas que tomaste un aventón con cualquier extraño al azar. Culpa pincha en mis entrañas. Pero, ¿por qué demonios me siento culpable? A diferencia de algunas personas, no pasé el día socializando por ahí con un ex. —¿Quién te trajo a casa? —demanda cuando no respondo. Encuentro su mirada de frente. —Sam. La respiración de Jamie se eleva. Hay una nube inconfundible de dolor en sus ojos. —¿Me estás jodiendo? ¿El chico de esa aplicación de parejas? —Me encontré con él para un trago —dije con un encogimiento de hombros—. ¿Cuál es el problema? Él no responde. Sólo se arrodilla en su colchón, recogiendo más dulces. —¿De verdad estás enojado ahora mismo? —Lucho contra una explosión de irritación—. Porque no eres el que fue abandonado hoy, Canning. —¡Y un demonio! Primero que todo, tú me dijiste que saliera temprano. Y no sabía que ella iba a venir, ¿de acuerdo? Apareció de repente, ¿y qué? ¿Se supone que la ignore? Es mi amiga. —Es tu folla-amiga. —Le lancé de vuelta. —Ya no. Se pone de pie y pasa ambas manos por su cabello, luego agarra la caja y la estrella contra el escritorio. El suelo se ve bastante limpio, pero sé que no hay forma de que nos las arreglemos para recoger todos los dulces. Canning debe haber vaciado toda la jodida tienda de dulces. 130 De todas maneras, los Skittles están casi olvidados cuando Jamie nivela una mirada irritada en mi dirección. —Pero sólo porque no estemos tonteando por ahí no significa que ya no sea mi amiga. Ella condujo todo este camino para verme. Así que sí, pasé el día con ella. Fuimos de compras, cenamos algo. No puedo controlar el caliente rayo de celos que me recorre. —Apuesto que fue divertido. ¿Comiste algo de coño para el postre? Su boca cae abierta. —¿En serio acabas de jodidamente decir eso? Claro que lo hice, y ni siquiera me arrepiento. Estoy cansado hasta la muerte de no saber dónde estoy. Dónde estamos. Anoche, estaba dentro de este chico. Y al segundo en que Holly apareció, actuó como si fuéramos extraños. Ni siquiera me miró antes de que se hubiera ido con ella. No voy a mentir… Dolió. —¿Estoy equivocado? —pregunto sin emoción. Jamie suelta una respiración lenta y regular, como si estuviera tratando de calmarse. —Quiero darte un puñetazo ahora mismo, Wesley. Como, en serio. Endurezco mi mandíbula. —¿Qué, por atreverme a gritarte por el hecho de que todavía sigas en lo de las mujeres? —¿De verdad crees que acabaría de salir de la cama contigo e iría a la cama con ella? ¡No conecté! Lo cual es más de lo que puedo decir de ti y tu precioso Sam. —No conecté con él tampoco. —La frustración da vueltas a través de mí—. Sólo nos reunimos por un trago y hablamos de ti todo el tiempo. Idiota. Jamie parpadea. —Entonces, ¿por qué demonios estamos discutiendo justo ahora? Titubeo. —Uh. Ya no estoy seguro. Pasa un latido. Luego ambos soltamos una risa tensa. Me siento mucho menos hostil y mucho más sobrio mientras camino a apagar la luz de nuevo. Cuando me vuelvo hacia Jamie, está haciéndome señas en la oscuridad desde su colchón en el suelo. Cuando me siento en el borde, me tira hacia su almohada. Nos echamos sobre nuestros costados, mirando al otro. Ambos estamos esperando que el otro hable. Entonces Jamie suspira, su expresión vacilando con resignación. —No me gusta la idea de que estés con alguien más. Me trago mi sorpresa. —Lo mismo para ti, bebé. —Le dije a Holly que había alguien más —admite—. Prácticamente cuando llegó aquí. Mi corazón se dispara. —¿Lo hiciste? Su voz es fuerte. —Sí. 131 —Le dije lo mismo a Sam —confieso—. Trató de meterme mano cuando nos abrazamos para saludar, y directamente le dije que no estaba allí para eso. Sus ojos se estrechan. Se desliza hacia mí, un brazo rodeando mi cintura mientras su cálida palma se posa en mi trasero. —¿Dónde te tocó? —Jamie aprieta una de mis nalgas—. ¿Aquí? Río. —Síp. —Cabrón. Me inclino más cerca y beso la punta de su nariz. —Eso es lo más lejos que llegó, hombre. Lo prometo. —No tienes que prometerlo. Confío en ti. Mi estómago se revuelve ante su sincera declaración. Confía en mí. Joder, soy tan imbécil. Porque confianza era la última cosa que sentí hoy cuando estaba imaginando las manos de Jamie sobre toda esa chica. Y el hecho de que ella luzca una vagina lo hace mil veces peor. Nunca he tenido que preocuparme de que el chico en mi cama eligiera a una chica por encima de mí. Aunque en realidad, nunca me ha importado lo que los chicos en mi cama hicieran después de que dejaran mi cama. Es diferente con Jamie. Me siento enfermo cuando me lo imagino dejándome. Me siento más enfermo sabiendo que estoy compitiendo no con uno, sino dos géneros por su cariño. Excepto que no tendré su cariño por mucho más tiempo. Una vez que el campamento termine, seguiremos nuestros caminos separados. No había estado bromeando el otro día con Cassel; si quiero triunfar en los profesionales, tengo que mantener mis pantalones cerrados. —Pero creo que tenemos que fijar unas reglas o algo —dice Jamie con pesar. Trago. Las reglas y yo siempre hemos tenido una relación de amor-odio. —¿Como cuáles? —Como que, mientras estemos tonteando, somos exclusivos. Já. Porque estoy tan interesado en liarme con alguien más. Aun así, asiento en acuerdo, porque sucede que sí estoy muy interesado en asegurarme de que él no va a acostarse con nadie más. —Trato. ¿Qué más? Frunce los labios. —Ah… Eso es todo lo que tengo ahora mismo. ¿Tú? Reticencia se atasca en mi garganta. Sé que tengo que decir esto, pero no quiero. He querido a este chico por tanto jodido tiempo. Por siempre. Y la idea de dejarlo ir en menos de un mes me destroza. Pero voy a tener que hacerlo. —Lo terminamos cuando salgamos del campamento de entrenamiento. —Mi voz sale ronca, y rezo para que no pueda escuchar la nota de dolor en ella—. Sólo tenemos el verano. Jamie se queda en silencio por un momento. —Sí. —Suena igualmente ronco—. Me lo imaginé. 132 No puedo decir cómo se siente sobre eso. ¿Decepcionado? ¿Triste? ¿Aliviado? Su expresión no revela nada, pero decido no presionar por respuestas. Además, fui yo el que salió con esa regla. Debería estar contento de que no esté peleando conmigo por ella. —Deberíamos ir a dormir —murmuro. —Sí. —Cierra sus ojos, pero en lugar de darse la vuelta, se mueve más cerca y me besa. Le regreso el beso suavemente. Cuando pongo una mano en su cadera, la tela se arruga bajo mis dedos en una forma que se siente rara. No son su ropa interior habitual, así que rompo nuestro beso para darles un vistazo en la oscuridad. —Canning —susurro—. ¿Estás usando tus calzoncillos de gatitos? Incluso en la tenue luz puedo ver las esquinas de su boca curvarse. —¿Qué si lo estoy? Por alguna razón, esto me hace inimaginablemente feliz. Me inclino para tocar mi sonrisa con la suya. Pero Jamie se retuerce un poco, como incómodo. Entonces mete una mano por la parte trasera de los ya mencionados calzoncillos y saca algo. —¿Todo bien allí atrás? —pregunto, preguntándome si les había dejado la etiqueta. —Sólo, uh, un Skittle en mis shorts. Ambos reímos a la vez mientras nuestros labios se encuentran de nuevo. Y otra vez. Finalmente, soy capaz de relajarme. Sus brazos se cierran a mi alrededor y se siente como llegar a casa. Nuestras bocas encajan tan perfectamente. Cada vez que nos besamos, me enamoro aún más de él, y no tiene nada que ver con el sexo o deseo. Es él. Su cercanía y su olor y la forma en que me calma. Mi vida ha sido caótica por tanto tiempo como puedo recordar, y siempre traté con ello solo. Las críticas de mis padres, mi confusión sobre mi sexualidad. Pero por seis semanas cada verano, tenía que estar solo. Tenía a Jamie, mi mejor amigo, mi roca. Ahora tengo incluso más de él. Tengo sus fuertes brazos a mi alrededor y sus labios rozando perezosamente los míos, me mata absolutamente que tenga que renunciar a él cuando me vaya a Toronto. Nos besamos por un rato. No hay urgencia de hacer nada más que eso. Nuestras pollas ni siquiera entran en la ecuación. Sólo nos recostamos allí besándonos, mientras sus palmas acariciaban mi espalda de arriba abajo con dulces y tranquilizadores movimientos. Eventualmente nos dormimos con mi cabeza en su pecho y el sonido de su firme latido bajo mi oreja. 133 Julio Jamie Varios días después, recibo un correo electrónico de mi agente. Hace un año, me encantaba decir eso. Mi agente. Suena bastante importante, ¿no? No tanto. Cuando era un niño había recogido tarjetas de hockey. Llegaron en paquetes de diez con un trozo de goma de mascar que tenía un sabor horrible. En cada paquete habría un buen jugador, esperemos que no sea un duplicado de una tarjeta que ya tenía y nueve chicos de los que nunca había oído hablar. Aquellos nueve iban en el fondo de mi caja de zapatos, donde esperaban. Quizás una luna azul7 de uno de esos tipos se elevaría en las filas, pero por lo general no lo hacían. 134 Un avance rápido de diez años. Para mi agente, soy una de esas tarjetas en la parte inferior de la caja de zapatos. De hecho, es poco probable que los correos electrónicos que recibo de él estén escritos por él. Este me pide la fecha en la que me mudaré a Detroit. —El club te pondrá en un hotel cerca de la pista hasta que hayas encontrado una casa. Adjunto encontrarás información de contacto con el agente de bienes raíces. Por favor, haz una cita con la inmobiliaria una vez que hayas llegado a Detroit. El final del verano se arrastra cada día más cerca. No voy a ser capaz de salir de estos planes por más tiempo. Entre las sesiones en la pista el jueves, busco a Pat en su pequeña oficina de mierda. Desde que había prometido a mi madre que iba a tratar de volver a casa, necesito averiguar si eso es posible. —¿Tienes un segundo? —pregunto desde la puerta. Pat me hace señas, entonces se aparta de su pantalla de ordenador. —¿Qué pasa, entrenador? Aún me da cosquillas cuando me llama así. Los campistas solo le dicen ¿qué pasa, niño? —Estoy tratando de planear mi vida, que siempre es un momento de diversión. Así que necesito saber si tienes problemas con escasez de personal a fin de mes. Me da una mirada reflexiva. —Siéntate, Canning. 7 Luna Azul: se refiere a un evento que pasa raramente. Me dejo caer en una silla, sintiéndome como un niño que ha sido llamado a la oficina del director. Y no estoy seguro de por qué. Pero hay algo serio en su expresión, y creo que estoy a punto de descubrir lo que es. —No te he escuchado mencionar Detroit durante todo el verano —dice, cruzando las manos como una tienda de campaña— ¿Por qué? —Um. He estado ocupado. —Y no quieres saber con qué. Pat me sonríe, ladeando la cabeza. —No me convence. Lo lamento. Un hombre que está recibiendo todo lo que quiere en la vida no puede permanecer en silencio sobre el tema. Ni siquiera tú. Maldición. El entrenador se está poniendo en su estado terapista conmigo. —Es… no sé. No estoy seguro de cómo va a funcionar, eso es todo. Tal vez en un año no voy a ser capaz de dejar de hablar de ello. Su gesto es lento. Pensativo. Me siento como una ameba bajo un microscopio. —Sabes que creo que eres un infierno de portero. Pones tu corazón en ello, y alguien lo va a notar. Incluso si toma tiempo. Es un poco difícil tragar, de repente. —Gracias —me las arreglo para decir. 135 —Pero me pregunto si lo sientes. No todo el mundo quiere entrar en esa rueda de molino cuando podría estar, por ejemplo, entrenando en su lugar. Ahora es mi turno para mirar por encima del escritorio. —¿Quién me contratará como entrenador? Pat hace un espectáculo de mirar hacia el techo antes de mirarme a los ojos de nuevo. —Un montón de gente, Canning. Has estado entrenando el culo aquí cada verano desde que empezaste la universidad. Estaría feliz de poder decirle a quien quiera oírlo. Y has tenido grandes estadísticas en la universidad. Las mejores estadísticas de tu equipo. Rainier podría incluso quererte. Hay una especie de marea que no me permitirme permite pensar acerca de esto. ¿Entrenamiento? ¿Cómo un concierto de tiempo completo? Eso suena como una explosión. Como entrenador a nivel universitario me pagarían un salario digno, también. Sólo que nunca había imaginado que podía tener un trabajo como ese. Pero Pat conoce gente. Muchos de ellos. Por todo el país. ¿Dónde quisiera estar? La idea sale de mi boca antes de que pueda pensarlo mejor. —¿Crees que alguien en Toronto podría necesitar un entrenador defensivo? Las cejas espesas de Par se elevan, pero sólo por una fracción de segundo. —No sé, Canning. No juegan un montón de hockey en Canadá. —Luego se echa a reír—. Déjame ver lo que puedo hacer. Dejo su oficina sintiéndome más ligero, a pesar de que nada ha cambiado realmente, excepto que hay una nueva idea en la cabeza. Pero es un infierno de una idea. Es el viernes del fin de semana de padres, por lo que los entrenadores tienen esta noche fuera en lugar del sábado porque estamos obligados a estar en una cena especial con los padres mañana. Cuando Wes y yo éramos campistas, ninguno de los dos había tenido visitantes en el fin de semana de padres. Mi clan no podía comprar exactamente los pasajes aéreos para siete personas y dejar todo para verme jugar un partido de práctica en el estado de Nueva York. Y los padres de Wes... Ellos simplemente no se molestaron. Su padre le gusta el hecho de que su hijo ganó a veces los juegos del campeonato del estado, pero si no había ninguna manera de presumir de un evento, no veía el punto de aparecer. ¿Y la madre de Wes? Nunca he conocido a la mujer. A veces me pregunto si aún existe. Como entrenadores, el fin de semana de padres significa que tenemos que aparecer y lucir atentos. El campamento de Pat es financiado por los controles de matrícula de los padres, y cuando los padres pasan, ellos quieren estar seguros de que sus hijos están recibiendo atención 24/7. Los niños no quieren realmente recibir atención 24/7, por supuesto. Pero ese no es nuestro problema. Wes y yo acabamos de volver de la pista y tratamos de resolver nuestras opciones. —Así que dime sobre este concierto al aire libre —dice—. ¿Eso es lo que haremos esta noche? —Wes se desplaza a través de sus mensajes. —Creo que la música podría estar bien. Él mira hacia arriba. —Dice el hombre con bandas de chicos en su teléfono. —Eso fue una broma —espeto—. Ya hemos pasado por esto. 136 Wes ríe. —Te diré que… vamos a hacer un trato. Ha pasado un tiempo desde que tuve una cena de bistec. Encuéntrame un filete, y voy a someterme a ese concierto. —Aquí, hombre. —Pretendo desabrochar la bragueta. Me lanza una almohada. —Dame de comer, Canning. La mala música local es más fácil de tolerar después de un bistec. Saco mi teléfono. —Podemos usar tu auto, ¿verdad? —Por supuesto. La mayoría de los restaurantes en Lake Placid son articulaciones de hamburguesas, pero el Squaw Logia BoatHouse en West Lake se ve como un verdadero negocio. Y puesto que el concierto es al aire libre en la misma dirección, hago una reserva y espero lo mejor. Luego voy al armario que compartimos y saco la camisa de polo de Wes. Dejándola caer sobre la cama de Wes, me encuentro con una camisa de botones para mí, y un par de pantalones cortos de color caqui limpia. —¿Quieres que me vista? —pregunta Wes, levantando la camisa por su cabeza—. ¿Vamos a una cita, Canning? —Parece. El lugar de carne se ve más bonito que traje de baño y chanclas. —Entonces es mi culpa. —Sus palabras son de mal humor, pero está admirando mi pecho mientras abotono mi camisa—. Limpias bonito, cariño. Le doy un empujón. Wes se dirige al baño a cepillarse los dientes, y lo veo irse. Incluso me sorprendo admirando su culo. Últimamente me encuentro a escondidas mirándolo, tratando de tener algún tipo de reacción de santa mierda por la idea de que estoy involucrado con un chico. Cuando era joven solía tratar de asustarme a mí mismo caminando por el bosque solo. Me asomaba a las sombras e imaginaba algo aterrador allí, sólo para darme un poco de emoción. Pero nunca funcionó del todo bien, y tampoco lo hacen mis intentos de asustarme a mí mismo sobre los acontecimientos recientes. Debido a que es Wes. No es aterrador. Y las cosas que hacemos en la cama son simplemente calientes. Como suele suceder, el albergue es un buen restaurante. Pero no estamos mal vestidos, porque el lugar tenía una estación de barcos. En otras palabras, algunos de los invitados a la cena habían llegado en embarcaciones pequeñas, luciendo despeinados por el viento y bronceados. No conseguimos una mesa fuera, porque sólo hice la reserva hace una hora. Pero el interior era oscuro y elegante, con tapicería de cuero y velas encendidas en las mesas. Se nos muestra una cabina cómoda en la espalda, y me deslizo en el asiento, siento que esto era una muy buena idea. Huelo pan de ajo, y hay una lista de cerveza artesanal de una yarda de largo. —Vamos a comer como vikingos —dice Wes, dando su sonrisa anfitriona arrogante— . ¿Qué bistec es el mejor? La chica está muy feliz de quedarse y charlar. 137 —El criollo es muy popular —dice ella con un movimiento de su cabello—. Me gusta la tira de Nueva York, sin embargo. —Lo sabes ahora. Gracias por el consejo. Se aleja, moviendo sus caderas, y le devuelvo la sonrisa. —Estabas tan cerca de hacer una mala broma sobre tirar, ¿verdad? Se honesto. Wes llega a través de la mesa para cubrir mi mano con la suya. Él hace una cara muy seria, el tipo que sólo hace cuando él está tirando de mi cadena. —Estaba tan cerca de hacer una buena broma sobre tirar. Duh. Fue entonces cuando el chico aparece. —¡Buena noches! Soy Mike, y seré tu servidor esta noche... Con calma, Wes quita su mano de la mía y mira hacia el camarero. El hombre mira desde Wes a mi mano y viceversa. —Bienvenidos al Squaw Lodge Boathouse. ¿Han cenado con nosotros antes? —Su voz se ha tornado un tono ligeramente diferente. Más suave, con un tono de afectación en ella. Estoy distraído, pero Wes le mira directamente a los ojos y dice: —En realidad, es nuestra primera vez. —¡Oh! Bueno, estás por comer una delicia. Él y el camarero discuten el menú, pero me desconecto. Esta es la primera vez que alguien me ha mirado y pensó que era un hombre gay en una cita, y estoy tratando de averiguar lo que siento acerca de eso. No me malentiendan, podría ser visto en cualquier lugar con Wes. Cualquier día de la semana. Pero hay algo extraño acerca de convertirme en su cita para la cena. Como si hubiera escogido el traje de alguien más y estuviera actuando un papel. Pido una cerveza y un filete cuando es mi turno, y el chico se escapa para dejar nuestro pedido. —¿Te molesta? —pregunta Wes, empujando mi pie debajo de la mesa. —No —digo rápidamente. De hecho, no—. No me importa una mierda si nos pusimos en alerta el gaydar8 de ese tipo o no. Wes realidad se estremece. —No te culparía si lo estuvieras. Mira, ese tipo sólo es celoso. Sin embargo, algunas personas son idiotas al respecto. Es decir, las cosas que tú y yo hacemos todas las noches son ilegales en algunos lugares. —Realmente me estás convenciendo entonces. Su sonrisa es irónica. —Hay beneficios. —¿Sí? Dispáralo. ¿Qué es lo bueno de ser gay? —Lo empujó de vuelta debajo de la mesa. —Bueno, pollas —dice—. Obviamente. —Obviamente. 138 Sonríe. —Bien, ahora imagina esto. Te despiertas en un fin de semana al lado de tu novio muy caliente y follan como erizos calientes durante un par de horas. Y luego, pasan el resto del día viendo deportes en la televisión, y nadie dice —eleva la voz— “¡Cielo, me dijiste que podíamos ir al centro comercial!”. Ahora me río. —Y supongo que puedo dejar la tapa del inodoro arriba, ¿verdad? Wes extiende sus manos. —¿Ves? Beneficios por todas partes. Y aquí está uno más, los padres no fastidian por nietos. —Tengo cinco hermanos —señalo—. Están garantizados al menos un equipo de baloncesto. El camarero trae nuestras cervezas, y en realidad le dio un guiño antes de irse. —¡Mírate! —dice Wes después de que él se aleje—. Podrías ser bueno en esto. —¿Es difícil? —Wes me está sonriendo, y odio matar el estado de ánimo. Pero soy consciente de que tengo una pregunta para él que me ha estado molestando—. ¿Qué dijeron tus padres cuando les dijiste? Su rostro decae. —Bien. Al principio no me creyeron. Mi madre dijo: “Esto es sólo una fase”. Y mi padre no dijo nada. —¿Cuándo fue esto? 8 Gayder: Radar gay. —El primer año de la universidad. Decidí contarles en el camino a casa de mi abuelo por Acción de Gracias. Todos nos quedamos atrapados en el auto, juntos. —Un buen tiempo. Se encoge de hombros. —Ni siquiera sabía qué hacer con esa reacción. Nunca se me ocurrió que me ignorarían de alguna forma. Aunque en retrospectiva tiene mucho sentido. Su admisión oscura trae un dolor en mi corazón. También me pregunto cómo mi propia familia reaccionaría si supieran que estaba conectando con un chico. Pero no importa cuántas veces trato de imaginar sus expresiones llenas de horror o disgusto, no puedo verlo. Apoyo es todo lo que he recibido de ellos. —Entonces, ¿qué hiciste? —pregunto, esperando que mi angustia interior no se muestre en mi cara. —Bueno, Canning, este soy yo del que estamos hablando aquí. Así que me puse realmente jodidamente enfadado. Y la siguiente vez que estuve en casa durante las vacaciones encontré a un chico en una fiesta y lo follé en la habitación familiar cuando sabía que estaban de camino a casa. Uff. —Eso probablemente tiene que haberlos jodido. Wes toma un largo trago de su cerveza y observo su fuerte trabajo de garganta. 139 —Tuvo su punto. Mi padre grito todo lo que esperé la primera vez. Me dijo que era repugnante. Y que iba a joder mi carrera de hockey. Infierno. Eso sigue siendo su mayor preocupación. Ouch. —¿Qué dice tu madre? —Él nunca la menciona. ¿Cómo puede una madre no defender a su hijo? —Ella está de acuerdo con mi padre en todo y es la jefa en chismosear. Así que nunca dice mucho. Mierda, realmente mató al estado de ánimo. Pero por suerte nuestros aperitivos llegan un momento después, y estamos felices de nuevo. A veces es así de fácil. Wes Nos conduje a una milla más arriba por la carretera al parque donde la banda está tocando. Ninguno de nosotros ha estado alguna vez en este lugar antes, pero es agradable. El césped corre todo el camino bajando hasta el agua. Una banda se ha establecido cerca de la orilla, y gente de todas las edades está sentándose en la hierba. Encontramos un lugar bastante fácil. Me senté, pero Jamie no. —Mierda. No creo que esto lo logre —dijo él, ojeando sus bastante lindo par de pantalones cortos color caqui. Levanto la mirada hacia él. —Y yo que pensaba que era el tipo gay aquí. Él le da una palmada a la parte superior de mi cabeza. —Mañana es el fin de semana de padres de Pat. Sólo estoy tratando de representar. 140 —Bien. —Me levanto—. Espera aquí un segundo. —Troto hacia el auto y saco una vieja manta a cuadros de la parte posterior. Cuando me vuelvo a reunir con Canning, le doy una sonrisa arrogante—. ¿Ves? Es una buena cosa que nunca limpie mi auto. —La extiendo sobre la hierba y me dejo caer. Jamie se sienta a mi lado. Ambos nos inclinamos hacia atrás al mismo tiempo, y mi mano baja hasta la parte superior de la suya. Así que muevo la mía un par de pulgadas para darle su espacio. Pero el mueve la suya también, cubriendo la mía. No quiero que él sepa cuánto me gusta eso, así no lo miro a los ojos. En cambio, miro fijamente arriba al oscuro cielo sobre el lago y me pregunto cómo he llegado a la de edad de veintidós sin si quiera ir a una cita. Me había burlado de Jamie sobre eso temprano, también. Pero aquí estamos. Cena y música en vivo. Sentado sobre una jodida manta en el parque. Nunca he tenido una cita con nadie antes, y probablemente no soy muy bueno en ello. Después de un rato la banda arranca. Hay cuatro de ellos, un cantante, un guitarrista, un bajista y un baterista. La primera canción que tocan es un débil cover de una canción de Dave Matthews. —Oh. —¿Qué? —Estaba preocupado. —¿Por la música? —Estoy de humor para ser generoso—. Ellos sólo están calentando, ¿no? Cada banda hace covers de Dave Matthews. Es una ley, creo. Desafortunadamente, las cosas no mejoran. —¿Podría eso ser una vieja canción de Billy Joel? —pregunta Jamie. Escucho con fuerza por un segundo. —Dios, tal vez. Suena como si ellos trataras de tocar “New York State of Mind”. —No estoy seguro que ellos lo hayan conseguido totalmente. Volteo mi mano y aprieto sus dedos mientras el cielo se vuelve más oscuro. Para la tercera canción, es tan malo que es gracioso. El cantante principal se asoma a la multitud y anuncia: —Vamos a tocar una canción original que mi amigo Buster escribió. Jamie y yo aplaudimos, como si conociéramos a Buster. Vamos Buster. —Se llama “Lluvia Confinada”, y estamos presentándoles esta canción como un estreno mundial. El baterista cuenta luego, y las primero cuatro barras no son tan malas. Pero la letra es… horrible. No sé sobre qué está cantando el chico. Lluvia confinada vendrá a él como un… tren. —Oh mi Dios —susurra Jamie. Su mano aterriza sobre la mía de nuevo. Mientras la canción avanza, puedo sentirlo comenzar a sacudirse a mi lado. —¡Shh! Estoy tratando de escuchar la música —digo, y él me pincha con su mano libre—. Hombre, él acaba de rimar “pollo” con “pegando”. 141 Jamie esnifa y yo me estiro al otro lado de mi cuerpo para sujetar una mano sobre su boca. Así que saca su lengua y lame mi palma. La limpio sobre mi camisa. Viendo como estamos a un segundo de distancia de repetir nuestro experimento con MMA, hago una sugerencia. —¿Tiempo para nadar? Sus ojos cortan sobre los míos. —No tengo un traje de baño. —¿En serio? Cuando la canción finalmente termina, Jamie salta y se dirige hacia los árboles que bordean el césped. Meto la manta bajo mi brazo y lo sigo. Él está esperando unas cuantas yardas dentro del bosque. —Cuidado con la hiedra venenosa —dice, y me congelo, mirando hacia abajo—. ¡Te hice mirar! —Jesús, Canning. Él se ríe y retoma su camino hacia el borde del agua. No podemos ver a la gente en el césped desde aquí, pero aún podemos escuchar a la banda. Está casi completamente oscuro, lo cual es bueno para nosotros. Hay algunas rocas en el borde del agua, así que me quito mis zapatos y los pongo en un lugar seguro. Luego me saco mi polo. Jamie está poniendo su ropa en la roca casi delicadamente. Incluso está removiendo sus pantalones cortos. Había olvidado que él estaba tratando de mantenerlos limpios. —Te atreves a bañarte desnudo. —Claro que estoy desnudo. Bien entonces. No puedo dejarlo hacer eso solo. Dejo caer cada pieza de ropa sobre las rocas. No es una noche calurosa, pero cuando camino dentro del agua, la temperatura no es demasiado mala. Me vuelvo para ver a Jamie dar un paso hacia el borde del agua, y me gusta lo que veo. La tenue luz crea sombras en el valle de sus abdominales. Avanzo a más profundidad, y el agua acaricia mi piel desnuda. Esto es decadente. El sonido de la risa ahogada de Jamie me hace sonreír en la oscuridad. Cuando me alcanza, tomo su mano, y él me lo permite. Juntos nos sumergimos bajo el agua, nadando hacia afuera solo un poco. Algunas de las personas en el césped probablemente tienen una vista oblicua de nosotros para ahora. Por otra parte, está terriblemente oscuro. Estamos sumergidos hasta nuestro cuello, y el lago es hermoso y un poco espeluznante si tu mente funciona de esa forma. Me pegunto si la de Jamie lo hace. —Creo que acabo de sentir algo rosar mi pie. —No es cierto, pero Jamie no sabe eso. Él se estremece un poco. —Probablemente sólo es un pez lunar. —A-ja. Tienes razón. —Maniobro mi pie bajo el agua, encontrando la pantorrilla de Jamie y lo rozo con mi dedo del pie. Él se tambalea lejos de mí. —Imbécil. Eso me hace reír, y Jamie me salpica. —La parte inferior es lodosa aquí. —Y esto es verdad—. Me preocupan las sanguijuelas. ¿Si quiera viste Stand by Me? 142 —Ugh. —Se queja—. Camino a arruinarlo. —Él se mueve más cerca de mí. Y surge de repente frente a mí, agarrando mis hombros, envolviendo sus fuertes piernas a mí alrededor—. Ahora ellas sólo pueden encontrarte. Me besa. Jesús. Tan sexy. Me abro para él y nuestras lenguas se enredan enseguida. Gimo dentro de su boca, y no importa, porque la música está en marcha de nuevo, y la oscuridad nos da bastante privacidad. Los dedos de Jamie se tejen dentro de mi cabello en la parte trasera de mi cabeza. Él sabe como a buena cerveza y sexo. Estoy de pie en el lago con el más hermosos hombre envuelto alrededor de mi cuerpo, y su pene ya está duro contra mi vientre. Esto debe ser a lo que el cielo se parece. Ahueco su culo, incapaz de resistirme de deslizar un dedo abajo por sus pliegues y burlar su agujero. Él gime en mi boca. —Tú eres malditamente adictivo, Wes. Eso es lo que me gusta escuchar. Sólo lo he follado otra única vez desde aquella primera noche hace casi una semana. Nuestra segunda vez, lo tomé por detrás y había tapado su boca todo el tiempo para detenerlo de hacer ruido. Lo deseo de nuevo ahora, pero enroscarnos en el lago no es realmente una opción. Sin condón o lubricante, un campo lleno de gente a menos de unas cien yardas de distancia. Muevo mi mano hasta su ingle y le doy a su erección una suave estocada mientras nuestras lenguas se enredan en un beso hambriento. Luego salto, porque su mano esta en mi parte trasera ahora, sus dedos viajando entre las mejillas de mi trasero. —Voy a follarte uno de estos días —susurra él. Sí, sé que lo hará. Sé que lo dejaré, también. Tal vez un tipo me arruinó ante la idea de tomarlo, pero con Canning, tomaré todo lo que tiene para darme. Lo tomaré por completo. Su dedo atraviesa mi agujero y yo siseo en una respiración. Jesús, había olvidado cuan sensible son todas esas terminaciones nerviosas. —Te gusta eso, ¿eh? —Gotitas se aferran a su perfecto rostro mientras me sonríe. Una sucia y hermosa sonrisa. —Mmm-hmmm. —Atasco mi lengua en su boca de nuevo, muelo mi polla contra la suya mientras él tentativamente juega con mi culo. Me besa de vuelta, solo una breve probada, antes de apartar nuestras bocas. Él está de ánimo para hablar. No, él está de ánimo para atormentar. —Tan fuerte —suspira. El ángulo solo le permite a la punta de su dedo penetrarme, pero incluso eso es lo suficientemente profundo para hacerme gemir. —A mi polla le va a gustar estar dentro de ti, Wes. —Sus labios se cierran en mi cuello, dejando codiciosos besos en mi piel mojada—. Y tú vas a estar pidiéndolo. Me estremezco. Creo que tiene razón. Cuando su dedo desaparece, lanzo un gemido de decepción. Esa fugaz broma me había encendido como nadie. 143 —Pero no esta noche —dijo decisivamente, como si estuviera llevando a cabo alguna conversación en su propia cabeza. Esa sucia sonrisa vuelve mientras se inclina para mordisquear mi mandíbula—. Esta noche, quiero que me folles. He estado pensando en eso todo el día. Gruño. —Necesitas callarte, Canning. De otra forma lo haré ahora mismo. Inclinarte sobre ese tronco de allí y tomar lo que es mío. Labios húmedos plantan un beso justo bajo mi mandíbula. —Promesas, promesas. —Entonces se desenreda de mi cuerpo y nada de espaldas como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Nadar con una erección es extremadamente difícil. Pero tal vez debería estar pensando en mi dureza como un dispositivo de flotación. O un remo. Porque Dios sabe que está lo suficiente larga y dura como para impulsar con una simple brazada a toda una jodida canoa. Nadamos lado a lado por un rato, luego flotamos sobre nuestras espaldas y miramos hacia el cielo negro como la tinta. Me rio cuando noto ambas pollas sobresaliendo como si saludaran a la luna. —¿Deberíamos hacer algo acerca de eso? —digo. Jamie se ríe entre dientes. —Sí, probablemente. Estoy muriendo por aquí. —Yo también. En un acuerdo silencioso, nadamos de vuelta a la orilla, nuestros cuerpos desnudos chorreando agua del lago sobre todo el banco de barro. Jamie se queda mirando su prístina ropa, luego dice: —A la mierda. —Él se pone sólo sus bóxers ajustados, y sostiene el resto. Hago lo mismo, y afortunadamente no encontramos a nadie en la rápida caminada de vuelta al estacionamiento. Su ropa interior es negra y mis bóxers son azul marino, así que no hay sorpresillas ocurriendo con nuestros penes, pero aun así, andar tranquilamente alrededor en nuestra ropa interior podría ser demasiado picante para el Lake Placid. Un momento después, estamos en el auto. Lo pongo en marcha y salgo de nuestro estacionamiento, tensándome cuando Jamie se extiende y acaricia mi paquete sobre mi ropa interior mojada. —No seré capaz de maneja en línea recta si sigues haciendo eso —le advierto. —Ojos en la carretera —se burla—. No te preocupes, no vamos muy lejos. Arrugo mi frente. Yo estaba pensando en manejar de vuelta a los dormitorios, pero Canning aparentemente tiene otras ideas. Hemos viajado no más que cinco minutos cuando él asiente hacia un camino de grava a nuestra derecha. —Gira allí. Una sonrisa tira de mis labios cuando me doy cuenta de lo que tiene en mente. Es uno de nuestros viejos caminos de senderismo. El área generalmente está desierta, así que por la noche allí definitivamente no estaría nadie alrededor. Estaciono en un pequeño claro de tierra cerca de la ruta, y antes de pueda si quiera apagar el motor, Jamie está subiendo a mi regazo. 144 Jamie Antes no estaba exagerando. Soy adicto a Ryan Wesley. Y ahora mismo, necesito desesperadamente un arreglo. Hace un par de semanas, follar con un hombre me hubiese asustado. Ahora es increíblemente obvio que todo sobre este chico me enciende... su voz ronca, su poderoso cuerpo, los tatuajes sobre su piel dorada. Mi boca está sobre la suya en un latido. Mi lengua en su garganta mientras me pongo a horcajadas sobre sus muslos musculados. Suspira contra mis labios. —Estás muy cachondo. Lo estoy completamente. Me empujo contra la parte baja de su cuerpo, acariciando con las palmas su ancho pecho. La pregunta ya no es de si quiero tontear con este hombre. La pregunta es cómo voy si quiera a renunciar a esto. Aunque alejo ese pensamiento, porque estoy a punto de arder. 145 Pero puede que haya sido muy precipitado con mi elección del sitio para follar, porque el asiento delantero es demasiado pequeño para acoger a dos jugadores de hockey demasiado salidos. Ya me están empezando a doler las piernas y cuando me muevo para intentar ponerme más cómodo, toco el claxon con la espalda y una ráfaga de sonido golpea el aire. Wes deja salir una risa. Luego se ríe más fuerte cuando hago otro intento de recolocarme. —¿Asiento trasero? —dice ahogadamente. Una idea mucho mejor. Salta primero, golpeándome en el rostro con las nalgas mientras se arrastra a la parte de atrás. Aterrizo sobre él con un golpe seco y ahora no paramos de reírnos. Ahí atrás es igual de apretado. No podemos ponernos de lado, así que estoy sobre él y cuando me inclino para besarlo, golpeo con la frente la manilla de la puerta. Y cuando me agarro la cabeza por la sorpresa me las arreglo para darle un codazo en el ojo. —¡Joder! —grita Wes—. ¿Estás tratando de matarme, Canning? —No, pero… —¡Aborta! —sugiere entre risas. Que le den a eso. Todo este deslizarse y maniobrar ha hecho que frote mi dolorida polla contra todo su cuerpo. Si no consigo correrme pronto, voy a volverme loco. auto. —Lo tenemos —le aseguro. Luego me siento y golpeo la cabeza contra el techo del —Ajá —comenta solemne—. Eso parece. —A los jugadores de hockey les gusta duro —argumento, estirándome hacia el asiento delantero por el pantalón corto de Wes. En el bolsillo trasero encuentro su cartera. Un segundo después le paso el condón y le ordeno—: póntelo. —Sí, entrenador. —Aún parece como si estuviese tratando de no reírse, pero ahora sus ojos grises están brillando con lujuria. Mirándonos a los ojos, se baja el calzoncillo. Me bajo el calzoncillo mientras se cubre a sí mismo, luego me inclino y lo tomo en mi boca. El sabor medicinal del látex me llena la boca, pero lo ignoro. Esta es la primera vez que el lubricante no entra en la ecuación, así que quiero asegurarme de que el condón está agradable y húmedo antes de que me atreva a montar su polla. Dios, y eso es algo que nunca me había imaginado que haría. Montar la polla de otro hombre. —Cariño. —Su voz es suave y ronca—. Me está encantando esto, pero no tienes que hacerlo. Pásame la billetera. Me dejo caer sobre el asiento delantero una vez más y se la paso. Saca otro paquete y lo abre. Este está lleno de lubricante. Un segundo después, una deliciosa mano resbaladiza sube hasta mi agujero, lo acaricia y hace que me estremezca. —Eso es práctico —jadeo. No responde Está demasiado concentrado trabajando en abrirme con los dedos. Cuando hacemos esto, siempre hay un primer momento extraño cuando me invade. Antes de que mi cuerpo entienda el chiste. Pero ahora que sé cómo funciona, ni siquiera me detiene. Estoy impaciente por ello. Y es solo un par de minutos después cuando estoy alejando la mano de Wes y me vuelvo a poner a horcajadas sobre su regazo. 146 La forma en que lo trato no se parece en nada a cómo lo hago con una mujer. Es tan fuerte y grande como yo y no me preocupa hacerle daño. Sus anchos hombros son un sitio robusto donde poner mis manos. Alzándome, espero por él. Se coloca debajo de mí y ambos suspiramos cuando me deslizo sobre su dura polla. Durante un momento no me muevo. Estamos nariz con nariz, pestañeando en el ojo del otro. Wes saca la lengua para lamerme el labio inferior. Y me hundo en su boca, metiendo la lengua. No hay mucho espacio para moverme, pero no importa. Lo monto con golpes cortos y rápidos. El ángulo es celestial, puedo empujarme sobre él simplemente cuando lo necesito. Wes me sujeta fuertemente el culo con las manos y con cada golpe, deja salir un sexy gruñido. Nuestros pechos se frotan mientras volvemos a besarnos. Mi polla está atrapada entre nuestros estómagos, mojándolos con pre-semen. Mi clímax me toma por sorpresa. Un segundo estoy luchando con Wes sobre qué lengua pertenece a qué boca. Y al siguiente estoy luchando contra la urgencia de explotar. Y pierdo. —Joder. Tengo que correrme. Wes gime en mi boca y me impulso sobre él una vez más. Entonces es cuando lo siento, el orgasmo sobre todo el cuerpo. Mis extremidades hormiguean caprichosamente mientras me hundo aún más, con el rostro descansando en el cuello de Wes. El mudo se emborrona en los bordes, pero siento cómo me corro sobre él mientras corcovea debajo de mí. Deja salir un gruñido y, a la vez, los músculos de su cuello se tensan. Luego deja caer la cabeza y tiembla mientras se corre. Después de eso, todo lo que puedo escuchar en el auto son respiraciones agitadas y latidos silenciosos. Estoy descansando sobre su pegajoso pecho, demasiado extasiado para moverme. Mueve perezosamente las manos por mi espalda. Podría acostumbrarme a esto. Realmente podría. Después de un poco, me golpea en el culo. —Levanta, cariño. No podemos quedarnos aquí para siempre. Odio la forma en que eso suena, pero es difícil discutir la verdad. Así que despego mi cuerpo satisfecho del suyo y comenzamos con el ridículo proceso de tratar de limpiarnos en un espacio diminuto sin hacernos más daño. Lo conseguimos, pero por poco. Wes y yo arrastramos nuestros agotados cuerpos fuera de la cama a la mañana siguiente y vamos a la pista, donde ya están esperando los otros entrenadores. Los padres llegan a las nueve y el primer partido está programado para las diez y Pat tiene una lista de tareas enorme. Empieza a gritar instrucciones una vez que Wes y yo llegamos al grupo, luego para de repente cuando nota el rostro de Wes. —¿Qué demonios te pasó ayer, Wes? Junto los labios, luchando contra una risa. Nuestro acto sexual circense en el auto la otra noche dejó a Wes con un bonito morado en el ojo izquierdo, cortesía de mi díscolo codo. No está negro, pero definitivamente púrpura y visiblemente hinchado. —Canning me golpeó —responde seriamente. 147 Pat pasa su mirada a mí y luego a Wes. —¿Qué hiciste para enfadarlo? Wes finge un suspiro. —¿Estás diciendo que me lo merezco, entrenador? —Estoy diciendo que eres un listillo, es un milagro que no consigas que te peguen cada día de tu vida. —Pero Pat está sonriendo mientras lo dice. Luego aplaude y vuelve a los negocios—. Tal vez ustedes chicos puedan besarse y perdonarse durante el viaje al supermercado. Les toca el asunto del hielo. Asegúrate que usas un poco en ese ojo. Siento mi cuello arder ante la mención de Pat de besarse. Entrenador, si tú supieras… Wes alza una ceja. —¿Hielo? —La máquina de la cafetería se rompió, así que necesito que vayan al supermercado y compren unas cuantas bolsas. —Ya nos está despidiendo, dirigiéndose a Georgie y Ken—: Comprueben el equipamiento, necesitamos más cascos y almohadillas del almacén por si algún padre quiere jugar un partido con nosotros después. Salimos mientras Pat aún está dando instrucciones como un sargento. Subo en el asiento del copiloto de su auto, sonriéndole mientras recuerdo las aventuras automovilísticas de la pasada noche. Lanza una mirada triste sobre el hombro. —Nunca volveré a mirar el asiento trasero del mismo modo. —Espera, ¿estás diciendo que nunca follaste en tu auto hasta ayer? —No. Tenía un auto pequeño en Northern Mass, así que normalmente llevaba las folladas a casa. O iba yo a las suyas. —Hace una pausa—. Esa era la mejor opción. Significaba que no tenía que echarlos cuando querían pasar la noche. Frunzo el ceño. —¿Nunca pasas la noche con nadie? —Él y yo hemos estado durmiendo juntos con regularidad. —No —repite. —¿Por qué no? —De repente siento curiosidad sobre su vida amorosa. No el sexo, la idea de él con otro me enferma, sino las cosa de la relación. Desde que le conozco, Wes ha estado soltero. Ahora, sabiendo que es gay, tiene sentido el por qué nunca tuvo una novia. Pero, ¿ha tenido algún novio? —No quería a nadie volviéndose demasiado encariñado conmigo —responde encogiéndose de hombros, con los ojos fijos en la carretera. La respuesta solo hace que tenga más curiosidad. —¿Siquiera te has sentido encariñado con ellos? —No. —Esta parece ser su respuesta favorita del día. —¿Has salido alguna vez con alguno? —pregunto lentamente. Se queda callado por un momento. —No —admite—. No hago la cosa de novios, Canning. Es demasiado complicado. 148 Por alguna razón, se me encoje el corazón. Quiero preguntarle qué soy yo, entonces. ¿Una follada larga? ¿Un rollo de verano? Sé que esta cosa entre nosotros estaba destinada a acabar con el tiempo, pero al menos pensé que el tiempo que estuviésemos juntos significaba algo para él. Porque significa algo para mí. No estoy seguro de qué o por qué, pero sé que esto no se trata de simplemente sexo para mí. —Y una vez que esté en Toronto, no estaré haciendo nada —comenta de modo melancólico—. El celibato va a apestar. Un sentimiento inseguro me atraviesa. —¿Hablaste con tu padre sobre lo de Sports Illustrated? —Aún no he hablado con él. Pero no voy a hacer la entrevista. No es algo en lo que esté interesado. —Rápidamente cambia de tema, como hace normalmente cuando la conversación está demasiado centrada en él—. ¿Qué hay de ti? ¿Ya compraste un billete a Detroit? Genial. Elije el único tema que no quiero discutir. —No. —Amigo, necesitas ocuparte de eso. Wes estaciona al frente del supermercado y salimos del auto. Espero que deje el tema una vez que estamos aquí, pero sigue hablando de ello mientras entramos en la tienda con aire acondicionado. —Se supone que debes presentarte allí en tres semanas —me recuerda mientras toma un carrito—. ¿Piensas alquilar una casa en los suburbios? Donde suelen vivir los jugadores en Detroit. Asiento, pensando en mi conversación con Pat. Me llevó a un lado hace unos días para decirme que estaba haciendo unos sondeos en la comunidad de entrenadores. Se supone que vamos a volver a hablar el lunes, pero aún no le he hablado a Wes de ello. Decidiendo probar las aguas, Tomo otro carrito y comento: —Honestamente, no sé cómo sentirme acerca de Detroit. Parece sobresaltado. —¿Eso qué significa? —Significa… —Tomo un respiro. Que le den. Más valdría decírselo. Nos encaminamos hacia los congeladores, en la parte de atrás y Wes escucha sin expresión mientras repito casi todo lo que le comenté a Holly… cómo no quiero jugar de suplente toda mi carrera, mi falta de entusiasmo sobre ir a Detroit, la posibilidad de ser enviado a una liga menor y ni siquiera jugar un partido profesional. La única parte que dejo fuera es que estoy pensando en tomar un trabajo como entrenador. Aún no estoy preparado para hablar de eso, especialmente cuando nada es siquiera oficial. Una vez que acabo, sigue sin decir nada. Se muerde los labios, pensativamente. Luego abre el congelador y saca una bolsa de hielo. —¿Estás considerando realmente no jugar esta temporada? —cuestiona finalmente. —Sí. —El aire frío me golpea en el rostro cuando tomo otras dos bolsas y las dejo en mi carrito—. ¿Crees que estoy mal de la cabeza por dejar pasar una oportunidad con los profesionales? —Sí y no. —Pone otra bolsa en su carrito—. Creo que todas tus preocupaciones son válidas. 149 Dejamos la conversación cuando una mujer empujando un carrito aparece por la esquina. Sus pasos vacilan cuando ve el ojo morado de Wes y luego continúa con una mirada preocupada. Wes se ríe. —Piensa que somos malos. Pongo los ojos en blanco. —Piensa que tú eres un malvado. Y debería. Yo, por otro lado, soy un santo. Resopla. —¿Debería llamarla y explicarle cómo conseguí el morado, San Jamie? Le hago un gesto y luego tomo otras dos bolsas. Empujamos nuestros carritos uno al lado del otro y deambulamos hasta la caja, nos ponemos en la cola detrás de una pareja mayor con el carrito lleno de cajas de cereal. Solo cajas de cereal y nada más. —Así que mis preocupaciones son válidas —suelto de golpe mientras esperamos nuestro turno. Asiente. —Los porteros las tienen. No puedo negar eso. —¿Pero? —Pero esta es tu única oportunidad. —Su voz se suaviza—. Si no la tomas, puedes arrepentirte el resto de tu vida. Mira, si fuese tú, puede que también estuviese cuestionando mi decisión, pero... —No, no lo harías. Te habrías presentado al segundo, incluso si eso significa pasar esperando años para un lanzamiento. —Cierto. —Descansa la frente en el carrito—. Pero eso es porque me encanta el juego. Incluso si solo consigo jugar cinco minutos toda la temporada, para mí lo vale. El hockey lo es todo para mí. ¿Pero lo es todo para mí? Estoy aún más preocupado mientras pienso en todo el trabajo duro que implica una carrera profesional de hockey. El constante entrenamiento, la dieta rígida, el duro horario. Me gusta el hockey, pero no estoy seguro de que me guste tanto como a Wes. Y si comparo el nivel de satisfacción que obtengo de parar un gol con el orgullo que siento de enseñar a alguien como Mark Killfeather a convertirse en un mejor portero, un mejor hombre… honestamente no sé cual significa más para mí. —Pienso que simplemente necesitas darle una oportunidad —afirma Wes, sacándome de mis pensamientos—. Al menos ir al campamento de entrenamiento, Canning. Qué si estás allí y de repente ellos se ponen como: “Te vamos a dar el puesto principal, chico”. Cierto, y luego volaré al trabajo con Pegaso, me hago amigo de un genio y me pagan con el oro de los duendes. Wes nota mi expresión y suspira. —Puede pasar —insiste. —Sí, tal vez —contesto evasivamente. 150 La pareja mayor aleja su carrito de cereales y Wes y yo avanzamos, cargando el hielo a la cuenta de Elite. Cinco minutos después, estamos dejando las bolsas en la camioneta de Wes. No estoy ni de cerca, de llegar a alguna conclusión sobre mi dilema y Wes parece notarlo. Apunta hacia la gasolinera, a unos quince metros del supermercado. —Vayamos por unos granizados —sugiere. —El hielo se derretirá si lo dejamos mucho tiempo en la camioneta —señalo. Pone los ojos en blanco. —Nos llevará cinco minutos. Además, la ciencia ha probado que los granizados conducen a hacer importantes decisiones vitales. —Hombre, realmente necesitas dejar de citar a la “ciencia” todo el tiempo. Riendo, cerramos el auto y hacemos el corto trayecto a la gasolinera, donde Wes toma dos copas vacías y me lleva a la zona de granizados. Llena su Copa del de sabor a cereza y luego espera. Pero no he tomado granizado en mucho tiempo y no logro decidirme. Así que pongo un poco de cada sabor en mi copa. En el mostrador, el empleado de mediana edad se ríe ante la vista de mi invento arcoíris. —Hice eso una vez —indica—. Me sentí enfermo durante días. Estás avisado, hijo. Wes se ríe. —A mi amigo le gusta un poco de todo. Lo miro de soslayo por la terrible broma. Pagamos nuestras bebidas y dejamos la tienda, pero damos apenas dos pasos cuando Wes se golpea la frente. —Olvidamos las pajitas. Espera ahí, las traeré. Mientras vuelve dentro, espero cerca de la puerta, admirando el impecable Mercedes clase-S plateado que estaciona junto a una manguera. Un hombre canoso sale del Mercedes y se acaricia la corbata plateada. Mierda, el tipo lleva un traje que probablemente cuesta más de los que mis padres ganan en un año. Dirige su mirada en mi dirección. —¿Eres el encargado? —grita. —Es auto-servicio —respondo. —Por supuesto. —Su tono es increíblemente condescendiente y hay un gesto de desprecio en su rostro mientras saca la tapa de la gasolina de su auto. Frunciendo el ceño, me aparto de Snobby McSnobbers justo cuando Wes sale por la puerta. Me pasa un pajita, frunciendo también el ceño cuando nota mi expresión. Claramente piensa que mi ceño es el resultado de mi dilema con Detroit, porque deja salir un suave suspiro. —Lo resolverás, cariño —dice suavemente—. Aún tienes tiempo. Luego se inclina hacia mí, rodeándome los hombros con un brazo. Me da un beso tranquilizador en la mejilla y todo mi cuerpo se tensa, porque Snobby McSnobbers elige ese momento exacto para mirar en nuestra dirección. La mirada en el rostro del hombre se me clava como un cuchillo. Repugnancia. Pura y maliciosa repugnancia. 151 Jesús. Nunca, nadie me ha mirado antes así. Como si fuese un cacho de mierda de perro en la que han tenido la desgracia de pisar. Como si quisiese borrar toda mi existencia de la faz de la tierra. A mi lado, Wes se tensa. Se acaba de dar cuenta de que estamos siendo observados. No, de que estamos siendo juzgados. —¿Conoces a ese tipo? —pregunta con cautela. —No. —Parece familiar. ¿Lo hace? Estoy demasiado centrado en su expresión para saberlo. —Ignórale —murmura Wes, dando un paso hacia el auto. Mi respiración es temblorosa mientras le sigo. A menos que rodeemos toda la gasolinera para volver a nuestro auto, lo que estoy increíblemente tentado a hacer ahora mismo, no tenemos otra opción que pasar al lado del Mercedes. Mientras nos acercamos al hombre trajeado, me encuentro alentándome del modo que lo hago en el hielo antes de que un disco se dirija a mí. Estoy en modo de defensa, preparado a defenderme a toda costa, incluso aunque sé que estoy siendo ridículo. Este hombre no va a atacarme. No va a... —Putos maricas —murmura mientras pasamos. Esas dos palabras son como un golpe en el estómago. Desde la esquina del ojo veo a Wes estremecerse, pero no dice una palabra. Sigue caminando y lucho por devolverle su enérgico golpe. —Lo siento —dice cuando alcanzamos el auto. —No hay nada que sentir, hombre. Pero no puedo negar que estoy conmocionado. Esa burbuja en la que Wes y yo hemos estado viviendo todo el verano simplemente ha estallado. Si de algún modo, nos las arreglamos para seguir viéndonos después del campamento, puedo encontrarme este tipo de mierda todo el tiempo. Increíble. —Las personas son una mierda. —Su tono es amable mientras entramos en el auto— . No todos, sino algunos. Me tiembla la mano mientras pongo mi granizado en el posavasos. —¿Esto te pasa mucho? —No a menudo. Pero pasa. —Alcanza mi mano y sé que la siente temblar mientras entrelaza nuestros dedos—. Apesta, Canning. No digo que no. Pero no puedes dejar que los mierdas como esos te afecten. Que les jodan, ¿bien? Aprieto mi agarre en su mano. —Que les jodan —concuerdo. Aunque la vuelta a la pista es en silencio. No decimos mucho mientras llevamos el hielo a la cafetería. Realmente desearía poder borrar ese comentario intolerante, esa mirada, pero permanece conmigo. Me corroe. Y al mismo tiempo, siento estallido de orgullo por Wes. No, es impresionante, porque implica una inquebrantable gran fortaleza sobre su sexualidad. Sus propios padres se niegan a aceptarlo y ni siquiera eso lo oprime. 152 —¡Entrenador Canning, Entrenador Wesley! —grita Davies cuando Wes y yo llegamos a la pista—. Vengan a conocer a mi padre. Las escaleras frontales están llenos de adolescentes y sus padres, que están entusiasmados de conocer a los entrenadores que están acicalando a sus hijos en campeones. Shen está en el medio de una animada conversación con sus padres, sonriendo frenéticamente mientras habla sobre su progreso. Alejado un par de metros, Killfeather está de pie solo, mordiéndose el labio inferior mientras mira alrededor. Wes y yo acabamos de alcanzar a Davies y sus padres cuando un destello plateado aparece en mi visión periférica. Giro la cabeza y se me cae el alma a los pies, cuando el Mercedes de la gasolinera de repente estaciona en el bordillo. Noto que Killfeather se acerca, ahora más intranquilo. Se abre la puerta del conductor. El intolerante sale del auto y se dirige a Killfeather con voz enfadada: —¿No hay ningún estacionamiento cerca? Mi portero traga saliva visiblemente. —No. Solo el que hay detrás del edificio. —Entonces dejaré aquí el auto. —Es una boca de incendios —protesta Killfeather—. Simplemente déjalo en el estacionamiento, papá. Por favor. Oh mierda. ¿Papá? El pavor llena mi estómago al mismo tiempo que Killfeather Señor nota mi presencia. Gira la cabeza con brusquedad, esos ojos oscuros aterrizando en mí. Luego en Wes. Mientras curva los labios con una mueca de desprecio, un único pensamiento corre por mi cabeza. Joder. Wes Maldición. Sabía que el cabrón en la gasolinera lucía familiar. Aguanto la respiración mientras mi mirada se bloquea con la del hombre en la cuneta. Pero el señor Killfucker no me deja contenerlo por mucho. —De ninguna jodida manera —escupe—. De ninguna jodida manera. ¿Dónde está Pat? —Aquí —dice una calmada voz. Pat aparece en la entrada abierta, un fruncimiento tocando sus labios—. ¿Hay algún problema? —Tienes malditamente razón en que lo hay. ¿Esto es lo que me costó miles? ¿Estoy pagando a un par de pervertidos para que pasen cada día con mi hijo? Esto es una jodida mierda. 153 Cabezas se giran más rápido que los espectadores de Wimbledon. Y cuando miro, el rostro de Pat palidece. Sus ojos rebotan hacia mí por una fracción de segundo y mi corazón se hunde. Voy a ser una carga aquí. Un jodido cráter para Pat y su negocio. Killfucker nota también toda la atención que se está ganando de los padres. —No me voy a quedar tranquilo sobre esto. Lo que da pie a que su hijo se implique. —¡Papá! —grita el niño—. ¿Qué demonios estás diciendo? La mandíbula de Pat se endurece hasta que parece un bloque de granito. —Necesita seguirme, señor. Si va a difamar a mis entrenadores vinculados con la NHL, puede hacerlo en la privacidad de mi oficina. —Se gira y desaparece en el edificio. Espero hasta que Killfucker me pase. En su camino a las escaleras, me dirige una mirada fulminante y malvada. Entonces lo sigo adentro. Justo detrás de mí está Jamie, cabizbajo. —Voy a oír lo que tiene que decir —susurro—. Pero no tienes que venir. Jamie me mira exasperado y me sigue de todas maneras. Puta mierda. Acabo de joder el último verano de Jamie en Elites. ¿El trabajo que ama tanto? Boicoteado por este servidor. Va a lamentar el día que me conoció. Un momento después, los cuatro nos reunimos en la pequeña oficina de Pat y cierro la puerta de golpe. Killfucker obviamente sabe no vacilar antes de tomar un disparo. Habla antes de que Pat pueda hacerlo primero. —No intente decirme que no sabía sobre estos dos. ¿Cómo coño puede contratarlos para trabajar con adolescentes influenciables? Pat respira profundamente, pero su rostro está rojo. —No tengo ni idea de qué le puso así. ¿Alguien quiere decirme? Jamie abre su boca para hablar, pero alzo una mano. Puedo sentir cómo tiemblo de ira, pero mi voz suena razonablemente firme. —Vamos a dejar que el señor Killfeather le diga al entrenador Pat exactamente lo que vio. — Me giro hacia Killfucker—. Y no te calles nada, hombre. Dile cada detalle. Ese bloqueo funciona, porque Killfucker empieza a parecer incómodo. Simplemente he usado su propia homofobia contra él. Ni siquiera puede hacer que las palabras salgan, está tan disgustado. —Ellos… —Aclara su garganta y me señala—. Lo besó. Y ahora tengo que darle crédito a Pat. Hay un destello de sorpresa en su rostro, pero desaparece en un nanosegundo después. Insisto de nuevo antes de que Pat tenga la oportunidad. —Esa no es una descripción lo bastantemente buena, hombre. ¿Qué más viste? Estoy esperando para oír la perversión. Killfucker niega. 154 —Eso fue suficiente, confía en mí. —¿De verdad? —gruñí—. ¿Dónde besé al entrenador Canning? Claramente encuentra mi ofensivo juego exasperante, así que sé que voy por buen camino. —¡En la gasolinera! —¿En qué parte de su cuerpo, amigo? —Entonces casi suelto una risita, porque ahora hay una vena palpitante en el centro de la frente de Killfucker. —Uh, aquí —dice, apuntando hacia su mejilla—. Pero ese no es el punto. Sigo presionando. —Oh, ¿en serio? Porque pensé que ese era exactamente el problema. He conocido a Jamie desde siempre y simplemente me contó algo importante de su carrera y lo abracé. Con un brazo. No escatimes en los detalles, ¿está bien? Consolé a mi amigo con todo ese cruento detalle… mitad de un abrazo y un beso en la mejilla. Ponme las esposas, ¿por qué no? — Extiendo mis muñecas. Killfucker está a punto de explotar. —Pero vi… Pensé que ustedes dos claramente… Pat interviene ahora: —Realmente no importa lo que pensase. ¿Este es su gran problema? ¿Un momento privado entre amigos apto para todos los públicos? —Amigos que… —¡Eso no es su asunto! —grita Pat—. Ni mío tampoco. Nunca he visto a mis entrenadores haciendo nada inapropiado. Ellos son muy profesionales en esta pista de hielo. Y para eso es para lo que paga, señor. —¡No! —argumenta—. Estoy pagando por un buen criterio y le voy a decir a todo el mundo que esté dispuesto a escuchar que no restringe a sus empleados. Sólo está esperando un desastre, de todos modos. Estos dos causan un revuelo… Pat lo corta: —El único revuelo que el entrenador Canning causó fue el día en que su novia se presentó en la pista de hielo. Y su hijo hizo un comentario inapropiado sobre su anatomía. Killfucker se queda boquiabierto. —Entonces es peor de lo que sabe, entrenador, porque el señor Canning aquí obviamente es promiscuo. Porque sé lo que vi. Y mi hijo y yo estamos fuera de aquí. Mierda. Pobre Killfeather. Tiene un imbécil por padre, ¿y lo saca del campamento? El rostro de Pat es de piedra. —Es libre de hacer lo que quiera. Pero si difama a mis entrenadores con alguien no lo voy a tomar sin protestar. —No como ellos hacen, ¿eh? Después de tener la última palabra, Killfucker se va. La oficina permanece en un silencio ensordecedor. El único sonido es el alto suspiro de Pat, hasta que Jamie trata de decir algo. —Entrenador, yo… 155 Pat alza una mano. —Dame un momento para pensar. Escarmentado, Jamie se queda en silencio otra vez. No mira hacia mí, sin embrago, y desearía que lo hiciera. —Bien —dice el entrenador—. Pueden dirigirse a su habitación, les enviaré un mensaje cuando sea obvio cómo va a jugar con esto ese malnacido. Y me quiero disculpar, Jamie, por sacar a colación a tu amiga… —No es necesario —dice rápidamente. Pero Pat niega. —No. ¡No debería importar! Me importan dos mierdas si tienes novia o no. Pero lo dejé aturdirme. El hecho es que esta situación me tomó por completo por sorpresa, lo que sólo significa que el comportamiento de los dos ha sido impecable. Ahora eso no es verdad. Es bueno que el entrenador Pat no nos siguiera cuando nadamos desnudos y follamos en el auto. —He dirigido este campamento durante veinte años —añade, turnándose para mirarnos a los ojos—. Ha habido momentos cuando les he pedido a los empleamos más discreción. Pero ese no es el caso aquí. Y ahora Jamie está del color del tomate. Parece como si felizmente activara una trampilla en la oficina de Pat. Mi puño finalmente se relaja. —¿Pat? Me disculpo si te compliqué el día, pero no voy a subir a esperar tu mensaje. Se supone que estemos en la línea de ataque, ¿verdad? No huyo. Mi vida privada es mi asunto. No muchas personas saben sobre mi secreto. Pero si algún idiota decide confrontarme, nunca lo evado. Eso sólo luce débil. Tengo todo el derecho de estar aquí. Tengo todo el derecho de entrenar a esos chicos. Pat pellizca el puente de su nariz. —Claro que lo tienes. Sólo estaba tratando de protegerte de cualquier mierda ignorante más. Saca tus patines, entonces. Que le jodan. 156 Jamie Quizás eso me hace una niñita, pero tomé la oferta de Pat sobre sentarme fuera de la línea de ataque. No le tengo miedo al padre de Killfeather. Y no tengo miedo de tener gente susurrando sobre mí. Sino que estoy triste. Y no quiero mostrarlo. Antes de hoy realmente no entendía en contra de lo que estaba Wes. Nunca escuché a nadie vociferando por ser homofóbico excepto en las películas. No sabía que ese único hombre con un auto de cientos de miles pudiera causar tanto caos. Desde que se supone que todos estén en la pista de hielo, el segundo piso del dormitorio se oye desierto mientras giro mi llave en la cerradura. Dentro, me extiendo en mi cama. Triste como estoy, puedo al menos tomar un revolcón en el corazón de esta experiencia. Una pieza de reconocimiento con la que había estado siendo reacio a darle una etiqueta. 157 Soy… bisexual. Sí, lo sé, no es exactamente una retorcida revelación destruye-mentes de M. Night Shyamalan9, pero es la primera vez que le permití a la palabra echar raíces en mi conciencia. Soy bisexual y no es sólo una conexión física lo que siento por Wes. También puedo verme en una relación con él. Puedo verme siendo feliz con él y nunca sintiendo como si hubiera cosas que faltaban. Tengo la idea de que puedo conseguir un trabajo cerca de Toronto. Así Wes y yo podemos mantener… lo que sea que somos el uno para el otro. Pero eso no va a pasar. Wes me dijo que me valla a Detroit. Me necesita para quedarme a cuatro horas de distancia. Solo tenemos el verano, dijo la noche que peleamos. Eso es todo lo que vamos que tener. Un tiempo después escucho una conmoción en el pasillo. El lugar hace eco, así que aunque la habitación de Killfeather está el extremo opuesto del edificio es fácil escucharlo. —No quiero irme —grita antes de que la puerta se abra con fuerza. —Vas a poner tu culo en mi auto ahora mismo. —No puedes obligarme. —El niño estaba poniendo su mejor esfuerzo en la resistencia. Pero sé muy bien quién siempre gana estas peleas. La voz que le responde es suave y dura. —Si no estás en el auto en sesenta segundos, no estarás jugando en el torneo del Día del trabajo este año. Auch. Pégale al niño donde le duele, ¿no? Manoj Nelliyattu Shyamalan, conocido como M. Night Shyamalan, es un director de cine y guionista indio nominado al premio Óscar. 9 Oigo lo inevitable, el sonido de una maleta rodando a través de las losas y pies en las escaleras. Cuando doy una mirada fuera de la ventana un minuto más tarde, veo a mi portero encorvándose hacia el asiento del pasajero, y a su padre cargando la maleta en el maletero. Ese idiota ni siquiera tomó un boleto para el estacionamiento en el carril de bomberos. Se pierden un minuto más tarde, y ese es el final de los Killfeathers, ambos, el joven y el mayor. Vuelo hacia la parrillada, también. Desde que me perdí la línea de ataque, Pat realmente no me necesita, y uso el tiempo para reagruparme. Necesito enfrentar el hecho que el verano va a terminar pronto. Así que llamo a mi mamá al teléfono de su trabajo, el mismo que siempre está manchado de barro. —Hola, bebé —chilla cuando contesta—. ¿Me estas llamando para decirme que vuelves a casa? —La mujer siempre va al grano. Con seis hijos, siempre lo ha tenido que hacer. No hay suficientes horas en el día para una corta conservación. —Lo estoy, para lo que importa. El entrenador Pat no me ha remplazado aún, pero le voy a decir que necesito esa semana fuera. —Excelente —dice en el mismo tono de voz que reserva para una buena noticia—. Necesitamos verte antes de que te unas a la NHL. Mientras aún mantienes tus dientes. —Eso es tan inspirador. —Me quejo. 158 —No sé por qué mis chicos escogieron carreras peligrosas —dice—. Siempre le digo a tu hermano que se asegure de visitarme mientras aún mantiene todos sus órganos vitales. Mi hermano es un policía. —Asqueroso, madre. Y Scott nunca ha utilizado su arma en la línea de labor. —Ciertamente, las facturas no son el mayor problema ahora mismo. —Me llena con los hechos de que mi hermano se ha mudado otra vez a casa por un tiempo. Es el único al que su novia lo ha botado recientemente. Y ya que vivían juntos, necesita un sitio temporal. —¿Así que está en su antigua habitación? —pregunto, tratando de imaginármelo. Scott tiene veintiocho años. —Lo está, pero raramente. Toma muchos turnos extras recientemente. Creo que está tratando de mantenerse ocupado. —Auch —

murmuro. —James. —Mi madre dice rápidamente—. ¿Por qué estas azul? —No lo estoy. —Trato. Pero la mierda de mi madre es imposible. No crías seis hijos si tener habilidades perceptivas agudas. Chasquea su lengua. —Si tú lo dices. Pero voy a tomar una buena mirada a ti más tarde este mes, jovencito. Voy a hacer lasaña y sostenerla bajo tu nariz mientras te interrogo. eso. La lasaña de mamá es malditamente buena. Probablemente voy a confesar todo si hace —No puedo esperar —le digo de verdad. Casa suena muy bien ahora mismo. —Te amo, niño Jamie —dice—. Compra tu boleto de avión. —Lo haré. Hablar con mamá mejoró mi humor. Así que salgo y me consiento a mí mismo con una hamburguesa de queso y tocino en el bar de Maine Street. Mientras como, miro a los Red Sox perder, y pienso en Wes. Él está en la parrillada ahora mismo, donde los padres están probablemente interrogándolo sobre el proceso de reclutamiento de la NHL. Y es el mejor hombre para contestar sus preguntas. Eso no me amenaza, sólo es un hecho. Wes siempre quiso jugar en la NHL. Fue la primera cosa que me dijo sobre sí mismo cuando éramos adolescentes. ¿Yo? Escogí el hockey porque mis hermanos habían roto cada record de fútbol que se ha tomado en nuestra escuela superior. Amo el hockey. Pero no puedo decir que lo amo más de lo que Wes lo hace. Porque nadie ama el hockey más que él. Cuando estoy de vuelta en el dormitorio, el lugar sigue vacío. Me cepillo los dientes, saco una novela militar que me compré para el campamento y no había tenido tiempo de leer. Me deslizo en la cama en ropa interior. Quizás Wes pueda venir a casa de ánimo para quemar algo de tensión. Me quedo dormido con el libro en mi pecho. Algo de tiempo después me despierto con el sonido de la llave girando en la cerradura. Borrosamente, parpadeo hacia Wes mientras camina hacia mi cama. —¿Cómo estuvo? —Mi voz está ronca por el sueño. Wes no me responde. Pero quita el libro y lo pone en el suelo. —¿Estás bien? 159 Sigue silencioso, pero no se ve raro. Porque se está posando a un lado de mi cama ahora, solo admirándome. Levantando una mano, empuja todo mi cabello fuera de mi frente. Se dobla y me besa en la mejilla que había causado todo el problema temprano. Exactamente en el mismo lugar. El roce de sus labios me hace temblar y me inclino por más. Labios suaves continúan presionando besos en mi cara. En mi cuello. Su gentileza se siente poco familiar para mí ahora. Y el contraste entre el tamaño y la fuerza de este hombre y la suavidad de su toque pone la piel de gallina en mi pecho. Una cálida mano aterriza en la unión entre mis piernas, levantando la delgada tela de mi ropa interior. La suave presión me estimula a rodar mis caderas en su mano. Una pequeña fricción podría sentirse terrible ahora mismo. Pero todo lo que tengo es un suave movimiento circular de sus pulgares cruzando mi ingle. Aparentemente Wes está de humor para torturarme amablemente. Y estoy de humor para dejarlo. Hundiéndome en mi cama, cierro mis ojos mientras me moja con suaves besos y toques incluso más suaves. Cuando me estiro pongo mis manos en su pecho, me corrige, gentilmente moviendo mis manos otra vez en el colchón. —Bien. Se de esa forma —me quejo. Ni siquiera se ríe. En vez de eso, apaga mi lámpara y empieza a quitar su ropa. Cada pieza. Me acuesto ahí mientras mis ojos crecen acostumbrándose a la oscuridad, admirando cada pulgada nuevamente expuesta de su suave piel y fuertes músculos. Una impresionante erección se mece contra su estómago. Quiero sentarme y tomarlo en mi boca, pero espero perezosamente en su lugar. Cualquier cosa que Wes haya planeado, estoy bastante seguro que lo voy a disfrutar. Está inclinado encima de mí, besando la línea de mi piel expuesta entre mi camisa y mi bóxer. —Mmm —suspiro. Estoy tan duro, y realmente no me ha tocado aún. Sus manos se deslizan dentro del elástico de mis pantalones cortos y levanto mis caderas. Whoosh, me voy a venir. El segundo siguiente, pone su mano a través de mi boca y entonces introduce mi polla profundamente en su garganta de un solo golpe. El calor y el placer es tan veloz y sorprendente que es un milagro que no esté mordiendo su mano. Wes me trabaja con su ansiosa boca, mientras mi estómago tiembla y mis caderas se mueven. Jesucristo. Sé que necesitamos estar en absoluto silencio, pero puede que no sobreviva. Para el momento en que me suelta en un pop, estoy temblando por todos lados. Wes desaparece de mi línea de visión por un momento. Cuando regresa con un condón y una botella de lubricante, suspiro de alivio. Me ofrece una mano, la tomo, dejándolo ponerme en una posición sentada, así puede quitarme la camisa. Entonces se sienta a horcadas en mis muslos, agachándose sobre sus rodillas. Por primera vez desde que entró a la habitación, nos estamos besando realmente. Y estoy tan hambriento por eso. Toda la suavidad de hace unos minutos se desvanece como vapor, dejando un rastro de fuego en su estela. Estos besos son duros y fundidos. Capturo la lengua de Wes y la succiono con fuerza. Gime, el primer sonido real que he escuchado de él esta noche, y trago el sonido en mi ansiosa garganta. En sus rodillas, rueda suavemente contra mi cuerpo, nuestros pechos sacudiéndose y nuestras pollas adoloridas. Tan bueno. 160 Eventualmente se sienta un poco, rompiendo nuestro beso. Me estiro para tomar el condón, esperando avanzar. Pero lo toma de mi mano, rasgando el paquete. En lugar de cubrirse a sí mismo, lo baja y lo enrolla en mi polla. Mi respiración se detiene en mi pecho. —¿En serio? Wes me besa en lugar de responderme. Otro embrollo de lengua abrasador. Entonces abre el lubricante y aplica un poco en su propia mano. Se estira hacia su espalda, una expresión seria en su cara. Puedo decir cuando se penetra a sí mismo, porque muerde su labio. —Déjame hacer eso para ti —susurro. Lubrico mi mano y la llevo entre sus piernas. Wes pone sus puños en la cama e inclina su cuerpo, besando mi mandíbula. Acaricio su hueco y suspira en mi oído. Cuando toco su arruga, descansa su cabeza en mi hombro. —Eso es —digo suavemente. Cuando lo penetro, se congela por un segundo. Entonces lo escucho tomar una respiración profunda y lo siento relajarse. Es caliente y apretado y nada como lo que he sentido antes. Me acomodo dentro. Él alterna entre resistirse y luego relajarse. Me detengo para aplicar una ridícula cantidad de lubricante en mi mano. Y ahora soy capaz de alcanzar su sitio. Muevo mi dedo con movimiento de señas, y tiembla contra mi cuerpo. fuera. La cara de Wes continúa enterrada en mi cuello. Me gusta ahí. Desearía que nunca se Wes Estoy en apuros. Aparentemente, ese es el tema de hoy: en apuros por completo. Pero este es un apuro que he elegido. Dejar a otro hombre en mi cuerpo no es fácil para mí. No sé por qué. No lo es. Sin embargo, quiero. Cada vez que me tenso contra la intromisión, me digo a mí mismo lo mismo: es Jamie. Está bien. Y entonces soy capaz de relajarme. Jamie lo está haciendo lentamente. Me lee como un portero talentoso haría. Es firme y gentil en esto como en todo. Joder, lo quiero tanto. Hoy era otro recuerdo de cómo eran las cosas. La primera vez que toqué a Jamie, pretendí que le estaba dando algo cuando en realidad lo estaba tomando. Él me perdonó, por supuesto. Desafortunadamente, este verano ha sido más de lo mismo. Le doy mi afecto. Y de vuelta, lo pongo a merced de imbéciles como Killfucker. 161 Hoy Jamie perdió a su jugador estrella. Probablemente no volverá a ver a ese chico otra vez. Y es todo culpa mía. La mano libre de Jamie calienta mi espalda mientras la otra me prepara. —Nene —susurra—. ¿Puedes tomar más? Asiento en su cuello. Un segundo dedo se une al primero. Al principio lucho contra la quemadura. Es Jamie. Está bien. Otra respiración profunda y me relajo. —Eso es —insta—. Quiero que me montes, ¿está bien? Y cuando te corras, quiero que lo hagas por todo mi pecho. Un rayo de deseo se apresura por mi espalda. Presiono hacia sus dedos, y soy recompensado con una caricia contra mi próstata. Sí. La chispa de placer me hace temblar, y puedo sentir la sonrisa de Jamie contra mi mejilla. Después de unos minutos, consigue los tres dedos. Y empiezo a montar su mano en pequeños empujes. Murmura ánimos mientras le pido a mi cuerpo que se estire un poco más. Han pasado años desde que intenté esto. Estaba esperando que fuera fácil, pero como todo lo demás en mi vida, tenía que trabajar para eso. Pero lo hago. Y eso me deja con otra razón para apreciar a Jamie. Mi querido hombre de gran corazón. Él hace esto para mí, y lo hace parecer fácil. Es increíble. Me siento un poco más recto, besándolo fuerte para dejarle saber que estoy listo. La boca de Jamie me da la bienvenida. Tomo unos pocos sorbos exquisitos de él. Para dar valor. Entonces me levanto sobre mis rodillas, preparándome para él. Jamie se ajusta así está apoyado en el cabecero de la cama, las almohadas en su espalda. Pone un poco de lubricante en su polla, y la vista de él acariciándose hace mi boca agua. Se posiciona debajo de mí. Justo entonces, con esos ojos marrones mirando, llenos de lujuria por mí, él es lo más sexy que he visto nunca. Así que lo hago. Me hundo en su polla. La boca de Jamie se abre en un gemido silencioso, y esos ojos hermosos se entrecierran. La quemadura vuelve, pero no es algo que no pueda aguantar. Me doy un minuto para ajustarme, y uso ese minuto para tomar el rostro hermoso de Jamie entre mis manos. Por un segundo solo admiro la vista. Está sonrojado y despeinado por el sexo, ardiendo de excitación. Vine a Lake Placid esperando que todavía pudiéramos ser amigos. Conseguí mucho más que eso, Y estoy muy agradecido. El beso que le doy intenta dejarle saber eso. Está casi gimoteando ahora en mi boca, así que tal vez me oiga. Le doy a mis caderas un empujón experimental, y me gusta el resultado. Así que me agarro a los hombros de Jamie y empiezo lentamente a follarme con él. Muevo mis caderas hasta que el ángulo es el correcto. Y cuando lo hago, es milagroso. El placer pulsa por mi cuerpo cada vez que empujo. Es muy, muy bueno. Debajo de mí, Jamie toma mi pene lloroso en su mano. Sus labios se separan, y su garganta trabaja. Lo veo deseoso donde sea que lo mire. En su mandíbula y en la onda de su antebrazo mientras me acelera. Lame sus labios. —Si te corres, me llevarás contigo. 162 Ahora que lo dijo, de verdad quiero correrme. Cerrando mis ojos, ralentizo mi ritmo y me concentro en el placer de cada golpe. Dentro y fuera se mezclan juntos. Sólo está la oleada de felicidad que recibo de él. Cuando abro mis ojos de nuevo, es la expresión de Jamie la que finalmente me lleva ahí. Es una mezcla de deseo y asombro tan potente que me siento volcar sobre el borde. —Jamie —jadeo, persiguiendo la sensación. Inclinándome hacia ella. Me corro y él se estremece debajo de mí. Colapso en su pecho hecho un desastre antes de que acabe. Mis labios aterrizan en su oreja y gimo mientras mi culo se tensa alrededor de su polla. —Jesús —susurra. Estoy de acuerdo. Envuelvo mis brazos a su alrededor y aguanto tanto como me atrevo. Honestamente no sé cómo lo dejaré cuando acabe el verano. Jamie El campamento casi ha acabado. En serio, estas últimas cinco semanas han pasado volando. Y ahora solo queda una semana y no puedo hacerme a la idea. Supongo que el tiempo vuela cuando estás jugando hockey cada día y echando un polvo cada noche. A medida que el entrenamiento de la tarde termina, los chicos están de muy buen humor. Corrijo, los jugadores ofensivos están de muy buen humor. Mis porteros, por otra parte, están muy gruñones. Era un juego de alta puntuación para ambas partes, y no había nada que parase los progresos de Wes hoy. La ausencia de Killfeather definitivamente se nota. De verdad tenía talento. Tiene, me corrijo, porque no es como si estuviera muerto. Su padre homofóbico decidió quitar a su hijo en uno de los centros de capacitación más prestigioso de todo el país era un buen movimiento. Ya sabes, porque la Elite se arrastra con los pervertidos. Idiota. Patino hacia la red, donde mi portero de quince años se detiene, ceñudo mientras se quita el casco. 163 —Fui una mierda hoy —me informa Brighton. —Tuviste un mal día —le digo con una sonrisa—. Pero no fuiste una mierda. Paraste más de los que dejaste entrar. —Dejé entrar siete. —Pasa, chico. Lo hiciste todo bien. —No estoy mintiendo, Brighton prestaba atención a cada consejo que le di hoy. Solo pasó que los consejos de Wes a sus delanteros fueron mejores. Hago sonar mi silbato para hacerle señas al otro portero, quien se ve igualmente abatido mientras patina hacia nosotros. —Jugué como... —Déjame adivinar, ¿una mierda? —Corto, sonriéndole a Bradowski—. Sí, Brighton y yo acabamos de pasar por eso. Pero ustedes jugaron duro hoy, y jugaste bien. No quiero que vuelvan a las habitaciones y estén de mal humor toda la noche. ¿Bien? —Bien —dicen al unísono, pero no suena muy convincente. Suspiro. —Míralo de esta manera. Brighton, dejaste pasar siete de... —Llamo a Georgie y patina hacia nosotros—. ¿Cuántos tiros hicieron los chicos de Wes? —Treinta y cinco —dice de vuelta sin parar. —Siete de treinta y cinco —le digo a Brighton. Hago unas mates rápidas—. Ese es el veinte por ciento. Y Bradowski, ocho te pasaron, pero paraste tantos como Brighton. No es una estadística horrible. —Me río—. El entrenador Wesley y yo solíamos retarnos el uno al otro a penaltis todo el tiempo cuando entrenábamos aquí. Había días en los que me dispararía cinco y cada uno marcaría. Los oídos de Wes deben estar pitando, porque de repente aparece detrás de mí. —¿Está todo bien aquí? —Síp. Estaba diciéndoles a los chicos como solías patearme el culo en los penaltis. Cuando sus cejas se disparan, me doy cuenta de que está pensando en la última vez que nos enfrentamos. Increíble. Ahora también estoy pensando en eso, y espero que los chicos no vean el sonrojo en mis mejillas. —Sí, Canning no soportaba una contra mí —dice Wes, recuperándose rápidamente— . En realidad en ambos lados de la portería. No importaba si estaba con el stick o si tenía el equipo de portero, él perdía cada vez. Entrecierro mis ojos. —Mierd...eh, tonterías. ¿Estás olvidando quién ganó la última vez? Tengo que darle crédito a Wes, ni siquiera parpadea esta vez, incluso cuando ambos sabemos cómo acabó el último penalti. Los chicos se ríen. —Revancha —deja escapar Brighton Los ojos de Bradowski se iluminan. —¡Mierda! ¡Sí! 164 Wes y yo intercambiamos una mirada. Realmente deberíamos apresurar a los chicos a las duchas, así no llegarán tarde a la cena, pero los chicos no van a hacerlo. Bradoski y Brighton ya están zumbando, llamando a los adolescentes quienes todavía no están. —El entrenador Wesley y el entrenador Canning están teniendo penaltis. Bueno, entonces. Supongo que vamos a tener penaltis. Wes me guiña y dice: —¿Mismas reglas? —Ahí le has dado. Ambos sonreímos a la elección de mis palabras. Diez minutos después estamos vestidos y en posición. Nuestro público ha crecido, incluso los entrenadores están reunidos, incluido Pat, estoy llevando todo el relleno porque no hay manera de que me deje desprotegido mientras el nuevo delantero de Toronto me lance balas. Wes muestra sus movimientos llamativos mientras patina hacia la línea azul, luego para y me mira. El brillo malicioso en sus ojos hace que mi pulso se acelere. Prácticamente puedo oír su burla muda, prepárate para chupármela, Canning. Respiro profundamente y golpeo el stick contra el hielo. Suena un silbato, y entonces Wes viene disparado hacia mí. Un lanzamiento a la velocidad del rayo y una ovación suena en el rink. Gol. Mierda. Hoy no está de bromas, lo menosprecio y me enfoco, defendiendo contra sus dos próximos lanzamientos, y ganándome mi propia ovación entre la multitud. Wes me sonríe y se alinea para el siguiente disco. —¿Preparado para esto? El imbécil acaba de repetir las mismas palabras que me dijo la última noche justo antes de que metiera su polla en mi culo. Todo sobre juegos mentales, mi novio. Espera, ¿qué? El disco vuela pasándome y ni si quiera tengo una oportunidad, porque mi cerebro todavía está atrapado en el último pensamiento. ¿Mi novio? Pensé que me resignaría al hecho de que no íbamos a estar juntos. ¿Y ahora estoy pensando en él como mi novio? Me encojo de las telarañas de la cabeza y me obligo a concentrarme en la defensa de la red. Cuando mi guante se traga el último disco, respiro de alivio. Yo sólo dejo en dos. Lo que significa que necesito para anotar en él dos veces para empatar, tres para la victoria. Teniendo en cuenta que es ni de lejos tan bueno como yo en el pliegue, ya puedo saborear la victoria. Pero se ve demasiado cómodo en frente de esa red. Sus ojos grises se burlan de mí detrás de esa máscara, y cuando dice: —Muéstrame lo que conseguiste. —Hay una burla en su voz. Bastardo engreído, cree que de verdad puede pararme. Joder. Y el bastardo lo hace. Mi primer lanzamiento aterriza en su guante. Aprieto los dientes para intentar sacarlo con el siguiente intento, pero su mirada como un halcón no es tonta. Para este con sus almohadillas, el siguiente con su stick. Mierda. Necesito los siguientes dos para empatar. Los chicos gritan en deleite cuando mi cuarto lanzamiento es fructífero. Vuela pasando el hombro de Wes y golpea la red. —Último tiro —dice con una voz melodiosa—. Vas a joderlo totalmente, Canning. 165 Sé exactamente de qué tipo de joder está hablando. Brighton simula tocar los tambores golpeando sus manos contra el tablero y los otros chicos rápidamente le siguen. El ritmo coincide con el golpeteo de mi corazón. Respiro y entonces patino hacia delante. Echo mi brazo hacia atrás, y libero mi lanzamiento. El disco sisea en el aire. Pierdo. Los chicos se vuelven locos cuando Wes deja la red y patina de arriba abajo por los tableros para aceptar sus choques. Lo observo sospechando, preguntándome cuando se había vuelto tan bueno defendiendo contra el disco. Hace cuatro años era un inepto. Alejando el pensamiento, acepto las condolencias de mis porteros, quien en realidad se ven agradecidos porque haya perdido, supongo que les hice darse cuenta de que incluso los mejores porteros la joden a veces. Mientras los chicos desfilan hacia las taquillas, Wes patina hacia mí y alza una ceja. —O estás aflojando con tus tiros, o me dejaste ganar. —No te dejé ganar —digo entre dientes. Excepto que es entonces cuando se me ocurre algo. El último penalti antes de la universidad... ¿Me dejó ganar? Porque el chico que vi hoy en la red no era el que vi hace cuatro años. Estoy por preguntarle cuando Pat interrumpe. —Canning —dice, apareciendo cerca de la valla—. Tenemos que hablar. Wes pone una mano sobre mi hombro. —Te veré en el cenador. Patinamos en direcciones opuestas, pero Pat no habla hasta que Wes está fuera del alcance auditivo. —Recibí una llamada de un amigo en Toronto esta mañana. —Como siempre, Pat va directo al punto. Me tenso. —¿Sobre la posibilidad de que entrene? Asiente. —Mi colega es Rodeny Davenport. Esta con la OHL, entrena uno de los equipos junior A en la liga. Está en Otawa, pero es cercano al entrenador jefe en el equipo de Toronto, Bill Braddock. Habló con él en tu nombre. Me sorprendo. —¿Lo hizo? —Le dije a Davenport todo sobre ti. —Pat se encoge de hombros—. Has conseguido una entrevista en Toronto el día veintiocho. mí. —¿Lo hago? —Estoy confundido. Una parte de mí no esperaba que Pat viniera por —Es una posición de entrenador asistente, coordinador defensivo para los mayores del equipo junior, así que estarías trabajando con chicos de dieciséis a los veinte años. La entrevista es solo una formalidad. La liga estaba bastante impresionada por tu nivel de experiencia. 166 Bueno, demonios. Supongo que todos esos años entrenando aquí a las Elites están siendo prácticos. —Yo... —No sé qué decir. Pero entonces me doy cuenta de que hay una pregunta importante que hacer—. Y si estoy en Toronto con... —Aclaro mi garganta. No estoy avergonzado, es solo que nunca he tenido experiencia hablando sobre esto—. ¿Qué si hay otros hombres como el Señor Killfeather? Pat saca un trozo de papel del bordillo de su camisa. —Esta es la política de antidiscriminación de la liga, lo miré, todo está, eh, cubierto. Echo un vistazo a las palabras en la página. La liga se ha comprometido a no discriminar en base a raza, religión, creencia u orientación sexual. —Eso es... de ayuda —digo, y Pat sonríe—. Veintiocho de Julio, ¿eh? —Mierda, eso es la semana que viene. Y Tres días antes de reportarme a Detroit. Si me reporto en Detroit. El pensar en aparecer en el campo de entrenamiento parece menos y menos apetecible cuanto más me acerco a la fecha. ¿Quiero jugar con los profesionales? ¿O quiero entrenar a chicos jóvenes y talentosos para llegar a los profesionales? —Braddock necesita una respuesta para finales de semana —me dice Pat—. Tienen otro candidato que estaban considerando, así que si decides no hacer la entrevista por la actuación, mejor que se lo den. Mi mente todavía está corriendo, surgiendo la indecisión de mí. De verdad debería hablar con Wes antes de hacer nada. Dejó más que claro que no estaría saliendo con nadie cuando esté en Toronto. Me dijo que fuera a Detroit. Así que sí, necesito hablar con él antes de tomar ninguna decisión. Pero tengo la sensación de que sé exactamente lo que va a decir. Wes Canning está actuando raro. Apenas ha dicho una palabra durante la cena, y luego rechazó mi idea de ver una película en el centro, diciendo que solo quería volver a la habitación. Mientras subimos en silencio la escalera a la habitación, desearía saber qué estaba sucediendo en esa sexy cabeza suya. No parecía enojado, o incluso triste. Más como preocupado, lo cual es inusual en Jamie y me preocupa. —¿Entonces de qué quería hablar Pat contigo antes? —Estoy intentado hacer conversación, pero mi pregunta tiene el efecto opuesto. —Solo algunas cosas del entrenamiento —responde. Y luego se calla otra vez. Ahogo un suspiro y lo sigo hasta el segundo piso, admirando la forma en la que sus vaqueros desteñidos abrazan su culo. Hemos estado en pantalones cortos y chanclas todo el verano, pero esta noche esta sorprendentemente fría, así que ahora puedo experimentar a Jamie en vaqueros. Luce tan malditamente espectacular. 167 —¿Quieres ver algo en tu portátil? —pregunto mientras entro a nuestra habitación— . Cassel me envió este video gracioso de... Sus labios están en los míos antes que pueda terminar la oración. Me empuja contra la puerta y mete su lengua en mi boca, instintivamente le devuelvo el beso a pesar de las campanas de sorpresa sonando en mi cabeza. Aprieta mi cintura y frota su parte inferior contra la mía, gimiendo roncamente. Jesucristo. No estoy seguro de dónde vino este repentino ataque de pasión, pero mi pene seguro que lo aprecia. Después de un minuto o dos, estoy duro como el hierro detrás de mi cremallera. Jamie lo nota, y sus manos son casi frenéticas mientras busca a tientas el botón de mis pantalones. —Te debo una mamada —murmura. Cierto. Los lanzamientos. Me había olvidado del premio. No es que importara, viendo como nos dábamos mamadas regularmente sin la necesidad de unos lanzamientos para justificarlo. Tira de mis pantalones y bóxers por mis caderas, poniéndose de rodillas casi con desesperación. Las alarmas en mi cabeza suenan más fuerte. —Oye. —Meto mis dedos en su cabello para detener sus movimientos frenéticos—. ¿Qué se te ha metido? —Nada aún. —Lame la cabeza de mi polla, y veo estrellas—. Pero espero que esto se meta en mí pronto. Luego, toma toda mi longitud en su boca, probándome que sin duda ha aprendido nuevos trucos este verano. Ahora puede hacer garganta profunda como un campeón, y normalmente yo soy bueno en eso. Esta noche, algo se siente raro. Su urgencia impregna el aire. Me apoyo contra la puerta e intento entregarme a él, pero a pesar de su boca mágica, no puedo concentrarme. Metiendo una mano bajo su barbilla, lo levanto. —Ven aquí. Me da una última chupada, la cual siento hasta mis pies. Cuando se pone de pie, nos doy la vuelta, así su espalda esta contra la pared. Ahuecando su barbilla con las dos manos, reviso su hermoso rostro. Sus mejillas están sonrojadas, y sus enormes ojos marrones están llenos de alguna emoción que no puedo leer. Voy a descubrir que sucede, pero primero lo beso. Una vez. Dos veces. —Canning —susurro—. No follamos hasta que me digas qué está en tu mente. Baja la mirada. —Quizás sea entrenador el próximo año —dice, su voz ronca. —¿En serio? —Esa es una idea que no sabía que había considerado. Dependiendo del trabajo, quizás sea una solución interesante para su problema de portero. Aunque una parte de mí todavía piensa que estaría loco para tirar una carrera de jockey profesional—. ¿Dónde? —Hay un trabajo de coordinador defensivo en un equipo de tercer año... —Traga— . En Toronto. 168 En Toronto. Las palabras rebotan en mi mente. Por el más breve segundo, mi corazón despega como un cohete. Podría haber tenido tiempo de dar un grito de júbilo, excepto que todavía estoy mirando los ojos recelosos de Jamie. Él siempre ha sido el más inteligente de los dos. Pero aprendo rápido. Así que solo pasa medio segundo hasta que mi pecho se aprieta, y mis manos caen de su rostro. Él en realidad se estremece cuando caen. No puedo estar con Jamie en Toronto. Porque si somos descubiertos, no habrá razón en absoluto para que esté en la ciudad. Soy un maldito novato, esperando ser lo suficientemente afortunado para hacerme valer en el equipo. Pasan otros segundos antes que pueda señalarle esto. Porque es de Jamie Canning de quien estamos hablando aquí. Las posibilidades de mí amando a alguien como lo amo a él son tan buenas como ser atacado por un tiburón. En Toronto. Pero las probabilidades de Jamie de seguir adelante son exponencialmente mejores. Nos hemos divertido mucho este verano, pero no puede significar más para él de lo que significa para mí. Este hermoso hombre es probablemente más heterosexual que gay. E incluso si me equivoco en eso, ahora hay el doble de parejas disponibles para él en el planeta de lo que lo había hace seis semanas. Él puede tener a cualquiera. Y no le pediría que espere por mí. —Di algo —murmura. No quiero. Hay calor detrás de mis ojos, y mi garganta puede romperse. Pero no me acobardaré. Merece mi honestidad por una vez. —No podemos estar juntos en Toronto —digo. Solo seis palabras. Pero hacen que sus ojos se vuelvan rojos. —Lo siento —añado. Lo siento ni siquiera comienza a describirlo. Da un paso lejos de mí, moviéndose de la puerta. Tomo un momento para volver a meterme en mis pantalones. Para el momento que he subido mi cierre, Jamie se ha cambiado rápidamente a unos pantalones cortos de correr. Mete sus pies en sus zapatillas, ni siquiera tomándose el tiempo para atarlas. —Iré a correr —gruñe. Cuando se dirige a la puerta, salgo del camino. Es precisamente el movimiento opuesto que quería hacer, y mi corazón está gritándome para que lo llame de vuelta. Pero la puerta se abre y se cierra con un golpe, y él se ha ido. Ahora entrando en pánico, me apresuro hasta nuestra ventana. Un minuto después sale por el pórtico de adelante y va corriendo por la calle, sus cordones aun arrastrándose tras él. Incluso después que esta fuera de la vista, necesito un minuto para calmar mi respiración y recomponerme. No puedo creer que acabe de hacer eso. No es lo que quiero. Mis pensamientos se revuelven como un pinball mientras busco en mi mente la solución al problema. Pero no hay una. Acabo de pasar una década de mi vida intentando conseguir este trabajo en Toronto. Tengo un título universitario en comunicaciones, como cualquier otro maldito idiota en el planeta. Y un padre que me cubrirá de alquitrán y plumas si lo arruino en Toronto. 169 Jamie Canning fue mi primer enamoramiento y mi primer amor. Pero nunca fue mío para tenerlo. Hay un resquicio aquí. Solo uno. Sé que Jamie está enojado ahora porque se siente rechazado. Eso nunca es divertido. Pero sé que seguirá adelante. Las Hollys del mundo están esperando para tomarlo de vuelta. Algunas chicas lindas llamaran su atención antes de esta semana, y a partir de unos meses, el desastre de hoy será solo un mal recuerdo. Como yo lo seré. Trago ese pensamiento, luego busco en el suelo del armario por mi valija. Jamie Es la cena de domingo en la casa de mis padres en San Rafael, California. Esta vez no la veo por Skype... preparo la pasta yo mismo. He picado una montaña de ajo, varias cebollas y cortado una montaña de aceitunas. Somos diez para la cena de esta noche, nosotros ocho además del esposo de Tammy y el nuevo novio de Jess. Mamá me ha tenido en la cocina durante una hora y media y no estamos ni cerca de estar listos. Como suele suceder, la cocina es muy terapéutica. Tengo algo que hacer con mis manos y no tengo que mirar a nadie a los ojos. Llevo en casa cuarenta y ocho horas y mamá me acecha como un tiburón. Es consciente de que algo malo me pasa. Todo lo que le he dicho es que estoy teniendo una crisis con mi carrera. Sabe sobre la entrevista programada para dentro de tres días, la cual entra en conflicto con el hecho de que debo estar en Detroit dentro de seis días. Todo lo que le he dicho es verdad. Pero no es toda la verdad. Elegir entre dos carreras es algo grande, pero no es ni de cerca tan doloroso como lo que Wes me ha hecho. 170 Después de esa horrible escena en nuestra habitación, salí para correr. Cinco kilómetros después, Wes se había ido. No quiero decir que fuera por una bebida... se había ido del campamento. Toda su ropa había desaparecido de nuestro armario. Sus artículos de aseo no estaban. Sus patines no estaban. Supe sin preguntar que no volvería. Cuando bajé a desayunar la mañana siguiente, el rostro de Pat estaba lleno de lástima. Y cuando le pregunté si estaba seguro de que tenía suficientes entrenadores a mano la semana siguiente para que pudiera irme a Cali, dijo que sí sin siquiera una discusión. Pero me duele la pérdida de mi mejor amigo-novio lo que sea. Nunca nos preocupamos por ponerle un nombre. Y ahora nunca lo haremos. —¡Joder! —maldigo cuando el cuchillo de cocina corta la parte superior de mi dedo. El cuchillo se desliza de mi mano cuando aprieto el corte. —James. —La voz de mi madre es suave—. Quizás necesites un descanso. —Ni siquiera se preocupa por la palabra con J que dije. Así que debo estar actuando como un verdadero dolor de cabeza—. Déjame buscarte una venda —dice en su lugar. Dos minutos después, ha cubierto la herida. —Puedo saltear con una sola mano —ofrezco. —¿Qué tal si en su lugar me dices lo que te molesta? Ahora, podría hacer eso. Mis padres ni siquiera se estremecerían con la idea de que me involucre con un hombre. Ambos son hippies de California hasta el alma. Y si Wes y yo nos hubiésemos quedado juntos, lo contaría en un latido. Pero no hay punto en compartir la historia ahora. Sólo estaría comprándome una vida de burlas de mis hermanos. —¿Necesitas saber qué camisa va con esos pantalones? Pregúntale a Jamie. Fue gay una vez durante unas semanas—. No puedes simplemente dar ese tipo de información a cinco hermanos a menos que sea relevante. Y de todos modos, soy salvado de responder las preguntas de mi madre, porque la puerta de la cocina se abre cuando llega la primera ola. —¡Jamester! —grita mi hermana Tammy—. Aquí. Sostén esto. Antes que pueda discutir, hay un niño en mis brazos. —¡Carne fresca! —cacarea mi hermana. Y su esposo pasa a nuestro lado para conseguirse una cerveza. Miro al bebé. —Eh, hola —le digo a Ty. No lo he visto en dos meses y juro que está el doble de grande. —Ah —responde alrededor de los cuatro dedos que tiene metidos en su boca. Luego saca su babosa manita y la usa para agarrar mi nariz. La sonrisa de Tammy se amplia. —Es bueno tenerte de vuelta, chico. —Tiene treinta años, pero me dice "chico" desde que tenía doce y yo cuatro. 171 Ty y yo tomamos una cerveza del refrigerador y nos dirigimos hacia el pórtico, donde hay una vista panorámica de la bahía de San Rafael. Mis padres compraron esta casa hace treinta y cuatro años antes que Joe naciera. Esa es la única razón de que puedan permitirse esta dulce vista en un gran vecindario. Lo llamamos la Casa del Revoltijo. En su distribución normal, hay cinco dormitorios. Como el más joven, tuve mi propia habitación en esta casa durante exactamente un año antes de irme a la universidad. Mi vida fue una serie de literas, peleas sobre los mejores cereales y ruidosas cenas familiares. Joder, amo estar aquí. —Creo que necesito agregar una tercera cosa a la lista —le digo a Ty. Cuando lo miro, me está observando con amplios ojos marrones que no son diferentes a los míos—. ¿Detroit, Toronto o California? —pregunto. Frunce el rostro y parece considerar la pregunta. Está pensando mucho en ello. Pero entonces hay un sonido flatulento. Su rostro se relaja cuando comienzo a oler algo horrible. —¿Acabas de hacerte caca en mi presencia? —pregunto al bebé. Me mira, todo inocente. —¡Ahí está! ¡Jamie! Me doy la vuelta para encontrar a mi hermana, Jess. Y antes de que ella pueda reaccionar, me acerco y le entrego al bebé. Luego le doy un gran beso en su mejilla. —Es bueno verte, hermana. —¿Acabas de entregarme un sobrino cagón? —¿Eso es a lo que huele? —¡Tú! —escupe Jess. Ella y yo somos los más jóvenes de la familia. Tiene veinticinco y es la hermana a la que me siento más cercano. Lo cual significa que nos volvemos locos el uno al otro. —No hay reembolso —añado. Pone los ojos en blanco. —Bien. Iré a encontrar una bolsa de pañales. Consigue una cerveza para Raven, ¿quieres? Haz algo útil. —Deja el pórtico, pasando junto a un hombre que nunca antes he visto. —Eres... —¿Ha dicho Raven? ¿Qué nombre de mierda es ese? —Raven —dice, y sostiene su puño para que lo choque. ¿En serio? Lo choco, para no ser grosero. —Eres el jugador de hockey —dice. Su voz es algo ahumada, me doy cuenta. —Claro —respondo sin comprometerme. Porque quién demonios sabe qué decidiré hacer al final de la semana. —Genial —dice, sonando bastante drogado. Mi hermana seguro que puede elegirlos. Pero cuando Raven pone su cadera contra la baranda del pórtico y cruza sus brazos, noto los tatuajes asomando fuera de las mangas de su camiseta y la curva de su bíceps. No está mal. Jesucristo... ahora estoy comprobando al novio de mi hermana. ¡Argh! Jódete, Ryan Wesley. ¿Ves lo que me haces hacer? Sin embargo, es un pensamiento ridículo y ahora tengo la urgencia de reírme como una hiena. —Tú —ahogo una risa—, ¿quieres una cerveza? —Claro —gruñe. Seguro que es un hablador, nuestro Raven. Si Wes estuviera aquí... Correcto. 172 Suspiro. La cena es ruidosa y divertida, de la forma que siempre ha sido. Escuchando la charla de mis hermanos, me olvido de Wes por al menos un par de horas. —Tenemos un atleta profesional en la familia —se queja Scott—, y lo desperdicia en el hockey. —No es demasiado tarde —discute su gemelo Brady—. James podría practicar futbol. Los Niners necesitan defensa, también. —Tengo todo resuelto —anuncia mi padre—. El equipo de Jamie juega en Anaheim en noviembre... Mi estómago cae, porque casi no hay posibilidades de que me vea jugar en ese partido. —¡Lo cual significa que podemos ir todos juntos al juego de los Niners! —termina mi padre. Típico. Al menos, si renuncio a la NHL, nadie estará molesto. Nos burlamos de Tammy por su vientre redondo. Y nos burlamos de Joe por su escaso cabello. Y cuando es mi turno de ser burlado, apenas puedo escucharlo. El día pasa volando en un remolino de chismes y burlas. Ahora, los platos están limpios y la tarta de melocotón comida. La mayoría de la familia ha ido a casa y sólo quedamos mis padres, Brady, Scotty y yo. Estamos de vuelta en el pórtico, los pies en la baranda, observado el sol ponerse mientras Scotty me cuenta su historia de dolor. —Ella dijo: "no quiero estar casada con un policía". Y, para ser honesto, intenté averiguar cómo no ser uno. Tengo un grado en justicia criminal y siete años de experiencia en el trabajo. Y en verdad pensé en dejarlo. La voz de mi hermano es áspera y siento mucho más que una simple punzada de compasión. —Pero entonces me di cuenta de que probablemente no importaría. Si me amaba, el trabajo no importaría. Pero no lo hacía. No lo suficiente, de todos modos. Está bien, frena, por favor. Hay una pequeña pero estadísticamente significativa probabilidad de que vaya a llorar en mi cerveza en un minuto. ¿Y eso no sería divertido de explicar? —Al menos, sé que hice todo lo que pude —añade—. Le dije que la amaba, que quería algo verdadero. Presenté mi caso y lo hice fuerte. Así que no tengo arrepentimientos. Joder. No es como si pudiera decir lo mismo. Wes me alejó, ¿y qué hice? Fui a correr. Lo dejé irse como un ladrón en la noche. No dije "te amo". No lo dije. En su lugar, sólo me lo guardé. Soy un idiota. —¿Jamie? —dice mi madre suavemente. —¿Qué? —grazno. —¿Estás bien ahí? ¿Dónde consiguen las madres esa habilidad? Es tan malditamente inconveniente. —Estoy bien —murmuro, sin convencer a nadie. 173 —Quien quiera que ella sea, cariño... si es importante para ti, espero que se lo digas. Argh. Supongo que hay alguien más que necesito ver después de la entrevista en Toronto. Wes Me acerco a los grandes ventanales de la sala de estar de mi potencial apartamento, contemplando la vista panorámica de la costa de Toronto. Es definitivamente la mejor vista de todos los otros apartamentos que he visto hoy, pero la calmada agua del lago Ontario me recuerda demasiado a Lake Placid. A Jamie. ¿Pero a quién engaño? Todo me recuerda a Jamie. Anoche no podía siquiera sentarme en el bar del hotel sin recordar el lugar al borde de la carretera en el campamento, donde compartimos nuestro primer beso. Esta mañana pasé junto a una tienda de dulces y pensé en los Skittles color púrpura que él me había comprado. En el último apartamento que recorrí, pasé diez minutos mirando el sofá cama en el suelo recordando los dos colchones que desplazamos en el dormitorio. No puedo escapar de Jamie Canning, no importa cuán fuerte lo intente. 174 —No vas a encontrar una mejor oferta en este vecindario —gorjea la corredora. Ella se mueve un poco más y se detiene junto a mí, admirando la vista—. El alquiler es bajo para un condominio de dos dormitorios en Harbourfront. Es insólito. Me aparto de la ventana para estudiar la enorme sala de concepto abierto. El apartamento no está amoblado, pero ya me puedo imaginar cómo se vería con muebles. Un sofá de cuero y una enorme pantalla plana en la sala de estar. Una mesa de comedor. Algunos taburetes altos para desayunar en el mostrador. Puedo imaginarme viviendo aquí, no hay duda de ello. Y tengo que admitir que estoy mucho menos propenso a romper mi regla del celibato autoimpuesto en este vecindario. El ambiente gay no es tan prominente aquí en comparación con las otras áreas que he visitado. El apartamento estaba calle debajo de no uno, sino de tres bares gays. No es que esté buscando entrar en alguno de los bares y probar el mercado de la carne. La idea de estar con alguien que no sea Jamie absolutamente me mata. —Y no estoy segura de si esto es una ventaja o un inconveniente para ti —continúa la corredora—, pero los propietarios me dijeron que están planeando la venta en uno o dos años. Si ya aún estás viviendo aquí y buscas invertir en el sector inmobiliario en la ciudad, estarías en una gran posición para comprar este lugar. Frunzo el ceño. —¿Qué pasa si deciden vender antes y no estoy interesado en comprar? ¿Voy a tener que recoger todo y mudarme? Ella niega. —Estarás firmando un contrato de arrendamiento de un año. Tienes garantizado el lugar hasta que el contrato de arrendamiento venza. A la mierda. —Lo acepto —le digo. Porque sinceramente, estoy cansado de buscar apartamentos. Sólo necesito un lugar para dormir. No importa dónde. Sea como sea, mi corazón no estará en ello. Mi corazón está en Lake Placid. O tal vez en California. Irá a donde quiera que Jamie Canning vaya. Me siento como una mierda por alejarme de él de esa manera. Pero nunca he sido bueno con las despedidas. Lo cual demuestra que soy tan inmaduro e inconsciente como lo era hace cuatro años. Lo saqué de mi vida en ese entonces también. Supongo que es mi "rollo". Realmente soy un idiota. Ajena a mi fiesta de uno de me-odio-a-mí-mismo, el rostro de la corredora se ilumina. —Maravilloso. Voy a preparar el papeleo esta tarde. Cinco minutos más tarde, salgo del vestíbulo de vidrio sobre la acera, respirando el aire caliente de julio. Hay una parada de tranvía a una cuadra de distancia, así que meto las manos en mis bolsillos y me dirijo hacia allí. Sólo quiero volver a mi hotel y pasar el resto del día sin hacer nada, pero a medida que subo al tranvía, decido lo contrario. No puedo seguir revolcándome en la miseria. Canning y yo terminamos. Y en algunos días, voy a estar inmerso en el entrenamiento, lo que no me dejará mucho tiempo para explorar mi nuevo hogar. Tomo un almuerzo tardío en una pequeña cafetería con vista al lago, luego paseo alrededor por un rato, un poco sorprendido por mi entorno. Las calles están muy limpias, y la gente es tan malditamente educada. Ni siquiera puedo contar cuántas veces escuché las palabras "perdón" y "lo siento" y "muchas gracias" en las dos horas que pasé explorando. 175 Finalmente voy de regreso al hotel, donde tomo una ducha rápida antes de abordar el siguiente asunto del día en la lista de tareas. Correo del agente, listo. Encontrar apartamento, listo. Lo siguiente es una llamada telefónica a mi padre. Vaya. No puede esperar. Marco el número de mi casa, luego me siento en el borde de la cama, ya temiendo escuchar el sonido de su voz. Pero mi mamá es quien toma el teléfono. —Ryan, es un placer tener noticias de ti —dice ella en su tono tajante, sin emociones. Sí, estoy seguro de que ella está encantada. —Hola mamá. ¿Cómo va todo en Boston? —Es precioso. Acabo de entrar por la puerta, en realidad. Me reuniré con la sociedad histórica esta noche. Estamos hablando sobre restaurar la antigua biblioteca en Washington. —Suena divertido. —Como sí—. ¿Está papá cerca? —Sí. Déjame llamarlo por el intercomunicador. Síp, nuestra casa en Beacon Hill tiene intercomunicadores en todas las habitaciones, porque es como la gente rica circula. ¿Quién tiene tiempo para entrar en otra habitación y entregarle a alguien un teléfono cuando están tan ocupados contando sus montones de dinero? Mi padre viene a la línea un momento después, me saluda con frialdad. —¿Qué pasa, Ryan? Hola a ti también, papá. —Hey. Sólo quería hablar contigo acerca de la entrevista en Sports Illustrated. Él inmediatamente se pone en guardia. —¿Qué pasa? —No voy a hacerla. —Hago una pausa. Cuando él no responde, me apresuro—. Las temporadas de novatos son demasiado impredecibles, papá. —Ya veo. —Su tono es entrecortado—. ¿Y esto no tiene nada que ver contigo queriendo ocultar tus... actividades... de la revista? —No se trata de eso —insisto—. No puedo tener a un reportero siguiéndome por todo un año, sobre todo si este año termina siendo un fracaso. —Aprieto los dientes—. En lo que respecta a mis actividades, tú no tienes que preocuparte por eso. A partir de este momento, se trata de un problema inexistente. —Ya veo —dice de nuevo—. Entonces fue una fase. —Él suena satisfecho. Sí papá. Mi sexualidad era una fase. Quién soy, mi esencia, es una fase. La amargura obstruye mi garganta, amenazando con ahogarme vivo. No puedo lidiar con él en este momento. O nunca. Pero especialmente en este momento. —De todos modos, agradezco la oportunidad, pero la entrevista no va a ocurrir. Por favor, agradece a tu amigo por mí. Cuelgo sin despedirme, a continuación salgo corriendo, resistiendo las ganas de golpear algo. ¿Soy una mala persona por odiar a mis padres? No, ¿por aborrecerlos? A veces me siento como si estuviera yendo directamente al infierno por los pensamientos que albergo. 176 Mordiendo el interior de mi mejilla, miro alrededor de la habitación. Creo que puedo ver la TV. Solicitar servicio a la habitación. Hacer algo para distraerme a mí mismo de pensar en Jamie, o mis padres, o mi jodida vida. Pero se siente como si las paredes estuvieran cerrándose sobre mí. Tengo que salir de esta habitación. Necesito salir de mi cabeza. Agarrando mi cartera y la tarjeta de acceso, las meto en mi bolsillo, y salgo rápidamente del hotel. Una vez que estoy en la acera, titubeo, porque honestamente no sé a dónde diablos voy. Considero meterme en el bar cruzando la calle para tomar una copa, pero tengo miedo, no voy a detenerme en una. Mi primera noche en Toronto, voy a emborracharme, alternando entre arrodillarme sobre el inodoro vomitando mis entrañas, y acurrucarme en mi cama extrañando a Jamie. Me niego a hacer de eso un hábito. Empiezo a caminar. Son las ocho en un día laborable, así que las tiendas siguen abiertas y las aceras están llenas de gente. Nada ni nadie llama mi atención sin embargo. Así que sigo caminando. Y entonces camino un poco más, hasta que un letrero de neón de una tienda en la distancia capta mi atención. El salón de tatuajes me atrae como una luz al final de un túnel. Me encuentro caminando hacia él sin pensar realmente en ello, y de repente estoy en frente de la puerta. He estado considerando hacerme esto desde hace un tiempo, pero se sentía demasiado cursi. Ahora, se siente agridulce. Y apropiado. Dudo por un instante, y luego estudio los horarios de las tiendas publicados junto a la puerta. La tienda cierra a las nueve. Son las ocho y veinte ahora. Es probable, que no haya tiempo suficiente para que el artista me vea, pero soy nada más que impulsivo. Una campana suena sobre la puerta cuando doy una zancada dentro y me acerco al chico de cabello largo detrás del mostrador. Él está con una camiseta sin mangas de color negro, recostado en una silla giratoria con una revista en su regazo. El cuello, los brazos y los hombros están cubiertos de tatuajes. —Hey —dice fácilmente—. ¿Cómo puedo ayudarte? —¿Aceptas sin cita? —pregunto. —Sí, pero depende de lo que quieras hacerte. Las piezas más grandes requieren múltiples sesiones. —Él mira a los tatuajes que asoman fuera de mis mangas—. Pero, probablemente ya sabes eso. Miro alrededor, examinando las fotos pegadas en las paredes. Hay algunas piezas increíbles allí. —¿Has hecho todo eso? —Malditamente, cierto yo lo hice. —Él sonríe—. ¿Estás buscando una pieza personalizada? —No, sólo algo sencillo. —Sostengo mi muñeca derecha—. Una línea de texto aquí. —Puedo hacer eso para ti sin problemas. —Se levanta de la silla y coloca la revista a un lado, entonces habla de precios conmigo. Es asequible, y siento una confianza inmediata hacia el chico, entonces, cuando dice: —¿Por qué no vienes a la parte trasera? —Lo sigo sin más preguntas. Me conduce a través de una cortina oscura a un espacio de trabajo que está limpio y ordenado. Esa es una buena señal. —Soy Vin —dice. Arqueo una ceja. 177 —¿Tu apellido es Diesel? Él suelta una risita. —No. Es Romano. Vin es la abreviación de Vincenzo. Mi familia es italiana. —Soy Wes. Nos damos la mano, y luego hace un gesto hacia la silla. —Toma asiento. —Después de que me siento, me pregunta—: Entonces, ¿qué texto quieres tatuarte? Busco en mi bolsillo mi teléfono, tocando en la pantalla para conseguir la nota que había dejado en mi aplicación de bloc de notas. La encuentro, entonces le entrego el teléfono. —Estos números exactamente. Él estudia la pantalla. —¿Los quieres como número o deletreados? —Números. —¿Cuán grande? —¿Media pulgada, tal vez? Asintiendo, Vin agarra un bloc de dibujo y garabatea los números antes de entregarme el teléfono de nuevo. Su lápiz vuela a través del block mientras esboza algo. Un momento después, él levanta la página. —¿Algo como esto, tal vez? Asiento. —Perfecto. —Eres fácil de complacer. —Con una sonrisa, rápidamente corre de un lado para preparar su estación, agarrando provisiones de un armario cercano mientras escudriño todos sus movimientos. Me complace ver que la aguja médica que él trae está empaquetada, lo que significa esta tienda se deshace de las agujas después de cada uso. Vin se sienta frente a mí. Se coloca un par de guantes de látex, toma la aguja de su envase, luego alcanza la pistola de tatuar. —Entonces, ¿dónde está? —pregunta él. Yo arrugo la frente. —¿Dónde está qué? Desliza desinfectante en el interior de mi muñeca derecha. —Esos números... son longitud y latitud, ¿verdad? ¿Coordenadas? ¿Dónde terminaría el mapa si estuviera mirando de arriba? —Lake Placid —le digo con voz ronca. —Huh. —Parece intrigado—. ¿Por qué Lake Placid? Y siéntete libre de decirme que me meta en mis asuntos, si quieres. Yo trago. —No, está bien. El lugar significa mucho para mí, eso es todo. Pasé los mejores veranos de mi vida allí. 178 Vin vierte tinta negra en uno de los vasos de plástico en la bandeja delante de él. —Odio el verano. No puedo menos que sonreír. Uno pensaría que alguien que trata con el gélido invierno Canadiense para la mitad del año le daría la bienvenida a las altas temperaturas. —¿Eso por qué? —Porque siempre termina. —Él deja escapar un melancólico suspiro—. ¿Nosotros tenemos, qué, dos o tres meses? Y luego termina y estamos de nuevo temblando en nuestros calzoncillos largos. El verano es un total calientapollas. —Se encoge de hombros, repitiéndose a sí mismo—. Siempre termina. Él tiene razón en eso. El verano siempre termina. Jamie Estoy atrapado en esta entrevista. No es porque sea arrogante, es simplemente la verdad. Mi jefe potencial, Bill Braddock, tiene aproximadamente unos cuarenta años de edad, y un buen tipo, también. Lo puedo decir ya. Acabamos de pasar cuarenta minutos intercambiando opiniones acerca de los mejores métodos para entrenar delanteros para ser más responsables defensivamente. Cuando Bill habla de estrategias, sus ojos se iluminan. Quiero este trabajo. En serio. —Lo siento —dice Bill—. Nos saqué del tema otra vez. —Está bien —contesto—. Ese es el punto crucial, ¿verdad? Enseñarles a los chicos a relajarse para que puedan defender su zona eficazmente. Él asiente con entusiasmo. —¿Cómo aprendiste a ser tan calmado, de todos modos? He visto tu cinta. 179 —Ah. —Suelto una risa—. Soy el menor de seis chicos. Nací en el tumulto. Es todo lo que sé. Tengo a Braddock riendo ahora. Él realmente golpea su rodilla. —Graciosísimo. ¿Fue alguna vez un problema? —Por supuesto. Cuando tienes seis niños, siempre estás perdiendo uno. Y cuando eres el más pequeño, normalmente eres tú. Recuerdo estar de pie en el pasillo de cereales del supermercado, tratando de decidir entre Cheerios y Chex. Levanté la vista y todos se habían ido. Una vez me dejaron en una parada de descanso en las afueras de Lake Tahoe. Al menos ellos solamente llegaron a veinticuatro kilómetros de distancia antes de que se dieran cuenta de que no estaba en el auto. El rostro de Bill está rojo de la risa. —¿Cuántos años tenías? —¿Siete? ¿Ocho? No sé. Pero sabía no entrar en pánico. —Increíble. —Se ríe, y luego extiende a una mano por encima del escritorio. Ven a trabajar para mí, Jamie. Creo que nos vamos a llevar muy bien. Me inclino para el apretón de manos. —Me gustaría hacer eso. —Es una gran decisión, puedes tomarte el fin de semana... Niego, ahora. —Quiero entrenar. No necesito el fin de semana. Él se recuesta, su expresión me dice que está impresionado. —Bueno, está bien entonces. ¿Puedo conectarte con una agencia de alquiler? La vivienda va a ser complicada. Toronto es caro. Les pagamos a nuestros entrenadores lo que podemos, pero nadie se está haciendo rico... —Sí, voy a tener que resolver eso. —Por primera vez en una hora, pienso en Wes. Podría estar a solo unos pocos kilómetros de distancia en este momento, en busca de un apartamento, también. Necesito hablar con él, ya he decidido eso. Pero luego voy a tener que encontrar una manera de sacarlo de mi mente. No quiero estar siempre buscando su rostro cuando camino por la calle. Seguir adelante va a ser difícil. Me levanto y le ofrezco mi mano una vez más. Bill la sacude, sin dejar de sonreír como si acabara de ganar la lotería. Al menos voy a estar trabajando para un buen hombre. Esperando que signifique cosas buenas en cuanto a esta organización, también. —Déjame saber cómo puedo ayudarte a instalarte —dice Bill, levantándose de la silla—. Lo digo en serio. Mándame un correo si tienes alguna pregunta sobre los vecindarios o lo que sea. —Haré eso. Cinco minutos más tarde, estoy otra vez fuera en las calles de Toronto, aflojando la corbata que había llevado a mi entrevista. Perdí mi almuerzo hoy, así que tomo un asiento en un café al aire libre en Lakeshore y pido un sándwich y café helado. 180 Toronto es un lugar agradable. Una gran ciudad, también. De alguna manera tengo que encontrar a Wes hoy. Intenté llamarlo esta mañana después de que bajé del avión, pero su número estaba desconectado. Al principio entré en pánico, pensando que él había hecho grandes esfuerzos para no verme. Pero cuando mi compañía de teléfono me envió un texto explicando los cargos internacionales que estaba acumulando en Canadá, me di cuenta de que Wes probablemente se había cambiado a un operador canadiense. Eso tiene que ser, ¿verdad? De cualquier manera, necesito otro plan para llegar a él rápidamente. Podría ir a la pista de hielo, pero dudo que me dejen simplemente entrar. E incluso si lo hacen, Wes no podría apreciarlo... Mi teléfono suena, sorprendiéndome, y por un segundo mi corazón salta. Pero, por supuesto, la persona que llama no es Wes. El teléfono dice HOLLY. —Hola —le respondo, tratando de mantener mi tono ligero. No hemos hablado desde nuestra incómoda noche en Lake Placid, pero realmente espero que ella quiera decir lo que dijo acerca de nosotros todavía siendo amigos—. A que no adivinas dónde estoy en este momento. Ella se ríe, y el sonido es reconfortante. —¿No en Detroit, entonces? —No. En Toronto. Estoy tomando un trabajo de entrenador. —¿De veras? Eso es genial, Jamie. Estoy tan orgullosa de ti. Me alegra de que fueras con valentía. Mi corazón se hincha un poco. A todos les gusta escuchar lo han hecho bien. —Gracias. Va a haber un ajuste. El dinero canadiense es un aspecto divertido. Holly ríe. —¿Por qué Toronto? ¿Vas a contarme acerca de tu misteriosa mujer? eso. —Um... —Ouch—. No estoy seguro si eso va a funcionar. Y no estoy muy feliz por —Oh, cariño. —Hay una genuina simpatía en su voz—. Lo siento. ¿Por qué no? La camarera deja mi comida, y me tomo un momento para darle las gracias. —Así que —digo, mirando por encima del hombro. Estoy solo y afuera, razón por la que contesté el teléfono en el primer lugar—. Eso es algo que podría confesarte enseguida. —Tengo que contarle a alguien. Y Holly guardará mi secreto. Ella es una buena amiga. —¿Qué? —¿Mi mujer misteriosa? No hay ninguna. Yo estaba viendo a un chico. Hay un profundo silencio por un momento. —¿En serio? —Ella suena incrédula. —En serio. Aparentemente, soy um... —Nunca lo he dicho en voz alta antes—. Bisexual. Vamos. Eso en realidad no fue tan difícil. —Estoy... guao —dice Holly—. No me lo esperaba. —Yo tampoco. —Me río—. Ha sido un verano muy interesante. —¿Quién es? ¡Espera, ese amigo del hotel! ¡Y la pista de patinaje en Lake Placid! Ryan algo. 181 Bueno, joder. Olvidé de que las mujeres son tan extrañamente intuitivas. —Holly, no se lo puedes contar a nadie. Esto a mí no me importa mucho, pero podría realmente lastimarlo. Su suspiro es fuerte en mi oreja. —No se lo diré a nadie. Pero... ¿él te dejó? Voy a matarlo. Ahora ella me tiene sonriendo. —Eres la mejor. ¿Alguna vez te ha dicho eso? —Eh. —Suspira—. Tengo mis momentos. Hey, ahora dejaré de intentar averiguar de qué clase de chica te habías enamorado. Preguntándome qué tenía ella que yo no, eso estaba realmente ocupando mucho de mi tiempo libre. Ahora al menos sé la respuesta, una polla. Me eché a reír. —Maldición, Holly. Es bueno hablar contigo. —Igualmente. Cuando colgamos, todavía hay una sonrisa en mi rostro. Como mi almuerzo pensando en todas las cosas locas que he hecho en estas últimas seis semanas. Y un recuerdo, en particular resuelve el problema de encontrar a Wes. Hago señas a la camarera y saco mi teléfono. Tengo una aplicación para descargar. Wes Mi primera práctica es brutal, pero así es como me gusta. El entrenador Harvey comienza con un simulacro de cruce diseñado para fortalecer nuestras habilidades para acelerar en las curvas, y sólo me toma cinco segundos para comprender completamente que estoy en las grandes ligas ahora. Nop, ya no estás en la universidad, Dorothy. Este es todo un nuevo nivel de intensidad, y estoy sudando hasta las bolas mientras entro y salgo del tráfico, cambiando direcciones a capricho del entrenador. Presionándome a mí mismo para mantenerme al ritmo de jugadores que han estado entrenando juntos por mucho más que los cinco minutos que he estado con ellos. Y sólo aumenta su intensidad desde ahí, pero estoy bien con eso. Esto es todo lo que tengo. Esta es la elección que he hecho. Jugar el mejor hockey que puedo será el enfoque de mi vida por los siguientes varios años. 182 Para el momento que terminamos, estoy tan sudado que hay vapor saliendo del interior de mi casco cuando finalmente me lo quito. Mis piernas están como gelatina y camino por la rampa dentro del cuarto de casilleros. —Bien hecho ahí afuera, hombre. Vas a hacer una maldita buena adición —mi compañero de equipo Tomkins dice. Él lleva tres temporadas y lo está haciendo bien, así que estoy complacido de oírle decir eso. —Gracias. Estoy feliz de estar aquí. Y lo estoy. En su mayor parte. Después de una ducha, me visto y dejo la pista de patinaje. Estoy cansado, y no necesito ser sociable de cualquier modo, porque hay una cena del equipo comenzando en dos horas. Reviso mi teléfono por llamadas, pero no hay ninguna. La aplicación Brandr tiene una nueva notificación, sin embargo. Eso es extraño, porque no he enviado mensajes ni a un alma desde que vine a Toronto. He sido un buen chico. De hecho, sólo debería borrar la maldita aplicación. No llevarme a ninguna tentación, ni nada de eso. Pero leo las notificaciones de todos modos, sólo en caso de que sea alguien que de verdad conozca. Hay un mensaje de un perfil nuevo, con la fotografía de un pulgar que no reconozco. Mi pulgar se cierne sobre el botón de borrar cuando el nombre del remitente se asienta. El mensaje es de PurpleSkittle. Y cuando lo abro, su ubicación está a 3.3 kilómetros de distancia. Hay una vibración excesiva en mi pecho. Jamie Canning está en Toronto. Me quedo inmóvil mientras abro el mensaje, porque tiene que estar enojado conmigo. Pero es lo mejor. Wes. Necesito quince minutos de tu tiempo. Voy a tomar este trabajo de entrenador, y hay algo que quiero decir. Vamos a compartir una ciudad. Es una grande, pero aun así. Dime donde nos podemos ver. No importa dónde, un Starbucks o lo que sea su equivalente canadiense. Hazme este favor. J. Estoy respondiendo antes de siquiera pensarlo. Le digo que sí. No porque sea lo correcto de hacer, sino porque soy incapaz de decir que no. una cafetería no es la mejor idea, sin embargo. Demasiado público. Así que le pido que me encuentre en el apartamento vacío que he aceptado rentar. El agente de bienes raíces me había preguntado si quería ir allí a tomar medidas. Esa es una cosa, aparentemente. Le dije que sí, y me había dejado una llave en la recepción. Ahora voy corriendo hacia allí. El conserje me da la llave y le digo que estoy esperando a alguien para ver el apartamento conmigo. Él promete que lo enviara arriba. Me subo al elevador con el corazón martilleando, y cuando abro la puerta del apartamento, lo miro con nuevos ojos. Es demasiado espacio para solo un chico. Debí haber buscado con un solo baño. Jamie va a mirar este lugar y va a pensar que me alejé de él para así poder tener un gran estilo de vida de NHL. Como si me importaran un carajo las ventajas. 183 Pero la encimera de granito y los suelos de madera de cerezo se ríen de mí. Esto es lo que querías. Se supone que esté aquí tomando medidas, pero ni siquiera he traído una cinta de medir. Y no es el apartamento lo que necesito medir, es el tamaño de mis bolas. Jamie está de camino aquí para decirme que soy un imbécil asustado, y de verdad no puedo discutir el punto. Cuando el golpe suena, no estoy listo. Pero me porto como un hombre y abro la puerta, y él entra en un maldito traje con corbata, luciendo lo suficientemente caliente como para calentarme. Retrocedo instintivamente, porque no puedo tocarlo. Nunca he tenido ninguna fuerza voluntad cuando se trata de Jamie Canning. Y he terminado de enviarle señales mezcladas. No puedo hacer más eso. —Hice —dice precavidamente—. Bonito lugar. Me encojo de hombros porque mi boca está muy seca para hablar. Su grandes ojos marrones observan el cuarto, lo que me da un minuto para admirar a este hombre que amo, tal vez por última vez. Su rostro esta bronceado, y su cabello ha sido cortado. Sé exactamente qué tan suave se siente pasando a través de mis dedos. Y sé que de verdad es de un millón diferente de colores mirándolo de cerca. Mi trasero golpea el mostrador de la cocina, y casi tropiezo. —¿Todo bien por ahí? —pregunta. Asiento, impotente. Esto es muy difícil. Pero me lo provoqué yo mismo. Coloco una mano sobre el mostrador de granito, y su temperatura fresca me estabiliza. —Bueno, hay algo que vine aquí a decir, incluso aunque sé que no quieres escucharlo. Los ojos de Jamie me buscan, pero no sé por qué. Terminé de ser un idiota con él, y no puedo mostrarme como me siento de verdad. Eso me deja mudo. Es lo mejor que puedo hacer. —No sé qué crees que sucedió este verano —continúa, metiéndose las manos en los bolsillos de sus pantalones. Si esta cosa de entrenador no funciona, debería intentar convertirse en el presidente de una compañía en algún lado. Porque de verdad que sabe lucir como uno—. De hecho, estoy seguro de que has inventado un montón de mierda en esa cabeza terca que tienes. Piensas que me has dañado, o manipulado, o alguna mierda. Mi rostro está caliente ahora. Porque sí pienso eso. —Piensas que sólo estuve jugando por ahí. Tomando un paseo por el lado salvaje. Crees que simplemente voy a... —Se roza las manos juntas como quitándose el polvo—... regresar a las chicas. Tachar esto como un experimento. Sí, pienso eso, también. —Eso no fue lo que sucedió, Ryan. No para mí. Lo que pasó es que tuve a mi mejor amigo de regreso por un tiempo, y también me enamoré de él. —Su voz se pone más grave— . Y no sólo estoy diciendo eso. Maldita sea te amo, y sé que eso es inconveniente. Pero no tuve oportunidad de decírtelo en Lake Placid, así que estoy diciéndotelo ahora mismo. Sólo en caso de que no podamos conseguir más que un verano. Te amo, y deseo que las cosas fueran diferentes. 184 Hay presión en mis oídos, y el mundo se pone un poco borroso. Me encuentro a mí mismo hundiéndome hacia el suelo, mi espalda deslizándose a lo largo del costoso gabinete de madera, mi trasero golpeando el encerrado suelo de cerezo. Mis ojos están húmedos, así que miro hacia la ventana. Veo azul. Esa maldita vista. Es hermosa, y no me importa. Porque nada es tan hermoso como el hombre que acaba de decirme que me ama mi jodido ser. —Wes. —La voz es suave, y está acercándose. Escucho el murmullo de la chaqueta de un traje siendo removido. Unos segundos después, Jamie se sienta en el suelo a mi lado. En mi visión periférica veo antebrazos musculosos sobresaliendo de mangas de camisa. Junta sus manos alrededor de sus rodillas y suspira. —No quería molestarte —dice en voz baja—. Pero necesitaba ser dicho. Él está justo aquí. La limpia esencia de su champú y la calidez de su codo contra el mío son abrumadoras. Lo he extraño. Maldita sea, demasiado y he estado caminando por ahí con un abismo vacío en mi pecho donde mi corazón solía estar. Pero ese enorme agujero está lleno de nuevo. Mi corazón está de regreso, porque Jamie está aquí. Y él jodidamente me ama. Mi siguiente respiración escapa como estremecimiento. —No puedo elegir —digo entre dientes. —Ya has elegido, y entiendo porque... Doy con mi cabeza una violenta sacudida. —No. Lo digo en serio. No puedo elegir. No voy a elegir entre tú y el hockey. Los quiero a los dos. Incluso si es un desastre. —Miro a Jamie de nuevo, finalmente, sólo a tiempo para verlo hace una mueca. —No quiero ser la razón por la que tu carrera en la NHL no funcione —dice vehementemente—. Lo entiendo, Wes. De verdad lo hago. Hay una lágrima bajando por mi rostro y ni siquiera me importa. Tomo la mano de Jamie de su rodilla y la beso. Se siente tan malditamente bien. —Lo siento —me ahogo—. Tendremos que solucionarlo de alguna forma. Te amo, maldición. Su respiración se atora. —¿Sí? —Claro que sí. No voy a dejar que te vayas de aquí. —¿Nunca? —bromea, apretando mi mano—. Esa es una forma de prevenir los chismes. Suspiro. —Necesitamos una estrategia. Debo de permanecer tan lejos de los periódicos como pueda. —Pero, ves, es por eso... —Tranquilo, bebé —murmuro—. Déjame pensar un segundo. 185 No podemos mentir para siempre para salvar mi carrera —eso no es justo con Jamie. Tal vez él no lo ha pensado bien, pero he sido gay por mucho tiempo y sé lo mucho que apesta el armario. —Necesito ser astuto hasta el próximo junio —decido finalmente—. Pero eso es todo. Y eso es sólo si Toronto llega muy lejos en las eliminatorias. Sólo una temporada. —¿Y luego qué? Me encojo de hombros. —Luego puedes ser mi cita en la próxima parrillada del equipo o fin de la historia. Jamie se ríe, pero soy mortalmente serio. Sólo se necesitó una mirada a él hoy para darme cuenta de que no puedo mantener partes de mí mismo en cajones separados. Nunca iba a funcionar. —¿Y qué si algo pasa antes de junio? Quiero decir... —Suspira de nuevo—. No puedo mentirle a mi familia. Puedo pedirles que sean discretos, y ellos lo intentaran. Pero no estoy bromeando cuando digo que no quiero ser tu caída. Piénsalo bien sobre todo el riesgo que estás dispuesto a tomar. —Tú lo vales —susurro. Mierda, yo lo valgo. Mi cambio de corazón no es pura generosidad. Si Jamie es lo suficientemente valiente para entrar aquí y decirme que me ama, debo de tomar algunos riesgos también—. Voy a hablar con el departamento de relaciones públicas. Voy a advertirles. Su mano se aprieta sobre la mía. —No puedes hablar en serio. Giro mi cabeza contra la pequeña pared de madera donde estamos sentados. —Hablo muy en serio. Es mi vida, y la tuya. Te he amado por años, bebé. Si la NHL no puede lidiar con eso, entonces así es como es. La expresión de Jamie se suaviza. —Ese sería un día bastante malo, sin embargo. —No. un mal día es que te rindas conmigo. —Paso una mano a través de mi cabello, y repentinamente atrapa mi muñeca, sus ojos marrones entrecerrándose. —¿Cuándo te hiciste esto? Está mirando mi nuevo tatuaje, y me siento tímido mientras respondo. —Un par de días después de que dejé el campamento. Las ásperas yemas de sus dedos siguen la línea de tinta negra. —¿De qué son estas coordenadas? —No estoy sorprendido de que lo haya adivinado. Mi hombre es inteligente. —Lake Placid —le digo. Sus ojos se centran en los míos. —Ya veo. —Se aclara la garganta, pero cuando habla de nuevo, su voz esta ronca—. ¿De verdad me amas, eh? —Siempre lo he hecho. —Trago con fuerza—. Siempre lo haré. No es claro quién se mueve primero. Pero un segundo después nuestros labios se rozan, luego se presionan juntos. Gimo incluso antes de que la lengua Jamie separe mis labios. Lo beso con fuerza, y él da tanto como recibe. 186 El tiempo pasa. Una vez comenzamos a besarnos no nos detenemos. Mis labios están hinchados y estoy tan duro que es doloroso. Pero no es sobre el sexo. Cada beso es una promesa de uno más por venir. Sé que necesitamos parar. Hay planes que hacer, y hay una cena a la que debo de llegar, pero cada vez que me digo que este es el último beso, regreso por más. Y luego uno más. Retrocedo eventualmente. —Tienes que vivir aquí —dejo salir. —¿Qué? —dice Jamie, luciendo mareado. Sus mejillas están sonrojadas y he revuelto su cabello. —Un novato de veintidós años de edad podría tener un compañero de habitación, en especial un viejo amigo del hockey. La verdad sería extraño si estuvieras yendo y viniendo todo el tiempo. Sonríe, y creo que va a hacer un chiste sobre yendo y viniendo. —¿Acabas de pedirme que me mude contigo? —Bueno... sí. ¿Te gustaría? Los ojos de Jamie barren la habitación. —No puedo pagar este lugar. Ya estoy sacudiendo la cabeza. —Eso no va a ser un problema. Puedes pagar los servicios públicos o alguna mierda. —No puedo... —Sí, sí puedes. Considéralo un regalo por los diez meses de esconderse. —No puedo no pagar nada. —Bien. Contribuye con lo que de otra forma seria tu presupuesto para renta. —Me paro ofreciéndole una mano—. Vamos, demos un recorrido. —No quiero hablar de dinero. A la mierda eso. Jamie toma mi mano y me sigue por el pequeño pasillo de la cocina. —Pondremos una cama en este cuarto, pero no va a ser nuestro cuarto. Puedes poner un escritorio aquí, sin embargo, si necesitas uno para tu trabajo. Te dará un lugar para trabajar. Todo esto parece muy fácil ahora. Toronto acaba de convertirse en un lugar donde quiero estar de verdad. —Y este es nuestro cuarto. —Lo llevo a la habitación grande, que está encajada a un lado del edificio—. ¿Ves que privado? Cuando follemos, nadie podrá oírnos. —Arriesgo una mirada a Jamie, y sus ojos están fundidos. Maldito infierno. No debí haber dicho eso. Estoy duro, y no hay tiempo para hacer nada sobre eso. —Espera. ¿Qué hora es de todos modos? Revisa su reloj. —Seis. ¡Mierda! —Tengo que ir a este restaurante en media hora. Y mi hotel está al otro lado de la ciudad... —Miro hacia lo que estoy usando. Pantalones de chándal y chanclas. Genial. Voy a llegar tarde para mi primer evento del equipo. Maldición. Me rio, porque es eso o llorar. Y ya he hecho eso último hoy. —¿Bebé, te quieres poner esto? —Jamie apunta a su traje. 187 —¿En serio? Se encoge de hombros. —No tienes que hacerlo, pero... —Intentémoslo. —Me rio, porque esto es una locura. Pero eso es lo que pasa cuando él y yo estamos juntos. Las locuras suceden. Y somos casi de la misma talla. La cintura de Jamie puede ser un poco más ancha que la mía, pero tiene puesto un cinturón. Él está mirándose a sí mismo, haciendo lo mismos cálculos. —¿Cuánto calzas? —Diez y medio. —Yo soy once —dice—. Bastante cerca. Estamos riéndonos como idiotas mientras nos quitamos la ropa en el gran dormitorio vacío. Jamie queda sólo con sus medias de vestir, y gruño ante la visión. —Espero que la cena no dure demasiado. ¿Te quedaras conmigo en el hotel esta noche? Se lame los labios. —Seguro. Pero tendrás que decirme dónde es eso. —Me pasa su camisa y me la pongo. Huele como él. Voy a estar cachondo toda la noche. La mejor clase de tortura. Hacemos el cambio y no luzco tan mal. Los hombros de la chaqueta son un poco más amplias de las que he usado, pero a la mierda, a quién le importa. —Olvidé algo. —¿Qué? Trabajo en atar la corbata de Jamie, pero no hay espejo, así que voy lento. —¿La noche en que estábamos haciendo la lista de los beneficios de ser gay? Prestar la ropa de tu novio. Chasqueando su lengua, aparta mis manos del camino y endereza el nudo. —Te ves caliente en mi traje. —Tú te ves caliente en cualquier cosa. Se agacha y me aprieta el pene a través de los pantalones de lana. —Recibirás una mamada más tarde, sólo por decir eso. Gruño. Luego tengo un pensamiento tan malvado que casi no puedo decirlo con el rostro serio. —Esta noche, te quiero sólo con mi camisa de Toronto. Jamie estalla en risas y le da a mi mejilla una bofetada de mentiras. —Idiota. No soy tu conejito puck. —¿Por favor? Nunca he follado a un conejito puck. Esta es mi única oportunidad. Envuelve sus manos alrededor de mi cuerpo y aprieta mi culo. Recibo un solo beso de roce antes de que dé un paso atrás. —Ahora dame la llave de tu hotel y vete ya a tu cena. No más labios. 188 Cuando salgo a la acera unos pocos minutos después, estoy un poco mareado y caminando con cuidado en zapatos que son ligeramente muy grandes. Y nunca me he sentido mejor en mi vida. Agosto Wes Para el final de mi primera semana de entrenamiento, el entrenador Harvey desplaza las líneas y me pone en la segunda línea con Eriksson y Forsberg. Este último llevó a Chicago a ganar una Copa Stanley hace tres temporadas antes de ser trasladado a Toronto. El primero estaba ligado a la puntuación más alta de jugador ofensivo la temporada pasada. Y después era yo, Ryan Wesley, húmedo detrás de las orejas de novato, patinando con dos malditas leyendas. Es una señal prometedora, porque eso significa que me están considerando seriamente para la alineación de esta temporada, en lugar de mandarme abajo al equipo de granja para un mayor desarrollo. 189 Nuestro turno dura dos minutos y justo antes que el entrenador grite por un cambio de línea, meto de un golpe más allá del portero —otro ex campeón de la Copa Stanley— y acepto un vigoroso golpeteo de Eriksson en la espalda, quien está sonriendo detrás de su máscara. —¡Mi-ierda, chico, esto fue muy bonito! El elogio me calienta por dentro. Y estoy incluso más aturdido cuando observo al entrenador asintiendo en aprobación desde el banquillo. —Tienes fuertes instintos —me dice cuando me lanzo encima del banquillo un momento más tarde—. Sin vacilar. Me gusta esto. ¿Escuchar esto es bueno para mi ego? Maldita sea claro que lo es. Estas dos semanas pasadas, he aprendido que los elogios por parte de nuestro entrenador llegan tan a menudo como los eclipses solares. Pero a pesar de que él nos aprieta fuerte y es duro como una piedra, es un buen chico cuando no

estamos sobre el hielo y el hombre con certeza sabe del hockey. Forsberg se desliza al lado mío cuando me dirijo por la rampa hacia abajo, despeinando mi cabello como si tuviera ocho años. —Eres rápido Wesley. Sigue enseñado esta velocidad en práctica, ¿bien? Te quiero en mi línea. Mi corazón hace un salto mortal. Jesucristo. ¿Cómo es esta mi vida? Pero mi buen estado de ánimo no se atora. Estoy programado para un encuentro con uno de los publicistas del equipo en treinta minutos y dependiendo de cómo va, la práctica puede que no sea la única cosa que se ha terminado hoy. Mi carrera podría terminar también. Antes de incluso empezar. No he cambiado de parecer, sin embargo, no importa cuántas veces Jamie me ha instado para reconsiderar. No voy a dejarle renunciar. Este próximo año puede ser duro para nosotros, especialmente si mi publicista va a todo fuego y azufre detrás de mí para mantener la relación a escondidas. Pero sé que podemos atravesar esto. Le quiero a Jamie. Siempre lo he amado. Y sé que él siente lo mismo, no puedo esperar para verlo de nuevo. Para estar con él otra vez. Después de aceptar el trabajo de entrenador e informar a Detroit de su decisión, Jamie se fue de vuelta a Lake Placid por dos semanas. Me contó este plan cuando estábamos acostados en mi habitación de hotel después de tener sexo. E incluso en este extático estado, pensé que era una horrible idea. —No te vayas —discutí—. Acabo de tenerte de regreso. Sonriendo me besó. —Podemos aun entrar en el apartamento de todas formas. Y Pat necesita ayuda. Además, esto significa que puedes concentrar toda tu energía en impresionar a tu entrenador. Lo echaba de menos un montón, pero había hecho lo que me ha sugerido. Todo lo que hago es entrenar y hablar con él por teléfono en la noche. Mi alquiler en el apartamento empezó tres días atrás. Fui de compras por lo esencial, una cama tamaño enorme y una gigante tele de pantalla plana. Pero esto es todo lo que estoy comprando hasta que Jamie vuelva la semana que viene para ayudarme a escoger todo lo demás. En realidad, encontré un sillón en la cuneta ayer y lo lleve arriba. Pero cuando lo coloqué delante de la ventana del salón me di cuenta que se mueve. Le tomé una foto y le envié un mensaje a Jamie con una nota sobre haberlo encontrado fuera. Su respuesta fue rápida y furiosa: 190 ¡Tiene que desaparecer! ¡La gente tira la mierda por una razón! ¡Apuesto que alguien ha muerto en aquel asiento! Agenda de esta noche: sentarme en la silla de muerte e ir a comprar alimentos. Mírame a mí siendo casero. Estoy como descubriéndolo. Después de ducharme en el vestuario y cambiarme en mi ropa de calle, camino hacia el ascensor al final de la arena de entrenamiento. El tipo de relaciones públicas estuvo de acuerdo para encontrarnos en las oficinas de arriba, evitándome tener que caminar a las oficinas centrales del equipo en el otro extremo de la ciudad durante las horas de alto tráfico. Él me espera en el pasillo cuando me salgo del ascensor. Ya me lo había encontrado una vez antes. Fue después de firmar mi contrato, cuando me dio información sobre los eventos promocionales donde se espera asistir esta temporada —Ryan —dice amablemente, extendiendo su mano—. Es bueno verte de nuevo. —Frank —le saludo mientras nos damos las manos—. Gracias por venir aquí para verme. —Lo que sea para nuestra nueva superestrella. —Sonríe y me hace señal para seguirlo dentro. Un momento más tarde, estamos sentados en una pequeña oficina con vistas al estacionamiento. Frank lleva una sonrisa burlona. —No es exactamente el colmo del lujo aquí. No puedo siquiera ofrecerte algo para beber. —Está bien. Acabo de tragar dos botellas de agua en el vestuario. —He visto el final del entrenamiento. Parece ser que estás haciendo equipo con los otros chicos. —Eso creo yo —admito—. Afortunadamente el entrenador está de acuerdo. Frank sonríe. —Confía en mí chico, a Hal le gustas. He oído esto cuando los entrenadores estaban pasando las perspectivas de selección, rehusó mirar a ningún otro central. Eras su primera y única opción. Placer me atraviesa. Después culpa. Porque la idea de decepcionar al nuevo entrenador me da agonía. Pero la idea de no tener a Jamie en mi vida me pone incluso más enfermo. —Así que escúchame. Tengo algo importante para hablar contigo —empiezo nerviosamente. La expresión de Frank se vuelve seria. —¿Todo está bien? ¿Alguien te está creando problemas? Niego. —No, nada de esto. —Un suspiro de tristeza se escapa—. En todo caso soy yo el que está por traerles problemas. Realmente se ríe. —Tengo que decirte que muchas de las conversaciones empiezan así. Por el momento, estoy poco sorprendido. Así que, dispara. Cierro mis manos en el regazo para detenerles de golpetear con los dedos. 191 —Frank... el compañero de piso que he catalogado como contacto en caso de emergencia es en realidad mi novio. Pero, ehh, nadie lo sabe. Ni siquiera parpadea. —Bien. ¿Bien? Confusión llena mis entrañas mientras intento de dar sentido a su respuesta. No ha sonado sarcástico, como bieeeeen, de seguro lo es. No ha sonado hostil. No ha sonado como nada. —Te voy a decir esto, ehh, porque se podría filtrar. Nunca intentaría traer publicidad negativa al equipo. —Me apresuro a decir—. Mi orientación sexual no tiene nada que ver con mis habilidades de jugador de hockey. Tengo planeado romper mi culo por este club y sinceramente espero que con quien me cito en mi tiempo libre no afecte la opinión de mis compañeros de equipo sobre mí como jugador. Pero también sé que los medios de comunicación saltaran encima si esta historia sale a la vista. Frank asiente ahora. —Yo... —Hago una pausa—. Quiero decir, estoy viviendo con alguien. Es en serio. Lo único, ehh, escandaloso es que es un él. Sus labios se curvan. Jodido infierno. ¿Está riéndose de mí? Aprieto mis dientes y me obligo a continuar. —Estamos deseando ser tan discretos como el equipo necesite que seamos, pero no podemos esconder nuestra relación para siempre. No deberíamos hacerlo. —Mi respiración se acelera—. Así que he asumido revelar esta información y dejarte a ti y al equipo decidir qué va a pasar. Frank se inclina adelante apoyando sus brazos en el escritorio. —Ryan. —Se ríe—. Aprecio que hayas venido de frente, pero... ya conocíamos tu orientación sexual. Toso por sorpresa. —¿Lo sabían? —Hijo, tenemos un riguroso proceso de investigación para todos nuestros procesos de selección. La última cosa que un club necesita es fichar un chico en la primera ronda, solo para darse cuenta más tarde que tiene unos antecedentes penales de hace un tiempo o es adicto a pastillas o tiene algún que otro esqueleto escondido en su armario que pueda tener un impacto negativo en la liga. Jesús. ¿Así que sabían que era gay antes de ficharme? ¿Cómo? Pronuncio el preocupante pensamiento. —¿Cómo lo sabían? Ríe otra vez. —¿Estabas intentando mantenerlo en secreto? Porque lo hemos averiguado de tus compañeros de equipo y entrenadores, que estaban al tanto de ello. Estoy... atontado. —¿Mi entrenador les ha dicho? Se encoje de hombros como si no fuera nada sorprendente. 192 —El entrenador no quería que llegaras a un equipo donde no te trataran bien. Te hizo un favor. Y como has dicho, Hal estaba impresionado por ti y no solo con el nivel de talento que traes al equipo. Eres inteligente, discreto, tienes una buena cabeza en tus hombros. Esto es todo lo que le importa. Que nos importa. —Así que... —Intento encontrar mi voz—. ¿A ustedes no les importa que esté involucrado con otro hombre? —Para nada. —Junta sus manos—. De hecho, ya he escrito el comunicado de prensa por cualquier eventualidad. La organización ha dado su consentimiento. Estamos preparados. Simplemente permanezco sentado ahí, con mi mente dando vueltas. Hay algo haciendo cosquillas detrás de mi cerebro en cuanto a esta discusión. Suena casi como si estuvieran esperando emitir este comunicado de presa. —¿Qué hay en ello para ustedes? —espeto. Sonríe. —¿Fe en nuestro compañero? —Tonterías. ¿Qué les trae esto a ustedes? Frank abre sus manos en un gesto de humildad. —El año pasado se trasladó a Kim para Anahein y Owens para Miami. Porque teníamos... —... demasiados centros derecha —termino. Frank asiente. —Solo que Kim es de origen Coreano y Owens era... —Mira fijo al techo intentando recordar—. Me he olvidado. Pero algunos mierdosos periodistas de deportes hicieron un gran revuelo sobre cómo no queríamos ser un equipo diverso. Alguien se metió en esto y empezó una petición que recogió veinticinco mil firmas. No puedo creer lo que estoy escuchando. —Así que han fichado al maricón. Frank pone los ojos en blanco. —Tengo que pedirte que no uses esta palabra, hijo. No es bonito. Mi gruñido resuena en todas las paredes del despacho. —Por favor dime que no vas a filtrar mi orientación sexual la próxima vez que un idiota escriba que Toronto no es una organización políticamente correcta. No quiero ser su peón. Sonríe. —No estamos interesados en transformarte en un sex simbol de los deportistas gay. No necesitamos invitar al circo en la ciudad, siempre aparece en realidad. Pero no vamos a enviarte para encararte a los medios revoleando una bandera arco iris, o pedirte darnos entrevistas promocionándote como el primer jugador gay en NHL. Cita el título riéndose otra vez y me doy cuenta que han pensado mucho en esto. Y mientras tanto, yo he pasado cada momento despierto desde que fui fichado preocupándome sobre cómo iba mantenerlo en secreto. 193 —Tengo que decirte sin embargo. Si me estás diciendo que estas en una seria relación sentimental, voy a hacer el baile feliz. Cuando la prensa te pille finalmente, que no sea alguna foto tuya en algún cutre baño público de Jarvis Street. Prefiero la imagen tuya y tu novio teniendo una cena con velas. Abro la boca para discutir con esta pizca de cinismo y después descubro que no me importa lo suficiente para pelear en esta lucha. Toronto me cuida, incluso si Jamie y yo estamos fuera del armario. Eso es todo lo que importa, me digo. Y el hombre delante de mí esta pagado para pensar como un imbécil, al igual que yo estoy pagado para pensar como un matón. —¿Hay algo más que quieras hablar, Ryan? Parpadeo. —Umm... no. Esto era todo. Frank empuja su silla atrás y se pone de pie. —Entonces espero que no te importe si dejamos esta breve charla. Tengo que hablar con Hal antes de irme a casa con mi mujer y los niños. Mis piernas están temblorosas cuando lo sigo hasta la puerta, donde se detiene para palmearme en el hombro. —Deberías venir a cenar en nuestra casa una vez. Tu novio será bienvenido también. Parpadeo otra vez. ¿En qué jodido planeta estoy ahora? Sonríe por mi confusión. —Sé que eres nuevo en la ciudad y probablemente no has conocido a muchos del grupo aun. Y a mi esposa le gusta ser anfitriona para los miembros de equipo. Estará entusiasmada si vienes. —Oh, por supuesto, entonces. Aprecio la invitación. Vamos por nuestros caminos separados una vez alcanzamos la entrada. No me siento demasiado estable en mi pies mientras me dirijo afuera y camino hacia la parada del metro. Es como si un enorme peso ha sido levantado de mis hombros y no estoy seguro cómo manejar la sensación de dejarlo atrás. Alegría, aturdimiento, alivio. No puedo aguantar para contarle a Jamie. 194 Jamie Ha sido un largo día de entrenamiento. Pat dirige dos semanas de entrenamiento intensivo al final del campamento y realmente llenamos el lugar. Desde que los dormitorios están abarrotados, los chicos que aparecen se quedan en los condominios con sus padres. Maximizamos nuestro tiempo de hielo y nuestras horas de caminata. Es duro, pero me encanta. Aunque estoy hecho un manojo de nervios todo el día, porque Wes tiene su encuentro con el relaciones públicas. Así que después de la última sesión del día, corro de vuelta al dormitorio. Esta mañana dejé intencionadamente el teléfono en la habitación así no pasaría todo el día comprobándolo. Hay algo frente a mi puerta. Es un paquete de FedEx. Cuando la alzo, es ligero. 195 Abro la puerta y entro en mi habitación casi vacía. A Pat aún le faltan entrenadores, lo que significa que es algo bueno que volviese para ayudarle. Lo primero que hago es comprobar el teléfono. No hay ningún mensaje de voz y el único mail es una oferta de descuento para lentes de sol. Así que centro mi atención en el paquete, sacando la cinta del borde y desenvolviéndolo. Y aparece una caja de regalo, la misma que recientemente llené de Skittles morados. Quito la tapa y encuentro una hoja de papel dentro, sonriendo cuando veo un único Skittle morado sobre la hoja. Es el resultado de un análisis médico reciente al señor Ryan E. Wesley, Jr. Cada enfermedad de transmisión sexual conocida por el hombre está citada allí y la palabra “negativo” aparece después de cada una. Garabateó algo al final: Iba a llenar la caja de condones morados, pero luego tuve una mejor idea. Yyyyyy ahora estoy cachondo además de impaciente. Así que empiezo a pasear por la habitación. Cuando la aplicación del correo electrónico en mi teléfono suena unos minutos después, lo saco del bolsillo para leer el mensaje. Pero no es de Wes. Querido Entrenador Canning: No puedo creer que no lograse acabar la temporada contigo. Sigo sin hablarle a mi padre. Trabajar contigo ha sido el mejor verano de mi vida y estoy enfadado de que acabase con una nota amarga. Mi equipo de este año es Storm Sharks U18. Aquí está el enlace, sólo en caso de que tuvieses un poco de curiosidad por mis estadísticas. Creo que van a mejorar y todo gracias a ti. Sinceramente John Killfeather, Jr. Leo el e-mail dos veces. Y luego lo leo una vez más. No dice nada de Wes y yo, y no hay ningún insulto. Sólo un niño que quiere jugar al hockey y sabe lo suficiente como para darle las gracias a la gente que ha intentado ayudarle. Maldita sea, estoy orgulloso de este correo. Y me siento un poco más optimista sobre la vida que hace cinco minutos. Tecleo una rápida respuesta, para asegurarme de no olvidarme. Killfeather, eres un portero increíble y para mí fue un placer trabajar contigo este verano. Por supuesto que comprobaré tus estadísticas y tus progresos durante el invierno. Vas a tener una gran temporada. Sinceramente, Jamie Canning. Después, vuelvo a pasearme y a preocuparme por Wes. ¿Qué pasa si le echan y no estoy ahí para él? ¿Y dónde puedo conseguir un análisis de sangre en Lake Placid, como, para mañana? Cuando me suena el teléfono, doy unos saltitos y luego me apuro a contestar. —¡Hola, cariño! ¿Estás bien? ¿Qué pasó? —Sí, estoy bien. —Su voz ronca se desliza por mi oído y me rodea el corazón. Puedo escuchar que está en la calle y me pregunto qué podrá contarme—. Maldita sea, deseo que estuvieses aquí ahora mismo —menciona. Me preparo. 196 —Te llevaría a ese restaurante italiano en Queen Street que le encanta a los chicos. Estoy muerto de hambre y quiero contarte cada palabra de la conversación tan surrealista que acabo de tener. Prácticamente estoy mareado por el estrés ahora mismo. —¿Qué tipo de conversación? —Del buen tipo —asegura. Mi acelerado corazón se refrena un poco, pero aún estoy asustado de ser optimista. Porque parece imposible de creer que un equipo de alto nivel de la NHL haga caso omiso a la confesión de Wes. Nada de esto cuadra. —Pero... ¿no deberíamos evitar los lugares donde a tu equipo le gusta comer? — pregunto lentamente—. Sabes que eso significa que la gente nos verá, ¿no? —Sí, pero pronto, algún día cercano, eso no va a importar. —¿De verdad? —Quiero una garantía. Quiero un documento ante notario. Quiero un Valium. O una mamada. O ambos. —Realmente estoy teniendo un buen día —susurra Wes. Mi presión arterial se vuelve a alterar. —Me alegro —murmuro. —Te amo —añade. —Lo sé. bien. Wes se ríe en mi oído y ese sonido feliz es lo que me convence de que podemos estar Jamie Un viernes a mediados de agosto me mudo a nuestro apartamento. Aunque “mudar” requiere unas comillas, porque no tenemos mucho de nada. A principios de semana Wes ordenó un sofá, una cosa de cuero muy de macho, si he entendido la descripción correctamente. Parece que su gusto es del tipo “hombre de las cavernas” y no puedo decir que me importe. También eligió tres taburetes para la isla de la cocina, lo que significa que podemos posponer el preocuparnos sobre una mesa de verdad. Anoche, después de nuestra primera ronda de maratón de sexo de te-he-echado-demenos, Wes hizo un espectáculo yendo al supermercado, pero sólo volvió con patatas, salsa y cerveza, lo que significa que necesito volver otra vez y comprar comida de verdad. Puede que aún no le haya mencionado que soy bastante buen cocinero. Wes parece preparado para sobrevivir con comida para llevar, y en Toronto eso es bastante fácil. Voy a tener que conseguir algunas ollas y sartenes y volverlo loco uno de estos días. En realidad, eso suena como un montón de diversión. 197 Mientras tanto, nos volvimos locos el uno al otro en nuestra nueva habitación la otra noche. Luego perdimos el conocimiento y dormimos durante nueve horas en nuestra nueva cama gigante. Ahora es sábado y aún hay mucho que hacer. Esta mañana, después del desayuno al mediodía, arrastro a Wes alrededor de Toronto en busca de artículos muy necesarios. En el momento en que finalmente llegamos a casa, Wes está en un estado de agitación. Estoy bastante seguro de que voy a tener que tranquilizarlo con una mamada. —Esas son tres horas de mi vida que no voy a recuperar nunca —grita mientras entra. Sus palabras hacen eco, porque nuestro apartamento aún está terriblemente vacío. La razón para el mal humor de Wes es el hecho de que comprar le llevó tres horas, porque sólo somos una pareja de deportistas que no distinguen una tienda de otra. Entramos en cuatro tiendas antes de encontrar una que no parecía como si la Reina de Inglaterra estuviese planeando una visita. Ahí fue donde elegimos una alfombra y una mesa de café, que compramos. Pero el lugar no tenía cafeteras, así que tuvimos que seguir de compras. —Un buen café no es negociable —le aseguré mientras se quejaba. Pero después de que elegí una máquina de café expreso con molinillo incorporado, empecé a mirar toallas. Ahí fue cuando Wes se enfadó un poco más y me rendí y lo traje a casa. Oh, la ironía se queja, quitándose los zapatos. Mi novio me arrastró a un maldito centro comercial. —Tienes razón —afirmo burlonamente—. El viaje fue totalmente en vano. ¿Quién necesita toallas? Podemos simplemente secarnos con aire. El malhumorado Wes entra pisoteando en la habitación y lo sigo, porque es una de las dos habitaciones funcionales en nuestra casa. Dejo la cafetera y observo mientras se quita la camiseta de un tirón y sube a nuestra cama gigante. —¿Por favor, podrías venir aquí? —gimotea—. Es una emergencia. Es algo bueno que seas tan atractivo —murmuro mientras me quito los zapatos—. No tenía ni idea de que entrar en esa tienda te convertiría en un Ryan llorón. —Camino hacia la cama, donde un hombre sin camiseta está tumbado, esperándome, su expresión ardiendo con lujuria. y tira. —Normalmente no —susurra—. Pero tenemos una situación. —Me toma de la mano Me subo sobre su cuerpo, inclinándome para lamer su pezón y gime. —¿Qué tipo de situación? —pregunto entre lametazos. Deja salir una respiración temblorosa. —Pensé que sería divertido llevar un plug hoy durante el desayuno. De ese modo podrías follarme cuando llegásemos a casa... Lo miro de golpe a los ojos. —¿En serio? Asiente, con expresión miserable. —Pero luego dijiste “vayamos a mirar unas alfombras”. Y eso fue hace horas. Cada vez que entraba en una tienda está cosa me masajeaba la próstata. Si no me follas en cinco minutos voy a explotar. 198 Estoy sin palabras. Pero mi polla tiene mucho que decir. Ya estoy duro con la idea de Wes siendo preparado y estando listo para mí. Bajo mi boca a la suya y vuelve a gemir. Deslizo la lengua sobre su perforación y nos convertimos en dos perros cachondos. Nos besamos como si hubiese un meteorito dirigiéndose directamente al área metropolitana de Toronto. Wes me manosea entusiasmado el trasero mientras chupo su lengua. Su entusiasmo es como una droga y deseo golpe tras golpe. Puedo sentir lo endurecido que está, incluso a través de toda nuestra ropa. Quiere que lo folle y ¿está todo listo y preparado? —Mmmm —gimo en su boca. La cosa más sexy que he escuchado nunca. Ahí es cuando suena el timbre de la puerta. —Mantén ese pensamiento —le indico, levantándome con un brazo. —¡Nooooo! —Wes levanta las dos piernas para atraparme entre ellas—. No. —Beso— . No. —Beso—. Ni siquiera pienses en ello. Sujetarle las manos al edredón es fácil, porque está cachondo hasta el punto de la distracción. —Detente, cariño. Es la entrega del colchón. Estamos pagando setenta y cinco dólares para que aparezcan un sábado. —Te odio —comenta, pero me suelta. —Puedo notarlo —discuto, apretando su pene mientras me aparto de él. Gime una vez más, maldiciéndome a mí, al sofá y al universo. Cierro la puerta de la habitación por la privacidad de Wes y mi cordura. Uso el intercomunicador para llamar a recepción y le pido al portero que mande el sofá en el montacargas. Luego me recoloco y trato de pensar en cosas aburridas para desinflar la tienda de campaña que tengo en mis pantalones cortos. Pero no hay cosas aburridas. Empiezo mi trabajo la semana que viene y no puedo esperar. Mientras tanto, consigo explorar esta magnífica ciudad donde estoy viviendo con el hombre cuya compañía he ansiado desde que tenía trece años. Y mudarnos juntos ni siquiera da miedo. Si cuentas todas las semanas que pasamos en el campamento a lo largo de los años, en realidad hemos vivido juntos durante casi un año. Hay un montón de sexo involucrado ahora, por supuesto. Todo es diferente y aun exactamente lo mismo. Y eso es mucha diversión. Cuando dejo entrar a los repartidores, son tres. —¿Dónde lo quiere? —preguntan. —En cualquier parte de allí. —Indico el salón—. Vamos a tener que moverlo cuando llegue nuestra alfombra, así que no importa dónde. —Bonito lugar —comenta el hombre al mando, mascando un chicle. Sus hombres dejan el sofá en medio del lugar. Está envuelto con un motón de plástico, así que espero que sea el que Wes pidió. —Gracias. —Señalo el sofá. Después de que salgan, cierro y bloqueo la puerta, después camino hacia el sofá y paso una mano a lo largo. —¡Oye, Wesley! —grito lo suficientemente alto para que me escuche a través de la puerta de la habitación—. ¡Trae tu culo hasta aquí! 199 —¡No! —me lleva a contraria. Me quito la camiseta. Después dejo caer el pantalón corto. —¡Estoy desnudo! Eso es todo. Abre la puerta de la habitación de golpe y camina rápidamente por el pasillo, desnudo, llevando una botella de lubricante. En el momento en que me alcanza, estoy sentado con las piernas abiertas en el respaldo del sofá como una estrella porno, masturbándome. Wes le lanza al sofá una sola mirada. —Hombre, mi sofá está llevando un condón. Le sujeto las caderas y lo acerco a mí. —Lo noté —aseguro, besándole la mandíbula—. Eso es porque sabe que estoy a punto de inclinarte sobre él. Wes gime. —Promesas, promesas. Desliza una mano entre nuestros cuerpos y cubre mi mano. Nos masturbamos el uno al otro mientras nuestros besos se hacen más profundos y ardientes. Le rodeo el cuerpo y le agarro el culo. Cuando mi mano encuentra el juguete allí alojado, gimo en su boca. —Hazlo —jadea. Todo empieza a ocurrir muy deprisa. Con un firme apretón, quito el juguete, mientras Wes me acaricia la polla. Me aparta del sofá de un tirón y se inclina sobre él. —Vamos —ordena. Me pongo detrás de él y tomo sus caderas, deslizando la cabeza de mi polla entre sus firmes nalgas. Justo como la otra noche, estoy anonadado por la sensación de estar piel con piel. No hay ninguna barrera entre mi palpitante polla y su apretado culo; y cuando me hundo con el primer golpe, ambos gemimos con abandono. —Fóllame —exige cuando me detengo. Pero estoy demasiado ocupado saboreando la increíble sensación de estar en su interior sin un condón. Giro las caderas y gruñe como un oso malhumorado. —Lo juro por Dios, Canning, si no te mueves voy a... Salgo, luego entro de golpe. Hace un sonido ahogado, su cuerpo entero está temblando. —¿Vas a qué? —pregunto burlonamente. En vez de contestar, simplemente vuelve a gemir. Bajo, agonizante. Mierda, está desesperado. Supongo que yo también lo estaría si caminase todo el día con un plug frotándome la próstata. Paso la mano suavemente por su fuerte espalda, después me inclino y le doy un beso entre los hombros y me retiro de nuevo. —Me gusta que esto te guste —murmuro—. Ese sexy culo en el aire. Teniéndote a mi merced. Escuchándote suplicar. Suspira. 200 —Eres un sádico. Riendo, aumento el ritmo. Tres, cuatro golpes desesperados antes de que vuelva abajar el ritmo, lo que provoca que salga un gemido estrangulado de sus labios. —Necesitas aprender a tener un poco de paciencia —le comento. Pero, mierda, me estoy burlando de mí mismo tanto como de él. Tengo las pelotas tan tirantes que duele, hormigueando con los signos reveladores de una liberación inminente. —Que le den a la paciencia —farfulla—. Quiero correrme. —Enfurruñarte no ayudará a tu causa, amigo. —¿No? ¿Qué tal esto? —Empuja su trasero contra mí y empieza a follarme la polla, rápido y codicioso. Maldita sea. No hay forma que pueda contenerme ahora. Es muy bueno. Estoy demasiado cachondo. Hundo los dedos en sus caderas y golpeo en él, cada profundo golpe enviándome más y más cerca del borde. Nuestras respiraciones se hacen pesadas mientras nuestros cuerpos se golpean, pero necesito moverme. Necesito... le pongo las manos en el pecho y lo levanto, así su espalda esta aplastada contra mí. El nuevo ángulo lo hace gimotear de placer y luego, gira la cabeza hacia mí y nuestros labios se encuentran en un beso abrasador que me nubla la mente. Estamos unidos de cada forma posible. Mi polla en su interior, nuestras lenguas fusionadas, su poderoso cuerpo presionándose contra el mío. Estiro el brazo y tomo su erección, ralentizando el movimiento de mis caderas. Lo acaricio con largos y relajados golpes que combina con los lánguidos empujones de mi polla. —No me correré hasta que lo hagas —susurro. Luego le meto la lengua en la boca y chupo su perforación en la lengua. Eso es todo lo que necesita para correrse sobre mi mano. Wes jadea por aire. Su culo se aprieta alrededor de mi polla, estrujándome tan fuerte que disparo un orgasmo que siento en la punta de los dedos y la planta de los pies. Me dejo llevar, rodeando con los brazos el fuerte pecho de mi novio mientras me vengo en su interior. Ambos estamos temblorosos, así que me aparto y lo tiro en el sofá. Colapsa a mi lado, su cabello oscuro haciéndome cosquillas en la barbilla mientras nos tumbamos allí, recuperándonos de otra ronda de sexo espectacular. No creo que me acostumbre jamás a lo bueno que es el sexo. De repente Wes se ríe. —Gracias a Dios por el sofá con condón. —¿Qué...? —Sonrío cuando me doy cuenta de a qué se refiere—. Eso de a pelo es un poco sucio, ¿eh? —Lo sucio es divertido. —Su respiración me golpea en el hombro—. Pero una vez que quitemos el plástico, probablemente deberíamos extender una toalla o algo si vamos a follar en este sofá. —¿Sí? —Por la forma que lo hacemos, no habrá una sola superficie de este apartamento en la que no hayamos follado. Su vuelve a reír, deja salir un suspiro satisfecho y se acurruca aún más. 201 Da la casualidad que dormir en un sofá envuelto en plástico no es cómodo. Así que nos damos una rápida ducha juntos, luego nos tumbamos en la cama. Estamos mojados, por supuesto, y nuestro cabello está goteando. —Estoy empezando a entender lo que dices sobre las toallas —comenta Wes mientras beso una gota de agua en su hombro. —Ahora lo entiende —susurro y luego busco más gotas en su piel tatuada. Lamo la barra de su ceja y el ligero sabor metálico me hace estremecerme. Me encanta tener a mi propio chico malo personal en la cama conmigo. Wes me acaricia relajadamente la espalda y es divino. —Necesitamos toallas y un plug para ti. Así puedes caminar un kilómetro y medio en mis cachondos zapatos. —Sin embargo, eso es caliente —coincido—. Maldita sea. Pasa una mano por mi cabello húmedo. —Me alegra que te guste. Quería hacerlo más fácil para ti. —¿Qué? —Hay algo serio en su tono, así que dejo de besarlo en todas partes para mirarlo a los ojos—. ¿Más fácil? Pero aparta la mirada. —Ya sabes. Más fácil. Cuando estabas con mujeres, no les tomaba una puta hora prepararse para el sexo. Una risa crece en mi garganta, pero la reprimo porque su expresión es muy seria. —¿Con cuántas mujeres has follado, Wes? Con timidez, alza un dedo. Por un segundo estoy sorprendido, hasta que recuerdo el verano en que teníamos dieciséis años, cuando Wes había aparecido en el campamento y admitió que había perdido la virginidad. De todos modos, conseguir detalles de él había sido como arrancarle un diente. Ahora sé por qué. —Cierto, una. Y ambos eran muy inexpertos como para saber qué estaban haciendo. —Me encojo de hombros—. Muchas mujeres necesitan mucho precalentamiento. Así que tengo que pedir falta técnica aquí, simplemente por las normas. Pero además, esa no es la cuestión. Tenemos muchos rápidos y sucios momentos. Eso es para lo que están las mamadas. Me da una débil sonrisa. —Seguro. Pero... —¿Pero qué? —Bueno, nunca seré capaz de darte todo lo que quieres. Ah. —Hombre, para. No estoy suspirando por un coño. —Eso sonó mucho más divertido saliendo de mi boca de lo que esperaba, así que ambos nos reímos—. Aunque hablo en serio. Disfruté con las mujeres, pero nunca estuve enamorado de ninguna. —Cada vez que lo digo parece más obvio. Y cada vez que lo digo, el rostro de Wes se suaviza—. ¿Puedes prometerme que no te preocuparás por esto? Porque no hay forma de que pueda demostrártelo, excepto teniendo un montón de sexo contigo. 202 —Eso funciona. —Su sonrisa presumida está de vuelta y estoy contento de verla. —Bien. —Me giro y me acomodo en su contra—. Dentro de poco tengo que comprobar mi página de Facebook. —¿Por qué? Se me revuelve el estómago sólo de pensarlo. ellos. —Mañana es la comida de los domingos, ¿verdad? Así que salí del armario hoy para —¿En Facebook? —grita. Estiro el brazo y le pellizco el trasero. —¿Me das un poco de crédito? Mi familia tiene un grupo privado. Sólo los chicos, sus esposos y mis padres. Ni siquiera les dije tu apellido. Está muy callado a mi espalda, pero su mano traza pequeños círculos en mi espalda. —¿Estás preocupado? —pregunta al fin. Esa es una pregunta justa. —No realmente. No se van a volver locos por el hecho de que eres un chico. Pero puede ser como: ¿Por qué no nos lo contaste? ¿Es por eso que rechazaste la NHL? ¿Y por qué dejaste el país? No me gusta que me interroguen. —¿Cuándo lo posteaste? —Esta mañana antes de que saliéramos a desayunar. Hace como unas cinco horas. Ahora mismo es la una de la tarde en Cali. Probablemente lo han visto. —Ve por tu teléfono —susurra. Wes Espero en la cama, rezando extrañamente por Jamie. Es posiblemente la persona más despreocupada que he conocido jamás. Amo eso de él. Pero lo hace vulnerable. La gente puede ser una mierda sobre cosas más insignificantes que su hermano teniendo una relación homosexual. Si alguien le ha dicho algo desagradable a Jamie en esa página de Facebook, probablemente golpearé algo. Aunque no regresa. Y luego escucho un gemido desde el salón. Eso hace que me levante y corra por el apartamento. Encuentro a Jamie sentado en el borde del sofá condón, con el rostro entre las manos. Se me revuelve el estómago. No quiero eso para Jamie. Me llevó cuatro años reponerme de la reacción de mis padres ante mi salida del armario. Demonios, probablemente aún no lo he superado. Me ofrece su teléfono y lo tomo con una mano temblorosa. 203 Su publicación es puramente Jamie: Hola a todos. Me siento como un canalla haciendo esto por Facebook, pero no puedo ponerme en contacto con todos para mañana. De todas formas, van a hablar sobre mí el domingo. Y en caso de que piensen que me han pirateado la cuenta, no fue así. Como prueba confesaré que fui yo el que rompió el ángel del árbol de Navidad de mamá cuando tenía siete años. Murió por una pelota de béisbol, pero juro que no sufrió. En fin, tengo que ponerlos al corriente de unos cuantos acontecimientos. He tomado un trabajo como entrenador en Toronto y he rechazado mi puesto en Detroit. Este parece el movimiento correcto para mi trayectoria profesional, pero hay algo más. Estoy viviendo con mi novio —no es una errata—. Se llama Wes y nos conocimos en Lake Placid hace unos nueve años. En caso de que carezcan de un tema sobre el que hablar en la cena, he arreglado ese problema. Los amos a todos. Jamie Bajo la publicación hay una selfie que nos tomamos ayer. Estamos en nuestra nueva cocina y los comestibles que acabábamos de comprar están desparramados alrededor. Jamie se está burlando de mí por mis hábitos de compra y yo le estaba diciendo alguna mierda. No recuerdo qué. Pero habíamos inclinado nuestras cabezas juntas y le estoy poniendo los cuernos. Simplemente parecemos jodidamente felices, prácticamente no me reconozco. Me desplazo hacia abajo, a los comentarios y se me revuelve el estómago con miedo. Joe: ODM. Jamester, ¿en serio? No acabas de confesar que sales con un fan de los Patriot. Eso es un pecado, hermanito. Temo por tu alma inmortal. Miro la fotografía y es bastante claro que llevo puesto mi camiseta de la Victoria de la Super Bowl del 2015. Ups. Tammy: ¡Joe, mierda! No le escuches Jamie. Tu novio es caliente. Y Jess me debe veinte dólares. Brady: Voy a tener que ponerme de parte de Joe en esto. ¿Qué si en Acción de Gracias se menciona el fútbol? ¡Si tu novio quiere hablar de pelotas va a ser raro! Joe: *Chócala Brady* Jess: ¡No te debo veinte dólares! Dijiste que estaba abatido por una CHICA. Tammy: Dije una “relación”. Jess: *cof* *cof* *una mierda* Sñra Canning: ¡Jess, lenguaje! Jamie, cariño, ¿cuándo vas a traer a tu novio a la comida del domingo? ¿Y eso de la parte de atrás son Doritos? ¿Hay Whole Foods en Canadá? Voy a mirar en su página web y mandarte la dirección. Sñra Canning: Y gracias por contarme lo del ángel. Aunque, sabía que fuiste tú, cielo. Nunca has sido buen mentiroso. Scotty: Jamie, papá no recuerda su clave de Facebook. Pero me pide que te diga que te ama sin importar qué y blablablá. Ahí es cuando resoplo y Jamie levanta a mirada. —Son bastante ridículos, ¿verdad? —Creo que son... —Tengo que tragar saliva con fuerza, porque estoy muy feliz con él—. Creo que son geniales. Se encoge de hombros. 204 —Me pasé toda mi vida tratando de ser diferente del grupo. Lo juro por Dios, podría asegurar que quiero vivir como un yeti vampiro transexual y seguirían diciendo: “Oh, Jamie. Eres tan mono”. Es un reto para mí volver a tragar saliva, pero esta vez por el enorme nudo obstruyendo mi garganta. Como siempre, Jamie nota mi angustia. Este hombre me conoce, por dentro y por fuera. Siempre lo ha hecho. —¿Qué está mal? —Nada está mal. Es solo... —hablo a través del nudo—. Eres realmente afortunado, Canning. Tu familia te ama. Quiero decir, realmente te ama y no solo porque son familia y tienen que amarte. Sus ojos marrones se suavizan. Sé qué está pensando en mi familia, pero no le doy la oportunidad de excusar a mis padres. —Mi madre es una esposa trofeo —explico abruptamente—. Y yo soy un hijo trofeo. Ninguno de mis padres me vio nunca como otra cosa y nunca lo harán. Eso... apesta. Jamie me acerca a él. —Sí, apesta —coincide—. Pero aquí está la clave con la familia, Ryan... la sangre no significa una mierda. Simplemente necesitas rodearte con gente que te ame y ellos se convierten en tu familia. Me hundo a su lado en el sofá, el plástico se arruga bajo mi calzoncillo. Me rodea con un brazo musculoso, luego pasa sus labios por mi frente. —Soy tu familia, cariño. —Me quita el teléfono de la mano y golpea la pantalla—. ¿Y estos locos maníacos? Serán tu familia si les dejas. Quiero decir, a veces te llevarán plátanos, pero confía en mí cuando digo que merece la pena completamente. Le creo. —No puedo esperar a conocerlos —susurro. Mueve la boca por todo el borde de mi mandíbula antes de cernirse sobre mis labios. —Van a amarte. —Me besa, lento y dulce—. Yo te amo. Le acaricio el labio inferior con el pulgar. —Te he amado cada verano desde que tenía trece años. Ahora te amo incluso más. Nuestros labios están a milímetro de volverse a encontrar cuando menciona: —Necesito saber algo y tienes que prometerme ser sincero. —Siempre soy honesto contigo —protesto. tiro? —Bien. Te tomaré la palabra. —Sus hermosos ojos marrones brillan—. ¿Lanzaste el Sé exactamente a qué tiro se refiere. Me tiemblan los labios, así que los presiono para evitar sonreír. —¿Y bien? Me encojo de hombros. —Wesley... —Ahora hay una nota de advertencia en su tono—. Cuéntame qué pasó durante ese tiro. 205 —Bien —titubeo—. Realmente no lo sé. Estaba aterrorizado de ganar, porque sabía que te habría sacado del apuro. Y estaba aterrorizado de perder, porque tenía muchísimas ganas de tocarte y estaba asustado de que te dieses cuenta. Su rostro está lleno de compasión, pero ya no lo necesito. Ahora hay agua bajo el puente. Me inclino y le beso a nariz. —Entonces, ¿esos dos últimos tiros? A penas recuerdo qué pasó. Estaba en plan, ¡Jesús, toma el mando! Jamie se ríe de mí. Luego me besa. Cierro las manos en su nuca y lo acerco más. Piel caliente se desliza contra mí y sé que estoy en casa. Porque casa es él. Acción de Gracias. Wes —¡Ryan Theodore Wesley! ¡Suelta ahora mismo ese cuchillo! Me congelo como una escultura de hielo mientras la madre de Jamie se acerca a mí, con una mano en la cadera, la otra señalando el cuchillo de chef en mi mano. —¿Quién te enseñó a cortar cebolla? —demanda. —Umm... —Miro a Cindy Canning a los ojos—. Bueno, esa en una pregunta trampa. Nadie me enseñó de por sí. Mis padres tienen una cocinera que va cuatro veces a la semana para preparar comidas y... espera, lo siento, ¿me llamaste Ryan Theodore? Ondea la mano como si la pregunta fuese intranscendente. —No sé tu segundo nombre así que tuve que inventarme uno. Porque, cielo, realmente necesitas que te llame por tu nombre completo por espachurrar esas pobres cebollas. 206 No puedo retener la risa que se escapa de mi boca. La madre de Jamie es tan jodidamente increíble. Estoy mucho más relajado en su cocina de lo que esperaba. Jamie y yo llegamos a California hace dos días, pero como tuve un partido la primera noche, Jamie se fue a casa de sus padres mientras yo me quedé en el hotel con mis compañeros de equipo. Después de que el equipo aplastase a San Antonio, hice la rueda de prensa post-partido de siempre y después, ayer por la mañana me acerqué en auto a San Rafael para unirme a Jamie y su familia. La gran comida de festividad de hoy será la verdadera prueba de su aceptación. Ya he conocido a los padres de Jamie y un hermano. Hasta ahora todo bien. —Se necesita cortarlas en trozos pequeños —me explica Cindy. Me golpea el trasero para que me aparte, luego toma mi lugar—. Siéntate en el mostrador. Puedes observar mientras corto. Toma notas si lo necesitas. Le sonrío. —Supongo que Jamie no te contó lo mal que se me da la cocina, ¿no? —Ciertamente no. —Me da una mirada severa—. Pero tendrás que aprender, porque no puedo pasarme todo el tiempo preocupándome de que mi bebé no está siendo alimentado allí en Siberia. —Toronto —corrijo con un bufido—. Y estoy seguro de que puedes adivinar que es él quien me está alimentando. Ahora que le temporada de hockey está en camino, la vida es increíblemente agitada. El entrenamiento es brutal y nuestro horario es agotador. Aunque Jamie es mi roca. Viene a todos mis partidos locales y cuando me arrastro agotado a casa desde el aeropuerto después de un partido fuera, me está esperando allí para masajearme los hombros, meterme comida por la garganta o follarme hasta que no puedo ver claro. Nuestro apartamento es mi lugar seguro, mi paraíso. Ni siquiera puedo creer que consideré intentar hacer mi sesión de novato sin él. Es fácil averiguar de quién sacó ese gen maternal, porque su madre ha estado mimándome todo el día. Otro resoplido suena desde la puerta y el padre de Jamie entra en la cocina. —Toronto —repite—. ¿Qué tipo de ciudad no tiene un equipo de fútbol? Explícamelo, Wes. —Tienen uno —señalo—. Los Argonauts. Richard entrecierra los ojos. —¿Es un equipo de la NFL? —Bueno, no, es de la CFL, pero... —Entonces no tienen un equipo —asegura con firmeza. Sofoco una risa. Jamie me advirtió que su familia era fanática del fútbol, pero realmente pensé que estaba exagerando. —¿Dónde está Jamie? —Richard mira alrededor de la cocina como si esperase que Jamie apareciese de un armario. —Fue a buscar a Jess —informa Cindy a su marido—. Quiere tomar un par de copas esta noche, así que va a dejar el auto en casa. 207 Richard asiente con aprobación. —Buena chica —alaba, como si de algún modo Jess pudiese oírlo desde el otro lado de la ciudad. Tengo que admitir que estaba aterrorizado de conocer a la familia de Jamie. Quiero decir, ya sé que son buenas personas. ¿Pero un padre y tres hermanos mayores? Tenía este miedo punzante de que me odiarían desde un principio. Ya sabes, por ser el tipo que se está follando a su bebé. Pero el padre de Jamie ha sido genial y ya he conocido a Scott, que se está quedando aquí en la casa. Los tres fuimos a tomar unas cervezas a un bar de deportes anoche y cuando se emitieron en televisión las jugadas destacadas de los partidos del día anterior, Scott había golpeado las manos contra la mesa y chillado “Ese es mi hermano” cada vez que yo aparecía en pantalla. ¿Y cuándo apareció en pantalla el gol que marqué en el último segundo? Jamie y Scott se volvieron locos. Sí, mi primer gol en la NHL. Aún estaba extasiado por ello. Este pasado mes, he estado teniendo más y más tiempo de juego; la pasada noche fue un record para mí, doce minutos en el hielo y un gol por mis esfuerzos. La vida es buena. Muy buena. De hecho, me estoy sintiendo más generoso de lo normal, que es el por qué me bajo del taburete y comento: —¿Me perdonan un momento? Tengo que llamar a mis padres para desearles un feliz Acción de gracias. La madre de Jamie me sonríe. —Oh, eso es muy dulce de tu parte. Ve. Me escabullo y saco el teléfono del bolsillo. Joder, aún estoy sonriendo mientras llamo al número de mis padres en Boston. Aun así, dejo de hacerlo rápidamente. Como siempre que escucho la voz de mi padre. —Hola, papá —saludo bruscamente—. ¿Es un buen momento? —En realidad, no. Tu madre y yo estamos a punto de salir. Tenemos una reserva para las seis. Por supuesto. El único momento en que mi familia compartió una comida de Acción de gracias en casa fue el año en que el presidente de la firma de corretaje de mi padre se estaba divorciando. El tipo no tenía dónde ir, así que se invitó a sí mismo a nuestra casa; mi madre contrató a un catering para que nos cocinases un puto banquete. —¿Qué querías, Ryan? —pregunta rápidamente. —Yo... solo quería desearles Feliz Acción de gracias —murmuro. —Oh. Bueno, gracias. Lo mismo digo, hijo. Desconecta la llamada. Sin ni siquiera poner a mi madre al teléfono. De nuevo, está hablando por los dos. Miro el teléfono un largo tiempo después de que colgase, preguntándome qué hice en otra vida para perder tan magníficamente en la lotería de padres. Pero el pensamiento depresivo no tiene tiempo para arraigarse, porque le puerta de entrada se abre de repente y soy asaltado con ruido. Pasos. Voces. Risas altas y chillidos de felicidad. Suena como si todo un pelotón ha entrado en la casa. Lo que es bastante parecido, porque santo Dios, la familia de Jamie es enorme. 208 Siento una extraña oleada de nervios en el pecho. En poco tiempo, estoy rodeado, siendo empujado en todas direcciones y abrazado por gente que no he conocido en mi vida. Las presentaciones suenan alrededor, pero apenas puedo seguir el ritmo con los nombres. Estoy demasiado ocupado respondiendo todas las preguntas que me arrojan como instantáneas. —¿Te enseñó Jamester la casa? —Sí. —¿Mamá te ha enseñado las fotografías de Halloween cuando Jamie se disfrazó de berenjena? —No, pero eso debería ser corregido inmediatamente. —¿Consigues una bonificación de dinero cada vez que marcas un gol? —Um... —¿Estás enamorado de mi hermano? —¡Tammy! —farfulla Jamie cuando su hermana mayor pronuncia esa pregunta. Alzó la mirada y lo encuentro entre la multitud y es como si el sol acabase de salir. Solo ha pasado una hora desde que lo vi, pero tiene el mismo maldito efecto en mí todo el tiempo. Solía luchar contra mi reacción a él, pero ya no lo hago. Y es más sorprendente que la forma en que su familia parece dispuesta a abrazar al completo extraño que está conviviendo con su hermano. A no ser que sean muy buenos actores. Jamie se desliza entre sus hermanos y me rodea los hombros con un brazo. —Dejas al pobre chico en paz, ¿sí? Llegó aquí ayer. Su hermano Joe resopla. —¿Crees que vamos a ponerle las cosas fáciles porque ha estado aquí solo un día? ¿No nos conoces? Jess se mete entre Jamie y yo y me toma del brazo. —Vamos, Wes, consigámoste una copa. Encuentro más fácil tolerar a este cretino cuando estás borracho. Me rio mientras me arrastra al salón, pero la madre de Jamie grita desde la cocina mientras pasamos al lado: —¡Jessica necesito a Wes! A Jamie también. Puedes atacar la licorera después. —No iba a atacar la... —Jess se detiene de repente y se gira hacia mí, suspirando con derrota—. Juro que esa mujer es una lectora de mentes. Me hacen entrar en la cocina de nuevo, excepto que esta vez Jamie está a mi lado. Mientras su madre nos hace gestos de que esperemos, acerca su boca a mi oído y susurra: —¿Estamos divirtiéndonos? —Sí —contesto con sinceridad. Porque, joder, el clan Canning ha sido genial. Tal vez puedo dejar de preocuparme tanto. Quizás hay un lugar en el mundo donde no tengo que demostrar algo todo el tiempo. De acuerdo, dos lugares. Porque la vida en cierto piso de Toronto también está yendo realmente bien. —De acuerdo, chicos, aquí están sus regalos por la inauguración de la casa. Levanto la mirada y veo a la madre de Jamie dejando dos cajas de regalo en el mostrador. Una pone “Jamie” en la etiqueta y la otra “Ryan”. —Aww —dice Jamie—. No tenías que hacerlo. 209 —Mi último pájaro ha volado del nido. —Cindy suspira—. Si no puedo ver su apartamento, al menos puedo darles una pequeña cosa para él. —Puedes verlo —me escucho ofrecer—. Ven a visitarnos. Entonces Jamie y yo nos miramos a los ojos, hay humor en los suyos. Tal vez está pensando lo mismo que yo, si su madre nos visita, tendremos que esconder todos los juguetes sexuales en el armario del baño. —¡Lo haré! —comenta alegremente—. ¡Ahora, ábranlos! Los hermanos nos rodearon mientras abríamos nuestras cajas. Quito la tapa y aparto papel tisú. Y saco una preciosa taza de café hecha a mano. Pone “SUYO” en el lado. Escucho una risa y observo el regalo de Jamie. Otra taza que pone “SUYO”. —¡Mamá! —se queja Jess—. ¡La cuestión de las tazas etiquetadas es que cada uno sepa cuál es la suya! Deberías haber puesto sus iniciales. —Pero eso no me divertiría —explica su madre, sonriendo. —Gracias. —Sofoco una risa mientras mi novio de ríe. Giro la taza en mis manos, imaginando a Cindy haciéndola para mí en el estudio de cerámica. El vidrio es lustroso y brillante, ancho y sólido en mis manos. Es hermosa y recibirla de ella se siente como un carnet de socio para un club al que realmente quiero pertenecer. Tomándola desde abajo, le di la vuelta para ver si estaba firmada. Casi, hay algo grabado en el fondo. Tengo que fijarme bien para leer las pequeñas letras. Querido Ryan, gracias por hacer a Jamie tan feliz Te ama y así lo hacemos nosotros. Bienvenido al clan Canning. Oh, hombre. Hay una quemazón en la parte de atrás de mi garganta y me concentro duramente en volver a poner la taza en la caja. Paso más tiempo del necesario poniendo el papel tisú alrededor con el cuidado de alguien que está haciendo neurocirugía. Cuando finalmente estoy preparado para levantar la mirada, la madre de Jamie está esperando por mí. La cálida mirada en sus ojos hace la quemazón aún peor. Trato de darle una sonrisa casual, pero no soy capaz. Nunca nadie me ha dicho nada tan dulce. Nadie excepto Jamie. Como si lo hubiese convocado, una cálida mano se desliza por mi espalda baja. Ajusto un poco mi posición, apoyándome en esa mano. Cindy aún nos está mirando. Me da un rápido guiño que sé que es solo para mí. Luego, rápidamente, su rostro se pone serio. Choca las manos. —¡De acuerdo tropa! ¡El pavo está en el horno, pero aún hay cosas por hacer! Necesito que alguien saltee las verduras para el relleno. Necesito que alguien encienda la parrilla. ¡Necesito dos personas para batir la crema! Y el resto salgan de mi cocina. Sin dejar de hablar, los Canning se mueven por la cocina, abren y cierran armarios y reparten botellas de cerveza. Aunque Jamie no se aparta de mi lado. Él y yo somos el ojo de un agradable huracán familiar. Y espero que nunca pase la tormenta. Fin... 210 Us (Him #2) ¿Pueden tus jugadores de hockey favoritos acabar su primera temporada juntos invictos? Cinco meses en la NHL, Ryan Wesley está teniendo una temporada de novato rompe records. Está viviendo su sueño jugando al hockey profesional y volviendo a casa cada noche con el hombre que ama, Jamie Canning, su viejo mejor amigo convertido en novio. Solo hay un problema: la relación más importante de su vida es una que tiene que mantenerse escondida, o al menos, de cara a la tormenta de medios que eclipsaría su éxito en el hielo. 211 Jamie ama a Wes. Real y verdaderamente lo hace. Pero esconderse apesta. No es la vida que Jamie había imaginado para sí mismo y la tensión de mantener su secreto le está pasando factura. No ayuda que su nuevo trabajo no esté yendo tan lisamente como había esperado, pero sabe que puede atravesarlo mientras tenga a Wes. Al menos el apartamento 10B es su refugio, donde siempre pueden ser ellos mismos. ¿Pueden? Cuando el compañero de equipo más entrometido de Wes se muda al piso de arriba, los hilos de su mentira tejida con cuidado comienzan a desenredarse. Con el mundo exterior determinado a lanzarles su mejor tiro, ¿pueden Wes y Jamie desarrollar habilidades en las relaciones en las grandes ligas sobre la marcha? Aviso: contiene situaciones sexuales, una silla vibratoria, momentos excitantes a larga distancia y una prueba de que los jugadores de hockey lucen calientes en cualquier tono de verde. Sarina Bowen es autora de éxito en EE.UU. Hoy en día está llena de ideas, Le encanta escribir sobre Parejas contemporáneo angustioso y ficción New adulto. Vive en los bosques de Vermont. Es la autora de The Ivy Years, una serie premiada por el paisaje marcado por el equipo de hockey en un colegio de élite de Connecticut. Además, de la serie Gravity. y Us. Con Elle Kennedy, Sarina es la autora de Him 212 Elle Kennedy A New York Times, EE.UU. Hoy en día y Wall Street Journal es una exitosa escritora, creció en los suburbios de Toronto, Ontario, y tiene una B.A. en Inglés de la Universidad de York. Desde muy temprana edad, sabía que quería ser escritora, y comenzó activamente a perseguir ese sueño cuando era una adolescente. Actualmente escribe para varias editoriales. Ella ama las heroínas y héroes fuertes alfas atractivos, y sólo con el suficiente calor y el peligro para mantener las cosas interesantes!! 213 Him Sarina Bowen Elle Kennedy Contents HIM Praise for HIM Dedication 1. APRIL 2. Jamie 3. Wes 4. Jamie 5. Wes 6. Jamie 7. Wes 8. JUNE 9. Wes 10. Jamie 11. Wes 12. Jamie 13. Jamie 14. Wes 15. Jamie 16. Wes 17. Jamie 18. Wes 19. Jamie 20. Wes 21. Jamie 22. Wes 23. Wes 24. Jamie 25. Wes 26. JULY 27. Wes 28. Jamie 29. Wes 30. Jamie 31. Wes 32. Jamie 33. Wes 34. Jamie 35. Wes 36. Jamie 37. Wes 38. AUGUST 39. Jamie 40. Jamie 41. Wes EPILOGUE Need More? Copyright HIM They don’t play for the same team. Or do they? Jamie Canning has never been able to figure out how he lost his closest friend. Four years ago, his tattooed, wise-cracking, rule-breaking roommate cut him off without an explanation. So what if things got a little weird on the last night of hockey camp the summer they were eighteen? It was just a little drunken foolishness. Nobody died. Ryan Wesley’s biggest regret is coaxing his very straight friend into a bet that pushed the boundaries of their relationship. Now, with their college teams set to face off at the national championship, he’ll finally get a chance to apologize. But all it takes is one look at his longtime crush, and the ache is stronger than ever. Jamie has waited a long time for answers, but walks away with only more questions—can one night of sex ruin a friendship? If not, how about six more weeks of it? When Wesley turns up to coach alongside Jamie for one more hot summer at camp, Jamie has a few things to discover about his old friend...and a big one to learn about himself. Praise for HIM “I read HIM in one sitting—it’s so, so good! If I had to pick two authors who I’d have team up, it would be Bowen and Kennedy” — #1 New York Times bestselling author Colleen Hoover “HIM is everything I didn’t realize I was missing on my bookshelf. I’m not much of an m/m reader but I couldn’t help but fall in love. Must read this summer!” — Dear Author HIM is dedicated to our friends in The Locker Room! We are so lucky to know all of you. Love, Sarina & Elle 1 APRIL Wes The coffee shop line is a little long, but I know I’ll make it to the rink on time. Some weeks just click. Over the weekend, my hockey team clinched the first two rounds of the NCAA playoffs, and now we’re headed to the Frozen Four. I somehow got a B-minus on a history paper I wrote in an exhaustion-induced coma. And my spidey sense tells me the guy in front of me won’t order a complicated drink. I can tell from his clothes he’s a simple man. Things are going my way right now. I’m in the zone. My skates are sharp, and the ice is smooth. The line advances so Dull Guy can order. “Small breakfast blend. Black.” See that? It’s my turn a minute later, but when I open my mouth to order, the young barista lets out a fangirl shriek. “Omigod, Ryan Wesley! Congratulations!” I don’t know her. But the jacket I’m wearing makes me a rock star, at least for this week. “Thanks, doll. Could I please get a double espresso?” “Right away!” She barks out my drink order to her colleague, adding, “Make it snappy! We’ve got a championship to win here!” And wouldn’t you know? She refuses my five-dollar bill. I shove it in the tip jar, then haul my ass outside and head for the rink. I’m in a stupendous fucking mood as I stroll into the screening room at the team’s top-notch facility on the Northern Mass campus. I love hockey. Fucking love it. I’m heading for the pros in a few short months and I can’t frickin’ wait. “Ladies,” I greet my teammates as I flop into my usual seat. The rows are set up in a semi-circle facing the massive screen at the head of the room. The chairs are padded leather. Yup¸ Division I luxury at its finest. I shift my gaze to Landon, one of our freshman D-men. “You’re looking kinda green, man.” I smirk. “Does your tum-tum still hurt?” Landon flips me the finger, but it’s a half-hearted gesture. He looks sick as hell, and I’m not surprised. Last I saw him, he was sucking on a bottle of whiskey like he was trying to make it come. “Dude, you should have seen him when we were walking home,” a junior named Donovan pipes up. “Stripped down to his tighty whities and trying to dry-hump that statue in front of the south library.” Everyone around us breaks out in laughter, including me—because either I’m wrong, or the statue in question happens to be a bronze horse. I call him Seabiscuit, but I think it’s just a memorial for some filthy-rich alumnus who made the Olympics equestrian team a hundred years ago. “You tried to ride Seabiscuit?” I grin at the freshman. Red splotches rise in his cheeks. “No,” he says sullenly. “Yes,” Donovan corrects. The cackling continues, but I’m now distracted by the smirk being aimed in my direction, courtesy of Shawn Cassel. I guess you could call Cassel my best friend. Of all my teammates, I’m closest to him, and yeah, we chill outside hockey, but “best friend” isn’t exactly a term I throw around often. I’ve got friends. I’ve got a shit ton of friends, actually. Can I honestly say any of them really know me? Probably not. But Cassel comes damn close. I roll my eyes at him. “What?” He shrugs. “Landon isn’t the only one who had a good time last night.” He’s lowered his voice, but it doesn’t really matter. Our teammates are too busy riding Landon about last night’s horse shenanigans. “Meaning?” His mouth twitches. “Meaning I saw you disappear with that meathead. You guys were still AWOL when Em finally dragged me home at two.” I raise one eyebrow. “I’m not seeing the problem.” “Isn’t one. Just didn’t realize you were corrupting the straight ones now.” Cassel’s the only guy on the team I ever discuss my sex life with. As the only gay hockey player I know, I walk a fine line. I mean, if someone brings it up, I’m not gonna clam up and scurry into the closet, but I don’t volunteer the information, either. Honestly, my sexual orientation is probably the worst-kept secret on this team. The guys know. The coaches know. They just don’t care. Cassel cares, but in a different way. He doesn’t give a shit that I like to fuck dudes. Nope, what he cares about is me. He’s told me on more than one occasion that he thinks I’m wasting my life moving from one anonymous encounter to another. “Who says he was straight?” I say mockingly. My buddy looks intrigued. “Seriously?” I arch a brow again, which makes him laugh. Truth is, I doubt the frat brother I hooked up with last night is gay. Bi-curious, more like it, and I won’t lie—that was the appeal. It’s easier to mess around with the ones who are gonna pretend you don’t exist in the morning. One night of no-strings fun, a BJ, a fuck, whatever their liquid courage allows them to try, and then they disappear. Act like they didn’t spend the hours leading up to it eyeing my tats and picturing my mouth around their dicks. Like they didn’t run their greedy hands all over my body and beg me to touch them. Hook-ups with gay guys are potentially more complicated. They might want more. Like commitment. Promises I’m unable to make. “Wait,” I demand when I register what he’d said before. “What do you mean Em dragged you home?” Cassel’s jaw tightens. “Exactly what it sounds like. She showed up at the frat house and dragged me out.” His features relax, but only slightly. “She was just worried about me, though. My cell died so I wasn’t answering any of her texts.” I say nothing. I’ve given up on trying to get Cassel to see the light about that chick. “I would’ve gotten trashed if she hadn’t shown up. So...uh, yeah, I guess it was cool of her to come get me before I got too wasted.” I bite my tongue. Nope, not getting involved in the man’s relationship. Just because Emily happens to be the clingiest, bitchiest, craziest chick I’ve ever met doesn’t give me the right to interfere. “Besides, I know how she feels about me partying. I shouldn’t have gone in the first place—” “You’re not fucking married,” I blurt out. Shit. So much for keeping my mouth shut. Cassel’s expression goes stricken. I hastily backpedal. “Sorry. Ah...forget I said that.” His cheeks hollow, jaw working as if he’s grinding his molars to dust. “No. I mean, shit. You’re right. We’re not married.” He mumbles something I can’t make out. “What?” “I said...not yet, anyway.” “Not yet?” I echo in horror. “For fuck’s sake, man, please, please tell me you aren’t engaged to that girl.” “No,” he says quickly. Then he lowers his voice again. “But she keeps saying how she wants me to propose.” Propose? The thought makes my skin crawl. Goddamn it, I’m gonna be the best man at their wedding, I just know it. Is it possible to make a wedding toast without acknowledging the bride? Luckily, Coach O’Connor marches into the room before this insane conversation with Cassel can make my mind spin any harder. The room falls silent at his entrance. Coach is...commanding. Nah. Make that terrifying. Six-five, perpetual scowl, and a head he shaves not because he’s balding, but because he just likes looking like a scary motherfucker. He starts off the meeting by reminding us—one by one—what each of us did wrong in practice yesterday. Which is completely unnecessary, because yesterday’s criticism still burns in my gut. I screwed up one of the faceoff drills, dropped passes I had no business dropping, missed on goal when I had an easy shot. It was just one of those crappy practices where nothing goes right, and I’ve already vowed to get my shit together when we hit the ice tomorrow. The post-season is down to just two fateful games, which means I need to stay sharp. I need to be focused. Northern Mass hasn’t won a Frozen Four championship in fifteen years, and as the leading scorer, I’m determined to seal this victory before I graduate. “All right, let’s get to it,” Coach announces after he’s finished telling us how much we suck. “We’re starting with this Rainier-Seattle game from last week.” As a frozen image of a college arena fills the huge screen, one of our left wings wrinkles his forehead. “Why are we starting with Rainier? We’re playing North Dakota in the first round.” “We’ll focus on North Dakota next time. Rainier is the one that worries me.” Coach touches the laptop on the desk and the image on the big screen unfreezes, the sound of the crowd echoing in the viewing room. “If we meet these guys in the final, we’re in for a world of hurt,” Coach says grimly. “I want you to watch this goalie. The kid’s sharp as a hawk. We need to find his weakness and exploit it.” My gaze focuses on the game in progress, resting on the black-and-orange uniformed goaltender manning the crease. He’s sharp, all right. Steady eyes assessing the field of play, his glove snapping shut as he stops the first goal slapped in his direction. He’s fast. Alert. “Watch the way he controls this rebound,” Coach orders as the opposing team takes another shot at goal. “Fluid. Controlled.” The longer I watch, the more uneasy I get. I can’t explain it. I have no clue why the hairs on the back of my neck are tingling. But something about the goalie makes my instincts hum. “He angles his body perfectly.” Coach sounds thoughtful, impressed almost. I’m impressed, too. I haven’t followed any of the west coast teams this season. I was too busy concentrating on the ones in our conference, studying the game tapes to find a way to beat them. But now that post-season is underway, it’s time to assess the teams we might face in the championship if we make it to the final round. I keep watching. Keep studying. Damn it, I like the way he plays. No, I know the way he plays. Recognition dawns on me at the same moment Coach says, “Kid’s name is—” Jamie Canning. “—Jamie Canning. He’s a senior.” Holy shit. Holy fucking shit. My body is no longer humming, but trembling. I’ve known for a while that Canning goes to Rainier, but when I checked up on him last season I found out he’d been relegated to backup goalie, replaced by some hotshot sophomore who was rumored to be unstoppable. When did Canning get the starting job back? I ain’t gonna lie—I used to keep tabs on the guy. But I stopped once it started to feel like borderline stalking. I mean, there’s no way he was keeping tabs on me, not after I torpedoed our friendship like an asshole. The memory of my selfish actions is like a fist to the gut. Fuck. I’d been a terrible friend to him. A terrible person. It was so much easier to deal with the shame when Canning was thousands of miles away, but now... Dread crawls up my throat. I’m going to see him in Boston during the tournament. I’ll probably even face off against him. It’s been nearly four years since I’ve seen or spoken to the guy. What the hell will I even say to him? How do you apologize to someone for cutting them out of your life without so much as an explanation? “His game is flawless,” Coach is saying. No, not flawless. He retreats too quickly—that was always a problem for him, scrambling back to the net when a shooter approached the blue line, giving them a better angle to shoot from. And he was always too pad-reliant, creating easy rebound opportunities for the offense. I have to bite my lip to keep from offering the information. It feels...wrong, I guess. Telling my teammates about Canning’s weaknesses. I should, though. I really should, because this is the Frozen fucking Four at stake here. Then again, it’s been years since I was on the ice with Canning. He could have tightened up his game since then. He might not even have those particular weaknesses anymore. I, on the other hand, do. I have the same damn weakness I’ve always had. It’s still there as I stare up at the big screen. As I watch Jamie Canning stop another dizzying slap shot. As I admire the grace and deadly precision with which he moves. My weakness is him. 2 Jamie “You’re awfully quiet this morning, even for you.” Holly’s fingers drift down my back, ending their journey on my bare ass. “Thinking deep thoughts about the Frozen Four?” “Yeah.” And it isn’t exactly a lie. I can guarantee that Friday’s trip to Boston is in the forefront of two dozen other players’ minds this morning. And about a zillion fans’. I have more than winning on my mind, though. Now that we were actually headed for the championship, it was time to come to terms with the idea that we might face Northern Mass. The star player of their team? None other than Ryan Wesley, my ex-best-friend. “What is it, sweetie?” Holly props herself up on an elbow to study me. She doesn’t usually stay over, but last night’s sex marathon had lasted until four a.m., and I would’ve felt like an ass hustling her into a cab that late. I’m not sure how I feel about having her curled up in bed beside me, though. Spectacular morning sex aside, her presence makes me uneasy. I’ve never lied to Holly about what this is—and what it isn’t. But I’ve had enough experience with chicks to know that when they agree to a friends-with-benefits arrangement, a part of them hopes one of those benefits will somehow be landing a boyfriend out of the deal. “Jamie?” she prompts. I push aside one set of troubling thoughts and replace them with another. “Have you ever been fired by a friend?” I hear myself ask. “What? Like...someone you worked for?” She has wide blue eyes, which always take me seriously. I shake my head. “No. The leading scorer on Northern Mass was my best friend in high school. And junior high, too. You know that hockey camp where I work in the summer?” “Elites?” She nods. “Yeah, good memory. Before I was a coach there, I was a camper. So was Wes. He was crazy.” I chuckle to myself just picturing his scruffy face. “The dude would do anything. There’s this toboggan chute in the center of town—in the winter you can sled down onto the frozen lake. But in the summer it’s closed, with a twelve-foot fence around it. He’s like, ‘Dude, after lights out we’re climbing that thing.’” Holly massages my chest with one of her soft hands. “Did you?” “Naturally. I was sure we were going to get busted and thrown out of camp. But nobody caught us. Wes was the only one smart enough to bring a towel to slide on, though. So I had burns on the backs of my thighs from sliding down that fucker.” Holly grins. “And I still wonder how many tourists had to delete the pictures they took of Mirror Lake. Whenever Wes saw a tourist lining up a shot, he would always drop his pants.” Page 2 Her grin turns into a giggle. “He sounds like fun.” “He was. And then he wasn’t.” “What happened?” I fold my hands behind my head, trying to appear casual despite the wave of discomfort sliding down my spine. “I don’t know. We were always competitive. Our last summer he challenged me to a contest...” I stop, because I never tell Holly the really personal stuff. “I don’t know what happened, exactly. He just cut off contact with me after that summer. He stopped responding to my texts. He just...fired me.” She kisses my neck. “Sounds like you’re still mad.” “I am,” I surprise myself by saying. If you’d asked me yesterday whether there was anything in my past that bothered me, I would have said no. But now that Ryan Wesley has parked his nutty ass back in my consciousness, I’m all churned up again. Goddamn him. I really don’t need this going into the toughest two games of my life. “And now you have to play him,” Holly muses. “It’s a lot of pressure.” She’s rubbing my hip now. I’m pretty sure she has some plans for the two of us involving a different kind of “pressure.” She’s looking for round two, but I don’t have the time. Catching her hand in mine, I give it a quick kiss. “Gotta get up. Sorry, babe. We’re watching tape in twenty minutes.” I swing my legs over the side of the bed and turn for an eyeful of Holly’s curves. My friend-with-benefits is sexy as hell, and my dick gives a little twitch of gratitude for the fun we already had. “Shame,” Holly says, rolling onto her back invitingly. “I don’t have class until this afternoon.” She runs her hands up her flat stomach and onto her tits. With her eyes locked on me, she gives her nipples a flick then licks her lips. My dick does not fail to notice. “You are evil and I hate you.” I grab my boxers off the floor and look away before I get all boned up again. She giggles. “I don’t like you at all, either.” “Uh-huh. Keep telling yourself that.” But then I clamp my lips together. Six weeks before graduation, it’s unwise to start even a playful conversation about how much Holly and I like each other. We’re strictly casual, but lately she’s been making noises about how much she’ll miss me next year. According to Holly, it’s only forty-three miles from Detroit, where I’ll be next year, to Ann Arbor, where she’ll be in med school. If she starts wondering aloud whether there are any apartments for rent halfway between those cities, I don’t know what I’m going to say. Yep. Not looking forward to that conversation. Sixty seconds later I’m dressed and heading for the door. “Are you cool letting yourself out?” “Yeah, it’s fine.” Her laughter stops me before I can turn the knob. “Not so fast, stud.” Holly gets up to kiss me goodbye, and I make myself stand still for a second and return it. “Later,” I whisper. It’s my standard goodbye. Today, though, I find myself wondering if there are other words she’s waiting to hear. But when the door closes on her, my head is somewhere else already. I sling my backpack over one shoulder and slip out into a misty April morning. Five days from now I’ll be on the east coast, trying to help my team clinch the national championship. Man, the Frozen Four is such a rush—I’ve been once before. It was two years ago, and I was the backup goalie instead of the starter. I didn’t play, and we didn’t win. I like to think those two things are related. This time it’ll be different. I’ll be waiting between the pipes, the last line of defense between the other team’s offense and the trophy. That’s enough pressure to freak out even the chillest goalie in college sports. But the fact that the other team’s star center is my ex-best friend who abruptly stopped talking to me? That is whack. I meet a handful of my teammates on the sidewalk as we all approach the rink. They’re laughing about somebody’s antics on the bus last night, joking and shoving each other through the glass doors and into the gleaming hallway. Rainier did a massive rink renovation a few years ago. It’s like a temple to hockey, with conference pennants and team photographs lining the walls. And that’s just the public area. We pause in front of a locked door so that Terry, a junior forward, can swipe his ID past the laser eye. The light flashes green and we push through to the opulent training area. I haven’t said a word to anyone yet, but I’ve never been as much of a smack-talker as the rest of them, so nobody calls me on it. In the team kitchen, I pour myself a cup of coffee and grab a blueberry muffin off the tray. This place makes me feel like a spoiled brat, but it’s useful when I’ve overslept. Ten minutes later we’re watching tape in the team video room, listening to Coach Wallace’s analysis. He’s at the podium wearing a little mic that amplifies his voice all the way to the back row. But I can’t hear him anyway. I’m too busy watching Ryan Wesley dart across the ice. I see clip after clip of Wes passing through the line of defense like smoke, creating scoring opportunities out of nothing but ice shavings and quick wits. “The number two offensive scorer in the nation, the kid has balls of steel,” our coach admits grudgingly. “And enough foot speed to make his opponents look like my ninety-seven-year-old granny.” Shot after unlikely shot flies into the net. Half the time the on-screen Wes doesn’t even have the good manners to look surprised. He just glides onward with the grace and ease of someone who’d practically been born with steel blades under his feet. “Like us, Northern Mass woulda made it to the finals last year, but they were hampered by injuries in the post-season,” Coach says. “They’re the team to beat...” The footage is mesmerizing. I’d first seen Wes skate the summer after seventh grade. At thirteen we all thought we were hot shit just for attending Elites, the world-class hockey training camp in Lake Placid, New York. Hear us roar—we were the best of the ragtag players on our club teams back home. We were the kids to beat during pond-hockey pick-up games. We were mostly ridiculous. But even my punk-ass junior-high self could see that Wes was different. I

was a little in awe of him from the first day of my first summer at Elites. Well, at least until I discovered what a cocky bastard he was. After that, I hated on him for a bit, but being assigned as roommates made it difficult to keep up my hatred. Six summers in a row, the best hockey I played was against the sharp-eyed, steel-wristed Ryan Wesley. I spent my days trying to keep up with his quick reflexes and his flying-saucer slapshots. When practice was over, he was even more of a challenge. Want to race to the top of the climbing wall? Ask Wes. Need a partner in crime to help you break into the camp freezer after hours? Wes is your man. The town of Lake Placid probably heaved a sigh of relief each August when camp was through. Everyone could finally go back to living normal lives that didn't include seeing Wes's bare ass in the lake every morning for his daily skinny-dipping sesh. Ladies and gentlemen: Ryan Wesley. Coach drones on at the front of the room while Wes and his teammates do their magic on-screen. The most fun I ever had at a rink was with him. Not that he never pissed me off. He did that hourly. But I can honestly look back on his challenges and taunts and see he'd made me a better player. Except for the last challenge he issued. I never should have accepted that one. "Last day," he'd taunted me, skating backward faster than most of us could skate forward. "You're still afraid to take me on in another shootout, huh? Still whimpering over the last one." "Bullshit." I wasn't afraid to lose to Wes. People usually did. But it was hard to shut out a shootout, and I already owed Wes a six-pack of beer. Trouble was, my bank account was drained. As the last of six kids, sending me to this fancy camp was all my parents could do for me. My lawn-mowing money had already been spent on ice cream and contraband./> If I lost a bet, I couldn't repay. Wes skated a backward circle around me so fast that it reminded me of the Tasmanian Devil. "Not for beer," he said, reading my thoughts. "My flask is full of Jack, thanks to the beating I gave Cooper yesterday. So the prize can be something different." He let out an evil laugh. "Like what?" Knowing Wes, it would involve some sort of public display of ridiculousness. Loser sings the national anthem while hanging brain on the town dock. Or something. I set up a row of pucks and prepared to shoot them. Whack, went the first one, just missing Wes as he went by in a blur. I set up my next shot. "Loser gives the winner a blowjob," he said just as I swung. I missed the fucking puck. Actually missed it. Wes cackled, skidding to a stop. Jesus Christ, the guy was good at fucking with my head. "You're hysterical." He stood there breathing hard from all that fast skating. "Think you can't win? Shouldn't matter what the prize is if you're confident." My back felt sweaty all of a sudden. He had me in an impossible position, and he knew it. If I refused the challenge, he won. Yet if I accepted, he had me rattled before the first puck even flew my way. I'd stood there like a moron, unsure what to do. "You and your mind games," I muttered. "Oh, Canning," Wes had chuckled. "Hockey is ninety percent mind games. I've been trying to teach you that for six years." "Fine," I'd said through clenched teeth. "You're on." He'd hooted through his facemask. "You look terrified already. This is gonna be rich." He's just fucking with you, I'd told myself. I could win a shootout. Then I'd turn the mind games back on him—I'd refuse the prize, of course. But then I could hold the fact that he owed me a BJ over his head. For years. It was as if a cartoon light bulb went off over my head. Two could do mind games. Why had I never realized this before? I'd lined up one more puck and shot it with great force right past Wes's arrogant smile. "This is going to be a piece of cake," I said. "How about we have this shootout, wherein I kick your ass, right after lunch? Before the end-of-camp scrimmage?" For the briefest moment his confidence slipped. I'm sure I saw it—the sudden flash of holy shit. "Perfect," he said eventually. "'Kay." I scooped up the last puck off the ice and flipped it in my glove. Then I skated away whistling, as if I didn't have a care in the world. That had been the last day of our friendship. And I never saw it coming. At the front of the room, a new reel is playing, this one highlighting North Dakota's offensive strategy. Coach is no longer thinking about Ryan Wesley. But I am. 3 Wes Boston's skyline comes into view from my bus window well before I'm ready. It's a mere ninety minutes from Northern Mass to TD Garden. The Frozen Four is always played at a neutral rink, but if anyone has a home-ice advantage this year, it's me. I'm from Boston, so playing in the Bruins' arena is my childhood fantasy come to life. Apparently it's my jackwad of a father's fantasy, too. Not only is he pumped up to invite all his asshole colleagues to my game, he can look like a hero on the cheap. He only has to spring for a limo, not a charter flight. "You know what I like best about this plan?" Cassel asks from the seat next to me as he flips through the itinerary our team manager passed out. "That this event is like the puck bunny world headquarters?" He snorts. "Okay, sure. But I was just going to say that they're putting us up at a nice hotel, not some sleazepit off the interstate." "True." Although the hotel, whatever it is, won't be nearly as grand as my family's Beacon Hill mansion a few miles away. I'd never say that, though. I'm not a snob, because I know opulence doesn't stamp out ignorance and unhappiness. Just ask my family. We spend the next half hour snarled in traffic, because that's just how it is in Boston. So it's almost five o'clock by the time we're finally unloading the bus. "The gear stays!" our student manager shouts. "Take only your luggage!" "We don't have to schlep our gear?" Cassel yelps. "Baby, I've arrived. Get used to this treatment, Wes." He elbows me. "Next year in Toronto you'll probably have a personal assistant to carry your stick around for you." It feels superstitious to talk about my NHL contract before the Frozen Four. So I change the subject. "That's awesome, dude. I love it when another guy holds my stick." "Teed that one up for you, didn't I?" he asks as we grab our duffels off the sidewalk where the red-faced driver has tossed them. "Sure did." I let Cassel enter the revolving door first just so I can grab the door by its handle and trap him inside. Stuck now, Cassel twists around to give me the finger. When I don't let go, he turns away and reaches for his belt buckle, setting up to moon me and whatever slice of Boston happens to be walking past the hotel on a windy April Friday. I let up on the door and give it a shove, smacking him in the not-yet-bare ass. Ah, hockey players. You really can't take us anywhere. Then we're in the shiny lobby. "How does the bar look?" I ask. "Open," Cassel answers. "That's really all that matters." "Truth." We find an out-of-the-way place to stand while we wait for the team manager to sort out the hotel rooms. But it's going to be a while. The lobby is busy and getting busier. Our end of the room has a distinctly green-and-white color scheme, with our Northern Mass jackets everywhere. But on the other end of the room another color catches my eye. It's orange. Specifically, the orange and black of another team's jackets. They're filing through the same doors we just entered, shoving each other and generally acting like testosterone hounds. It's all very familiar. And then the room tilts a little as my gaze locks onto a sandy-blond head. I only need the oblique view I've got to recognize the shape of his smile. Fuck me. Jamie Canning is staying at this hotel. My entire body tenses as I wait for him to turn his head. To look right at me. But he doesn't. He's too engrossed in conversation with one of his teammates, laughing at something the guy has just said. He used to laugh with me that way. I haven't forgotten the sound of Jamie's laughter. Deep and husky, melodic in a carefree kind of way. Nothing ever kept Jamie Canning down. He was the epitome of go-with-the-flow, probably because of his laidback California upbringing. I hadn't realized just how much I've missed him until this very moment. Go talk to him. The voice in my head is persistent, but I silence it by wrenching my gaze off Canning. With the colossal amount of guilt lodged in my chest, it's now become even more evident that I need to apologize to my old friend. But right this second I'm not ready. Not here, with all these people around. "It's fucking Grand Central Station in here," Cassel mutters. "Dude. There's an errand I need to run. Come with me?" I form this idea on the fly, but it's a good one. "Sure?" "Back door," I say, nudging him toward a nearby exit. Outside, I realize how close we are to Faneuil Hall and all the touristy crap they sell there. Perfect. "C'mon." I give Cassel a tug toward the first row of stores. "Forgot your toothbrush?" "Nah. I gotta buy a gift." "For who?" Cassel hefts his duffel higher on his shoulder. I hesitate. I've always kept my memories of Canning to myself. Because they're mine. For six weeks every summer, he was mine. "A friend," I finally admit. "One of the Rainier players." "A friend." Cassel's chuckle is low and dirty. "Trying to work out how to get laid after tomorrow's game? What kind of store are you taking me to?" Fucking Cassel. I should have left him in the crowded lobby. "Dude. It's not like that." Even if I wish it were. "This guy—Canning, their goalie—we used to be tight." I reluctantly add, "Until I wrecked it by being an ass." "You? Who woulda guessed." "I know, right?" I scan the row of storefronts. They're full of the Boston tourist crap that is usually invisible to me: toy lobsters, Bruins pennants, Freedom Trail T-shirts. Something here would definitely fit the bill for what I have in mind. "C'mon." I wave Cassel into the cheesiest store and start scanning the shelves. Everything is garish as hell. I pick up a bobblehead doll of Paul Revere and then put it down. "These are funny," Cassel says. He's holding a box of Red Sox condoms. I laugh before I think better of the idea. "True. But that's not what I'm looking for." Whatever I choose, it cannot have anything to do with sex. We used to send each other all sorts of gag gifts—the dirtier the better. But not this time. "May I help you?" The sales girl is dressed in colonial garb, complete with the bosom-squishing flouncy dress. "Sure you can, doll." I lean against the counter in the cockiest way possible, and her eyes open a little wider. "You got anything with kittens on it?" "Kittens?" Cassel chokes back a laugh. "What the hell for?" "His team is the tigers." Duh. "Sure!" Miss Betsy Ross perks up at the request, probably because this job is boring as fuck. "One sec." "What's the deal?" Cassel tosses the condoms down onto a table. "You never buy me prezzies." "Canning and I were summer camp friends. Tight, but we only saw each other for six weeks a year." A very intense six weeks. "You have friends like that?" Cassel shakes his head. "Me neither. Not before, and not since. But we didn't speak during the year. We texted, and we sent the box." Page 3 "The box?" "Yeah..." I scratch my chin. "I think it started on his birthday. He must have been turning…fourteen?" Christ. Were we ever that young? "I sent him this obnoxious purple jock strap. I put it in one of my dad's Cuban cigar boxes." I could still remember wrapping the box in brown paper and taping it all to hell so that it would get there in one piece. I'd hoped he'd open it in front of his friends and get embarrassed. "Here we go!" Betsy Ross returns to spread several things on the counter in front of me. She's found a Hello Kitty pencil box, a big plush cat wearing a Bruins T-shirt, and white boxers covered with kittens. "These." I push the boxers to her. Underwear hadn't been my goal, but the kittens are even the right shade of orange. "Now, for bonus points, I need a box. Cigar-shaped, if possible." She hesitates. "Gift boxes cost extra." "I'm good for it." I wink at her and she blushes a little. She's checking out my tats where they peek from the V-neck of my T-shirt. Can't blame her. Most women do. Better yet, men like 'em, too. "Let me see what I can find." She scurries off. I turn to Cassel, who's chewing his gum, watching me like I'm not making sense. "I still don't get it." Right. "So, a couple of months later I get the box in the mail. No note. It's just the box I sent him but it's filled to the top with purple Skittles." "Gross." "No, man. I fucking love purple Skittles. Took me a month to eat them, though. That's a lot of Skittles. And eventually I sent the box back." "With what?" "No idea. Don't remember." "What?" yelps Cassel. "I thought this story had a punchline." "Not so much." Huh. I didn't realize until right this second the gift inside wasn't that important. It was the act of sending it. I'd been just like every teenage kid going through the grind of school and practice and homework, communicating only by email and text and grunts. When that box showed up unannounced it was like Christmas, but better. My friend had thought about me and gone to the trouble. As we got older, the jokes got even more ridiculous. Fake poop. Whoopie cushions. A sign that prohibited farting. Stress balls shaped like boobs. The gift wasn't nearly as important as the fact that something was given. Now Betsy Ross is back with a gift box that's roughly the right size, even if it doesn't flip open at the top like our box used to. "That will do," I say, even though I'm disappointed. "So..." Cassel looks around the store, bored now. "You're sending him this one?" "Yeah. Our old one is probably at my house somewhere." If I weren't an asshole, I'd know where. "I broke the chain a few years ago. So this'll have to do." "I'm gonna text the manager and see if he's got hotel keys for us yet," Cassel says. "You do that." I'm watching Betsy Ross wrap the kitty boxers in some tissue paper, then tuck them in the box. "Need a card?" she asks, flashing me a smile and a better view of her cleavage. Those don't work on me, sweetheart. "Please." She passes me a sturdy square of cardstock and a pen. I write exactly one word on it and drop it into the box. There. I'll send this gift to Jamie's room in the hotel as soon as we get back. Then, when I can pull him aside somewhere quiet, I'll apologize. There's no way to undo the wreckage I'd wrought four years ago. I can't take back that ridiculous bet I'd forced on him or the very awkward result. If I could go back in time and restrain my stupid eighteen-year-old self from pulling that bullshit, I would do it in a heartbeat. But I can't. I can only man up and shake his hand and tell him it's good to see him. I can look into those brown eyes that always killed me and apologize for being such a dick. And then I can buy him a drink and try to go back to sports and smack-talk. Safe topics. The fact that he'd been the first guy I ever loved and the one who made me face some terrifying things about myself…well, all that will go unsaid. And then my team will kill his in the final. But that's just the way it is. 4 Jamie We're looking at a quiet night in the hotel—a fact I'm sure half my teammates are extremely unhappy about. Particularly the freshmen and sophomore players, who are at the Frozen Four for the first time and were expecting to party like crazy this weekend. Coach squashed that notion pretty quick, though. He laid down the law before anyone could even pick up their menus at the team dinner—ten o'clock curfew, no alcohol, no drugs, no shenanigans. The upperclassmen know the drill, so none of us are especially bummed as we ride the elevator up to our block of rooms on the third floor. Tomorrow is game day. That means tonight is about taking it easy and getting some sleep. Terry and I were assigned room 343 near the stairwell, so we're the last ones in the hallway as we head for our door. The moment we reach it, we freeze. There's a box on the carpet. Pale blue. No wrapping except for a white notecard stuck to the top reading Jamie Canning in flowery cursive. What the shit? My first thought is that my mom shipped something from California, but if she had, there'd be an address, postage, her handwriting. "Um…" Terry shuffles before planting his hands on his hips. "You think it's a bomb?" I snicker. "I don't know. Go put your ear on it and tell me if you hear ticking." He snickers back. "Uh-huh, I see how it is. Such a great friend, Canning, putting me in the line of fire. Well, forget it. That's your name on the fucking thing." We both stare at the package again. It's no bigger than a shoebox. Beside me, Terry scrunches his face in mock terror and wails out, "What's in the box?" "Dude, nice Seven reference," I say, genuinely impressed. He grins. "You don't know how long I've been waiting for an opportunity to do that. Years." We take a moment to high-five each other, and I squat down and pick up the box because as entertaining as this convo is, we both know the thing is harmless. I tuck it under my arm and wait as Terry swipes his keycard to open the door, and then the two of us stride into the room. He flicks the light and heads for his bed, while I flop down on the edge of mine and lift the box's lid. Wrinkling my forehead, I unwrap the white tissue paper and pull out the soft bundle of fabric inside. From across the room, Terry hoots. "Dude…what the fuck?" I have no idea. I'm staring at a pair of white boxers with bright orange kittens all over them, including an ill-placed tabby right at the crotch. When I hold them up by the waistband, another card flutters out. This one has one word on it. MEOW. And holy shit, I recognize the handwriting this time. Ryan Wesley. I can't help it. I snort so loud it sends Terry's eyebrows soaring up his forehead. I ignore my friend's reaction, too amused and bewildered by the significance of this gift. The box. Wes has resurrected our old joke box. Except for the life of me, I have no idea why. I had been the last one to send it. And I remember feeling pretty damn smug about my choice of gifts—a package of Blow Pops. Because, well, how could I resist? Wes hadn't sent anything back. He also hadn't called, texted, snail mailed, or courier pigeoned. Not a single word from him for three and a half years. Until now. "Who's it from?" Terry is smirking at me, visibly entertained by the ridiculous gift in my hands. "Holly." Her name leaves my mouth so smoothly it surprises me. I don't know why I lied. Easy enough to say the boxers are from an old friend, a rival, whatever. But for some reason, I can't bring myself to tell Terry the truth. "Is this an inside joke or something? Why would she send you kitten boxers?" "Uh, you know, because she calls me kitten sometimes." Oh, for fuck's sake. Terry pounces on that in a heartbeat. "Kitten? Your girlfriend calls you kitten?" "She's not my girlfriend." But the point is moot because he's doubled over in laughter, and I want to kick myself for giving him embarrassing ammo he'll no doubt use against me until the end of time. I should've just told him it was from Wes. Why the hell didn't I? "Uh, excuse me," he says, still chuckling as he marches to the door. I narrow my eyes. "Where are you going?" "Don't worry about it, kitten." A sigh gets stuck in my throat. "You're going to knock on every door and tell the guys, aren't you?" "Yup." He's gone before I can protest, but honestly I don't care all that much. So the guys will ride me about the kitten thing for a few days. Eventually one of my teammates will do something ridiculous and it'll be his turn to take the heat. After the door swings shut behind Terry, I stare at the boxers again, an unwitting smile reaching my lips. Fuckin' Wes. I'm not sure what this means, but he must know I'm in town for the championship. Maybe this is his way of apologizing? Extending an olive branch? Either way, I'm too curious to ignore the gesture. I reach for the phone and dial the front desk, then wait on the line to an awesome elevator rendition of Katy Perry's "Roar." Which only makes me chuckle, because, you know, roar. Meow. When the desk clerk answers, I ask if there's a room number for Ryan Wesley. I'm pretty sure the sea of green-and-white jackets in the lobby means he's at this hotel. "I can't provide another guest's room number, sir." That stops me for a second, because clearly Wes was able to learn my room number. But this is Wes we're talking about. He probably offered some woman at the front desk a look at his abs. "Sir? I could try to connect you by phone." "Thanks." It rings, but nobody answers. Shit. But there's one more thing to try. I scroll through my phone to see if his number is still in my contacts. And it is. Guess I was never quite pissed off enough to delete him. I shoot him a text, just three words: still a smartass. When my phone chimes a second later, I expect it to say my message bounced. That Wes changed his number a long time ago, fuck you very much. Some things don't change, it says instead. I can't help answering him in my head. But some do. Eh. Listen to me getting all bitchy. What's the point of that? So I tap out something else: So was this a hello present or a fuck you, loser, we're gonna kick your ass present? His reply: Both? Sitting there on the hotel bed, I'm grinning at my phone. Seriously, my face is about to crack in two. It's really just nostalgia for a simpler time in my life when the biggest decisions were pizza toppings and what bit of ridiculousness I should mail in a box to my buddy. But I like it anyway, which is probably why my next text says: I'm probably heading down to the bar for a bit. His reply: I'm already there. Of course he is. I pocket my phone and open my duffel. Heading into the shower, I take a few minutes to wash the long day off me. I need to regroup. And I could really use a shave. Or maybe I'm stalling. I don't know what to expect from Wes. With him, you never know what to expect, which was one of the reasons I always liked him so much. Being his friend was a goddamn adventure. He'd drag me into one crazy situation after the other, and I was happy going along for the ride. I did that so loyally. Right up through the crazy part at the end. In the hotel shower, I take a deep breath of steamy air. Holly was right. I am still mad. Because if Wes and I had had a fight or something, then his turning his back on me would at least have made sense. But we hadn't fought. He'd just challenged me to a shootout. And that day—the second-to-last afternoon of camp—we'd lined up the pucks with perfect fairness. He shot five times at me, I shot five times at him. Shootouts are never easy. But when you're defending the net against Ryan Wesley, the fastest skater I've ever played with? It's intense. Still, we'd done this often enough for me to be able to anticipate his flashy moves. I remember cackling after I stopped the first three shots. But then he got lucky, deking me once and then winning one on an unlikely bounce off the pipe. Maybe another guy would have panicked a little when he realized he'd let in two. But I was a cool customer. Ultimately, it was Wes who'd choked. He wasn't used to the goalie gear, but neither was I used to firing on goal. I sank my first two shots. Then he defended the next two. It was all down to one shot, and I saw it—fear in his eyes. In my gut, I knew I could do this. I'd won, fair and square. The third shot went past his elbow and landed with a swish in the back of the net. For the next three hours I let him twist—all through dinner and the bullshit awards ceremony they held at the end of camp. Wes was uncharacteristically mute through all of it. I waited until we got back to our room to let him off the hook. "Think I'll collect my prize next year," I'd said with as much nonchalance as an eighteen-year-old can muster. "June, maybe. Or July. I'll let you know, 'kay?" I'd wanted some kind of relieved gasp. Making Wes sweat for once had been fun. But his face gave nothing away. He'd pulled out a stainless steel flask and slowly unscrewed the top. "Last night of camp, dude," he'd said. "We'd better celebrate." He took a good gulp and then passed it to me. When I took the flask, his eyes flashed with something I couldn't read. The whiskey was rough going down. The first swallow, anyway. Up until now, we hadn't drunk more than a beer or two, squirreled away in our footlockers. Getting caught with alcohol or drugs would have meant real trouble. So I didn't have any kind of tolerance back then. I felt the liquor's warmth slide through my chest just as Wes said, "Let's watch some porn." Almost four years later, I stand there shivering in a hotel bathroom. I shut the water off and grab a towel off the stack. I guess it's time to go downstairs and see if our friendship is fixable. What had happened on that night was a little crazy, but not exactly worthy of the record books. I'd shrugged it off easily enough. But Wes had not. There's really no other explanation for why he'd cut me loose. God, I hope he doesn't dredge that up. Sometimes it's better to just let shit lie. The way I see it, one night of drunken stupidity shouldn't be the defining moment in a six-year friendship. Even so, I'm oddly nervous five minutes later as I ride the elevator downstairs, and I hate the itchy feeling in my spine, because I don't get nervous often. I'm probably the most chill person you'll ever meet, which I'm sure has to do with the fact that my family is the walking definition of laidback Californians. The bar is packed when I enter. No surprise. It's Friday night and the hotel is booked solid because of the tournament. Every table and booth is occupied. I have to turn my body sideways to move through the place, and I can't see Wes anywhere. Maybe this was a stupid idea. "Excuse me," I say. There's a clot of businessmen blocking the thoroughfare between the bar and the tables. But they laugh at someone's joke, ignoring the way they're making the whole room impassable. I'm probably seconds from going back upstairs when I hear it. "Suckers." It's just one word, but I recognize Wes's voice instantly. Deep, kinda raspy. I'm suddenly transported back to high school, to all those summers I heard that voice mocking me, challenging me, ragging on me. A communal snort of laughter follows his comment, and I turn my head to search him out in the group of hockey players against the far wall. He turns his head at the same time, almost as if he senses my presence. And shit, I've traveled back in time again. He looks the same. And different. He looks both different and the same. He's still got the messy dark hair and scruffy beard growth, but he's bigger now. Solid muscle and broad shoulders, more lean than bulky, but definitely bulkier than his eighteen-year-old self. Still has the tribal tattoo on his right biceps, but now there's a lot more ink on his golden-toned skin. Another piece on his left arm. Something black and Celtic-looking peeking from the collar of his T-shirt. He's still talking to his friends as he watches me approach. Of course he's surrounded by people. I'd forgotten how magnetic he is. As if he burns with higher test fuel than the rest of us. A barbell pierced through his eyebrow catches the light as he turns his head, a wink of silver just a shade lighter than his slate-gray eyes. Which narrow when I finally swim through the sea of people to arrive at his side. "Shit, man, did you get highlights in your hair?" More than three years since we've been in the same room together, and that's the first thing he says to me? "No." I roll my eyes as I slide onto the stool beside his. "It's from the sun." "Still surfing every weekend?" Wes asks. "When I have time." I cock a brow. "Still pulling down your pants and flashing your junk for no conceivable reason?" His teammates erupt around us, their laughter thundering in my chest. "Shit, he was always like this?" somebody says. A grin tugs the corner of Wes's mouth. "I've never deprived the world of my God-given masculine beauty." He reaches out to put a big hand on my shoulder. He gives it a squeeze. It's gone again in a split second, but I can still feel the warm spot on my shoulder. "Guys, this is Jamie Canning, my friend from way back and goalie for those punks at Rainier." "Hey," I say stupidly. Then I glance around, looking for a waitress. I need a drink in my hand, even if it's just a soda. But the place is mobbed, and the only server in view is nowhere nearby. Page 4 I glance at the glass in Wes's hand. He's drinking something fizzy—Coke, from the looks of it. No, root beer. He'd always preferred root beer. And obviously his coach gave him the same no-drinking spiel. Wes raises his hand in the air, and the waitress abruptly turns in our direction. He points at his glass and she nods as if commanded by God to do his bidding. Wes flashes her a smile, his favorite currency for favors. And I notice another flash of metal. His tongue is pierced. That's new, too. Annnd now I'm thinking about his tongue. Jesus fuck. And the last four years of silence between us suddenly make a bit more sense. Maybe there are drunken antics capable of wrecking a friendship. Or maybe that's crap, and if we'd stayed friends we could have gotten past an hour's worth of stupidity a long time ago. Meanwhile, it's really too warm in this bar. If that waitress brings me a root beer, I'm going to be tempted to pour it all over myself. And the silence between my ex-friend and I is growing longer by the second. "Crowded," I manage. Just barely. "Yeah. Need a pull?" He offers me his glass. I take a greedy gulp and our eyes meet over the rim. His confidence has slipped a millimeter or two. His gaze asks a question. Are we going to make it through the next half hour? Swallowing, I make a decision. "Shame the Bruins got punished by the Ducks last month." I see the flash of arrogance return at lightning speed. "That was a fluke. And a terrible call in the third. Your wing tripped over his own duck feet." "With a little help from your D-man." "Oh, fuck that. Twenty bucks says the Ducks don't make it past the first round this year." "Twenty is all you're willing to bet?" I gasp. "Sounds like you're afraid. Twenty and a YouTube video proclaiming my greatness." "Done, but when you lose, you make that video in a Bruins T-shirt." "Sure." I shrug. And just like that, the night gets easier. The waitress appears with two glasses of root beer and a hungry smile for Wes. He slips her a twenty. "Thanks, doll." "Let me know if you need anything," she says, overselling it by a shade. Christ. Hockey players don't have a lot of trouble getting laid, but my old friend obviously enjoys his pick of the litter. She's hot, too. Great rack and a sweet smile. He doesn't even spare a glance at her perfect ass as she sashays away. After she disappears, Wes opens his arms and grins at the group of hockey players standing around him. "Shit, we're just a bunch of pussies, aren't we? Root beer and ginger ale on a Friday night. Someone call the cops. We need a game of darts or something." "Table hockey!" someone calls out. "Saw it in the game room." "Cassel!" Wes thumps the guy standing next to him. "Who won our last game, anyway?" "You did, you prick. Because you cheated during the shootout." "Who, me?" Everyone laughs. But my mind snags on "shootout." Of course it does. 5 Wes The college sprang for an executive suite at TD Garden, a fancy-ass private box with a gleaming floor-to-ceiling window that overlooks the arena below. The celebratory bottles of Dom that had been delivered, however, were courtesy of my shithead father. The prick is riding the high of our win as if it had been him out on the ice this afternoon—I even heard him bragging to one of his buddies that he was the one who taught me that triple-deke move I used to score the winning goal in the third period. Bullshit. The old man hadn't taught me a damn thing. From the moment I was able to hold a hockey stick, he threw money at coaches and trainers and anyone else who could groom his only son into a superstar. The only credit I'm willing to give him is that he's really fucking good at signing his name on a check. Canning's team is on the ice now, facing the same pressure we did earlier. Coach has allowed us each one glass of champagne. We're playing in the finals tomorrow night, and he wants us sharp. He doesn't have to worry about me, though. I'm sipping on a root beer. Not just as a fuck-you to my dad, but because my stomach is in knots as I watch the game, and alcohol will only make it worse. I want Rainier to win. I want to face Canning in the finals. I want to pretend I still don't have feelings for the guy. I guess I'll have to be satisfied with two out of three. Because I can't pretend I'm not still into him. Seeing him again last night made that impossible. Fuck, he'd looked good. Really good. All golden-boy California hotness, big and blond and sexy as fuck. With those soulful brown eyes—surprising on a blond guy. It's an understated sexiness, though. Jamie Canning never flaunted his looks in all the time I'd known him. Sometimes I think he's not even aware of how goddamn attractive he is. "Oooooh shit," one of the seniors crows as a Rainier player delivers what might be the hit of the week. It's a clean check, but it makes the opposing player bounce off the boards like a rubber ball and sprawl face-first on the ice. Rainier is in it to win it. They're playing aggressively, all offense, all the time. I don't think Yale has taken more than a dozen shots on goal, and it's already well into the third. Canning stopped all but one, and the one he let in was a total fluke of a shot, smacking off the pipe to provide Yale with a rebound the center slapped right back in. I could practically hear the hiss of the puck as it whizzed past Canning's glove, just a nanosecond too fast for him to swallow it up. The score's tied now. 1-1, with five minutes to go. I find myself holding my breath, willing Rainier's forwards to make something happen. "Your man Canning is rock steady," Cassel tells me, taking a dainty sip of his champagne like he's the fucking Queen of England. "Cool under pressure," I agree, my gaze glued to the rink. Yale's left wing just flicked a lazy wrist shot that Canning easily stops, his body language almost bored as he keeps possession of the puck before passing it to one of his wings. The Rainier players tear past the blue line, going on the attack. But my mind is still on the last goal attempt, the way Canning faced off with the Yale player. I can't even count how many times I was in that exact position, flying toward my buddy, slapping bullets at him. Except the last time we faced off, I was the one in the net. The last barrier standing between Jamie Canning and a blowjob. I like to think I didn't let him win on purpose. I'm a competitor, always have been. Didn't matter how much I wanted Canning's dick in my mouth. Didn't matter that if I won, I knew I'd have to let him back out of the bet. I'd defended that net with everything I had. Maybe? Because when that puck flew past me, I can't deny a part of me had been thrilled. "With that said, I wouldn't bawl my eyes out if they lose," Cassel says. He turns to grin at me. "I know he's your BFF and all, but I'd feel better going up against Yale's goalie than cool cucumber down there." Cassel's right. Canning's the bigger threat. Those weaknesses he'd had back in the day? Gone. He's a fucking rock star now. No wonder he got the starting job back. Even so, I don't want him to lose. I want to see him in the finals. I want to see him, period. And I've experienced crushing defeat before—if his team chokes, I know he won't be up for hanging out, catching up, reconnecting… Sucking each other off? I banish the thought. I don't fucking learn, do I? The last time sucking entered the equation, I'd lost my best friend. It's funny—I'm sure everyone has something they regret saying. An insult they'd hurled someone's way. A confession they wished they could take back. Maybe, I don't know, an insensitive joke they wish they hadn't told. The one sentence I regret? "Let's watch some porn."/> There was no turning back once I uttered those four words, and I can't even fully blame the alcohol, because a few sips from a flask does not a drunken idiot make. I knew what I was doing. What I was coaxing Canning into. I was collecting on the damn bet, which is so fucking ironic, because he'd won. The prize was his, except it wasn't. It was mine. Because I'd wanted to touch him more than I'd wanted my next breath. I still remember the shock on his face when I loaded the porn site on my laptop. I chose a tame scene—tame for me, anyway. I set the laptop on the mattress, then sprawled on the bottom bunk as if I had no care in the world. For a long moment Canning didn't move. I waited, tense, while he decided whether or not he was going to sit next to me on my bed, or climb up to the top bunk. Without looking at him, I passed him the flask. I heard him gulp. He swallowed on a sigh, then parked his ass beside me. I didn't risk a look at him for several minutes. We lay on our backs, passing the flask back and forth as we watched two dudes double-team a busty blonde on the screen. "How would you compare your technique to hers?" Canning cracked himself up with this quip, his stomach shaking even as he looked at the laptop. To him, it was just the latest amusing result of our competitive shenanigans. He was going to lord it over me, the way we always did with each other. But to me, it was no joke. I'd just spent the last year trying to accept my increasingly obvious attraction to men. The bumbling loss of my virginity to a chick during junior year had been a pretty big red flag. I hadn't been attracted to her, but I'd needed to try it. To be certain. I'd barely been able to get it up, and even then, I'd managed only because I was thinking about… Canning. I thought about Jamie Canning. I'd been crushing on my straight best friend for a long time. But I couldn't tell him that. My only move here was to play along. "Well, I've always been good at stickhandling." Jamie snorted. "Only you could be cocky even about this." "I always tell you, Canning. No fear. No matter what." God, I was such a jackass. Because fear wasn't even part of the equation. All I had was a pure, aching desire as I lay there beside Jamie. Last year I'd enjoyed a couple of drunken make-out sessions and a hand-job exchange with a guy from school. But even then, I hadn't been one hundred percent sure. Lying in bed next to Canning? I burned with certainty. On the screen, the blonde was moaning like crazy. Spit-roasted and loving it. Canning went quiet for a while. I lay there, trying to keep my breathing even. But I couldn't resist sneaking a peek at his crotch a minute later. And then my breath hitched, because holy shit, he was hard, a long, thick erection straining beneath his athletic shorts. I was sporting the same visible boner, and I know he saw it. He probably thought it was the porn. Hell, that was the only reason he was turned on. Not me, though. My dick throbbed for him. Beside me, he swallowed roughly. "Interesting pick, Wesley. Considering the stakes. I'm not gonna force you to blow me." He grinned. "I'd rather bask in the glory of knowing you finally wrote a check you couldn't cash." Then he rolled his gorgeous eyes at me, and it only made my skin burn hotter. "What," I said, hoping he couldn't hear the rasp of lust in my voice, "You think I'm too chicken-shit to blow you?" He turned his chin to meet my eyes… "Fuck yeah!" Our team captain's shout jerks me out of my trip down memory lane. The whole arena is in an uproar, fans screaming as the scoreboard lights up and the screens mounted all over the place flash the word GOAL! in huge yellow letters. My stomach drops like a sack of bricks when I realize who scored. Yale. Fucking hell. Yale scored, and I'd been too distracted to see it. It's 2-1 now, with a minute and a half to go. "I spaced out," I tell Cassel. "What just happened?" "One of the Rainier D-men took the stupidest penalty I've ever seen." He shakes his head in amazement. "Idiot just handed Yale the win." No, they haven't won yet. There's still time for Rainier to regroup. Still time, damn it. "Your boy didn't stand a chance on that power play," Cassel adds. My gut twists harder. Say what you will about Yale, but they lead the NCAA in capitalizing on power plays. Every time we played them this season, Coach uttered one grim sentence before we left the locker room—"You wind up in the sin bin against Yale, you lose." I pray those words aren't prophetic, that Rainier can come back from this, but my prayers go unanswered. The final buzzer blares through TD Garden. And Rainier loses. 6 Jamie We lost. We fucking lost. I'm still dazed as I trudge down the chute toward the locker rooms. The mood all around me is somber. Suffocating. Nobody is playing the blame game, though. There's no anger directed at Barkov, who tripped the Yale forward for no comprehensible reason—the guy didn't even have the puck. There's no recrimination toward our defense, who inexplicably fell apart during that power play. And there's no accusation aimed my way, for not being able to stop that last shot from lighting the lamp. But, inside…I blame myself. I should've stopped it. I should've dived faster, extended my arm farther. I should've hurled my body on that damn puck and not let it get anywhere near the crease. Numbness sets in. I'd been bummed my family didn't make the trek from Cali to watch me play. Now I'm grateful they didn't see me lose. Except on television. Along with a few million other people… Damn. Back in our hotel room, I find Terry sitting on the bed, clicker in hand. But the TV is off, and he's watching a black screen. "Um, Terry? You okay?" He looks up fast. "Yeah. Just…" The sentence dies an early death. The next several days are going to be just like this. I can see it now. We wanted so badly to be the ones who brought this title home to Rainier. It would have proved to our families and the college that all these years of sacrifice were worth it. We proved nothing. "It's still the winningest season in thirty years," Terry says slowly. I flop onto my bed. "Is winningest a word?" "Not if you're us." We both laugh. But his laugh ends on a sigh. "That was my last game, Canning. My very last one. I'm not an NHL recruit like you. Three months from now I'm wearing a suit and sitting at a desk." Shit. That's really grim. "For fifteen years I've been a hockey player. As of a half hour ago, I'm a junior associate in the investment banking division of Pine Trust Capital." Jesus. And now I'm hoping our hotel room windows aren't the kind that open, because I'm half afraid he's going to step out onto a ledge. Or else I will. "Dude, you need alcohol and a girl. Like, yesterday." His chuckle is dark. "My cousins are on the way over here to pick me up. There will be drinking and titty bars." "Thank Christ." I roll over to study the pebbled hotel room ceiling. "You know, there's a very real chance I never play a single NHL game. Third-string goalie? Detroit might as well make a bench to my ass's exact measurements. If I'm lucky they'll let me play backup to their farm-team goalie." "You'll still have the jersey and the puck bunnies." His phone rings and he swipes to answer. "Born ready," he tells the caller. "I'll be right down." Then to me, "You coming with?" Am I? I definitely need a drink. But at the moment, my back is plastered to the bedspread. "I'm not ready," I admit. "Can I text you in an hour, see where you are?" "Do it," he says. "Later," I call out as the door clicks shut. For a little while I just stew in my own misery. My parents call my phone, but I don't pick up. They'll be awesome, as always, but I don't want to hear nice, encouraging words right now. I need to feel bad. Get drunk. Get off, maybe. There's a firm knock on the door and I haul my sorry ass up to answer it. Probably a teammate, ready to help me with the getting drunk part of tonight's activities. I yank the door open to find Holly standing there, her face smudged with orange and black paint, a bottle of tequila in one hand and limes in the other. "Surprise," she says. "Jesus, Holls." I laugh. "You said you weren't coming." "I lied." She gives me a big grin. I open the door wider. "You've never had better timing in your life." "Really?" she challenges, pushing past me. "Not even the time I got you off in the bathroom of the train right before our station stop?" "Okay, maybe then." I am so happy to see her it's not even funny. Distraction is what I need, and that's what Holly and I have always been to one another. She gets down to business, cutting limes on the hotel table with a knife she's pulled from her purse. Do I know how to pick my friends, or what? "Glasses," Holly orders over her shoulder. I think I could go straight for the bottle tonight, but for her sake I look around, finding a pair of them on the console by the TV. I plunk 'em down and she's pouring before I know it. "Here." She offers me a glass and raises another in the air. "To kicking ass and getting over our disappointments." Her wide blue eyes study me, looking for something. "That's a good toast, pal," I murmur. "Thank you." When I touch my glass to hers, she grins like she's won something tonight. That makes one of us. "Bottoms up, hunk. Then I'm stripping you naked." I like the sound of that. The tequila slides down, and then I let her stick a lime in my mouth. We're both chuckling and sucking down the sour citrus flavor. Then I give her a nudge onto the bed. I'd like to freaking unleash all my tensions on this smiling girl, but I take a deep breath. Holly is kind of a peanut and half the time I'm worried about crushing her. Page 5 My knees are on the bed now, and she's scooting back, shucking off her shirt. My own shirt hits the floor before I lower myself over her body, taking care to hold most of my weight off of her. Except for my hips. Those sink decadently onto hers, and my dick wakes up and says, lookee what we have here. Holly grabs my head and pulls me down for a kiss. I taste lime and tequila and willing, happy girl. "Mmm," she moans. "I've been waiting all day for this." So was I, it's just that I didn't know it. My eyes slam shut and I sink down into her mouth and this beautiful place of forgetfulness. There's no game and no goal just before the buzzer. There's no disappointment. There's only a sexy girl beneath me and some more shots to drink. And a knock on the door. "Fuck," Holly and I grunt in unison. "Canning!" a voice calls from the hallway. Wes's voice. The sound of it pulls me out of the moment. "Do you have to?" Holly pants. "I kind of do," I whisper. "But only for a minute. I swear." "Fine," she huffs, pushing on my chest. "But I'm pouring more tequila." "You are awesome," I insist, reaching down to the floor for her shirt. I ignore mine in the interest of time. The second she's covered, I cross the room and open the door. "Hey," I greet Wes. I expect him to launch into a "tough luck" spiel. Wes is competitive as fuck but he'd never kick me when I was down. Oddly, though, he stays silent, blinking at me from the hallway. "Hey," he echoes after a long pause. "I just…" No more words are forthcoming. He takes in my half-dressed look, and the sight of my fuck buddy pouring tequila. "That's Holly," I say quietly. "Holly, this is an old friend, Ryan Wesley." "Shot?" she offers from across the room. She's flushed, and her hair is mussed. I'm probably in the same state. But Holly doesn't seem embarrassed, so I don't worry. "Wes, you coming in?" "No," he says quickly, and the word sounds like a chip of stone falling onto a hard surface. "I just wanted to tell you that I'm sorry we're not facing off tomorrow." He shoves his hands in his pockets in a rare display of humility. "Won't be the same now." The corners of his mouth turn up, but the smile doesn't make it to his eyes. "I know." My voice is full of all the disappointment I'd been hoping to escape tonight. "Not like camp." "Loved that place," Wes says, reaching up to rub the back of his neck. "I still coach there, you know." I'd meant to end this conversation already, so I have no idea why I add, "It isn't the same without you." It's true, but this is already the most emotionally loaded day of my life, and I really don't need more to think about. "I'm going to head out," Wes says, jerking a thumb toward the elevators. "You, ah, take care of yourself if I don't see you tomorrow." He takes a step backward. That's the moment when I really don't know what to do. My team will head back to the west coast in the morning. We won't stay for the final. I'm not sure Wes and I have more to say to each other right now. But is this really it? I feel a strong urge to add something—to delay his departure. Except I'm beat and confused and so fucking spent. And he's already turning away from me. "Later," I say gruffly. He looks over his shoulder to raise one hand in a wave. I stand there like an idiot a moment longer, and he turns the corner toward the elevator banks. "Jamie," Holly says softly. "Here's your drink." Reluctantly, I shut the door. I cross the room, take the glass from her and pound it. She slips the empty tumbler from my hand. "Now where were we?" If I only knew. 7 Wes "You know we just won the national title, right?" Cassel says for the hundredth time in the past hour. He wears the goofy, king-of-the-world grin he's been sporting all night. Even before the four vodka shots he threw back. "Yeah, I know." My tone is absent as I sweep my gaze over the crowded, overheated bar we'd chosen as celebration headquarters. The drinks at the hotel bar are ridiculously overpriced, so we decided to venture somewhere else tonight. And according to Donovan's Yelp search, this tiny dive bar has half-price drinks on Sunday nights and apparently they don't taste like piss. I don't give a shit how the alcohol tastes, though. I'm only interested in the effects of it. I want to get drunk. I want to get shit-faced out of my mind so I don't have to think about what a total fucking idiot I am. Cassel's voice drags me out of my bleak thoughts. "Then quit sulking like a bitch," he orders. "We're national champions, man. We crushed Yale tonight. We fucking shut them out." We did. The final score had been 2-0, Northern Mass. We'd wiped the ice with our opponents, and I should be happy about that. No, I should be goddamn ecstatic. It's what we trained all year for, yet instead of savoring the win, I'm too busy bumming out about the fact that Canning has a girlfriend. Yes, folks, Jamie Canning is straight. Shocker. You'd think I'd have learned my lesson by now. I spent six years hoping that maybe the attraction wasn't one-sided. Maybe one day a switch would suddenly go off and he'd be like, hmmm, I'm totally into Wes. Or maybe he would figure out he swings both ways and decide to take a walk on the dude side. None of those maybes had panned out, though. And they never fucking would. All around me, the guys laugh and joke and recap their favorite moments of tonight's game, and nobody notices I'm not saying anything. My mind keeps wandering back to Jamie and his girl and the hook-up I'd interrupted last night. "We need another round," Cassel announces, searching the main room for our waitress. When I spot her behind the counter, I abruptly scrape back my chair. "I'll go order it," I tell the guys, and then I dart away from the table before anyone can ask why I've suddenly become so charitable. At the bar, I order another round of shots for the group, then rest my forearms on the splintered wooden counter and study the liquor bottles on the shelves. I've been drinking beer all night, but it's not getting the job done. I need to be drunker. I need something harder. My gut tightens when my gaze lands on a gleaming bottle of bourbon. My father's drink of choice. But the bourbon he buys is a thousand times more expensive than the bottle on this shelf. I shift my gaze to the row of tequila bottles. Canning had been drinking tequila last night. My gaze moves again. Jack Daniel's. Aw hell. It's like every bottle in this fucking bar is full of memories. Before I can stop it, my mind flashes back to that last day at camp, to the silver flask I'd passed Canning, and the mocking question I'd hurled his way. "You think I'm too chicken-shit to blow you?" He'd seemed to consider me for a minute. "I think it's a bad idea to ever say that Ryan Wesley is too chicken-shit to do something." "True dat." He chuckled, but his eyes went back to the screen. Again, he let me off the hook. But I didn't want to be let off. I wanted to get off. The longer we sat there discussing sex, the more certain I was. Touching my best friend was all I could think about. It wasn't a dare for me, either. It was pure desire. On the screen, the blonde was on her knees, sucking one of the guys while jacking off the other. Jamie took another sip from the flask before passing it my way. Beside me, he shifted his hips, and I had to suppress a shudder. My heart's desire was sitting beside me. And now he was horny. His hand had moved, resting just above the waistband of his shorts. He gave the spot beneath his abs the tiniest of caresses, like he had an itch, but it was obvious he'd been hoping to do some strategic rearranging. I swallowed a mouthful of whiskey. For courage. Then I put a hand between my legs, just resting it there. "This is killing me," I said. It was the most truthful statement I'd made all day. I took a slow stroke down my hard cock and then back up again. I could feel his eyes on me, on my hand. And that made me even crazier. Forget the screen. I'd rather star in my own solo act right here, with my favorite pair of brown eyes as the only audience. My heart started to pound, because I knew what I was about to do. There's this cliff at the swimming hole we liked, a twenty-foot drop into the lake, and that night, it was like I was standing atop it. Like I was creeping toward the edge and pulling him with me. I remember one year when Canning was taking so long to jump I'd lost patience and pushed him off, cackling as I watched him windmill down to the water below. But I couldn't do that this time. I couldn't push him. He had to jump. I licked my dry lips. "I really need to jerk. You mind?" His moment of hesitation practically killed me. "Go ahead. We shower in the same room, right? Hell." He chuckled. "We crap in the same room. Though there's walls." There weren't any here. I shoved my hand under my waistband and gripped my aching shaft. I didn't whip it out, though. Just gave it a slow tug beneath my shorts. His eyes had filled with surprise, then flashed with something that sucked the breath right out of my lungs. Not anger. Not annoyance. Arousal. Holy hell, he was getting off on seeing me jerk it. And neither of us was looking at the laptop now. Canning's gaze stayed glued to the slow movement of my hand beneath my shorts. "You can, too." I hated the gravelly sound of my voice just then, because I knew that I had an agenda. "Go ahead. It'll be less weird for me." Hell. I was like the serpent shoving the apple at Eve. Or rather the banana… All the bad analogies fled my stupid brain a moment later when Jamie reached into his shorts and pulled his dick all the way out. My heart shimmied in my chest at the sight. He was pink and thick and perfect. With the fingers of one hand he stroked the underside—up and down. The lightest touch. I envied those fingertips. I cupped my aching balls and tried to take a deep breath. My chest was tight from wanting him. He was right there—his hip touching mine. I wanted to bend down and take him in my mouth. I wanted it so badly I could taste it. His eyes went back to the screen. I felt him sink a little further back into the bed. We were both stroking in earnest now. His breathing became shallower, and the sound of it sent another shot of lust up my spine. I wanted to be the one making him pant like that. But then his pace faltered, and I looked up to find out why. The video had ended. I'd chosen a clip that was only a few minutes long. And now the screen had frozen on a menu of clips, but the thumbnail photo displayed most prominently was this awful shot of a woman's giant ass. "Um…" Jamie actually chuckled. "That's not getting the job done." I felt a sort of awareness settle over me then. In hockey, when a shot opens up, a good player has to react immediately. That's exactly what was happening here. A window of opportunity had cracked open a sliver, and I was going to dive through it. "You could call in your bet," I croaked. Stroking himself, he let out a hot breath. "You daring me to?" "Yeah." His throat worked as he swallowed. His eyes flickered with a parade of emotions I couldn't keep up with. Reluctance. Heat. Confusion. Heat. Irritation. Heat. "I…" He laughed, his voice hoarse. He stopped, cleared his throat. "Double dog dare you." His gaze locked with mine again and I almost came right there and then. My cock had swelled in my hand, pulsing. Aching. But somehow I managed to put on a careless tone, my trademark up-for-anything drawl that half the time is a total front. "Well. This should be interesting." The faint hint of panic on his face was unmistakable, but I didn't give him time to back out. I wanted him too much. I'd always fucking wanted this guy. Releasing myself, I reached over to cover his hand with mine. He tensed, and for a split second I thought he was going to push me away. I wouldn't have blamed him. But then he let go, leaving my hand there alone. And I was holding his dick. Finally. He was hot and hard, and the ends of his soft blond pubic hair tickled my fingertips. I squeezed, and all the air seemed to drain out of his body, his torso practically melting into the mattress. My mouth was a desert, my pulse a loud drum in my ears. I stroked my palm along that hard shaft, acting like what I was doing was no biggie. Then I said, "Fuck, I think I'm drunk." Because that seemed like the right thing to say. Like alcohol was the reason we were doing this. Alcohol was our hall pass. It worked, because he choked out, "Me too." But his voice was smoky and distracted. And maybe he was drunk. Maybe the flush on his cheeks was all thanks to the whiskey and not from the feel of my other hand yanking his shorts down further. Maybe his breathing quickened because alcohol was surging through his bloodstream and not from my fingers curling around his shaft. I shifted on the mattress, kneeling in front of him as I pumped him in slow strokes. My entire body throbbed with uncontrollable need, my erection heavy between my legs. I ignored it, though. Jamie blinked twice when I rose above him, and I watched his face, gauging his reaction. He didn't look horrified. He looked turned on. I'd been fantasizing about this moment for years. Couldn't believe it was really here. "What are you waiting for, Ryan? Suck it already." Surprise jolted through me. He only called me Ryan when he was taunting me. And right now he was taunting me about sucking his dick. Jesus. My bravado faltered, just for a second. Until I saw his pulse hammering in the hollow of his throat, and realized he was as nervous and excited as I was. I took a breath and lowered my head. Then I closed my mouth over his swollen tip and sucked. Jamie's hips snapped up instantly, his breath leaving his throat on a ragged shudder. "Oh Jesus." I remember wondering if he'd ever been blown before. The shock and awe in his voice had been so raw. So sexy. So I'd wondered, but not for long. Not when he started whispering the hottest, filthiest commands at me. "More," he muttered. "Take more. Take it all." I sucked him deeper into my mouth, almost to the base, and just when he moaned, I released him, gliding my tongue along the long, hard length of him until his dick was glistening. I lapped at the moisture leaking out of his tip, and the taste of him infused my tongue, making my head spin. I was blowing my best friend. It was so surreal. It was what I'd dreamed about for so long, and the fantasy was nothing compared to the reality of it. "Fuck, yeah." Canning's hips began to rock as I took him in my mouth again. I licked the crown of his cock, teasing, savoring, then taking him deep again. I didn't dare peer up at him. I was too afraid to look him in the eye—afraid he'd be able to see on my face how much I wanted him. "Jesus, Wes, you're way too good at this." The praise just lit me up. Holy hell. He was thrusting into my mouth because I turned him on. His fingers suddenly tangled in my hair, tightening when I swallowed him as far as I could take him. "Oh Christ. Keep doing that, man. Let me fuck your mouth." Every husky thing he said practically made me go up in flames. I knew I would enjoy this. But if he was too? Mind bending. I quickened the pace, squeezing his shaft on every upstroke, tighter than I thought he'd like, but he kept muttering harder, faster. My eyes squeezed shut as I worked him over, determined to make him lose control, to make him feel the same urgent need wreaking havoc on my body. "Wes…" A choked sound left his lips. "Fuck, Wes, you're making me come." His fingers pulled my hair to the point of pain, his abs tightening as his hips rocked faster. A few seconds later, he groaned. The husky sound vibrated against my lips as he went still, thrust deep, and came inside my mouth while I swallowed up every last dro— "You hoping one of those bottles holds up a little sign for you and says 'order me'?" A male voice jolts me back to the present. I blink, disoriented. I'm still at the bar, still standing at the counter and staring at the liquor bottles. Shit. I'd totally spaced out. And I'm semi-hard now, thanks to the memory of my last night with Jamie Canning. Gulping, I turn to find a smiling stranger beside me. "Seriously," he adds, his smile widening. "You've been eyeing those bottles for almost five minutes. The bartender gave up on trying to ask you what you wanted." The bartender had talked to me? He probably thinks I'm a total weirdo. The guy next to me doesn't look like a weirdo, though. He's really good-looking, actually. Late twenties, wearing faded jeans and a Ramones T-shirt, a full-sleeve tattoo covering his right arm. Tribal shit, mixed with skulls and dragons and some other badass imagery. He's skinnier than I usually like, but not anorexic thin. Not entirely my type, but he's not not my type, either. He's definitely hook-up material, and from the way he's checking me out, I know he'd be down. "You with those guys?" He gestures to the table of hockey jackets. I nod. "Whatcha celebrating?" "We won the Frozen Four tonight." I pause. "College hockey championship." "No shit. Congrats, man. So you play hockey, huh?" His gaze lingers on my chest and arms before sliding back to my face. "It shows." Page 6 Yeah, he'd be down. I glance at the table, where Cassel catches my eye. He grins when he notices my companion, then turns back to the guys, laughing at something Landon just said. "So what's your name?" my stranger asks. "Ryan." "I'm Dane." I nod again. I can't seem to muster up any charm. No cocky remarks, no blatant come-ons. I won a championship game tonight—I should be celebrating. I should invite this very attractive guy back to the hotel, hang the do-not-disturb sign on the door so Cassel gets the hint, and screw Dane's goddamn brains out. But I don't want to. I'd just be trying to screw Canning out of my system, and I know I'd feel like shit after. "Sorry, gotta get back to my boys," I say abruptly. "Nice chatting with you, man." I march across the bar before he can say another word. I don't turn around to see if he looks disappointed or to make sure he isn't following me. I just tap Cassel on the shoulder and tell him I'm taking off. It's another five minutes before I'm able to convince him I haven't been abducted by aliens. I plead a headache, blame it on the adrenaline and the beers and the temperature and everything else I can think of, until finally he gives up on coaxing me to stay, and I'm able to leave the bar. It's twenty blocks back to the hotel, but I decide to walk instead of cabbing it. I could use the fresh air and the time to clear my head. Except now I'm ten blocks into the walk, and my head still isn't clear. It's fogged in with images of Canning. I can't stop picturing the way he looked last night. His sexed-up hair, the flush on his cheeks. He'd either gotten laid or had been about to. And the chick had been hot, a tiny little pixie of a girl with big blue eyes. He'd always gone for the petite ones. Gritting my teeth, I force the girl out of my head and think about the goodbye Canning and I shared. The place isn't the same without you. It had sounded like he'd meant that. Hell, he probably had. We'd spent the best summers of our lives at Elites. Obviously one BJ hadn't wrecked all the good memories for him. I shove my hands in my pockets as I stop at a crosswalk and wait for the signal to turn green. I wonder if I'll ever see him again. Probably not. We're both graduating, about to start our post-college lives. He's on the west coast; I'm heading north to Toronto. Our paths aren't likely to cross. Maybe that's for the best. Two measly encounters this weekend, just two, yet somehow they'd managed to erase the four years I'd spent getting over him. It's obvious I can't be around Canning without wanting him. Without wanting more. But this weekend wasn't enough for me, damn it. I grab my phone before I can stop myself, halting at a newspaper dispenser and leaning against the metal box as I pull up a web browser. The site takes a while to load, but once it does, it takes no time to get to the contact page. I skim the staff directory until I find the phone number for the camp director. He knows me. He likes me. Hell, for the past four years he's been hounding me to come back. He would do me this favor if I asked him. I click on the number. Then I hesitate, my finger hovering over the call button. I'm a selfish bastard. Or maybe I'm a fucking masochist. Canning can't give me what I want, but I still can't stop myself from wanting it. I want whatever I can get—a conversation, a joke gift, a smile, anything. I might not be able to have the steak, but fuck it, I'm fine with some scraps. I just… I just can't let him go yet. 8 JUNE Jamie "Hey, Canning?" "Yeah?" Pat, the camp director, has come over to the penalty box to talk to me. I don't take my eyes off the scrimmage I'm coaching, but he won't think I'm rude. "Got you a roommate," he says. "Really?" That's good news, because every summer Pat scrambles for coaches. And this year is no different. Guys like me keep graduating and moving on. He wants the best coaches at his camp, but the best guys are in high demand. This year I'm one of those. I'm due in Detroit for training camp six weeks from now, which means Pat will have to find someone to fill in for me when I go. I glance at him for a split second before looking back at the boys' game in progress. He's sizing me up, and I don't know why. "Be nice to him, okay?" It takes me a moment to answer, because I don't like the direction the scrimmage is taking. Tempers are about to flare. I can feel the tension mounting. "When am I not nice?" I ask, distracted. A firm hand lands on my shoulder. "You're the best there is, kid. Although your goalie is about to lose his shit." "I can see that." It's like watching an accident. I know what's about to occur, but forces are already in motion and I can't stop them. My best goalie—Mark Killfeather—has stopped twenty shots in this scrimmage already. With quick reflexes and a big, agile body, Killfeather has all the physical traits a good goalie requires. He also has, unfortunately, a lightning-quick temper. And the talented French Canadian forward on the other team has been playing him like a fiddle all day—taunting him and teasing him on every offensive push. I see the play the Canadian is about to make. He passes back to his buddy on the blue line then takes the puck again as the other side's D-men get hung up in the corners. He fakes left, then right…and sends a flying saucer past my man Killfeather. It is a beautiful play until the Canadian kid sprays the goalie with ice shavings and calls him "un stupide." As if it were a boomerang, Killfeather throws his stick with enough force to crack it like a matchstick against the boards. It falls onto the ice, splintered. Check, please. I blow the whistle. "That's the game, we're out of time." "Pourquoi?" protests the aggressive forward. "Zhere is time on zee clock!" "Debrief with your offensive coach," I say, waving him off. Then I skate over to Killfeather, who stands panting in the net, helmet yanked off to reveal his sweaty head. He is only sixteen and looks it. While other kids his age are kicking back under the sun or playing video games, he's spent his hours duking it out on the rink today. I'd been that kid, too. It was a good life and I wouldn't trade it for anything, but it helps to remember these are still kids. So I don't open with, "Hey asshole, you just trashed a hundred dollar stick." "Who's your favorite goalie, kid?" I ask instead. "Tuukka Rask," he says immediately. "Good pick." I'm not a Bruins fan, but the man has an excellent record. "What does his face look like after he lets in a goal?" Killfeather quirks an eyebrow. "Why? He just takes a drink and puts his mask back on." "He doesn't lose his shit and throw his stick," I say with a smile. The kid rolls his eyes. "I get that, but that guy is such an ass." Leaning down, I tug the net off its spike so the ice can be resurfaced. "You did great goaltending today. Truly exceptional." Killfeather begins to smile. "But you have to learn to keep your cool, and I'm going to tell you why." His smile fades. "Rask is calm after he messes up. But it's not because he's a better person than you or me, or because he meditates or never gets mad. It's because he knows that putting it all behind him is the only way to win. Seriously—when he's having that gulp of water, he's already moved on. Instead of saying, 'Man, I wish I hadn't done that,' he's saying, 'All right, now I get a brand new chance to stop him.'" The kid is scowling at his skates now. "You know that thing they say about goldfish? Their memories are so short that each time they swim around the bowl, it's all brand new again." The corners of his mouth lift up. "That's deep, Coach Canning." Aw. It kills me to be Coach Canning for a few weeks a year. I freaking love this job. "Be my goldfish, Killfeather." I give him a little punch on the chest pads. "Forget every stupid thing that guy says to you. Because the world is filled with dicks who will rile you up for fun. You've got the moves. You can do the job. But only if you don't let him wreck it for you." He finally looks up at me. "Okay. Thanks." "Hit the showers," I say, skating backwards away from him. "Then get your credit card out and buy another stick." I leave him, unlacing my skates and slipping into my Chuck Ts. When you're the coach, you don't have to gear up. Just skates and a helmet. I'm wearing hiking shorts and a Rainier College sweatshirt. And they feed me three meals a day in the camp dining room. Did I mention this is a sweet job? Leaving the rink takes me past every kind of Olympic sports memorabilia. The rink where I stood a minute ago trying to talk some sense into a sixteen-year-old goalie is the same ice where Team USA won Olympic gold in 1980. So there are "Miracle on Ice" pictures everywhere. During the winter months, there are more athletes per capita in this little town than most anywhere. People move here to train for hockey, skating, ski jumping and alpine events. But when I push open the glass doors, it's a warm June day. Mirror Lake glitters in the distance and I have to shield my eyes. The town of Lake Placid is five hours from New York City or Boston. The closest real city is Montreal, and that's still two hours away. Smack in the middle of nowhere sits this cute little touristy town surrounded by unspoiled lakes and the Adirondack mountain range. Heaven. Unless you need airport access. But today I don't. I'm walking past a ski shop and an ice cream parlor, measuring the hours until dinnertime. I have a lot of nostalgia for this town, probably because it's mine. When you're the youngest of six kids, nothing is ever just yours. I think that's why I went out for hockey in the first place—my family is all about football. No Canning had ever set foot in the Adirondacks until I was invited to this camp. In fact, leaving the family cuckoo's nest to come here as a teenager felt like venturing to the moon. It's four o'clock, and there's time for a run or a swim, but I'll need to change clothes. All the campers and coaches are housed in an old dormitory that was built to accommodate European athletes for the 1980 winter Olympics. The building is a five-minute walk from the rinks. As I jog up the steps I pass a plaque that describes the original occupants and the medals they won, but I don't stop. Spend a few years in this town and you forget to be impressed. My room is on the second floor, and I always take the stairs instead of the creaky old elevator. The dim hallway smells of floor wax and the lilacs blooming outside. Plus a whiff of old socks. You can't have a building full of hockey players without that. I am ten feet from my door, keys in hand, when I realize someone is standing stock still beside it. That alone is enough to startle me. And then I realize who it is. "Jesus Christ!" "I still go by Wes," he says, pushing off the wall. "Or Ryan. Or jackass." "Are you…" I'm almost afraid to say the words, because he's shut me out for so long now. "My roommate?" I open the door to my room to give my hands something to do. A surge of joy builds low in my stomach. Just the idea of another crazy summer with Wesley…it can't be true. "Well…" His voice is uncharacteristically cautious. And since light from my open door spills into the hallway, I can see his face properly for the first time. He's worried. That jaunty jaw is tucked low, and his eyes dip when I study him. Weird. I push into the room and fling my keys onto my bed. "I'm about to go running. Feel like a jog? You can fill me in. I assume you're coaching for Pat, or you wouldn't be here." He nods. But when I strip off my shirt, he jams his hands in his pockets and turns away. "We have to talk, though."

“Okay.” About what? “We can do that while we’re running. Unless you’re getting fat since your big victory?” He snickers. “Fine.” From out in the hall he grabs a big duffel bag. “Pat just said something to me at practice about finding me a roommate. He meant you, right? He was just pulling my chain?” With his back to me, Wes nods. Then he yanks his faded T-shirt over his head. And Jesus Christ, he’s enormous. Tattoos and rippling muscles as far as the eye can see. I’d forgotten we were really only boys the last time we stood here together. Teenagers. Feels like yesterday. “Nice room you got here,” he remarks as he changes into a wife-beater and gym shorts. It’s true. Instead of bunk beds, we’ve got twin beds built into the walls. And there’s a comfortable expanse of floor between them. “The coaches get a little more breathing room. I’ve been living it up in here the last three years.” He spins around. “Who do you room with?” “Whoever.” I drop a wicking shirt over my head and then toe into my running shoes. Tying them takes only a few more seconds, and I’m anxious to get out of here and run. Maybe Wes will stop acting like a weirdo and just tell me what’s on his mind. “Let’s go?” He gives his bag a kick. “I’m going to leave this here.” “Where else would you leave it?” He winces, and I don’t know why.

9 Wes

Outside, Jamie heads toward Mirror Lake, and I follow him. How many times have I run this loop with him? A hundred, at least. “Remember that summer when we said we’d do five miles a day, no matter what?” I ask. He’s put us on an easy pace as we head away from the dormitory. “Sure do.” “Then we had that hot day with two practices and weightlifting. But you said, ‘We still have to do the run, or the summer won’t count.’” I snort just thinking about it. “Nobody told you to eat that ice cream cone first.” “I was starved. Of course, I haven’t been able to order pistachio since.” Jamie snickers as we turn toward the lake. “Light green puke all over the lawn.” “Good times.” They were, though. I’d yarf on the grass every day if it meant I could go back to the easy times. Chasing Jamie’s big, blond body around the lake was all I wanted out of life. Okay, that’s a lie. I’d rather tackle him to the ground and strip off his clothing. Seeing him again is killing me right now. I have something to say, though, and it has to be soon. We run the next mile in silence as I rehearse it again. My big apology. If Jamie is horrified, it’s going to sting. There are kayakers on the lake, their vessels tipping with each stroke of the oar. I feel as steady as they look. “So what did you want to talk about?” Jamie finally asks. There’s no ducking it anymore. “I’m here just through July.” It’s best to get the preliminaries out of the way. “Me too. I’m supposed to be in Detroit before August first. You’re heading to Toronto, huh? You pumped?” “Sure. But listen… I just need to say that if you don’t want to room with me this summer, I’ll ask Pat to move me. I won’t even be offended.” Jamie stops running, and I pull up short to avoid plowing into his back. “Why?” he asks. Here goes nothing. It all comes out in a rush. “Canning, I’m gay. And yeah—maybe that’s not such a big deal in the grand scheme of things. Except that the last time we were here I kind of…pushed you into fooling around with me. It wasn’t cool, and I’ve spent the last four years feeling shitty about it.” For a long moment he just gapes at me. And when he finally speaks, it isn’t what I expect him to say. “And?” And? “And…I’m sorry.” His face reddens. “You know I’m from Northern California, right? You get that I know a gay dude or ten?” “Uh, okay?” Jamie’s mouth opens and then closes. And opens again. “This is why you didn’t call me for four years? Why you ignored my texts?” “Well…yes.” I’m so confused now. I just pled guilty to assholery in the first degree and practically molestation. And he’s worried about a few texts. His face turns another shade redder. Then he takes off running again, and I’m so startled that it takes me a second to chase him. He’s running faster now. He lengthens his long strides and moves his arms with power. The athletic shirt he’s wearing hugs each muscle as he moves, and I am jealous of that piece of polyester fabric. The loop around Mirror Lake is a little under three miles. I don’t know what’s in his head as he runs the rest of it. I’m a few paces behind, confused and disheartened. On our way back through town, we pass all our old haunts—the fudge shop and the toy store that sells rubber-band guns. A bakery called Miracle on Icing. I don’t see Jamie’s face until he slows to a stop in front of the toboggan run, locked up again for the summer. I wish we could go back to a simpler time when climbing some chain-link was my biggest offense. When he turns his sweaty face to me, there’s still anger in it. “You didn’t talk to me for four years because you thought I’d freak out about you sucking me off.” “Uh…yeah.” But given the resentment in his voice, it’s clear I’d fucked up in some other way that hadn’t made it into my calculus. His hands are clenched into fists. “Is that how you see me? Some uptight asshole?” On a bench nearby I see a young mother scoop up her toddler and walk away from us, frowning. But Jamie is on a roll. “It was just a little sex, for God’s sake. Nobody died.” And I’m probably going to swallow my tongue now. “I… It was dishonest.” “Ah. Thanks for punishing me for your dishonesty. A four-year sentence. I went off to a strange college where I knew nobody, wondering how I’d been such a shitty friend.” Page 7 Well, fuck. “I’m sorry,” I mumble. It sounds inadequate. To both of us, I’m sure. Jamie kicks a trashcan. “I need a shower.” My traitorous dick volunteers to join him, but I keep my big trap shut as we walk the last block and climb the stairs. This had not gone the way I’d anticipated. My worst-case scenario had involved Jamie recoiling in horror at my gayness and accusing me of manipulating him into fooling around. I’ve spent four years riddled with shame over what I’d done, and now it turns out I should’ve felt ashamed about something entirely different. Jamie didn’t care that I’d blown him. He cared that I’d abandoned him. And knowing I’d hurt my best friend much more deeply than I’d realized twists me up in knots. I hesitate at the top of the steps, calling out to his rigid back. “Um, Canning?” “What?” he mutters without turning around. “Am I finding somewhere else to sleep tonight?” He sighs. “No, jackass.”

10 Jamie

Twenty-two seems too old to be giving someone the silent treatment. Not that I played those sorts of games when I was younger. I’ve always been a talk-it-out guy. Face your problems head on, don’t freeze the other person out. That’s Wes’s specialty, freezing someone out. Can anyone say “still bitter?” The two of us haven’t really spoken since we went running. At dinner, he’d sat with Pat, catching up on the last few years. Then Pat banged his spoon on a water glass and introduced Wes to the campers. “Frozen Four champion…” and “number two in the nation for points scored,” and “guaranteed to see some ice time in Toronto next year.” The eyes of the boys around me grew wider and wider. They’d hung on every word. Meanwhile, Wes had sat there cracking half an “aw, shucks” smile, looking cocky and carefree. Maybe he’s not as carefree as he looks, my conscience suggests. Fuck off, conscience! I’m busy being mad here. Now we’re in our respective beds, but neither of us is sleeping. I still wear my anger around me like the bedsheet that covers me. But it’s a thin layer. I hear him sigh from the other bed, and I stare up at the ceiling, wondering if I should just get over it already. His husky voice breaks the silence. “I was afraid.” There’s a rustling sound, and from the corner of my eye I see that he’s rolled over on his side, watching me in the darkness. “You?” I ask. “Didn’t know that was possible.” “Not often,” he concedes, and I snort. There’s more silence, but I finally give in. “Afraid of what?” “That I’d used you. And that you’d hate me for it.” A sigh rises in my chest. I shift onto my side too, but it’s hard to make out his expression in the shadows. “I could never hate you, dumbass.” I consider it. “Well, unless you did something hate-worthy, like run my mom over with a car on purpose or something. But hate you for being gay? Or for giving me a BJ without telling me you were gay?” Fuck, I’m still resentful as hell that he thought I was capable of being so narrow-minded. “But I wasn’t ready to tell you the truth,” he admits. “I’m not sure I was ready to tell myself. But deep down I knew, and I felt like such a shit afterward. I felt like, I dunno, I took advantage of you.” I can’t help but laugh. “Dude, it’s not like you tied me to the bed and forced yourself on me. I don’t know if you remember, but I came like a motherfucker that night.” Aw shit. I don’t know why I said that. And the flash of heat that travels down to my dick is equally perplexing. Thinking about that night is something I rarely let myself do. It was easily the hottest sexual experience eighteen-year-old Jamie Canning had ever had. But remembering it always confuses me, because I associate it with getting banished from the friendship I valued most. “Oh, I remember everything about that night.” His voice thickens, and the stirring down below grows stronger. I quickly initiate an emergency subject change, because talking about BJs seems to be confusing my body. “So are you out now? Like officially? Do your folks know?” His answering breath is heavy. “Yeah, they know.” I wait for him to continue. He doesn’t. Which isn’t much of a surprise, since Wes never liked talking about his family. I know his father is some bigshot investment banker and his mother sits on a bunch of charity committees. And the one time Wes’s dad had driven him to camp, I remember shaking the man’s hand and thinking he was the coldest person I’d ever met. I’m so curious to hear what they think about having a gay son, but I know he won’t answer if I ask. The thing with Wes is, everything is always on his terms. “What about your teammates?” I try. “Toronto?” “With the Northern Mass guys, I had a don’t-ask-don’t-tell thing going on. I didn’t hide it, but I didn’t talk about it, either. They left it alone. But Toronto—” He groans. “Not sure how that’s going to work. My plan is just to duck the question as long as I can. I guess I’m slipping back into the closet for a while until I feel like I know those guys. Until I’m so valuable to them they won’t care who I screw in my spare time. That should only take three, four years tops.” That sounds unbelievably rough. “I’m sorry.” “No, I'm sorry. I’m sorry I fucked up our friendship, Jamie.” Shit, he called me Jamie. He only does that when he’s actually being serious, earnest. Regret radiates from his body and rolls toward me in palpable waves, and I feel my anger crumbling like a sandcastle in high tide. I can’t stay mad at this guy. Even when I thought he’d thrown our friendship away like a piece of trash, I still hadn’t been able to hate him. I swallow. “Water under the bridge, man.” “Yeah?” “Yeah.” Letting out a slow breath, I crook my arm under my head and glance over at him. “So what’s been going on with you? Catch me up on the last four years.” He snickers. “Four years’ worth of Ryan Wesley shenanigans? That’ll take all night, dude.” Then he pauses, his tone going awkward. “I’d rather hear about you, anyway. How’s the Canning clan? Still chaos central over there?” I smile in the darkness. “Always. Mom sold her art gallery and opened up one of those pottery places where you come in and spend the day making vases and ashtrays and shit.” “How many times do you think she’s caught people acting out that scene from Ghost?” he cracks. “At least once daily,” I answer solemnly. “No joke.” I think about what else has happened, but it’s hard to sift through four years of events. “Oh, my sister Tammy had a baby, so I’m an uncle now… Um, what else… Joe—that’s my oldest brother—he got a divorce.” “No shit.” Wes sounds genuinely upset. “Weren’t you best man at their wedding?” He suddenly laughs. “Hey, remember that bowtie I sent you to wear for the ceremony?” I stifle a groan. “You mean the bright red one with pink cocks all over it? Yeah, I remember. And fuck you very much, by the way. Joe was in the room when I opened the box, and he almost had a heart attack when he thought that’s what I was wearing.” “So you let my gift go to waste? Asshole.” “Nope, I wore it at the bachelor party.” We both snicker, and something hot and familiar clenches in my chest. I’ve missed this. Talking to Wes. Laughing with Wes. “The wedding was fun,” I add. “Me and Scott and Brady were the best men, Tammy was one of Samantha’s bridesmaids, and my sister Jess got ordained and performed the ceremony. She was hilarious up there.” Wes chuckles. “How have you not gone insane yet, dude? I don’t think I’d survive having five siblings.” “Naah, I love it. Besides, I’m the youngest—by the time I came around, my parents just let me do whatever I wanted. They were exhausted from all that disciplining they had to do with my brothers and sisters.” He falls silent, and I can feel the tension in the air again, as if he wants to say something but is too afraid to say it. “Just spit it out,” I order when his silence continues to drag. He sighs. “Are we good?” “Yeah, Wes, we’re good.” And I mean it. It took us four years to get back to this point, but we’re here now and I’m happy. I have my best friend back, at least for the next six weeks.

11 Wes

So this coaching thing? It’s harder than it looks. At the start of the morning session, it feels easy. I set up some drills for the youngest offensive players and run ’em like crazy. There’s a whistle around my neck, and they have to do whatever I tell them. Easy money, right? Not so fast. When I take on a scrimmage for the older teens, all the wheels fall off. It’s not that the kids are no good. Their skill levels vary from awesome to virtuosic. But they don’t work in sync like a college team. They’re headstrong and irrational. They listen to what I say, and then they go do the opposite. They’re teenagers. And after ten minutes of play I’m basically beating my head against the plexi, praying for my own death. “Pat,” I beg. “Please tell me I wasn’t like this.” “You weren’t,” he says with a shake of his head. “You were three times worse.” Then that traitor has the balls to exit the building, leaving me in charge of thirty sweating hormone-crazed teenage hockey punks. I blow my whistle for the millionth time. “Offsides! Again. Seriously?” I ask Shen, an arrogant D-man who’s been torturing the goalie for my whole session. The two of them have some kind of vendetta against each other, and it isn’t helping the general chaos. “Faceoff.” Play starts again when I drop the puck. I look up to see Canning walking down the chute to assist me with the scrimmage. Thank Christ. His calm face is like a cool drink of water. I skate over and hop the wall to greet him. “Why didn’t you tell me this job was hard?” He grins, and my heart melts a little in the usual way. “What’s hard? You’re not even sweating.” I am, though. Because even as I turn my head to watch my players, Shen goes sliding backward into the goalie he’s been taunting, knocking him over. It looks intentional, and Canning must have thought so too, because we’re both scissoring over the wall to get over there. “What the—” starts Killfeather, the goalie. Shen smirks. “Sorry.” “Fucking chink,” Killfeather swears. “Faggot,” Shen returns. My whistle is so loud that Canning claps his hands over his ears. “Two minute penalties!” I roar. “Both of you.” “What?” Killfeather yelps. “I didn’t touch his ass.” “For your mouth,” I snarl. “On my ice you don’t use a slur of any kind.” I point toward the sin bin. “Get.” But Killfeather doesn’t move. “You don’t get to make new rules.” His sneer is as big as the banner advertisements lining the boards. All the players are listening, so I can’t do this wrong. “Ladies, it is a rule. Two minute bench minor for unsportsmanlike conduct. If you’d kept your trap shut after he hit you, your team would have a power play right now. I’m doing this for your own good.” “Sure you are.” In spite of that parting shot, both my troublemakers finally aim their bodies toward the penalty boxes. So I issue my parting shot, and I make sure that everyone can hear. “By the way—science has proven the correlation between calling someone a faggot and having a really small penis. You do not want to advertise that. Think about it.” Canning doesn’t say anything. But he skates off, too. I see him take a seat off to the side and then bend over as if he’s retying his skates. Whatever, right? But then I see his back shaking. At least somebody gets my jokes. The rest of the scrimmage lasts about a decade. When we finally break for lunch, Jamie catches up to me on the way to the locker rooms. “Science has proven?” He chuckles. “I do science on the side.” “Uh-huh. I’m thinking of skipping the dining hall today and grabbing a burger at the pub in town. You down?” “Fuck yeah,” I answer. Then I wince and glance around to make sure none of the kids are lurking around. I don’t know if I’m cut out to be an authority figure. I’ve spent four years surrounded by Northern Mass hockey players who drop F-bombs in every sentence, and I keep forgetting I need to censor myself while I’m at Elites. The teenagers here swear like sailors—at least when Pat and the other coaches aren’t around—but I refuse to corrupt the younger ones with my filthy mouth. “Fudge yeah,” I correct. Canning gestures at the emptiness around us. “We’re the only ones here. You can say fuck, dumbass. You can say anything, really.” With a grin, he unleashes a string of expletives. “Fuck, shit, cock, pussy—” “For the love of Christ!” a loud voice booms from behind us. “Do I need to wash your mouth out with soap, Canning?” I choke down my laughter as Pat appears. He shakes his head in disbelief as he stares at Jamie, then narrows his eyes and turns to me. “Actually, what am I saying? Canning wouldn’t even know those words if it weren’t for you, Wesley. Shame on you.” I flash Pat an innocent smile. “I’m pure as the driven snow, Coach. Canning was the one who corrupted me.” They both snort. Pat claps me on the shoulder and stalks past us. “Yeah, keep telling yourself that, kid,” he says over his shoulder. “And both of you, watch your mouths around the campers or I’ll kick your motherfucking asses.” Jamie and I are still laughing as we duck into the locker room to ditch our skates and change into our sneakers. When we exit the building a few minutes later, I feel like I’ve just left an icy pool and stepped into a sauna. The humidity in the air is stifling, causing sweat to roll down my back. My T-shirt sticks to my chest like plastic wrap. Shrugging, I yank it over my head and tuck the fabric in the waistband of my gym shorts. The atmosphere in Lake Placid is as casual as it gets—nobody’s gonna care if I walk through town rocking a bare chest. Canning keeps his shirt on. I think I might prefer it that way, because his shirt is paper-thin and doing the same clinging thing mine had done, which gives me a decadent view of every hard ripple on his broad chest. Fuck, I’m yet again jealous of his shirt. I want to be the one plastered to his chest, and the ache I feel for him brings a spark of guilt. We’re good now. We’re friends again. So why can’t my traitorous body just be cool with it? Why can’t I look at him without imagining all the dirty, dirty things I want to do to him? “So what’s the deal with you and that girl?” I hear myself ask. I don’t particularly want to hear the answer, but I need the wake-up call it’ll bring, the reminder that lusting over this guy is a disaster waiting to happen. “Holly?” He shrugs. “Nothing, really. We just hook up. Or rather, we used to hook up. I don’t think I’ll be seeing much of her now that we’ve graduated.” I arch a brow. “Just a hook-up? Since when are you into a friends-with-bennies arrangement?” Another shrug. “It was convenient. Fun. I don’t know. I’m just not looking to settle down with anyone right now. Holly understood that.” His voice takes on a note of challenge. “What, you disapprove?” “Nah, I’m all about fuck buddies.” We pass the toy store and duck out of the way of two moms pushing strollers. Both women swivel their heads in my direction and stare at my tats. Not with contempt, but intrigue. It happens again on the next block when a group of teenage girls stop in their tracks at the sight of me. The words “tattooed hottie” tickle our backs as we walk past. Jamie chuckles. “You sure you don’t want to go the bisexual path? ’Cause I’m pretty sure you won’t have any trouble in the chick department.” “S’all good. Wouldn’t be fair to the straight guys if I threw my hat in the pussy ring. They wouldn’t stand a chance.” His expression turns thoughtful. “I’ve seen you fool around with girls before. You seemed interested.” I know he’s thinking about all those nights we snuck into town and flirted with the locals. But we were fifteen, maybe sixteen then, and I was still experimenting, figuring things out. “Were you just pretending to enjoy it?” he asks curiously. “Not so much pretending as trying to enjoy it,” I admit. “And it wasn’t awful. I didn’t go home afterward and scour my skin off in the shower. Making out with those girls was… I don’t know…it just was. I did it, it was all right, but it’s not like I was dying to rip their clothes off and get inside them.” The way I’m dying to rip your clothes off and get inside you. I clench my teeth, annoyed with myself. Christ, enough. It’s not going to happen with Canning. I need to stop this. “Got it.” He nods, then tips his head. “Who does it for you, then? Like, what’s your type, looks-wise?” You. “Ah, I’m not picky.” We reach the corner pub, but he doesn’t make a move to open the door. He just lingers on the sidewalk and chuckles. “Really. So you’ll just stick your dick in anyone?” “No,” I concede. It feels so fucking weird discussing this with him. “I’m not crazy about twinks, I guess. I don’t like the whole scrawny, young boy vibe.” “So you like ’em big.” A broad grin fills his face as he winks at me. “So to speak.” I roll my eyes. “Yeah, big’s a nice bonus. Tall, athletic, not too hairy—” That makes him snicker. “—and, I don’t know…” I start to laugh. “You seriously want to hear all this?” His eyes flash with hurt. “Why, because you’re talking about guys instead of girls? I already told you, I’m not some uptight prude who—” Page 8 “That’s not what I meant,” I cut in hastily, and he relaxes slightly. “It’d be weird even if I was describing a chick. Like, what two guys stand around describing their perfect sexual partner?” I widen my eyes and look around. “Did we wander onto the set of Sex and the City? If so, I’m Samantha. Called it.” The tension diffuses instantly, as Canning’s lips twitch uncontrollably. “You know actual character names from Sex and the City? Shit, if you hadn’t told me you were gay, I would’ve figured it out just now.” “That was an extremely insensitive case of stereotyping, Jamie,” I say primly. “Just for that? You’re springing for lunch. Asshole.” But I’m grinning to myself as I flip him the bird and stride into the bar.

12 Jamie

Sunday is the day the coaches have off. Pat’s wife usually takes the kids on an outing. They’re all going fishing on East Lake tomorrow morning. Meanwhile, the coaches usually have a drunken Saturday night followed by a sleep-in on Sunday. We’ve just eaten a six o’clock dinner with all our teenage charges, so we’re officially free. Wes has been at camp for four days now, but we’re usually too beat at night to do anything but chill in our room. So I’m going a little stir-crazy. “What should we do tonight?” I ask Wes, who is lying on his bed. “You have a car, right? Let’s put ’er to use.” “My car is a dude,” he says, swiping through some app. “Of course it is. What are you doing, anyway?” The app keeps making a strange notification sound that’s unfamiliar to me. “Checking out Brandr. Pretty entertaining in a small town.” That shuts me up for a moment. Brandr is a gay hook-up app. I’m suddenly ornery because I just assumed we were going out tonight. Together. Maybe that was a stupid assumption, but that’s how it always was before. “So…” I clear my throat. “How does that work?” He chuckles. “Come here and see. It’s hysterical. All the worst traits of humanity on display in one place.” Intrigued now, I sit down on his bed, and he props himself on an elbow to show me. We’re leaning over the phone together, the same way we did when we were teenagers. Except we haven’t been on a bed together since…well. That night. And I’m conscious of the fact that we don’t fit so well. We’re taking up most of the surface, but I’m still practically sitting on top of him. I can feel the crinkle of his leg hair brushing mine when he leans in to show me the screen. “It’s like a menu board. Each picture is a dude.” Some of the pictures are close-ups but some are impossible to see. There’s a number tagging each one, too. 0.7 mi. and 1.3 mi. “It tells you how close everybody is? That’s a little creepy.” “That’s part of the fun. If someone acts creepy, you can just block them forever. One click and they’re history. The bios are the funny part. Check this out.” He taps one of the tiles and some dude’s picture fills the screen. It says: Online now, 0.9 mi away. “He’s too old for you,” I say immediately. “And what’s with the socks?” The guy has gray hair and leans against a red convertible. He’s in decent shape, but nobody should wear socks that tall with shorts. That’s just wrong. I won’t lie. This is weirding me out—the idea that this man is staring down at his screen somewhere on the other end of town, tapping Wes’s picture… Wes just laughs. “Looking at Brandr in a small town is always amusing. The odds are good, but the goods are odd.” He scrolls the picture to the bottom where the guy has added his 140 characters or whatever. The headline is “Looking 2 get naked with muscles.” And below that: If I’m online then I’m lkng to get naked. Kissing, body contact & more just ask. No fems. Sorry only attracted to whites. “What the fuck?” I stutter. “Sounds like a charmer, doesn’t he? That’s the internet for you.” Wes bails out of that jerk’s profile. But then his phone makes a noise and a little window pops up. “Hey,” it says, and there’s a thumbnail of some other guy beside it. “Someone’s talking to you,” I mutter. And now I hate this app more than I thought possible. Competing for my friend’s attention isn’t fun. So I stand up and shuck off my Elites T-shirt. I’m getting out of here tonight whether Wes comes along or not. I pull on a polo shirt, which is as dressy as a guy ever gets in Lake Placid. “You want to head out?” he asks from the bed. “Yeah.” When I turn around, he’s changing his clothes, too. Thank Christ. “To think that we can be out after dark without climbing out of the windows,” Wes cracks. “That’s just weird.” He’s dressed in hiking shorts and boots, and pulling a black wife-beater over his head, leaving his arms bare. “You can jump off the fire escape if you want,” I tell him. “But I’m taking the stairs.” “Where are we headed?” I grab my keys and phone. “If your manly car is available, let’s go to Owl’s Head.” He stops in the middle of tying his shoelaces. “Yeah? I thought we’d go to a bar.” “We’re going to do both,” I say. “But only if you can move your ass out that door.”

* * *

Wes drives a newish Honda Pilot with a sweet stereo and leather seats. But it’s a mess. I have to move several copies of USA Hockey off the passenger’s seat and throw away an old McDonald’s bag. “This is...nice,” I tease as I chase an empty cup off the floor. “I’m not going to gay up my ride for you, Canning. Let’s go. We’re racing the daylight.” Owl’s Head is a short hike we used to do with the group as campers. It’s a few miles out of town, and there aren’t any other cars at the trailhead when we arrive. Wes bleeps the locks, and then we’re scrambling uphill over rocks and tree roots. I love this. Hockey is great, but it keeps you indoors. My summer sport is surfing, but I’ve always loved a good hike. Did I mention I’m from California? “Slow down,” Wes pants at one point. I stop, holding on to a sapling to wait for him. “Too much for Toronto’s recruit to handle? I’d better call my bookie. Who are you playing first?” He smacks me on the ass. “I stopped to take a picture, asshole. Carry on.” The views really are intense. We’re climbing up a ledge, basically, and Adirondack peaks stand out all around us, dark against the early evening sky. “It’s just two more turns,” I promise. It takes us thirty minutes to reach the bald, rocky outcroppings at the top just as the sun prepares to set behind a distant peak. Panting a little from the climb, I plop down on a sun-warmed rock and take it in. “What a dump,” Wes jokes, sitting beside me. “Right?” I’ve probably climbed this hill every summer for the last nine years. When we were fourteen, it was fun to scare each other by sitting way out on the ledge. When we were seventeen, we probably came all the way up here without really seeing it. Wes and I would have been arguing about hockey. Or football. Or some dumbass movie. We climbed because that was the activity on the day’s itinerary. It had startled me this past year to realize everything I did from here on out I did for myself. College graduation is the end of the road map. It’s all uncharted territory from this point, and I’m the one in the driver’s seat. The distant clouds turn orange-pink while I watch. My friend sits beside me, lost in his own thoughts. “We’re going to lose the light,” he says eventually. “We still have time.” Another beat of silence goes by before I ask, “What are you thinking about, anyway?” He chuckles. “Freshman year of college. What a dick I was to everyone.” “Yeah?” I’m surprised Wes is going all introspective like me. I would have thought he was sitting there trying to figure out the best way to prank Pat and blame it on the kids. “Yeah. Rough year. Lots of hazing.” I sneak a look at him for the first time since we sat down. “Same here. Those seniors were psycho, seriously. Never seen anything like it.” I clear my throat. “That fall I kept thinking, Wes is not going to believe this shit when I tell him…” I let the sentence die. That was probably too harsh. If we’re friends again, I shouldn’t let my anger bubble back to the surface. He makes an irritated sound in the back of his throat. “Sorry.” “I know,” I say quickly. “But I spent that first semester just praying those assholes didn’t figure out I liked dick. And since I wasn’t so comfortable with that idea myself…” He sighs. “I wasn’t very good company that year, anyway.” Something goes a little wrong in my stomach at the idea of Wes being scared. My whole life I’d thought of him as fearless. Nobody is. Intellectually I know that. But even the other night when he’d told me he had struggled with being gay. I don’t think I really got it. “That sucks,” I say softly. He shrugs. “Didn’t kill me. Just made me work twice as hard. Maybe I wouldn’t have ended up as a first liner if those jackasses hadn’t put the fear of God into me every fucking day.” “That’s looking on the bright side.” “Canning, we’re going to lose the daylight,” he reminds me. He’s right. The sky has already faded to a soft purple in some places. I hastily stand up. “Let’s go, then.” It’s counterintuitive, but on a steep hike the way down is much harder than the way up. Every step threatens to sweep your feet out from under you. We don’t speak at all during our descent. We’re too busy concentrating on where to place each foot and which branches will make a steadying hand-hold. The dark is coming on fast. We’re almost there when the path becomes truly difficult to see. I can hear Wes’s footfalls behind me, and the skittering sound of the pebbles he displaces with each step. I’d bet cash money that Wes is in the zone like I am right now, thinking only of the task at hand. When the body is busy, the mind shuts up for a while. It’s almost totally dark, but I know we’re just yards from the trailhead. That’s when I hear Wes stumble. There’s a grunt and the sound of feet sliding on dirt. My heart catches as I hear him go down a few paces behind me. “Fuck,” he grumbles. I turn around and find him splayed out on the ground. Shit. I’ve dragged Toronto’s new forward up a fucking mountain in the dark. If he’s sprained something, it’s all on me. “You okay?” Feeling sick, I make my way uphill again to where he is. “Yeah,” he says, but that’s not proof. A hockey player always says that, even when it’s not true. But then Wes sits up from the shadows. I stick out a hand and he closes his fingers around it and squeezes. The pressure of his grasp calms me down. With a tug from me he’s on his feet again, and the warmth of his hand leaves mine. But I don’t turn around and head down yet. “Seriously, did you twist anything?” The shadow of Wes shifts his weight from one foot to the other and back again. “Nope. Banged my knee on a rock. But it’s nothing.” He scrapes his hands together to dust them off. Letting out a breath I don’t even know I’m holding, I turn around and pick my way even more slowly down the hill. Wes’s car waits for us in the dark. I hop into the passenger seat, relieved that my hike hasn’t injured anyone. The dome light shows me a smiling Wes, but there’s dirt on his shirt. I reach over and brush it off, undoing the damage. He gives me a wink. “You copping a feel?” Laughing at his own joke, he cranks the engine. “Where are we headed?” “Anyplace. Your pick.” Wes turns the car around and heads back to the main road. “We passed a bar before this turnoff. Lou’s, or something. You ever been there?” I shake my head. “Never have wheels, so I always drink in town.” “We’ll give it a try,” he says.

13 Jamie

There are a million cars outside Lou’s because the place shares a parking lot with a Dairy Queen. We park on the road and walk through the cricket-filled darkness to the decently sized roadside bar. Lou’s has an Adirondack theme, and they’re working it pretty hard. The requisite old wooden paddles hang from the paneled walls. An inverted canoe is suspended on hooks from the ceiling. The drink specials are named for nearby peaks. Of course they are. “Okay, so you’ll have the Nippletop, and I’ll have the Dix Mountain.” Wes is already enjoying himself. “Dude, if the Nippletop has peach schnapps in it, I will hurt you.” He grins, and it’s wicked. “How do you feel about elderflower vodka?” “Not funny.” I wave down the bartender. “I’ll have a Saranac IPA. Thanks.” Wes flips the drink menu onto the bar. “Make that two, please.” He puts a twenty down, and when I reach for my wallet, he waves me off. “I’ll get these.” We take our beers to a high table, both of us doing a little people watching. I don’t see any girls I want to chat up, but that’s fine because that’s not what I came here for, anyway. Wes fishes his phone out of his pocket. “Should have shut this thing off,” he says. Then he squints at the screen. “What?” “It’s a Brandr notification. Somebody’s trying to chat me. And it says ‘less than 100 feet away.’” I almost choke on a swallow of my beer. “Some guy in here?” Then I’m swiveling my head in every direction, wondering who it is. Wes kicks me under the table. “Cut that out.” But it’s too late. At the far end of the room, there’s a guy in a Fugees T-shirt looking this way. He’s watching me. Then he smiles. “Oh, fuck,” I hiss out. Wes is laughing. “Dude, you just picked up a guy.” “What?” I’m sweating now. And I can’t beat the crap out of my best friend because the guy has almost reached our table. “Hey,” he says, giving me a grin. Then he looks at Wes. “Wait.” He chuckles. “Which of you…?” Oh my fucking God. “It’s my profile,” Wes says, and I can tell he’s trying very hard not to bust a gut. “You like?” “You fishing for compliments?” The guy winks. He’s a few years older than us, with dark, shiny hair. “I need another beer. Can I buy a round?” “I’m good,” I say quickly. “One for you, then,” he says, pointing at Wes. Then he slips away to the bar. When he’s gone, Wes puts his face in his hands and laughs. “Jesus, the look on your face!” Ugh. “Why did he think it was me, anyway?” “My face isn’t in my profile pic.” Wes can hardly speak for laughing. I realize something. “You didn’t show me your profile.” “No kidding,” he says, getting a hold of himself finally. “Not showing you that.” “Why?” When he shrugs, I suddenly wonder if… “Is it a dick pic?” Another burst of laughter shudders out of his mouth. “Abs,” he croaks. “It’s my abs.” Of course it is. Wes’s new “friend” drifts back to our table, sliding a bottle in front of Wes, who’s barely made a dent in his current one. We spend the next few minutes chatting. Well, they chat. I just listen, feeling uneasy. There’s something kinda…sleazy about the whole thing, about this guy, but maybe I’m just grumpy. I wanted to hang out with my best friend tonight, not watch him eye-fuck some other dude. “I teach second grade at the public school,” the guy’s telling Wes. His name is Sam, and it’s a little hard to hate him now that I know he works with kids. He seems decent. And he’s really good-looking. Not Wes good-looking or anything, but—Jesus. Am I seriously sitting here comparing the level of attractiveness of the two guys beside me? I take a deep gulp of my beer. Screw it. If I’m going to be the third wheel tonight, I might as well get wasted. “Pool table’s available,” Sam says, gazing across the room. “You guys up for a game?” “Sure,” Wes answers for us, and I swallow down my irritation with another swig of beer. “I’ll just watch,” I mutter as we reach the table. “Not in the mood to shoot pool.” Wes eyes me for a moment. “All right.” Sam racks the balls and flashes Wes a grin. “Looks like it’s you and me. For the sake of full disclosure, I’m about to kick your ass.” This guy doesn’t know Wes, though. I used to watch my buddy hustle every unsuspecting sap who’d ever challenged him to a game. Wes smiles sheepishly. “Yeah, you might be right about that. I’m not very good.” I stifle a snort. “You want me to break?” Sam offers. Wes nods. His gaze meets mine briefly, and I see the twinkle in his eye before he turns away. I lean against the wood-paneled wall as Sam bends over at the far end of the table, the pool cue positioned skillfully in his hands. His opening shot sends the balls scattering in a dizzying whirl, but he only lands one—solid red in the side pocket. He sticks with solids, sinking one more before missing the next shot. Wes is up. He studies the table with a frown, as if he can’t decide which shot to take. Bullshit. Like his shrewd brain hasn’t already planned out every single shot all the way up to the sinking of the eight ball. Sam sidles up to him, lightly resting his hand on Wes’s shoulder. I narrow my eyes. Handsy motherfucker, ain’t he? “Go for the eleven,” Sam advises. “Corner pocket.” Wes bites his lip. “I was thinking the thirteen.” Which would require a combo shot that would make even the most advanced billiards players sweat. Sam chuckles. “That might be a bit too difficult considering you’re not—” Wes takes the shot before Sam can finish the sentence. He sinks the thirteen. And the nine. And the twelve. In one impressive combo that makes Sam’s jaw hit the floor. Page 9 I can’t help it. I start to laugh. “You’re not very good, huh?” Sam sighs heavily. Wes’s mouth twitches. “I may have underplayed my level of proficiency.” A part of me hopes Sam is one of those sensitive egomaniacs who can’t handle losing, but Mr. I-Teach-Second-Grade seems delighted by Wes’s awesomeness. He simply stands there and whistles as my buddy circles the table like the pool shark he is, even breaking out in applause after Wes cleans the table without once letting Sam take another shot. Sam accepts his defeat by chugging the rest of his beer, then slamming the empty bottle on the ledge behind the pool table. “Another one?” he asks Wes. Wes glances at me as if to check if I’m cool with it. I just shrug. I know there’s no prying Sam away from Wes right now. He’s too fucking enamored with my buddy. They play another game. I order another beer. They play a third game. I order a third beer. The drunker I get, the handsier they get. Sam’s palm grazes the small of Wes’s back as he leans in to line up his next shot. Wes glances over his shoulder and winks at Sam, his gray eyes gleaming. Eventually I wander back to the table, alcohol buzzing in my bloodstream as annoyance builds in my gut. Fuck this Sam guy. I take it back—he’s not decent. He seems to have no problem monopolizing my best friend’s time. Doesn’t even give a shit that they’re both ignoring me. And he won’t stop touching Wes. My fingers curl around the beer bottle. When Sam steps closer to Wes and whispers something in his ear, my knuckles turn white as my grip tightens. Is he asking Wes if he wants to get out of here? Telling him how much he wants to screw him right now? Offering to blow him in the bathroom? I drain the rest of my beer. Yeah, I’m buzzing hard now. And the alcohol has done something to my brain. Short-circuited it somehow, flooded it with memories I don’t usually allow to surface. The soundtrack of that last day at camp four years ago runs through my mind. “What are you waiting for, Ryan? Suck it already.” “Fuck, Wes, you’re making me come.” It bothers me that I remember every word I said to him. I’ve been on the receiving end of some pretty phenomenal blowjobs these past four years, but can I tell you what was said during them? Can I repeat, verbatim, every single word I uttered to those chicks? To Holly? Every dirty command that left my mouth? No, I can’t. My gaze shifts back to the pool table, locking on Wes’s mouth. My dick stirs, remembering that mouth wrapped around it. Shit, maybe I’m more drunk than buzzed. Sam and Wes’s laughter wafts toward me. Looks like Sam finally won a game, and knowing Wes, he’s taunting the guy about it being a fluke. Or hell, maybe Wes let him win. Maybe he decided to throw the guy a bone before he…throws the guy a bone. My chest goes rigid. The thought of Wes hooking up with someone tonight pisses me off. Jealous? a little voice mocks. Screw that. I’m not fucking jealous. I don’t care what Wes does—or who he does—but we were supposed to hang out tonight. Me and him. Not him and some random guy he met through a hook-up app. I abruptly hop off my stool and make my way back to the pool table. They’re not even playing anymore, just standing close together, chuckling about something. Sam’s hand rests on Wes’s hip. A casual gesture. Light, harmless. But it sparks resentment in my gut. Why the hell is he touching him? He doesn’t even know him. Presumptuous asshole. “Ready to go?” I raise my voice, because neither of them notices me standing there. Wes blinks. “Now?” I answer through clenched teeth. “Yes. I want to take off.” I can’t help but offer a cool look. “You’re my ride, remember?” Wariness floats through his expression. Then he gives a quick nod and turns to Sam. “Thanks for the games, man. Looks like we’re taking off now.” The other guy’s disappointment is impossible to miss. He glances at me, then back at Wes. “Uh, yeah...sure. Let me just grab your number before you go?” Asshole. I grind my molars as I watch them exchange numbers. Well then. I guess they’re going to meet up again. So much for getting to spend the summer reconnecting with my best friend. Wes doesn’t say anything as we head for the exit. The music in the bar had been too loud to hear what was happening outside, but when we step out the door, we find ourselves in the middle of a torrential downpour. A cold gust of rain slaps me in the face, soaking my clothes in seconds. “Shit. Run to the car?” I shout over the deafening pounding of the rain hitting the pavement. Wes stays put. His expression is as thunderous as the weather. “What the hell was that?” I can barely hear him over the wind and rain. “What?” “You acted like a total douchecanoe in there.” Then he stalks away, his boots splashing the puddles forming on the asphalt. The little awning spanning the side of the building does nothing to protect us from the rain. Our clothes are plastered to our bodies. Water clings to my hair and drips down my face as I hurry after him. “I was the one acting like a douchecanoe?” I yell after him. He stops, spins around to face me. “Yes. Jesus, dude, the way you treated that guy, you’d think he was carrying the Ebola virus.” “Maybe I just didn’t appreciate the way he was pawing you right in front of me!” I shoot back. Wes’s mouth falls open. “What?” My mouth slams shut. Jesus fuck. Why did I say that? “I mean…” I swallow. “It was rude.” Wes stares at me. Droplets run down his chiseled face, catching in the beard growth shadowing his jaw. His lips are slightly parted. I can’t stop looking at them. “What is happening right now?” he asks slowly. Misery lodges in my throat. I don’t know. I honestly don’t know what’s happening. The rain falls harder. A flash of lightning slices through the black sky. I should be cold, but I’m not. My body feels like a furnace. Three beers shouldn’t be having this effect on me. Maybe it’s him? Maybe he’s making me hot? Wes’s tongue darts out to lick at the raindrops on his bottom lip, and I catch a glimpse of his tongue ring. It wasn’t there when we were eighteen. It wasn’t there when his tongue had circled the head of my cock the night he gave me the best BJ of my life. And there it is. Ryan Wesley had given me the best BJ of my life. “Canning…” He trails off, watching me again. He looks uneasy, but…there’s something else in his gaze. A flicker of confusion. A hint of interest. I take a step closer, but I’m not sure why. My heart is pounding harder than the rain. My eyes are glued to his mouth. “Jamie.” A note of warning this time. I suck a gulpful of oxygen into my lungs. Then I ignore the warning. His eyes widen as I shove my fingers through his hair and tug his head closer. “What—” He doesn’t get to finish that sentence, because I’m smashing my mouth against his.

14 Wes

Jamie is kissing me. Jamie is kissing me. Jamie is kissing me. Nope, no matter which way I run it through my head, it still doesn’t make sense to me. The pressure of his mouth? Makes no sense. The shocking sweep of his tongue over my bottom lip? No sense. But holy fucking shit, I want it. Rain pours off the awning and slides over our heads as my best friend’s lips latch onto mine. I taste the rain, beer, something addictively masculine. His mouth brushes mine, over and over again, and when I part my lips to draw a shaky breath, he takes full advantage and slides his tongue inside. It’s like a cattle prod to the spine. Desire surges through me and spirals down to my balls, drawing them up tight. When his tongue touches mine I damn near keel over. I have to grab the front of his shirt and bunch it between my fingers to keep from being swept away by the storm. Not the storm that’s lighting up the sky, but the one that’s roaring inside me. I know the moment he feels my tongue ring, because his tongue curls around the metal stud and he moans against my lips. Deep and husky. It’s that lust-drenched sound that snaps me back to reality. This might feel right, but it’s wrong. He’s drunk again. Not thinking clearly. For some reason he decided shoving his tongue down my throat was a good idea, but it fuckin ain’t. At the end of the day, I’m still gay—and he’s still straight. Even worse, I’m still in love with him. With a tortured groan, I wrench my mouth away. I can’t fucking do this again. I can’t let myself want him or get my hopes up about the two of us. He’s my friend. He’ll always be my friend and nothing more. His eyes, hazy with passion, absolutely wreck me. He blinks as if disoriented, as if he can’t understand why I broke the kiss. “Your tongue ring…” His voice is hoarse with excitement. “I want to feel it on my cock.” Oh sweet Jesus. Okay, he’s drunker than I thought. I hadn’t seen him pound back more than a couple beers, but he must have snuck a few more in when I wasn’t looking. “Yeah…” I manage a hasty laugh. “That’s not gonna happen, man.” Jamie narrows his eyes. The rain slows a bit, making it easier to speak without having to raise my voice. “We’re not going down this road again, Canning.” I swallow hard. “The last time we did, it ruined our fucking friendship.” He slants his head, those big brown eyes gleaming with challenge. “You’re saying you don’t want me?” Aw hell. “No, I’m saying this is a bad idea.” Jamie steps closer, backing me into the wall until my back bumps the wet bricks. Now he’s got me pinned in place. There’s a hard wall behind me and an equally hard one in front of me. Emphasis on hard, because holy hell, he’s rocking one hell of a boner. It presses against my thigh as he eases even closer, until his lips are inches from mine. “You’re the king of bad ideas,” he reminds me. “At least this one ends with both of us feeling good.” He’s going to kill me. The role reversal melts my brain, because I’m the one who’s usually in charge, who calls the shots, sets the limits. Jamie shifts his hips, a breath panting out as his erection brushes my leg. If he were sober, he’d probably be horrified. When he sobers up, he will be horrified. He’ll apologize for coming on to me, and we’ll end up having that awkward conversation we should’ve had after I blew him four years ago. He’ll tell me he’s straight, he was just fucking around, he’s not into me. And I’ll be crushed. I know all this, but it doesn’t stop me from stealing one more taste. I mentioned I’m a masochist, right? It’s the only explanation for why I curl my hand around the back of his neck and tug him toward me again. Our mouths meet in another kiss. Soft this time. Agonizingly slow. It’s not enough. I’ll stop it soon, any second now, but not yet. Not until he gives me more. Groaning, I push my chest against him and spin us around so he’s the one against the wall, and I’m the one grinding up on him. He makes a surprised noise, but it turns into a husky rumble when I deepen the kiss and drive my tongue into his mouth. I’m greedy now. Desperate. I fuck his mouth with my tongue the way I want to fuck him with my cock. Deep, hungry strokes that leave us both breathless, and now he’s the one clutching my shirt. To my right, the door of the bar bangs open. A female shriek rings out. She’s probably screaming about the weather, not the two guys against the wall trying to eat each other’s faces. Either way, her scream brings me back to my senses. Stumbling backward, I’m panting like I’ve just run three marathons. I’m under the downpour now, but Jamie’s not. So I can see his expression perfectly—the wide-eyed panic on his face. The disbelief. Fuck. My straight-as-a-blue-line friend is about to freak out. An hour from now, he’ll probably have one hell of an identity crisis, and for what? The best kiss of my life wasn’t worth screwing up his life. I’ve lived confusion. It ain’t pretty. Now I have to look away. If I don’t, he’ll see my eyes and know I’m dying inside. I want him more than anything in the goddamn world. It takes all my willpower, but I turn and walk off in the rain toward my car. The rain is coming down in sheets, so I start to run for it. I don’t even know he’s followed me until he slides into the passenger seat opposite me and slams the door. In less than thirty seconds I’ve got the engine cranked. We’re cruising back up 73 toward Lake Placid before a whole minute has passed. There’s a terrible silence in the car. If it weren’t raining I’d probably double the speed limit trying to get Jamie back to town. He still hasn’t said a word. “I’m sorry,” I croak. “Didn’t mean to let that happen.” He makes an irritated noise. I’m dying to know what it means, but too chicken-shit to ask. We are never speaking of this night again. Never. Even if we’re wasted the night before Jamie’s wedding. Even if we’re trapped in a mineshaft with thirty minutes of oxygen. Not even then. Earlier, I told him he’d acted like a douchecanoe. But that’s crap. I’m the one who’s in love with my best friend and pretending I’m not. The rain lets up. A few minutes later (even though it feels like hours) I pull up in front of the dormitory building and step on the brakes. Jamie doesn’t move. “I’m going to find a parking spot, and then take a walk,” I tell him. There is no way I can go back to our room right now. We need a time-out. I hope he understands. Later, when he’s asleep, it might be possible to breathe the same air as Jamie Canning again. He doesn’t move. Please, I beg him inwardly. Please go up to bed. It’s hard enough to look at his face each day and not feel heartbreak. I can’t be close to him right now. I’m afraid I’ll give in and kiss him again. The way his hard body had aligned so perfectly with mine is burned in my consciousness. I’ll be trying not to remember that for weeks. I wait, and I ache. Finally the door clicks open. I hear him exit the car. When the door slams shut, I feel it like a sledgehammer to the heart. Don’t look, I coach myself. But my self-control isn’t infinite. His fair hair glints under the streetlight as his long legs eat up the walkway in just a few paces. Seeing him walk away from me splinters something inside me.

15 Jamie

I pound up the steps of the building, my heart thumping, my skin wet from the rain and sweat and nerves. “Jamie.” Shit, I’d almost made it inside. But Pat is sitting in stealthy darkness in one of the rocking chairs on the front porch. He’s probably on stakeout, watching for teenagers sneaking out. Instead he’s caught me sneaking in. And at the sound of his voice I feel at least as much terror as an escaping kid. Stumbling, I stop before reaching the door. “Hey,” I say, trying to sound normal. At least it’s dark. I don’t trust my face right now. “Got a minute?” Do I? What I need is to be alone for several hours to bang my head against a wall. To try to figure out what on God’s green earth just happened. But Pat is like a second father to me, and being rude to him isn’t something I can do. I don’t answer, but I do take the rocking chair right next to his. My hands are shaking so I curve them around the chair’s arms. A couple of very slow breaths help me calm down. Across the road, the lake is a dark void. Lights from the Lake Placid restaurants twinkle in the misty night air. Everything looks so calm and ordinary. The world would make more sense to me if the buildings were falling into the lake, or the fudge shops were on fire. But the only thing quaking is me. “You okay, son?” “Yeah,” I grind out, my voice like a chainsaw. “Got caught in the rain.” “I can see that.” He’s quiet for a moment. “I just wanted to ask you how Wesley is holding up. Did the first week treat him okay, you think?” Just the sound of his name makes my gut clench. Well, Pat, I just threw myself at him. We made out like porn stars up against the side of a bar. Then he gave me the brush-off. And I don’t have any idea what any of it means. “He’s, uh, okay,” I stammer. I don’t really even remember the question he’d asked. “If he’s struggling out there, I hope you’ll tell me. I won’t fire him—I’ll just get him some backup.” I pull myself together and try to focus on the conversation. “Coaching takes practice.” Pat smiles. “That’s very diplomatic of you. Coaching takes practice, yes, but not everyone is a natural at it the way you are.” “Thank you.” The compliment is unexpected. “And I think the kids will get a lot out of their time with Wes—I wouldn’t have hired him if I wasn’t sure of that.” Pat’s chair squeaks as he rocks it gently. “It surprised me, though, getting that call from him. It was a few hours after the Frozen Four victory. I’d watched the game—it makes my year anytime I get to watch you boys on my television. But it’s funny—when I saw who was calling, I had this moment where I thought he was going to say, ‘I owe it all to you.’” He chuckles to himself. “That’s not Wes’s style, so I don’t know why I expected to hear that. But yeah, when he said, ‘I’m calling to take that job you offer me every year,’ I really was surprised.” So am I. In fact, many things about this information surprise me. “You’ve been recruiting him all these years?” “Sure. All my boys who become successful college players get a call from me. Wes never said yes, though. Then I get this call…” He pauses. “Took a lot of guts, really. He says, ‘I want to coach for you this summer. But you need to know I’m gay. Nobody knows, but if it bothers you—running a camp and all—I understand.’” Page 10 A drop of sweat runs down my back. “What did you tell him?” Even though I know Pat hired him, my breath still catches for the Wes on the other end of that phone, waiting for someone to pass judgment on him. Maybe it takes more balls to be Wes than I’d realized. “I said that was his business, and I didn’t give a shit as long as he showed up every morning ready to coach. Later I asked him if he wanted to room with you again after all these years. He said, ‘Sure, but I gotta come out to Jamie, too. If he has an issue, you might have to trade things around.’” An issue. I have one all right. My issue is the giant boner he gave me tonight. God, it’s a struggle not to bury my head in my hands and scream from confusion. Weirdest night of my life. Right here. Winner! And Coach Pat is still waiting for me to say something. “Um, I just told him I’m from Northern California.” Pat laughs. “I see. Didn’t think you’d have a problem. You two were inseparable all those years.” Inseparable. A while ago my tongue was inseparable from his. And it was all my doing. I mauled my best friend. His taste is still on my lips. I need to eject from this conversation before I lose my mind. “No problem at all,” I say gruffly. “I think I gotta hit the hay, though.” “Good night, coach.” “Good night.” I climb the stairs and walk down the hall toward our room. None of the doors have light leaking from underneath, but I can hear the sound of voices and male laughter as I pass by. Wes and I had been the same at their age—talking ’til all hours. Now? I’m not sure we’re talking at all. I make a stop in the bathroom to brush my teeth. When I catch my face in the mirror, it looks the same as it always does. Same square jaw. Same brown eyes. My skin is a little pale under the fluorescent bathroom lights. There’s nothing to see here, but like an idiot I stare a little while, looking for who knows what. A change. A sign. What does a guy who’s not as straight as he thought look like, anyway? “Like you, apparently.” My lips move with these words, and I’m no closer to understanding what happened. But now I’m talking to myself. Awesome. I can’t avoid it any longer, so I head into our room. Flipping the lights on only makes me squint, so I shut ’em off again. I strip down to my briefs and climb into bed. I’m sober now, which is a bummer. That’s not going to help me sleep. But at least I’m not shaking like a leaf anymore. Wes is not here, but I feel his presence. And I’m just lying awake, waiting to hear his rough, cocky voice in the hallway. It’s not an exaggeration to say I’ve always felt a little more alive when he’s around. Life is just a little brighter, a little louder wherever Wes is. But now it’s tempting to reexamine my impressions of him. I’m mostly sure I’ve always loved him as a friend and that tonight’s impulse was just a new craving born of beer, ordinary jealousy, horniness and some kind of friendly emotional overload. The perfect storm. My desire is a strange creature of the night, brought to life by a strike of lightning in exactly the right place. Right? Sigh. I’m not a navel gazer. I don’t sit around inventing complex theories to explain my behavior. But tonight it’s impossible not to lie here and wonder… All those times I watched him fly down the rink with the puck under his command—was that simple admiration? All those times I watched his flashy skating with a warm feeling in my chest. Or when he’d smile at me from across the table. Was I hiding something from myself? Or was there nothing to suppress? Fuck, does it even matter? Desire is chemistry. And in a biochem class I took once, they taught us that all chemistry is just electricity. We’re all just bags of charged atoms walking around bumping into each other. My electrons went seriously haywire for his tonight, though. Particles collided. Pushing my hips into the mattress, I wish I could feel it again—the press of his body. The scrape of rough hands on my forearms. I don’t know why I want it. I don’t know if the craving will disappear with tonight’s rain shower. But right this moment it’s here. And it’s real. The night now feels endless. And tomorrow will be an awkward eternity. Yay. I can’t even begin to imagine what Wes is thinking right now. He wanted me—I felt it. But he stopped because it would ruin our friendship. This man who fucks strangers off an app. I’m still lying there face down in my pillow when his key finally turns in our lock. I freeze, of course. He tiptoes in. I hear the thud of his hiking boots hitting the floor, and the soft swish of clothing coming off. My dick hardens against the mattress. I’m actually hard, and all he’s done is walk in and undress. Interesting. His sheets rustle as he gets into bed. And then there’s silence. A minute passes, then two. I’m not sleeping, and he can probably tell. Which means we’re like two teenage girls after a catfight at a sleepover—ignoring each other. I roll over to face him. “If you’re trying to avoid me, you might have to do another seventeen laps around town. I’m still awake.” Wes sighs. “How are you feeling?” “Horny.” He snorts. “That’s the beer talking. Did you know you go gay when you’re drunk?” When I hear the word “gay,” I almost argue. But that’s not really the point. “I’m not drunk, Wes.” What I am is very, very curious. Wes thinks he did me a favor tonight by heading us off at the pass, but now I have this giant question inside me, and I don’t think it will fade in the morning. But it will make things awkward. I’ll be watching him in the mirror while we both shave, wondering what it would have been like. Wondering whether it’s something I could really get into, or just a weird moment of happenstance. “I don’t want to fuck with your head,” he whispers. “I wish I hadn’t ever done that.” But it’s not my head that needs fucking. “Come over here,” I say. “Please.” “No fucking way,” he replies. “I can make you.” He laughs. “Did you smoke some pot while I was out, Canning?” I laugh, too, and it’s such a relief. Because it means I haven’t wrecked everything. But then I lift my hips, peel off my briefs, and throw them at his head. He bats them away, smiling in the dark. Kicking the sheet off, I put my hand on my dick. And he stops laughing.

16 Wes

Fuck me. I’m a strong guy. I’m a tough guy. But I was not built to withstand the sight of Jamie Canning stroking himself. The shred of moonlight shining through the gap in the curtains shows him reclining on his back, his far knee cocked wide. His body is perfect—strong and lean on the bed. His palm is cupped over his dick, the fingertips just brushing the cockhead. He takes a deep breath and then pushes it out slowly, his back arching a little ways, his hips rolling a few degrees. And I am dying a quiet death. My mouth actually waters, and I have to swallow hard. He’s right there. In two paces I could have him in my mouth. It’s like Jamie Canning looked into my filthy mind and extracted my fantasies. Well, the opening reel, anyway. He doesn’t turn his head to look at me, because he doesn’t have to. We both know where my attention lies. He squeezes his shaft once. Twice. Then he opens his hand, letting the fingers drift down. He cups his balls, his thumb skimming the delicate skin. I hear a hot gasp, and realize it’s come from me. Then? The fucker smiles. That wakes me up, at least a little. “What the fuck are you doing?” “I really need to jerk. You mind?” Holy…! I rue the fucking day that I said those same words to him. I was eighteen, and I thought I was so smooth. But I was only setting in motion some serious pain for everyone. And it’s still happening. There’s blood pounding in my ears now. And other places. My hand creeps down into my boxers without my approval. Jamie is pumping himself now. Slowly, up and down. He pauses to rub his thumb over the head, and my throat constricts. “Wes,” he says, his voice like gravel. “I need your help.” It’s a miracle I’m able to answer in an almost-normal voice. “Looks like you’re doing fine on your own.” That’s when he finally turns his head to look at me. As he rubs himself, he swallows, and I see his Adam’s apple bob roughly. “I need to know.” Know what? I almost ask. But he’s studying me now. His eyes are trailing across my chest and down my arm. He’s watching the hand in my shorts. And I get it. He wants to know why he’s feeling this way, if it’s attraction or beer or temporary insanity. Earlier tonight I was telling him the truth when I said I didn’t want to help him make this discovery. I’m not sure I’d survive it. This is, of course, all my fault. We lock eyes. His are heavy-lidded. I’ve always wanted another chance to see his lust-filled face. Now his lips part on the upstroke, and it’s almost enough to get me across the room. But still I hesitate, and not because I’m afraid he’ll regret this tomorrow. Because I know I will. “Please,” he says. That one word is enough to get me off my bed. I’m standing in the center of our room now, hands on the waistband of my boxers. I yank and let them drop to the floor. And now he’s staring at my cock, stroking his. “What do you want?” I ask. And I need him to be specific. This is a very dangerous game we’re playing. It will probably end in disaster. But if there’s any way I can prevent that, I will. He moves further onto the bed, making room for me. Then he beckons. And there isn’t enough money, fame or fortune in the world to keep me from obeying. I’m on that bed a second later. His arms reach for me, pull me in. We’re side by side, chest to chest. And Jamie Canning is kissing me again. He doesn’t taste like beer anymore, but toothpaste. There’s no way either of us can blame this on alcohol tomorrow. His tongue is in my mouth and I take greedy pulls on it, loving every second of it. Our lower bodies grind together, and he lets out a soft moan, rocking harder into me. His cock slides over my belly, lines up with my own aching shaft. That bit of friction brings stars to my eyes. “Fuck,” I choke out. His eyes slit open, searching my face as his tongue comes out to lick his bottom lip. “If you stop right now, I’m going to kick your ass.” Stop? Is that a word? What does it mean? Probably the opposite of what I’m doing when I slide my hand between our bodies and grasp both our cocks in my hand. Jamie’s spine arches on another husky moan. “Oh shit. That’s good.” I jack us slowly, squeezing on each upstroke. His mouth finds mine again. His stubble scrapes my cheek as he angles his head to deepen the kiss. That magic tongue slides between my lips again, hungry and eager. I can’t believe we’re doing this. I can’t believe he’s letting me do this. We’re both leaking, making it so fucking easy for my fist to slide over our slick cocks. My balls are heavy, tingling with the need for release. A few more strokes and I’ll probably blow, but Jamie doesn’t let it happen. He wrenches out of my grip and plants both palms on my chest to shove me onto my back. My dick sails up and slaps my navel, and he groans at the sight before wrapping his fingers around my shaft. “Can I…” His voice comes out in a rush. “Can I suck you off?” Holy mother of God. I’m caught in some kind of fever dream. I have to be, because there’s no other explanation for why my best friend is offering to put his mouth on my dick. I figured this exploratory I-need-to-know-if-I-like-dudes session would involve me doing all the work, ravaging him the way I’ve always fantasized about doing. But one thing about Jamie Canning? He’s full of surprises. Every time he used to accept one of my crazy challenges, my eyebrows would soar, my mind unable to comprehend how this laidback Cali boy who always followed the rules could be so willing to follow me down whatever rabbit hole I was leading him into. I’m not leading him into anything tonight, though. This is all Jamie. It’s Jamie’s fingers skimming along my hard length. Jamie’s breath hot on the tip of my dick as he slides down and brings his mouth within inches of me. “Have you ever…” I swallow past the gravel in my throat. “Done this before?” “No.” His lips are hesitant as they graze my cockhead. “I might suck.” A laugh chokes out. “Sucking is kind of the point.” He lifts his head, brown eyes twinkling. “I might be bad at it,” he corrects. “You won’t be.” Because there’s no way he can be. I’m too close to coming already, just from being in the same bed as him. He doesn’t need skill—he just needs to be here. Him. Here. With me. I almost lose my mind when his tongue touches me. Every inch of me is hot, tight, prickling with need. He licks a slow circle around my tip, then kisses his way down my shaft. He’s kissing my dick, light, open-mouthed caresses that blow my fucking mind. Holy shit. Jamie Canning is a cocktease. Who would thought? “You trying to drive me crazy?” I growl after he kisses another path up my cock. His chuckle vibrates through me. “Is it working?” “Yes.” I slide both hands through his hair, cupping his head. “What about you? Enjoying your first taste of dude?” He laughs harder now, broad shoulders quaking as he crouches between my thighs. “It’s…” His tongue finds me again, tickling the underside of my shaft. “Different.” He wraps his hand around my base and closes his mouth around my cockhead, giving a slow, decadent suck. “It’s…” He sucks again, taking me deeper this time, and my cock pulses uncontrollably. He must feel it on his tongue because he groans, loudly, desperately. He lifts his head, his expression foggy with lust, cloudy with confusion. Joy surges through me. And apprehension, because I don’t know what to do with his bewilderment. Do I assure him it’s no big deal? That it’s perfectly cool for a straight guy to love blowing another man? But he doesn’t give me the chance to say anything. He just dips his head and his hot, wet mouth surrounds me again. My hips shift on the mattress, pure lust sizzling in my cock and balls as my best friend works me over. I keep one hand tangled in his hair. The other claws at the sheet, bunching it tight between my fingers. My heart is pounding. It’s all I can hear, a frantic thump-thump rattling my ribcage. That and the sounds Jamie is making. Husky groans, wet pops, a deep growl as he takes me almost all the way to the back of his throat. Jesus Christ. This man is wrecking me. I’m wrecked. I’m— “Going to come,” I ground out. The climax seizes my balls and shoots up my shaft, hot jets spurting out of my cock just as Jamie’s mouth releases me. He strokes me through the release, his breathing heavy and eyes gleaming as he watches my come land on my abs, my chest. I can’t breathe. I’m a gasping, shuddering mess, and he just keeps watching. And then the fucker does it again—he smiles. He fucking smiles as he lowers his head and licks one pearly drop off my stomach. “That was so hot,” he tells me. Hot? Try scorching. Blistering. A goddamn inferno. I’m unable to do anything but lie there like a sack of potatoes. Struggling to breathe. Blinking like an owl as I watch the most beautiful man grab my discarded shirt from the floor and clean me up. Once he’s done, he tosses the shirt away and bends down to kiss my collarbone. Then my shoulder. My other shoulder. He keeps kissing my feverish flesh, licking, nibbling, and I just let him explore, offering myself up as his sexual guinea pig. He’s tasting every inch of me, his mouth moving tentatively over the ripples of my abs, my hips, my pecs. I moan when he licks one of my nipples, and he peeks up at me, his lips curving. “You like that.” I manage a nod. He does it again, this time closing his lips around the tiny nub and sucking on it. I can feel his erection against my thigh, leaving streaks of moisture against my skin. Drawing a breath, I reach down and grasp him, and now I’m smiling, because his tongue freezes on my nipple as his entire body tenses. He thrusts into my hand, and it’s all the invitation I need. “On your back,” I mutter. Jamie rolls over so fast it makes me laugh. He props his arms behind his head, one brow cocked as he nudges his hips up, all but taunting me with his perfect dick. “Let’s see if you’ve still got it,” he teases. My laughter is muffled against his stomach. “You know, you’re a cocky bastard when you’re gay.” “Guess I am.” I slowly crawl up his body, propping my elbows on either side of his head. Our gazes lock. He parts his lips, peering up at me with hazy eyes. Swallowing, I lower my mouth to his in a soft kiss. Fuck, I taste myself on his tongue, and it’s enough to send my mind spinning. This guy…goddamn it, this guy. I’ve never wanted anyone the way I want Canning. The way I crave Canning. Four years’ worth of meaningless sexual encounters flash through my head as I break the kiss and slide down his body again. All those guys I hooked up with in the past…they’re a blur. They’re faceless. Sometimes they were faceless even when I was with them. I got off, they got off, but I wasn’t fully present. I always held something back from them. Not with Jamie. I can’t hold back with him, and never could. “Trust me, I’ve still got it,” I whisper as my mouth descends toward his cock. And I’m going to prove it to him. Show him how much I fucking love him, because I sure as shit can’t tell him. I take a breath. His erection is millimeters away and it’s mine. Tonight, he’s mine. I grip his shaft and give it a light squeeze. He shudders in response, watching me. Waiting. Page 11 Licking my lips, I bend down and swipe my tongue over the little slit at his tip. He teased me before, and now it’s time for some payback. I’m going to worship every inch of Jamie Canning’s cock. I’m going to torment him with my tongue until he can’t remember a time when my mouth wasn’t on his dick bringing him pleasure. I’m going to— Jamie comes the second I wrap my lips around him. Yup, he fucking comes, and I don’t know whether to laugh or

groan as he starts to shake with release. In the end I do neither—I suck him all the way down to the base, drawing a strangled cry from his lips as I swallow the salty drops that shoot down my throat. When he finally goes still, I raise my head with a sigh. “Really, dude? That was like two seconds. You have the stamina of a pre-teen.” His shoulders tremble as he rolls over on his side in hysterics. “I guess you’ve still got it,” he chokes out between laughs. Climbing up the mattress, I ease in behind him, yanking his big body toward me. He stiffens for a second, then relaxes, his taut ass nestling against my groin, his back flush to my chest. I wrap an arm around his waist. If I’m honest, I wanted this as much as the blowjob—the right to just touch him. To lean on him, skin to skin. But he’s silent. Too silent, probably. “Jamie,” I murmur in his ear, before planting a kiss on his shoulder. “Are you going to freak out now?” The pause before he speaks cuts me in half. “Do you want me to?” There’s humor in his voice. “No.” It’s my turn to pause. “Do you want me to go back to my bed?” He snuggles even closer, plastering himself to my body like a warm blanket. “No.” He sighs in contentment. “Night, Wes.” A lump rises in my throat. “Night, Canning.” 17 Jamie Wes isn’t beside me when I open my eyes the next morning. I roll over and study the room. His bed is empty. It doesn’t look like it’s been slept in, and I don’t remember him climbing out of mine during the night. What I do remember is waking up at six in the morning to find Wes’s arm wrapped tightly around me. Then I’d fallen back asleep, so he must’ve left some point after that. Probably makes me a jerk, but I’m relieved. I’m not sure what I would have said if I woke up to find us snuggling. According to the alarm clock on the end table, it’s almost eleven-thirty. Dining hall stops serving breakfast at eleven. I’d slept right through it, but that’s okay. It’s our day off, so I’m not needed at the rink. On the other hand, it’s our day off. That means hours and hours of free time. Time I’ll probably be spending with Wes. Who I hooked up with last night. I don’t feel any different, though. I fooled around with a guy yesterday—shouldn’t I feel different? Feel gay, you mean? A laugh bubbles in my throat. Does one feel gay? And damn it, I’m bewildered to discover I’m rocking a boner, and it’s more than just a case of morning wood. It’s Wes-wood, a result of thinking about us messing around. I…think I might want to do it again. And how screwed up is that? I’d been fully prepared to view last night as a chemistry experiment. A test. I hadn’t expected to ace the damn thing. The door suddenly swings open and Wes trudges inside, red-faced and breathing hard. He’s in running gear, the front of his sleeveless shirt drenched in sweat. He peels it off his muscular chest and throws it aside. “It’s fucking hot out there,” he mumbles without glancing my way. Oh shit. He’s going to make it awkward. He can’t even look me in the eye. “Why didn’t you wake me?” I ask. “I would’ve come running with you.” He shrugs. “Figured I’d let you sleep in.” He kicks off his shoes and socks, then strips out of his shorts. Now he’s naked. And I’m even harder. He’s still averting his gaze, so he has no idea I’m admiring his lean, sculpted muscles and the black ink winding around his heavy biceps. I realize this is the first time I’ve seen him naked in the light of day, and his skin gleams in the sunlight peeking through the curtains. He’s all muscle. All man. And all those questions I’d asked myself last night—Am I really attracted to him? Would I like it if we hooked up? Am I totally crazy?—I know the answers to them now. Yes, yes, and maybe. But I didn’t expect to wake up with more questions. I slide out of bed and notice he’s making an even greater effort not to look at me now. Because…yep, I’m naked, too. We’d fallen asleep naked. In each other’s arms. His back is to me as he stalks over to the dresser. “Wes,” I say quietly. He doesn’t react. He grabs a pair of blue gym shorts from the top drawer and tugs them up to his hips. “Wes.” His shoulders tense. Very slowly, he turns around, and his gray eyes focus on my face. There’s an unspoken question flickering there—what now? Fuck if I know. What I do know? I’m not equipped to have this conversation right now. Not until I’ve given it some thought and figured out what I want from this. From him. So I put on a careless tone and ask, “What are we doing today?” He’s silent for a beat. I can tell he expected me to go all chick on him and demand we talk about last night. I can also tell he’s relieved I decided to choose the dude route and ignore it. His lips quirk slightly. “Well, we need to get some food in you and then hike over to the soccer field. The kids came back from the fishing hole already because nothing was biting except the mosquitoes. So Pat’s organizing a game.” And just like that, we’re cool again. Sure, we’re pretending we didn’t blow the shit out of each other last night, but for now, I’m happy to pretend. I’m not ready to deal with this yet. I wrinkle my forehead. “For the kids?” “Nope, the coaches. But a bunch of the boys are already there taking bets on which team will win.” “There are teams already?” How long had I been asleep? Wes grins again. “Pat’s calling it boys versus men. Him and the older coaches against us young’uns.” “Sweet.” I’m not a soccer enthusiast, but any sort of competition gets my adrenaline going. “PS—losers have to perform a song for the campers in the dining hall tonight,” Wes says. I narrow my eyes. “Which song?” “Winners’ choice.” He snickers. “Just out of curiosity—who came up with these stakes?” My best friend blinks with the utmost innocence. That’s what I thought. “You know if we lose, Pat’s gonna make us sing Mariah Carey or some shit,” I grumble as I look for my shorts. “Which is why we’re not going to lose,” he says cheerfully. * * * We stop at the bakery in town so I can grab a coffee and something to eat, and I scarf down two banana muffins as we head to the soccer field. It’s another gorgeous day and the tourists are out in droves, bustling down the sidewalk and filling the outdoor patios we pass on our way. Two chicks stop in their tracks as Wes and I walk by. They’re in their early twenties, both blond, both incredibly attractive. One girl is wearing a top that’s cut so low her tits are practically hanging out of it, and a spark of heat ignites my groin. Shi-it. That rack is spectacular. Wes winks at them and keeps walking. I match his strides, trying not to glance over my shoulder to see if the girls are watching us. Okay, just one peek. I flick my chin back for a quick look, which causes one of the girls to nudge her friend. Whoops. “See something you like?” Wes asks. I feel a slap of discomfort that wouldn’t have been there twenty-four hours ago. “Just thinking things over,” I mumble. “I’ll bet.” His voice is low. We don’t speak of it anymore, because I don’t need to involve Wes in my confusion. But I’m pretty sure that my dick is an equal-opportunity player. Because I love women. I love how soft they are and the way they smell and how they feel in my arms. I love fucking them and going down on them, and I’m never faking it. Last night, I wasn’t faking it, either. And now I have no idea what it all means. Wes nudges me, then points at a street sign we’re passing. Cummings Road. “Like that joke has never been made before. Now who’s the pre-teen?” He stiffens for a beat, as if he didn’t expect me to make a reference to last night. Then he snorts. “Let’s play some soccer, Canning.” Indeed. First, Pat gathers everyone around. You can’t ask a bunch of highly competitive athletes to play a friendly game of soccer without going over a few rules first. There will be two twenty-minute periods. And will the offsides rule count? Yes it will. Is slide tackling legal? No. “Because I will fucking kill anyone who injures himself,” Pat adds. Good to know. We’re playing five on five, and I’m in the goal, of course. I can see Killfeather over on the side, watching me with a grin on his face. He’s not a bad kid when he forgets to be stressed out. I’m not stressed, either. I’m bored to tears, because Wes and the other guys are giving ‘em hell at the other end of the field. We’re up 1-0 by the time I have to make my first save. A soccer net is a lot bigger than a hockey goal, so saving the net seems more haphazard. But I stop Pat’s shot in my hands and my team cheers. I set the ball down on the line, back up and kick it downfield. Before it reaches Wes, he gives me a little smile, then traps the ball with his chest. It drops to the ground between his muscular legs and then he’s off running, controlling the ball, masculine beauty in motion. Suddenly I’m thinking about sex again. In the middle of a game. That’s never happened before. The next time the ball threatens our goal, things don’t go so well. Our defense falls apart when Pat is able to deke my teammate Georgie, leaving the most senior coach unguarded. The old man promptly fires a flying saucer right at me. I leap, but it sails past my thumb and into the corner of the net. Wes makes an ornery noise, and I can see he’s about to lay into Georgie for leaving us wide open. Meanwhile, Killfeather and the rest are watching. I walk over to Wes and put a hand on his shoulder. “Hey,” I say, holding my hand up for a high five. “We’ll get the next one.” Wes is a quick study, so it’s no surprise to me that he catches on. He smacks my hand. “Yeah, man.” Then? He reaches around behind me and gives my ass a quick squeeze. Holy…! I can’t help that my eyes dart around, checking everyone’s face for a reaction. But there isn’t one, because nobody saw. And even if they had, it’s such a Wes move that nobody would think twice about it. But I do. Because even if I’m not freaking out about what we did last night, I don’t want anyone else to know. If Wes was a girl, I wouldn’t care, though. And why is that, exactly? my conscience wonders. It’s a good question, and not one that I’m prepared to answer. And anyway, there are ten more minutes of soccer to play. We hold at 1-1 until there are only two minutes remaining. Then Wes gets lucky with Georgie’s corner kick, heading the ball into the top of the net. And we’ve won. I collapse on the grass and yell for Killfeather to bring me a bottle of water. He does, but he pours some of it on my face before handing me the rest. “You are such a punk,” I complain, and he laughs. The walk home takes longer than it should, because the coaches are sweaty and tired. “So who do you room with?” I ask Killfeather. “Oh, with Davies.” “Really? How’s that working out?” “It’s all right,” he says. “He’s not bad when he’s not on the ice.” I file that away to think about later. And I let my eyes linger on Wes. His gait is so familiar to me. The way he carries his shoulders hasn’t changed in the nine years I’ve known him. The way his hamstrings tighten with each step is as familiar as my own hand. There’s a warm feeling in my belly when I look at him. And it’s not just sexual. It’s…comfortable. Like we’re close even when he’s twenty yards ahead. I wear a consciousness of him like a second skin. Okay, that sounds a little creepy. A little too Silence of the Lambs. Sunshine and sexual confusion have gone to my head. Just before he reaches the dormitory, I see Wes answer his phone. And when I arrive in our room a minute or so behind him, he’s frowning out the window while he talks. “What if I don’t want to do an interview?” he asks. His tone is recklessly belligerent if he’s talking to a PR person. Careful, I feel like saying. “This isn’t a good idea. Why set me up just to lie?” There’s a pause on Wes’s end. He kicks off his shoes with more force than is necessary, and they fly with an angry thunk into the desk we never use. “Dad, if I tell them there’s a girlfriend, they’re going to ask her name. And then what would you have me say?” Ah. The conversation makes more sense now. Wes never got along with his father. Every phone call home had always ended with Wes red-faced and irritated. The one time I met Wesley Sr., I found him to be awfully arrogant and demanding for someone who sits at a desk all day. The fact that Mr. Wesley isn’t happy about his son’s sexuality comes as no surprise to me at all. In front of me, Wes hunches his shoulders. Without thinking too hard about it, I step forward and put both hands there, squeezing the muscle between his neck and shoulders. I dig my thumbs into his traps and push. At first he goes rigid. Then he makes an effort to relax. And when he shoots me a little glance over his shoulder, it’s grateful. “I gotta go,” Wes is saying, his voice still grumpy. “I’ll think about it. But don’t you dare schedule anything without my permission.” He ends the call and drops the phone on the desk. Then he drops his head and leans into my touch. “Thanks, man,” he says gruffly. “What does he want from you?” I work my hands up onto the back of his neck. Would I have touched him this way yesterday? Maybe? Probably not. But it isn’t sexual. He feels good under my hands, though. Warm and alive. Wes groans. “He’s got a buddy at Sports Illustrated. You know him—he’s got a buddy everywhere. My dad came out of the womb with business cards in his hands. He’s convinced the guy to interview me about my rookie season. Like—following the ups and downs.” I’m horrified. “That’s a terrible idea.” In the first place, rookie seasons are wildly unpredictable. Wes could end up as a healthy scratch for two dozen games before suddenly seeing tons of play. And who wants the pressure of speaking to a reporter all the damn time? “You don’t want to be that rookie on the team—the one a reporter follows around all fucking day.” Wes sighs, his back rising and falling under my hands. “You think?” I feel a rush of…something for him. Solidarity. Affection. Maybe it doesn’t need a title. But I wish his father hadn’t meddled. “What are you going to do?” “Lie,” he says, his tone flat. “I’ll tell him I spoke to the Panthers’ PR team, and they vetoed the idea.” “Will he believe you?” “Does it matter?” “Yeah,” I say quietly. “Because you don’t want to piss off Sports Illustrated before you’ve even sharpened your skates in Toronto.” Wes makes a frustrated sound as I work my hands down his spine. “My fucking father, sticking his nose where it doesn’t belong again. He thinks he’s helping, too. He wants his buddy to write an all-American-kid kind of story. Apple fucking pie and all that. Like if it’s printed in a magazine, he can make it true.” Wes turns around suddenly, interrupting the killer massage I’d been giving him. I’m oddly disappointed. I enjoyed having my hands on him. I know he enjoyed it too, but his expression is shuttered again, just like it was this morning. I open my mouth. Then close it. Nope, I’m still not ready to have this conversation. Neither is he, apparently. “Let’s grab some lunch,” he suggests. I hesitate, then shake my head. “You go ahead. I think I’ll take a nap for a bit. I’m…tired after that game.” It’s a lame-ass excuse, and I know he sees right through me. But he just nods. “Yeah. Sure. I’ll catch up with you later.” A moment later, he’s gone. 18 Wes I don’t end up grabbing lunch. Instead, I walk around aimlessly for almost an hour, then plant my ass on a park bench and do some people-watching. Canning is freaking out. I don’t need to be a mind reader to know that. But fuck, I wish I could read his mind. I want to know just how badly I screwed up our friendship again. Or had I? I don’t even fucking know. A part of me assumes that yes, I’ve lost him again. But another part keeps saying, dude, he just gave you a MASSAGE. That means we’re still friends, right? Except…do friends really give each other back rubs? The one time I had a kink in my neck and asked Cassel to knead it out for me, he nearly bust a gut laughing. And speaking of Cassel, there are two text messages from him on my phone, both from earlier in the week. I’ve been too busy settling back into the Lake Placid routine to answer him. I type a quick response: Camp’s good. Some real talent here. How’s ur sis? Make friends with any lobsters? I chuckle to myself. Cassel’s spending the summer with his older sister in Maine, busing tables at her seafood restaurant. He responds faster than I expect: All good here. Sis says hi. There’s a long delay, and then a second message pops up: Broke up with Em. Sitting there on the bench, I let out a whoop of joy. About fucking time. This is too important for texts, so I pull up his number and call him. He answers on the second ring, his familiar voice sliding into my ear. “Yo.” “So how’d she take it?” I demand. “As expected.” “Freaked out and slapped you, you mean?” A heavy sigh echoes on the line. “Pretty much. She accused me of stringing her along for four years. I reminded her we were only going out for one, and then she called me an insensitive fucktard and stormed out.” “Shit. Sorry, man. You doing okay?” “Oh yeah. Never realized how high maintenance that chick was until I set her loose. Just enjoying my freedom now, taking a page out of the Ryan Wesley playbook and screwing anything that walks.” “Next year that won’t be my playbook.” He’s silent for a second. “You going to try to keep your extracurriculars on the DL?” “I think I have to keep it zipped up instead. A rookie can’t afford rumors. At school… That was just different. The stakes were lower.” “Yeah. I guess so. Sorry, man. Sounds lonely.” I try to laugh it off. “Sounds horny.” “You’d better have some fun this summer, before you’re all famous and shit.” Cassel laughs at his own humor. “I’ll get right on that.” “How is the pickup scene in Lake Placid? Can’t imagine there’s a gay bar there. You’ll have to turn a jock or two.” My stomach shimmies. If only I hadn’t already tried that. “I’d better go,” I say. Because I’m really not fit for conversation today. “Good talking to you, man.” “Stay strong if Em calls,” I warn. “Don’t worry.” He sighs. “I will.” 19 Jamie I glance at the door for the hundredth time in ten minutes. Just, you know, to make sure little gremlins didn’t crawl out of some air vent and unlock it. But nope, still locked. It feels like I’m doing something wrong. Like I just dipped my hand in the cookie jar when my mom turned her back to me. But maybe I’m being too hard on myself. There’s nothing wrong with looking at porn. I’m a red-blooded, twenty-two-year-old man. I’m not a virgin. I’m not a prude. Just a guy trying to figure out what his kinks are. Sighing, I lean back against the pillows, my laptop positioned on my thighs as I scroll through the thumbnails on the screen. I hover over one of the images, which shows a preview of what I can expect. All right. Seems okay. I click on the title: Hot jocks suck ‘n fuck. Did I mention I’m browsing gay porn? Yep, I’m a filthy liar—I told Wes I was taking a nap, and look at me now. A breath shudders out of my chest as the video loads. It’s a short clip, and it starts splat in the middle of a scene from whatever movie the site pulled the clip from. I’ve got the sound turned down low, but I can hear every word loud and clear. Well, just one of the dudes is talking. The other guy is only capable of wet slurps and deep moans as he goes to town on the first guy’s dick. “Fuck yeah…oh fuck yeah…suck that big cock…” Okay, that’s just cheesy. I laugh as I imagine myself ordering Wes to “suck that big cock”. Next clip. This one’s not doing it for me. I click on something labeled Poolside fuck. Sounds promising. I like pools and I like fucking. Can’t go wrong with that, right? “You like that big dick in your hole, boy? That’s it, boy, take it—” Annnnnnd I press stop. Nope. Just nope. I hit the jackpot on my next selection. Two very attractive guys are making out on a bed, grinding their hard cocks together. My dick says hello. Interesting. There’s something about the grip they have on each other that turns me on. It’s not gentle. There’s a hungry, forceful energy to their kissing that I appreciate. That my dick appreciates. Shit, like seriously appreciates. I’m hard now, my gaze fixed on the screen as I watch one guy kiss his way down the other one’s stomach. When his mouth engulfs his partner’s erection, a jolt of heat shoots up my spine. Sucking in a breath, I reach down and grip my aching cock. Oh fuck, that feels good. I keep watching. Keep stroking. And the messed up thing is, I’m not even mentally replacing the guy’s face with Wes’s. That had been one of the reasons for this little experiment, to find out if it’s just Wes who turns me on, or dudes in general. The guy receiving the blowjob releases a husky moan. The masculine sound of it does something to me. His partner sucks him harder. I’m literally five seconds away from coming. Chillax, I order my dick. We’re just getting started. But the little goalie’s got a mind of his own. He won’t quit throbbing, so I hit the fast forward button to skip to the real test. The anal. And holy shit, that’s some serious pounding. I wince as the sound of flesh slapping flesh bursts out of the laptop speakers. Jesus. How is that guy not screaming in pain? He is screaming, though. Well, moaning. And there’s grunting. They’re not careful with each other, but all that graceless enthusiasm looks like fun. I keep staring at the guy who’s taking it. His biceps bulge as he jacks himself, his eyes slammed shut, his neck taut with pleasure. And then he’s coming, and I’m not far behind. The computer falls off my lap as I stroke faster, cupping my balls with my other hand. I gasp for air, my eyes glued to the screen, to the sight of two men screwing. My spine arches as my cock twitches in my hand, spilling all over my stomach. Holy…shit. It takes almost a full minute for my heartbeat to regulate. Once my limbs no longer feel like spaghetti noodles, I reach for the tissue box next to me and clean myself up. Then I stare up at the ceiling for a while. I’m not done, though. That was just the first part of the experiment. I pick up the laptop again and click on a new category. Good ol’ fashioned lesbian porn. I’m too spent to jerk it again, but I still click on a thumbnail, one that shows two smoking hot brunettes tangled together on a white couch. I hike my shorts back up, one hand resting on my crotch as I settle in to enjoy the view. And enjoy it I do. I’m hardening again. The lust isn’t as strong as before, but that’s because of the orgasm I just had, not because the girls aren’t doing it for me. They are. Big-time. Their soft curves and pretty pussies and those sweet whimpers. I’m attracted to women, no doubt about it. I’m also attracted to men, apparently. Wonderful. Complicated fellow, my dick. When footsteps thud in the hall, I slap the laptop shut, nearly clipping my fingers off. Then I shove the computer aside and stand up, quickly tossing the used tissue in the wastebasket near the dresser. A second later, a key jingles in the lock and Wes strides through the door. He sees me standing in the middle of the room, lifts an eyebrow, and says, “How was the nap?” I get the feeling he knows exactly what I’ve been up to, but I simply shrug. “Just what I needed. How was lunch?” “Didn’t have any. I ended up walking around.” “You hungry?” I swipe my T-shirt off the floor and throw it on. “’Cause I am.” When my head pops through the neck hole of the shirt, I find Wes eyeing me warily. “You okay, Canning?” “Yep.” I walk to the door, glancing at him over my shoulder. “So…lunch?” His brows knit, drawing my attention to the barbell in his left eyebrow. It gives him this whole bad-boy vibe that makes me kinda…horny. “Wes?” He snaps out of whatever thoughts had just preoccupied him. “Uh, yeah. Lunch sounds good.” I leave the room without checking if he’s following me. I know he is. I can feel his perplexed gaze tickling my back. After the way I spent the afternoon, I’m pretty sure he’s nowhere near as perplexed as I am. 20 Wes We buy burritos and eat them by the lake. After that, we go for ice cream at one of the many places on Main Street. Jamie wants to talk about coaching, apparently. So we do. “A lot of these kids still don’t understand ‘first touch,’” he theorizes. “If there was one thing I could have ‘em take back home, it would be that. In a high-level game, you only get one chance at the puck. If they waste time repositioning, it’s over.” “Uh-huh.” But every time he says “first touch” my mind is on an entirely different kind of touching. He’s talking a lot with his hands, and I’m fixated on his biceps, and the fine blond hair on his arms, which I now know is very soft to the touch. I think about removing that T-shirt to kiss his chest, and my dick begins to grow heavy. Wearing these nylon athletic shorts? Not smart. And horniness isn’t even my only problem. Last night I’d asked Jamie if he was freaking out. Funny, I’ve now spent an entire day doing just that. The guy is fucking with my mind. First he acts like nothing happened. Then he ditches me so he can take a “nap.” But no way was he doing that. I mean, I wasn’t born yesterday. When I got back to our room and saw him standing there all guiltily, it was obvious what he’d been doing. The fucker had jerked off. I would have been happy to help him out with that, but clearly he’d rather go solo than let me touch him again. Except…then he’d checked me out. Again, not born yesterday. I saw the way he was looking at me before we headed out. Jesus. Good thing he’s not a traffic cop, because he’s sending enough mixed signals to cause a ten-car pileup. I’ve played it cool, but inside I’m a wreck. Because once was not enough, and yet I haven’t a clue what Jamie’s thinking. No clue. Shoving the last of my ice cream cone in my mouth, all I want is to drag him back to our lair and do very dirty things to him. But is that even in the cards? I know two things so far. First, Jamie Canning can get hot for me. I saw it last night. And second, he’s not horrified by what we did. That’s amazing, and I feel like pinching myself that I had even one awesome night with the love of my life. But it doesn’t guarantee me a fucking thing. He owes me nothing. He could tire of this little experiment. He probably already has. It’s terrifying. Because I want another taste. Hell, I want to gorge myself on him. I’m a glutton for Jamie Canning. “Wes?” “What?” Oh, shit. I’ve been staring at him, and I have no idea what we’re talking about. “I asked if you wanted to swim. It’s still hot.” “Uh.” I really just want to go home and get very, very naked. “I’m not wearing a suit.” His eyes narrow. “Who are you?” Right. When you spend your life giving zero fucks about appropriate attire, people notice. “Okay,” I concede. “Let’s swim.” Jamie’s phone makes a trilling noise. “Oh. Hang on two minutes? If I don’t answer, they’ll keep calling.” He swipes the screen, but holds the phone away from his body. “Hey guys!” A chorus of voices pours from his phone, which is on Skype or some shit. “Jamie!” “Jamester!” “Hi baby!” I’d forgotten about this. Jamie’s whole family has a big meal together on Sunday every single week, and apparently it’s a family sacrilege to miss one. So while their youngest was away at camp, he got these calls every week. Probably when he was away at college, too. “You need a haircut,” a female voice pipes up. “Yeah,” he concedes, running a hand through his golden hair. I’m jealous of that hand. “What’s new in Cali?” I listen while his family all tries to talk at once. “Guess who’s knocked up again?” a male voice asks. “Language!” Apparently Jamie’s sister is pregnant again. And one of his brothers got a promotion. Another brother broke up with his long-time girlfriend. “I’m sorry about that,” Jamie says. “We’re not!” a sister cries. “Fuck off!” “Language!” Suffice it to say that Jamie’s call from home is nothing like mine. “So, son,” an older voice booms. Jamie’s dad always manages to sound commanding without coming off like an asshole. My father could take a few pointers. “What have you been up to this week?” I snort so hard that Jamie’s eyes flick over to me before quickly moving back to the screen. “The usual,” he says, giving me a kick under the table. “Lots of ice time. Went hiking.” Sucked off my gay friend Wes. He keeps his eyes firmly on the screen so I can’t really tell whether he’s sweating this part of the conversation or not. “Sounds good,” his father rumbles. “Your mother is busy in the kitchen, but she said to tell you to make sure you come home before you head for Detroit.” “I’ll try,” he promises. “It depends on whether Pat can replace me for that week.” “Your mother also reminds you to try to get enough fiber and eat organic.” There’s a boom of laughter from the phone at that. Jamie grins. “I’ll get right on it.” “Be good, Jamie!” “Love you!” “Wear your cup!” More snickers. More endearments. And then Jamie ends the call, tucking his phone into his shirt pocket, shaking his head. “Sorry about that.” “No big. Still want to swim?” Please say no. “Yeah. Let’s do it.” The town beach is at the southern end of Mirror Lake, really close to the dormitory. Everything in Lake Placid is close to everything else. This town was a summer resort for rich people well before it was a winter sports destination. So we pass all manner of attractive old buildings on the short walk to the little beach. Jamie kicks off his flip-flops and strips off his shirt. He walks into the water, where his shorts start to cling to his body even before he’s submerged himself. I follow him, of course. He could lead me anywhere right now, and I wouldn’t argue. The cool water feels great, though. When I’m up to my thighs I dive under, chasing Jamie out past the sandy area. There’s a floating raft a hundred yards out, and we swim to it. Jamie is smiling at me when I break the surface. With one palm I splash him a good one, then dive under again to escape retribution. Passing him, I make for the far side of the raft. When I come up to take a breath, a big hand pushes me under again. So of course I’m coughing when I bob up a second later. “Fucker,” I sputter, even though we spent the better part of our summers trying to drown each other every afternoon after practice. He’s got an elbow on the raft now, too, which prevents me from dunking him. Figures. So I do the same, coming to perch beside him. Our shoulders are touching. All he has to do is turn his head and his mouth would be inches from mine. And then all I’d have to do is lean forward and his mouth would be on mine. But he doesn’t turn toward me. He just stares straight ahead. Fucking hell. I can’t take this anymore. I need to know where we stand. Because the thought of spending even another minute guessing what this guy wants from me is absolute torture. Under water, I reach out and touch his belly with my fingertips. Jamie’s eyes widen. But he doesn’t say anything. I hitch myself over to be a little closer. Then I flatten my palm on his cool, wet skin, my pinkie finger breaching the elastic of his shorts. I don’t think anyone can see what I’m doing. But Jamie’s eyes do a circuit of the lake. He’s worried. Fuck, I don’t want to freak him out. “Feel like going home now?” I ask. It’s code for, are we going to fool around again? If we’re not, I wish he’d just tell me. Put me out of my misery. He licks his lips. “Yeah,” he says. Then he knocks my hand away. “But cut that out, or I won’t be able to get out of the water.”/> I obey immediately. * * * Five minutes later we’re walking into the dormitory, our clothes dripping on the old tile floors. But that’s how people roll around here in the summertime. The place is mostly quiet, which means the kids are all at dinner. Without a word we walk into our room and shut the door. The first thing I do is drop my shorts and boxers to the floor where they make a wet slap. Jamie follows suit. Then we’re both just standing there, starkers, staring at each other. His eyes are startled, and my heart quakes with the fear that he’s about to say, “I can’t do this again.” “We have to be quiet,” he says instead. My smile is the size of Mirror Lake. “You can bite the pillow when I make you scream.” He takes a stuttering breath when I move closer to him, and I instantly freeze. “Are you sure you wanna do this?” I gnaw on the inside of my cheek. “You’ve kinda been running hot and cold on me all day.” He nods. “Needed to get some things straight in my head.” I snort at his choice of words. “Straight, huh?” I offer a pointed look at his very noticeable hard-on. His mouth twitches. “My dick and I reached an understanding.” “Yeah? And what’s that?” I ask curiously. He shrugs. “We both like you.” Fuck yeah. I erase the rest of the distance between us. I’m hardening already, which is no surprise, because I’ve been thinking about this all day. My hands land on skin cool from the water. I brush his nipples with my fingertips, and they stiffen immediately. His ear is right beside my mouth, so I stick my tongue in it, making him gasp. “Get on my fucking bed,” I whisper. Two seconds later, he’s there. And I’m stretching out on him like a blanket, and jamming my tongue into his mouth. Jamie moans, but I’m too wrapped up in the taste of him to worry about it. I have my fingers in his hair and his hot, hard body under mine and it’s everything I’ve ever wanted. He’s not hating life, either. His hips roll beneath me, his cock bumping and scraping against mine. It aches. My balls are tight already. Rubbing off on him feels amazing, and I love that his sweet mouth is a prisoner of mine. But I don’t want to come yet. So I force myself to pull back. When I look down at Jamie, his eyes are glazed with lust, and his lips are swollen and red. I make the sign for “time out.” He tips his head back into the pillow and sighs, and I can’t help dipping down to kiss his exposed throat. I love you. The words are always right there on the tip of my naughty tongue. I swallow them back like I need to and say something much more practical instead. “Have you ever been acquainted with your prostate?” He shakes his head. “Do you trust me?” Jamie nods immediately, and my heart constricts. I must be insane to push him like this, but the things I crave are at war with my better judgment. So now I’m getting off the bed to dig in my duffel for the bottle of lube I keep in there. His eyes follow the bottle when I sit back on the bed. He’s probably seconds away from saying, “Hang on, that’s just too gay for me.” So I lean down and take the tip of his erection in my mouth. “Fuck,” he gasps, arching his back. Once again I am socked with the certainty that I’m the world’s most manipulative bastard. But I’m trying to blow his mind, and I’m hoping that’s enough justification. I torture him with my tongue until he’s practically levitating off the bed. “Lift this leg,” I whisper. Drunk from my teasing, he hikes his knee without complaint, and I position him so I can reach his crease easily. I dribble some lube onto the fingers of one hand. Then I drop my head and take his cock in my mouth. When I start sucking, he gasps. But when I slide my fingers between his ass cheeks, he goes silent. For a moment I don’t know what he’s thinking. I release his dick and place a kiss on its tip. “You okay?” He takes a slow breath. “Yeah,” he says as I tease his hole. “It’s strange.” “Can you take more?” If he says no, I’ll drop it. “Okay.” I apply some more lube and then penetrate him with the tip of my finger. “Relax for me, baby.” He tries. So I reward him with some kisses right where he wants them. “Mmm,” he says. “That I like.” I give him some more. Since I’ve weirded him out with the ass play, he’s not teetering on the edge anymore. I lean down, sucking and licking and just generally bringing out my A game. And at the same time, I’m working a finger slowly toward his prostate. When I finally get there, everything changes. “Ohfuckohfuck,” Jamie whispers, his thigh muscles trembling. I rub his prostate again and give another good suck. He moans, and I reach up with my free hand to cover his mouth. “Shh,” I remind him. “Don’t make me stop.” He shakes my hand off his mouth. “It’s… You’re… My feet are tingling.” That’s a good sign. Smiling, I resume my wicked ministrations, my finger sliding inside him in time to the long, lazy strokes of my mouth. Jamie begins to shift his hips, thrusting into my mouth. And it’s not just his dick he’s thrusting. It’s his ass, too. He’s bumping it toward me, seeking me out. Jesus. He’s trying to fuck my finger. “You doing okay?” I murmur. “More than okay.” His voice is a choked whisper. He’s squeezed his eyes shut. A flush rises in his cheeks, his brow drawn together as if he’s in pain. But I know pain is the last thing he’s feeling right now. His dick grows impossibly hard in my mouth, and I groan when his ass bears down on my finger. “Wes…” He breathes out my name, his thighs quivering as he lifts his hips again. “You’re making me crazy.” That’s what I like to hear. His arousal surrounds us like a thick mist, pulsing in the air, in my cock. I slide the pad of my finger over his prostate again, and he croaks out a curse, and I’m loving it. “Has anyone ever told you before that you’re sexually adventurous?” One eye opens. “All the time,” he mumbles, and I experience a jolt of jealousy, wondering which lucky girl helped him discover it. Jamie groans again. “Keep doing that. Please…don’t stop…” This guy is under the impression that stopping is even an option. I would, of course, if he asked me to, but as long as he’s begging for my mouth? For my finger? Nothing short of dying will stop me from giving it to him. I’ll give him every fucking part of myself, serve it to him like a feast at a banquet. Jamie Canning has no idea the kind of power he has over me. 21 Jamie I thought I had sex down to a science. I mean, it’s not difficult. Kissing, foreplay, intercourse. I’ve tried almost every sexual position known to man, even the crazy ones you see in porn, where the chick pulls some exorcist-contortionist maneuver while I pound into her. But my ass was never part of the deal. Right now, it is the deal. Because even though Wes’s mouth engulfs my cock like it’s trying to swallow me whole, the arousal humming in my blood is centered solely on the pressure between my ass cheeks. It’s good pressure. A slight burn that turns into a mind-melting rush of pleasure each time he hits this one spot inside me. He’s destroying me. He’s bringing to life nerve endings I didn’t know existed. It’s unfamiliar. It’s new. And experiencing it is a million times hotter than watching it happen to some other guy in a porn clip. “So good,” I choke out. “Jesus, don’t stop…baby.” He called me that before and I test it out now. It feels weird leaving my mouth. As weird as the new sensations coursing through me and tingling in my ass. I wasn’t sure I’d like this, but I do. God, I do. When his tongue ring scrapes the underside of my dick, I shiver, my breath catching. His finger is lodged inside me, and I wonder what it would feel like if he slipped another one in there. Or if he used something other than a finger… I suddenly think of the porn I watched earlier, the husky moans of the guy who was being drilled, and the dirty memory makes me clamp harder around Wes. He lifts his head abruptly, his finger stilling but not withdrawing. Uneasiness circles my gut as I meet his eyes. Lust has darkened them to stormy silver, and his throat works as he swallows. “Why did you stop?” I swallow, too. “Are you going to…fuck me now?” The question brings a jolt of panic. As hot as it was to watch on a screen, I don’t think I’m ready to experience that for myself yet. I’m not sure I’ll ever be ready— “No.” He’s quick to reassure me, his gaze softening when he sees my face. “Not unless you want me to.” “I…” I bite my lip. “I…don’t know. Maybe another time.” Maybe another time? God, when I go gay, I really go gay. Wes’s lips quiver. “We’ll put a pin in that.” I shudder out a laugh. “Why’d you stop then?” “Just wanted to do this,” he says roughly, and then his finger disappears as he slides up and brushes his mouth over mine. The kiss goes from sweet to molten in a matter of seconds. His tongue fills my mouth in deep, hungry strokes that make me gasp. I’m eager for more, desperate for it, but he’s gone again before I can blink, crawling back between my legs. This time when his finger slips past that puckered ring of muscle, I welcome the burn. I crave it. Wes licks a hot line from the tip of my cock to my aching balls, teasing the delicate sac while his finger toys with me. When I try to push my ass against it, he retreats, a dark chuckle fanning over my shaft. Jesus. I can’t take it anymore. I need to come before I self-combust. “Stop being a cocktease,” I growl. “Give me what I want.” His tongue ring teases my slit. “Yeah, and what do you want, baby?” “For you to suck me dry.��” Wes pushes his finger in deeper, rubbing that spot that makes me see stars. My prostate. Why hasn’t anyone ever told me the prostate was some kind of magical pleasure zone? Are there unicorns and orgasm fairies dancing around in there? “Ask me nicely and I’ll consider it.” He grins up at me. I narrow my eyes at him. “Make me come, jackass.” His laughter sends my heart soaring. Which is the most confusing thing of all, because it adds an element to the sex I didn’t expect. I’m comfortable with him. I have fun with him. I’m not trying to impress anyone. It’s…easy. Like splashing in the lake. But with orgasms. “You’re a bossy bastard, Canning.” His lips tickle the head of my cock. “I fucking love it.” And I love what he’s doing to me. The sucking, the blunt fingertip rubbing inside me. It’s not long before the tension gathers again. A knot of pleasure that coils tighter and tighter until finally I cup the back of Wes’s head and bear down on his finger as the orgasm shoots through me. Out of me. Wes drinks me up like he can’t get enough, humming around my cock, and I have to tug on his hair to get him to stop once my dick has had enough. I lie there panting. When my breathing finally slows to an almost normal rate, Wes is straddling my thighs, his hard dick in two hands. He jacks himself slowly. My gaze rests on his erection, long and proud, the engorged head making my mouth water. It’s the same response I have when a girl parts her legs for me, offering that sweet paradise to my mouth or dick. I never thought another guy’s package could look appealing too, and I really wish I knew what it meant. Now’s not the time to dwell on it, though. “Give it to me,” I say roughly, beckoning to his erection. His eyebrows go up, the barbell catching the light. “You feel like returning the favor?” When I nod, he moves closer and straddles my shoulders, then grabs the second pillow on the bed and tucks it under my head. The added height brings my mouth to cock-level. I swallow, then flick my tongue around the head. “I’m almost there,” he admits. “Yeah?” I tip my gaze up, but keep my mouth on him, lightly scraping my teeth over his dick. A soft groan escapes his lips. I release him with a chuckle. “Didn’t we have a whole convo about stamina last night?” “That was before I spent twenty minutes fingering your ass.” I shiver at the memory. Jesus, I’m getting hard again. It’s like I can’t get enough of this guy. “Turned you on, huh?” I drawl. “Oh yeah.” He nudges his cockhead forward, and I open my mouth, letting him slide inside. My hands drift around his body to cup his ass. I squeeze and he groans again, pushing in a bit deeper. With my hands occupied, it’s hard to control how much of him I take, but he’s not a jerk about it. He doesn’t plunge deep and force any deep-throat action on me. He seems to sense my limits, the same way he senses shit on the ice—when to pass the puck, when to take his time until that perfect opening re

used to the sensation, but Jamie Canning is a master at adapting. It's him who wraps his arms around me, who hooks his legs around my ass. It's him who starts rocking up to meet my every thrust, and him who says, "Faster, Wes" as I desperately try to go slow. "Don't wanna hurt you," I mumble. "Wanna come," he mumbles back. I smile when he snakes one hand between the tight seal of our bodies, trying to find his cock. He's burning up, his face and chest flushed with desire. When he bears down on my ass and groans in frustration, I take pity on my man and rise to my knees again, yanking his hips to pull him closer. The new angle makes him curse. His fingers seek out his erection, but I gently bat them away. "My job, baby. I make you come." I withdraw until just my cockhead remains inside him. Our gazes lock. His breathing quickens. Then I jack his dick in a long, hard pump at the same time I slam back in. I have to give him credit—he manages to stay quiet this time. He bites his lip to keep from groaning, his gorgeous features strained. He's close. I can see it in his eyes, feel it in the urgency with which he grinds his ass against my groin. I'm covered in sweat. My own release is imminent and I want so badly to prolong it, but that's like passing the puck to Gretzky and asking him not to take a shot. There's no stopping the orgasm. It sizzles in my balls and ripples through my shaft, and I come while still jacking Jamie's cock. My world is reduced to the man beneath me. I nearly act out a scene right out of a chick flick and shout "I love you!" while I shudder in release. But I fight the temptation and focus on getting Jamie where he needs to go. My dick remains rock-hard despite the mind-blowing climax. I keep fucking him, keep thrusting forward as my hand works his erection. "Oh…yessss…" Sheer bliss rolls through me when his release soaks my fingertips. He comes on a strangled cry. And keeps coming. And then comes some more. I guess nobody can say he didn't enjoy himself. When he finally goes still, I collapse on his sticky chest and growl in his ear. "That was the hottest thing I've ever seen." He clings to me, his big palms pressed to my damp back. We lie that way a long time. I'm just drifting on my own happiness. I lead a big life, and it's a hell of a ride. But there aren't many moments like this. I want to bottle it and carry it everywhere I go. Finally Jamie speaks. "Do you think anyone's still sick?" "Wha?" There are only two people who exist to me right now, so I have no idea what he's asking. "I was just hoping they got it all out on the way home." He's talking about the drunk teens who took half a fucking hour to walk home tonight. We had to keep stopping while they upchucked. "They're fine," I murmur. I kiss Jamie's sweaty neck, and he tastes like heaven. "Should we clean up?" he asks. I can't hold on to this moment any longer. It won't stretch and stay with me no matter how badly I want it to. "Yeah. You want to go first?" "You go ahead." I take my sticky self into the bathroom for a sixty-second shower. When I get back to the room, Jamie departs for his own shower. I stare at my bed, cursing its size. The twin beds are built into the wall, so the only times I've pushed them together have been in my imagination. Sometimes we fall asleep together, but it's a really tight fit. I have an idea, though. Actually I've thought of this before, but I'm too chicken to bring it up. Fuck it, though. The summer is half over. In for a penny, in for a pound. My mattress slides off the wooden frame when I give it a tug. I drop it on the floor beside my bed. There's just enough room left for Jamie to do the same. Standing there staring down at my mattress, I feel exposed in a way I haven't ever felt before. Jamie and I fool around, but we don't talk about it. I don't ask him for anything except orgasms. It has to be that way. I'm heading to Toronto in a month, where I've vowed to keep my head down and play the best hockey those fuckers have ever seen. My rookie year is going to be spotless—no scandals, no shenanigans. It's shocking, but my dad and I are actually in agreement about something for once in our sorry excuse of a relationship: flashing my sexuality around is not a good idea right now. Which is why it terrifies me that I'm becoming so attached to Canning. Says the guy who's already stupidly, disgustingly in love with him… I am, and always have been. I love everything about him. His quiet strength, his dry humor, his carefree approach to life that contrasts with his controlled manner on the ice. That sexy-as-sin body… I've made sure to keep my feelings for him under wraps, though. He thinks we're just messing around. Good-time Wes just having some fun. But I've changed the game for myself tonight. And if I let him know how much I want him beside me in bed, that's changing it for him, too… Which is why I'm just standing here in my underwear, arguing with myself about whether or not I should have thrown a mattress on the floor. The door opens behind me, and I'm so busted. Jamie towels off his hair. He looks down at the mattress. "Never thought of that," he says. The towel lands on our unused desk chair, and then he yanks his mattress down, too. My face heats as I go to switch off the light. It's hard to move around the room with the floor space eaten up with mattresses. Jamie gets into bed on his side, and I lie down too. I wrap an arm around his waist and stroke his bare belly with my hand. "You okay?" I murmur. As if I've changed our sleeping arrangement to comfort him. As if. "I'm going to be sore, aren't I?" he asks. I hesitate. "Maybe a little. Sorry." He picks up my hand and kisses the palm. "Totally worth it." Now I'm grinning in the dark. I hold him as close as I dare. Even if my entire life goes to shit before breakfast tomorrow, I'll always have this night.

24 Jamie

The kids aren't nearly as hung over as they should be. I'd forgotten how the teenage body can bounce back from anything. All the day's drills are over already, and nobody even looks green. Now the teens are scrimmaging on the practice rink, and Killfeather is kicking some serious ass. Every time he makes a save I feel like I did something good. This kid is going to be great someday. He's scholarship material, and I hope the father Killfeather complains about can appreciate it. The young forwards Wes has been coaching are finally pulling it together. They've taken quite a few shots on goal already. And Wes is reffing the game. Even the lazy backward circles he skates are fluid and powerful. There's so much talent in this room right now I can hardly believe it. This is why I've made the 2,500-mile trek every year. For this. There's another attack on the net. Shen makes a tape-to-tape pass to Davies, who doesn't hesitate. He fires it into the goal before Killfeather can stop him. A small whoop of victory rises up from the scoring team. "Smoked you, Killfeather!" Davies yells. "You're a sieve, sucka!" Oh, fuck. Here we go. I watch Killfeather push his mask up. Then he takes his water bottle off the top of the net and pours some into his mouth. I'm half expecting him to spit it into Davies' face, because my boy's face is red. I brace for disaster. Killfeather tosses the bottle onto the net. Then he locks eyes with me. Please don't blow like a land mine, I silently beg him. My goalie actually gives me a small smile before he speaks. "Yeah, Davies. You owned me. Only took you two dozen tries, you big bad thing." He yanks his mask down over his face and picks up his stick. Wes is grinning when he skates over to retrieve the puck. "Good attitude today, kid," he tells Killfeather. The teenager looks a little smug when he tosses the puck into Wes's hand. I'm so engrossed in this little drama I don't notice heads are swiveling to look at someone who's appeared behind the penalty box. "Jamie! Over here!" I turn around to find Holly standing there, waving her arms. "Holly," I say stupidly. "What are you doing here?" She rolls her eyes, her hands on the hips of a tiny pair of jean shorts. "That's a heck of a greeting, Canning. You can do a little better than that." "Holy crap," Killfeather blurts out. "Coach Canning's girlfriend has a great rack." "Shut it," I mutter, glaring at him. More than a dozen teenage boys are now eye-fucking Holly in her teeny shorts and skimpy top. My neck is hot all of a sudden. And that's before I glance at Wes. He skates up, a twisted little smile on his lips. "You're having a visitor, Canning?" "Um." I've lost the ability to speak, because I'm busy sifting through all the uncomfortable conversations coming my way. "Holly, this is my friend Wes." "I remember you from the hotel," she says with a wink. Wes keeps his own smile waxed on, and you'd have to know him as well as I do to see the sneer beneath it. Yikes. "Looks like you should quit early, Coach. Take your girl out for drinks. Catch up a little." "That would be awesome," Holly says. "I stopped at the dormitory first, and Coach Pat said I could probably shake Jamie free." "Yeah, okay," I say slowly. "Let's head out." "You kids have fun," Wes drawls. Then he turns his back on me and blows his whistle. "Let's go, ladies! Enough standing around." That's how I find myself removing my skates and exiting the rink an hour early with Holly. "God, you look good!" She stops on the steps of the building to hit me with another blinding smile, then stands up on her tiptoes and… kisses me. Her mouth is smaller and softer than I expect it to be. Confusion must be written all over my face, because she says, "Sorry to surprise you, but I thought it would be fun." Page 16 "It's… Wow," I stammer. "How did you get here?" "Well, when I threatened to take up trapeze, my uncle lent me his car. Thought I'd get away for the night." I do the math. It's got to be a five-hour drive from Cape Cod. "Wow," I say again. Apparently "wow" is now three quarters of my vocabulary. "Jamie," she says, staring up at me. "Stop freaking out." "What?" She tilts her head to the side, and those familiar blue eyes study me. "You're panicking. Why?" "Um…" I can't tell her. But I can't not tell her. Because Holly is almost certainly planning to stay with me tonight. In fact, last summer I told her she could visit and I'd make it work, but she hadn't been able to swing it then. Fuck. "Honey." She reaches up to cup the side of my neck. "Is there someone else?" My heart spasms, because there is someone else. Sort of. Wes and I aren't a couple, exactly. We've never had one word of conversation about it. But there's no way I'm sleeping with someone else right now—that just wouldn't be right. "There is," I admit. Her eyes widen. She'd asked the question, but she still seems pretty shocked by my answer. "Who is she?" I shake my head. "You don't know her. I'm sorry," I say quickly. She takes her hand off me and steps backward. "Okay." She bites her lip. "I should have called." "I'm sorry," I repeat. And I am. Holly has only been good to me. But after graduation, we'd had a little talk. She'd said, "I want to see you when you're in Detroit," and I'd said, "That's probably not going to work." She'd said, "We'll see." And now here she is, her face turning red. "Look," I tell her. "Let's go have ice cream. Or tequila, if you prefer. I want to catch up with you." "We're still friends," she says softly. "Always." Her eyes wander away from me and over toward the lake. She takes a slow breath and lets it out again. "Okay, Jamie Canning. Show me Lake Placid. You always talk about how much you love it here." Her gaze returns to mine. "Show me why." For a moment, my mind goes straight into the gutter, because Lake Placid means something a little different to me this summer than it ever has before. But I clobber that thought and hold out a hand for her. "How do you feel about waffle cones?" She closes her fingers around mine. "I feel pretty good about waffle cones." * * * We spend the afternoon together walking all over town. Holly likes to poke around in the little touristy shops, and this gets old pretty fast. But since I've ruined her day once already, I just go along with it. I show her the toy store with the awesome rubber band guns, and she buys one for her brother. They have targets set up inside the store, so we stand there for a long time trying to outshoot each other. A few doors down there's another kitschy shop, and I hold back my sigh when she leads me inside. She stops to look at a bunch of Miracle on Ice coffee mugs, while I wander over to the back aisle where they have a bunch of candy for sale in bulk. And when I take a closer look, I let out a bark of disbelief. "What is it?" Holly asks. "Purple Skittles!" I grab a bag and hold it under the chute. "Pull the lever," I tell Holly. She does, and I don't say "stop" until the bag is full. Then I chuckle all the way to the checkout counter. "What's so funny?" I toss my wallet onto the counter. "I have this friend," I begin. I feel like a heel describing Wes that way, but it's the best I can do at the moment. "We used to send this box back and forth with, like, gag gifts inside." "That's fun. And he likes purple Skittles?" "Yeah. Except the last time I sent him purple Skittles in the box, you had to buy all the colors at once. I bought four giant bags at BJ's…" Holy God, the name of the store causes an inappropriate bubble of laughter to rise in my chest. "I sorted them myself and sent him only the purple ones. Then I shared, like, five pounds of the other ones with my high school buddies at a party. It was a kegger, and when they did the Technicolor yawn, it was really Technicolor." She hip-checks me. "Thanks for that visual." "My pleasure." When we step outside, she clears her throat. "Jamie, I need to find a place to stay tonight. Can we sit down somewhere so I can use my phone?" I don't answer right away, because I'm wracking my brain for a solution. Which doesn't come easy, because the dormitory is always plenty full. "Let me find you a hotel room," I suggest. "I've got it," she says quickly. "Seriously. It's no big deal." Still. "Let's sit on the porch at the dorm. You can use the wi-fi. And if everything is booked up, I'll ask Pat for help." "Thank you." Her voice is low. Another apology is on the tip of my tongue. But I don't say it, because I don't think she wants to hear it. There's nobody in the rocking chairs, so I set Holly up with the wi-fi password and tell her I'm going to get us a couple of drinks. "I'll be right back," I promise. Then I shoot up the stairs and drop by our room, hoping that Wes is there. The room is empty. Before I leave again, I dig out that gift box Wes had sent me in Boston. I'd brought it all the way to Lake Placid, because I was trying to decide whether I should restart our meme. But then he showed up here, and I forgot about it entirely. Now I dump a motherlode of purple candy into the box and close the cover. Setting it on his pillow, I wonder if I should leave some kind of note. But what the hell would it say? Before Holly showed up, it didn't seem to matter that Wes and I were hooking up without any sort of discussion about it. We didn't need a label. This room was like our private bubble—everything that happened here was just between us. The rest of the world didn't matter. And that was fine. Except the rest of the world still exists, whether I remember it or not. Suddenly this whole thing has gotten all kinds of tricky, and not because of Holly—that was just an awkward moment with a friend. In a few short weeks, though, he and I would land on two different NHL teams in two different cities. We were heading for an upset regardless, and I just hadn't realized it. Hurrying back downstairs, I grab two sodas and take them to the porch where my ex-fuck-buddy waits. "I found a place just outside of town," she says. "It wasn't even expensive." "Are you sure? I don't want you to—" She holds up a hand, silencing me. "It's fine, sweetie. And in the morning I'm going to drive back to Massachusetts, okay?" "We could—" Holly shakes her head. "You have a job to do. And it's not your fault, Jamie. I didn't… I wasn't being smart." The words are firm, but her eyes water a little, and it kills me to see it. "I'm sorry," I whisper. "I do care about you but…" Once more she waves me off. "You were never dishonest, Jamie. Don't start now." Well okay then. * * * We go out to dinner together. I pick a nice seafood restaurant right on the water, but as we eat our crabcakes, the mood is subdued. "Will you tell me about her?" she asks at one point. I shake my head. "Let's not do that." Holly gives me a rueful grin. "I was just trying to be a big girl about it." I take a long look at her. "Can I tell you something I'm trying to be a big girl about?" Holly giggles, and I'm happy to have made her do that. "What?" "The idea of moving to Detroit depresses the hell out of me." I haven't said that to anyone yet, and it feels good to get it off my chest. She stirs her drink with her straw. "I know it's not the prettiest city in the world, but you can find a nice place there, I bet." I shake my head. "Urban decay isn't the problem." Although it isn't helping me picture a life there. "I don't know a soul. And I'm not getting any playing time next year. Let's be honest." "Oh, honey." She sighs. "The first year could suck. But you're good at what you do." "See, I know that. It's not that I lack confidence. But the odds of really making it as a goalie are awful. It isn't just the first year that might suck. It could be five years where they play me twice a season, and I'm just waiting around for my big chance. Or they send me to the minors, and I play seven games instead of two." "Or someone could get hurt, and your number could come up." She puts her hand over mine. "But I know what you're saying. It's a long shot. And it won't be your fault if it doesn't work out." A waiter comes over to take our plates out of the way, and Holly orders a piece of blackout cake. "And two spoons." I've never been a fan of blackout cake, but now is not the time to point that out. "I don't like feeling ungrateful," I tell her. "Everyone is so excited for me—they hear 'NHL' and get stars in their eyes. I'm not sure what to do." "I guess you show up and try it. Give it a year?" "Maybe." That's the easy choice. But I can see how I could end up waiting forever. You could keep telling yourself, just a little longer! "Maybe there's something else I could do with that year, though." "What does your friend Wes think?" she asks suddenly. "What?" The mention of his name startles me. "What does he think about Detroit?" She waits for my answer. "I, uh, haven't asked his opinion," I confess. "He wants to be in the pros so badly. I'm not sure he'd understand. But it's different for him. There's more demand for centers. And he's got that Frozen Four win…" "Should have been yours," Holly says firmly. She's loyal to the core. I look across the table at her wide-set eyes and wish things were different. If I was in love with Holly, life would be less confusing. But I'm not. And it isn't. When the dark chocolate cake arrives, I tell her I'm too full to have any. Then I pick up the check on my way to the men's room, so she can't get to it first.

25 Wes

It's past midnight when I stumble back to the dorm. Luckily Pat isn't sitting guard in one of the rocking chairs, because there's no way I can carry on a normal conversation right now. Walking in a straight line is also a challenge. Yeppers, I might be a wee bit drunk. I approach mine and Canning's door and stare at it for a good minute. Fuck, what if his girl is in there? I stayed away for as long as I could, but a man's gotta sleep sometime. And I'm not fucking doing it on the porch. He would've texted me if she was crashing here and told me to stay away. Right? The thought is like a hot blade to the gut. I can't believe his fucking girlfriend showed up at camp. He spent the whole day with her. Whole night too, probably. My hands curl into fists as a parade of unwelcome images marches through my head. Jamie's big hands roaming Holly's feminine curves. His cock sliding inside her. His lips lifting in that dirty grin he always gives me right before he puts his mouth on my dick. I'm such a goddamn moron. I shouldn't have started anything with him. It was going to end once I left for Toronto, anyway. So hell, maybe it's better if it just ends now. I finally suck it up and turn the doorknob. It's unlocked. And when I enter the room, I see Jamie's mattress is on the floor again, just where it had been last night. But mine is on the bed frame where I'd put it this morning. Jamie is the only one in the room, too. My blood pressure eases, but just a bit. He's asleep. Good, because I'm not in the right frame of mind to talk to him right now. I can feel my temper pulsing through my veins along with all the alcohol I drank. The room's annoyingly dark. I stumble forward, bumping my arm on the side of the dresser as I reach down to unbutton my jeans. I kick 'em off, then tackle my shirt. There. I'm in my boxers now. I just need to make it to the bed without waking Canning, and then we'll both be sound asleep and the Big Talk can be dealt with in the morning. I ease my body onto the mattress as quietly as possible. Hell yeah. I did it. My drunken ass is now in bed and Jamie is still sleepi— My head collides with something hard, and then an explosion of sound blasts through the room. A cacophony of pings and dings and clangs assaults my ears. It's as if someone took a sledgehammer to a gumball machine and unleashed a wave of candy. I stagger to my feet, cursing loudly when I step on something hard and round. "Son of a motherfucking bitch!" I hop around on one foot as I use my hand to rub away the pain shooting through the other foot. Jamie bolts into a sitting position, his panicked voice slicing through the darkness. "What the hell?" "Seriously? You're asking me?" I squawk. "What did you put on my pillow?" "Skittles." He says this as if it's supposed to make sense. "Why?" I kneel down, fumbling for the box I'd just conked my head on. I hear Jamie's footsteps heading for the door, and then a switch flicks and light floods the room. Jesus. A sea of purple Skittles covers the floor and Jamie's mattress. And a lump rises in my throat as I realize the significance of what I'm seeing. Canning kept the box I'd given him in Boston, filled it with my favorite candy and left it on my pillow. As an apology for spending the day with his ex? Or is it an apology for something else? Something worse…like fucking his ex. Jamie squats beside me. "Help me clean this up." He sounds pissed. Looks it, too. Which only pisses me off, because what the hell does he have to be angry about? I'm the one who got ditched today. We don't speak as we start picking up Skittles. His jaw is set in a tense line, and he's tossing the candy back in the box with more force than necessary. "What?" I mutter when I catch him scowling at me. "You're back late." His voice is tight. "It's our night off. I grabbed a drink at Lou's." I stick a hand under my bed and gather up more Skittles. "I'd say you had more than one. Your breath smells like a brewery." His tone suddenly sharpens. "You didn't drive, did you?" "Naw. I got a ride." "With who?" "What's with the Twenty Questions?" Jamie whips a Skittle into the box but it bounces right back out, skidding under the desk. "None of the other guys have cars, Wes. Please don't tell me you hitched with some random stranger." Guilt pricks my insides. But why the fuck am I feeling guilty? Unlike some people, I didn't spend the day gallivanting around with an ex. "Who drove you home?" he demands when I don't answer. I meet his gaze head-on. "Sam." Jamie's breath hitches. There's no mistaking the cloud of hurt in his eyes. "Are you kidding me? The guy from that hook-up app?" "I met him for a drink," I say with a shrug. "What's the big deal?" He doesn't answer. He just kneels on his mattress, gathering up more candy. "Are you seriously pissed off right now?" I fight a burst of annoyance. "Because you're not the one who got ditched today, Canning." "Like hell! First of all, you told me to take off early. And I didn't know she was coming, okay? She showed up out of the blue, and, what, I'm supposed to ignore her? She's my friend." "She's your fuck buddy," I shoot back. "Not anymore." He stands up and rakes both hands through his hair, then grabs the box and slams it on the desk. The floor looks pretty clear, but I know there's no way we managed to pick up all the candy. Canning must've cleaned out that entire fucking candy store. Either way, the Skittles are all but forgotten as Jamie levels an irritated look in my direction. "But just because we're not fooling around doesn't mean she's not my friend anymore. And she drove all this way to see me. So yeah, I spent the day with her. Went shopping, grabbed some dinner." I can't control the hot streak of jealousy that races through me. "Bet that was fun. Did you eat some pussy for dessert?" His mouth falls open. "Did you really just fucking say that?" I sure did, and I don't even regret it. I'm sick to death of not knowing where I stand. Where we stand. Last night, I was inside this guy. And the second Holly showed up, he acted like we were strangers. He hadn't even looked at me before he'd gone off with her. Ain't gonna lie—it hurt. "Am I wrong?" I ask flatly. Jamie releases a slow, even breath, as if he's trying to calm himself. "I want to punch you right now, Wesley. Like, for real." I set my jaw. "What, for daring to call you out on the fact that you're still into women?" "You really think I'd just roll out of bed with you and into bed with her? I didn't hook up! Which is more than I can say for you and your precious Sam." "I didn't hook up with him, either." Frustration spirals through me. "We just met up for a drink and talked about you the whole time. Jackass." Jamie blinks. "Then why the hell are we arguing right now?" I falter. "Uh. I'm not sure anymore." There's a beat. Then we both let out a tense chuckle. I'm feeling a lot less hostile and a lot more sober as I walk over to shut off the light again. When I turn back toward Jamie, he's beckoning to me in the dark from his mattress on the floor. When I sit on the edge, he tugs me down to his pillow. We're stretched out on our sides, facing each other. We're both waiting for the other to speak. Then Jamie sighs, his expression flickering with resignation. "I don't like the idea of you messing around with anyone else." Page 17 I swallow my surprise. "Right back atcha, babe." "I told Holly there was someone else," he admits. "Pretty much right when she got here." My heart soars. "You did?" His voice is thick. "Yeah. " "I told Sam the same thing," I confess. "He tried to cop a feel when we hugged hello, and I straight-up said I wasn't there for that." His eyes narrow. He slides toward me, one arm coming around my waist as his warm palm settles over my ass. "Where did he touch you?" Jamie squeezes one of my butt cheeks. "Here?" I chuckle. "Yup." "Fucker." I lean closer and kiss the tip of his nose. "That's as far as it got, man. I promise." "Don't have to promise. I trust you." My stomach churns at his earnest declaration. He trusts me. Fuck, I'm such an asshole. Because trust was the last thing I felt today when I was imagining Jamie's hands all over that chick. And the fact that she's rocking a vagina makes it a thousand times worse. I've never had to worry that the guy in my bed might choose a girl over me. Then again, I've never cared what the guys in my bed did after they left my bed. It's different with Jamie. I feel sick when I picture him leaving me. I feel sicker knowing I'm competing with not one, but two gender pools for his affection. Except I won't have his affection for much longer. Once camp is over, we'll be going our separate ways. I hadn't been joking around with Cassel the other day—if I want to succeed in the pros, I need to keep my pants zipped. "But I think we need some ground rules or something," Jamie says ruefully. I swallow. Me and rules have always had a love-hate relationship. "Like what?" "Like as long as we're fooling around, we're exclusive." Ha. Because I'm so interested in screwing anyone else. Still, I nod in agreement, because I happen to be very interested in making sure he doesn't screw anyone else. "Deal. What else?" He purses his lips. "Ah…that's all I've got right now. You?" Reluctance jams in my throat. I know I need to say this, but I don't want to. I've wanted this guy for so fucking long. Forever. And the thought of letting him go in less than a month rips me apart. But I'm going to have to. "We end it when we leave for training camp." My voice comes out hoarse, and I pray he can't hear the note of pain in it. "We only have the summer." Jamie goes quiet for a moment. "Yeah." He sounds equally hoarse. "I figured." I can't tell how he feels about that. Disappointed? Sad? Relieved? His expression reveals nothing, but I decide not to push for answers. Besides, I'm the one who came up with that rule. I should be glad he's not fighting me on it. "We should go to sleep," I murmur. "Yeah." He closes his eyes, but instead of rolling over, he shifts closer and kisses me. I return his kiss softly. When I put a hand on his hip, the fabric crinkles beneath my fingers in a way that feels unfamiliar. They're not his usual underwear, so I break our kiss to squint at them in the dark. "Canning," I whisper. "Are you wearing your boxer shorts with kittens?" Even in the dim light I can see the corners of his mouth twitch. "So what if I am?" For some reason, this makes me unthinkably happy. I lean in to touch my smile to his. But Jamie squirms a little, as if uncomfortable. Then he sticks a hand down the back of the aforementioned boxer shorts and brushes something. "Everything okay back there?" I ask, wondering if he'd left the tag in them. "Just, uh, a Skittle in my shorts." We both chuckle even as our lips meet again. And again. Finally I'm able to relax. His arms close around me and it feels like coming home. Our mouths fit together so perfectly. Every time we kiss, I fall even more in love with him, and it has nothing to do with sex or lust. It's him. His closeness and his scent and the way he soothes me. My life has been chaotic for as long as I can remember, and I always dealt with it alone. My parents' criticism, my confusion over my sexuality. But for six weeks every summer, I didn't have to be alone. I had Jamie, my best friend, my rock. Now I have even more of him. I have his strong arms around me and his lips lazily brushing mine, and it absolutely kills me that I have to give him up when I go to Toronto. We kiss for a while. There's no urgency to do anything more than that. Our dicks don't even enter the equation. We just lie there making out, while his palms stroke up and down my back in sweet, reassuring glides. Eventually we fall asleep with my head on his chest and the sound of his steady heartbeat beneath my ear.

26 JULY Jamie

Several days later, I get an email from my agent. A year ago, I loved saying that. My agent. Sounds pretty important, no? Not so much. When I was a kid I collected hockey cards. They came in packs of ten with a lousy piece of gum that tasted awful. In every pack there'd be one good player—hopefully not a duplicate of a card I already had—and nine guys you'd never heard of. Those nine went in the bottom of my shoebox, where they waited. Every once in a blue moon one of those guys would rise in the ranks, but usually they didn't. Fast forward ten years. To my agent, I'm one of those cards at the bottom of the shoebox. In fact, it's unlikely the emails I get from him are even written by him. This one asks me for the date I'm moving to Detroit. "The club will put you up in a hotel near the rink until you've found housing. Attached you will find the real estate agent's contact information. Please set up an appointment with the realtor once you've arrived in Detroit." The end of summer crawls closer every day. I'm not going to be able to put off these plans any longer. Between sessions at the rink on Thursday, I look for Pat in his cramped little office. Since I'd promised my mother I'd try to come home, I need to find out if that's possible. "Got a second?" I ask from the doorway. Pat beckons to me, then turns away from his computer screen. "What's up, Coach?" Still tickles when he calls me that. Campers get what's up, kid? "I'm trying to plan my life, which is always a fun time. So I need to know how you're doing with your personnel shortage at the end of the month." He gives me a thoughtful stare. "Sit down, Canning." I drop into a chair feeling like a kid who's been called to the principal's office. And I'm not sure why. But there's something serious in his expression, and I think I'm about to find out what it is. "I haven't heard you mention Detroit all summer," he says, folding his hands into a tent. "Why is that?" "Um. Been busy." And you don't want to know with what. Pat smiles at me, cocking his head. "Not buying that. Sorry. A man who's getting everything he wants in life can't stay silent about it. Not even you." Damn it. Coach is going all head-shrink on me. "It's… I dunno. Not quite sure how it's going to work out, that's all. Maybe in a year I won't be able to shut up about it." His nod is slow. Thoughtful. I feel like an amoeba under a microscope. "You know I think you're a hell of a goalie. You put your heart into it, and someone is going to notice. Even if it takes time." It's kind of hard to swallow all of a sudden. "Thanks," I manage. "But I find myself wondering if you're feeling it. Not everybody wants to get on that treadmill when he could be, say, coaching instead." Now it's my turn to stare across the desk. "Who would hire me as a coach?" Pat makes a show of looking up at the ceiling before meeting my eyes again. "Lots of people, Canning. You've been coaching your ass off here every summer since you started college. I'd be happy to tell anyone who'll listen. And you had great stats in college. Best stats on your team. Rainier might even want you." It's sort of dizzying to allow myself to think about this. Coaching? As a full-time gig? That sounds like a blast. Coaching at the college level would pay me a living wage, too. I'd just never imagined I could have a job like that. But Pat knows people. A lot of them. All over the country. Where would I want to be? The idea pops out of my mouth before I can think better of it. "Do you think someone in Toronto might need a defensive coach?" Pat's bushy eyebrows lift, but only for a split second. "Dunno, Canning. They don't play a lot of hockey in Canada." Then he bursts out laughing. "Lemme see what I can learn." I leave his office feeling lighter, even though nothing has really changed, except there's a new idea in my head. But it's a hell of an idea. * * * It's the Friday of parents' weekend, so coaches have tonight off instead of Saturday because we're required to be at a special dinner with the parents tomorrow. When Wes and I were campers, neither one of us ever had visitors on parents' weekend. My clan couldn't exactly buy airfare for seven people and drop everything to watch me play a scrimmage in upstate New York. And Wes's parents… They just didn't bother. His father liked the fact that his son sometimes won state championship games, but if there wasn't any way to brag about an event, he didn't see the point of showing up. And Wes's mom? I've never even met the woman. Sometimes I wonder if she even exists. As coaches, parents' weekend means we have to show up and look attentive. Pat's camp is funded by tuition checks from parents, and when those parents stop by, they want to be sure their kids are getting 24/7 attention. The kids don't really want 24/7 attention, of course. But that's not our problem. Wes and I are just back from the rink and trying to sort out our options. "So tell me about this outdoor concert," he says. "Is that what we're doing tonight?" Wes is scrolling through his messages. "I think the music could be okay." He looks up. "Says the man with boy bands on his phone." "That was a joke," I sputter. "We've been over this." Wes cackles. "Tell you what—let's make a deal. It's been a while since I had a steak dinner. You find me a steak, and I'll subject myself to this concert." "Here, man." I pretend to unbutton my fly. He throws a pillow at me. "Feed me, Canning. Bad local music is easier to take after a porterhouse." I pull out my phone. "We can use your car, right?" "Sure." Most of the restaurants in Lake Placid are burger joints, but the Squaw Lodge Boathouse on West Lake looks like the real deal. And since the outdoor concert is in the same direction, I make a reservation and hope for the best. Then I go over to the closet we share and fish out Wes's one polo shirt. Dropping it on Wes's bed, I find a button-down shirt for myself, and a clean pair of khaki shorts. "You want me dressed up?" Wes asks, hoisting the shirt over his head. "Are we going on a date, Canning?" "Seems so. The steak place looks nicer than swim trunks and flip flops." "So it's my fault then." His words are grumpy, but he's admiring my chest while I button up the shirt. "You clean up nice, honey." I flip him off. Wes heads to the bathroom to brush his teeth, and I watch him go. I even catch myself admiring his ass. Lately I find myself sneaking looks at him, trying to raise some kind of holy shit reaction to the idea that I'm involved with a guy. When I was young I used to try to scare myself walking through the woods alone. I'd peer into the shadows and imagine something terrifying waited there, just to give myself a little thrill. But it never worked all that well, and neither do my attempts to frighten myself over recent events. Because it's Wes. He's not scary. And the things we do in bed are just plain hot. * * * As it happens, the lodge is a nice restaurant. But we're not underdressed, because the place offers dockage. In other words, some of the dinner guests have arrived on small watercraft, looking wind-tousled and sunburned. We don't get a table outside, because I only made the reservation an hour ago. But the interior is dark and sleek, with leather upholstery and candles flickering on the tables. We're shown to a comfortable booth in back, and I slide onto the seat feeling like this was a damn good idea. I smell garlic bread, and there's a microbrew beer list a yard long. "We're going to eat like Vikings," Wes says, giving the hostess his cockiest grin. "Which steak is the best one?" The girl is all too happy to stay and chat. "The creole is popular," she says with a toss of her hair. "I like the New York strip, though." "Do you now. Thanks for the tip." She walks away, shaking her hips, and I bite back a grin. "You were this close to making a bad strip joke, weren't you? Be honest." Wes reaches across the table to cover my hand with his. He makes a dead-serious face, the kind he only makes when he's pulling my chain. "I was this close to making a good strip joke. Duh." That's when the guy sneaks up on us. "Good evening! I'm Mike, and I'll be your server this evening…" Calmly, Wes removes his hand from mine and looks up at the waiter. The man glances from Wes to my hand and back again. "Welcome to the Squaw Lodge Boathouse. Have you dined with us before?" His voice has taken on a slightly different tone. Softer, with a riff of affectation in it. I'm distracted, but Wes looks him straight in the eye and says, "Actually, it's our first time." "Oh! Well, you're in for a treat…" He and the waiter discuss the menu, but I tune out. This is the first time someone has looked at me and decided I was a gay man out on a date, and I'm trying to figure out how I feel about that. Don't get me wrong—I'd be seen anywhere with Wes. Any day of the week. But there's something strange about becoming his dinner date. Like I've shrugged on someone else's costume and I'm playing a role. I order a beer and a steak when it's my turn, and the guy runs off to put in our order. "You buggin'?" Wes asks, nudging my foot under the table. "No," I say quickly. I'm not, either. "I don't give a shit whether we set that guy's gaydar off or not." Wes actually winces. "Wouldn't blame you if you did. Look, that dude is only jealous. But some people are assholes about it. I mean, the things you and I do every night are illegal in some places." "You're really selling it to me then." His grin is wry. "There are benefits." "Yeah? Hit me. What's good about going gay?" I nudge him back under the table. "Well, dicks," he says. "Obvs." "Obvs." He smiles. "Okay, now picture this. You wake up on a weekend beside your really hot boyfriend, and fuck like horny hedgehogs for a couple of hours. Then you spend the rest of the day watching sports on television, and nobody ever says"—he pitches his voice high—"honey, you said we could go to the mall!" Now I'm laughing. "And I guess you can leave the toilet seat up, right?" Wes spreads his hands. "See? Benefits everywhere. And here's one more—the parents don't nag you for grandchildren." "I have five siblings," I point out. "They're guaranteed at least a basketball team." The waiter brings our beers, and I actually give him a wink before he goes. "Look at you!" Wes crows after he walks away. "You could be good at this." "Like it's hard?" Wes is grinning at me, and I hate to kill the mood. But I realize that I've got a question for him that's been bothering me. "What did your parents say when you told them?" His face falls. "Well. At first they didn't believe me. My mother said, 'This is just a phase.' And my father said nothing." "When was this?" "Freshman year of college. I decided to tell them on the way to my grandfather's house for Thanksgiving. We were all trapped in the car together." "Nice timing." He shrugs. "I didn't even know what to do with that reaction. It never occurred to me they'd just sort of ignore me. Though in retrospect it makes plenty of sense." His dull admission brings an ache to my heart. It also makes me wonder how my own family would react if they knew I was hooking up with a guy. But no matter how many times I try to picture their expressions filling with horror or disgust, I can't see it. Support is all I've ever gotten from them. "So what did you do?" I ask, hoping my inner distress doesn't show on my face. "Well, Canning, this is me we're talking about here. So I got really fucking mad. And next time I was home on break I picked up a guy at a party and blew him in the family room when I knew they were on their way home." Yikes. "That probably got the point across." Wes takes a long pull of his beer and I watch his strong throat work. "It did the trick. My dad did all the yelling I expected him to do the first time. He said I was disgusting. And that I was going to fuck up my hockey career. Hell. That's still his biggest concern." Ouch. "What does your mom say?" He never mentions her. How can a mother not defend her son? "She's his yes man and pearl-clutcher-in-chief. So she never says much." Shit, I really killed the mood. But luckily our appetizers arrive a moment later, and we're happy again. Sometimes it's just that easy.

27 Page 18 Wes

I drive us a mile farther up the road to the park where the band is playing. Neither of us has ever been to this place before, but it's nice. A lawn runs all the way down to the water. A band shell has been set up near the shore, and people of all ages are settling down on the grass. We find a spot easily enough. I sit down, but Jamie doesn't. "Shit. I didn't think this through," he says, eyeing his rather nice pair of khaki shorts. I look up at him. "And here I thought I was the gay dude." He smacks the top of my head. "Tomorrow is Pat's parents' weekend. I'm just trying to represent." "Fine." I stand up. "Wait here a second." I jog to the car and dig an old plaid blanket out of the back. When I rejoin Canning, I give him a cocky smile. "See? It's a good thing I never clean my car." I spread it out on the grass and flop down. Jamie sits beside me. We both lean back at the same time, and my hand comes down on top of his. So I move mine a couple inches to give him space. But he moves his too, covering mine. I don't want him to know how much I like that, so I don't look him in the eye. Instead, I stare up at the darkening sky over the lake and wonder how I've made it to age twenty-two without ever going on a date. I'd teased Jamie about it earlier, too. But here we are. Dinner and live music. Sitting on a fucking blanket in the park. I've never dated anyone before, and I'm probably not very good at it. After a while the band starts up. There are four of them—a singer, a guitar, a double bass and percussion. The first song they play is a weak cover of a Dave Matthews song. "Huh," Jamie says. "What?" "I'm worried." "About the music?" I'm in a mood to be generous. "They're just warming up, right? Every band covers Dave Matthews. It's a law, I think." Unfortunately, things don't improve. "Could that be an old tune by Billy Joel?" Jamie asks. I listen hard for a second. "God, maybe. It sounds like they're trying to play 'New York State of Mind'." "Not sure they've quite got it." I flip my hand over and squeeze his fingers as the sky grows darker. By the third song, it's so bad it's funny. The lead singer looks out into the crowd and announces, "We're going to play an original tune that my friend Buster wrote." Jamie and I both clap, like we know Buster. Go Buster. "It's called 'Captive Rain,' and we're giving this song its world debut." The drummer counts them in, and the first four bars aren't so bad. But the lyrics are… awful. I don't know what the guy is singing about. Captive rain is coming at him like a…train. "Oh my God," Jamie whispers. His hand lands on mine again. As the song progresses, I can feel him start to shake beside me. "Shh! I'm trying to hear the music," I say, and he pinches me with his free hand. "Dude, he just rhymed 'chicken' with 'stickin.'" Jamie snorts and I reach across my body to clamp a hand over his mouth. So he sticks out his tongue and licks my palm. So I wipe that on his shirt. Seeing as we're seconds away from repeating our experiments with MMA, I make a suggestion. "Time to swim?" His eyes cut over to mine. "I don't have a suit." "Seriously?" When the song finally ends, Jamie jumps up and heads for the trees that border the lawn. I wad the blanket under my arm and follow him. He's waiting a few yards into the woods. "Look out for poison ivy," he says, and I freeze, looking down. "Made you look!" "Jesus, Canning." He laughs and picks his way toward the water's edge. We can't see the people on the lawn from here, but we can still hear the band. It's almost completely dark, which is good for us. There are some rocks at the water's edge, so I toe out of my shoes and put them in a safe spot. Then I strip off my polo. Jamie is laying his clothes on the rock almost daintily. He's even removing his shorts. I'd forgotten he was trying to keep them clean. "Dare you to skinny-dip." "Of course I'm skinny-dipping," he says. Well then. Can't let him do that alone. I drop every thread of my clothing onto the rocks. It's not a hot night, but when I wade into the water, the temperature isn't too bad. I turn to watch Jamie step toward the water's edge, and I like what I see. The dim light makes shadows in the valleys of his abs. I wade in deeper, and the water caresses my bare skin. This is decadent. The sound of Jamie's chuckle makes me smile in the dark. When he reaches me, I take his hand, and he lets me. Together we duck under water, swimming out just a little ways. Some of the people on the lawn probably have an oblique sightline of us by now. Then again, it's awfully dark. We're in up to our necks, and the lake is both beautiful and a little creepy if your mind works that way. I wonder if Jamie's does. "I think I just felt something brush my foot." I didn't, but Jamie doesn't know that. He twitches a little. "Probably just a sunfish." "Uh-huh. You're right." I maneuver my foot under the water, finding Jamie's calf and grazing it with my toe. He lurches away from me. "You asshole." That gets me laughing, and Jamie splashes me. "The bottom's kind of sludgy here." And this is true. "I worry about leeches. Did you ever see Stand by Me?" "Ugh," he complains. "Way to ruin it." He moves closer to me. All at once he springs forward, grabbing my shoulders, wrapping strong legs around me. "Now they can only find you." He kisses me. Jesus. So sexy. I open for him and our tongues tangle right away. I moan into his mouth, and it doesn't matter, because the music is going again, and the darkness gives us plenty of privacy. Jamie's fingers weave into the hair at the back of my head. He tastes like good beer and sex. I'm standing in a lake with the most beautiful man wrapped around my body, and his dick is hard against my belly already. This must be what heaven is like. I cup his ass, unable to resist sliding a finger down his crease and teasing his hole. He moans into my mouth. "You are goddamn addictive, Wes." That's what I like to hear. I've only fucked him one other time since that first night almost a week ago. Our second time, I took him from behind and had to cover his mouth the entire time to stop him from making noise. I want him again now, but screwing in the lake isn't really an option. No condom or lube, a lawnful of people less than a hundred yards away. I move my hand to his groin and give his erection a soft stroke as our tongues tangle in a hungry kiss. Then I jump, because his hand is on my backside now, his fingers traveling between my ass cheeks. "Gonna fuck you one of these days," he whispers. Yeah, I know he will. I know I'll let him, too. Maybe one guy soured me on the idea of taking it, but with Canning, I'll take anything he has to give me. I'll take it all. His finger breaches my hole and I hiss out a breath. Jesus. I'd forgotten how sensitive all those nerve endings are. "You like that, huh?" Droplets cling to his perfect face as he smiles at me. A filthy, beautiful smile. "Mmm-hmmm." I jam my tongue in his mouth again, grinding my cock against his as he tentatively plays with my ass. He kisses me back, just a brief taste, before breaking our mouths apart. He's in the mood to talk. No, he's in the mood to torment. "So tight," he sighs. The angle allows just the tip of his finger to penetrate me, but even that is deep enough to make me moan. "My dick's gonna like being in you, Wes." His lips latch onto my neck, dropping greedy kisses on my wet skin. "And you're going to be begging for it." I shiver. I think he's right. When his finger disappears, I bite back a disappointed groan. That fleeting tease had turned me on like nobody's business. "But not tonight." He says it decisively, as if he's carrying out some conversation in his own head. That dirty smile returns as he leans in to nibble on my jaw. "Tonight, I want you to fuck me. I've been thinking about it all day." I growl. "You need to shut up, Canning. Otherwise I'll do you right now. Bend you over that log over there and take what's mine." Wet lips place a kiss right under my jaw. "Promises, promises." Then he disentangles from my body and swims backward as if he has no care in the world. Swimming with a hard-on is extremely difficult. But maybe I should be thinking of my stiffy as a floatation device. Or an oar, because God knows it's long and hard enough to single-handedly propel an entire fucking canoe. We swim side by side for a while, then float on our backs and stare up at the inky black sky. I laugh when I notice both our cocks slicing upward as if to salute the moon. "Should we do something about those?" I crack. Jamie chuckles. "Yeah, probably. I'm dying over here." "Me too." In unspoken agreement, we swim back to shore, our naked bodies dripping lake water all over the muddy bank. Jamie stares at his pristine clothes, then says, "Fuck it." He puts on only his boxer-briefs, and holds on to the rest. I do the same, and luckily we don't encounter anyone on the quick walk back to the parking lot. His briefs are black and my boxers are navy-blue, so there's no peekaboo happening with our dicks, but still, traipsing around in our underwear might be a bit too racy for Lake Placid. A moment later, we're in the car. I put it in drive and breeze out of the lot, tensing when Jamie reaches over and strokes my package over my wet skivvies. "Won't be able to drive in a straight line if you keep doing that," I warn him. "Eyes on the road," he teases. "Don't worry, we're not going far." I wrinkle my forehead. I was planning on driving back to the dorm, but Canning apparently has other ideas. We've traveled no more than five minutes when he nods to a gravel path to our right. "Turn there." A grin tugs on my lips when I realize what he has in mind. It's the pull-off to one of our old hiking spots. The area is usually deserted even in the daytime, so at night there definitely won't be anyone around. I park in the small dirt clearing near the trailhead, and before I can even kill the engine, Jamie is climbing into my lap.

28 Jamie

I wasn't exaggerating before. I'm addicted to Ryan Wesley. And right now I desperately need a fix. A couple of weeks ago, getting it on with a dude had freaked me out. Now it's as obvious as breathing that everything about this guy turns me on—his raspy voice, his powerful body, the tattoos inked all over his golden skin. My mouth is on his in a heartbeat, my tongue down his throat as I straddle his muscular thighs. He sighs against my lips. "You're such a horndog." I totally am. I rock into his lower body, my palms skimming up and down his broad chest. The question now isn't whether I want to fool around with this man. The question is how I'm ever going to give it up. I push that thought overboard, though, because I'm about to combust. But I might have been too hasty with my choice of hook-up spots, because the front seat is too small to accommodate two horny-as-fuck hockey players. My legs are already starting to cramp, and when I shift around trying to get more comfortable, my back hits the horn and a blast of sound hits the air. Wes bursts out laughing. Then laughs harder when I make another attempt to reposition myself. "Backseat?" he chokes out. Much better idea. He climbs over first, his butt cheek smacking me in the face as he heaves himself into the back. I land on him with a thud, and now we're both laughing our asses off. It's just as cramped back here. We can't lie side by side, so I'm on top of him, and when I bend down to kiss him, my forehead slams into the door handle. And when I grab my head in surprise, I manage to elbow him in the eye socket. "Holy fuck!" Wes yells. "You trying to kill me, Canning?" "No, but—" "Abort!" he says between laughs. Screw that. All this shifting and maneuvering has succeeded in my rubbing my aching dick all over his body. If I don't get off soon, I'm going to lose my mind. "We've got this," I tell him. Then I sit up and bump my head on the car roof. "Uh-huh," he says solemnly. "Seems like it." "Hockey players like it rough," I argue, reaching into the front seat for Wes's shorts. In the back pocket I find his wallet. A second later, I flick a condom at him and order, "Suit up." "Yes, Coach." He still looks like he's trying not to laugh, but his gray eyes are now glittering with lust. Keeping our gazes locked, he eases his boxers down his hips. I shuck my briefs as he covers himself, then curl over and take him in my mouth. The medicinal taste of the latex fills my mouth, but I ignore it. This is the first time lube hasn't entered the equation, so I want to make sure the condom is nice and wet before I dare ride his cock. God, and that's something I never imagined I'd be doing. Riding another man's cock. "Baby," his voice is low and husky. "I'm loving that, but you don't have to do it. Give me my wallet." I fumble into the front seat one more time and pass it to him. He removes another packet and tears it open. This one is full of lube. A second later, a deliciously slippery hand slides up my crease, rubs my taint and makes me shiver. "That's handy," I rasp. He doesn't answer. He's too busy working me open with his fingers. When we do this, there's always one awkward moment when he first breaches me. Before my body gets the joke. But now that I know how this works, it doesn't even slow me down. I'm eager for it. And it's only a couple of minutes later when I'm pushing Wes's hand away and straddling his lap again. The way I handle him is nothing like the way I'd touch a woman. He's as big and strong as I am, and I don't have to worry about hurting him. His broad shoulders make a sturdy place to put my hands. Rising up, I wait for him. He positions himself beneath me, and we both hiss when I slide down over his hard cock. For a moment I don't move. We're nose to nose, blinking into each other's eyes. Wes's tongue emerges to slick my lower lip. And I dive onto his mouth, jamming my tongue inside. There isn't a lot of space for me to move, but it doesn't matter. I'm riding him in short, fast strokes. The angle is heaven—I can bear down on him just where I need him. Wes is cupping my ass in strong hands, and with each thrust, he lets out a sexy grunt. Our chests rub together as our mouths lock again. My dick is trapped between our stomachs, slicking us both with pre-come. My climax takes me by surprise. One second I'm fighting Wes over whose tongue belongs in whose mouth. The next, I'm fighting the urge to explode. And losing. "Fuck. I have to come." Wes moans into my mouth, and I jam myself down on him one more time. That's when I feel it—the whole-body orgasm. My limbs tingle unpredictably as I slump forward, my face landing in Wes's neck. The world goes fuzzy at the edges, but I feel myself shooting all over him while he bucks beneath me. He lets loose a growl, and the muscles in his neck tighten all at once. Then he drops his head back and shudders through his release. Heavy breathing and thudding hearts are all that can be heard in the car afterwards. I'm lazing against his sticky chest, too blissed out to move. His hands trace lazy patterns over my back. I could get used to this. I really could. After a bit, Wes slaps me on the ass. "Up, baby. We can't stay here forever." I hate the way that sounds, but it's hard to argue the truth. So I peel my satisfied body off his, and we begin the ridiculous process of trying to clean up in a confined space without further injury. We manage, but just barely. * * * Wes and I drag our bleary selves out of bed the next morning and book it over to the rink, where the other coaches already congregate. The parents are arriving at nine, the first scrimmage is scheduled for ten, and Pat has a prep list that's a mile long. He begins to bark instructions once Wes and I round out the group, then stops midsentence when he notices Wes's face. "What the hell happened to you, Wesley?" I press my lips together to fight a laugh. Our sexual circus act in the car last night left Wes with a nice shiner on his left eye, courtesy of my wayward elbow. It's not black, but definitely purplish, and visibly swollen. "Canning beat me up," he says gravely. Pat flicks his gaze to me, then back at Wes. "What'd you do to piss him off?" Wes mock gasps. "You saying I deserved it, Coach?" "I'm saying you've got a smart mouth and it's a miracle you don't get wailed in the face every day of your life." But Pat's grinning as he says it. Then he claps his hands and gets back to business. "Maybe you boys can kiss and make up on the trip to the supermarket. You're on ice duty. Make sure you use some of it on that eye." I feel my neck heat up at Pat's mention of kissing. Coach, if you only knew… Wes lifts a brow. "Ice?" "Machine in the cafeteria broke down, so I need you to drive to the market and grab a dozen bags." He's already dismissing us, turning to Georgie and Ken. "Check the equipment—we need the extra helmets and pads out of storage for any parents who want to scrimmage with us later." Wes and I head out while Pat is still playing drill sergeant. I slide into the passenger seat of his car, grinning at him as I remember last night's automotive adventures. He casts a rueful glance over his shoulder. "I can never look at that backseat the same way again." "Wait, you're saying you never hooked up in your car before yesterday?" Page 19 "Nope. I had a single at Northern Mass, so I usually brought hook-ups home. Or I went to their place." He pauses. "That was the better option. Means I didn't have to kick 'em out when they wanted to spend the night." I furrow my brow. "You've never spent the night with anyone?" He and I have been sleeping together regularly. "Nope," he says again. "Why not?" I'm suddenly curious to know about his love life. Not the sex—the idea of him with anyone else bugs the shit out of me—but the relationship stuff. For as long as I've known him, Wes has been single. Now, knowing he's gay, it makes sense why he never had a girlfriend. But has he had a boyfriend? "I didn't want anyone getting too attached to me," he says with a shrug, his eyes focused on the road. The response only makes me more curious. "Did you ever get attached to them?" "Nope." This is his go-to answer for the day, apparently. "Have you ever gone out with anyone?" I ask slowly. He's quiet for a moment. "No," he admits. "I don't do boyfriends, Canning. It's too messy." For some reason, my gut clenches. I want to ask him what I am, then. An extended hook-up? A summer fling? I knew this thing with us was bound to end eventually, but I at least thought the time we've had together has meant something to him. Because it means something to me. I'm not sure what, or why, but I do know that this isn't just about sex for me. "And once I'm in Toronto, I won't be doing anything," he says glumly. "Celibacy is gonna suck." An uneasy feeling washes over me. "Did you talk to your dad about the Sports Illustrated thing?" "Haven't told him yet. But I'm not doing the interview. That's not a can of worms I'm interested in opening." He swiftly changes the subject, as he usually does when the conversation is too focused on him. "What about you? Have you bought a ticket to Detroit yet?" Great. He picks the one topic I don't want to discuss. "No." "Dude, you need to get on that." Wes parks in front of the supermarket and we hop out of the car. I hope he'll drop the subject now that we're here, but he's still talking about it as we walk into the air-conditioned store. "You're supposed to report there in three weeks," he reminds me as he grabs a shopping cart. "You thinking of renting a house in the suburbs? Where do the Detroit players tend to live?" I nod, thinking about my conversation with Pat. He pulled me aside a couple days ago and said he'd put some feelers out in the coaching community. We're supposed to talk again on Monday, but I still haven't told Wes about it. Deciding to test the waters, I grab another cart and say, "Honestly, I'm not sure how I feel about going to Detroit." He looks startled. "Meaning what?" "Meaning…" I take a breath. Screw it. Might as well tell him. We head for the freezers in the back, and Wes listens with no expression as I pretty much repeat everything I discussed with Holly—how I don't want to play backup my entire career, my lack of enthusiasm about going to Detroit, the possibility of being sent to the minors and not even playing a pro game. The only part I leave out is that I'm toying with taking a coaching job. I'm not ready to talk about that yet, especially when nothing is even official. Once I'm done, he still doesn't respond. He chews on his lips, thoughtful. Then he opens the freezer and heaves out a bag of ice. "You're really considering not playing this season?" he finally says. "Yeah." The cold air hits my face as I grab two more bags and load them into my cart. "Do you think I'm fucked in the head for throwing away a chance at the pros?" "Yes and no." He drops another bag in his cart. "I think all your concerns are valid." The conversation halts when a woman pushing a cart pops around the corner. Her step stutters when she notices Wes's black eye, and then she continues on with a wary look. Wes glances at me, chuckling. "She thinks we're hooligans." I roll my eyes. "She thinks you're a hooligan. As she should. I, on the other hand, am a saint." He snorts. "Should I flag her down and tell her how I got the shiner, Saint Jamie?" I give him the finger, then grab two more bags. We push our carts side by side and wander over to the checkout counter, where we get in line behind an elderly couple with a shopping cart full of cereal boxes. Just cereal boxes and nothing else. "So my concerns are valid," I prompt as we wait our turn. He nods. "Goalies have it tough. I can't deny that." "But?" "But this is your one chance." His voice softens. "If you don't take it, you could regret it for the rest of your life. Look, if I was in your shoes, I might be questioning my decision too, but—" "No, you wouldn't. You'd report in a heartbeat, even if it meant spending years waiting for your shot." "True dat." He rests his forearms on the cart. "But that's because I love the game. Even if I get to play only five minutes in a whole season, it's worth it to me. Hockey is everything to me." But is it everything to me? I'm even more troubled as I think of all the hard work that goes into a professional hockey career. The constant training, the rigid diet, the grueling schedule. I love hockey, I really do, but I'm not sure I love it as much as Wes loves it. And if I compare the level of satisfaction I get from stopping a goal to the pride I feel teaching someone like Mark Killfeather to become a better goalie, a better man… I honestly don't know which one means more to me. "I just think you need to give it a shot," Wes says, jolting me from my thoughts. "At least go to training camp, Canning. What if you're there and suddenly they're like, 'We're giving you the starting job, kid.'" Right, and then I'll fly to work on a Pegasus, befriend a genie, and get paid in leprechaun gold. Wes notices my expression and sighs. "It could happen," he insists. "Yeah, maybe," I say noncommittally. The old couple pushes their cereal cart away, and Wes and I step forward, charging the ice to Elites' account. Five minutes later, we're loading the bags into Wes's trunk. I'm no closer to reaching any sort of conclusions about my predicament, and Wes seems to sense that. He nods at the gas station fifty yards from the supermarket. "Let's grab some slushies," he suggests. "The ice'll melt if we leave it in the trunk for too long," I point out. He rolls his eyes. "It'll take us all of five minutes. Besides, science has proven that slushies are conducive to the making of important life decisions." "Dude, you really need to quit quoting 'science' all the time." Laughing, we lock the car and make the short trek to the gas station, where Wes grabs two empty cups and nudges me toward the slushie station. He fills his cup with the cherry flavor and then waits. But I haven't had a slushie in a long time, and I can't decide. So I put some of each flavor in my cup. At the counter, the middle-aged clerk chuckles at the sight of my rainbow concoction. "I did that once," he remarks. "Felt sick for days afterward. You've been warned, son." Wes snickers. "My buddy likes a little bit of everything." I give him the side-eye for that awful joke. We pay for our drinks and leave the store, but we've barely taken two steps when Wes slaps his forehead. "We forgot the straws. Wait here. I'll grab 'em." As he ducks back inside, I linger near the door, admiring the sleek, silver Mercedes S-class that pulls up to one of the pumps. A gray-haired man gets out of the Merc and smooths the front of his silky tie. Shit, the guy's rocking a suit that probably costs more than my parents make in a year. His gaze flicks in my direction. "Are you the attendant?" he barks out. I shake my head. "It's self-serve," I call back. "Of course it is." His tone is condescending as fuck, and there's a sneer on his face as he twists off the cap of his gas tank. Frowning, I turn away from Snobby McSnobbers just as Wes pops out the door. He hands me a straw, his forehead wrinkling when he notices my expression. Clearly he thinks my frown is a result of my Detroit dilemma, because he lets out a quiet sigh. "You'll figure it out, babe," he says softly. "You've still got time." Then he leans into me, gripping my shoulders with one arm. He brushes a reassuring kiss over my cheek, and my entire body tenses, because Snobby McSnobbers chooses that exact moment to glance our way. The look on the man's face cuts through me like a blade. Disgust. Pure, malicious disgust. Jesus. Nobody has ever looked at me that way before. Like I'm a piece of dog shit they've just had the misfortune of stepping on. Like they want to wipe my very existence off the face of the earth. Beside me, Wes stiffens. He's just realized we're being watched. No, that we're being judged. "Do you know that guy?" he says warily. "No." "He looks familiar." Does he? I'm too stuck on his expression to know. "Ignore him," Wes murmurs, taking a step toward the car. My breathing is shaky as I follow him. Unless we walk all the way around the gas station to get back to our car—which I'm unbelievably tempted to do right now—we have no choice but to pass the Mercedes. As we near the man in the suit, I find myself bracing myself the way I do on the ice right before a puck flies toward me. I'm in defense mode, ready to protect myself at all costs, even though I know I'm being ridiculous. This man isn't going attack me. He isn't going to— "Fucking faggots," he mutters under his breath as we walk by. Those two words are like a blow to the gut. From the corner of my eye I see Wes flinch, but he doesn't say a word. He keeps walking, and I struggle to match his brisk stride. "I'm sorry," he says when we reach the car. "Nothing to be sorry about, man." But I can't deny I'm shaken up. That bubble Wes and I have been living in all summer has just burst. If we somehow managed to keep seeing each other after camp, I might encounter this type of shit all the time. Unbelievable. "People are assholes." His tone is gentle as we get into the car. "Not all of them, but some." My hand shakes as I place my slushie in the cup holder. "This happens to you a lot?" "Not often. But it happens." He reaches for my hand, and I know he feels it trembling as he laces our fingers together. "It sucks, Canning. Not saying it doesn't. But you can't let jerks like that get to you. Fuck 'em, right?" I tighten my grip on his hand. "Fuck 'em," I agree. Still, the drive back to the rink is subdued. We don't say much as we drop the ice off at the cafeteria. I really wish I could just brush off that bigoted comment—that look—but it stays with me. Gnaws at me. Yet at the same time, I feel a burst of pride for Wes. No, it's awe, because it takes true strength for him to be so unflinching about his sexuality. His own parents refuse to accept it, and even that doesn't keep him down. "Coach Canning, Coach Wesley!" Davies calls when Wes and I arrive outside the rink. "Come meet my dad." The front steps are littered with teenagers and their folks, all of whom are eager to meet the coaches who are grooming their kids into champions. Shen is in the middle of an animated conversation with his parents, grinning wildly as he talks about his progress. A few feet away, Killfeather stands alone, his teeth worrying his bottom lip as he looks around. Wes and I have just reached Davies and his father when a flash of silver catches my peripheral vision. I shift my head, and my heart drops to the pit of my stomach when the Merc from the gas station suddenly speeds up to the curb. I notice Killfeather take a step forward, looking even more agitated now. The driver's door opens. The bigot gets out of the car and addresses Killfeather in an annoyed voice. "Isn't there a closer parking lot?" My goalie visibly gulps. "No. Only the one behind the building." "I'll leave the car here then." "It's a fire lane," Killfeather protests. "Just park in the lot, Dad. Please." Oh shit. Dad? Dread floods my stomach at the same time Killfeather Senior registers my presence. His head turns sharply, those dark eyes landing on me. Then on Wes. As his lips curl in an angry sneer, only one thought runs through my head. Fuck.

29 Wes

Damn it. I knew that fucker at the gas station had looked familiar. I hold my breath as my gaze locks with the man at the curb. But Mr. Killfucker doesn't make me hold it for long. "No fucking way," he spits. "No fucking way. Where is Pat?" "Right here," says a calm voice. Pat appears in the open doorway, a frown playing on his lips. "Is there a problem?" "You're damn right there is. This is what's costing me thousands? I'm paying a couple of perverts to spend hours each day with my kid? That is fucking bullshit." Heads are turning faster than on spectators at Wimbledon. And as I watch, Pat's face pales. His eyes bounce onto me for a fraction of a second, and my heart sinks. I'm going to be a liability here. A fucking crater for Pat and his business. Killfucker is also noticing all the other parental attention he's garnered. That's when he goes in for the kill. "I will not keep quiet about this." Cue his son's involvement. "Dad!" the kid shouts. "What the hell are you saying?" Pat's jaw hardens until it resembles a granite block. "You'll need to follow me, sir. If you're going to slander my NHL-bound coaching staff, you can do it in the privacy of my office." He turns around and disappears into the building. I wait until Killfucker passes me. On his way up the steps he gives me an evil glare. Then I follow him inside. Right behind me is Jamie, his eyes downcast. "I'm going to hear what he has to say," I whisper. "But you don't have to come." Jamie gives me an exasperated glance and follows me anyway. Fuck me sideways. I've just fucked up Jamie's final summer at Elites. This job he loves so much? Torpedoed by yours truly. He's going to rue the day he ever met me. A minute later, the four of us gather in Pat's tiny office, and I flick the door shut. Killfucker obviously knows not to hesitate before taking a shot. He lets it fly before Pat can speak first. "Don't try to tell me you don't know about these two. How the fuck could you hire them to work with impressionable teenagers?" Pat takes a deep breath, but his face is red. "I have no idea what's set you off. Does someone want to fill me in?" Jamie opens his mouth to

speak, but I hold up a hand. I can feel myself shaking with anger, but my voice sounds reasonably steady. “Let’s let Mr. Killfeather tell Coach Pat exactly what he saw.” I turn to Killfucker. “And don’t hold back, man. Tell him every detail.” This parry works, because Killfucker starts to look uncomfortable. I’ve just managed to use his own homophobia
against him. He can’t even get the words out, he’s so disgusted. “They…” He clears his throat and points at me. “He kissed him.” And now I have to give Pat credit. There’s a flash of surprise on his face, but he shuts it down only a nanosecond later. I jump in again before Pat has a chance. “That’s not a good enough description, man. What else did
you see? I’m waiting to hear the perversion.” Killfucker shakes his head. “That was plenty, trust me.” “Really?” I snarl. “Where did I kiss Coach Canning?” He’s clearly finding my offensive play exasperating, so I know I’m on the right track. “At the gas station!” “On what part of his body, dude?” Then I almost snicker, because now there’s a
throbbing vein in the center of Killfucker’s forehead. “Uh, here,” he says, pointing at his cheek. “But that’s not the point.” I keep pushing. “Really? Because I think it is exactly the point. I’ve known Jamie forever, and he’d just told me something important about his career, and I hugged him. With one arm. Don’t skimp on the details, okay? I
comforted my friend in all that gory detail—half a hug and a kiss on the cheek. Slap the cuffs on me, why don’t you?” I put my wrists out straight. Killfucker is about to explode. “But I saw… I think you two clearly…” Pat jumps in now. “It really doesn’t matter what you think. This is your big problem? A G-rated private moment between friends?”
“Friends who—” “Not your business!” Pat shouts him down. “Not mine, either. I’ve never seen my coaches do anything inappropriate. They are all business on that rink. And that’s what you’re paying for, sir.” “No!” counters Killfucker. “I’m paying for good judgment, and I will tell whoever is willing to listen that you don’t screen your employees.
You’re just waiting for disaster, anyway. These two cause a stir and—” Pat cuts him off. “The only stir Coach Canning caused was the day his girlfriend showed up at the rink. And your son made an inappropriate comment about her anatomy.” Killfucker’s mouth falls open. “Then it’s worse than you know, Coach, because Mr. Canning here obviously
gets around. Because I know what I saw. And my son and I are out of here.” Shit. Poor Killfeather. He’s got this ass for a dad, and he gets yanked from camp? Pat’s face is a stone. “You’re free to do as you wish. But if you slander my coaches to anyone I will not take it lying down.” “Not like they do, huh?” After issuing this parting shot, Killfucker
leaves. The office is left in a deafening silence. The only sound is Pat’s loud sigh, until Jamie tries to say something. “Coach, I…” Page 20 Pat holds up a hand. “Just give me a minute to think.” Chastened, Jamie is silent again. He doesn’t glance at me, though, and I wish he would. “Okay,” Coach says. “You two can head back to your room, I’ll text
you when it’s clear how this jackass is going to play it. And I want to apologize, Jamie, for bringing up that bit about your female friend…” “Not necessary,” he says quickly. But Pat is shaking his head. “No. It shouldn’t matter! I don’t give two fucks if you have a girlfriend or not. But I let him get me flustered. The fact that the situation took me by
complete surprise only means you’ve both behaved impeccably.” Now that’s not true. Good thing Coach Pat doesn’t follow us around when we’re skinny-dipping and fucking in the car. “I’ve run this camp for twenty years,” he adds, looking us each in the eye in turn. “There have been times when I’ve had to ask staff to be more discreet. But that is
not the case here.” And now Jamie is the color of a tomato. He looks like he’d happily activate any trapdoors in Pat’s office floor. My fists finally unclench. “Pat? I apologize if I’m making your day more complicated, but I’m not going upstairs to wait for your text. We’re supposed to be scrimmaging, right? I don’t run. My private life is my business.
Not many people know my secret. But if some asshole decides to confront me, I never duck him. That only looks weak. I have every right to be here. I have every right to coach those kids.” Pat squeezes the bridge of his nose. “Of course you do. I was just trying to shield you from any more ignorant bullshit. Get your skates on, then. Fuck ’im.” 30
Jamie Maybe it makes me a pussy, but I take Pat up on his offer to sit this scrimmage out. I’m not afraid of Killfeather’s dad. And I’m not afraid to have people whisper about me. But what I am is sad. And I don’t want it to show. Before today I didn’t really understand what Wes was up against. I’d never heard anyone give a homophobic rant except
in movies. I didn’t know that one man in a hundred-thousand-dollar car could wreak so much havoc. Since everyone is supposed to be at the rink, the second floor of the dormitory sounds deserted as I turn my key in our lock. Inside, I stretch out on my bed. Sad as I am, I can at least take one heart-lifting thing from this experience. One piece of
insight I’ve been reluctant to give a label to. I’m…bisexual. Yep, I know, not exactly a mind-blowing M. Night Shyamalan plot twist over here, but it’s the first time I’ve allowed the word to take root in my consciousness. I’m bisexual, and it’s not just a physical connection I feel with Wes. I can also see myself in a relationship with him. I can see
myself being happy with him and never feeling like things were lacking. I’d had this idea I could find a job near Toronto. That Wes and I could keep up… whatever it is we are to each other. But that isn’t going to happen. Wes all but told me to go to Detroit. He needs me to stay four hours away. We only have the summer, he’d said the night we
argued. He was right. That’s all we’re going to get. Some time later I hear a commotion out in the hallway. The place echoes, so even though Killfeather’s room is on the opposite end of the building it’s easy to hear him. “I don’t want to leave!” he yells after a door bangs open. “You will get your ass in my car right now.” “You can’t make me!” The
kid is putting his best effort into the resistance. But I know very well who always wins these fights. The voice that answers him is low and steely. “If you’re not in that car in sixty seconds, you’re not playing in the Labor Day tournament this year.” Ouch. Hit the kid where it hurts, why don’t you? I hear the inevitable—the sound of a suitcase rolling
across the tile and feet on the stairs. When I look out the window a minute later, I see my goalie slouching toward the passenger seat, and his father heaving suitcases into the trunk. That asshole didn’t even get a ticket for parking in the fire lane. They peel off a minute later, and that’s the end of the Killfeathers, both junior and senior. * * * I blow
off the barbecue, too. Since I’ve missed the scrimmage, Pat doesn’t really need me, and I use the time to regroup. I need to face the fact that summer will end soon. So I call my mom on her business phone—the one that’s always smudged with clay. “Hi baby!” she chirps when she answers. “Are you calling to tell me that you’re coming home?” The
woman always cuts to the chase. With six kids, she’s always had to. There just aren’t enough hours in the day for small talk. “I am, as a matter of fact. Coach Pat hasn’t replaced me yet, but I’m going to tell him I need that week off.” “Excellent,” she says in the same tone of voice she’d always reserved for good report cards. “We need to see you
before you join the NHL. While you still have all your teeth.” “That’s uplifting,” I complain. “I don’t know why my boys choose dangerous careers,” she says. “I always tell your brother to make sure he visits while he still has all his vital organs.” My brother is a cop. “Gross, mom. And Scott has never drawn his weapon in the line of duty.”
“Truthfully, bullets aren’t his biggest problem right now.” She fills me in on the fact my brother has moved back home for a little while. He’s the one whose girlfriend recently dumped him. And since they lived together, he needed a temporary place to land. “So he’s in his old room?” I ask, trying to picture it. Scott is twenty-eight years old. “He is,
but rarely. He’s picked up a lot of extra shifts lately. I think he’s just trying to stay busy.” “Ouch,” I mumble. “James,” my mother says sharply. “Why are you blue?” “I’m not,” I try. But bullshitting my mother is impossible. You don’t raise six kids without having laser-sharp perceptive abilities. She clucks her tongue. “If you say so. But I’ll be
taking a good look at you later this month, young man. I’m going to make lasagna and hold it under your nose while I grill you with questions.” Mom’s lasagna is damn good. I’ll probably confess everything if she does that. “Can’t wait,” I say truthfully. Home sounds pretty good right now. “Love you, Jamie boy,” she says. “Buy your plane ticket.” “I
will.” Talking to Mom has improved my mood. So I go out and treat myself to a bacon cheeseburger in a bar on Main Street. While I eat it, I watch the Red Sox lose, and think of Wes. He’s at the barbecue right now, where parents are probably grilling him about the NHL recruitment process. And he’s the best man to answer their questions. That’s
not me brooding—that’s just a fact. Wes has always wanted to play in the NHL. It’s the first thing he told me about himself when we met as teenagers. Me? I chose hockey because my brothers had already broken every football record our high school had ever recorded. I love hockey. But you can’t ever say I love it more than Wes does. Because
nobody loves hockey more. When I get back to the dorm, the place is still empty. I brush my teeth and dig out a military thriller I’d brought with me to camp and haven’t had time to read. I slide into bed in my underwear. Maybe Wes will come home in the mood to burn off some tension. I fall asleep with the book on my chest. Some time later I
wake to the sound of the key turning in the lock. Bleary, I blink at Wes as he walks over to my bed. “How was it?” I ask, my voice rough from sleep. Wes doesn’t answer me. But he removes the book and sets it on the floor. “You okay?” He’s still silent, but it doesn’t seem weird. Because he’s perched on the side of my bed now, just admiring me.
Lifting one hand, he pushes my overgrown hair off my forehead. Then he bends down and kisses the cheek that had caused all the trouble earlier. In the exact same spot. The brush of his lips makes me shiver and lean in for more. Soft lips continue to press kisses on my face. On my neck. Their gentleness feels unfamiliar to me now. And the
contrast between the size and strength of this man and the softness of his touch makes goosebumps rise on my chest. A warm hand lands on the juncture between my legs, settling over the thin fabric of my underwear. The gentle pressure encourages me to roll my hips into his hand. A little friction would feel terrific right now. But all I get is the soft
sweep of his thumb across my groin. Apparently Wes is in the mood to torture me with kindness. And I’m in the mood to let him. Sinking into the bed, I close my eyes while he bathes me with soft kisses and even softer touches. When I reach up to put my hands on his chest, he corrects me, gently moving my hands back down onto the mattress.
“Fine. Be that way,” I grumble. He doesn’t even chuckle. Instead, he clicks off my lamp and begins to shed his clothing. Every scrap. I lie there on my back while my eyes grow accustomed to the dark, admiring each newly exposed inch of smooth skin and hard muscle. An impressive erection bobs against his stomach. I want to sit up and take him in
my mouth, but I wait lazily instead. Whatever Wes has planned, I’m pretty sure I’m going to enjoy it. Then he’s bending over me, kissing the strip of exposed skin between my T-shirt and my briefs. “Mmm,” I sigh. I’m so hard, and he hasn’t really even touched me yet. His hands slide into the elastic of my shorts and I lift my hips. Whoosh, they’re
gone. The next second, he puts a hand across my mouth and then deep-throats my cock in one gulp. The heat and pressure are so swift and shocking it’s a miracle I don’t bite his hand. Wes works me over with his eager mouth, while my stomach quivers and my hips roll. Jesus Christ. I know we have to be absolutely silent, but I may not survive it.
By the time he releases me with a pop, I’m trembling everywhere. Wes disappears from my line of vision for a moment. When he returns with a condom and a bottle of lube, I sigh with relief. He offers me a hand, and I take it, allowing him to pull me into a sitting position so he can remove my T-shirt. Then he straddles my thighs, crouching there on
his knees. For the first time since he walked into the room, we’re kissing for real. And I’m so hungry for it. All the softness from a few minutes ago burns off like steam, leaving a brush fire in its wake. These kisses are hard and molten. I capture Wes’s tongue in my mouth and suck hard. He moans—the first real sound I’ve heard from him tonight—
and I swallow the sound down my eager throat. On his knees, he ruts slowly against my body, our chests bumping, our cocks aching. Wanting him hurts so good. Eventually he sits back a bit, breaking our kiss. I reach for the condom, hoping to move things along. But he takes it out of my hand, tearing the package. Instead of sheathing himself, he
reaches down and rolls it onto my cock. The breath halts in my chest. “Really?” Wes kisses me instead of answering. Another tongue-tangling scorcher. Then he pops open the lube and applies some to his own hand. He reaches back, a serious expression on his face. I can tell when he penetrates himself, because he bites his lip. “Let me do that for
you,” I whisper. I lube up my hand and reach between his legs. Wes puts both fists on the bed and leans into my body, kissing my jaw. I caress his taint, and he sighs into my ear. When I finger his crease, he lays his head on my shoulder. “That’s it,” I breathe. When I penetrate him, he freezes for a second. Then I hear him take a deep breath, and I
feel him relax. He’s hot and tight and like nothing I’ve ever felt. I ease inside. He alternately fights me and then relaxes. I stop to apply a ridiculous amount of lube to my hand. And now I’m able to reach his spot. I move my finger in a beckoning motion, and he shivers against my body. Wes’s face is still buried in my neck. I like it there. I wish he’d
never leave. 31 Wes I’m struggling. That’s the theme of today, apparently: flat-out struggle. But this is a struggle I’ve chosen. Letting another man into my body isn’t easy for me. I don’t know why. It just isn’t. I want to, though. Every time I tense up against the intrusion, I tell myself the same thing: this is Jamie. It’s okay. And then I’m able to
relax. Jamie’s taking it slowly. He reads me in the way a talented goalie would. He’s firm and gentle in this as in all other things. Fuck. I love him so much. Today was another reminder of the way things are. The first time I ever touched Jamie, I pretended to be giving him something when in truth I was taking. He forgave me, of course.
Unfortunately, this summer has been more of the same. I give him my affection. And in return, I put him at the mercy of assholes like Killfucker. Today Jamie lost his star player. He’ll probably never see that kid again. And it’s all my fault. Jamie’s free hand warms my back while his other one preps me. “Baby,” he whispers. “Can you take more?” I
nod into his neck. A second finger joins the first one. At first I struggle against the burn. It’s Jamie. It’s okay. Another deep breath and I make myself relax. “That’s it,” he urges. “I want you to ride me, okay? And when you come, I want you to shoot all over my chest.” A bolt of lust races down my spine. I bear down on his fingers, and I’m rewarded
with a brush against my prostate. Yes. That zing of pleasure makes me shiver, and I can feel Jamie’s smile against my cheek. After a few minutes, he gets me to three fingers. I start riding his hand in small thrusts. He murmurs encouragement while I ask my body for a little more stretch. It’s been years since I tried this. I was hoping it would just
seem easy, but like everything else in my life, I have to work for it. But I do it. And it leaves me with yet another reason to appreciate Jamie. My daring, big-hearted man. He does this for me, and he makes it look easy. He’s amazing. I sit up a little straighter, kissing him hard to let him know I’m ready. Jamie’s mouth welcomes me in. I take a few
more exquisite sips of him. For courage. Then I rise up on my knees, readying myself for him. Jamie settles himself so he’s propped up on the headboard, pillows at his back. He applies some lube to his cock, and the sight of him rubbing himself makes my mouth water. He positions himself beneath me. Right then, with those brown eyes looking up,
full of lust for me, he’s the sexiest thing I’ve ever seen. So I do it. I sink down onto his dick. Jamie’s mouth opens on a silent groan, and those beautiful eyes go half-mast. The burn returns, but it’s nothing I can’t handle. I give myself a minute to adjust, and I use the time to take Jamie’s gorgeous face in my hands. For a second I just admire the view.
He’s flushed and sex-tousled, burning up with arousal. I came to Lake Placid hoping we could still be friends. I got much more than that. And I’m so grateful. The kiss I give him tries to let him know that. He’s almost whimpering into my mouth now, so maybe he hears me. I give my hips an experimental thrust, and I like the results. So I brace my
hands on Jamie’s shoulders and begin to slowly fuck myself on him. I shift my hips until I get the angle just right. And when I do, it’s miraculous. Pleasure pulses through my body each time I thrust. It’s so, so good. Beneath me, Jamie takes my weeping cock in hand. His lips are parted, his throat working. I see yearning anywhere I look at him. It’s in
the set of his jaw and in the ripple of his forearm while he jacks me. He licks his lips. “If you come, you’ll take me with you.” Now that he’s said it, I really want to. Closing my eyes, I slow my pace and focus on the pleasure of each stroke. Out and in blur together. There’s only the ruffle of bliss I get from him. When I open my eyes again, it’s
Jamie’s expression that finally takes me there. It’s a cocktail of desire and wonder so potent that I feel myself tip over the edge. “Jamie,” I gasp, chasing the sensation. Leaning into it. I shoot and he shudders beneath me. I collapse on his messy chest before it’s over. My lips land beside his ear and I moan quietly while my ass clenches around his
cock. “Jesus,” he whispers. Indeed. I wrap my arms around him and hold on for as long as I dare. I honestly don’t know how I’m ever going to give him up when summer comes to an end. 32 Jamie Camp is almost over. Seriously, these past five weeks have flown by. And now there’s one week left and I can’t wrap my brain around it. I guess time
flies when you’re playing hockey every day and getting laid every night. As the afternoon scrimmage winds down, the kids are in high spirits. Correction—the offensive players are in high spirits. My goalies, on the other hand, are grumpy as hell. It was a high-scoring game for both sides, and there was no stopping Wes’s forwards today.
Killfeather’s absence is definitely noticeable. He had real talent. Has, I correct myself, because it’s not like the kid dropped dead. His gay-bashing father decided that pulling his son from one of the most prestigious training facilities in the country was a smart move. You know, because Elites is crawling with perverts. Moron. I skate over to the net,
where my fifteen-year-old goalie lingers, scowling as he removes his helmet. “I was dog shit today,” Brighton informs me. “You had an off day,” I say with a smile. “But you weren’t dog shit. You stopped more than you let in.” “I let in seven.” “It happens, kid. You did everything right out there.” I’m not lying—Brighton heeded every piece of advice
I gave him today. Just happened that Wes’s advice to his forwards was better. Page 21 I blow my whistle to signal my other goalie, who looks equally glum as he skates over to us. “I played like—” “Let me guess, dog shit?” I cut in, grinning at Bradowski. “Yeah, Brighton and I just went over that. But you guys played hard today, and you played
well. I don’t want you going back to the dorm and sulking all night, okay?” “Okay,” they say in unison, but it doesn’t sound too convincing. I sigh. “Look at it this way. Brighton, you let in seven out of—” I call out to Georgie as he skates by us. “How many shots did Wes’s boys take on net?” “Thirty-five,” Georgie calls back without stopping. “Seven
out of thirty-five,” I tell Brighton. I do some quick math. “That’s twenty percent. And Bradowski, you had eight get by you, but stopped about as many as Brighton. It’s not a terrible statistic.” I chuckle. “Coach Wesley and I used to challenge each other to shootouts all the time when we were training here. There were days when he’d slap five shots at
me and every single one would hit its mark.” Wes’s ears must be burning, because he suddenly appears beside me. “Everything okay here?” “Yep. Just telling the boys about how you used to smoke my ass in shootouts.” When his brows shoot up, I realize he’s thinking about the last time we faced off. Awesome. Now I’m thinking about it too, and I
hope to God the kids don’t see the blush on my cheeks. “Yeah, Canning didn’t stand a chance against me,” Wes says, recovering quickly. “On either side of the goal, actually. Didn’t matter if I was holding the stick or wearing the goalie pads—he lost every time.” I narrow my eyes. “Bullsh—uh, bullcrap. Are you forgetting who won the last one?” I
have to give Wes credit—he doesn’t even blink this time, even though we both know he’s remembering the outcome of that last shootout. The boys snicker. “Rematch,” Brighton blurts out. Bradowski’s eyes light up. “Shit! Yes!” Wes and I exchange a look. We should really be hustling the kids into the showers so they’re not late for dinner, but the
boys aren’t having it. Bradowski and Brighton are already whizzing away, calling out to the teenagers who haven’t made it to the tunnel yet. “Coach Canning and Coach Wesley are having a shootout!” Well, then. I guess it’s time for a shootout. Wes winks at me and says, “Same stakes?” “Damn straight.” We both grin at my choice of words.
Ten minutes later, we’re suited up and getting in position. Our audience has grown—even the coaches are gathered around the boards, Pat included. I’m wearing full pads, because no way am I leaving myself unprotected while Toronto’s new forward fires bullets at me. Wes shows off his flashy moves as he skates toward the blue line, then stops and
looks right at me. The wicked gleam in his eyes makes my pulse race. I can practically hear his unspoken taunt—get ready to suck my dick, Canning. I take a breath and tap my stick against the ice. A whistle blows, and then Wes comes barreling toward me. One lightning-fast slapshot, and a loud cheer echoes in the rink. Goal. Shit. He’s not pulling
any punches today. I brush it off and focus, defending against his next two shots and drawing my own cheers from the crowd. Wes grins at me as he lines up the next puck. “Ready for this?” The asshole has just repeated the same words he’d said to me last night right before he’d shoved his cock in my ass. All about the mind games, my boyfriend.
Wait, what? The puck flies past me and I don’t even stand a chance, because my brain is still tripping over that last thought. My boyfriend? I thought I’d resigned myself to the fact that we weren’t going to be together. And now I’m thinking of him as my boyfriend? I shrug the cobwebs from my head and force myself to concentrate on defending
the net. When my glove swallows up the last puck, I breathe in relief. I only let in two. Which means I need to score on him twice to tie, three for the win. Considering he’s nowhere near as good as me in the crease, I can already taste the victory. But he looks way too comfortable in front of that net. His gray eyes mock me behind the mask, and when
he calls out, “Show me what you’ve got,” there’s laughter in his voice. Cocky bastard thinks he can actually stop me. Fuck. The cocky bastard does stop me. My first shot lands in his glove. I grit my teeth and try to deke him out with the second attempt, but his hawk-like gaze isn’t fooled. He stops this one with his pads, the next one with his stick.
Shit. I need to sink the next two to tie. The kids whoop in delight when my fourth attempt proves fruitful. It flies past Wes’s shoulder and hits the net. “Last shot,” he says in a singsong voice. “You’re totally gonna blow it, Canning!” I know exactly what kind of blowing he’s talking about. Brighton gets a drum roll going by tapping his hands on the
boards, and the other kids quickly follow suit. The beat matches the steady thumping of my heart. I take a breath, then skate forward. I pull my arm back, assess, and release a slapshot. The puck hisses in the air. I miss. The kids go nuts as Wes leaves the net and skates up and down the boards to accept their high fives. I watch him in suspicion,
wondering when he’d gotten so good at defending against the puck. Four years ago he’d been totally inept. Shrugging the thought away, I accept my condolences from my goalies, who actually look kinda pleased I lost. I guess it made them realize even the best goaltenders suck sometimes. As the kids file toward the locker rooms, Wes skates his
way over to me and raises one eyebrow. “You’re either slacking on your shooting drills, or you let me win that.” “Didn’t let you win,” I say through clenched teeth. Except then a thought occurs to me. That last shootout before college… had he let me win? Because the guy I saw in the net today was not the one I saw there four years ago… I’m about
to ask him point-blank when Pat interrupts us. “Canning,” he says, appearing near the bench. “A word.” Wes claps a hand over my shoulder. “I’ll see you in the dining hall.” We skate off in opposite directions, but Pat doesn’t speak until Wes is well out of earshot. “I got a call from a friend in Toronto this morning.” As usual, Pat gets right to the
point. I tense up. “About the possibility of me coaching?” He nods. “My buddy’s name is Rodney Davenport. He’s with the OHL, coaches one of the Junior A teams in the league. He’s in Ottawa, but he’s tight with the head coach of the Toronto team—Bill Braddock. He spoke to Braddock on your behalf.” Surprise jolts through me. “He did?” “I told
Davenport all about you. Vouched for you.” Pat shrugs. “You’ve got an interview in Toronto on the twenty-eighth.” “I do?” I’m dumbfounded. A part of me hadn’t expected Pat to actually come through for me. “It’s an assistant coach position, defensive coordinator for a major juniors team, so you’d be working with kids ages sixteen to twenty. The
interview is just a formality, though. The league was highly impressed with your level of experience.” Well, goddamn. I guess all those years of coaching here at Elites are coming in handy. “I…” I don’t know what to say. But then I realize there’s an important question to address. “If I’m in Toronto with…” I clear my throat. I’m not ashamed; it’s just
that I’ve never had any practice talking about this. “What if there are other men like Mr. Killfeather?” Pat yanks a piece of paper from his shirt pocket. “This is the league’s anti-discrimination policy. I looked it up. Everything is, uh, covered.” I skim the words on the page. The league has pledged not to discriminate on the basis of race, religion,
creed or sexual orientation. “That’s…helpful,” I say, and Pat grins. “July twenty-eighth, huh?” Shit. That’s next week, and three days before I report to Detroit. If I report to Detroit. The thought of showing up at training camp grows less and less appealing the closer it gets to the date. Do I want to play in the pros? Or do I want to help young,
talented kids get to the pros? “Braddock needs an answer by the end of the week,” Pat tells me. “They had another candidate they were considering, so if you decide not to interview for the gig, they’ll most likely give it to him.” My mind is still reeling, indecision surging through me. I should really talk to Wes before I do anything. He made it more
than clear he won’t be dating anyone when he’s in Toronto. He told me to go to Detroit. So yeah, I need to talk to him before I make any decisions. But I have a sinking feeling I know exactly what he’s going to say. 33 Wes Canning is acting weird. He barely said a word during dinner, and then he vetoed my suggestion about catching a movie in
town, saying he just wanted to go back to the room. As we climb the dormitory steps in silence, I wish I knew what was going on in that sexy head of his. He doesn’t seem angry, or even upset. More like worried, which is so unlike Jamie it worries me. “So what did Pat want to talk to you about earlier?” I’m trying to make conversation, but my
question has the opposite effect. “Just some coaching stuff,” he answers. And then he clams up again. I smother a sigh and follow him up to the second floor, admiring the way his faded jeans hug his ass. We’ve been in shorts and flip-flops all summer, but it’s surprisingly cool out tonight, so now I get to experience Jamie in jeans. He looks fucking
spectacular. “Wanna watch something on your laptop?” I ask as I enter our room. “Cassel sent me this hilarious video of—” His lips are on mine before I can finish that sentence. Jamie pushes me up against the door and jams his tongue in my mouth, and I instinctively kiss him back despite the WTF bells going off in my head. He grips my waist
and grinds his lower body against mine, groaning roughly. Jesus Christ. I’m not sure where this sudden onslaught of passion came from, but my dick sure appreciates it. After a minute or two, I’m an iron spike behind my zipper. Jamie notices, and his hands are almost frantic as he fumbles for the button of my jeans. “Owe you a blowjob,” he
mumbles. Right. The shootout. I’d forgotten about the prize. Not that it matters, seeing as we blow each other regularly without needing a shootout to justify it. He tugs my pants and boxers down my hips, sinking to his knees with damn near desperation. The alarms in my head blare louder. “Hey.” I thread my fingers through his hair to still his
frenzied movements. “What’s gotten into you?” “Nothing yet.” He licks the head of my cock, and I see stars. “But I’m hoping this will get into me pretty soon.” Then he takes my entire length in his mouth, proving without a doubt he’s picked up a few new tricks this summer. He can deep-throat like a champ now, and normally I’m all over that.
Tonight, something feels off. His urgency thickens the air. I lean back against our door and try to give myself over to him, but in spite of his magic mouth, I can’t quite focus. Slipping a hand under his chin, I urge him upward. “Come here.” Jamie gives one more good suck, which I feel down to my toes. When he stands, I turn us around so his back is
to the door. Cupping his chin in both hands, I examine his gorgeous face. His cheeks are flushed, and his big brown eyes are full of some emotion I can’t quite read. I’m going to find out what’s up, but first I kiss him. Once. Twice. “Canning,” I whisper. “We don’t fuck until you tell me what’s on your mind.” His eyes drop. “I might coach next year,”
he says, his voice hoarse. “Really?” That’s an idea I didn’t know he’d considered. Depending on the job, it might be an interesting solution to his goalie woes. Though a part of me still thinks he’d be nuts to throw away a professional hockey career. “Where?” “There’s a defensive coordinator job for a major junior team…” He swallows. “In Toronto.”
In Toronto. The words ricochet through my mind. For the briefest of seconds, my heart takes off like a rocket. I might have gotten around to giving a whoop of inappropriate glee, except I’m still staring into Jamie’s wary eyes. He’s always been the smarter of the two of us. But I’m a quick study. So it’s only a half-second later when my chest tightens,
and my hands slip from his face. He actually flinches when they fall away. I can’t be with Jamie in Toronto. Because if we’re found out, there won’t be any reason for me to be in that city at all. I’m a fucking rookie, hoping to be lucky enough to make myself valuable to the team. Another few seconds go by before I can bring myself to point this out to
him. Because it’s Jamie Canning we’re talking about here. The odds of me ever loving anyone else like I love him are about as good as being attacked by a shark. In Toronto. But Jamie’s odds of moving on are exponentially better. We’ve had a lot of fun this summer, but it can’t possibly mean to him what it means to me. This beautiful man is
probably more straight than not. And even if I’m wrong about that, there are now twice as many available partners for him on the planet than there were six weeks ago. He can have anyone. And I won’t ask him to wait around for me. “Say something,” he mutters. I don’t want to. There’s heat behind my eyes, and my throat might crack. But I won’t
pussy out. He deserves my honesty for once. “We can’t be together in Toronto,” I say. Just six little words. But they make his eyes turn red. “I’m sorry,” I add. Sorry doesn’t even begin to describe it. He sidesteps me, moving away from the door. I take a moment to tuck myself back into my jeans. By the time I’ve done up my zipper, Jamie has
made a frantic change into a pair of running shorts. He stuffs his feet into his shoes, not even taking the time to lace them. “Going for a run,” he grunts. When he moves for the door, I move out of the way. It’s precisely the opposite maneuver than I want to perform, and my heart is screaming at me to call him back. But the door opens and shuts
again with a snap, and he’s gone. Panicking now, I hurry over to our window. A minute later he bursts off the front porch and goes running down the street, shoelaces still trailing behind him. Even after he’s out of view, I need a minute of calm breathing to compose myself. I can’t believe I just did that. It’s not what I want. My thoughts zip around
like a pinball while I search my brain for a solution to the problem. But there isn’t one. I’ve just spent a decade of my life trying to get this job in Toronto. I have a college degree in communications, like every other fucking jock on the planet. And a father who will have me tarred and feathered if I fuck up in Toronto. Jamie Canning was my first
crush and my first love. But he was never mine to have. There’s one silver lining here. Just one. I know Jamie’s pissed right now because he’s feeling rejected. That’s never fun. But I know in my gut he’ll move on. The Hollys of the world are waiting to take him back. Some cute girl will catch his eye before the week is through, and a few months from
now, today’s disaster will be just a bad memory. As will I. I swallow that thought down, then look on the closet floor for my suitcase. 34 Jamie It’s Sunday dinner at my parents’ house in San Rafael, California. This time I’m not seeing it on Skype—I’m prepping the pasta course myself. I’ve minced a mountain of garlic, diced several onions and
chopped a mountain of olives. We’ll be ten for dinner tonight—the eight of us plus Tammy’s husband and Jess’s new boyfriend. Mom has had me in the kitchen for an hour and a half, and we’re nowhere near ready. As it happens, cooking is very therapeutic. I’ve got something to do with my hands, and I don’t have to look anyone in the eye. I’ve been
home for forty-eight hours, and Mom is circling like a shark. She knows something is seriously wrong with me. All I’ve told her is that I’m having a career crisis. She knows about the interview scheduled three days from now, which conflicts with the fact that I’m supposed to be in Detroit six days from now. Everything I’ve told her is true. But it’s not
all the truth. Choosing between two career paths is big stuff, but it’s not nearly as painful as what Wes has done to me. After that awful scene in our room, I went out to run. Three miles later, Wes was gone. I don’t mean gone out for a drink—he was gone from camp. All his clothing had disappeared from our closet. His toiletries were gone. His
skates were gone. I knew without asking that he wasn’t coming back. When I went down to breakfast the next morning, Pat’s face was full of sympathy. And when I asked Pat if he was sure he had enough coaches on hand the following week for me to take off for Cali, he said yes without even an argument. I’ve spent the last two days trying not to
mope around my room. Coincidentally, my parents’ garden is well weeded. I’ve lost to my father at chess four times. And I finally finished that book I’d brought to camp. But I just ache from the loss of my best friend / boyfriend / whatever. We never did get around to putting a label on it. And now we never will. “Fuck!” I curse as the paring knife
slices the top of my finger. The knife slips from my hand when I pinch the cut closed. “James.” My mother’s voice is gentle. “Maybe you need a break.” She doesn’t even complain about the F-bomb I just dropped. So I must be acting like a real head case. “Let me find you a bandage,” she says instead. Page 22 Two minutes later she’s covered the
wound. “I can sauté one-handed,” I offer. “How about you tell me what’s bothering you instead?” Now, I could do that. My parents wouldn’t flinch at the idea of me being involved with a man. They’re both California hippies all the way to the core. And if Wes and I had stayed together, I’d share it in a heartbeat. But there’s no point in telling the
story now. I’d just be buying myself a lifetime of teasing from my siblings. (“You need to know which shirt goes with those pants? Ask Jamie. He was gay once for a few weeks.”) You can’t just give five siblings that kind of ammo unless it’s relevant. And anyway, I’m saved from answering my mother’s questions, because the kitchen door bangs open as
the first wave begins to arrive. “Jamester!” my sister Tammy yells. “Here. Hold this.” Before I can argue, there’s a toddler in my arms. “Fresh meat!” my sister cackles. And her husband slips past us both to get himself a beer. I look down at the baby. “Um, hi,” I say to Ty. I haven’t seen him in two months, and I swear he’s doubled in size. “Hah,”
he answers around the four fingers he’s got jammed in his mouth. Then he removes his drooly little hand and uses it to grab my nose. The size of Tammy’s smile doubles. “Good to have you back, kid.” Tammy is thirty, but she’s been calling me “kid” since she was twelve and I was four. Ty and I fetch a beer from the refrigerator and head out to the
deck where there’s a sweeping view of the San Rafael bay in the distance. My parents bought this house thirty-four years ago before Joe was born. That’s the only reason they can afford this sweet view in a great neighborhood. The house itself received two half-hearted additions as the family grew. We call it the Hodge Podge Lodge. In its current
configuration, there are five bedrooms. As the youngest, I had my own room in this house for exactly one year before leaving for college. My life was a series of bunk beds, fights over the best-flavored cereals, and loud family meals. I fucking love it here. “I think I need to add a third thing to the list,” I tell Ty. When I look down at him, he’s staring
back with wide brown eyes that are not unlike my own. “Detroit, Toronto or California?” I ask him. Ty scrunches up his face and appears to consider the question. He’s thinking about it hard. But then there’s a small gassy sound. His face relaxes just as I begin to smell something foul. “Did you just take a crap on my watch?” I ask the baby. He
gazes back, all innocence. “There he is! Jamie!” I spin around to find my other sister, Jess. And before she can react, I’ve walked over and handed her the baby. Then I give her a big kiss on the cheek. “Good to see you, sis.” “Did you just hand me a poopy nephew?” “Is that what that smell is?” “You!” Jess sputters. She and I are the youngest of
the family. She’s twenty-five, and the sibling I feel closest to. Which means we drive each other insane. “No backsies,” I add. She rolls her eyes. “Fine. I’ll go find the diaper bag. Get a beer for Raven, would you? Do something useful.” She leaves the deck, walking past a man I’ve never seen before. “You’re…” Did she say Raven? What the hell kind
of name is that? “Raven,” he says, and he holds out a fist for me to bump. Seriously? I bump it, so as not to be rude. “You’re the hockey player,” he says. His voice is kind of smoky, I realize. “Sure,” I reply noncommittally. Because who the hell knows what I’ll decide to do by the end of the week. “Cool,” he says, sounding rather stoned. My sister
sure can pick ’em. But when Raven puts his hip against the deck railing and crosses his arms, I notice the tats peeking out from the sleeves of his T-shirt and the curve of his bicep. Not bad. Jesus Christ—now I’m checking out my sister’s boyfriend. Argh! Fuck you, Ryan Wesley. You see what you made me do? But that’s a ridiculous thought, and now
I have the sudden urge to laugh like a hyena. “You,” I choke back a laugh, “want a beer?” “Sure,” he grunts. He’s a real talker, our Raven. If Wes were here he’d… Right. Sigh. * * * Dinner is loud and fun, the way it’s always been. Listening to my brothers’ smack talk, I forget about Wes for a couple of hours at least. “We got one professional
athlete in the family,” Scotty whines, “and he wastes it on hockey.” “It’s not too late,” his twin Brady argues. “Jamie could take up football. The Niners need defense, too.” “I’ve got it all figured out,” my dad announces. “Jamie’s team plays Anaheim in November…” My stomach drops, because there’s almost no chance he would see me play in that
game. “Which means we could all go to a Niners game together!” my father finishes. Typical. At least if I do give up on the NHL, nobody will be too upset. We tease Tammy about her round belly. And we tease Joe about his thinning hair. And when it’s my turn to be teased, I hardly even hear it. The day flies by in a whirl of gossip and taunts. Now
the dishes are done and the peach pie is eaten up. Most of the clan has gone home, and it’s down to me, my parents, Brady, and Scotty, who is staying here right now. We’re on the deck again, feet up on the railing, watching the sun go down as Scotty tells me his tale of woe. “She said, ‘I don’t want to be married to a cop.’ And— honest to God—I
tried to figure out how not to be one. I have a degree in criminal justice and seven years of work experience. And I seriously thought of chucking it.” My brother’s voice is rough, and I feel a hell of a lot more than a simple pang of sympathy. “But then I realized that it probably wouldn’t matter. If she loved me, the job wouldn’t matter. But she didn’t.
Not enough anyway.” Okay, check, please. There’s a small but statistically significant chance I’m going to be crying into my beer in a minute. And won’t that be fun to explain? “At least I know I did everything I could,” he adds. “I told her that I loved her, that I wanted the real deal. I made my case, and I made it strong. So I have no regrets.” Fuck.
It’s not like I can say the same thing. Wes pushed me away, and what did I do? I went for a run. I let him sneak off like a thief in the night. I didn’t say, “I love you.” I did not say it. Instead, I just choked it back. I am a moron. “Jamie?” my mother says gently. “What?” I croak. “You okay over there?” Where do mothers get that ability? It’s so
fucking inconvenient. “I’m fine,” I mutter, convincing nobody. “Whoever she is, honey… If she matters to you, I hope you’ll tell her.” Argh. I guess there’s someone else I’ll need to see after that interview in Toronto. 35 Wes I approach the floor-to-ceiling windows of my potential apartment’s living room, gazing at the panoramic view of Toronto’s
waterfront. It’s definitely the best view of all the other apartments I’ve looked at today, but the calm water of Lake Ontario reminds me too much of Lake Placid. Of Jamie. But who am I kidding? Everything reminds me of Jamie. Last night I couldn’t even sit at the hotel bar without remembering the roadside place back at camp, where we shared our
first kiss. This morning I walked past a candy shop and thought of the purple Skittles he’d bought me. At the last apartment I toured, I spent ten minutes staring at the futon bed on the floor remembering the two mattresses we slid together at the dorm. I can’t escape Jamie Canning, no matter how hard I try. “You’re not going to find a better deal in
this neighborhood,” the realtor chirps. She waltzes over and stands next to me, admiring the view. “Rent this low for a two-bedroom Harbourfront condo? It’s unheard of.” I turn away from the window to study the huge open-concept room. The apartment isn’t furnished, but I can already imagine how it would look with furniture. Leather couch and
massive flat screen in the living area. A dining room table. Some tall stools for the eat-in breakfast counter. I can picture myself living here, no doubt about it. And I have to admit, I’m a lot less likely to break my self-imposed celibacy rule in this neighborhood. The gay scene isn’t as prominent here compared to the other areas I visited. One
apartment was down the street from not one, but three gay bars. Not that I’m looking to hit up any bars and sample the meat market. The idea of being with anyone other than Jamie absolutely kills me. “And I’m not sure if this is a plus or a minus for you,” the realtor continues, “but the owners told me they’re planning on selling in a year or two. If
you’re already living here and looking to invest in real estate in the city, you’d be in a great position to buy this place.” I frown. “What if they decide to sell earlier and I’m not interesting in buying? Will I have to pick up and move?” She shakes her head. “You’ll be signing a one-year lease. You’re guaranteed the place until the lease is up.” Fuck it.
“I’ll take it,” I tell her. Because honestly? I’m tired of apartment hunting. I just need a place to sleep. Doesn’t matter where. Either way, my heart won’t be in it. My heart is back in Lake Placid. Or maybe it’s in California. It goes wherever Jamie Canning goes. I feel like such a shit for walking out on him like that. But I’ve never been good with
goodbyes. Which just proves I’m as immature and thoughtless now as I was four years ago. I cut him out of my life back then too. I guess that’s my “thing”. I really am an asshole. Oblivious to my self-hatred, party of one, the realtor’s face lights up. “Wonderful. I’ll draw up the paperwork this evening.” Five minutes later, I step out of the glass
lobby onto the sidewalk, breathing in the warm July air. There’s a streetcar stop a block away, so I shove my hands in my pockets and head toward it. I just want to get back to my hotel and spend the rest of the day doing nothing, but as I climb onto the streetcar, I decide against that. I can’t keep wallowing in misery. Canning and I are over. And in a
few days, I’ll be immersed in training, which won’t leave me much time to explore my new home. I grab a late lunch at a small café overlooking the lake, then wander around for a bit, slightly amazed by my surroundings. The streets are so clean, and the people are so damn polite. I can’t even count how many times I hear the words “excuse me” and
“sorry” and “thanks so much” in the two hours I spend exploring. Eventually I go back to the hotel, where I take a quick shower before tackling the next item on the day’s to-do list. Email agent—check. Find apartment—check. Next up is a phone call to my father. Gee. Can’t wait. I dial my home number, then sit at the edge of the bed, already
dreading hearing the sound of his voice. But my mom is the one who picks up the phone. “Ryan, how nice to hear from you,” she says in her crisp, emotionless tone. Yeah, I’m sure she’s thrilled. “Hi, Mom. How’s everything in Boston?” “It’s lovely. I just walked through the door, actually. I was meeting with the historical society tonight. We’re
talking with the city about restoring the old library on Washington.” “Sounds fun.” As if. “Is Dad around?” “Yes. Let me ring him on the intercom for you.” Yup, our house in Beacon Hill has intercoms in every room, because that’s how rich people roll. Who has time to walk into another room and hand someone a phone when they’re so busy
counting their piles of money? My father comes on the line a moment later, greeting me coolly. “What is it, Ryan?” Hello to you too, Dad. “Hey. I just wanted to talk to you about the Sports Illustrated interview.” He immediately goes on guard. “What about it?” “I’m not going to do it.” I pause. When he doesn’t respond, I hurry on. “Rookie seasons
are too unpredictable, Dad.” “I see.” His tone is clipped. “And this has nothing to do with you wanting to hide your…activities…from the magazine?” “It’s not about that,” I insist. “I can’t have a reporter following me around for a whole year, especially if that year ends up being a bust.” I clench my teeth. “As for my activities, you don’t have to worry
about that. As of this moment, it’s a non-issue.” “I see,” he says again. “Then it was a phase. ” He sounds smug. Yes, Dad. My sexuality is a phase. Who I am, to my very core, is a phase. Bitterness clogs my throat, threatening to choke me alive. I can’t deal with him right now. Or ever. But especially right now. “Anyway, I appreciate the
opportunity, but the interview won’t be happening. Please thank your friend for me.” I hang up without saying goodbye, then bolt to my feet, resisting the urge to hit something. Am I a bad person for hating my parents? No, for loathing them? Sometimes I feel like I’m going straight to hell for the thoughts I harbor. Biting the inside of my cheek, I
glance around the suite. I guess I can watch some TV. Order room service. Do something to distract myself from thinking about Jamie or my parents or my fucked-up life. But it feels like the walls are closing in on me. I need to get out of this room. I need to get out of my head. I grab my wallet and keycard, tuck them in my pocket, and hightail it out
of the hotel. Once I’m on the sidewalk, I falter, because I honestly don’t know where the hell I’m going. I consider ducking into the bar across the street for a drink, but I’m scared I won’t stop at one. My first night in Toronto, I got blackout drunk, alternating between kneeling over the toilet puking my guts out, and curling up on my bed missing Jamie.
I refuse to make that a habit. I start walking. It’s eight o’clock on a weekday, so stores are still open and the sidewalks are crowded. Nothing or no one catches my interest, though. So I keep walking. And then I walk some more, until the neon sign of a storefront in the distance snags my attention. The tattoo parlor beckons me like a light at the end
of a tunnel. I find myself walking toward it without really thinking about it, and suddenly I’m in front of the door. I’ve been considering getting this done for a while now, but it felt too cheesy. Now, it feels bittersweet. And fitting. I hesitate for a beat, then study the store hours posted next to the door. The shop’s closing at nine. It’s eight-twenty
now. Chances are, it won’t be enough time for the artist to see me, but I’m nothing if not impulsive. A bell rings over the door as I stride inside and approach the longhaired guy behind the counter. He’s in a black wife-beater, leaning back in a swivel chair with a magazine in his lap. His neck, arms and shoulders are covered in ink. “Hey,” he says
easily. “How can I help you?” “Do you take walk-ins?” I ask. “Yep, but it depends on what you’re getting done. Bigger pieces require multiple sittings.” He gazes at the tats peeking out of my sleeves. “But you probably already knew that.” I look around, examining the photos plastered all over the walls. There are some incredible pieces up there.
“Did you do all these?” “Damn right I did.” He grins. “Are you looking for a custom piece?” “No, just something simple.” I hold up my right wrist. “One line of text here.” “I can do that for you no problem.” He rises from his chair and sets the magazine aside, then talks prices with me. It’s affordable, and I feel an instant trust toward the guy, so
when he says, “Why don’t you come on back?” I follow him without any further questions. He leads me through a dark curtain into a workspace that’s clean and uncluttered. That’s a good sign. “I’m Vin,” he says. I arch a brow. “Is your last name Diesel?” He snickers. “Nope. It’s Romano. Vin’s short for Vincenzo. My family’s Italian.” “I’m Wes.”
We shake hands, and then he gestures to the chair. “Have a seat.” After I sit down, he rolls up his sleeves and asks, “So what text do you want inked?” I reach into my pocket for my phone, tapping on the screen to pull up the note I’d left in my notepad app. I find it, then hand him the phone. “Those numbers exactly.” He studies the screen. “You
want it as numerals or spelled out?” “Numerals.” “How big?” “Half an inch maybe?” Nodding, Vin grabs a sketchpad and scribbles down the numbers before handing the phone back. His pencil flies across the pad as he sketches something. A moment later, he holds up the page. “Something like this, maybe?” I nod. “Perfect.” “You’re easy to
please.” With a grin, he quickly bustles around to prepare his station, grabbing supplies from a nearby cupboard while I scrutinize his every move. I’m pleased to see that the medical-grade needle he brings over is packaged, which means this shop is disposing of the needles after every use. Vin settles in front of me. He snaps on a pair of latex
gloves, takes the needle out of its packaging, then reaches for the tattoo gun. “So where is it?” he asks. I wrinkle my forehead. “Where’s what?” He swipes disinfectant over the inside of my right wrist. “Those numbers…they’re longitude and latitude, right? Coordinates? Where would I wind up on the map if I looked them up?” “Lake Placid,” I say
gruffly. “Huh.” He looks intrigued. “Why Lake Placid? And feel free to tell me to mind my own business, if you want.” I swallow. “No, it’s fine. The place means a lot to me, that’s all. I spent the best summers of my life there.” Page 23 Vin pours black ink into one of the plastic cups on the tray in front of him. “I hate the summer.” I can’t help but
grin. You’d think someone who deals with the frigid Canadian winter for half the year would welcome the hot weather. “Why’s that?” “Because it always ends.” He lets out a glum sigh. “We get, what, two, three months? And then it’s gone and we’re back to shivering in our long johns. Summer’s a total cocktease.” He shrugs, repeating himself. “It
always ends.” He’s right about that. Summer always ends. 36 Jamie I am nailing this interview. That’s not me being cocky—it’s just the truth. My potential boss, Bill Braddock, is about forty years old, and a good guy, too. I can tell already. We’ve just spent forty minutes nerding out about the best methods for training forwards to be more
responsible defensively. When Bill talks strategy, his eyes light up. I want this job. I really do. “Sorry,” Bill says. “I got us off track again.” “That’s quite all right,” I answer. “This is the crux of it, right? Teaching kids to relax so they can defend their zone effectively.” He nods enthusiastically. “How did you learn to be so calm, anyway? I’ve seen
your tape.” “Ah.” I chuckle. “I’m the youngest of six kids. I was born into mayhem. It’s all I know.” I’ve got Braddock laughing now. He actually slaps his own knee. “Priceless. Was it ever a drag?” “Sure. When you have six kids, you’re always losing one. And when you’re the youngest, it’s usually you. I remember standing in the cereal aisle of the
grocery store, trying to decide between Cheerios and Chex. I’d look up and everyone would be gone. Once they left me at a rest stop outside Lake Tahoe. At least they only got fifteen miles away before they realized I wasn’t in the car.” Bill is red-faced from laughing. “How old were you?” “Seven? Eight? I don’t know. But I knew not to panic.”
“Incredible.” He chuckles, then reaches a hand across the desk. “Come to work for me, Jamie. I think we’ll get along great.” I lean in for the handshake. “I’d like to do that.” “It’s a big decision, you can take the weekend…” Now I shake my head. “I want to coach. I don’t need the weekend.” He sits back, his expression telling me he’s impressed.
“Well, all right then. Can I hook you up with a rental agency? Housing is going to be a little tricky. Toronto is expensive. We pay our coaches what we can, but nobody’s getting rich…” “Yeah, I’m going to need to sort that out.” For the first time in an hour, I think of Wes. He might be only a few miles away right now, looking for an apartment, too. I
need to speak to him—I’ve already decided that. But then I’ll have to find a way to put him out of my mind. I don’t want to always be looking for his face when I walk down the street. Moving on is going to be hard. I stand up and offer my hand one more time. Bill shakes it, still smiling as if he’s just won the lottery. At least I’ll be working for a good
man. I’m hoping that means good things about this organization, too. “Let me know how I can help you get settled in,” Bill says, rising from his chair. “I mean it. Shoot me an email if you have any questions about neighborhoods or whatever.” “I’ll do that.” Five minutes later, I’m outside again on the streets of Toronto, loosening the tie I’d worn to
my interview. I missed lunch today, so I take a seat at an outdoor cafe on Lakeshore and order a wrap sandwich and iced coffee. Toronto is a nice place. A big city, too. Somehow I have to find Wes today. I tried calling him this morning after I got off the plane, but his number has been disconnected. At first I’d panicked, thinking he’d gone to great
lengths to shut me out. But when my phone carrier sent me a text explaining the international charges I was racking up in Canada, I realized Wes had probably switched to a Canadian carrier. That has to be it, right? Either way, I need another plan for reaching him quickly. I could go to the rink, but I doubt they’ll let me just waltz in. And even if
they do, Wes might not appreciate it… My phone rings, startling me, and for a second my heart leaps. But of course the caller isn’t Wes. The phone says HOLLY. “Hi there,” I answer, trying to keep my tone light. We haven’t spoken since our awkward evening in Lake Placid, but I’m really hoping she meant what she said about us still being friends.
“You’ll never guess where I am right now.” She laughs, and the sound is comforting. “Not Detroit, then?” “Nope. Toronto. I’m taking a coaching job.” “Really? That’s great, Jamie. I’m so proud of you. Glad you went with your gut.” My heart swells a little. Everyone likes to hear they’ve done well. “Thanks. It’s going to be an adjustment. Canadian
money is funny looking.” Holly giggles. “Why Toronto? Are you going to tell me about your mystery woman?” “Um…” Ouch. “Not sure if that’s going to work out. And I’m not too happy about it.” “Oh honey.” There’s genuine sympathy in her voice. “I’m sorry. Why not?” The waitress drops off my food, and I take a moment to thank her. “So,” I say,
glancing over my shoulder. I’m alone and outside, which is why I answered my phone in the first place. “Here’s something that will crack you right up.” I need to tell someone. And Holly will keep my secret. She’s a good friend. “What?” “My mystery woman? There isn’t one. I was seeing a guy.” There is deep silence for a moment. “Really?” She
sounds incredulous. “Really. Apparently I’m, um…” I’ve never said it out loud before. “Bisexual.” There. That really wasn’t so hard. “I’m… Wow,” Holly says. “I didn’t see that coming.” “Me neither.” I laugh. “It’s been a really interesting summer.” “Who is he? Wait—that friend from the hotel! And the rink in Lake Placid! Ryan somebody.” Well,
fuck. I forgot that women are so weirdly intuitive. “Holly, you can’t tell anyone. It doesn’t matter so much to me, but it could really hurt him.” Her sigh is loud in my ear. “I won’t tell a soul. But…he dumped you? I’ll kill him.” Now she has me smiling. “You are the best. Have I ever told you that?” “Eh,” she sighs. “I have my moments. Hey, now I can
stop trying to figure out what sort of girl you’d fallen for. Wondering what she had that I don’t was really taking up a lot of my free time. Now at least I know the answer—a dick.” I burst out laughing. “Damn, Holly. It’s good to talk to you.” “Likewise.” When we hang up, there’s still a smile on my face. I eat my lunch thinking of all the crazy things
I’ve done these past six weeks. And one memory in particular solves the problem of finding Wes. I flag down the waitress and pull out my phone. I have an app to download. 37 Wes My first practice is brutal, but that’s how I like it. Coach Harvey starts us off with a crossover drill designed to strengthen our ability to accelerate on curves, and it
only takes five seconds for me to fully grasp that I’m in the big leagues now. Nope, you’re not in college anymore, Dorothy. This is a whole new level of intensity, and I’m sweating my balls off as I weave in and out of traffic, changing directions on Coach’s whim. Pushing myself to keep up with players who’ve trained together for much longer than the
five minutes I’ve been with them. And it just picks up in intensity from there, but I’m cool with that. This is all I have. This is the choice I’ve made. Playing the best hockey I can will be the focus of my life for the next several years. By the time we’re done, I’m so sweaty there’s steam rising from the inside of my helmet when I finally pull it off. My
legs are like jelly as I walk down the chute into the locker room. “Good hustle out there¸ man. You’re gonna make a good addition,” my teammate Tomkins says. He’s three seasons in and doing well, so I’m pleased to hear him say it. “Thanks. I’m happy to be here.” And I am. Mostly. After a shower, I get dressed and leave the rink. I’m tired, and I
don’t need to be social anyway, because there’s a team dinner starting in two hours. I check my phone for calls, but there aren’t any. The Brandr app has a new notification, though. That’s weird, because I haven’t messaged a soul since I came to Toronto. I’ve been a good boy. In fact, I should really just delete the fucking app. Lead me not into
temptation, and all that. But I read the notification anyway, just in case it’s from someone I actually know. There’s a message from a brand new profile, with a thumbnail picture I don’t recognize. My thumb hovers over the delete button when the sender’s name sinks in. The message is from PurpleSkittle. And when I open it, his location is clocked
at 3.3 km away. There’s an instant shimmy in my chest. Jamie Canning is in Toronto. I steel myself as I open the message, because he’s got to be so angry at me. But it’s for the best. Wes—I need fifteen minutes of your time. I’m going to take this coaching job, and there’s something I want to say. We’re going to share a city. It’s a big one, but still.
Tell me where we can meet. I don’t care where—Starbucks or whatever the Canadian equivalent is. Do me this favor. J. I am responding before I even think it through. I tell him yes. Not because it’s the right thing to do, but because I’m powerless to say no. A coffee shop isn’t the best idea, though. Too public. So I ask him to meet me at the empty
apartment I’ve agreed to rent. The real estate agent had asked me if I wanted to get in there to take measurements. That’s a thing, apparently. I’d told her yes, and she’d left me a key at the front desk. Now I’m racing there. The concierge gives me the key and I tell him I’m expecting someone to look at the place with me. He promises to send him
right up. I ride the elevator with a hammering heart, and when I open the door to the apartment, I look at it with new eyes. It’s too much space for one guy. I should have looked for a one-bedroom. Jamie is going to look at this place and think I walked away from him so that I could have a big NHL lifestyle. As if I give a fuck about the perks. But the
granite countertop and the cherry wood floors laugh at me. This is what you wanted. I’m supposed to be here taking measurements, but I haven’t even brought a measuring tape. And it’s not the apartment I need to measure—it’s the size of my balls. Jamie is on his way here to tell me I’m a fearful asshole, and I really can’t argue the point. When the
knock comes, I’m not ready. But I man up and open the door, and he walks through in a fucking suit and tie, looking hot enough to scorch me. I back up instinctively, because I cannot touch him. I’ve never had any willpower where Jamie Canning is concerned. And I’m done sending him mixed signals. I can’t do that to him anymore. “Hi,” he says
cautiously. “Nice place.” I shrug because my mouth is too dry to speak. His big brown eyes take in the room, which gives me a minute to admire this man I love, maybe for the last time. His face is tan, and his hair has been trimmed. I know exactly how soft it feels sifting through my fingers. And I know it’s really a million different colors up close.
My ass hits the kitchen counter, and I almost stumble. “You okay there?” he asks. I nod, helpless. This is so hard. But I brought it on myself. I rest a hand on the granite countertop, and its cool temperature steadies me. “Well, there’s something I came here to say, even though I know you don’t want to hear it.” Jamie’s eyes search me, but I don’t
know for what. I’m done being a jerk to him, and I can’t show him how I really feel. That leaves me mute. That’s the best I can do. “I don’t know what you think happened this summer,” he continues, fitting his hands into his trouser pockets. If this coaching thing doesn’t work out, he should try becoming the CEO of a company somewhere. Because
he really rocks the look. “In fact, I’m sure you’ve invented a lot of bullshit in that stubborn head of yours. You think you’ve corrupted me, or manipulated me, or some shit.” My face is hot now. Because I do think that. “You think that I was just playing around. Taking a walk on the wild side. You think I’m just going to—” He brushes his hands
together as if dusting them off. “—go back to girls. Chalk this up as an experiment.” Yeah, I think that, too. “That’s not what happened, Ryan. Not for me. What happened is that I got my best friend back for a little while, and I also fell for him.” His voice thickens. “I’m not just saying that. I fucking love you, and I know that’s inconvenient. But I
didn’t get a chance to tell you in Lake Placid, so I’m telling you right now. Just in case we can ever get more than a summer. I love you, and I wish things were different.” There’s pressure in my ears, and the world goes a little blurry. I find myself sinking down toward the floor, my back sliding along the expensive wood cabinet, my ass hitting
polished cherry. My eyes are wet, so I look out the window. I see blue. That fucking view. It’s beautiful, and I just don’t care. Because nothing is as beautiful as the man who just told me he loves my fucked-up self. “Wes.” The voice is soft, and it’s coming closer. I hear the rustle of a suit jacket being removed. A few seconds later, Jamie seats himself
on the floor beside me. In my peripheral vision I see muscular forearms jutting from rolled-up shirtsleeves. He links his hands around his knees and sighs. “I didn’t mean to upset you,” he says quietly. “But it needed to be said.” He’s right there. The clean scent of his shampoo and the warmth of his elbow against mine are overwhelming. I’ve missed
him. So fucking much I’ve been walking around with a hollow chasm in my chest where my heart used to be. But that gaping hole is full again. My heart is back, because Jamie is here. And he fucking loves me. My next breath escapes as a shudder. “I can’t choose,” I grind out. “You’ve already chosen, and I understand why…” I give my head a
violent shake. “No. I mean it—I can’t choose. I won’t choose between you and hockey. I want both. Even if it’s a disaster.” I look at Jamie again, finally, just in time to see him wince. “I do not want to be the reason your NHL career doesn’t work out,” he says vehemently. “I get it, Wes. I really do.” There’s a tear running down my face and I don’t
even care. I scoop Jamie’s hand off his knee and kiss it. He feels so fucking good. “Sorry,” I choke out. “We’re going to have to work something out. I love you, goddamn it.” His breath hitches. “Yeah?” “Fuck yeah. And I’m not letting you walk out of here.” “Ever?” he teases, squeezing my hand. “That’s one way to prevent gossip.” I sigh. “We
need a strategy. I have to stay out of the newspapers as long as I can.” “But, see, that’s why—” “Quiet, baby,” I murmur. “Let me think for a second.” We can’t lie forever to save my career—that isn’t fair to Jamie. Maybe he hasn’t thought it through, but I’ve been gay a long time and I know how much the closet sucks. “I need to be sneaky until
next June,” I finally decide. “But that’s it. And that’s only if Toronto gets pretty far in the playoffs. Just one season.” “And then what?” I shrug. “Then you can be my date at the next team barbecue or what-the-fuck-ever.” Jamie chuckles, but I’m dead serious. It only took one look at him today to realize I can’t keep the parts of myself in separate
drawers. It was never going to work. “What if something happens before June? I mean…” He sighs again. “I can’t lie to my family. I can ask them to be discreet, and they’ll try. But I’m not kidding when I say that I don’t want to be your downfall. Think hard about how much risk you’re willing to take.” “You’re worth it,” I whisper. Fuck, I’m worth it.
My change of heart isn’t pure generosity. If Jamie is brave enough to walk in here and tell me he loves me, I’ve got to take some chances, too. “I’m going to have a talk with the PR department. I’m going to warn them.” His hand tightens on mine. “You can’t be serious.” I turn my head against the little wooden wall where we’re sitting. “I’m dead
serious. It’s my life, and yours. I’ve loved you for years, babe. If the NHL can’t deal with it, then that’s just the way it is.” Jamie’s expression softens. “That will be a really bad day, though.” “No. A bad day is you giving up on me.” I rake one hand through my hair, and he suddenly captures my wrist, his brown eyes narrowing. “When did you get this
done?” He’s looking at my new tat, and I feel sheepish as I answer, “Couple days after I left camp.” Rough fingertips skim the line of black ink. “What are these coordinates for?” I’m not surprised he’s figured it out. My man is smart. “Lake Placid,” I tell him. His eyes lock with mine. “I see.” He clears his throat, but when he speaks again, his voice
is still lined with gravel. “You really do love me, huh?” “Always have.” I swallow hard. “Always will.” It’s not clear who moves first. But a second later our lips brush, then press together. I moan even before Jamie’s tongue parts my lips. I kiss him hard, and he gives as good as he gets. Page 24 Time slips. Once we start kissing we don’t stop. My
lips are swollen and I’m so hard it’s painful. But this isn’t about sex. Each kiss is a promise of more to come. I know we need to stop. There are plans to make, and there’s a dinner I have to get to, but each time I tell myself that this is the last kiss, I go back for one more. And then one more. I pull back eventually. “You have to live here,” I blurt out.
“Wha?” Jamie says, looking dazed. His cheeks are flushed and I’ve tousled his hair. “A twenty-two-year-old rookie might have a roommate, especially an old hockey friend. It would actually be weirder if you were coming and going all the time.” He smiles, and I think he’s going to make a joke about coming and going. “Did you just ask me to move in
with you?” “Well…yeah. Would you?” Jamie’s eyes sweep the room. “I can’t afford this place.” I’m already shaking my head. “That is not going to be an issue. You can pay the utilities or some shit.” “I can’t…” “Yeah, you can. Consider it a gift for putting up with ten months of hiding.” “I can’t pay nothing.” “Fine. Contribute what you would
otherwise budget for rent money.” I stand, offering him a hand. “Come on, let’s have a tour.” I don’t want to talk about money. Fuck that. Jamie takes my hand and follows me to the little hallway off the kitchen. “We’ll put a bed in this room, but it’s not going to be our room. You can have a desk in here, though, if you need one for your job. It will
give you a place to work.” This all seems so easy now. Toronto just became a place I really want to be. “And this is our bedroom.” I walk him into the big room, which is slotted into a corner of the building. “See how private? When we fuck, nobody can hear us.” I risk a look at Jamie, and his eyes are molten. Fucking hell. Shouldn’t have said that. I’m
hard, and there’s no time to do anything about it. “Wait. What time is it, anyway?” He checks his watch. “Six.” Shit! “I have to be at this restaurant in a half hour. And my hotel is on the other side of town…” I look down at what I’m wearing. Track pants and flip-flops. Great. I’m going to be late for my first team event. Goddamn it. I chuckle, because
it’s either that or cry. And I’ve already done the latter today. “Babe, do you want to wear this?” Jamie indicates his suit. “Really?” He shrugs. “You don’t have to, but…” “Let’s try it.” I laugh, because this is crazy. But that’s what happens when he and I are together. Crazy happens. And we are just about the same size. Jamie’s waist might be a
little wider than mine, but he’s wearing a belt. He’s looking down at himself, doing the same math. “What size are your feet?” “Ten and a half.” “I’m eleven,” he says. “Close enough.” We’re grinning like idiots as we strip off our clothes in the big empty bedroom. Jamie is down to only his dress socks, and I groan at the view. “I hope this dinner
doesn’t last too long. Will you stay with me tonight at the hotel?” He licks his lips. “Sure. But you’ll have to tell me where that is.” He passes me his shirt and I put it on. It smells like him. I’m going to be horny all evening. The best kind of torture. We make the switch and I don’t look half bad. The jacket shoulders are a little wider than I’d wear
them, but fuck, who cares. “I forgot something.” “What?” I work on tying Jamie’s tie, but there’s no mirror, so it’s slow going. “That night we were making the list of benefits of being gay? Borrowing your boyfriend’s clothes.” Clucking his tongue, he pushes my hands out of the way and straightens the knot. “You look hot in my suit.” “You look hot

in anything.” He reaches down and squeezes my dick through the wool trousers. “You get a blowjob later, just for saying that.” I groan. Then I have a thought so evil I almost can’t say it with a straight face. “Tonight, I want you in nothing but my Toronto jersey.” Jamie sputters with laughter and gives my cheek a fake slap. “You ass. I’m not your puck bunny.” “Please? I’ve never fucked a puck bunny. This is my only chance.” He wraps his arms around my body and squeezes my ass. I receive a single, bruising kiss before he steps back. “Now give me your hotel key and go to your dinner already. No more lip.” When I step out onto the sidewalk a few minutes later, I’m a little dazed and walking carefully in shoes that are slightly too big. And I’ve never felt better in my life.

38 AUGUST Wes At the end of my first week of training camp, Coach Harvey shifts the lines around and puts me in the second line with Erikkson and Forsberg. The latter led Chicago to a Stanley Cup win three seasons ago before being traded to Toronto. The former was tied for highest-scoring offensive player last season. And then there’s me—Ryan Wesley, wet-behind-the-ears rookie, skating with two goddamn legends. It’s a promising sign, because that means they’re seriously considering me for the roster this season, instead of sending me down to the farm team for more development. Our shift lasts two minutes, and just before Coach shouts for a line change, I slap a one-timer past the goalie (another former Stanley Cup champ) and accept a vigorous back clap from Erikkson, who’s grinning behind his facemask. “Shi-it, kid, that was a beauty!” The praise warms me up inside. And I’m even giddier when I notice Coach nodding in approval from the bench. “You’ve got solid instincts,” he tells me when I heave myself over the boards a moment later. “No hesitation. I like that.” Is hearing that good for my ego? Damn right it is. These past two weeks, I’ve learned that praise from our head coach comes about as often as a solar eclipse. But even though he pushes us hard and is tough as nails, he’s a nice guy when we’re not on the ice, and the man sure knows his hockey. Forsberg sidles up to me as I head down the chute, ruffling my hair like I’m a five-year-old. “You’re fast, Wesley. Keep showing off that speed in practice, okay? I want you on my line.” My heart does a crazy somersault. Jesus Christ. How is this my life? But my good mood doesn’t stick. I’m scheduled to meet with one of the team publicists in thirty minutes, and depending on how that goes, practice might not be the only thing that’s over today. My career might end, too. Before it even begins. I haven’t changed my mind, though, no matter how many times Jamie has urged me to reconsider. I’m not giving him up. This next year might be tough for us, especially if my publicist goes all fire and brimstone on my ass to keep the relationship under wraps. But I know we can weather through it. I love Jamie. I’ve always loved Jamie. And now that I know he feels the same way, I can’t wait to see him again. To live with him again. After accepting the coaching job and informing Detroit of his decision, Jamie went back to Lake Placid for two weeks. He told me this plan when we were lying in my hotel room after sex. And even in that blissed-out state, I’d thought it was a terrible idea. “Don’t go,” I’d argued. “I just got you back.” Smiling, he’d kissed me. “We can’t get into the apartment yet, anyway. And Pat needs the help. Plus, this means you can focus all your energy on impressing your coach.” I miss the hell out of him, but I’ve done what he suggested. All I do is practice and talk to him on the phone at night. My lease on the condo began three days ago. I went shopping for the essentials—a king-sized mattress and a giant flat-screen TV. But that’s all I’m buying until Jamie comes back next week to help me pick everything out. Actually, I found an armchair on the curb yesterday and hauled it upstairs. But when I set it in front of the living room windows I noticed that it wobbled. I snapped a pic of the chair and texted it to Jamie with a note about finding it outside. His response was fast and furious: It has to go! People throw shit out for a reason! I bet you someone died on that chair! Tonight’s agenda: getting rid of the death chair and going grocery shopping. Look at me being all domestic. I’m kinda digging it. After I’ve showered in the locker room and changed into my street clothes, I walk toward the elevator bank at the far end of the training arena. The PR guy agreed to meet me in the upstairs offices, saving me from having to trek to the team’s head offices on the other end of the city during rush hour. He waits for me in the corridor when I step off the elevator. I’ve already met him once before. It was after I signed my contract, when he’d given me an info packet about the promotional events I’ll be expected to attend this season. “Ryan,” he says warmly, extending his hand. “Good to see you again.” “Frank,” I greet him as we shake hands. “Thanks for coming down to meet with me.” “Anything for our new rookie superstar.” He grins and gestures for me to follow him. A moment later, we’re seated in a small office with a view of the parking lot. Frank dons a wry look. “Not exactly the lap of luxury here. I can’t even offer you anything to drink.” “That’s fine. I just chugged two bottles of water in the locker room.” “I caught the end of practice. It looks like you’re meshing well with the other guys.” “I think so,” I admit. “Hopefully Coach agrees.” Frank smiles. “Trust me, kid, Hal loves you. I heard that when the coaches were going over the draft prospects, he refused to look at any other centers. You were his first and only choice.” Pleasure shoots through me. Then guilt. Because the thought of disappointing my new coach makes me sick to my stomach. But the thought of not having Jamie in my life makes me even sicker. “So, listen. I had something important to discuss with you,” I start awkwardly. Frank’s expression goes serious. “Is everything okay? Someone giving you trouble?” I shake my head. “No, nothing like that.” A rueful sigh slips out. “If anything, I’m the one who’s about to give you trouble.” He actually laughs. “Gotta tell you, lots of conversations start this way. By now, I’m unshockable, Ryan. Just hit me.” I clasp my hands in my lap to stop from fidgeting. “Frank…the roommate I listed as my emergency contact on my health forms? He’s actually my boyfriend. But, uh, nobody else knows.” He doesn’t even blink. “Right.” Right? Confusion fills my gut as I attempt to make sense of his response. It hadn’t sounded sarcastic, like riiiiiight, sure he is. It hadn’t sounded hostile. It hadn’t sounded like anything. “I’m only telling you this, uh, because it could leak out. I’d never try to bring negative publicity to the team,” I hurry on. “My sexual orientation has nothing to do with my skills as a hockey player. I plan on playing my ass off for this club, and I truly hope that who I date in my spare time won’t affect my teammates’ opinions of me as a player. But I also know the media will jump on this story if it gets out.” Frank is nodding now. “I…” I take a breath. “I mean, I’m living with someone. It’s serious. The only, um, scandal is that he’s a he.” His lips twitch. Fucking hell. Is he laughing at me? I clench my teeth and force myself to continue. “We’re willing to be as discreet as the team needs us to be, but we can’t hide our relationship forever. We shouldn’t have to.” My breath comes out in a rush. “So I figured I’d disclose this information and let you and the team decide what happens next.” Frank leans forward, resting his arms on the desktop. “Ryan.” He chuckles. “I appreciate you coming forward, but…we already knew about your sexual orientation.” I cough in surprise. “You did?” “Son, we have a thorough vetting process for all our draft prospects. The last thing a club needs is to draft a kid in the first round, only to find out later that he’s got a criminal record a mile-long or he’s addicted to pills or has some other skeleton in his closet that might negatively impact the league.” Jesus. So they knew I was gay before they drafted me? How? I voice the troubled thought. “How did you know?” He chuckles again. “Were you trying to keep it a secret? Because from what we gleaned, your college teammates—and coaches—were well aware of it.” I’m…dumbfounded. “My coach told you?” He shrugs like this is nothing surprising. “The coach didn’t want you to hitch your wagon to a team that wouldn’t treat you right. He did you a favor. And like I said, Hal was impressed with you, and not just with the level of talent you bring to the team. You’re smart, discreet, you’ve got a good head on your shoulders. That’s all that matters to him. To us.” “So…” I try to find my voice. “You guys don’t care that I’m involved with another man?” “Not at all.” He folds his hands together. “In fact, I’ve already written the press release for whenever this eventually leaks. The organization has agreed on all the supportive language. We’re ready.” I just sit there, my mind reeling. There’s something tickling the back of my brain about this discussion. It almost sounds as if they’re hoping to issue that press release. “What’s in it for you?” I blurt. He grins. “Faith in our fellow man?” “Bullshit. What does this get you?” Frank opens his hands in a gesture of humility. “Last year we traded Kim to Anaheim, and Owens to Miami. Because we had—” “—too many right-handed D-men,” I finish. Frank nods. “Only Kim is Korean-American and Owens was…” He stares at the ceiling trying to remember. “I forget. But some dipshit sports reporter made a big stir about how we didn’t want to be a diverse team. Someone jumped on that and started a petition that somehow gathered twenty-five thousand signatures.” I can’t believe what I’m hearing. “So you drafted the faggot.” Frank rolls his eyes. “I’ll have to ask you not to use that word, son. It’s not nice.” My groan echoes off the walls of the office. “Please tell me you’re not going to leak my sexual orientation the next time some asshole writes that Toronto isn’t a PC organization. I don’t want to be your pawn.” He grins. “We’re not interested in turning you into a poster boy for gay athletes. We don’t need to invite the circus to town—it always shows up eventually. But we won’t be sending you out to face the media waving a rainbow flag, or ask you to give interviews touting yourself as the ‘first openly gay player in the NHL.’” He air-quotes the headline, chuckling again, and I realize they’ve put a lot of thought into this. And meanwhile, I’ve spent every waking moment since I got drafted worrying about how I would keep it under wraps. “I gotta say, though. If you’re telling me you’re in a committed relationship, I’m doing a happy dance. When the press finally catches on to you, it won’t be some photo of you in a skeezy bathhouse on Jarvis Street. I prefer the visual of you and your boyfriend having a candlelit dinner.” I open my mouth to argue with this bit of cynicism, and then discover I don’t care enough to fight this fight. Toronto is keeping me, even if Jamie and I are outed. That’s all that matters, I tell myself. And the man in front of me is paid to think like a jackass, just like I’m paid to think like a killer. “Is there anything else you wanted to discuss, Ryan?” I blink. “Um...no. That was it.” Frank scrapes his chair back and stands up. “Then I hope you don’t mind if we cut this chat short. I need to speak to Hal before I head home to the wife and kids.” My legs are wobbly as I follow him to the door, where he stops to clap me on the shoulder. “You should come to dinner at our place sometime. Your boyfriend’s welcome, too.” I blink again. What fucking planet am I on right now? He grins at my confusion. “I know you’re new to the city and probably haven’t met a lot of folks yet. And my wife loves to host members of the team. She’ll be thrilled if you came by.” “Oh. Um, sure, then. I appreciate the invite.” We go our separate ways once we reach the lobby. I’m not feeling too steady on my feet as I head outside and walk toward the subway stop. It’s like a huge weight has been lifted off my shoulders, and I’m not sure how to handle the sensation it leaves behind. Lightness, giddiness. Relief. I can’t wait to tell Jamie.

39 Jamie It’s been a long day of coaching. Pat runs a two-week intensive at the end of camp, and we really fill the place up. Since the dorm is jam-packed, the kids who show up stay in condos with their parents. We max out our ice time, and we max out our waking hours. It’s tough, but I love it. I’m on pins and needles all day, though, because Wes has his meeting with the PR guy. So after the last session of the day, I run back to the dorm. This morning I intentionally left my phone in the room so I wouldn’t spend the day checking it. There’s something in front of my door. It’s a FedEx package. When I pick it up, it’s weightless. I unlock the door and push inside my mostly empty room. Pat is still a coach short, which means it’s a good thing I came back to help him. Checking the phone is the first thing I do. There aren’t any voicemails, and the only email is a solicitation for discount sunglasses. So I turn my attention to the package, tearing off the strip at the edge and opening the envelope. A gift box falls out—the same one I recently filled with purple Skittles. I yank open the top and find a piece of paper inside, grinning when I see a single purple Skittle taped to the page. Page 25 It’s the result of recent medical tests on Mr. Ryan E. Wesley, Jr. Every STD known to man is listed there, and the word “negative” appears after each one. He’s scribbled something at the bottom: I was going to fill this box with purple condoms, but then I had a better idea. Annnnd now I’m horny as well as impatient. So I commence pacing the room. When the email program on my phone pings a few minutes later, I yank it out of my pocket to read the message. But it’s not from Wes. Dear Coach Canning, I can’t believe that I didn’t get to finish the session with you. I’m still not speaking to my father, either. Working with you has been the best summer of my life, and I’m pissed that it ended on a bitter note. My team for this year is the Storm Sharks U18. Here’s the link, just in case you were ever curious about my stats. I think they’re about to improve, and it’s all because of you. Sincerely, John Killfeather, Jr. I read the email twice. And then I read it one more time. It doesn’t say a thing about Wes and me, and there aren’t any slurs. Just a kid who wants to play hockey, and knows enough to say thank you to the people who’ve tried to help him. Damn, I’m proud of this email. And I feel just a little more optimistic about life than I did five minutes ago. I tap out a quick response, because I sure don’t want to forget. Killfeather—you are an amazing goalie and it was my pleasure to work with you this summer. Of course I’ll check out your stats as the winter progresses. You’re going to rock this season. Sincerely, Jamie Canning Then I go back to pacing and worrying about Wes. What if they show him the door, and I’m not even there for him? And where in Lake Placid can I get a blood test, like, tomorrow? When my phone rings, I jump about a foot, then hurriedly swipe to answer. “Hey babe! You okay? What happened?” “Yeah, I’m okay.” His husky voice slides into my ear and wraps around my heart. I can hear that he’s out on the street somewhere, and I wonder what he’ll be able to tell me. “Damn, I wish you were here right now,” he says. I brace myself. “I’d take you out to this Italian restaurant on Queen Street that the guys love. I’m starving and I want to tell you every word of the trippy conversation I just had.” I’m practically dizzy with stress right now. “What kind of conversation?” “The good kind,” he assures me. My heart rate drops one notch, but I’m still afraid to be hopeful. Because it seems impossible to believe a high-profile NHL team would shrug off Wes’s confession. None of this computes. “But… wouldn’t we avoid the places where your team likes to eat?” I ask slowly. “You know that means people will see us, right?” “Yeah, but some day soon that’s not going to matter.” “Really?” I want a guarantee. I want a notarized document. I want a Valium. Or a blowjob. Or both. “I’m having a really good day,” Wes whispers. My blood pressure drops again. “I’m glad,” I whisper back. “I love you,” he adds. “I know.” Wes laughs in my ear, and the happy sound of it is what convinces me we might be okay.

40 Jamie On a Friday in mid-August I move in to our apartment. Though “moving in” requires air quotes, because we don’t own much of anything. Earlier in the week Wes ordered a couch—a macho leather thing, if I’ve understood the description correctly. It seems his taste runs to “early man cave,” and I can’t say I mind. He also picked up three bar stools for the kitchen island, which means we can put off worrying about an actual table. Last night, after round one of our I-missed-you-so-much sexual marathon, Wes made a show of going to the grocery store, but he only came back with chips, dip and beer, which means I need to go back again and buy actual food. I may not have mentioned to him yet that I’m a pretty good cook. Wes seems prepared to survive on take-out, and in Toronto that’s easily done. I’m going to have to acquire some pots and pans and blow his mind one of these days. That sounds like a whole lot of fun, actually. Meanwhile, we blew each other’s minds (and other parts) in our new bedroom last night. Then we passed out and slept for nine hours in our brand new king-sized bed. Now it’s Saturday, and there’s still plenty to do. This morning, after breakfast at a diner, I drag Wes around Toronto for a few more necessary items. By the time we finally get home, Wes is in a state of agitation. I’m pretty sure I’m going to have to calm him down with a blowjob. “That’s three hours of my life I’m never getting back,” he fusses as we walk in. His words echo, because our apartment is still awfully bare. The reason for Wes’s bad mood is the fact that shopping took three hours, because we’re just a couple of jocks who don’t know one store from another. We went into four stores before we found one that didn’t look like the Queen of England was planning a visit. That’s where we picked out a rug and coffee table, which we bought. But the place didn’t stock coffee makers, so we had to keep shopping. “Good coffee is non-negotiable,” I told him while he grumbled. But after I chose a dual drip/espresso machine with an integrated grinder, I started checking out the towels. That’s when Wes lost it a little bit, and I gave up and brought him home. “Oh, the irony,” he moans, kicking off his shoes. “My boyfriend dragged me to a fucking mall.” “You’re right,” I say drolly. “That trip was entirely gratuitous. Who needs towels? We can just air dry.” Grumpy Wes stomps into the bedroom and I follow him, because it’s one of two functional rooms in our place. I set down the coffee maker and watch while he throws off his shirt and climbs onto our giant bed. “Would you please get over here?” he whines. “It’s an emergency.” “It’s a good thing you’re so attractive,” I mutter as I ditch my shoes. “I had no idea that stepping into a store turned you into cryin’ Ryan.” I walk over to the bed where a shirtless, ripped man lies waiting for me, his expression burning up with lust. “It doesn’t usually,” he mumbles. “But we have a situation.” He grabs my hand and tugs. I climb onto his body, leaning down to tongue his nipple, and he moans. “What kind of situation?” I ask between licks. He lets out a shaky breath. “I thought it would be fun to wear a plug out to breakfast today. That way you could fuck me when we got home…” My eyes snap up to his. “Seriously?” He nods, his expression miserable. “But then you said, ‘Let’s just look at a couple of rugs.’ And that was, like, hours ago. Every time I walk across another store, this thing massages my prostate. If you don’t fuck me in the next five minutes I’m going to explode.” I’m speechless. But my dick has plenty to say. I’m already hard at the idea of Wes being prepped and ready for me. I drop my mouth onto his and he moans again. My tongue glides across his piercing and we’re off to the horny dog races. We kiss as if there’s a meteor heading straight for the Toronto metropolitan area. Wes’s eager hands roam my ass while I suck on his tongue. His eagerness is like a drug, and I want hit after hit. I can feel how hard he is, even through all of our clothes. He wants me to fuck him, and he’s all primed and ready? “Mmm,” I moan into his mouth. Sexiest fucking thing I ever heard. That’s when the doorbell rings. “Hold that thought,” I say, pushing up on one arm. “Nooooo!” Wes lifts both his legs to trap me in them. “No.” Kiss. “No.” Kiss. “Don’t even think about it.” Pinning his hands to the quilt is easy, because he’s horny to the point of distraction. “Stop it, baby. It’s the couch delivery. We’re paying seventy-five bucks for them to show up on a Saturday.” “I hate you,” he says, but he releases me. “I can tell,” I argue, squeezing his hard dick as I climb off him. He moans one more time, cursing me, the sofa and also the universe. I close the bedroom door for Wes’s privacy and for my own sanity. I use the intercom to buzz down to the front desk, and I ask the doorman to send the sofa up on the freight elevator. Then I adjust myself and try to think about boring stuff to deflate the tent I’m pitching in my shorts. But there is no boring stuff. I start my job next week, and I can’t freaking wait. Meanwhile, I get to explore this gorgeous city where I’m living with the man whose company I’ve craved since I was thirteen. And moving in together isn’t even scary. If you tally up all the weeks we’d spent at camp over the years, we’ve actually lived together for more than a year already. There’s a whole lot of sex involved now, of course. Everything is different, and yet it’s exactly the same. And it’s a whole lot of fun. When I let the delivery guys in, there are three of them. “Where do you want it?” they ask. “Anywhere over here,” I indicate the living room. “We’re going to have to move it when our rug comes, so it doesn’t matter where.” “Nice place,” the man in charge remarks, cracking his gum. His guys set the sofa in the middle of the space. It’s wrapped in a lot of plastic, so I hope it’s the one Wes ordered. “Thanks.” I sign for the sofa. After they troop out, I close and lock the door, then walk over to the sofa and run a hand along the length of it. “Hey, Wesley!” I call loud enough for him to hear me behind the bedroom door. “Getcha ass out here!” “No!” he counters. I tug my shirt off. Then I drop my shorts. “I’m naked!” That does it. He throws open the bedroom door and speed-walks down the hallway, nude, carrying a bottle of lube. By the time he reaches me, I’m sitting spread-eagled on the back of the sofa like a porn star, stroking myself. Wes spares the couch a single glance. “Dude, my couch is wearing a condom.” I grab his hips and pull him close to me. “I noticed that,” I say, kissing his jaw. “That’s because it knows I’m about to bend you over it.” Wes groans. “Promises, promises.” He slips a hand between our bodies and cups it over my hand. We stroke each other while our kisses grow deeper and hotter. I reach around his body and cup his ass. When my hand finds the toy lodged there, I groan into his mouth. “Do it,” he pants. Everything begins to happen very fast. With a firm grasp, I remove the toy, while Wes slicks up my dick. He yanks me off the sofa’s back and braces himself against it. “Go,” he orders. I come up behind him and grip his hips, the head of my cock sliding between his taut ass cheeks. Just like the other night, I’m floored by the sensation of being skin to skin. There’s no barrier between my throbbing dick and his tight ass, and when I drive deep on the first stroke, we both groan with abandon. “Fuck me,” he demands when I go still. But I’m too busy savoring the incredible feeling of being inside him without a condom. I roll my hips and he growls like a grumpy bear. “I swear to God, Canning, if you don’t move, I’m gonna—” I pull out, then slam right back in. He makes a choked sound, his entire body trembling. “You’re gonna what?” I ask mockingly. Rather than answer, he just moans again. Low, agonized. Shit, he’s desperate for it. I guess I would be too if I’d walked around all day with a plug rubbing on my prostate. I smooth my hand down his strong back, then lean in and plant a kiss between his shoulder blades as I withdraw again. “I like you like this,” I murmur. “That sexy ass in the air. Having you at my mercy. Hearing you beg.” He blows out a breath. “You’re a sadist.” Laughing, I quicken the pace. Three, four frantic thrusts before I slow down again, which draws a strangled groan from his lips. “You need to learn some patience,” I tell him. But shit, I’m teasing myself as much as I’m teasing him. My balls are so tight they hurt, already tingling with the telltale signs of impending release. “Screw patience,” he grumbles. “Wanna come.” “Sulking ain’t helping your cause, dude.” “No? How about this then?” He pushes his ass back against me and starts fucking my cock, fast and greedy. Holy hell. There’s no way I can hold back now. It’s too good. I’m too horny. My fingers dig into his hips as I slam into him, each deep thrust sending me closer and closer to the edge. Our breathing grows labored as our bodies slap together, but I need more. I need… I plant my hands on his chest and tug him up so his back is plastered to me. The new angle makes him cry out in pleasure, and then he twists his head toward me and our lips meet in a scorching kiss that fogs my brain. We’re joined in every way possible. My cock inside him, our tongues fused together, his powerful body straining against mine. I reach around him and grip his erection, slowing the movement of my hips. I jerk him in long, lazy strokes that match the languid thrusts of my cock. “I don’t come until you do,” I whisper. Then I slip my tongue in his mouth and suck on his tongue ring, and that’s all it takes for him to shoot all over my hand. Wes gasps for air. His ass ripples around my cock, squeezing me so hard it triggers an orgasm I feel in the tips of my fingers and the soles of my feet. I give in to it, my arms wrapped around my boyfriend’s strong chest as I come inside him. We’re both unsteady on our feet, so I pull out and tug him onto the couch. He collapses beside me, his dark hair tickling my chin as we lie there recovering from yet another round of spectacular sex. I don’t think I’ll ever get used to how good the sex is. Wes suddenly laughs. “Thank God for the couch condom.” “Wha…” I grin when I realize what he means. “The bareback thing is kinda messy, huh?” “Messy’s fun.” His breath heats my shoulder. “But once the plastic comes off, we should probably lay down a towel or something if we’re going to fuck on this couch.” “If?” The way we go at it, there won’t be a single surface in this apartment we haven’t fucked on. He chuckles again, then releases a contented sigh and nestles even closer. * * * As it happens, snuggling on a plastic-wrapped couch is not that comfortable. So we have a quick shower together, then lie down on the bed. We’re wet, of course, and our hair is dripping. “I’m beginning to see your point about towels,” Wes says as I kiss a drop of water off his shoulder. “Now he gets it,” I sigh, and then hunt for more drops on his taut skin. I lick the barbell in his eyebrow, and the slightly metallic taste makes me shiver. I love having my own personal bad boy in bed with me. Wes strokes a lazy hand up and down my back, and it’s divine. “We need towels, and a plug for you. So you can walk a mile in my horny shoes.” “That was so hot, though,” I concede. “Damn.” He runs a hand through my wet hair. “Glad you liked it. I wanted to make it easier for you.” “What?” There’s something serious in his tone, so I stop kissing him everywhere to look him in the eye. “Easier?” But he looks away. “You know. Easier. When you were with women, it didn’t take them half a fucking hour to prepare for sex.” A chuckle rises in my throat, but I choke it back because his expression is so serious. “How many women have you fucked, Wes?” Sheepish, he holds up one finger. I’m startled for a second, until I remember the summer we were sixteen, when Wes had shown up at camp and admitted to losing his virginity. Getting the dirty details out of him, however, had been like pulling teeth. Now I know why. “Right, one. And you were both too inexperienced to know what you were doing.” I shrug. “Plenty of women need a lot of warm-up time. So I have to call a technical foul here just on rules alone. But also—that’s just not the point. We have a lot of quick and dirty times. That’s what blowjobs are for.” He gives me a weak grin. “Sure. But…” “But what?” “Well, I’ll never be able give you everything you like.” Ah. “Dude, stop. I’m not pining for pussy.” That sounded much funnier coming out of my mouth than I’d expected it to, so we both laugh. “I’m serious, though. I enjoyed women, but I was never in love with one.” Every time I say it, it seems more obvious. And every time I say it, Wes’s face goes soft. “Can you promise me you won’t worry about this? Because there’s no way I can prove it to you, except by having lots of sex with you.” “That works.” His cocky smile is back, and I’m happy to see it. “Good.” I roll over and fit myself against him. “In a little while I have to check my Facebook page.” “Why?” My stomach tightens just thinking about it. “Tomorrow is Sunday dinner, right? So I outed myself to them today.” “On Facebook?” he yelps. I reach back and give his ass a pinch. “Give me a little credit? My family has a private group. It’s just the kids, their spouses and my parents. I didn’t even tell them your last name.” He goes very quiet behind me, but his hand traces lazy circles on my back. “Are you worried?” he finally asks. That’s a fair question. “Not really. They won’t freak about the fact that you’re a dude. But they might be like, ‘Why didn’t you tell us? Is this why you quit the NHL? And why did you leave the country?’ I don’t like to be grilled.” “When did you post it?” “This morning before we went out for breakfast. So, like, five hours ago. It’s one o’clock in Cali right now. They’ve probably seen it.” Page 26 “Go get your phone,” he whispers.

41 Wes I wait on the bed by myself saying an unlikely prayer for Jamie. He is quite possibly the most laidback person I’ve ever met. I love that about him. But it makes him vulnerable. People can be assholes about smaller stuff than their brother having a gay relationship. If anyone has said something ugly to Jamie on that Facebook page, I’ll probably punch something. He doesn’t come back, though. And then I hear a groan from the living room. That gets me on my feet and running through the apartment. I find Jamie perched on the edge of the condom couch, his face in his hands. My stomach lurches. I don’t want this for Jamie. It’s taken me four years to get over my parents’ reaction to my coming out. Hell, I’m probably still not over it. He holds out his phone to me, and I take it with a shaking hand. His Facebook post is pure Jamie: Hi all. I feel like a heel doing this over Facebook, but I can’t reach everyone by tomorrow. You’re all going to discuss me on Sunday, anyway. And in case you think my account was hacked, it wasn’t. As proof I’ll confess that I’m the one who broke Mom’s Christmas tree angel when I was seven. It was death by baseball, but I swear she didn’t suffer. Anyway, I have to catch you up on a few developments. I’ve taken the coaching job in Toronto, and I’ve declined my spot in Detroit. This feels like the right career move, but there’s something else. I’m living with my boyfriend (that was not a typo.) His name is Wes, and we met at Lake Placid about nine years ago. In case you were lacking something to talk about over dinner, I’ve fixed that problem. Love you all. Jamie Beneath the post there’s a selfie that we took yesterday. We’re in our new kitchen, and the groceries I’d just bought are strewn around. Jamie was teasing me about my shopping habits, and I was giving him shit about something. I don’t even remember what. But we’d leaned our heads together, and I’m making the sign of the devil. And we just look so fucking happy, I practically don’t even recognize myself. I scroll down to the comments, and my stomach rolls over in dread. Joe: OMG. Jamester, really? You did not just confess to dating a Patriots fan. That is a sin, little brother. I fear for your everlasting soul. I squint at the picture and sure enough I’m wearing my Super Bowl 2015 Victory shirt. Whoops. Tammy: Joe, you asshole! Don’t listen to him, Jamie. Your boyfriend is hot. And Jess owes me twenty bucks. Brady: I’m going to have to side with Joe on this one. What if football comes up at Thanksgiving? If your boyfriend wants to talk about balls, it’s going to be awkward! Joe: *High fives Brady* Jess: I do not owe you twenty bucks! You said he was moping about a GIRL. Tammy: I said “a relationship.” Jess: *cough* *bullshit* Mrs. Canning: Jess, language! Jamie honey, when are you bringing your boyfriend home for Sunday dinner? And are those Doritos in the background? Is there Whole Foods in Canada? I’m going to look on their website and send you the address. Mrs. Canning: And thank you for telling me about the angel. I knew it was you, though, sweetie. You’ve never been good at deception. Scotty: Jamie, Dad can’t remember his Facebook password. But he says to tell you he loves you no matter what and blah blah blah. That’s when I snort, and Jamie looks up. “They’re pretty ridiculous, right?” “I think they’re…” I have to swallow hard, because I’m so happy for him. “I think they’re great.” He shrugs. “I spent my whole life trying to stand out from the crowd. I swear to God, I could announce I wanted to live my life as a transsexual vampire yeti, and they’d still say ‘Oh, Jamie. You’re so cute.’” It’s a challenge for me to swallow again, but this time because of the massive lump obstructing my throat. As always, Jamie senses my distress. This man knows me, inside and out. He always has. “What’s wrong?” “Nothing’s wrong. It’s just…” I speak past the lump. “You’re really lucky, Canning. Your family loves you. I mean, they really, truly love you, and not just because you’re related by blood and they have to love you.” His brown eyes soften. I know he’s thinking about my family, but I don’t give him the chance to make excuses for my folks. “My mother is a trophy wife,” I say roughly. “And I’m a trophy son. Neither one of my parents ever saw me as anything more than that, and they never will. It…sucks.” Jamie tugs me toward him. “Yeah, it sucks,” he agrees. “But here’s the thing about family, Ryan…blood doesn’t mean shit. You just need to surround yourself with people who do love you, and they become your family.” I sink down on the couch beside him, the plastic crinkling beneath my boxers. He slings one muscular arm around me, then brushes his lips over my temple. “I’m your family, babe.” He takes the phone from my hand and taps the screen. “And these crazy maniacs? They’ll be your family too if you let them. I mean, they’ll fucking drive you bananas sometimes, but trust me when I say it’s totally worth it.” I believe him. “I can’t wait to meet them,” I say softly. His mouth travels along the edge of my jaw before hovering over my lips. “They’re going to love you.” He kisses me, slow and sweet. “I love you.” I rub the pad of my thumb over his bottom lip. “Loved you every summer since I was thirteen years old. Love you even more now.” Our lips are millimeters from meeting again when he says, “I need to know something, and you have to promise to be honest.” “I’m always honest with you,” I protest. “Good. I’m holding you to that.” Those gorgeous brown eyes gleam. “Did you throw the shootout?” I know exactly which shootout he’s referring to. My lips quiver, so I press them together to keep from grinning. “Well?” I shrug. “Wesley…” There’s a warning note in his voice now. “Tell me what happened during that shootout.” “Well.” I hesitate. “I really don’t know. I was terrified to win, because I knew I’d have to let you off the hook. And I was terrified of losing, because I wanted to touch you so bad, and I was afraid you’d figure that out.” His face is full of sympathy, but I don’t need it anymore. It’s water under the bridge now. I lean closer and kiss him on the nose. “So, those last two shots? I hardly remember what happened. I was all—Jesus, take the wheel!” Jamie laughs at me. And then he kisses me. I lock my hands at the nape of his neck and tug him closer. Warm skin slides against mine, and I know I’m home. Because home is with him.

EPILOGUE Wes Thanksgiving “Ryan Theodore Wesley! Put that knife down this instant!” I freeze like an ice sculpture as Jamie’s mother barrels toward me, one hand planted on her hip, the other pointing to the chef’s knife in my hand. “Who taught you how to chop onions?” she demands. I glance down at the cutting board in front of me. As far as I can tell, I haven’t committed any major onion-related crimes. “Um…” I meet Cindy Canning’s eyes. “Well, that’s kind of a trick question. Nobody taught me, per se. My parents have a cook that comes in four times a week to prepare meals and—wait, I’m sorry, did you call me Ryan Theodore?” She waves her hand as if the question is inconsequential. “I don’t know your middle name so I had to make one up. Because, sweetie, you really needed to be middle-named for mangling those poor onions.” I can’t stop the laugh that flies out of my mouth. Jamie’s mother is so fucking awesome. I’m far more relaxed in her kitchen than I expected to be. Jamie and I arrived in California two days ago, but since I had a game the first night, Jamie went to his folks’ place while I stayed at the hotel with my teammates. After the team crushed San Jose, I did the usual post-game press, and then yesterday morning I drove up to San Rafael to join Jamie and his family. The big holiday meal today will be the real test of their acceptance. I’ve already met Jamie’s mom and dad and one brother. So far, so good. “These need to be chopped into smaller pieces,” Cindy tells me. She smacks my butt to move me aside, then takes my place. “Have a seat at the counter. You can watch while I chop. Take notes if you need to.” I grin at her. “So I guess Jamie didn’t tell you how much I suck at cooking, huh?” “He most certainly did not.” She fixes me with a stern look. “But you’ll have to learn, because I can’t spend all my time worrying that my baby boy isn’t being fed over there in Siberia.” “Toronto,” I correct with a snort. “And I’m sure you can guess he’s the one who’s been feeding me.” Now that the hockey season is underway, life is hectic as fuck. Practice is brutal, and our schedule is exhausting. Jamie’s my rock, though. He comes to all my home games, and when I drag my tired self home from the airport after an away game, he’s waiting there to rub my shoulders, or shove food down my throat, or screw me until I can’t see straight. Our apartment is my safe place, my haven. I can’t even believe I considered trying to make it through my rookie season without him. It’s easy to figure out where he got that nurturing gene from, because his mom has been fussing over me all day. Another snort sounds from the doorway, and then Jamie’s father strides into the kitchen. “Toronto,” he echoes. “What kind of city doesn’t have a football team? Explain that to me, Wes.” “They do have one,” I point out. “The Argonauts.” Richard narrows his eyes. “Is it an NFL team?” “Well, no, it’s CFL, but—” “Then they don’t have a team,” he says firmly. I stifle a laugh. Jamie warned me that his family was football fanatics, but I genuinely thought he was exaggerating. “Where’s Jamie?” Richard glances around the kitchen as if he expects Jamie to pop out of a cupboard. “He went to pick up Jess,” Cindy tells her husband. “She wants to have a few drinks tonight so she’s leaving her car at home.” Richard nods in approval. “Good girl,” he says, as if Jess can somehow hear him all the way across town. I have to admit I was terrified to meet Jamie’s family. I mean, I already know they’re good people. But a father and three older brothers? I had this nagging fear they’d hate me just on principle. You know, for being the guy who’s fucking their baby boy. But Jamie’s dad has been great, and I’ve already met Scott, who’s staying here at the house. The three of us went out for beers at a sports bar last night, and when the highlights from the previous night’s games played on the TV screens, Scott had clapped his hands against the table and shouted, “That’s my brother!” every time I skated into view. And when the goal I scored late in the second flashed on the screen? Jamie and Scott went nuts. Yup, my first ever NHL goal. I’m still fucking ecstatic about it. This past month, I’ve been seeing more and more playing time, and last night was a record for me—twelve minutes of ice time, and a goal for my efforts. Life is good. So good, in fact, I’m feeling more generous than usual, which is why I slide off my stool and say, “Will you excuse me for a moment? I need to call my folks to wish them a happy Thanksgiving.” Jamie’s mother beams at me. “Aw, that’s so sweet of you. Go ahead.” I duck out and fish my phone out of my pocket. Fuck, I’m even smiling as I dial my parents’ number in Boston. The smile fades fast, however. It always does when I hear my father’s voice. “Hey, Dad,” I say gruffly. “Is this a good time?” “Actually, it isn’t. Your mother and I are on our way out. We have reservations at six.” Of course they do. The only time my family held a Thanksgiving dinner at home was the year the president of my dad’s brokerage firm was going through a divorce. The guy had nowhere to go, so he invited himself over to our place, and my mother hired a gourmet caterer to cook a fucking banquet for us. “What did you want, Ryan?” he asks briskly. “I…just wanted to say Happy Thanksgiving,” I mumble. “Oh. Well, thank you. Same to you, son.” He disconnects the call. Without even putting my mother on the line. Then again, he speaks for both of them. I stare at the phone long after he hangs up, wondering what I did in another life to lose so royally in the parent lottery. But the depressing thought doesn’t have time to take root, because the front door suddenly flies open and I’m assaulted with noise. Footsteps. Voices. Loud laughter and happy squeals. It sounds like an entire platoon has marched into the house. Which is pretty much the case, because holy shit, Jamie’s family is huge. I feel an unfamiliar surge of nerves in my chest. Within seconds, I’m surrounded, being yanked in all directions and hugged by people I’ve never met in my life. Introductions fly around, but I can barely keep up with the names. I’m too busy answering all the questions being hurled my way like slapshots. “Did Jamester give you a tour of the house?” Yes. “Has Mom shown you the pictures from the Halloween when Jamie dressed up as an eggplant?” No, but that should be corrected immediately. “Do you get a monetary bonus every time you score a goal?” Um… “Are you in love with my brother?” “Tammy!” Jamie sputters as his older sister voices that last question. I look up and find him in the mob, and it’s like the sun just came out. It’s only been an hour since I saw him last, but he has the same damn effect on me every time. I used to fight my reaction to him, but I don’t have to anymore. And that’s more shocking than the way his family seems ready to embrace the complete stranger who’s shacking up with their brother. Unless they’re just really good actors. Jamie slips between his siblings and slings his arm around my shoulder. “Leave the poor guy alone, will ya? He just got here yesterday.” His brother Joe snorts. “You think we’re gonna go easy on him because he’s only been here a day? Have you met us?” Jess wiggles her way between me and Jamie and links her arm through mine. “Come on, Wes, let’s get you a drink. I find it’s easier to tolerate these dum-dums when you’re drunk.” I snicker as she drags me toward the dining room, but Jamie’s mom calls out from the kitchen just as we pass by. “Jessica, I need Wes! Jamie, too. You can raid the liquor cabinet later.” “I wasn’t going to raid the—” Jess stops abruptly and turns to me, heaving a defeated sigh. “I swear that woman is a mind reader.” I find myself being ushered into the kitchen again, except this time Jamie is by my side. As his mom gestures for us to wait, he brings his mouth close to my ear and says, “Are we having fun yet?” “Yes,” I say truthfully. Because fuck, the Canning clan has been great. Maybe I can stop worrying so much. Maybe there’s one corner of the world where I don’t have to prove myself all the time. Okay—two corners. Because life in a certain Toronto condo is going really well, too. “Okay, boys, here’s your housewarming present.” I look up to see Jamie’s mom setting two gift boxes on the counter. One says “Jamie” on the tag and the other “Ryan.” “Aw,” Jamie says. “You didn’t have to do that.” “My last bird has flown out of the nest.” Cindy sighs. “If I can’t see your apartment, at least I can give you a little something for it.” “You can see it,” I hear myself volunteer. “Come visit.” Jamie and I lock eyes then, and there’s humor in his. Maybe he’s thinking the same thing I am—if his mom visits, we’ll have to hide all the sex toys in the bathroom cabinet. “I’ll do that!” she says cheerily. “Now open them!” The siblings crowd us as Jamie and I each open a box. I lift the lid and push some tissue paper aside. Then I pull out a gorgeous hand-thrown coffee mug. It says “HIS” on the side. I hear laughter and look over at Jamie’s gift. Another mug reading “HIS.” “Mom!” Jess hollers. “The point of labeled mugs is so that they can tell them apart! You should have done their initials.” “But that wouldn’t amuse me,” his mother explains, grinning. “Thanks,” I chuckle while my boyfriend laughs. I turn the mug over in my hands, imagining Cindy making this for me in her pottery studio. The glaze is glossy and bright, the cup broad and solid in my hands. It’s beautiful, and receiving it from her feels like the membership card to a club I really want to join. Grasping the handle, I turn the mug upside down to see if she’s signed it. Sure enough, there’s something etched into the unglazed bottom. I have to squint to read the tiny letters. Dear Ryan. Thank you for making Jamie so happy. He loves you and so do we. Welcome to the Canning clan. Oh boy. There’s a burn at the back of my throat, and I concentrate hard on settling the mug back into the box. I spend more time than necessary tucking the tissue paper around it with the care of someone performing neurosurgery. When I’m finally ready to look up again, Jamie’s mom is waiting for me. The warm look in her eye makes the sting in my throat even worse. I try to give her a casual smile, but I can’t quite pull it off. Nobody’s ever said anything so sweet to me. Nobody except Jamie. As if I’ve summoned him, a warm hand slides onto my lower back. I adjust my stance just a fractional degree, leaning in to that hand. Cindy is still watching us. She gives a quick wink I know is just for me. Then, just as quickly, her face is all business. She claps her hands once. “Okay, troops! The turkey is in the oven, but there’s still some heavy lifting to be done! I need someone to sauté the vegetables for stuffing. I need someone to start the grill. I need two people to whip the cream! And the rest of you get the heck out of my kitchen.”